

DIODORO DE SICILIA

BIBLIOTECA HISTÓRICA

LIBROS XIII-XIV

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA HISTÓRICA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 371

DIODORO DE SICILIA

BIBLIOTECA HISTÓRICA

LIBROS XIII-XIV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducción de este volumen ha sido revisadas por ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A. U., 2008.**

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.

www.rbalibros.com

Depósito legal: M-26974-2008

ISBN 978-84-249-2292-1. Obra completa.

ISBN 978-84-249-0264-3. Tomo IV.

LIBRO XIII

SINOPSIS

Índice antiguo del libro XIII.

- 1 [Prólogo.](#)
- 2 [Preparativos y expectativas de los atenienses y sus aliados ante la expedición a Sicilia. La mutilación de los hermes.](#)
- 3 [La flota zarpa del Pireo. Escala en Corcira y llegada a Italia.](#)
- 4 [Sicilia ante la llegada de la expedición ateniense. La flota llega a Catana.](#)
- 5 [Acusaciones contra Alcibíades. La Salaminia regresa sin él, que se refugia en Esparta. Atenas lo condena en contumacia.](#)
- 6 [Los atenienses en Egesta e Hícaro. Estratagema, desembarco y victoria atenienses junto a Siracusa. Diágoras, el Ateo. Los romanos toman Labico.](#)
- 7 [Siracusa pide ayuda a Corinto y Esparta. Éxitos atenienses en torno a Siracusa y desánimo siracusano. Gilipo llega a Sicilia.](#)
- 8 [Tras una primera derrota, Gilipo vence en las Epípolas. Muerte de Lámaco. Los dos bandos piden refuerzos. Carta de Nicias a Atenas. Esparta rompe la tregua.](#)
- 9 [Comienza la Guerra de Decelia. Los atenienses obtienen una victoria naval en Siracusa, pero pierden Plemirio.](#)
- 10 [Espera de la llegada de Demóstenes. La táctica siracusana del ataque frontal con las proas reforzadas. Victoria naval siracusana en el Puerto Grande.](#)
- 11 [La llegada de la expedición de Demóstenes y Eurimedonte provoca el desánimo de Siracusa, cuya victoria nocturna en las Epípolas cambia la situación \(julio del 413\).](#)
- 12 [Desmoralización ateniense. Postura de los estrategos atenienses respecto a la retirada. Los retiene un eclipse de luna.](#)
- 13 [Batalla por tierra y en el Puerto Grande de Siracusa \(septiembre del 413\).](#)

- 14 Los siracusanos cierran la bocana del Puerto Grande y se prepara la batalla decisiva.
- 15 Arenga de Nicias. Se inicia la batalla. Los atenienses obligados a retroceder tras el ataque a la barrera de la bocana.
- 16 El fragor de la batalla.
- 17 Reproches de la infantería a las naves que se retiraban. El descalabro ateniense.
- 18 Comienza la retirada ateniense. La estratagema de Hermócrates.
- 19 Persecución y destrucción del ejército ateniense de Sicilia. Asamblea en Siracusa sobre la suerte de los prisioneros.
- 20 Discurso de Nicolao. La tragedia personal cede ante el interés general.
- 21 La arrogancia castigada. Necesidad de la moderación.
- 22 Beneficios de la magnanimidad.
- 23 Los giros de la vida aconsejan el uso de la misericordia.
- 24 La debilidad de la condición humana aconseja la moderación.
- 25 Es preferible la amistad con Atenas.
- 26 Atenas acreedora al agradecimiento.
- 27 Atenas, maestra y opresora. Sus aliados y Nicias merecen clemencia. Mutabilidad de la Fortuna.
- 28 Discurso de Gilipo. Los siracusanos deben odiar a los atenienses tanto como han amado a sus caídos.
- 29 Los prisioneros atenienses merecen el castigo de los agresores, no el perdón de los suplicantes.
- 30 La codicia, la insidia y la arrogancia de los atenienses indignas de piedad. Su conducta con Mitilene, Melos y Escione.
- 31 El pueblo ateniense es responsable de la agresión.

- 32 [Ni la conducta de Nicias, ni ningún otro argumento justifica el perdón. Gilipo pone fin a su discurso con una exhortación al castigo.](#)
- 33 [Se aprueba la propuesta de Diocles sobre el castigo de los vencidos. Anécdota sobre Diocles.](#)
- 34 [Descrédito de la hegemonía ateniense. Los Cuatrocientos. Derrota naval en aguas de Oropo. Siracusa concede recompensas y Diocles modifica la constitución.](#)
- 35 [La legislación de Diocles.](#)
- 36 [Reacción de Atenas ante el desastre de Sicilia. Incompetencia de los dirigentes atenienses. Descrédito de Atenas entre los aliados. Persia se inclina por Esparta.](#)
- 37 [Intervención de Alcibíades ante Persia. Su regreso da un nuevo impulso a Atenas.](#)
- 38 [Abolición de la oligarquía de los Cuatrocientos. Terámenes y el regreso de Alcibíades. Movimientos de las flotas de Atenas y de Esparta en aguas de la costa asiática.](#)
- 39 [Movimientos navales en el Helesponto. Entre Abido y Sesto: se prepara la batalla naval de Cinosema.](#)
- 40 [Victoria ateniense en la batalla de Cinosema. Trasibulo toma Cícico.](#)
- 41 [Naufragio de una flota espartana en el Atos. Alcibíades se reúne con la flota ateniense de Samos.](#)
- 42 [Atenas reintegra a Alcibíades, que, tras una expedición a Halicarnaso y Merópide, regresa a Samos. Tucídides interrumpe su *Historia* y Jenofonte y Teopompo inician sus obras. Guerra de Roma contra los ecuos.](#)
- 43 [Egesta teme las represalias de los siciliotas y, ante su conflicto con Selinunte, recurre a Cartago.](#)
- 44 [Cartago envía refuerzos a Egesta. Selinunte ataca Egesta y es derrotada. La Guerra Cartaginesa. Aníbal prepara una expedición a Sicilia.](#)
- 45 [Combates en el Helesponto. Pericia de los pilotos atenienses.](#)

- [46 La llegada de la escuadra de Alcibíades decide la batalla naval de Abido.](#)
- [47 Los atenienses regresan a Sesto y los espartanos a Abido. Planes de Míndaro. Eubea solicita la colaboración de Beocia. La obra del Euripo. Expediciones de Terámenes.](#)
- [48 Guerra civil y masacre en Corcira. Intervención de Conón.](#)
- [49 Arquelaos toma Pidna. Reorganización y movimientos de las flotas peloponesias y atenienses. Hacia Cícico.](#)
- [50 La batalla de Cícico.](#)
- [51 Victoria ateniense.](#)
- [52 Optimismo ateniense y propuesta de paz de Esparta. Discurso de Endio.](#)
- [53 Atenas, excitada por Cleofonte, rechaza la propuesta de paz.](#)
- [54 Expedición de Aníbal contra Selinunte.](#)
- [55 Resistencia de Selinunte ante el asedio cartaginés.](#)
- [56 Los selinuntios piden ayuda a Siracusa, Agragante y Gela. Caída de Selinunte.](#)
- [57 Selinunte bárbaramente saqueada.](#)
- [58 Crueldad de los cartagineses. Refugiados selinuntios en Agragante.](#)
- [59 Llega tarde el socorro siracusano. Concesiones de Aníbal a los exiliados selinuntios. Asedio de Hímera.](#)
- [60 Salida de los himereos y batalla fuera de las murallas.](#)
- [61 Evacuación de Hímera.](#)
- [62 Caída y saqueo de Hímera. Cartago recibe a un Aníbal victorioso.](#)
- [63 Éxitos de Hermócrates, exiliado de Siracusa, en la zona bajo control cartaginés.](#)

- [64 La flota ateniense en el Helesponto. Esparta recupera Pilos.](#)
- [65 Los megareos toman Nisea y la recuperan los atenienses. Intervención espartana en Quíos.](#)
- [66 Éxitos atenienses en Calcedón y Bizancio.](#)
- [67 Estratagemas en la toma de Bizancio, que acuerda una alianza con Atenas.](#)
- [68 Atenas recibe a sus estrategos victoriosos. Elogio de Alcibíades.](#)
- [69 Atenas admira y rehabilita a Alcibíades. Expediciones a Andros, Cos y Rodas.](#)
- [70 Esparta da el mando a Lisandro, que reúne una flota en Éfeso. Ayudas de Persia y de las ciudades jónicas.](#)
- [71 Alcibíades frente a Lisandro. Indisciplina de Antíoco. Derrota ateniense en Notio.](#)
- [72 Trasíbulo en Tasos y Abdera. Agis ataca Atenas y su caballería sufre una derrota.](#)
- [73 Agis se retira al Peloponeso. Alcibíades ataca Cime. Acusaciones contra Alcibíades en la Asamblea ateniense.](#)
- [74 Alcibíades, caído en desgracia y desposeído del mando, se condena al exilio.](#)
- [75 Muerte de Plistoanacte. Sinecismo de Rodas. Muerte de Hermócrates tras fracasar en su intento de regresar a Sicilia.](#)
- [76 Conón toma el mando de la flota ateniense y Calicrátidas de la espartana. Ataques de Calicrátidas a Delfinio, Teos, Metimna y Mitilene.](#)
- [77 Estratagema de Conón.](#)
- [78 Calicrátidas bloquea a Conón en el puerto de Mitilene.](#)
- [79 Batalla encarnizada frente al puerto de Mitilene. Embajada siracusana a Cartago. Fundación púnica de Terma.](#)
- [80 Cartago prepara una nueva expedición a Sicilia.](#)

- [81 Preparativos siciliotas ante la amenaza cartaginesa. La prosperidad de Acragante.](#)
- [82 Esplendor de Acragante. El templo de Zeus. Testimonios del lujo acragantino.](#)
- [83 La fama de Telias de Acragante.](#)
- [84 Otros ejemplos del lujo de Acragante. El caso de Antístenes.](#)
- [85 Acragante sitiada tras rechazar las proposiciones cartaginesas.](#)
- [86 Peste en el ejército cartaginés. Muerte de Aníbal. Siracusa se decide a intervenir.](#)
- [87 Victoria del socorro siracusano sobre un contingente bárbaro. Indignación contra los generales de Acragante por haber desperdiciado una ocasión.](#)
- [88 Tras los apuros cartagineses, la fortuna cambia de bando y Acragante se encuentra en una situación desesperada.](#)
- [89 Evacuación de Acragante.](#)
- [90 Saqueo de Acragante. Heroísmo de Telias. El toro de Fálaris y crítica de Timeo.](#)
- [91 Pánico en Sicilia tras la derrota de Acragante. Acusaciones contra los generales e intervención de Dionisio, apoyado por Filisto.](#)
- [92 Dionisio convence al pueblo de Siracusa y planea la tiranía. Llamamiento a los exiliados.](#)
- [93 Intervención de Dionisio en Gela.](#)
- [94 Dionisio acusa a sus colegas y se gana a la asamblea de Siracusa.](#)
- [95 Pasos de Dionisio hacia la tiranía.](#)
- [96 Dionisio instaura la tiranía. Preparativos cartagineses contra Gela.](#)
- [97 La flota ateniense rumbo a las Arginusas. Los adivinos de ambos bandos desaconsejan la batalla.](#)

- [98 Espartanos y atenienses ante la batalla de las Arginusas.](#)
- [99 La victoria ateniense de las islas Arginusas.](#)
- [100 Una tempestad impide retirar los cadáveres. Eteónico se retira de Mitilene. Saqueos atenienses desde la base de Samos. Petición de ayuda de los aliados de Esparta.](#)
- [101 La Asamblea de Atenas condena a los estrategos vencedores de las Arginusas.](#)
- [102 Intervención de Diomedonte. Ejecución de los estrategos.](#)
- [103 Arrepentimiento de los atenienses, que condenan a Calíxeno. El historiador Filisto. Muerte de Sófocles y de Eurípides.](#)
- [104 La flota ateniense de Conón y Filocles rumbo al Helesponto. Lisandro en Éfeso. Instauración de la oligarquía en Mileto. Lisandro conquista Yaso y Lámpsaco.](#)
- [105 La flota ateniense llega tarde a Lámpsaco y fondea en Egospótamos. Los estrategos rechazan el ofrecimiento de Alcibíades.](#)
- [106 La derrota de Egospótamos. Acciones de Lisandro. Conón se refugia en Chipre. Condena de Gilipo.](#)
- [107 Capitulación de Atenas. Fin de la guerra del Peloponeso.](#)
- [108 Destrucción de Acragante y resistencia heroica de Gela.](#)
- [109 Intervención de Dionisio de Siracusa en ayuda de Gela.](#)
- [110 La batalla de Gela. Fracasa el plan de Dionisio.](#)
- [111 Retirada del ejército de Dionisio. Evacuación de Gela y de Camarina.](#)
- [112 Conjura contra Dionisio.](#)
- [113 Dionisio entra en Siracusa y somete a los conjurados.](#)
- [114 Se acuerda la paz y los cartagineses regresan a África. Fin del libro XIII.](#)

EL CONTENIDO DEL LIBRO XIII DE DIODORO ES EL SIGUIENTE¹:

La expedición que hicieron los atenienses contra los siracusanos con grandes fuerzas terrestres y navales ([1-3](#)).

El desembarco de los atenienses en Sicilia ([4](#)).

Citación al estratego Alcibíades y su huida a Lacedemón ([5](#)).

Cómo los atenienses entraron en el Puerto Grande de Siracusa y ocuparon la zona del Olímpico ([6](#)).

Cómo los atenienses ocuparon las Epípolas y, después de vencer en una batalla, bloquearon Siracusa por los dos lados ([7](#)).

Cómo, tras el envío de socorros por los lacedemonios y los corintios, recobraron el ánimo los siracusanos ([8](#)).

Batalla entre siracusanos y atenienses y la gran victoria de los atenienses ([9](#)).

Batalla entre los mismos adversarios y victoria de los siracusanos ([10](#)).

Cómo los siracusanos, tras apoderarse de las Epípolas, obligaron a los atenienses a concentrarse en un solo campamento cerca del Olímpico ([8](#); [11-12](#)).

Cómo los siracusanos prepararon sus fuerzas navales y decidieron presentar batalla por mar ([13](#)).

Cómo los atenienses, después de la muerte de su estratego Lámaco y de la citación de Alcibíades, enviaron en su lugar a los estrategos Eurimedonte y Demóstenes con refuerzos y dinero ([8](#)).

Ruptura de la tregua por los lacedemonios y guerra contra los atenienses, la llamada guerra del Peloponeso ([8](#)).

Batalla naval entre los siracusanos y los atenienses y la victoria de los atenienses; la conquista de los fuertes por los siracusanos y su victoria en tierra ([9](#)).

Batalla naval con las flotas completas en el Puerto Grande y victoria de los siracusanos ([11-17](#)).

Llegada de Demóstenes y Eurimedonte procedentes de Atenas con fuerzas considerables ([11](#)).

Gran batalla en las Epípolas y victoria de los siracusanos ([8](#)).

La retirada de los atenienses y la captura de todo su ejército ([18-19](#)).

Cómo los siracusanos se reunieron en asamblea para deliberar sobre la suerte de los prisioneros ([19](#)).

Los discursos pronunciados sobre la cuestión en uno u otro sentido ([20-32](#)).

Las decisiones de los siracusanos respecto a la suerte de los prisioneros ([33](#)).

Cómo, después del desastre de los atenienses en Sicilia, se sublevaron muchos de sus aliados ([34](#)).

Cómo el pueblo de los atenienses, presa del desánimo, renunció a la democracia y entregó el gobierno a los Cuatrocientos ([34](#); [36](#)).

Cómo los lacedemonios consiguieron victorias navales frente a los atenienses ([34](#); [36](#)).

Cómo los siracusanos honraron con importantes regalos a quienes se habían distinguido en la guerra ([34](#)).

Cómo Diocles fue elegido legislador y redactó un código para los siracusanos ([34-35](#)).

Cómo los siracusanos enviaron refuerzos considerables a los lacedemonios ([34](#)).

Cómo los atenienses derrotaron en una batalla naval al navarco de los lacedemonios y tomaron Cícico ([39-40](#)).

Cómo, cuando los lacedemonios enviaron cincuenta naves desde Eubea en ayuda de los derrotados, todas fueron destruidas con sus tripulaciones por una tempestad a la altura del Atos ([41](#)).

El regreso de Alcibíades y su elección como estratego ([41-42](#)).

La guerra entre los egesteos y los selinuntios por un territorio en litigio ([43-44](#)).

La batalla naval entre los atenienses y los lacedemonios en aguas de Sigeo y victoria de los atenienses ([38-40](#); [45-46](#)).

Cómo los lacedemonios construyen un terraplén en el Euripo y unen Eubea al continente ([47](#)).

Sobre las discordias civiles y las matanzas en Corcira ([48](#)).

Cómo Alcibíades y Terámenes obtuvieron notables victorias sobre los lacedemonios por tierra y por mar ([49-51](#)).

Cómo los cartagineses transportaron ingentes fuerzas a Sicilia y tomaron al asalto Selinunte e Hímera ([54-62](#)).

Cómo Alcibíades arribó al Pireo con abundante botín y fue objeto de una calurosa acogida ([68-69](#)).

Cómo el rey Agis con un gran ejército trató de asediar Atenas, pero fracasó en su intento ([72-73](#)).

Exilio de Alcibíades y fundación de Termas en Sicilia ([74](#); [79](#)).

Batalla naval entre los siracusanos y los cartagineses y victoria de los siracusanos ([80](#)).

Sobre la prosperidad de Acragante y los edificios de esta ciudad ([81-84](#)).

Cómo los cartagineses con un ejército de trescientos mil hombres emprenden la guerra en Sicilia y ponen sitio a Acragante ([85-86](#)).

Cómo los siracusanos con sus aliados acudieron en ayuda de los acragantinos con diez mil soldados ([86](#)).

Cómo, cuando les salieron al encuentro cuarenta mil cartagineses, los siracusanos los vencieron y mataron a más de seis mil ([87](#)).

Cómo, cuando los cartagineses les cortaron los suministros, los acragantinos, debido a la falta de víveres, se vieron obligados a abandonar su patria ([88-89](#)).

Cómo Dionisio, después de ser elegido general, instauró la tiranía en Siracusa ([92-96](#)).

Cómo los atenienses, tras la espléndida victoria naval de las Arginusas, condenaron injustamente a muerte a los estrategos ([97-103](#)).

Cómo los atenienses, derrotados en una gran batalla naval, se vieron obligados a concluir la paz a cualquier precio, y de este modo terminó la guerra del Peloponeso ([104-107](#)).

Cómo los cartagineses, víctimas de una epidemia, se vieron obligados a concluir la paz con el tirano Dionisio ([114](#)).

Prólogo

Si estuviéramos escribiendo una historia [1] semejante a las de los demás historiadores, sería posible introducir digresiones sobre algunos puntos según fuera oportuno en cada prólogo y reconducir luego nuestra narración a los acontecimientos sucesivos; en efecto, ciñendo el tiempo de nuestro relato, tendríamos la oportunidad de sacar partido de los prólogos². Pero, dado que [2] no sólo nos hemos comprometido a registrar en pocos libros los acontecimientos en la medida de nuestras capacidades, sino también a abarcar un período de tiempo de más de mil cien años³, es necesario evitar las largas digresiones de estos prólogos y pasar directamente a la exposición de los hechos, limitándonos a decir como preámbulo tan sólo que en los seis libros precedentes hemos expuesto los acontecimientos comprendidos entre la guerra de Troya y la decisión de los atenienses de declarar la guerra a los siracusanos, hasta la cual, partiendo de la conquista de Troya, transcurrieron setecientos sesenta y ocho años⁴.

[3] Y en el presente libro, para completar la narración relativa al período siguiente, comenzaremos por la expedición contra los siracusanos y acabaremos en el comienzo de la segunda guerra de los cartagineses contra Dionisio, el tirano de los siracusanos⁵.

415-414 a. C. Preparativos y expectativas de los atenienses y sus aliados ante la expedición a Sicilia. La mutilación de los hermes.

[2] Cuando Cabrias⁶ era arconte en Atenas, los romanos designaron, en lugar de los cónsules, tres tribunos militares, Lucio Sergio, Marco Papirio y Marco Servilio⁷. Este año, los atenienses, después de decretar la guerra contra los siracusanos, se pusieron a equipar las naves y, una vez reunido el dinero, prepararon con gran empeño todo lo necesario para la expedición⁸. Eligieron tres estrategos, Alcibíades, Nicias y Lámaco⁹, y les dieron plenos poderes en todo lo relativo a la guerra¹⁰. De los ciudadanos privados que poseían una gran fortuna [2] y estaban deseosos de complacer el anhelo del pueblo, algunos equiparon trirremes a sus expensas mientras que otros se comprometieron a entregar dinero para el aprovisionamiento de las fuerzas; y fueron muchos los ciudadanos y extranjeros de Atenas de tendencia democrática, y también los

aliados, que se presentaron espontáneamente a los estrategos para pedir con insistencia que les alistaran entre sus soldados¹¹; de este modo todos, excitados por las expectativas, acariciaban la esperanza de participar en seguida en el reparto de Sicilia.

Pero, cuando el cuerpo expedicionario ya estaba preparado, [3] ocurrió que en el curso de una sola noche los hermes¹², que se encontraban por todas partes en la ciudad, fueron mutilados¹³. El pueblo entonces, pensando que la acción no era obra de gente sin importancia, sino que se debía a ciudadanos eminentes que pretendían derribar la democracia, se indignó ante aquella fechoría y se puso a buscar a los culpables, ofreciendo grandes [4] recompensas a quien los denunciara¹⁴. Se presentó ante el Consejo un particular¹⁵ y declaró que hacia la medianoche (en el novilunio) había visto a algunos entrar en casa de un meteco y que entre éstos se encontraba Alcibíades. Interrogado por el Consejo respecto a cómo, siendo de noche, había podido reconocer las caras, contestó que las había visto gracias a la luz de la luna. De este modo, pues, el hombre fue sorprendido en su mentira y su testimonio no fue creído¹⁶; y de los otros, nadie fue capaz de hallar el menor indicio de los autores de la fechoría.

[5] Fueron equipadas ciento cuarenta trirremes, y transportes de guerra y naves pasacaballos, y también era grande el número de cargueros destinados al transporte de víveres y de los restantes equipos. Había hoplitas y honderos, y además tropas de caballería y más de siete mil hombres de los aliados¹⁷, aparte de las tripulaciones [6] de los barcos¹⁸. Entonces los estrategos se reunieron en una sesión secreta con los miembros del Consejo y determinaron qué medidas era necesario adoptar respecto a Sicilia si conseguían apoderarse de la isla. Decidieron reducir a la esclavitud a los selinuntios y los siracusanos e imponer a los otros pueblos simplemente un tributo que pagarían anualmente a los atenienses¹⁹.

La flota zarpa del Pireo. Escala en Corcira y llegada a Italia.

Al día siguiente, los estrategos con [3] los soldados bajaron al Pireo, y toda la población de la ciudad, ciudadanos y extranjeros juntos, les seguía, acompañando cada uno a sus parientes y amigos²⁰. Las trirremes se encontraban atracadas unas junto a otras a lo [2] largo de todo el puerto, más bellas todavía con las insignias en

las proas y con el resplandor de las armas; toda la circunferencia del puerto estaba llena de incensarios y de cráteras de plata²¹, desde las que ofrecieron libaciones con copas de oro, honrando a la divinidad y rogando por el éxito de la expedición²².

[3] Tras zarpar del Pireo, circunnavegaron el Peloponeso y atracaron en Corcira²³; se había dispuesto que se detuvieran allí para añadir a sus fuerzas las de los aliados de aquella región. Una vez que todos se hubieron reunido, hicieron la travesía del mar Jonio y arribaron a la punta extrema de Yapigia²⁴, desde donde comenzaron [4] a costear Italia. No fueron acogidos por los tarentinos²⁵ y pasaron a lo largo de la costa de los metapontinos²⁶ y los heracleotas²⁷; pero cuando arribaron a Turios, fueron recibidos con todas las atenciones²⁸. De allí se hicieron a la mar rumbo a Crotón²⁹ y, después de recibir provisiones de los crotoniats, pasaron por delante del santuario de Hera Lacinia y doblaron el promontorio conocido como Dioscurias³⁰. A continuación pasaron [5] de largo por la llamada Esciletio³¹ y por Locros³², y fondearon cerca de Regio, donde trataron de convencer a los reginos para que fueran sus aliados; pero éstos les contestaron que querían consultarlo con los otros italiotas³³.

Sicilia ante la llegada de la expedición ateniense. La flota llega a Catana.

[4] Los siracusanos, tan pronto como supieron que las fuerzas atenienses se encontraban en el estrecho³⁴, eligieron tres generales con plenos poderes, Hermócrates, Sicano y Heraclides³⁵, que reclutaron un ejército y enviaron embajadores a las ciudades de Sicilia para pedir que participaran activamente en la causa de la libertad común, afirmando que los atenienses, con el pretexto de emprender la guerra contra los siracusanos, lo que realmente [2] querían era el sometimiento de toda la isla³⁶. Entonces los acragantinos y los naxios declararon su intención de aliarse con los atenienses, mientras que los camarineos y los mesenios manifestaron su voluntad de mantener la paz³⁷, y rechazaron las peticiones de alianza; los himereos y los selinuntios, en cambio, a los que se agregaron los gelenses³⁸ y los cataneos, anunciaron que combatirían al lado de los siracusanos. Las ciudades de los sículos, pese a que su simpatía se inclinaba por los siracusanos, permanecían neutrales aguardando con ansia los acontecimientos³⁹.



1. Sicilia y Grecia.

Al confirmar los egesteos que no aportarían más de treinta [3] talentos⁴⁰, los estrategos atenienses, después de reprochárselo, zarparon de Regio con sus fuerzas y arribaron a Naxos, en Sicilia. Fueron recibidos amistosamente por los habitantes de esta ciudad⁴¹ y desde allí prosiguieron a lo largo de la costa hasta [4] Catana. Los cataneos no admitieron a los soldados en el interior de la ciudad, pero permitieron que entraran los estrategos y convocaron una asamblea de ciudadanos, en la que los estrategos de los atenienses hicieron sus propuestas de alianza. Pero mientras Alcibiádes hablaba ante la asamblea del pueblo, unos soldados forzaron una poterna e irrumpieron en la ciudad. Ésta fue la causa por la que los cataneos se vieron obligados a participar en la guerra contra los siracusanos.

*Acusaciones contra Alcibiádes. La Salaminia regresa sin él, que se refugia en Esparta.
Atenas lo condena en contumacia.*

[5] Mientras ocurrían estos acontecimientos⁴², los que en Atenas odiaban a Alcibiádes por motivos personales, tomando como pretexto la mutilación de las estatuas⁴³, lo calumniaban en sus intervenciones ante la Asamblea acusándolo de haber tramado una conspiración contra la democracia⁴⁴. Corroboró sus acusaciones un episodio ocurrido en la ciudad de los argivos, donde los huéspedes personales⁴⁵ de Alcibiádes se habían confabulado para derrocar la democracia en Argos y habían sido todos condenados a muerte por los ciudadanos⁴⁶. Así pues, el pueblo dio crédito a las acusaciones y, [2] terriblemente excitado por los demagogos, envió la nave

Salaminia⁴⁷ a Sicilia con la orden de que Alcibíades se presentara a juicio lo más pronto posible. Cuando la nave llegó a Catana, Alcibíades, una vez escuchada la decisión del pueblo de boca de los embajadores, hizo embarcar en su propia trirreme a los que compartían acusación con él y zarpó junto a la Salaminia⁴⁸. Pero cuando arribó a Turios, o porque tenía mala conciencia [3] por el sacrilegio cometido, o porque tenía miedo por la magnitud del peligro, Alcibíades, juntamente con los otros acusados, se dio a la fuga y desapareció. Los embajadores que habían llegado a bordo de la Salaminia en un primer momento se pusieron a buscar a Alcibíades y a los otros; pero, en vista de que no los encontraban, se hicieron a la mar rumbo a Atenas e informaron al pueblo de lo sucedido⁴⁹. Entonces los atenienses [4] denunciaron ante un tribunal los nombres de Alcibíades y de los otros fugitivos y los condenaron a muerte en contumacia⁵⁰. Alcibíades pasó de Italia al Peloponeso y se refugió en Esparta, donde exhortó a los lacedemonios a atacar a los atenienses⁵¹.

Los atenienses en Egesta e Hícara. Estratagema, desembarco y victoria atenienses junto a Siracusa. Diágoras, el Ateo. Los romanos toman Labico.

[6] Los estrategos que se quedaron en Sicilia con la armada ateniense navegaron a lo largo de la costa rumbo a Egesta⁵² y conquistaron Hícara⁵³, una pequeña ciudad sícula, de cuyo botín obtuvieron cien talentos⁵⁴; y tras recibir los treinta talentos de los egesteos, emprendieron el regreso hacia Catana⁵⁵. Luego, queriendo apoderarse, sin [2] correr riesgos, de un lugar cercano⁵⁶ al Puerto Grande de Siracusa, enviaron a un cataneo, un hombre leal a ellos que también gozaba de la confianza de los generales siracusanos, con la orden de comunicar a los jefes siracusanos que algunos cataneos se estaban organizando para capturar por sorpresa a los numerosos atenienses que pasaban la noche en la ciudad lejos de sus armas, y después incendiar las naves fondeadas en el puerto; y que para la ejecución de este plan los cataneos pedían que los generales acudieran con sus fuerzas, a fin de evitar que fracasara su empresa⁵⁷. Cuando el cataneo se presentó ante los [3] jefes siracusanos y les comunicó lo que se había acordado, los generales dieron crédito a sus palabras, determinaron la noche en la que sacarían sus tropas y enviaron al hombre de regreso a Catana.

En la noche prefijada, mientras los siracusanos conducían [4] su ejército hacia Catana, los atenienses, con toda tranquilidad, navegaron a lo largo de la costa hacia el Puerto Grande de Siracusa, se apoderaron del Olimpio⁵⁸ y, después de ocupar toda la [5] zona circundante, levantaron allí su campamento. Pero los generales de los siracusanos, tan pronto como se dieron cuenta del engaño, se volvieron atrás y atacaron el campamento ateniense. Cuando los enemigos les salieron al encuentro, tuvo lugar una batalla en la que los atenienses dieron muerte a cuatrocientos [6] adversarios, obligando a la fuga a los siracusanos⁵⁹. Los estrategos de los atenienses, observando la superioridad de la caballería enemiga y deseando preparar mejor todo lo necesario para el asedio, regresaron por mar a Catana. Luego despacharon unos hombres a Atenas con una carta dirigida al pueblo, en la que pedían que les enviaran fuerzas de caballería y dinero, sosteniendo que el asedio sería largo; y los atenienses votaron enviar a Sicilia trescientos talentos y un contingente de caballería⁶⁰.

Mientras ocurrían estos hechos, Diágoras, llamado el Ateo⁶¹, [7] implicado en una acusación de impiedad y temiendo al pueblo, huyó del Ática; y los atenienses anunciaron una recompensa de un talento de plata para quien matara a Diágoras.

En Italia, los romanos hicieron la guerra a los ecuos y tomaron [8] Labico después de un asedio⁶². Éstos fueron, pues, los acontecimientos de aquel año.

414-413 a. C. Siracusa pide ayuda a Corinto y Esparta. Éxitos atenienses en torno a Siracusa y desánimo siracusano. Gilipo llega a Sicilia.

Cuando Tisandro era arconte en Atenas⁶³, [7] los romanos designaron, en lugar de los cónsules, cuatro tribunos militares, Publio Lucrecio, Gayo Servilio, Agripa Menenio y Espurio Veturio⁶⁴. Este año, los siracusanos despacharon embajadores a Corinto y Lacedemón⁶⁵ con la petición de que les ayudaran y no miraran con indiferencia [2] la ruina total que les amenazaba⁶⁶. Alcibíades abogó en su favor⁶⁷ y los lacedemonios votaron enviar ayuda a los siracusanos y eligieron general a Gilipo⁶⁸; los corintios por su parte se prepararon para enviar un número mayor de trirremes, pero de momento despacharon por delante a Pites⁶⁹, para que acompañara a Gilipo, con dos trirremes rumbo a Sicilia.

[3] En Catana entre tanto, Nicias y Lámaco, los estrategos atenienses, una vez que les hubieron llegado de Atenas doscientos cincuenta hombres de caballería y trescientos talentos de plata, embarcaron a todas sus fuerzas e hicieron vela rumbo a Siracusa; arribaron a esta ciudad de noche y ocuparon las Epípolas⁷⁰ sin que se percataran los siracusanos. Cuando éstos se dieron cuenta, acudieron a toda prisa en su defensa, pero perdieron trescientos [4] soldados y fueron perseguidos hasta la ciudad⁷¹. Después de estos hechos, una vez que se hubieron unido a los atenienses trescientos soldados de caballería procedentes de Egesta y doscientos cincuenta de los sículos, el número total de sus hombres de caballería ascendió a ochocientos⁷². Luego construyeron un fuerte en Lábdalo⁷³ y comenzaron a cerrar la ciudad con un muro, con lo que infundieron un gran miedo en los siracusanos. En consecuencia, éstos, saliendo de la ciudad, trataron de [5] impedir la construcción del muro, pero tuvo lugar un combate de caballería, en el que los siracusanos tuvieron muchas bajas y se dieron a la fuga⁷⁴. Entonces los atenienses con una parte de sus tropas ocuparon la zona que dominaba el puerto y, con la fortificación de la llamada Policna⁷⁵, circundaron el templo de [6] Zeus, y así sitiaron Siracusa por ambos lados⁷⁶. Ante esta situación adversa en torno a Siracusa, los habitantes de la ciudad cayeron en el desánimo; pero cuando supieron que Gilipo había desembarcado en Hímera y que estaba reclutando soldados, [7] recuperaron el ánimo⁷⁷. Gilipo, en efecto, después de arribar a Hímera con cuatro trirremes, puso las naves en seco y, tras persuadir a los himereos a entrar en guerra como aliados de los siracusanos, se puso a reclutar soldados entre ellos y entre los gelenses, y asimismo entre los selinuntios y los sicanos; y cuando hubo reunido en total tres mil soldados de infantería y doscientos de caballería, los condujo hacia Siracusa por el interior de la isla⁷⁸.

Tras una primera derrota, Gilipo vence en las Epípolas. Muerte de Lámaco. Los dos bandos piden refuerzos. Carta de Nicias a Atenas. Esparta rompe la tregua.

[8] Pocos días después, Gilipo, en compañía de los siracusanos, condujo sus fuerzas contra los atenienses. Tuvo lugar una violenta batalla y Lámaco, el estratega ateniense, cayó en el combate; y después de producirse muchas bajas en ambos lados, la victoria se inclinó por los atenienses⁷⁹. [2] Después de la batalla, al haber llegado trece trirremes de Corinto, Gilipo tomó consigo a los

hombres de las tripulaciones y con ellos y los siracusanos lanzó un ataque contra el campamento enemigo y asedió las Epípolas. Cuando salieron los atenienses, los siracusanos les presentaron batalla y, después de dar muerte a muchos atenienses, obtuvieron la victoria y arrasaron el muro que se extendía a lo largo de las Epípolas; entonces los atenienses abandonaron la zona de las Epípolas y trasladaron todas sus fuerzas a otro campamento^{[80](#)}.



2. Sitio de Siracusa en el 414-413 (según D. Kagan).

[3] Después de estos acontecimientos, los siracusanos enviaron embajadores a Corinto y a Lacedemón en busca de ayuda; los corintios, juntamente con los beocios y los sicionios, les enviaron [4] mil hombres, y los espartiatas, seiscientos⁸¹. Gilipo por su parte recorrió las ciudades de Sicilia e indujo a muchos pueblos a aliarse,

y condujo tres mil soldados que obtuvo de los himereos y los sicanos por el interior de la isla. Pero los atenienses, informados de la llegada de aquellas tropas, las atacaron y eliminaron a la mitad; y los supervivientes se refugiaron en Siracusa⁸².

Después de la llegada de los aliados, los siracusanos, deseosos [5] de medir sus fuerzas en los combates por mar, no sólo botaron las naves que ya tenían, sino que también prepararon otras, y se pusieron a efectuar maniobras en el Puerto Pequeño⁸³. Entonces [6] Nicias, el estratego de los atenienses, envió una carta⁸⁴ a Atenas en la que manifestaba que los siracusanos contaban con muchos aliados, y que, habiendo equipado un importante número de naves, estaban decididos a presentar batalla por mar; pedía, en consecuencia, que le enviaran a toda prisa trirremes, dinero y estrategos para colaborar con él en la dirección de la guerra, dado que, después de la huida de Alcibíades y de la muerte de Lámaco, había quedado como único estratego, y para colmo en malas condiciones de salud⁸⁵. Los atenienses, en el [7] solsticio de invierno⁸⁶, enviaron a Sicilia diez naves bajo el mando del estratego Eurimedonte y ciento cuarenta talentos de plata⁸⁷; y para la primavera se disponían a enviar una gran expedición. Con este fin alistaban soldados por todas partes entre sus aliados y reunían dinero.

[8] En el Peloponeso, los lacedemonios, incitados por Alcibíades, rompieron la tregua con los atenienses⁸⁸, y la guerra que siguió se prolongó durante doce años⁸⁹.

413-412 a. C. Comienza la Guerra de Decelia. Los atenienses obtienen una victoria naval en Siracusa, pero pierden Plemirio.

[9] Transcurrido aquel año, Cleócrito⁹⁰ fue arconte en Atenas, mientras que en Roma, en lugar de los cónsules, hubo cuatro tribunos militares, Aulo Sempronio, Marco Papirio, Quinto Fabio y Espurio [2] Naucio⁹¹. Durante su mandato, los lacedemonios en compañía de sus aliados invadieron el Ática, guiados por Agis y el ateniense Alcibíades. Se apoderaron de la plaza fuerte de Decelia⁹², de la que hicieron su bastión contra el Ática; por esta razón la guerra que siguió fue llamada Guerra de Decelia⁹³. Los atenienses, como contrapartida, enviaron treinta trirremes a las costas de Laconia bajo

el mando de Caricles⁹⁴, y votaron enviar a Sicilia ochenta trirremes y cinco mil hoplitas⁹⁵.

Los siracusanos, una vez que hubieron decidido entablar una [3] batalla naval, equiparon ochenta trirremes y se dirigieron contra el enemigo. Los atenienses se les enfrentaron con sesenta naves, y cuando la batalla se hallaba en su punto culminante, todos los atenienses que estaban en las fortificaciones bajaron al mar, unos movidos por el deseo de contemplar el combate, otros con la esperanza de prestar su ayuda a los fugitivos, en la eventualidad de una derrota⁹⁶. Previendo lo que estaba ocurriendo, los generales [4] siracusanos habían ordenado a sus tropas de la ciudad que marcharan contra los fuertes atenienses, que estaban llenos de dinero, de efectos navales y de todo tipo de armamento⁹⁷; y al estar defendidos por un número de hombres del todo insuficiente, los siracusanos los asaltaron y los ocuparon, y dieron muerte a muchos de los que acudían en su defensa desde la orilla del mar⁹⁸. Al producirse un enorme griterío en los fuertes y el campamento, [5] los atenienses empeñados en la batalla naval, consternados por el hecho, dieron la vuelta en retirada para dirigirse a toda prisa hacia lo que quedaba de los fuertes; entonces los siracusanos se pusieron a perseguirlos desordenadamente, pero los atenienses, ante la imposibilidad de encontrar un lugar seguro en tierra dado que los siracusanos controlaban dos fuertes⁹⁹, se vieron obligados a dar la vuelta de nuevo y reanudar la batalla [6] naval. Y aprovechando la circunstancia de que los siracusanos habían roto su orden de batalla y se habían dispersado en la persecución, los atenienses, navegando contra el enemigo en formación compacta, les hundieron once naves y persiguieron al resto de la flota hasta la Isla¹⁰⁰. Cuando la batalla hubo acabado, unos y otros levantaron un trofeo, los atenienses por la batalla naval y los siracusanos por sus éxitos en tierra¹⁰¹.

Espera de la llegada de Demóstenes. La táctica siracusana del ataque frontal con las proas reforzadas. Victoria naval siracusana en el Puerto Grande.

[10] Una vez que la batalla naval tuvo el final descrito, los atenienses, informados de que la flota de Demóstenes llegaría en pocos días, decidieron no correr más riesgos hasta que se les unieran aquellos refuerzos; los siracusanos, por el contrario, deseosos de entablar un combate decisivo antes de que llegara la expedición de

Demóstenes, cada día hacían rumbo contra las naves atenienses y les [2] presentaban batalla¹⁰². Al aconsejarles el piloto corintio Aristón que acortaran y rebajaran las proas de las naves, los siracusanos le hicieron caso y gracias a ello tuvieron muchas ventajas en los combates que siguieron¹⁰³. En efecto, las trirremes áticas tenían [3] las proas más débiles y muy altas; debido a eso ocurría que en sus embestidas dañaban las partes que emergían por encima del mar, de modo que en los abordajes no causaban graves deterioros a los enemigos; las de los siracusanos, en cambio, que tenían una estructura de proa fuerte y baja, con las acometidas de sus espolones¹⁰⁴, hundían, a menudo de un solo golpe, las trirremes de los atenienses.

[4] Así pues, día tras día, los siracusanos dirigían sus ataques por mar y por tierra contra las posiciones enemigas, pero no conseguían nada, dado que los atenienses permanecían quietos. Sin embargo, una vez que algunos trierarcos¹⁰⁵, no pudiendo soportar más las provocaciones de los siracusanos, se lanzaron contra el enemigo en las aguas del Puerto Grande, se entabló una batalla [5] naval con la participación de todas las trirremes¹⁰⁶. Los atenienses, que tenían trirremes más veloces y que eran superiores por su experiencia en el mar y también por la técnica de sus pilotos, no podían sacar partido de estas ventajas, dado que la batalla naval se desarrollaba en un lugar estrecho. Los siracusanos, en cambio, buscando el contacto y no dando al enemigo ninguna posibilidad de maniobra, disparaban flechas contra los hombres que estaban en las cubiertas y con el lanzamiento de piedras les obligaban a abandonar las proas, tras lo cual, embistiendo sin dificultad a muchas de las naves que tenían enfrente, se lanzaban al abordaje de los barcos enemigos y entablaban en sus cubiertas [6] una verdadera batalla campal¹⁰⁷. Acosados por todas partes, los atenienses se dieron a la fuga, y los siracusanos, durante la persecución, hundieron siete trirremes y dejaron inservibles otras muchas¹⁰⁸.

La llegada de la expedición de Demóstenes y Eurimedonte provoca el desánimo de Siracusa, cuya victoria nocturna en las Epípolas cambia la situación (julio del 413)

Mientras los siracusanos estaban exultantes [11] y llenos de confianza debido a la victoria sobre sus enemigos por tierra y por mar, llegaron Eurimedonte y Demóstenes. Habían hecho la travesía

desde Atenas con numerosas fuerzas y en su navegación a lo largo de la costa se habían procurado refuerzos de los aliados turios y mesapios¹⁰⁹. Iban al mando de una flota de más de [2] ochenta trirremes¹¹⁰ y de un ejército de cinco mil soldados, sin contar las tripulaciones; en los barcos mercantes llevaban armas y dinero, y además máquinas de asedio y toda clase de equipos. El resultado fue que las esperanzas de los siracusanos de nuevo se vinieron abajo, puesto que pensaban que sería difícil restablecer el equilibrio entre sus fuerzas y las del enemigo.

Demóstenes persuadió a sus colegas en el mando a asaltar [3] las Epípolas, dado que de otro modo no era posible bloquear la ciudad con un muro, y, con diez mil hoplitas y otros tantos soldados de infantería ligera, atacó a los siracusanos de noche¹¹¹. Al haber efectuado una irrupción inesperada, los atenienses consiguieron apoderarse de algunos fuertes y, precipitándose hacia el interior de la fortificación de las Epípolas, derribaron [4] una parte del muro¹¹². Pero, cuando los siracusanos acudieron a la carrera a aquel lugar desde diversas partes, y también llegó la asistencia de Hermócrates con sus tropas de élite, los atenienses fueron rechazados y, en la oscuridad de la noche, debido al desconocimiento de los lugares, se dispersaron en diversas direcciones¹¹³. [5] Los siracusanos y sus aliados, yendo en su persecución, dieron muerte a dos mil quinientos enemigos, hirieron a un buen número y capturaron muchas armas¹¹⁴. Después de la batalla, los siracusanos enviaron a Sicano, uno de sus generales, con doce trirremes¹¹⁵, a otras ciudades para anunciar la victoria a sus aliados y pedirles refuerzos.

Desmoralización ateniense. Postura de los estrategos atenienses respecto a la retirada. Los retiene un eclipse de luna.

Los atenienses, viendo que las cosas [12] les habían ido de mal en peor y que, debido a la zona pantanosa circundante¹¹⁶, una peste se había abatido sobre el ejército, se reunieron para deliberar sobre cómo debían afrontar la situación¹¹⁷. Demóstenes pensaba que era preciso zarpar [2] rumbo a Atenas lo más pronto posible, afirmando que era preferible arriesgar la vida combatiendo contra los lacedemonios en defensa de la patria a permanecer en Sicilia sin conseguir nada¹¹⁸. Nicías, en cambio, sostenía que no se debía abandonar el asedio de manera tan vergonzosa, teniendo en cuenta

que tenían a su disposición trirremes, soldados y dinero suficientes; además, decía, si concluían la paz con los siracusanos y zarpaban hacia su patria sin el consentimiento del pueblo ateniense, corrían el riesgo de ser acusados por aquellos que tenían la costumbre de calumniar a los estrategos¹¹⁹. [3] De los participantes en el consejo, unos estaban de acuerdo con Demóstenes respecto a la partida con las naves, mientras que otros manifestaron la misma opinión que Nicias; por esta razón no se tomó ninguna decisión clara ni se emprendió acción [4] alguna. Por otra parte, al llegar a Siracusa refuerzos de los sículos, de los selinuntios y de los gelenses, y también de los himereos y los camarineos, los siracusanos cobraron más confianza y los atenienses se asustaron mucho¹²⁰. Además, al haber tomado la epidemia grandes proporciones, habían muerto muchos soldados, y todos se arrepentían de no haber levado anclas hacía tiempo¹²¹. En consecuencia, dado que la muchedumbre [5] protestaba y todos los otros se disponían a embarcar, Nicias se vio obligado a dar su consentimiento para zarpar rumbo a su patria¹²². Cuando los estrategos estuvieron de acuerdo, los soldados comenzaron a cargar los equipos y, una vez dispuestas las trirremes, levantaron las antenas; y los estrategos dieron orden a las tropas de que, cuando se diese la señal, nadie se quedara en el campamento, amenazando con dejar en tierra a quien se retrasara. Iban a zarpar al día siguiente; [6] pero, cuando se hizo de noche, se produjo un eclipse de luna¹²³, razón por la cual Nicias, que por naturaleza era supersticioso y abrigaba un temor religioso a causa de la enfermedad que se había extendido por el campamento, consultó a los adivinos; y, al manifestar éstos que era necesario diferir por tres días la partida, según la costumbre¹²⁴, Demóstenes y los otros se vieron igualmente obligados a consentir por temor a los dioses.

Batalla por tierra y en el Puerto Grande de Siracusa (septiembre del 413)

[13] Cuando los siracusanos fueron informados por algunos desertores respecto a la causa por la que se posponía la partida, equiparon todas las trirremes, setenta y cuatro en total, y, haciendo salir a sus fuerzas de tierra, atacaron al enemigo por tierra [2] y por mar¹²⁵. Los atenienses, después de equipar ochenta y seis trirremes, confiaron el mando del ala derecha al estratego Eurimedonte, frente al cual los siracusanos situaron a su general Agatarco; en el otro

flanco se alineó Eutidemo, frente al cual se situó Sicano, comandante de los siracusanos; y la zona central estuvo al mando de Menandro por parte de los atenienses y del [3] corintio Pites por la de los siracusanos¹²⁶. La línea de combate de los atenienses era más extensa debido a que entablaban la batalla con un mayor número de trirremes, pero precisamente por aquella razón, por la que pensaban que sacarían ventaja, se encontraron en situación de inferioridad. En efecto, Eurimedonte trató de envolver el ala contraria, pero, cuando se separó de la formación, los siracusanos se volvieron contra él y quedó aislado en la ensenada llamada Dascón, que estaba en poder de los siracusanos¹²⁷. Encerrado en un espacio estrecho [4] y forzado a buscar refugio en tierra, fue herido gravemente por un enemigo y perdió la vida; y siete de sus naves fueron destruidas en aquel lugar. La batalla ya se desarrollaba con la total [5] participación de las flotas, y cuando se propagó la noticia de que el estratega había muerto y se habían perdido algunas naves, en un primer momento sólo se retiraron las naves más cercanas a las que habían sido destruidas, pero a continuación, al acosarles los siracusanos, que por el éxito obtenido combatían animosamente, todos los atenienses se vieron forzados a darse a la fuga. Durante la persecución hacia aquella parte del [6] puerto de aguas poco profundas, un buen número de trirremes encallaron en los bancos de arena¹²⁸. Entre tanto, el general siracusano Sicano cargó a toda prisa un barco mercante con sarmientos, ramas de pino y pez, y trató de incendiar las naves embarrancadas en los bajíos¹²⁹. Aunque el fuego prendió en [7] ellas¹³⁰, los atenienses apagaron rápidamente las llamas y, al no poder hallar otro medio de salvación, rechazaron vigorosamente de las naves a quienes las atacaban, mientras las fuerzas de tierra acudían en su ayuda hacia la playa en la que habían [8] ido a parar las naves. Todos afrontaron valientemente el peligro; los siracusanos fueron derrotados en tierra, pero obtuvieron la victoria en el mar y regresaron a la ciudad. Las bajas de los siracusanos fueron escasas, mientras que los atenienses perdieron no menos de dos mil hombres y dieciocho trirremes¹³¹.

Los siracusanos cierran la bocana del Puerto Grande y se prepara la batalla decisiva

[14] Los siracusanos, considerando que la ciudad ya no corría ningún peligro y que más bien el objetivo de la lucha que se

avecinaaba era la conquista del campamento y la captura del ejército enemigo, bloquearon [2] la bocana del puerto mediante una barrera¹³². Anclaron, en efecto, no sólo embarcaciones pequeñas y trirremes, sino también cargueros y, ligándolos con cadenas de hierro, dispusieron sobre los barcos puentes de tablas, llevando a término la [3] obra en tres días¹³³. Los atenienses, viendo que por todas partes se les cerraba cualquier posibilidad de ponerse a salvo, decidieron equipar todas sus trirremes y embarcar en ellas a sus mejores soldados, con el propósito de que tanto el número de las naves como la desesperación de hombres que iban a combatir por su salvación inspiraran temor en los siracusanos¹³⁴. Embarcaron [4] pues a los mandos y a los mejores hombres de todo el ejército, equipando de este modo ciento quince trirremes, y situaron al resto de las tropas en tierra a lo largo de la costa. Los siracusanos por su parte dispusieron el ejército de tierra delante de la ciudad y equiparon setenta y cuatro trirremes, seguidas por las naves auxiliares confiadas a los muchachos de condición libre que por sus años aún no estaban en la edad de servir y querían participar en la lucha junto a sus padres¹³⁵. Los muros que se encontraban [5] alrededor del puerto y cualquier altura situada en el interior de la ciudad estaban llenas de gente, ya que las mujeres y las muchachas y cuantos por su edad no podían prestar servicio en la guerra, al estar ésta en su momento decisivo, seguían las fases de la batalla con gran ansiedad.

Arenga de Nicias. Se inicia la batalla. Los atenienses obligados a retroceder tras el ataque a la barrera de la bocana.

En aquellas circunstancias, Nicias, el [15] estratega de los atenienses, observando las naves y considerando el alcance del encuentro, no quiso permanecer a la espera entre las tropas alineadas en tierra, sino que, abandonando a la infantería, subió a una nave y recorrió la línea de las trirremes atenienses. Llamando a cada trierarco por su nombre, les tendía las manos y les suplicaba a todos que, entonces más que nunca, se asieran fuertemente a aquella única esperanza que les quedaba, puesto que del valor de aquellos que se disponían a librar aquella batalla naval dependía su propia salvación y la de su patria¹³⁶. [2] A quienes eran padres les traía a la memoria a sus hijos, y a los nacidos de padres ilustres les suplicaba que no deshonraran las virtudes de sus progenitores; a quienes habían sido

distinguidos por el pueblo les exhortaba a mostrarse dignos de sus coronas¹³⁷, y a todos, con el recuerdo de los trofeos erigidos en Salamina¹³⁸, les pedía que no empañaran la universalmente famosa gloria de su patria, y que no se entregaran como esclavos a los siracusanos.

[3] Una vez que hubo pronunciado palabras de este tenor, Nicias volvió a su puesto, y los hombres de la flota avanzaron entonando el peán¹³⁹ y, anticipándose al enemigo, comenzaron a romper la barrera¹⁴⁰. Pero los siracusanos, zarpando a su encuentro a toda prisa, dispusieron sus trirremes en orden de batalla y, alcanzando a sus enemigos, les obligaron a retirarse [4] de la barrera y a trabar combate. Al efectuarse las maniobras de retroceso, unas hacia la playa, otras hacia el centro del puerto y otras en dirección a los muros, en seguida todas las trirremes se encontraron separadas unas de otras y se alejaron de las cadenas que cerraban la bocana, y todo el puerto estuvo [5] lleno de naves combatiendo en pequeños grupos. Por ambas partes se luchaba con audacia para obtener la victoria; los atenienses, confiando en el número de sus naves y no viendo otra posibilidad de salvación, se arriesgaban audazmente y afrontaban la muerte combatiendo llenos de valor; y los siracusanos, que como espectadores de la batalla tenían a sus padres y a sus hijos, rivalizaban entre ellos, ya que cada uno quería que su propia intervención fuera decisiva para la victoria de su patria.

El fragor de la batalla

En consecuencia, fueron muchos los [16] que, cuando su propia nave era dañada por el espolón de otra, saltaban a las proas de los navíos contrarios y se encontraban rodeados de enemigos. En algunos casos lanzaban arpones de hierro¹⁴¹ y obligaban a sus adversarios a luchar sobre las naves como si combatieran en tierra. A menudo hombres cuyas naves habían sido destrozadas se lanzaban [2] sobre las de los enemigos y, después de haber dado muerte a unos y haber arrojado al mar a otros, se apoderaban de las trirremes. En pocas palabras, por todo el puerto resonaban el estruendo de las embestidas de las naves y del griterío de los combatientes que caían en uno u otro bando. Cuando una nave era [3] rodeada por varias trirremes, por todas partes recibía las acometidas de los espolones y, al invadirlas el agua, el mar se las tragaba con sus tripulaciones.

Algunos hombres, mientras sus naves se hundían, trataban de salvarse a nado, pero acababan gravemente heridos por las flechas y perecían rematados por las lanzas. Los pilotos, ante la confusión de la batalla, observando [4] que por todas partes reinaba el tumulto y que a menudo varias naves se abalanzaban contra una sola, ya no sabían qué señal debían dar, ya que las mismas órdenes no convenían a las diversas situaciones, ni era posible, debido a la lluvia de proyectiles, que [5] los remeros vieran a quienes les daban las órdenes. En suma, nadie podía oír ninguna de las voces de mando en medio de barcos que se partían e hileras de remos que se quebraban, a lo que se añadía el griterío de los hombres que combatían en las naves y el de los que desde tierra rivalizaban en dar ánimos a los contendientes. [6] En efecto, toda la costa estaba ocupada, de tropas de infantería atenienses por una parte y de siracusanos por otra, de modo que algunas veces los que combatían en las naves cerca de tierra contaban con el apoyo de los que estaban en sus posiciones [7] de la costa. Los que se encontraban sobre los muros, cuando veían que el éxito acompañaba a los suyos, entonaban el peán, pero cuando los veían en peor situación, gemían y con los ojos llenos de lágrimas dirigían sus plegarias a los dioses; algunas veces, en efecto, ocurría que trirremes de los siracusanos eran destruidas junto a los muros y sus tripulaciones encontraban la muerte a la vista de sus familiares, de modo que los padres asistían a la muerte de sus hijos, y las hermanas y esposas al terrible final de sus maridos y hermanos¹⁴².

Reproches de la infantería a las naves que se retiraban. El descalabro ateniense.

[17] Aunque ya había pasado mucho tiempo y eran numerosos los muertos, la batalla no llegaba a su fin, ya que ni siquiera los que se encontraban en una situación apurada se atrevían a emprender la huida hacia tierra. Los atenienses, en efecto, a quienes abandonaban la batalla y dirigían sus naves hacia la costa les preguntaban si pensaban navegar hacia Atenas por tierra; y las tropas de tierra de los siracusanos, a sus compatriotas que maniobraban hacia la costa les pedían cuentas de por qué motivo, tras haberles impedido participar en la batalla a ellos, que querían embarcar en las trirremes, ahora traicionaban a su patria; y les preguntaban si la razón por la que habían cerrado la bocana del puerto era para, después de haber bloqueado al enemigo, ir ellos a refugiarse en la playa; y, dado que

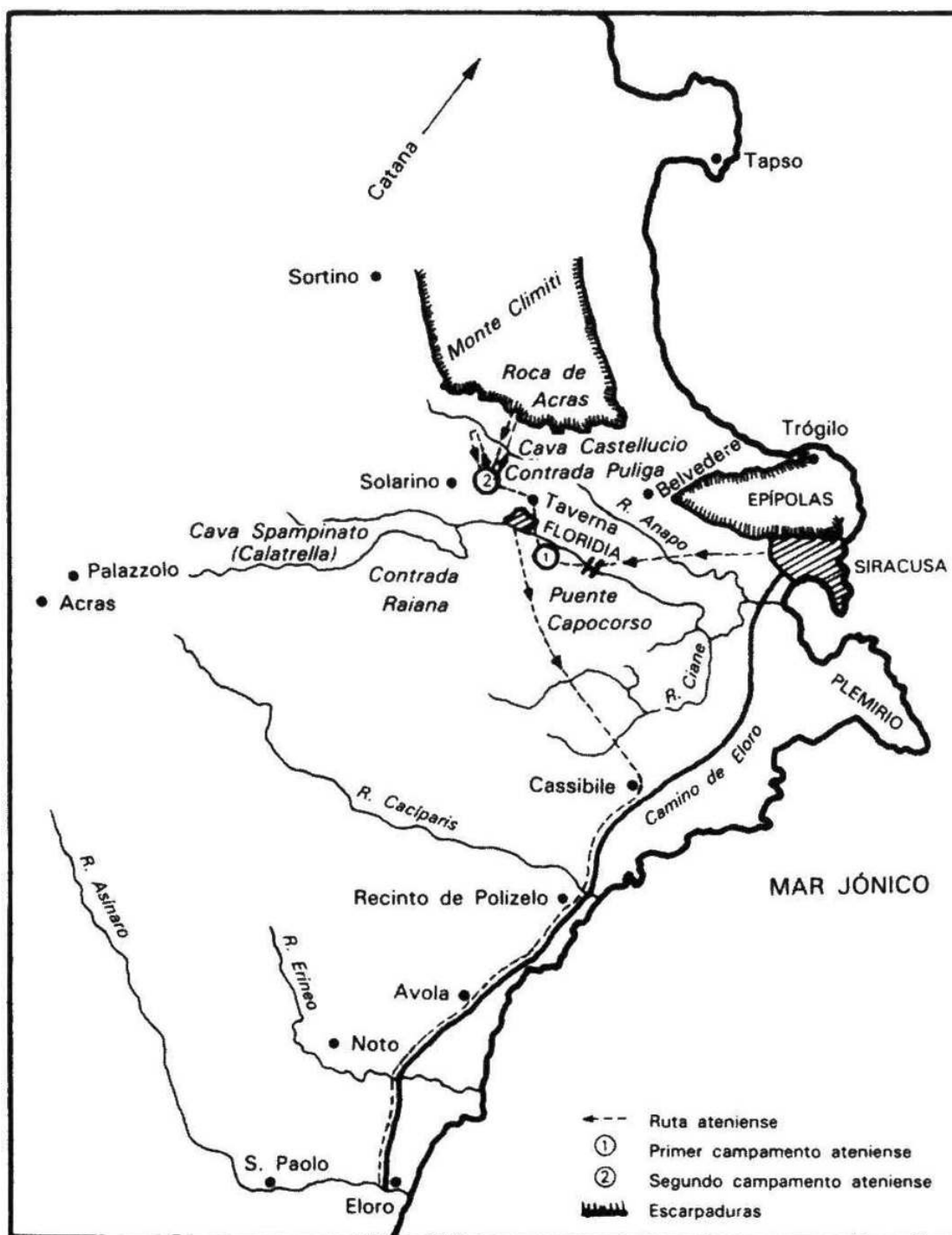
la muerte era el destino de todos los hombres, qué final más hermoso, les decían, podían tener que morir por la patria, la patria que pretendían abandonar vergonzosamente en el momento en que era testigo de su lucha¹⁴³. Tales fueron los reproches que los soldados dirigían desde [2] tierra a los hombres de las naves que se acercaban a la costa; y los que buscaban refugio en la playa volvían atrás, aunque sus naves estuvieran destrozadas y ellos mismos estuviesen cubiertos de heridas. Pero cuando los atenienses que combatían junto [3] a la ciudad fueron obligados a retroceder y se dieron a la fuga, también se fueron retirando, unos tras otros, los que se encontraban a continuación, de modo que en poco tiempo toda la flota ateniense fue puesta en fuga¹⁴⁴. Los siracusanos persiguieron [4] las naves hasta tierra con gran griterío; y los atenienses que habían escapado de la muerte en el mar, una vez que llegaban a sitios de poco fondo, se arrojaban desde sus naves y buscaban refugio junto a las tropas de tierra¹⁴⁵. El puerto estaba lleno de [5] armas y de restos de naufragios; la flota ática había perdido sesenta naves, y de la de los siracusanos ocho navíos fueron completamente destrozados y dieciséis sufrieron daños parciales. Los siracusanos trataron de sacar a tierra el mayor número posible de trirremes y, después de haber recuperado los cuerpos de sus conciudadanos y de sus aliados, les honraron con unos funerales públicos¹⁴⁶.

Comienza la retirada ateniense. La estratagema de Hermócrates.

[18] Los atenienses acudieron en tropel a las tiendas de los comandantes y pidieron a los estrategos que no se preocuparan de las naves, sino de librarles a ellos mismos de la muerte. Demóstenes dijo que, dado que la barrera que cerraba el puerto había sido rota, era preciso equipar las trirremes a toda prisa, y aseguró que si atacaban [2] por sorpresa, tendrían éxito en su empresa. Pero Nicias aconsejó abandonar las naves y retirarse por el interior de la isla hacia las ciudades aliadas. Este plan fue aceptado por todos, por lo que incendiaron algunas naves y se prepararon para la retirada¹⁴⁷.

[3] Cuando fue clara la intención de los atenienses de levantar el campamento de noche, Hermócrates aconsejó a los siracusanos que sacaran a todo el ejército durante la noche y ocuparan [4] todos los caminos anticipándose al enemigo¹⁴⁸. Y al no estar de acuerdo con él los generales, debido a que muchos soldados estaban heridos y a

que todos estaban físicamente agotados por las fatigas de la batalla, despachó algunos jinetes al campamento de los atenienses para advertirles de que los siracusanos ya habían enviado hombres a ocupar los caminos y los lugares estratégicamente más importantes. Era ya de noche cuando [5] los jinetes realizaron lo ordenado. Los atenienses, creyendo que eran unos leontinos quienes, como prueba de amistad, les comunicaban aquella noticia, quedaron desconcertados y pospusieron la partida. Si no hubieran sido engañados con esta estratagema, se habrían marchado con toda seguridad¹⁴⁹. Los [6] siracusanos, a la primera luz del alba, enviaron los destacamentos encargados de ocupar con antelación los pasos estrechos de los caminos. Y los estrategos atenienses, dividiendo sus soldados en dos contingentes, situaron a los animales de carga y a los enfermos en el centro, y, tras colocar a los hombres aptos para el combate en la vanguardia y en la retaguardia, unos a las órdenes de Nicias y los otros bajo el mando de Demóstenes, se dirigieron hacia Catana¹⁵⁰.



3. Retirada ateniense de Siracusa (según D. Kagan).

Persecución y destrucción del ejército ateniense de Sicilia. Asamblea en Siracusa sobre la suerte de los prisioneros.

Los siracusanos remolcaron las cincuenta [19] naves abandonadas¹⁵¹ y las llevaron a la ciudad, y a continuación, hicieron desembarcar de las trirremes a todas sus tripulaciones, las armaron y, con todas sus fuerzas, se pusieron a seguir a los atenienses, pisándoles los talones y obstaculizando su avance. Durante tres días

les siguieron de cerca y les cerraron el camino [2] por todas partes impidiendo que avanzaran directamente hacia Catana, ciudad aliada, y les obligaron a volver sobre sus pasos a través de la llanura de Eloro¹⁵², hasta que les cercaron junto al río Asínaro¹⁵³; mataron a dieciocho mil hombres e hicieron prisioneros a siete mil¹⁵⁴, entre los que estuvieron los estrategos Demóstenes y Nicias; y los restantes fueron capturados [3] como botín por los soldados¹⁵⁵. Los atenienses, pues, al cerrárseles las vías de salvación por todas partes, se vieron obligados a entregar las armas y a rendirse al enemigo¹⁵⁶. Después de estos hechos, los siracusanos levantaron dos trofeos, clavando en cada uno de ellos las armas de un estratego, y regresaron a la ciudad¹⁵⁷.

En primer lugar celebraron sacrificios en honor de los dioses [4] con la participación de todo el pueblo, y al día siguiente reunieron la asamblea para deliberar sobre qué medidas debían tomarse en relación a los prisioneros de guerra¹⁵⁸. Un cierto Diocles, que era el más afamado entre los cabecillas del pueblo, expuso su opinión en el sentido de que los estrategos atenienses debían sufrir la ignominia de la ejecución, mientras que todos los demás prisioneros de momento tenían que ser encerrados en las canteras¹⁵⁹; a continuación, dijo, venderían como esclavos a los aliados de los atenienses, y los atenienses trabajarían como prisioneros, recibiendo dos *cótilas*¹⁶⁰ de harina de [5] cebada¹⁶¹. Una vez que se hubo leído esta moción, se adelantó Hermócrates y comenzó a hablar a la asamblea, afirmando que, más que el hecho de vencer, era hermoso un uso humano de la [6] victoria¹⁶². Al alborotar el pueblo manifestando que no toleraba aquel discurso, subió a la tribuna, sostenido por unos sirvientes a causa de su edad avanzada, un hombre llamado Nicolao¹⁶³, que había perdido a dos hijos en la guerra. Cuando el pueblo lo vio, cesó el alboroto, dado que todos pensaban que hablaría contra los prisioneros. Se hizo pues el silencio, y el viejo comenzó con estas palabras:

Discurso de Nicolao. La tragedia personal cede ante el interés general.

[20] «De las desgracias provocadas por esta guerra, siracusanos, me ha correspondido una parte no pequeña. Porque, siendo padre de dos hijos, a los dos los envié para que arriesgaran su vida en defensa de la patria, y en su lugar recibí un mensaje en el que se [2] me

comunicaba su muerte. Por ello cada día echo de menos su compañía y reflexiono sobre su muerte, y a ellos los considero felices, pero me compadezco de mi propia vida, considerándome [3] el más infeliz de todos los hombres. Ellos, en efecto, la muerte, que es nuestra deuda a la naturaleza, la han ofrecido para la salvación de la patria, y han dejado para la posteridad una gloria inmortal; yo, en cambio, ya en el fin de mis días, al verme privado de los que eran el sostén de mi vejez, sufro un doble dolor al sentir vivamente su falta, tanto por ser hijos de mi sangre como por su valor. Cuanto más noble ha sido su final, [4] tanto más vivo es el recuerdo que han dejado detrás de ellos. Es natural, pues, que yo odie a los atenienses, ya que ellos son la causa de que yo haya sido conducido aquí no por mis hijos, sino, como veis, por mis sirvientes. Así pues, siracusanos, si [5] ahora viera que la deliberación que nos ocupa tiene como objeto a los atenienses, naturalmente, tanto por las desgracias sufridas por nuestra patria, que todos hemos padecido, como por mis desdichas particulares, reaccionaría duramente contra ellos; pero dado que, juntamente con la piedad debida a los desgraciados, aquí se decide no sólo sobre lo conveniente para toda la ciudad, sino también respecto a la opinión sobre el pueblo siracusano que se extenderá entre todos los hombres, voy a presentar una propuesta que apunte estrictamente a la conveniencia¹⁶⁴.

La arrogancia castigada. Necesidad de la moderación.

»El pueblo ateniense ha recibido el [21] justo castigo por su locura, en primer lugar de parte de los dioses, pero también de nosotros mismos, que hemos sido víctimas de su insolencia. Es un bien, en [2] efecto, que la divinidad envuelva en desgracias inesperadas a quienes han dado comienzo a una guerra injusta y no han sabido servirse humanamente de su supremacía¹⁶⁵. ¿Quién habría [3] esperado que los atenienses con los diez mil talentos sacados de Delos¹⁶⁶, con doscientas trirremes enviadas a Sicilia y con un ejército de más de cuarenta mil hombres pudieran caer en un desastre de tal envergadura? De un dispositivo militar tan imponente ni una nave, ni un solo hombre han regresado a la patria, de modo que ni siquiera ha quedado quien pueda anunciar [4] el descalabro a sus conciudadanos¹⁶⁷. Así pues, siracusanos, si sabéis que los arrogantes son odiados por los dioses y por los hombres, inclinaos

ante la Fortuna¹⁶⁸ y no hagáis nada que sobrepase los límites de la condición humana. ¿Qué nobleza hay en dar muerte a quien ya está postrado a vuestros pies? ¿Qué gloria os proporcionará saciaros de venganza? Quien mantiene su crueldad inmutable frente a las desgracias ultraja asimismo [5] la debilidad común de la naturaleza humana¹⁶⁹. No existe en efecto un hombre tan sabio que pueda superar el poder de la Fortuna, la cual, por su naturaleza, se complace en las humanas desdichas y provoca las rápidas mutaciones de la felicidad.

Algunos tal vez objetarán que ellos han obrado injustamente [6] y que nosotros tenemos el derecho de vengarnos. Pero ¿no os habéis desquitado del pueblo ateniense con una venganza muy superior? ¿No juzgáis suficiente el castigo infligido a los prisioneros? Se entregaron a vosotros con sus armas, confiados en la magnanimidad de los vencedores. No es, pues, justo que se vean defraudados respecto a nuestra humanidad. Aquellos que [7] alimentaban un odio pertinaz contra nosotros han muerto combatiendo, pero los que se han puesto en nuestras manos ya no son enemigos, sino suplicantes¹⁷⁰. Porque los que en las batallas ponen sus personas en manos de los adversarios lo hacen con la esperanza de salvar sus vidas; y si, pese a haberse fiado, son objeto de una venganza tan cruel, ellos, al sufrirla, encontrarán la desgracia, pero los ejecutores del castigo serán tachados de inicuos. Es preciso pues, siracusanos, que quienes reivindican la hegemonía [8] cuiden no tanto de hacerse fuertes en las armas como de mostrarse moderados en su conducta.

Beneficios de la magnanimidad

»Indudablemente, los pueblos sometidos, [22] cuando encuentran la ocasión propicia, debido al odio que alimentan, tratan de rechazar a quienes mantienen su dominio sobre ellos valiéndose del miedo; pero manifiestan constantemente su afecto a quienes ejercen su supremacía con humanidad, contribuyendo a acrecentar su hegemonía. ¿Cuál fue la causa de la decadencia del imperio [2] de los medos? La crueldad con los más débiles¹⁷¹. Así, al sublevarse los persas contra ellos, la mayor parte de los pueblos se unió a la rebelión¹⁷². ¿Y con qué virtud Ciro, de ciudadano privado que era, se convirtió en rey de toda Asia? Con su clemencia con los vencidos. En efecto, cuando cogió prisionero al rey Creso, no sólo no lo trató

injustamente, sino que incluso fue su benefactor. Y se comportó de igual manera con otros reyes y [3] con otros pueblos. Fue ésta la causa por la que, cuando la fama de su benignidad se extendió, todos los pueblos de Asia rivalizaban por entrar en la alianza del Gran Rey¹⁷³.

[4] »Pero ¿por qué me entretengo hablando de hechos distantes en el tiempo y en el espacio? En nuestra misma ciudad y no hace mucho tiempo, Gelón, de simple particular, se convirtió en señor de toda Sicilia, ya que las ciudades se sometieron voluntariamente a su autoridad; la moderación de este hombre, en efecto, unida a su indulgencia con los desafortunados, le granjeó [5] la simpatía de todos los hombres¹⁷⁴. Así pues, dado que desde aquel tiempo nuestra ciudad reivindica la hegemonía de Sicilia, no echemos por la borda los elogios que se granjearon nuestros antepasados ni nos mostremos brutales e implacables ante la desventura humana. No conviene dar pábulo a la envidia contra nosotros ofreciéndole el pretexto de afirmar que no merecemos la buena suerte que gozamos; además, es hermoso tener, cuando la Fortuna es adversa, a alguien que comparta tu dolor y, cuando de nuevo se enderezan las cosas, a quien se complazca por ello. La superioridad obtenida por las armas depende [6] frecuentemente de la Fortuna o de la oportunidad, mientras que la clemencia que se manifiesta en los éxitos es un signo distintivo de la virtud de los hombres afortunados. En consecuencia, no privéis a la patria de la posibilidad de ser famosa entre todas las gentes, por haber superado a los atenienses no sólo en las armas, sino también en humanidad. Se pondrá de manifiesto [7] que ellos, que se jactan de superar a los otros pueblos en civilización, han sido objeto de las atenciones de nuestra magnanimidad; y quienes fueron los primeros en consagrar un altar a la Misericordia¹⁷⁵ encontrarán este altar en la ciudad de los siracusanos. Y esto demostrará a todo el mundo que ellos han sufrido [8] una justa derrota y que nosotros merecemos el éxito conseguido, siendo así que ellos han cometido una agresión contra unos hombres que han tratado con magnanimidad incluso a sus enemigos, mientras que nosotros hemos vencido a quienes han osado maquinarse contra un pueblo que hace partícipes de su misericordia hasta a sus más acérrimos enemigos. En vista de lo cual, los atenienses no sólo serán objeto de las acusaciones de otros

pueblos, sino que ellos mismos se condenarán como culpables de una agresión contra hombres tan magnánimos.

Los giros de la vida aconsejan el uso de la misericordia

[23] »Es hermoso, siracusanos, establecer las bases de una amistad y poner fin a la discordia mostrando misericordia con los que han sufrido un infortunio; es necesario, en efecto, mantener un afecto perenne a nuestros amigos, pero la enemistad hacia nuestros adversarios ha de ser perecedera; de este modo aumentará el número [2] de los aliados y disminuirá el de los enemigos. Por el contrario, mantener eternamente las discordias y transmitir las a los hijos de nuestros hijos no es ni noble ni seguro, ya que en algunas ocasiones ha ocurrido que quienes aparentemente eran más poderosos, en un breve espacio de tiempo, han pasado a ser [3] más débiles que aquellos que antes les estaban sometidos. Y nos ofrece una prueba la guerra recientemente concluida, dado que los hombres que vinieron para asediar nuestra ciudad y gracias a su superioridad levantaron un muro en torno a ella, se han convertido, por un giro del destino, en nuestros prisioneros, como podéis constatar. Es conveniente, pues, mostrarnos clementes en los infortunios ajenos, y tener así a nuestro alcance la misericordia de todos en el caso de que nos afectara alguna de las desgracias inherentes a la condición humana. La vida, en efecto, conlleva muchas situaciones inesperadas, discordias civiles, robos, guerras, circunstancias en las que no es fácil rehuir el peligro, dada nuestra naturaleza humana. En consecuencia, si [4] prescindimos de la misericordia hacia los que ahora están a nuestra merced, nos impondremos a nosotros mismos una dura ley para el futuro; porque es imposible que quienes han actuado con otros sin ninguna compasión reciban alguna vez un trato humano de parte de otros y que quienes han cometido atrocidades contra otros encuentren los beneficios de la magnanimidad; no es posible ciertamente que, si damos muerte a tantos hombres en contra de las costumbres de los griegos, invoquemos, en los giros de la vida, los usos comunes de toda la humanidad. ¿Quién, [5] pues, entre los griegos, ha tenido por justa una condena inexorable contra hombres que se han rendido confiando en la magnanimidad de los vencedores? O ¿quién ha sostenido que la misericordia valga menos que la crueldad, y la precaución menos que la precipitación?

La debilidad de la condición humana aconseja la moderación

»Todo el mundo suele oponerse con [24] firmeza al enemigo que se le enfrenta en el campo de batalla, pero generalmente se es tolerante con los que se han sometido, abatiendo así la osadía de los primeros y mostrando piedad por el infortunio de los segundos. Nuestro ardor se calma cuando el enemigo de antes, por un giro de la suerte, se ha convertido en un suplicante que está dispuesto [2] to a sufrir el castigo que decidan los vencedores. Y los espíritus de los hombres civilizados, pienso, son conquistados de algún modo por la misericordia, debido a la comunidad de sentimientos de la naturaleza humana; los atenienses, por ejemplo, durante la Guerra del Peloponeso, bloquearon a muchos lacedemonios en la isla de Esfacteria y los hicieron prisioneros, pero [3] los restituyeron a los espartiatas tras el pago de un rescate¹⁷⁶; y a su vez los lacedemonios actuaron del mismo modo en una ocasión en la que habían capturado muchos prisioneros entre las filas de los atenienses y de sus aliados¹⁷⁷; fue noble el comportamiento de los unos y de los otros. Entre los griegos, en efecto, la enemistad sólo debe mantenerse hasta la victoria, y las represalias hasta el momento en el que se ha sometido al adversario. [4] Más aún, quien se venga en el que se le ha sometido y ha buscado refugio en la magnanimidad del vencedor, éste no castiga simplemente al enemigo, sino que comete el error mucho [5] mayor de no tomar en cuenta la debilidad humana. Ante una dureza tal, podrían citarse sentencias de los antiguos sabios: “Hombre, no seas soberbio”; “conócete a ti mismo”; “date cuenta de cómo la Fortuna es señora de todo”¹⁷⁸. ¿Por qué razón, pues, los antepasados de todos los griegos, para celebrar las victorias en la guerra establecieron la costumbre de levantar trofeos no de piedra, sino con las maderas que tenían a mano? ¿No fue tal vez para que los recuerdos de la enemistad duraran [6] poco tiempo y desaparecieran rápidamente? En suma, si queréis mantener la discordia eternamente, sabed que no tomáis en cuenta la debilidad de la condición humana, ya que un breve momento, un rápido giro de la Fortuna, abaten frecuentemente la arrogancia de los soberbios.

Es preferible la amistad con Atenas

»Si, como es natural, queréis poner [25] fin a la guerra, ¿qué ocasión vais a encontrar mejor que la que ahora se os presenta, aprovechando la cual podréis hacer que un acto de humanidad con los que han sufrido una derrota constituya el punto de partida de una

amistad? No penséis, en efecto, que el pueblo de los atenienses se encuentra en un estado de completo agotamiento a causa del desastre sufrido en Sicilia; mantiene su dominio sobre prácticamente todas las islas de Grecia y conserva su hegemonía en las costas de Europa y de Asia¹⁷⁹. Tiempo atrás, después [2] de haber perdido en Egipto trescientas trirremes con sus tripulaciones¹⁸⁰, obligaron al Rey¹⁸¹, que se consideraba vencedor, a aceptar unas condiciones de paz ignominiosas; y en otra ocasión, cuando su ciudad fue arrasada por Jerjes, en poco tiempo consiguieron vencerlo y se hicieron con la hegemonía de [3] Grecia. Esta ciudad, en efecto, tiene la gran capacidad de conseguir sus mayores logros en medio de las más grandes desgracias y de no tomar jamás decisiones humillantes. Es conveniente, por lo tanto, en lugar de acrecentar su enemistad, hacer de ellos nuestros aliados respetando a los prisioneros. Además, [4] si los condenamos a muerte, simplemente nos dejaremos dominar por nuestra cólera, dando satisfacción a una pasión estéril; si, por el contrario, respetamos sus vidas, no sólo nos granjearemos la gratitud de los que habrán sido beneficiados, sino que también obtendremos la aprobación de todos los pueblos.

Atenas acreedora al agradecimiento

»Sí, se podría objetar, pero algunos [26] griegos han ejecutado a sus prisioneros de guerra. ¿Y qué pasa con eso? Si esta acción les reportó elogios, imitemos a estos hombres que han velado por su reputación; pero si, por una acción tal, nosotros hemos sido los primeros en acusarlos, no cometamos los mismos crímenes que ellos, a juicio de todo el mundo, han perpetrado. En tanto que quienes [2] se han confiado a nuestra buena fe no sufran ningún daño irremediable, todos dirigirán justamente sus reproches al pueblo de los atenienses; pero si reciben la noticia de que, en contra de las normas aceptadas por todo el mundo, hemos traicionado la fe jurada a los prisioneros, trasladarán su acusación contra nosotros. Por otra parte, si hay un pueblo que sea merecedor de que se tomen en cuenta los méritos de su ciudad, y que se tribute gratitud a sus ciudadanos por los beneficios dispensados a la humanidad, este pueblo no es otro que el de los atenienses. Ellos fueron, en efecto, los primeros que hicieron partícipes a [3] los griegos del cultivo del alimento¹⁸², que habían aprendido de los dioses para su propio provecho y que compartieron con todo el mundo. También fueron

ellos quienes descubrieron las leyes, con cuya aplicación la vida común, de una existencia salvaje e injusta, ha pasado a ser una convivencia civilizada y justa. Fueron asimismo los primeros que, tutelando a quienes se refugiaban en su ciudad, hicieron que las leyes a favor de los suplicantes estuvieran en vigor entre todas las gentes, por lo que no es justo que privemos de la protección de estas leyes a quienes son sus autores¹⁸³. A todos os he dirigido estas consideraciones, pero a algunos en particular os quiero traer al espíritu los sentimientos de humanidad.

Atenas, maestra y opresora. Sus aliados y Nicias merecen clemencia. Mutabilidad de la Fortuna.

[27] »¡Vosotros, todos los que en esta ciudad disfrutáis de los beneficios de la elocuencia y de la cultura, tened misericordia de quienes han ofrecido su patria como escuela común de toda la humanidad¹⁸⁴! ¡Vosotros, todos los que tenéis parte en los más sagrados Misterios¹⁸⁵, salvad las vidas de quienes os han iniciado en ellos¹⁸⁶! ¡De este modo los que ya habéis gozado de esta benevolencia divina mostraréis vuestra gratitud por los beneficios recibidos, y los que se preparan para participar en ellos no renunciarán a tal esperanza a causa de un arrebató [2] de cólera. Porque ¿qué lugar será accesible a los extranjeros que busquen una educación liberal, una vez destruida la ciudad de los atenienses¹⁸⁷? Pasajero es el odio suscitado por sus errores, pero son importantes y numerosas sus obras que invitan a tratarlos con benevolencia.

»Pero, dejando aparte la consideración hacia la ciudad, si [3] alguno de vosotros examina el caso de los prisioneros individualmente, concluirá que despiertan justamente sentimientos de misericordia. Los aliados de Atenas, por ejemplo, se vieron obligados a participar en la expedición, forzados por la superioridad de sus opresores. Por lo tanto, si es justo castigar a aquellos que han actuado mal a sabiendas, a quienes han cometido un error contra su voluntad convendría considerarlos dignos de clemencia. ¿Y qué decir de Nicias, de este hombre que desde el principio defendió una política favorable a los intereses de los siracusanos, que fue el único en oponerse a la expedición contra Sicilia¹⁸⁸, y que, preocupándose continuamente de los siracusanos residentes en Atenas, no dejó de servirles como próxeno¹⁸⁹? Es absurdo, ciertamente, que sea

castigado Nicias, la persona [4] que en Atenas ha propugnado una política favorable a nosotros, y que no reciba un trato humano como contrapartida de su buena disposición hacia nosotros, sino que sea víctima de una venganza inexorable por su actuación al servicio de su país; y que, por el contrario, Alcibíades, el hombre que ha provocado la guerra contra los siracusanos, escape de nuestra venganza y de la de los atenienses, mientras que el que ha sido reconocido unánimemente como el más humano de los atenienses¹⁹⁰ no pueda obtener [5] la conmiseración general. Por mi parte, pues, viendo la mutación que ha sufrido su vida, siento piedad por su suerte. Antes se contaba entre los griegos más ilustres y, alabado por su hombría [6] de bien, era feliz y admirado en toda la ciudad; ahora, en cambio, con las manos atadas detrás de la espalda, con un aspecto lamentable, experimenta la miserable situación de la cautividad, como si la Fortuna, por medio de la vida de este hombre, hubiera querido manifestar todo su poder. Es conveniente pues que nosotros usemos con humana moderación la prosperidad que ella nos otorga, y que no mostremos una crueldad propia de bárbaros con hombres de nuestra propia raza.»

Discurso de Gilipo. Los siracusanos deben odiar a los atenienses tanto como han amado a sus caídos.

[28] Así pues, una vez que hubo expuesto estos argumentos ante los siracusanos, Nicolao puso fin a su discurso con el que se ganó la simpatía del auditorio. Pero el laconio Gilipo, que mantenía inalterable su odio a los atenienses, subió a [2] la tribuna y comenzó su discurso con estas palabras¹⁹¹: «Me maravillo en gran manera, siracusanos, viendo con qué rapidez, en un asunto por el que habéis sufrido terriblemente en los hechos, os dejáis inducir a cambiar de parecer por las palabras. Si vosotros, que habéis corrido el riesgo de ser destruidos, renunciáis a vuestra cólera frente a quienes vinieron con vistas a la ruina de vuestra patria, ¿qué necesidad tendremos ahora de implicarnos, nosotros, que no somos las víctimas de la agresión? Perdonadme, siracusanos, en nombre de los dioses, si os expongo [3] con sinceridad mi parecer; soy espartiatas y hablo con la franqueza de un espartiatas. En primer lugar, cabría preguntarse cómo Nicolao puede decir que nos apiademos de los atenienses, los cuales, al privarle de sus hijos, han hecho que su vejez inspire piedad, y cómo se presenta en la asamblea vestido de luto y con lágrimas en

los ojos para decirnos que es preciso compadecerse de los asesinos de sus propios hijos. No es justo, en [4] modo alguno, el hombre que echa en olvido a sus familiares más queridos, después de su muerte, y prefiere salvar a sus enemigos más acérrimos. Porque ¿cuántos de vosotros que estáis en esta asamblea habéis sufrido la pérdida de hijos en la guerra?». En este momento muchos de los reunidos prorrumpieron en exclamaciones. Y Gilipo, retomando la palabra, dijo: «¿Ves, Nicolao, [5] cuántos manifiestan su desgracia con sus voces? ¿Y cuántos sois los que buscáis en vano a vuestros hermanos, parientes o amigos caídos?». Entonces un número mucho mayor levantó la mano. Y Gilipo prosiguió: «¿Observas, Nicolao, la multitud [6] de los que son desgraciados por causa de los atenienses? Todos estos hombres, sin ser culpables de nada respecto a ellos, se han visto privados de las personas más queridas, y alimentan un odio tan grande hacia los atenienses como grande era el amor que profesaban a los suyos.

Los prisioneros atenienses merecen el castigo de los agresores, no el perdón de los suplicantes

[29] »Así pues, ¿cómo no considerar absurdo, siracusanos, que los caídos hayan elegido voluntariamente la muerte mirando por vosotros y que vosotros, por el contrario, en su recuerdo, no queráis tomar el desquite de la agresión de vuestros enemigos más acérrimos? ¿Y no es asimismo absurdo que por una parte exaltéis a aquellos que han dado su vida por la libertad de todos y que por otra os preocupéis más de la salvación [2] de los asesinos que del honor de los caídos? Habéis votado adornar las tumbas de los difuntos a expensas públicas; y bien, ¿qué adorno podríais encontrar más bello que el castigo de quienes les han dado muerte? ¡A menos que, por Zeus, no queráis conceder la ciudadanía a estos asesinos y dejarlos como trofeos [3] vivientes de vuestros muertos! Pero, puede objetarse, han renunciado al nombre de enemigos y se han convertido en suplicantes. Y yo os pregunto: ¿A partir de qué base se les concede este tratamiento tan humano? Quienes en un principio fijaron las normas a este propósito prescribieron la piedad para los infortunados, pero el castigo para los culpables de una agresión [4] injusta. ¿Y en qué categoría colocaremos a los prisioneros? ¿En la de las víctimas de la Fortuna? ¿Y qué Fortuna les forzó, sin haber sido provocados, a emprender la guerra contra los siracusanos, a

renunciar a la paz, objeto de las alabanzas de todo el mundo, y a presentarse aquí con la idea de destruir vuestra ciudad? [5] En consecuencia, dado que han elegido voluntariamente el camino de una guerra injusta, que soporten con valor las terribles consecuencias de su decisión; que aquellos que, en el caso de vencer, os hubieran tratado con una crueldad implacable, ahora, cuando han sido derrotados, no recurran a vuestra [6] humanidad hacia los suplicantes a fin de evitar el castigo. Si son convictos de haberse precipitado en un descalabro de tal envergadura debido a su maldad y a su insaciabilidad, que no acusen a la Fortuna ni se atrevan a invocar la palabra “súplica”. Este término está reservado a quienes tienen un corazón puro y se han visto alcanzados por un injusto infortunio. Pero éstos, cuya [7] vida está llena de todo tipo de crímenes, no han dejado ninguna posibilidad de misericordia ni escapatoria alguna.

La codicia, la insidia y la arrogancia de los atenienses indignas de piedad. Su conducta con Mitilene, Melos y Escione.

»En efecto, ¿cuál de las decisiones [30] más ignominiosas no han tomado? ¿Qué acción entre las más funestas no han perpetrado? Es distintivo de la codicia no contentarse con los propios bienes concedidos por la Fortuna y ambicionar aquellos que están lejanos y pertenecen a otros. Tal ha sido su comportamiento. Los atenienses, en efecto, eran los más felices de todos los griegos, pero no han sabido soportar tanta fortuna, como si fuera una pesada carga, y, pese a estar separada por un mar tan vasto, han tratado de repartirse Sicilia y de reducir a la esclavitud a sus habitantes¹⁹². Es horrible emprender la guerra [2] cuando no se ha sido previamente víctima de una provocación; y esto es lo que han hecho ellos. En el tiempo precedente, en efecto, eran amigos vuestros, pero de repente, sin que nadie lo esperara, pusieron sitio a los siracusanos con un ejército tan impresionante¹⁹³. Es propio de arrogantes decretar el castigo de [3] pueblos que todavía no han sometido anticipándose al designio de la Fortuna; y tampoco en eso se han quedado atrás. En efecto, antes de poner el pie en Sicilia, aprobaron la resolución de reducir a la esclavitud a los siracusanos y a los selinuntios y de obligar a todos los otros a pagar un tributo¹⁹⁴. Así pues, cuando en los mismos hombres se reúnen la codicia, la insidia y la arrogancia, ¿qué persona dotada de inteligencia podría apiadarse de [4] ellos? Porque,

pensadlo, ¿cómo se comportaron los atenienses con los mitileneos? Después de haber sometido a aquel pueblo, que no tenía intención de causarles perjuicio, sino que sólo ambicionaba la libertad, decretaron exterminar a todos los habitantes [5] de la ciudad. Fue un hecho cruel y bárbaro¹⁹⁵. Y este mismo crimen lo perpetraron contra otros griegos, contra aliados y contra pueblos que a menudo les habían prestado servicios. Que no se quejen pues ahora si, después de haber actuado de tal modo contra otras gentes, ellos reciben un castigo semejante, porque es de toda justicia que quien ha impuesto una ley a otros [6] no se queje cuando se ve afectado por la misma ley. ¿Y qué decir de los melios, a los que redujeron mediante un asedio y dieron muerte a toda su juventud¹⁹⁶? ¿Y qué de los escioneos, quienes, perteneciendo a la misma stirpe, compartieron la suerte de los melios¹⁹⁷? La consecuencia fue que de estos dos pueblos que incurrieron en la cólera ática no quedó nadie que pudiera tributar honras fúnebres a los cuerpos de sus muertos. Y no [7] fueron los escitas quienes perpetraron tales atrocidades, sino el pueblo que, jactándose de ser superiores por su humanidad, ha exterminado completamente a estas ciudades en virtud de decisiones públicas. Considerad pues ahora qué hubieran hecho si hubieran conseguido saquear la ciudad de los siracusanos; quienes fueron capaces de tratar tan cruelmente a pueblos afines habrían urdido un castigo mucho más atroz frente a gentes con las que no tenían relación alguna.

El pueblo ateniense es responsable de la agresión

»No es, por lo tanto, justa la piedad [31] destinada a éstos; ellos mismos ciertamente la han hecho imposible en sus situaciones difíciles. ¿Dónde, pues, podrían merecidamente encontrar un refugio? ¿Acaso junto a divinidades cuyo culto tradicional han pretendido suprimir? ¿O junto a hombres en cuya tierra se han presentado para reducirlos a la esclavitud? ¿Invocan a Deméter y a Core y a sus Misterios¹⁹⁸ después de haber devastado la isla a ellas consagrada¹⁹⁹? Sí, se objetará, pero la responsabilidad [2] no es del pueblo de los atenienses, sino de Alcibiades, que promovió la expedición²⁰⁰. Descubriremos, sin embargo, que, en la mayor parte de los casos, los consejeros están atentos a los deseos de su auditorio, de modo que el que va a votar sugiere al orador las

palabras más adecuadas a sus propias preferencias. No es cierto que el que habla domine a las masas, sino que el pueblo, deliberando sobre lo que es útil, lleva al orador [3] a pronunciar las palabras que más le agradan. Si concedemos el perdón a quienes son culpables de injusticias irreparables, en el caso de que hagan recaer la responsabilidad en sus consejeros, ofreceremos a los malvados una fácil defensa. Sinceramente, pienso que es la mayor injusticia por parte de quienes han sido favorecidos dar las gracias de los beneficios no a los consejeros sino al pueblo, y descargar, en cambio, sobre los [4] oradores el castigo por las injusticias sufridas. Algunos se han apartado hasta tal punto de la lógica que sostienen la necesidad de castigar a Alcibíades, que no está en nuestras manos²⁰¹, y de soltar, por el contrario, a los prisioneros de guerra, destinados al castigo merecido, a fin de demostrar así a todo el mundo que el pueblo de los siracusanos no ha tenido la capacidad de una justa [5] indignación contra la maldad. Si quienes han aconsejado la guerra son los auténticos responsables, que el pueblo pida cuentas a los oradores de sus engaños; pero vosotros haced pagar al pueblo con toda justicia las injusticias que habéis sufrido. En suma, si os han agredido plenamente conscientes de lo que hacían, por este mismo propósito merecen el castigo; pero si han emprendido la guerra a raíz de una decisión tomada a la ligera, no por eso han de ser liberados, a fin de que no adquieran la costumbre de hacer planes sobre las vidas ajenas. No es justo, en efecto, que la necesidad de los atenienses cause la ruina a los siracusanos ni que, en las situaciones en las que el daño es irreparable, se conceda una posibilidad de defensa a los culpables.

Ni la conducta de Nicias, ni ningún otro argumento justifica el perdón. Gilipo pone fin a su discurso con una exhortación al castigo.

»Sí, por Zeus, pero Nicias, dirá alguno, [32] defendía una política favorable a los siracusanos y fue el único que aconsejó que no se emprendiera la guerra²⁰². Ahora bien, las palabras que allí se pronunciaron las conocemos de oídas, pero los hechos que aquí han tenido lugar los hemos visto con nuestros propios ojos. ¡Quien allí habló contra la expedición [2] aquí fue estratega del ejército! ¡El que tomó partido por los siracusanos cercó vuestra ciudad con un muro! ¡El hombre que, con un espíritu moderado, se mostraba bien dispuesto hacia vosotros, cuando Demóstenes y todos los demás

querían levantar el asedio, fue el único que les forzó a permanecer y a continuar la guerra²⁰³! En consecuencia, yo por lo menos, creo que entre vosotros sus palabras no deben tener más peso que los hechos, y que los relatos no han de contar más que la experiencia directa ni lo que no se ha visto más que lo que todos han podido ver.

»Sí, por Zeus, se objetará, pero no es bueno prolongar las [3] enemistades eternamente. Bueno, en este caso, después del castigo de los agresores, si os parece oportuno, poned fin a la enemistad de un modo conveniente. No es justo ciertamente que quienes, en caso de victoria, tratan como esclavos a sus prisioneros, cuando son vencidos, obtengan el perdón como si no hubieran cometido ninguna agresión. Y si se ven liberados de pagar la pena por todo lo que han hecho, se acordarán de la amistad, con palabras fingidas, sólo durante el tiempo que les [4] parezca útil. Paso por alto el hecho de que, actuando así, ofenderéis a muchos pueblos, y entre ellos a los lacedemonios, que por vosotros han sostenido la guerra allí²⁰⁴ y han enviado hasta aquí su ayuda, pese a que les era posible permanecer en paz, satisfechos, [5] y despreocuparse de que Sicilia fuera saqueada. Por todo ello, si liberáis a los prisioneros y selláis la amistad con ellos, apareceréis como traidores a los ojos de vuestros aliados; y, teniendo la posibilidad de abatir al enemigo común, al restituirles un tan gran número de soldados, haréis que los atenienses recuperen su fortaleza. Por lo que a mí respecta, no lograríais convencerme de que los atenienses, después de haber mantenido una hostilidad tan grande, lleguen a conservar una amistad duradera; al contrario, mientras sean débiles, fingirán una buena disposición, pero, una vez que se hayan recuperado, [6] llevarán a término su antiguo propósito. Así pues, yo, en nombre de Zeus y de todos los dioses, os pido solemnemente a todos vosotros que no salvéis a los enemigos, que no abandonéis a los aliados y pongáis de nuevo en peligro a vuestra patria. Por lo que a vosotros respecta, siracusanos, si liberáis a éstos, en el caso de que acontezca alguna contrariedad, no os dejaréis a vosotros mismos ninguna posibilidad de defensa razonable²⁰⁵».

Se aprueba la propuesta de Diocles sobre el castigo de los vencidos. Anécdota sobre Diocles.

Después de esta argumentación del [33] lacón, el pueblo cambió súbitamente de opinión y aprobó la propuesta de Diocles²⁰⁶. Por ello los estrategos²⁰⁷ fueron ajusticiados inmediatamente y también los aliados²⁰⁸, y los atenienses fueron encerrados en las Latomías²⁰⁹; pero algunos de ellos, los que tenían una mejor formación, más tarde fueron sacados de allí por los siracusanos más jóvenes y así pudieron salvarse, pero los restantes, casi todos, a causa de las penurias sufridas en aquella prisión, acabaron su [2] vida miserablemente²¹⁰. Después del fin de la guerra, Diocles escribió un código de leyes para los siracusanos²¹¹; y, en relación con este hombre, tuvo lugar una sorprendente peripecia. Él era implacable en la aplicación de las penas y castigaba duramente a los transgresores; y en su código había escrito una ley según la cual si alguien se presentaba armado en el ágora, la pena era de muerte, y no preveía atenuante alguno ni por ignorancia [3] ni por cualquier otra circunstancia. Y en una ocasión en que fue anunciada la presencia de enemigos en el territorio, salió de su casa con una espada; luego, al producirse un imprevisto movimiento popular y un tumulto en el ágora, se presentó allí armado sin percatarse de ello. Entonces un simple ciudadano se dio cuenta y le acusó de transgredir sus propias leyes, a lo que Diocles a voz en grito contestó: «No, por Zeus, esto no ocurrirá, sino que yo mismo confirmaré su vigencia». Y, desenvainando la espada, se atravesó.

Tales fueron, pues, los acontecimientos de este año.

412-411 a. C. Descrédito de la hegemonía ateniense. Los Cuatrocientos. Derrota naval en aguas de Oropo. Siracusa concede recompensas y Diocles modifica la constitución.

Cuando Calias era arconte en Atenas²¹², [34] los romanos designaron cuatro tribunos militares con potestad consular, Publio Cornelio ... Gayo Fabio²¹³, y entre los eleos se celebró la Olimpiada nonagesimosegunda, en la que Exéneto de Acragante²¹⁴ obtuvo la victoria en la carrera del estadio. En este año, a raíz de la caída de los atenienses en Sicilia, ocurrió que su hegemonía fue sometida a discusión²¹⁵. Inmediatamente, [2] en efecto, los quiotas, los samios, los bizantinos y muchos aliados hicieron defección para pasarse a los lacedemonios²¹⁶. Debido a ello, el pueblo, presa del desánimo, renunció voluntariamente a la democracia y eligió a cuatrocientos hombres, a los que confió la dirección de los asuntos públicos²¹⁷. Y

los que estuvieron al frente del régimen oligárquico emprendieron la construcción de un número de trirremes y enviaron cuarenta de [3] ellas al mando de los estrategos²¹⁸. Aunque entre ellos había división de pareceres, zarparon rumbo a Oropo, donde estaban fondeadas las trirremes enemigas. Tuvo lugar una batalla naval, en la que vencieron los lacedemonios, que se apoderaron de veintidós barcos²¹⁹.

Entre tanto, los siracusanos, concluida la guerra con los atenienses, [4] a los lacedemonios que habían combatido a su lado bajo el mando de Gilipo les recompensaron con el botín de guerra, y enviaron con ellos hacia Lacedemón, como refuerzo para su guerra contra los atenienses, treinta y cinco trirremes al mando de Hermócrates, su primer ciudadano²²⁰. Y ellos mismos, [5] tras reunir todos los objetos valiosos ganados en la guerra, adornaron sus templos con ofrendas y con los despojos del enemigo, y a los soldados que se habían distinguido los premiaron con regalos adecuados. A continuación, Diocles, el más influyente [6] entre los dirigentes de las masas, persuadió al pueblo para modificar la constitución, introduciendo el sorteo en el nombramiento de las magistraturas, y para que designaran legisladores a fin de ordenar el sistema político y redactar privadamente un nuevo código²²¹.

La legislación de Diocles

[35] En consecuencia, los siracusanos eligieron como legisladores a los ciudadanos que se distinguían por su buen juicio, el más ilustre de los cuales era Diocles; y éste sobresalía tanto sobre los otros por su inteligencia y por su fama que, aunque la redacción del código fue tarea de todos en común, las leyes fueron llamadas [2] «Leyes de Diocles». Los siracusanos no sólo admiraron a este hombre mientras vivía, sino que, después de su muerte, le honraron con los honores que se tributan a los héroes y, a expensas del Estado, le levantaron un templo, que luego fue derribado [3] por Dionisio para la construcción de la muralla²²². Este hombre fue asimismo objeto de la admiración de los restantes siciliotas. Muchas ciudades de la isla ciertamente se sirvieron de sus leyes y las mantuvieron en vigor hasta el momento en el que todos los siciliotas merecieron la ciudadanía romana²²³. Por otra parte, los siracusanos, aunque en tiempos más recientes tuvieron las legislaciones de Céfalo, en época

de Timoleonte²²⁴, y de Polidoro, bajo el reinado de Hierón²²⁵, a ninguno de ellos le llamaron «legislador», sino que les dieron el título de «intérprete del legislador», debido a que las leyes, escritas en lengua antigua, presentaban dificultades de interpretación. Profunda es la [4] reflexión en la legislación de Diocles, que se muestra como un acérrimo enemigo de la maldad, ya que de todos los legisladores es el que dispone las penas más severas contra todos los transgresores de la ley; pero es justo, dado que, de modo más adecuado que sus predecesores, atribuye en cada caso la pena de acuerdo con la gravedad del delito; y manifiesta un espíritu práctico y una gran experiencia, ya que a toda inculpación o disputa, pública o privada, le aplica una pena bien definida; y en su estilo es conciso, y ofrece a sus lectores la posibilidad de muchas reflexiones. De su virtud, en fin, y de la austeridad de su [5] espíritu da testimonio la peripecia de su muerte. Y me ha inducido a este relato más detallado el hecho de que la mayor parte de los escritores han dicho muy poco sobre este personaje.

*Reacción de Atenas ante el desastre de Sicilia. Incompetencia de los dirigentes atenienses.
Descrédito de Atenas entre los aliados. Persia se inclina por Esparta.*

Cuando los atenienses se enteraron [36] de que sus fuerzas de Sicilia habían sido completamente destruidas, recibieron con enorme disgusto la noticia de la magnitud del desastre. Pero no por esto abandonaron su ambición de hegemonía, sino que se pusieron a preparar una flota más numerosa y a procurarse dinero a fin de competir por la primacía hasta el límite de las esperanzas. Designaron cuatrocientos [2] hombres, a los que dieron plenos poderes en la dirección de la guerra; estimaban, en efecto, que, en las circunstancias que atravesaban, la oligarquía era más conveniente que la democracia²²⁶. [3] Los hechos, sin embargo, no se desarrollaron de acuerdo con las expectativas de quienes así pensaban, sino que los Cuatrocientos dirigieron la guerra de un modo mucho peor. En efecto, despacharon una flota de cuarenta naves y enviaron juntos al mando de ellas a dos estrategos que tenían sus diferencias entre ellos. Precisamente cuando la situación de los atenienses era más baja, y el momento requería la máxima concordia, [4] los estrategos estaban en desacuerdo²²⁷. Finalmente, se hicieron a la mar rumbo a Oropo sin la debida preparación y entablaron una batalla naval con los peloponesios; el planteamiento

de la batalla fue malo y afrontaron el peligro sin entusiasmo, de modo que perdieron veintidós naves y apenas pudieron poner a [5] salvo a las restantes en Eretria²²⁸. Después de estos acontecimientos, los aliados de los atenienses, a causa del desastre de Sicilia y por la incompetencia de los gobernantes atenienses, fueron tomando partido por los lacedemonios²²⁹. Por otra parte, al ser Darío, el rey de los persas²³⁰, aliado de los lacedemonios, Farnabazo²³¹, que tenía el mando militar²³² de la zona de la costa, se puso a suministrar dinero a los lacedemonios e hizo venir de Fenicia una flota de trescientas trirremes con la intención de enviarla en ayuda de los lacedemonios.

Intervención de Alcibiades ante Persia. Su regreso da un nuevo impulso a Atenas.

Al confluir sobre los atenienses al [37] mismo tiempo tal cúmulo de acontecimientos adversos, todos asumían que la guerra había llegado a su término; nadie esperaba ya que los atenienses pudieran resistir aquella situación, ni siquiera durante un breve tiempo. Los hechos, sin embargo, no tuvieron el final que la opinión de la mayoría esperaba, sino que, por el contrario, lo que ocurrió fue que, debido a la excelencia de quienes se empeñaban en la prosecución de la guerra, toda la situación cambió por las razones que seguidamente expondré.

[2] Alcibiades, que estaba exiliado de Atenas, colaboró durante algún tiempo con los lacedemonios y les prestó importantes servicios en la guerra; era, en efecto, el más hábil orador y por su audacia aventajaba en mucho a sus conciudadanos; y, además, por nacimiento y por riqueza era el primero de los atenienses. [3] Entonces, deseoso de conseguir la autorización para regresar a su patria, ponía todo su empeño en hacer algo útil para los atenienses, particularmente en aquellos momentos, [4] cuando parecía que su inferioridad era total²³³. Al mantener relaciones de amistad con Farnabazo, el sátrapa de Darío, cuando se dio cuenta de que tenía la intención de enviar una flota de trescientas naves en ayuda de los lacedemonios, procuró convencerlo para que desistiera de su propósito; le explicó que no convenía al Rey hacer demasiado fuertes a los lacedemonios, que aquello no era ventajoso para los persas, por lo que era preferible dejar que los dos contendientes mantuvieran sus fuerzas parejas, a fin de prolongar la recíproca

hostilidad el mayor [5] tiempo posible²³⁴. A raíz de ello, Farnabazo, comprendiendo que Alcibíades tenía razón, reenvió la flota a Fenicia. En estas circunstancias, pues, Alcibíades consiguió privar a los lacedemonios de una ayuda tan importante²³⁵. Algún tiempo después, obtuvo el permiso para regresar a su patria y, puesto al frente de sus fuerzas armadas, venció a los lacedemonios en muchas batallas y finalmente logró dar un nuevo impulso a la debilitada situación de los atenienses²³⁶. Pero de esto hablaremos con más detalle en el relato del período correspondiente, a fin de evitar que nuestra narración se anticipe al tiempo violentando el orden natural de los acontecimientos.

411-410 a. C. Abolición de la oligarquía de los Cuatrocientos. Terámenes y el regreso de Alcibíades. Movimientos de las flotas de Atenas y de Esparta en aguas de la costa asiática.

Transcurrido el lapso de un año, en [38] Atenas fue arconte Teopompo²³⁷ y los romanos, en lugar de cónsules, nombraron cuatro tribunos militares, Tiberio Postumio, Gayo Cornelio, Gayo Valerio y Cesón Fabio²³⁸. En este período los atenienses abolieron la oligarquía de los Cuatrocientos²³⁹ e instituyeron una [2] forma de gobierno con la participación de los ciudadanos²⁴⁰. El promotor de todos estos cambios fue Terámenes²⁴¹, un hombre ordenado en su sistema de vida y con fama de superar a los demás en inteligencia; y fue él solo quien aconsejó el regreso de Alcibíades, gracias al cual los atenienses recobraron los ánimos, y también fue él el inspirador de muchas iniciativas que fueron positivas para su patria y por las que obtuvo no pocos reconocimientos²⁴². Pero estos hechos ocurrieron algún tiempo después. [3]

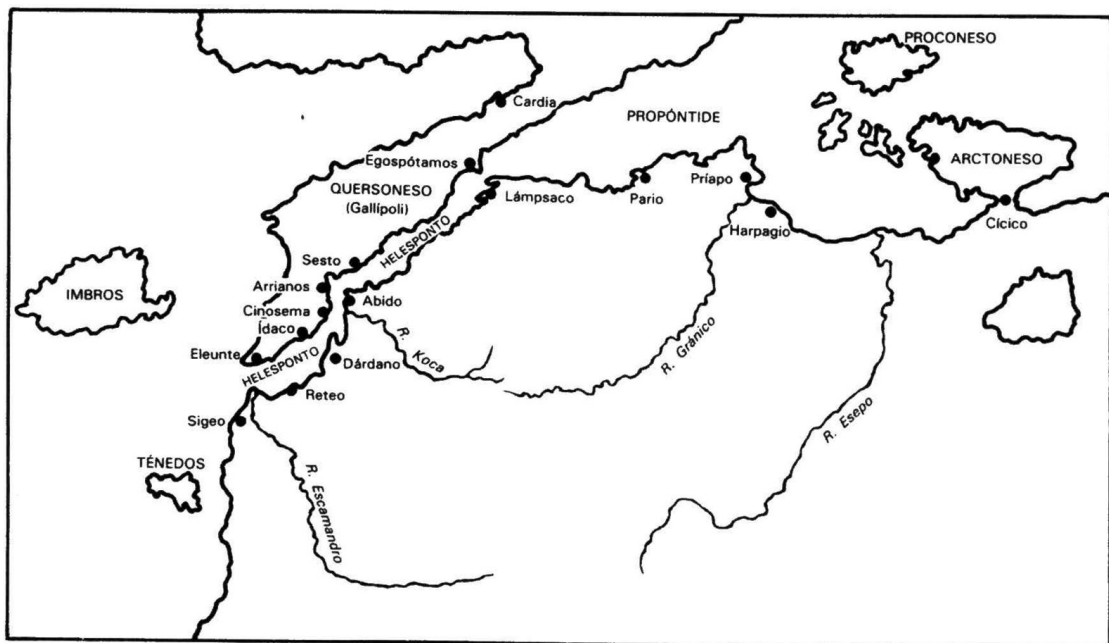
Entre tanto, los atenienses nombraron estrategos para la dirección de la guerra a Trasilo y Trasibulo²⁴³, los cuales, reuniendo una flota en Samos, se pusieron a ejercitar a los soldados para el combate naval con maniobras cotidianas. Por su [4] parte, Míndaro, el navarco de los lacedemonios, estaba inactivo, ya desde hacía algún tiempo, en aguas de Mileto, esperando los refuerzos de Farnabazo; y cuando recibió la noticia de que trescientas trirremes se habían hecho a la mar desde Fenicia, estaba exultante en sus esperanzas, creyendo que con una flota tan imponente acabarían con la hegemonía de los atenienses. [5] Pero cuando, poco después, algunos le informaron de que el sátrapa se había dejado convencer

por Alcibíades y había dado la orden de que la flota regresara a Fenicia²⁴⁴, renunció a las esperanzas que había puesto en Farnabazo y, contando con sus propios medios, después de equipar las naves que había traído del Peloponeso y las recibidas de los aliados de fuera, envió a Dorieo con trece naves a Rodas, dado que se había enterado de que algunos rodios se habían conjurado con vistas a un cambio político²⁴⁵, [6] (Recientemente, algunos griegos de Italia habían enviado en ayuda de los lacedemonios las naves de las que acabo de hablar). Él mismo, con el resto de la flota, ochenta y tres naves en total, zarpó rumbo al Helesponto al haber sido informado de que la flota de los atenienses se encontraba en Samos²⁴⁶. En seguida los estrategos atenienses, viendo que los enemigos [7] navegaban a lo largo de la costa, pusieron rumbo contra ellos con sesenta naves. Y dado que los lacedemonios se dirigieron a Quíos, a los estrategos atenienses les pareció oportuno hacer vela hacia Lesbos y reunir allí trirremes de sus aliados, a fin de evitar que la flota enemiga les superara en el número de naves²⁴⁷.

Movimientos navales en el Helesponto. Entre Abido y Sesto: se prepara la batalla naval de Cinosema.

Los atenienses, pues, se ocupaban de [39] estos preparativos. Pero Míndaro, el navarco de los lacedemonios, de noche, se hizo a la mar con toda su flota y a toda prisa puso rumbo al Helesponto, y el día siguiente arribó a Sigeo²⁴⁸. Los atenienses, tan pronto como se enteraron de la partida, no esperaron a recibir todas las trirremes de los aliados, sino que, sólo con las tres que se les habían [2] unido, se pusieron a perseguir a los lacedemonios²⁴⁹. Una vez que llegaron a Sigeo, encontraron que la flota enemiga ya había zarpado, pero vieron que habían quedado atrás tres naves, de las que se apoderaron rápidamente²⁵⁰. A continuación arribaron a Eleunte y se pusieron a efectuar los preparativos para la batalla [3] naval²⁵¹. Los lacedemonios, viendo que los enemigos se preparaban para la batalla, también ellos se pasaron cinco días haciendo maniobras y ejercitando a los remeros; luego dispusieron para la batalla una flota de ochenta y ocho naves. Situaron sus naves en la parte de Asia, mientras que los atenienses se les enfrentaban desde la de Europa, inferiores en número, pero [4] superiores en experiencia²⁵². Los lacedemonios colocaron en el ala derecha a los siracusanos, mandados por Hermócrates, mientras que los mismos peloponesios

ocupaban toda el ala izquierda, bajo el mando de Míndaro. En el ala derecha de los atenienses se situó Trasilo, y en la izquierda Trasibulo²⁵³. Desde el principio unos y otros mostraron un gran empeño en la disputa [5] por las posiciones, a fin de evitar la corriente contraria. Por esta razón navegaron en derredor unos y otros durante mucho tiempo, tratando de cerrar los estrechos y disputándose las posiciones; dado que la batalla tenía lugar en el estrecho entre Abido y Sesto, la corriente constituía un obstáculo de no poca importancia en aquellos espacios estrechos. Sin embargo, los pilotos de los atenienses, al tener una mayor experiencia, desempeñaron un importante papel en la victoria²⁵⁴.



4. Helesponto.

Victoria ateniense en la batalla de Cínosema. Trasibulo toma Cícico.

[40] Aunque los peloponesios fueran superiores por el número de sus naves y por el valor de su infantería de marina, la pericia de los pilotos atenienses anuló la superioridad enemiga. En efecto, todas las veces que los peloponesios se lanzaban ardorosamente a una carga con todo el grueso de su flota, los pilotos atenienses maniobraban sus naves con tanta pericia que aquéllos no lograban tocarlas por ninguna parte y se veían obligados a encontrarse únicamente [2] de frente, espolón contra espolón. Por eso Míndaro, viendo que resultaba inoperante la acometida de los espolones, dio orden de entablar combate en pequeños grupos y nave contra nave. Pero ni siquiera así contrarrestó la pericia de los pilotos atenienses,

que, esquivando hábilmente la embestida de los espolones de las naves enemigas, las atacaban por los flancos y hundían [3] a un gran número. El espíritu de emulación se apoderó de ambos bandos, y no sólo recurrían a las tácticas de ataque con los espolones, sino que entrecruzaban sus naves para combatir con la infantería de marina. Pese a verse imposibilitados de conseguir grandes éxitos por la fuerza de la corriente, combatieron durante bastante tiempo, pero ninguna de las dos flotas pudo obtener la victoria. Mientras la batalla estaba indecisa, aparecieron por detrás [4] de un promontorio veinticinco naves enviadas por los aliados de los atenienses; entonces los peloponesios, presa del miedo, se retiraron hacia Abido, y los atenienses, precipitándose en pos de ellos, se pusieron a perseguirlos con gran empeño²⁵⁵. Éste fue el [5] final de la batalla naval; y los atenienses capturaron ocho naves de Quíos, cinco de los corintios, dos de los ambraciotas, y de los siracusanos, peleneos y leucadios una de cada uno de estos pueblos, mientras que ellos perdieron cinco, todas hundidas²⁵⁶. A continuación, Trasibulo y sus hombres levantaron un trofeo en [6] el promontorio, donde se encuentra la tumba de Hécuba²⁵⁷, y enviaron mensajeros a Atenas para anunciar la victoria, mientras que ellos, con toda la flota, hicieron vela hacia Cícico²⁵⁸, que, antes de la batalla naval, se había pasado a Farnabazo, el sátrapa de Darío, y a Clearco, el comandante de los lacedemonios. Al encontrarla sin fortificación alguna, consiguieron su objetivo fácilmente y, después de obtener dinero de los cicicenos, zarparon rumbo a Sesto.

Naufragio de una flota espartana en el Atos. Alcibiades se reúne con la flota ateniense de Samos.

[41] Después de la derrota, Míndaro, el navarco de los lacedemonios, se refugió en Abido, donde hizo reparar las naves averiadas; y envió al espartiata Epicles a las trirremes que se encontraban en Eubea con la orden de conducir las consigo lo más rápidamente [2] posible²⁵⁹. El enviado, después de arribar a Eubea, reunió las naves, que eran cincuenta, y se hizo a la mar a toda prisa; pero cuando las trirremes navegaban a lo largo del monte Atos, sobrevino una tempestad tan violenta que todas las naves zozobraron [3] y de los hombres sólo se salvaron doce²⁶⁰. Este acontecimiento encuentra confirmación en una ofrenda que está en el templo de Coronea, como afirma Éforo²⁶¹, y que lleva la siguiente inscripción:

*Éstos, de los hombres de cincuenta naves, de la muerte fugitivos,
en los escollos del Atos pusieron en tierra sus cuerpos,
sólo doce; el inmenso abismo del mar se tragó a los otros
con sus naves azotadas por vientos espantosos*²⁶².

Por la misma época, Alcibíades, con trece trirremes, se reunió [4] con los atenienses estacionados en Samos, los cuales sabían, ya desde hacía tiempo, que él había persuadido a Farnabazo a no ayudar a los lacedemonios con las trescientas naves. Al acogerlo cordialmente las tropas de Samos, Alcibíades trató [5] con ellos el asunto de su regreso, asegurando que prestaría muchos servicios a su patria, y al mismo tiempo defendiéndose de las acusaciones vertidas contra él y lamentando su propia suerte por haber sido obligado por los enemigos a dar pruebas de su valor a expensas de su patria²⁶³.

*Atenas reintegra a Alcibíades, que, tras una expedición a Halicarnaso y Merópide, regresa a Samos. Tucídides interrumpe su Historia y Jenofonte y Teopompo inician sus obras.
Guerra de Roma contra los ecuos.*

Al acoger los soldados de buen grado [42] sus palabras y enviar sobre ellas informes a Atenas, el pueblo²⁶⁴ decidió absolver a Alcibíades de las imputaciones que pesaban sobre él y hacerle partícipe del mando; considerando la eficacia de su audacia y la fama de la que gozaba entre los griegos, pensaban, y no sin razón, que la presencia de aquel hombre inclinaría la balanza de un modo decisivo hacia su causa. Y fue aquel que entonces dirigía la política [2] ateniense, Terámenes, un hombre con fama de inteligente como nadie, quien aconsejó al pueblo que llamara a Alcibíades²⁶⁵. Una vez que las decisiones fueron comunicadas a Samos, Alcibíades añadió nueve naves a las trece que ya tenía y, tras zarpar con ellas rumbo a Halicarnaso, obtuvo dinero de esta ciudad. [3] A continuación saqueó Merópide y se hizo a la mar de regreso a Samos con un gran botín²⁶⁶. Y después de reunir todo lo que había saqueado, lo repartió entre los soldados estacionados en Samos y entre sus hombres, por lo que pronto se granjeó la simpatía de quienes habían recibido el beneficio.

[4] Por el mismo tiempo, los antandrios, en cuya ciudad había una guarnición²⁶⁷, pidieron a los lacedemonios que les enviaran soldados, con la ayuda de los cuales expulsaron a la guarnición, y así

administraron su ciudad en un régimen de libertad. Los lacedemonios, que reprochaban a Farnabazo la devolución a Fenicia de la flota de trescientas naves, se aliaron con los habitantes de Antandro.

[5] De los historiadores, Tucídides terminó aquí su *Historia*, que abarca un período de veintidós años en ocho libros (aunque algunos la dividen en nueve)²⁶⁸; Jenofonte y Teopompo inician su relato a partir de los hechos que Tucídides dejó interrumpidos. Jenofonte abarca un período de cuarenta y ocho años²⁶⁹, mientras que Teopompo nos deja escritas unas *Helénicas* que comprenden diecisiete años e interrumpe su historia, de doce libros, en la batalla naval de Cnido²⁷⁰.

Ésta era pues la situación en Grecia y en Asia. Entre tanto [6] los romanos, prosiguiendo su guerra contra los ecuos, invadieron su territorio con fuerzas considerables; pusieron sitio a la ciudad de Bolas y la tomaron²⁷¹.

410-409 a. C. Egesta teme las represalias de los siciliotas y, ante su conflicto con Selinunte, recurre a Cartago

Cuando los hechos de aquel año llegaron [43] a su fin, en Atenas fue arconte Glaucipo²⁷², y en Roma fueron elegidos cónsules Marco Cornelio y Lucio Furio²⁷³. En este período, los egesteos, que en Sicilia habían sido aliados de los atenienses contra los siracusanos, al acabar la guerra, eran presa de un miedo atroz, ya que temían, como era natural, que los siciliotas les hicieran pagar caro los errores que habían cometido con ellos. Así, al declararles la guerra los selinuntios por un territorio [2] en litigio, se retiraron de él voluntariamente, por temor a que con este pretexto los siracusanos emprendieran la guerra al lado de los selinuntios y ellos corrieran el riesgo de la ruina [3] total de su patria²⁷⁴. Pero cuando los selinuntios, aparte del territorio en litigio, trataron de apoderarse de gran parte de las tierras circundantes, los habitantes de Egesta enviaron embajadores a Cartago para pedir ayuda y poner su ciudad en manos de [4] los cartagineses. A su llegada, los embajadores expusieron al senado el encargo que el pueblo les había dado, y los cartagineses se vieron en una disyuntiva no sin importancia, porque por una parte deseaban recibir una ciudad estratégicamente situada, pero por otra temían a los siracusanos después de ver hacía [5] poco

la derrota de las fuerzas atenienses²⁷⁵. No obstante, dado que el primer ciudadano, Aníbal, aconsejó hacerse cargo de la ciudad, respondieron a los embajadores que les prestarían su ayuda, y que, para la dirección de la empresa, si había necesidad de entrar en guerra, confiaban el mando a Aníbal, que entonces ocupaba legítimamente la suprema magistratura²⁷⁶. Este Aníbal era nieto de Amílcar²⁷⁷, el que había combatido contra Gelón y había muerto junto a Hímera, e hijo de Gescón, el cual, a causa de la derrota de su padre, había sido exiliado y había acabado sus días en Selinunte.

[6] Así pues, Aníbal, que por naturaleza sentía odio por los griegos y que al mismo tiempo quería reparar la deshonra de sus antepasados, estaba impaciente por llevar a término, personalmente, alguna empresa ventajosa para su patria²⁷⁸. Viendo, pues, que los selinuntios no estaban satisfechos con la cesión del territorio en litigio, envió, juntamente con los egesteos, embajadores a los siracusanos, confiándoles el arbitraje en aquel problema; de palabra simulaba que quería actuar rectamente, pero en realidad calculaba que, si los selinuntios no querían aceptar el arbitraje, los siracusanos no estarían dispuestos a combatir a su lado. Los selinuntios también enviaron embajadores, [7] que rechazaron el arbitraje y replicaron largamente a los embajadores cartagineses y egesteos, y al final los siracusanos decidieron por votación mantener la alianza con los selinuntios y la paz con Cartago²⁷⁹.

Cartago envía refuerzos a Egesta. Selinunte ataca a Egesta y es derrotada. La Guerra Cartaginesa. Aníbal prepara una expedición a Sicilia.

Después del regreso de sus embajadores, [44] los cartagineses enviaron a los egesteos cinco mil libios y ochocientos campanos. Estas tropas habían sido llamadas [2] como fuerzas mercenarias por los calcideos²⁸⁰ para ayudar a los atenienses en la guerra contra los siracusanos y, a su regreso después de la derrota, no tenían a nadie que reclamara sus servicios; pero entonces los cartagineses compraron caballos para todos y, dándoles unas considerables soldadas, los enviaron a Egesta.

[3] Los selinuntios, que en aquellos tiempos gozaban de una gran prosperidad y contaban con una población numerosa²⁸¹, menospreciaban a los egesteos; primero, desplegando sus tropas, devastaron el territorio limítrofe gracias a la gran superioridad de sus

fuerzas, pero a continuación, manifestando su [4] menosprecio, se extendieron por todo el territorio. Los generales de los egesteos, aguardando la ocasión oportuna, los atacaron con la ayuda de los cartagineses y los campanos y, dado lo inesperado del ataque, fácilmente pusieron en fuga a los selinuntios; dieron muerte a unos mil soldados y se apoderaron de todo el botín que les fue posible. Después de la batalla, las dos partes enviaron embajadores rápidamente en busca de ayuda, los selinuntios a los siracusanos y los egesteos a los cartagineses. [5] Y dado que ambos pueblos prometieron su ayuda, éste fue el principio de la Guerra Cartaginesa. Los cartagineses, previendo la importancia de aquella guerra, confiaron la dirección a su general Aníbal, a cuya disposición pusieron [6] con entusiasmo todos los medios. Aníbal, durante aquel verano y el invierno siguiente, reclutó muchos mercenarios de Iberia y también alistó a no pocos de sus conciudadanos; recorrió Libia eligiendo a los hombres mejores de cada ciudad y preparó una flota con la intención de cruzar el mar a principio de la primavera.

Tal era, pues, la situación en Sicilia.

Combates en el Helesponto. Pericia de los pilotos atenienses.

En Grecia, el rodio Dorio, almirante [45] de las trirremes venidas de Italia, después de haber reprimido las algaradas que estallaron en Rodas²⁸², se hizo a la mar rumbo al Helesponto, deseoso de unirse a Míndaro, que se encontraba en Abido y hacía venir de todas partes las naves de los aliados de los peloponesios²⁸³. Y cuando Dorio [2] ya se encontraba cerca de Sigeo, en la Tróade, los atenienses que estaban en Sesto, al enterarse de su paso por aquellas aguas, zarparon contra él con todas sus naves, setenta y cuatro en total²⁸⁴. Dorio, todo el tiempo que estuvo ignorante de lo que [3] sucedía, navegaba por alta mar; pero cuando se percató de la importancia de la flota enemiga, viendo que no había otra posibilidad de salvación, se refugió en Dárdano²⁸⁵. Después de [4] haber desembarcado allí a sus hombres y de haber tomado consigo a los soldados que estaban de guarnición en la ciudad, se puso a recoger a toda prisa una gran cantidad de proyectiles y a algunos de sus soldados los situó en las proas, mientras que a otros los colocó en tierra, en posiciones favorables. Los atenienses, navegando [5] hacia tierra con gran diligencia, trataron de sacar de la costa a las

naves enemigas y, extendiéndose por todas partes gracias a su superioridad numérica, abrumaban a sus adversarios²⁸⁶. Tan [6] pronto como fue informado, Míndaro, el navarco de los lacedemonios, zarpó rápidamente de Abido con toda su flota e hizo rumbo al promontorio Dardanio con ochenta y cuatro naves a fin de ayudar a las fuerzas de Dorieo; también acudió el ejército de tierra de Farnabazo para prestar su ayuda a los lacedemonios²⁸⁷.

[7] Cuando las flotas se encontraron una cerca de la otra, en ambos bandos ordenaron las trirremes para la batalla naval; Míndaro, que tenía consigo noventa y siete naves, situó a los siracusanos en el ala izquierda y él mismo tomó el mando de la derecha; en la parte de los atenienses, Trasíbulo mandaba el ala derecha y [8] Trasilo la otra²⁸⁸. Una vez dispuestos de este modo, los comandantes dieron la señal de batalla, los trompetas al unísono comenzaron a tocar la señal de guerra y, dado que los remeros no se mostraron inferiores en ardor y los pilotos maniobraban los [9] timones con pericia, la lucha que siguió fue terrible. Todas las veces que las trirremes se lanzaban a la carga, entonces los pilotos, dependiendo de la situación que en cada caso se creaba, hacían girar sus naves con tanta efectividad que evitaban las embestidas a los flancos dirigiendo sus espolones contra el [10] adversario. Así, pues, los marineros, cuando veían que sus naves presentaban los flancos a las trirremes de los enemigos, eran presa del terror, temiendo por su vida; pero cuando los pilotos, con su experiencia, esquivaban las embestidas, se mostraban por el contrario muy alegres y mantenían altas sus esperanzas.

La llegada de la escuadra de Alcibiades decide la batalla naval de Abido

Tampoco era inútil por cierto el empeño [46] de aquellos que estaban situados en los puentes de las trirremes, sino que algunos, pese a hallarse a mucha distancia del enemigo, lo cubrieron con una lluvia ininterrumpida de dardos, y en seguida el lugar estuvo lleno de proyectiles, mientras que otros, cada vez que lograban acercarse, arrojaban las lanzas y rivalizaban por alcanzar bien a los infantes de marina que defendían sus naves, bien a los mismos pilotos; y todas las veces que las naves se arrimaban, no sólo combatían con las astas, sino que, saltando a las trirremes enemigas en el momento del contacto, luchaban cuerpo a cuerpo con sus espadas. Siempre que se

producía una situación de inferioridad, [2] los vencedores lanzaban gritos de guerra, mientras que los otros acudían con gran griterío en auxilio de los que habían sufrido el daño; de este modo, por todo el espacio en el que tenía lugar la batalla naval, se alzaba una confusión de clamores.

Durante mucho tiempo, pues, el resultado de la batalla fue incierto²⁸⁹ debido al extraordinario pundonor que reinaba en ambas partes. Pero después de estos hechos, inesperadamente, apareció Alcibiades, que venía de Samos con veinte naves y navegaba casualmente hacia el Helesponto²⁹⁰. Mientras estas naves [3] se encontraban todavía lejos, unos y otros, en la creencia de que acudían en su ayuda, mantenían altas sus esperanzas y arrostraban el peligro con mayor audacia; pero, cuando la flota ya estuvo cerca y no apareció ninguna señal para los lacedemonios, mientras que para los atenienses Alcibiades alzó en su propia nave la enseña rojo púrpura, que era la señal convenida, los lacedemonios, espantados, se dieron a la fuga²⁹¹, y los atenienses, animados por la ventaja conseguida, se pusieron a perseguir [4] con empeño a los fugitivos. En seguida capturaron diez naves²⁹²; pero a continuación sobrevino una tempestad y la fuerza de los vientos incesantes les impidió la persecución; debido a la altura de las olas, los barcos no obedecían a los timoneles y los espolones también resultaban ineficaces, ya que [5] las naves, en el momento de la embestida, retrocedían. Finalmente los lacedemonios tocaron tierra y encontraron refugio uniéndose a las fuerzas de tierra de Farnabazo; y los atenienses, en un primer momento, trataron de tirar de las naves de la costa y afrontaron con audacia el peligro, pero fueron rechazados [6] por el ejército persa y regresaron a Sesto²⁹³. Por su parte Farnabazo, queriendo defenderse de las acusaciones de los lacedemonios, ponía más energía que nunca en luchar contra los atenienses, y, al mismo tiempo, a propósito de las trescientas naves que había reenviado a Fenicia, explicó que había tenido que actuar así porque se había enterado de que el rey de los árabes y el de los egipcios tenían sus miras puestas en Fenicia²⁹⁴.

Los atenienses regresan a Sesto y los espartanos a Abido. Planes de Míndaro. Eubea solicita la colaboración de Beoda La obra del Euripo. Expediciones de Terámenes.

Una vez que la batalla naval hubo [47] concluido de la forma que hemos relatado, los atenienses regresaron entonces a Sesto, puesto que ya era de noche, pero, al llegar el día, recogieron lo que quedaba de las naves dañadas y levantaron otro trofeo junto al precedente²⁹⁵. Por su parte Míndaro, hacia la primera [2] guardia de la noche²⁹⁶, regresó a Abido y reparó las naves averiadas, y desde allí envió un mensaje a los lacedemonios solicitando refuerzos navales y tropas de tierra; tenía la intención, mientras se ponía a punto la flota, de asediar las ciudades de Asia aliadas de los atenienses con el ejército de tierra y la ayuda de Farnabazo.

Los calcideos y casi todos los restantes habitantes de Eubea [3] se habían separado de los atenienses y, debido a ello, estaban muy asustados temiendo, dada su condición de insulares, que los atenienses, que eran dueños del mar, los bloquearan y les obligaran a capitular; y por ello pidieron a los beocios su colaboración para cerrar el Euripo²⁹⁷ de común acuerdo y así unir Eubea a Beocia. Los beocios dieron su consentimiento, ya que [4] pensaban que les convenía que Eubea fuera una isla para los demás y se convirtiera en una parte del continente sólo para ellos²⁹⁸. Por eso todas las ciudades colaboraron con empeño en la construcción del terraplén y rivalizaron unas con otras; movilizaron no sólo a sus ciudadanos en masa, sino también a los extranjeros residentes, de modo que, gracias al concurso de un tan gran número de participantes en la obra, el proyecto estuvo [5] terminado en poco tiempo. En la parte de Eubea, el terraplén se inició en Calcis, y en Beocia en las cercanías de Áulide, dado que aquél era el sitio en el que el canal era más estrecho. Desde antiguo se había visto que en aquel lugar había corrientes y frecuentes movimientos del mar, pero entonces la fuerza de la corriente era mucho más intensa debido a que el mar había sido encerrado en un espacio demasiado estrecho; se había dejado, en efecto, una abertura que permitía el paso de una sola nave. También construyeron unas torres elevadas en los dos extremos y tendieron puentes de madera sobre el canal.

[6] Terámenes, enviado por los atenienses con treinta naves, trató primero de parar a los que trabajaban en la obra; pero el gran número de soldados presentes en apoyo de los que construían el terraplén, le disuadió de aquel intento e hizo rumbo a [7] las islas. Y

dado que quería aligerar a los ciudadanos y a los aliados del peso de los tributos, devastó el territorio de los enemigos²⁹⁹ y recogió un abundante botín; también visitó las ciudades aliadas, en las que exigió dinero a los que tramaban cambios [8] políticos. Luego desembarcó en Paros y, al encontrar la oligarquía establecida en la ciudad, restituyó la libertad al pueblo y reclamó grandes sumas de dinero a quienes habían tenido relación con la oligarquía.

Guerra civil y masacre en Corcira. Intervención de Conón.

En este período, una importante revuelta [48] civil y una masacre tuvieron lugar en Corcira; se dice que las causas fueron diversas, pero que la principal fue el odio recíproco que existía entre las facciones³⁰⁰. Nunca, en efecto, en ninguna ciudad, se dieron tantos [2] asesinatos de ciudadanos ni una lucha política más exacerbada, ni una rivalidad que condujera a tal derramamiento de sangre³⁰¹. Parece, ciertamente, que el número de los que fueron eliminados por sus adversarios antes de este enfrentamiento civil fue de unos mil quinientos, y en todos los casos se trató de ciudadanos eminentes. Y a estos infortunios ocurridos en el pasado la Fortuna [3] quiso añadirles una nueva desventura, alimentando de nuevo las discordias entre las facciones. Los corcireos de mayor categoría, que deseaban un gobierno oligárquico, apoyaban la causa de los lacedemonios, mientras que la masa partidaria de la democracia se afanaba por la alianza de guerra con los atenienses. Diversas eran, en efecto, las orientaciones políticas [4] que seguían los pueblos que luchaban por la hegemonía; los lacedemonios, en las ciudades aliadas, ponían al frente de la administración del Estado a los ciudadanos eminentes, mientras que los atenienses solían establecer gobiernos del pueblo en sus ciudades. Así pues, los corcireos, viendo que los ciudadanos [5] más poderosos intentaban poner la ciudad en manos de los lacedemonios, solicitaron a los atenienses el envío de un contingente [6] para proteger su ciudad³⁰². Entonces Conón, estratega de los atenienses³⁰³, hizo rumbo a Corcira y, dejando en la ciudad seiscientos mesenios de Naupacto³⁰⁴, él se fue a fondear las naves [7] en la costa cerca del templo de Hera³⁰⁵. Los seiscientos, actuando en combinación con los partidarios de la democracia, hacia el mediodía³⁰⁶, atacaron de modo imprevisto a los defensores de la causa de los lacedemonios; a algunos de ellos los apresaron, a otros

los asesinaron y a más de un millar los condenaron al exilio; además, concedieron la libertad a los esclavos y el derecho de ciudadanía a los extranjeros como medida de precaución ante el gran número y la influencia de los exiliados. [8] Los ciudadanos expulsados de su patria se refugiaron en la costa del continente situada enfrente. Pero, al cabo de algunos días, algunos de los que en la ciudad sostenían la causa de los exiliados ocuparon el ágora y, tras mandar a buscar a los exiliados, tuvo lugar un enfrentamiento en el que se jugaron el todo por el todo. Finalmente, al sobrevenir la noche, se llegó a un pacto y, poniendo fin a la rivalidad, volvieron a vivir de común acuerdo en su patria. Tal fue, pues, el final de la masacre de Corcira.

*Arquelao toma Pidna. Reorganización y movimientos de las flotas peloponesia y ateniense.
Hacia Cícico.*

Arquelao, el rey de los macedonios³⁰⁷, [49] ante la desobediencia del pueblo de Pidna, puso sitio a su ciudad con un gran ejército. En ayuda del rey, llegó Terámenes con una flota, pero, al prolongarse el asedio: puso rumbo a Tracia para unirse con Trasibulo, que tenía el mando de toda la flota³⁰⁸. Entonces Arquelao prosiguió el asedio de Pidna con mayor empeño [2] y, una vez que la hubo tomado, trasladó la ciudad al interior, a unos veinte estadios del mar.

Entre tanto Míndaro, cuando ya acababa el invierno, reunió trirremes de todas las procedencias; le habían llegado en gran número del Peloponeso e igualmente de los otros aliados³⁰⁹. Los estrategos de los atenienses que estaban en Sesto, informados de la magnitud de la flota reunida por los enemigos, estaban alarmados, temiendo que aquéllos, haciendo rumbo contra ellos con todas sus [3] trirremes, se apoderaran de sus naves. Por eso, botaron las naves que estaban en Sesto, navegaron en torno al Quersoneso y fondearon en Cardia³¹⁰; desde allí enviaron hasta Tracia unas trirremes a Trasibulo y Terámenes, pidiéndoles que acudieran en su ayuda con la flota lo más rápidamente posible; también hicieron venir a Alcibíades de Lesbos con todas las naves que tenía. De este modo toda la flota se reunió en un solo lugar, y los estrategos estaban resueltos [4] a correr el riesgo de un encuentro decisivo³¹¹. Pero Míndaro, el navarco de los lacedemonios, zarpó rumbo a Cícico, donde desembarcó a todas sus fuerzas y puso sitio a la ciudad;

Farnabazo se presentó allí con un gran ejército, y con su ayuda Míndaro prosiguió el asedio de Cícico y la tomó a viva fuerza.

[5] Entonces los estrategos atenienses, tomando la decisión de poner rumbo a Cícico, zarparon con todas sus naves y navegaron en torno al Quersoneso. Llegaron primero a Eleunte; a continuación pusieron todo su empeño en sobrepasar la ciudad de los abidenos de noche, a fin de que los enemigos no conocieran [6] el número de sus naves. Una vez que hubieron llegado a Procorteso³¹², pasaron la noche allí y, al día siguiente, trasladaron las tropas transportadas en los barcos al territorio de los cicicenos y a su comandante Quéreas le dieron la orden de conducir el ejército contra la ciudad³¹³.

La batalla de Cícico

Por su parte los estrategos dividieron [50] la armada en tres escuadras, de las que Alcibíades mandaba una, Terámenes la otra y Trasibulo la tercera³¹⁴. Alcibíades con su escuadra avanzó mucho más que los otros, intentando incitar a los lacedemonios a la batalla naval; Terámenes y Trasibulo planeaban una maniobra envolvente, a fin de cerrar la retirada hacia la ciudad de las naves enemigas que se hicieran a la mar³¹⁵. Míndaro, en efecto, viendo [2] solamente el avance de las veinte naves de Alcibíades e ignorando la presencia de las otras, se confió y salió al ataque con ochenta naves alejándose temerariamente de la ciudad. Luego, cuando estuvo cerca de las naves de Alcibíades, los atenienses, como les había sido ordenado, simulaban la huida, y los peloponesios, con gran euforia, se lanzaron en su persecución como si tuvieran la victoria en sus manos. Pero Alcibíades, una vez [3] que los hubo alejado a una considerable distancia de la ciudad, levantó la señal convenida, después de lo cual sus trirremes viraron todas a un tiempo y pusieron proa al enemigo, mientras Terámenes y Trasibulo hicieron rumbo a la ciudad y cortaron la [4] retirada de los lacedemonios³¹⁶. Entonces los hombres de Míndaro, contemplando ya el gran número de naves enemigas y dándose cuenta de que habían caído en una trampa, fueron presa de un miedo atroz. Finalmente, dado que los atenienses aparecían por todas partes y cortaban a los peloponesios el acceso a la ciudad, Míndaro se vio obligado a buscar refugio en tierra, en un sitio llamado Cleros, donde Farnabazo tenía su ejército. [5] Alcibíades, iniciando la persecución sin vacilar, consiguió hundir

algunas naves y a otras las dañó o las capturó; y al grueso de las naves que habían fondeado en la costa trató de sorprenderlas lanzando las manos de hierro, con las que intentó tirar de [6] ellas para sacarlas de tierra. Pero las tropas de tierra acudieron en auxilio de los peloponesios y se produjo una gran carnicería, ya que los atenienses, a causa de la ventaja obtenida, combatían con más audacia que provecho, mientras que los peloponesios tenían la ventaja de su superioridad numérica. El ejército de Farnabazo apoyaba a los lacedemonios y, al combatir desde [7] tierra, contaba con una posición más segura. Entonces Trasibulo, al ver que las tropas de tierra acudían en auxilio del enemigo, hizo desembarcar al resto de la infantería de marina que llevaba a bordo, apremiándoles a que ayudaran a Alcibíades; y exhortó a Terámenes a unirse a las tropas de tierra de Quéreas y acudir a toda prisa, a fin de afrontar el combate en tierra.

Victoria ateniense

Mientras los atenienses estaban en [51] esta situación, Míndaro, el comandante de los lacedemonios, se enfrentó él mismo con Alcibíades en defensa de las naves que iban a ser arrastradas, y envió contra Trasibulo al espartano Clearco con una parte de los peloponesios; y con él envió asimismo a los mercenarios que se encontraban en el ejército de Farnabazo. Trasibulo, con sus infantes [2] de marina y sus arqueros, al principio hizo frente con decisión a los enemigos y mató a muchos de ellos, aunque tampoco fue pequeño el número de sus hombres que cayeron ante sus ojos; pero, cuando los mercenarios de Farnabazo estaban rodeando a los atenienses acosándolos por todas partes gracias a su superioridad numérica, apareció Terámenes al frente de sus soldados y de los de Quéreas. Entonces los hombres [3] de Trasibulo, que estaban rendidos de fatiga y habían perdido la esperanza de salvarse, recuperaron súbitamente el aliento así que vieron que se acercaba aquel socorro tan importante. La batalla duró mucho tiempo y fue encarnizada; pero después [4] los mercenarios de Farnabazo fueron los primeros en emprender la huida y la formación, antes compacta, se fue rompiendo; finalmente los peloponesios de Clearco, abandonados, después de haber infligido y sufrido muchos daños, fueron rechazados.

Una vez que éstos fueron derrotados, los hombres de Terámenes [5] corrieron en auxilio de las tropas que afrontaban el peligro al mando de Alcibíades. Aunque las fuerzas atenienses se reunieron rápidamente en un frente, Míndaro no se espantó ante el ataque de los hombres de Terámenes, sino que, después de haber dividido a los peloponesios en dos partes, respondió con una mitad al enemigo que atacaba, mientras que él mismo con la otra mitad, una vez que hubo exhortado a cada hombre a no deshonrar el buen nombre de Esparta, y con mayor motivo tratándose de una batalla de tierra, se alineó enfrente de las tropas de [6] Alcibíades. Así dio inicio a una heroica batalla en torno a las naves y, arriesgándose él mismo en primera línea, mató a muchos enemigos que se le enfrentaron, pero al final, luchando de un modo digno de su patria, cayó a manos de los hombres de Alcibíades. Una vez que hubo muerto Míndaro, los peloponesios y todos sus aliados se replegaron a toda prisa y, presa [7] del miedo, se dieron a la fuga. Los atenienses persiguieron un trecho al enemigo, pero, al enterarse de que la numerosa caballería de Farnabazo avanzaba a galope tendido, regresaron a las naves; luego tomaron la ciudad³¹⁷ y levantaron dos trofeos en conmemoración de las dos victorias, uno por la batalla naval que tuvo lugar en aguas de la isla llamada de Polidoro, otro por la que se libró en tierra, en el lugar donde habían puesto en [8] fuga por primera vez al enemigo. Los peloponesios que estaban en la ciudad y todos los que habían huido en el campo de batalla encontraron refugio en el campamento de Farnabazo; los estrategos atenienses se apoderaron de todas las naves y capturaron muchos prisioneros, y reunieron un innumerable botín al haber conseguido al mismo tiempo dos victorias sobre fuerzas tan poderosas³¹⁸.

Optimismo ateniense y propuesta de paz de Esparta. Discurso de Endio.

Cuando la noticia de la victoria llegó [52] a Atenas, el pueblo, viendo la inesperada fortuna que había llegado a la ciudad después de las anteriores desgracias, estaba exultante por los éxitos obtenidos y en masa ofrecía sacrificios a los dioses y acudía a las asambleas de celebración; y para la guerra eligieron mil hoplitas, los mejores, y cien soldados de caballería, y con ellos enviaron treinta trirremes a las fuerzas de Alcibíades, a fin de que, al tener el dominio del mar, saquearan sin ningún temor las ciudades favorables a los lacedemonios³¹⁹. Por el contrario los lacedemonios, [2] al conocer la

desgracia que habían sufrido en Cícico, enviaron embajadores a Atenas para tratar sobre la paz; al frente de la delegación iba Endio³²⁰. Cuando se le dio la palabra, se adelantó y habló de forma sucinta y lacónica. Por eso he juzgado oportuno no omitir las palabras que pronunció:

«Queremos hacer la paz con vosotros, atenienses, y así [3] mantener las ciudades que cada parte tiene en su poder, suprimir las guarniciones existentes en el territorio de los otros e intercambiar los prisioneros de guerra, a razón de un lacón por un ateniense. No ignoramos que esta guerra es perjudicial para unos y para otros, pero lo es sobre todo para vosotros. Podéis [4] desoír mis palabras, pero examinad los hechos. Nosotros cultivamos todo el Peloponeso, pero vosotros sólo una pequeña parte del Ática³²¹. La guerra ha sumado muchos aliados a los laconios, mientras que ha restado a los atenienses todos los que ha dado a sus enemigos. El más rico de los reyes del mundo habitado³²² nos financia la guerra, mientras que vuestra financiación [5] proviene de los más pobres de la tierra³²³. Es ésta la razón por la que nuestros hombres, atraídos por la generosidad de las soldadas, van a la guerra con entusiasmo, mientras que los vuestros, al tener que sacar las contribuciones de sus propios bolsillos, tratan de evitar tanto los padecimientos como [6] los gastos. Además, cuando nosotros hacemos la guerra por mar, sólo arriesgamos las naves del Estado, pero vosotros en vuestra naves tenéis embarcados sobre todo a ciudadanos. Y lo que es más importante, nosotros, incluso sufriendo derrotas en las acciones por mar, conservamos sin discusión la hegemonía por tierra; un soldado de tierra espartíata, ciertamente, no sabe lo que es huir, pero vosotros, si perdéis el dominio del mar³²⁴, no lucháis por la hegemonía en tierra, sino por vuestra supervivencia.

[7] »No me queda sino explicaros por qué razón, aun gozando de tantas y tales ventajas en la guerra, pedimos la paz. Yo no afirmo que Esparta saque provecho de las situaciones de guerra, sino que sufre en ellas menos daños que los atenienses. Pero es de estúpidos complacerse en compartir los infortunios de los enemigos, cuando es posible no experimentar en absoluto el infortunio. La destrucción de los enemigos, en efecto, no proporciona una alegría tal que pueda compararse a la tristeza causada por el sufrimiento propio. No sólo

por esta razón, sin embargo, [8] nos esforzamos por poner fin a la guerra, sino porque queremos observar la costumbre de nuestros padres, puesto que al ver los muchos y terribles sufrimientos provocados por las porfías bélicas, consideramos que es necesario dejar claro a todos los dioses y los hombres que nosotros no somos en absoluto responsables de todo esto.»

Atenas, excitada por Cleofonte, rechaza la propuesta de paz

Una vez que el laconio hubo expuesto estos y otros razonamientos semejantes, [53] los atenienses más moderados se inclinaron por la paz, pero aquellos que se habían habituado a la práctica de la guerra y que obtenían ganancias personales de las agitaciones públicas preferían proseguir las hostilidades³²⁵. A sostener esta opinión contribuyó Cleofonte³²⁶, entonces el más influyente líder [2] del pueblo, que, saliendo a hablar y exponiendo numerosos argumentos favorables a aquella propuesta, consiguió excitar al pueblo, apoyándose en la magnitud de los éxitos obtenidos, como si la Fortuna no estuviera acostumbrada a otorgar los premios de la guerra alternativamente. Así pues, los atenienses, [3] mal aconsejados, se arrepintieron cuando ya nada se podía hacer y, engañados por discursos pronunciados sólo para halagar, fueron a precipitarse de tal modo en un desastre total que ya nunca más han sido capaces de recuperarse realmente³²⁷. [4] Pero éstos son acontecimientos posteriores, que serán objeto de descripción en el período correspondiente. Por el momento los atenienses, exaltados por los éxitos obtenidos y cifrando todas sus esperanzas en el hecho de que Alcibíades estaba al frente de sus fuerzas, en seguida pensaron que habían recuperado la hegemonía.

409-408 a. C. Expedición de Aníbal contra Selinunte

[54] Una vez que tuvieron fin los hechos de aquel año, Diocles asumió el arcontado en Atenas³²⁸, y en Roma recibieron el mando consular Quinto Fabio y Gayo [2] Furio³²⁹. En este período Aníbal, el general de los cartagineses, reunió a los mercenarios que había elegido en Iberia y a los soldados que había reclutado en Libia, equipó sesenta navíos de guerra y preparó unos mil quinientos cargueros, en los que, además de sus tropas, transportó máquinas de asedio, proyectiles y todo el armamento necesario para la guerra. Una vez que con su flota hubo atravesado el mar Líbico, arribó a

Sicilia, al cabo situado enfrente de Libia que recibe el nombre de Lilibeo³³⁰. En este momento unos jinetes selinuntios [3] que se encontraban en aquella zona, y que vieron la magnitud de la flota que arribaba, advirtieron rápidamente a sus conciudadanos de la presencia del enemigo; y los selinuntios enviaron inmediatamente correos a los siracusanos solicitando su ayuda. Entre tanto Aníbal desembarcó sus tropas y plantó su [4] campamento a partir del pozo que en aquel tiempo se llamaba Lilibeo y que muchos años después daría su nombre a la ciudad que allí fue fundada³³¹. Aníbal disponía en total de doscientos [5] mil infantes y cuatro mil soldados de caballería, según las cifras dadas por Éforo, pero, según Timeo, sus fuerzas armadas apenas superaban los cien mil nombres³³². Luego sacó a tierra todas sus naves en la ensenada situada cerca de Motia³³³, ya que quería dar la impresión a los siracusanos de que no estaba allí para hacer la guerra contra ellos ni para avanzar a lo largo de la costa contra Siracusa con aquellas fuerzas navales. Después, una vez recibidos los soldados de los egesteos [6] y de los otros aliados, levantó el campo de Lilibeo y se puso en marcha contra Selinunte. Cuando llegó al río Mazaro, tomó en un rápido asalto el centro comercial que se encontraba allí³³⁴ y, una vez que estuvo delante de la ciudad, dividió su ejército en dos partes; luego, cuando hubo puesto sitio a la ciudad y hubo situado las máquinas de guerra, inició los asaltos con [7] todo empeño. Levantó seis torres de una altura extraordinaria y acercó a las murallas un número igual de arietes revestidos de hierro; además, valiéndose de un gran número de arqueros y honderos disminuyó la efectividad de todos los que combatían en las almenas.

Resistencia de Selinunte ante el asedio cartaginés

[55] Los selinuntios, que desde hacía tiempo no habían tenido la experiencia de un asedio, y que habían sido los únicos siciliotas que habían combatido al lado de los cartagineses en su guerra contra Gelón³³⁵, no esperaban verse impelidos a una situación tan tremenda por quienes habían sido objeto de sus beneficios³³⁶. [2] Pero, al contemplar el gran tamaño de las máquinas de guerra y la multitud de los enemigos, fueron presa del pánico y se quedaron atónitos ante la magnitud del peligro que les amenazaba³³⁷. [3] Pese a ello, no perdieron en absoluto la confianza en la salvación, sino que,

esperando que en breve acudirían los siracusanos y los otros aliados, se pusieron todos a una a rechazar [4] al enemigo de las murallas. Los adultos en plenitud de sus fuerzas afrontaban el peligro empuñando sus armas, mientras que los viejos no sólo se ocupaban de los preparativos necesarios, sino que, recorriendo la muralla, exhortaban a los jóvenes a que no les dejaran caer en manos de los enemigos; las mujeres y los niños llevaban vituallas y proyectiles a los que combatían en defensa de la patria, sin preocuparse del pudor y la modestia que tenían en tiempo de paz. Tan grande era la consternación [5] sobrevenida que la trascendencia de la situación hizo incluso necesaria la ayuda de las mujeres.

Por su parte Aníbal, que había prometido a sus soldados que les entregaría la ciudad para saquearla, acercaba las máquinas de guerra y con sus mejores soldados lanzaba continuos asaltos contra los muros. Las trompetas tocaban al unísono la señal de [6] ataque y a una sola voz de mando el ejército cartaginés lanzaba el grito de guerra; los muros retemblaban al ser golpeados con violencia por los arietes y, gracias a la altura de las torres, los asaltantes daban muerte a muchos selinuntios. Éstos, en efecto, [7] al haber vivido un largo período de paz, en el que no habían tenido el más mínimo cuidado de los muros, fueron sometidos fácilmente, ya que las torres de madera eran mucho más altas que los muros. Y cuando la muralla cedió en un punto, los campanos, ansiosos de llevar a cabo una acción notable, penetraron rápidamente en el interior de la ciudad. En un primer momento [8] aterrorizaron a los hombres que, en pequeño número, les presentaron resistencia; pero a continuación, cuando, en ayuda de éstos, acudieron numerosos defensores, fueron rechazados y sufrieron muchas bajas; no estaba aún completamente abierta la brecha del muro por donde habían forzado la entrada y, al caer allí muchos de sus hombres en la irrupción por un espacio difícil, fueron fácilmente derrotados. Luego, al caer la noche, los cartagineses interrumpieron el asalto.

Los selinuntios piden ayuda a Siracusa, Acragante y Gela. Caída de Selinunte.

Entonces los selinuntios eligieron a [56] sus mejores jinetes y de noche, sin dilación, los enviaron, unos a Acragante, otros a Gela y a Siracusa, con la petición de que acudieran a toda prisa en su ayuda, ya que su ciudad no podía resistir más tiempo el asalto enemigo. [2]

Los acragantinos y los gelenses se dispusieron a esperar a los siracusanos, ya que querían reunir sus fuerzas para marchar conjuntamente contra los cartagineses. Los siracusanos por su parte, una vez informados sobre la situación del asedio, pusieron fin a la guerra que sostenían con los calcideos³³⁸ y, reuniendo las tropas que tenían en su territorio, pasaron el tiempo efectuando grandes preparativos, creyendo que la ciudad sería tomada en asedio, pero que no sería arrasada.

[3] Entre tanto Aníbal, una vez pasada la noche, al rayar el día se lanzó al asalto desde todos los lados, y con los ingenios de guerra derribó la parte del muro de la ciudad que ya había cedido [4] y otra contigua a la brecha. Luego despejó los escombros de la zona derribada y, lanzando a sus mejores tropas en ataques sucesivos, consiguió hacer retroceder un poco a los selinuntios; pero no fue posible reducir a aquellos hombres que [5] estaban jugándose el todo por el todo. Cayeron en gran número de una y otra parte; pero en el campo de los cartagineses fuerzas de refresco tomaban el relevo en la batalla, mientras que a los selinuntios no les llegaban los refuerzos. Durante nueve días de asedio³³⁹ se luchó con un pundonor insuperable, y los cartagineses [6] sufrieron e infligieron daños terribles. Cuando los iberos consiguieron penetrar en la ciudad por donde el muro había cedido, las mujeres que estaban en las partes altas de las casas se pusieron a gritar, por lo que los selinuntios, convencidos de que se estaba tomando la ciudad, fueron presa del pánico y, después de abandonar los muros, fueron a situarse, todos unidos, en los accesos de las vías estrechas y se pusieron a obstruir las calles con barricadas, con lo que pudieron resistir mucho tiempo al enemigo. Al presionar con fuerza los cartagineses, [7] la multitud de mujeres y niños corría a refugiarse en las cubiertas de las casas, desde donde lanzaban piedras y tejas contra los enemigos. Durante mucho tiempo los cartagineses se encontraron en una situación difícil, dado que los muros de las casas les impedían cercar a los hombres apostados en las vías estrechas y que tampoco podían combatir en condiciones de igualdad debido a los proyectiles que les arrojaban desde los tejados. Sin embargo, el combate se prolongó hasta la tarde, cuando a [8] quienes luchaban desde las casas se les agotaron los materiales arrojadizos, mientras que en el bando de los cartagineses los que relevaban a los que se encontraban en apuros

seguían combatiendo con sus fuerzas intactas. Finalmente, cuando el número de los defensores del interior se redujo, los enemigos penetraron en la ciudad con fuerzas cada vez más numerosas, y los selinuntios se vieron obligados a abandonar las vías estrechas.

Selinunte bárbaramente saqueada

En consecuencia, mientras la ciudad [57] era tomada, podían verse los lamentos y las lágrimas de los griegos, mientras que entre los bárbaros todo eran alalás de victoria y gritos de todo tipo. Los unos, teniendo ante los ojos la magnitud de la desgracia sobrevenida, eran presa del terror; los otros, en cambio, exaltados por el éxito, incitaban a sus camaradas al degüello. Los selinuntios corrieron [2] a concentrarse en el ágora, y allí, con las armas en la mano, todos encontraron la muerte. Por su parte los bárbaros se pusieron a recorrer toda la ciudad y saquearon todos los objetos de valor que había en las casas. En cuanto a los habitantes, a los que sorprendieron en el interior de las viviendas los quemaron vivos juntamente con las casas, y a los que forzaron a salir a las calles, sin distinción de sexo o edad, tanto si eran niños, mujeres o viejos, los asesinaron sin mostrar ninguna compasión. [3] Siguiendo una costumbre de su pueblo, algunos exhibían ristras de manos en torno a sus cuerpos y otros llevaban de un lado a otro cabezas que habían empalado en la punta de sus lanzas y jabalinas³⁴⁰. Respecto a todas las mujeres que sorprendieron en los templos, donde se habían refugiado con sus hijos, dieron la orden de no matarlas, y sólo a ellas les garantizaron la vida. [4] Pero no actuaron así por piedad hacia aquellas desdichadas, sino por el temor de que las mujeres, al perder toda esperanza de salvación, incendiaran los templos, impidiéndoles de este modo saquear las innumerables riquezas que en ellos estaban consagradas. Hasta tal punto los bárbaros se distinguían de los demás [5] hombres por su crueldad, que, mientras que todos los otros pueblos, para no incurrir en impiedad con la divinidad, salvaban a quienes se refugiaban en los templos, los cartagineses, por el contrario, perdonaban a los enemigos a fin de poder saquear [6] los templos de los dioses. Al sobrevenir la noche, la ciudad ya había sido saqueada; las casas fueron incendiadas o demolidas y todo el lugar estaba cubierto de sangre y de cadáveres. Se contó un total de seis mil cuerpos y además se reunieron más de cinco mil prisioneros de guerra.

[58] Ante aquel cambio de la vida de los selinuntios, los griegos que eran aliados de los cartagineses sintieron piedad por el infortunio de aquellos desdichados. Las mujeres, privadas de las comodidades habituales, pasaron toda la noche sometidas a la arrogancia de los enemigos sufriendo terribles vejaciones; y algunas de ellas fueron obligadas a ver a sus hijas núbiles sufrir ultrajes inimaginables para su edad. La crueldad de los bárbaros, en efecto, [2] no respetaba ni a los muchachos nacidos libres ni a las vírgenes y causaba tremendas desventuras a estos infortunados. Por eso las mujeres, al reflexionar sobre su próxima situación de esclavitud en Libia, y verse ellas mismas juntamente con sus hijos, sin derechos y entre ultrajes, obligadas a someterse a sus amos, constatando además que éstos usaban una lengua incomprensible y que tenían un carácter salvaje, lloraban por sus hijos que habían quedado con vida y, ante cada injuria que se infligía a éstos, sufrían terriblemente, como si se clavaran agujas en su corazón, y lamentaban vehementemente su propia suerte. Consideraban felices, en cambio, a sus padres y hermanos, que habían muerto combatiendo por su patria y no habían presenciado ningún acto indigno de su valor. Los selinuntios que habían evitado [3] la cautividad, en número de dos mil seiscientos, se salvaron en Acragante, donde todo el mundo los acogió con sentimientos humanitarios; los acragantinos, en efecto, les distribuyeron a expensas públicas una cantidad de grano por familia y exhortaron a los particulares, que ya estaban bien dispuestos, a proporcionarles todo lo necesario para vivir.

*Llega tarde el socorro siracusano. Concesiones de Aníbal a los exiliados selinuntios.
Asedio de Hímera.*

Mientras ocurrían estos hechos, llegaron [59] a Acragante tres mil soldados escogidos de los siracusanos, que acababan de ser enviados a toda prisa para prestar su ayuda. Al enterarse de que Selinunte había caído, enviaron embajadores a Aníbal pidiéndole que pusiera en libertad a los prisioneros mediante un rescate y que dejara intactos los templos de los dioses. Aníbal respondió que los selinuntios, al no haber sido [2] capaces de mantener su libertad, deberían experimentar la esclavitud, y que sus dioses habían partido de Selinunte, resentidos [3] con sus habitantes. No obstante, los exiliados enviaron como embajador a Empedión³⁴¹, y a éste Aníbal

le restituyó sus bienes, dado que siempre había apoyado la causa de los cartagineses y, antes del asedio, había aconsejado a sus conciudadanos que no emprendieran la guerra contra los cartagineses; también le concedió la gracia para sus parientes que se encontraban entre los prisioneros; y a los selinuntios que estaban en el exilio les concedió permiso para habitar la ciudad y cultivar las tierras pagando un tributo a los cartagineses.

[4] Así pues, cayó esta ciudad, que desde su fundación había estado habitada durante un período de doscientos cuarenta y dos años³⁴², y Aníbal, después de derribar los muros de Selinunte, levantó el campo y con todo su ejército marchó contra [5] Hímera con la firme intención de arrasar esta ciudad; por su culpa, en efecto, su padre había sido un exiliado, y junto a sus muros su abuelo Amílcar había sido vencido por Gelón gracias a una estratagema y había encontrado la muerte, y con él habían muerto ciento cincuenta mil hombres y otros tantos habían caído prisioneros³⁴³. Éstas eran las razones por las que Aníbal ansiaba [6] la venganza. Así, con cuarenta mil soldados estableció su campamento en unas colinas no lejanas de la ciudad, y con el resto del ejército, al que se unieron veinte mil soldados enviados por los sículos y los sicanos³⁴⁴ puso sitio a la ciudad. Una [7] vez dispuestas las máquinas de guerra, comenzó a golpear la muralla por diversos puntos y, lanzando al asalto en oleadas sucesivas a un gran número de hombres, sometía a presión a los sitiados, máxime al estar sus soldados enardecidos por los éxitos obtenidos. Además, hizo minar los muros, y en las galerías [8] colocó soportes de madera y los prendió, con lo que en seguida se desplomó una buena parte de la muralla. Entonces la batalla alcanzó una violencia extraordinaria; por una parte se esforzaban por irrumpir en el interior del recinto amurallado, mientras que por la otra tenían miedo de sufrir la misma suerte de los selinuntios. Así, al encontrarse en una lucha decisiva por sus hijos, [9] por sus padres y por la patria en cuya defensa todos habían acudido, los himereos rechazaron a los bárbaros y reconstruyeron rápidamente aquel sector de la muralla. Acudieron en su ayuda las tropas siracusanas, procedentes de Acragante, y parte de los otros aliados, cuatro mil hombres en total, a cuyo mando iba el siracusano Diocles.

Salida de los himereos y batalla fuera de las murallas

[60] Entonces, cuando la noche puso fin a la porfía de los combatientes, que ya había llegado al máximo, los cartagineses desistieron del asedio. Y al amanecer, los himereos decidieron no aguardar a verse encerrados innoblemente, como habían hecho los selinuntios, y así situaron centinelas en los muros e hicieron salir al resto de sus soldados con los aliados que habían llegado; eran unos diez mil [2] hombres. Al salir inesperadamente al encuentro del enemigo, provocaron el estupor de los bárbaros, que creyeron que se trataba de fuerzas aliadas que acudían en ayuda de los sitiados. Los himereos, al ser muy superiores en audacia y destreza y, lo que es más importante, al hacer depender la única esperanza de salvación de la victoria en aquella batalla, en seguida dieron muerte a [3] los primeros adversarios que se les enfrentaron. Y los bárbaros, al acudir a la carrera, en masa y con mucho desorden, debido a que no esperaban de ninguna manera que los sitiados se atrevieran a tanto, se encontraron en una situación bastante desventajosa, ya que ochenta mil soldados que corrían desordenadamente hacia un mismo lugar acabaron chocando los unos contra los otros y sufriendo más daños por la acción de sus propios conmlitones [4] que por la de los enemigos. Los himereos, que desde los muros tenían como espectadores de sus actos a sus padres, a sus hijos y a todos sus parientes, arriesgaban sus vidas sin ningún miramiento [5] por la salvación común. Combatieron con vehemencia, y los bárbaros, atónitos ante aquella audacia y aquella reacción inesperada, se dieron a la fuga; huyeron sin ningún orden hacia los campamentos situados en las colinas, y los himereos se pusieron a perseguirlos exhortándose unos a otros a no coger a ningún enemigo vivo; dieron muerte a más de seis mil hombres según Timeo³⁴⁵, o a más de veinte mil según la afirmación de Éforo. Pero Aníbal, viendo que sus hombres estaban abrumados, hizo [6] bajar a las fuerzas acampadas en las colinas y, al acudir en ayuda de las tropas que estaban siendo castigadas, sorprendió a los himereos, que efectuaban la persecución sin ningún orden. Siguió [7] una batalla tremenda y el grueso de los himereos emprendió la retirada, pero se quedaron tres mil hombres que trataron de formar una barrera frente al ejército de los cartagineses; estos hombres realizaron muchos actos heroicos, pero fueron aniquilados.

Cuando esta batalla ya llegaba a su [61] fin, arribaron a Hímera veinticinco trirremes de los siciliotas; eran las enviadas anteriormente en apoyo de los lacedemonios que ya habían regresado de su misión³⁴⁶. Entonces se difundió en la ciudad el rumor de que [2] los siracusanos en masa juntamente con sus aliados estaban llegando para socorrer a los himereos, y que Aníbal equipaba con sus mejores hombres las trirremes que tenía en Motia para dar la vuelta rumbo a Siracusa y ocupar la ciudad desprovista de defensores³⁴⁷. Ésta fue la razón por la que Diocles, el comandante [3] en jefe de las fuerzas destacadas en Hímera, recomendó a los jefes de la flota que zarparan rumbo a Siracusa lo más pronto posible, a fin de evitar la posibilidad de que la ciudad fuera tomada al asalto mientras las tropas mejores estaban [4] ausentes³⁴⁸ combatiendo en aquella batalla. Por este motivo les pareció que lo más conveniente para ellos era evacuar la ciudad y hacer embarcar a la mitad de la población en las trirremes, para transportarla fuera del territorio de Hímera, y estar en guardia con la otra mitad hasta que regresaran las trirremes. [5] Los himereos se quejaron por aquella decisión, pero no tenían otra alternativa; así, de noche y a toda prisa, llenaron las trirremes, mezclando mujeres, niños y otros habitantes, y se hicieron a la mar rumbo a Mesene. Diocles, al frente de sus hombres [6] y abandonando los cuerpos de los caídos en la batalla, se apresuró a marchar de regreso a casa, y con él partieron muchos himereos con sus hijos y mujeres, puesto que las trirremes no tenían capacidad para tanta gente.

Caída y saqueo de Hímera. Cartago recibe a un Aníbal victorioso.

[62] Los hombres que quedaron en la ciudad pasaron la noche con las armas en la mano sobre los muros. Al rayar el día, los cartagineses, tomando posiciones en torno a la ciudad, la sometieron a continuos asaltos, y los himereos que quedaban lucharon despreciando [2] el peligro, confiados en la llegada de las naves. Durante aquel día consiguieron resistir, pero al día siguiente, cuando ya se veían las trirremes en el horizonte, el muro comenzó a desplomarse por la acción de las máquinas de asedio y los iberos irrumpieron en tromba en el interior de la ciudad. Una parte de los bárbaros se puso a rechazar a los himereos que acudían a prestar su ayuda, mientras que los que ya habían tomado posiciones en los muros, facilitaban la entrada a sus camaradas. La [3] ciudad fue

tomada a viva fuerza y los bárbaros estuvieron durante mucho tiempo matando sin piedad a todo el que caía en sus manos. Sólo cuando Aníbal dio orden de hacer prisioneros, cesó aquella carnicería y empezó el saqueo de cuantos objetos de valor había en las casas. Aníbal ordenó asimismo saquear [4] los templos y, después de obligar a salir a los suplicantes que se habían refugiado allí, los incendió; y arrasó la ciudad desde sus cimientos doscientos cuarenta años después de su fundación³⁴⁹. En cuanto a los prisioneros, a las mujeres y a los niños los distribuyó en el campamento y los puso bajo vigilancia; a los hombres capturados, que eran cerca de tres mil, los condujo al sitio donde antaño su abuelo Amílcar había sido muerto por Gelón y, después de torturarlos, los mató a todos. A continuación [5] disolvió el ejército; envió a sus patrias a las tropas aliadas de Sicilia, a las que siguieron los campanos, los cuales se quejaron a los cartagineses de que, pese a haber sido los principales artífices de los éxitos, no habían recibido una recompensa en consonancia con sus empresas. Luego Aníbal [6] embarcó su ejército en las naves de guerra y de transporte y, después de dejar a los aliados un número suficiente de soldados, dejó la costa de Sicilia. Y cuando arribó a Cartago con el inmenso botín, todo el mundo salió a su encuentro homenajeándolo y honrándolo ya que en poco tiempo había llevado a término empresas más importantes que las realizadas por los generales anteriores.

Éxitos de Hermócrates, exiliado de Siracusa, en la zona bajo control cartaginés

[63] Entre tanto el siracusano Hermócrates había regresado a Sicilia. Este hombre, que había tenido el mando durante la guerra contra los atenienses y había prestado muchos servicios a su patria, había alcanzado una extraordinaria influencia entre los siracusanos, pero después, cuando fue enviado como almirante al mando de treinta y cinco trirremes para combatir al lado de los lacedemonios³⁵⁰, fue objeto de las maquinaciones de sus adversarios políticos y, al ser condenado al exilio, había entregado la flota destacada en el Peloponeso³⁵¹ a los que habían sido enviados [2] para relevarle en el mando³⁵². Pero a raíz de aquella expedición militar entabló amistad con Farnabazo, sátrapa de los persas, del que recibió una gran suma de dinero, con la que, cuando arribó a Mesene, construyó cinco trirremes y asoldó a mil [3] hombres.

Tomó también consigo a un millar de himereos después de la caída de su ciudad y trató de volver a Siracusa contando con la ayuda de sus amigos, pero, al fracasar en su intento, partió hacia el interior de la isla y, después de apoderarse de Selinunte, fortificó una parte de la ciudad y envió a buscar de todas partes a los selinuntios que se habían salvado³⁵³. Acogió [4] en aquella plaza a otras gentes, en gran número, y reunió un ejército de unos seis mil hombres escogidos. Partiendo de aquella base, devastó primero el territorio de los motienos³⁵⁴ y, en la batalla que se entabló con los que salieron de la ciudad para hacerle frente, mató a muchos hombres y a otros los persiguió hasta la muralla. A continuación saqueó el territorio de los panormitas³⁵⁵ y se apoderó de un inmenso botín y, cuando los panormitas se situaron en orden de batalla delante de la ciudad, dio muerte a cerca de quinientos y a los otros los obligó a encerrarse en el interior de la ciudad. Devastando de modo semejante [5] todo el restante territorio que estaba bajo el control de los cartagineses, se granjeó el elogio de los siciliotas. Y pronto los más de los siracusanos cambiaron de opinión, considerando el exilio de Hermócrates indigno de su valor. Así, después de muchos [6] debates sobre su persona en la asamblea, era evidente que el pueblo quería llamar a aquel hombre del exilio. Y Hermócrates, al estar al corriente de lo que se decía sobre él en Siracusa, preparaba con cuidado su regreso, sabedor de que sus adversarios políticos maniobrarían en sentido contrario. Tal era entonces la situación en Sicilia.

La flota ateniense en el Helesponto. Esparta recupera Pilos.

[64] En Grecia, Trasibulo³⁵⁶, enviado por los atenienses con treinta naves, un gran número de hoplitas y cien soldados de caballería, arribó a Éfeso; allí desembarcó a sus hombres en dos puntos e inició el ataque. Los habitantes salieron de la ciudad contra ellos y se trabó una violenta batalla; los efesios en masa participaron en el combate y cayeron cuatrocientos atenienses³⁵⁷; entonces Trasibulo³⁵⁸ hizo embarcar a los restantes y zarpó rumbo a Lesbos. [2] Los estrategos atenienses que estaban en la zona de Cícico hicieron una expedición naval a Calcedón³⁵⁹, reforzaron la fortaleza de Crisópolis³⁶⁰, dejaron allí una guarnición suficiente para su defensa y ordenaron a los comandantes de la plaza que cobraran el

diezmo a los barcos que salieran del Ponto. A continuación dividieron sus fuerzas; Terámenes. con cincuenta [3] naves, fue dejado en aquella zona para sitiar Calcedón y Bizancio³⁶¹, y Trasibulo fue enviado a Tracia a fin de poner bajo control ateniense las ciudades de aquella región. Por su [4] parte Alcibiades, después de haber llamado a Trasibulo³⁶² con las treinta naves, hizo rumbo al territorio que estaba bajo el mando de Farnabazo y, con sus fuerzas reunidas, saquearon una gran parte de aquel territorio, y no sólo colmaron de botín a sus soldados, sino que ellos mismos también obtuvieron dinero del saqueo, con el que querían aligerar al pueblo de la presión de los tributos.

Los lacedemonios, al enterarse de que todas las fuerzas atenienses [5] se encontraban en la zona del Helesponto, emprendieron una expedición contra Pilos, ocupada por una guarnición de mesenios; por mar fueron con once naves, de las que cinco procedían de Sicilia y seis estaban equipadas por ciudadanos³⁶³, mientras que por tierra avanzaron con un ejército adecuado; después tomaron posiciones en torno a la fortaleza y comenzaron a asediarse por tierra y por mar³⁶⁴. Tan pronto como lo supo, [6] el pueblo ateniense envió en ayuda de los asediados treinta naves al mando del estratego Ánito, hijo de Antemión³⁶⁵. Éste se hizo a la mar, pero, al no poder doblar el cabo Malea debido al temporal, regresó a Atenas, con lo que provocó la cólera del pueblo, que lo acusó de traición y lo llevó a juicio. Al correr grave peligro, Ánito salvó su vida con dinero, y al parecer fue [7] el primer ateniense que corrompió a un tribunal. Los mesenios de Pilos resistieron durante un cierto tiempo, aguardando la ayuda de los atenienses. Pero, dado que los enemigos lanzaban un asalto tras otro, mientras que en sus filas unos morían a consecuencia de las heridas y otros se encontraban en una situación extrema a causa de la falta de víveres, se vieron obligados a pactar y a abandonar la plaza. De este modo, pues, los lacedemonios se convirtieron en señores de Pilos, después de haberla ocupado los atenienses durante quince años³⁶⁶, desde el momento en el que Demóstenes la había fortificado.

Los megareos toman Nisea y la recuperan los atenienses. Intervención espartana en Quíos.

[65] Mientras ocurrían estos hechos, los megareos conquistaron Nisea, que estaba en poder de los atenienses³⁶⁷. Entonces los atenienses enviaron contra ellos a Leotrófidas y a Timarco³⁶⁸ con mil hombres de infantería y cuatrocientos de caballería. Los megareos salieron a su encuentro con todas sus fuerzas armadas, a los que se añadieron algunos hombres procedentes de Sicilia³⁶⁹, y se situaron en orden de batalla en las colinas llamadas Cérata³⁷⁰. Al combatir los atenienses gallardamente y poner en fuga a los [2] enemigos, que eran mucho más numerosos, cayeron muchos megareos, pero sólo veinte lacedemonios³⁷¹; ello se debió a que los atenienses, muy molestos por la conquista de Nisea, no persiguieron a los lacedemonios, pero hicieron una degollina de megareos, con quienes estaban irritados.

Entre tanto los lacedemonios eligieron como navarco a Cratesípidas³⁷² [3] y, equipando veinticinco de sus naves con tropas de los aliados, le ordenaron que acudiera en auxilio de sus aliados. Cratesípidas pasó algún tiempo en aguas de Jonia sin realizar ninguna empresa digna de mención; pero después, cuando recibió dinero de los exiliados de Quíos, los restableció en su ciudad y ocupó la acrópolis de los quiotas³⁷³. Los quiotas que volvieron [4] del exilio expulsaron a sus adversarios políticos que habían sido responsables de su destierro, cuyo número era de unos seiscientos. Éstos ocuparon un lugar de la costa continental de enfrente llamado Atarneo, una posición dotada de seguras defensas naturales, de la que a partir de entonces se sirvieron como base para hacer la guerra a sus adversarios instalados en Quíos.

Éxitos atenienses en Calcedón y Bizancio

[66] Mientras ocurrían estos hechos, Alcibíades y Trasíbulo, después de fortificar Lámpsaco, dejaron allí una guarnición suficiente³⁷⁴ y ellos mismos zarparon con sus fuerzas para encontrarse con Terámenes, que estaba sitiando Calcedón con setenta naves y cinco mil soldados. Una vez reunidos los dos ejércitos en un único sitio, levantaron una empalizada de madera que iba de [2] un mar a otro³⁷⁵ bloqueando la ciudad. Hipócrates, al que los lacedemonios habían puesto al frente de la ciudad como gobernador (harmosta³⁷⁶ según la denominación laconia), hizo avanzar contra ellos a sus propios soldados y a todos los

calcedonios. Tuvo lugar una violenta batalla, y los hombres de Alcibíades combatieron valerosamente; Hipócrates cayó, y de sus hombres, unos encontraron la muerte y los otros, heridos, corrieron a buscar [3] refugio en la ciudad³⁷⁷. A continuación Alcibíades se hizo a la mar rumbo al Helesponto y al Quersoneso con la intención de recoger dinero³⁷⁸, mientras que Terámenes con sus hombres concluyó un acuerdo con los calcedonios, según el cual los atenienses recibirían de ellos un tributo igual al de antes. Desde allí condujo sus tropas contra Bizancio, puso sitio a la ciudad y con gran empeño emprendió la construcción de un muro de bloqueo. Alcibíades entre tanto, después de haber reunido el [4] dinero, convenció a muchos tracios para que se unieran a su ejército y también recibió el apoyo de toda la población del Quersoneso; luego emprendió la marcha con todas sus tropas y en primer lugar tomó Selibria³⁷⁹, de la que se apoderó gracias a una traición; allí obtuvo mucho dinero y, después de dejar una guarnición en aquella plaza, marchó rápidamente a Bizancio para reunirse con las tropas de Terámenes³⁸⁰. Una vez reunidas [5] las tropas, se pusieron a preparar el asedio; tenían que vencer a una ciudad muy poderosa y llena de defensores; aparte de los bizantinos, que ya eran muchos, Clearco, el harmosta lacedemonio, tenía en aquella ciudad un importante contingente de peloponesios y mercenarios³⁸¹. Así pues, pese a los asaltos que [6] durante un cierto tiempo lanzaron los atenienses, los asediados no sufrieron ningún daño digno de consideración. Pero, cuando el gobernador lacedemonio marchó para obtener ayuda económica de Farnabazo, entonces algunos bizantinos, que soportaban mal la severidad de su gobierno, ya que Clearco era un hombre despiadado, pusieron su ciudad en manos de Alcibíades y sus colegas³⁸².

Estratagemas en la toma de Bizancio, que acuerda una alianza con Arenas

[67] Los estrategos atenienses, para hacer creer al enemigo que renunciaban al asedio y trasladaban sus fuerzas a Jonia, al atardecer zarparon con todas sus naves y alejaron el ejército de tierra durante un tiempo, pero después volvieron atrás y hacia la medianoche se acercaron a la ciudad, y enviaron las trirremes con la orden de apresar los barcos enemigos y provocar una gran algarabía, a fin de dar la impresión de que todas las fuerzas atenienses se encontraban

allí reunidas³⁸³. Y con las tropas de tierra tomaron posiciones cerca de los muros aguardando la señal convenida de los que querían poner la ciudad en sus manos. [2] Las tripulaciones de las trirremes ejecutaron las órdenes recibidas; a una parte de los barcos enemigos los embistieron con los espolones y a otros trataron de arrastrarlos con las manos de hierro, y todo ello lo hicieron con un griterío extraordinario. Entonces los peloponesios que estaban en la ciudad y todos los que ignoraban el engaño salieron hacia los puertos [3] para prestar su ayuda. Y al ocurrir esto, los que traidoramente entregaban la ciudad izaron la señal en lo alto de la muralla y recibieron a los hombres de Alcibíades, que entraron valiéndose de escalas y con toda seguridad, ya que todo el pueblo había marchado a la carrera hacia el puerto. Tan pronto como se [4] enteraron de lo ocurrido, los peloponesios dejaron a la mitad de sus hombres en el puerto y con los restantes acudieron a toda prisa a defender los muros ya ocupados por el enemigo; y aunque casi todas las fuerzas atenienses ya habían conseguido [5] penetrar en la ciudad, no por eso fueron presa del pánico, sino que, resistiendo valerosamente durante mucho tiempo, mantuvieron a raya a los atenienses con la ayuda de los bizantinos. Y finalmente los atenienses no se habrían apoderado de la ciudad gracias a su empeño en el combate, si Alcibíades, reflexionando sobre la situación, no hubiera proclamado que no se causaría ningún daño a los bizantinos³⁸⁴; de este modo, pues, los ciudadanos cambiaron de opinión y dirigieron sus armas contra los peloponesios. La consecuencia [6] fue que la mayor parte de éstos encontró la muerte después de haber combatido valerosamente; y los supervivientes, cerca de quinientos, se refugiaron en los altares de los templos. Los [7] atenienses devolvieron la ciudad a los bizantinos una vez que hubieron sellado una alianza con ellos, y aceptaron la rendición de los suplicantes refugiados en los altares a condición de desarmarlos y conducirlos a Atenas para someterlos a la decisión del pueblo³⁸⁵.

408-407 a. C. Atenas recibe a sus estrategos victoriosos. Elogio de Alcibíades.

[68] Transcurrido aquel año, los atenienses confiaron el arcontado a Euctemón³⁸⁶, los romanos eligieron cónsules a Marco Papirio y a Espurio Naucio³⁸⁷ y se celebró la Olimpiada nonagesimotercera, en la que Éubato de Cirene³⁸⁸ obtuvo la victoria

en la carrera del estadio. En este período, los estrategos de los atenienses, después de haberse hecho con el control de Bizancio, penetraron en el Helesponto y conquistaron todas sus ciudades a excepción de [2] Abido³⁸⁹. A continuación, dejaron allí como superintendentes a Diodoro y a Mantiteo³⁹⁰ al mando de un número de fuerzas suficiente, y ellos mismos con las naves cargadas de botín se hicieron a la mar rumbo a Atenas, después de haber llevado a cabo muchas y grandes empresas en beneficio de su patria. Cuando ya estuvieron a la vista, todo el pueblo salió a recibirlos, rebosante de alegría por los éxitos obtenidos, y al Pireo acudió un gran número de extranjeros y asimismo de mujeres y niños. La entrada [3] en el puerto de los estrategos provocó una enorme admiración; llevaban no menos de doscientas naves apresadas, un gran número de prisioneros de guerra y abundante botín; y sus propias trirremes estaban adornadas con armas doradas, con coronas, despojos de guerra y todo tipo de objetos. Pero los más acudían a los muelles para ver a Alcibíades, de modo que la ciudad quedó completamente desierta, ya que los esclavos compitieron en el empeño con los ciudadanos libres. En aquel tiempo, en efecto, [4] era admirado hasta tal punto que los atenienses poderosos pensaban que habían encontrado al hombre fuerte capaz de oponerse al pueblo abierta y decididamente, mientras que los pobres creían que tenían en él al mejor líder para agitar la ciudad con audacias inusitadas y remediar su situación de miseria. Superaba [5] ciertamente en gran manera a los otros por su coraje; era un orador muy elocuente, el mejor como estratega e insuperable en sus actos de audacia; de aspecto era extraordinariamente bello, y poseía un espíritu brillante y muy emprendedor. En suma, casi [6] todos tenían una opinión tan entusiasta respecto a su persona que creían que con su regreso volvería asimismo a la ciudad la buena fortuna en las empresas. Además, así como los lacedemonios habían obtenido la primacía cuando él combatía a su lado, del mismo modo esperaban que a su vez enderezarían su suerte al tener a su lado a un hombre como aquél³⁹¹.

Atenas admira y rehabilita a Alcibíades. Expediciones a Andros, Cos y Rodas.

[69] Así pues, cuando la flota atracó, la multitud se dirigió hacia la nave de Alcibíades y, tan pronto como éste bajó a tierra, todos le dieron la bienvenida, congratulándose a la vez por sus éxitos y por

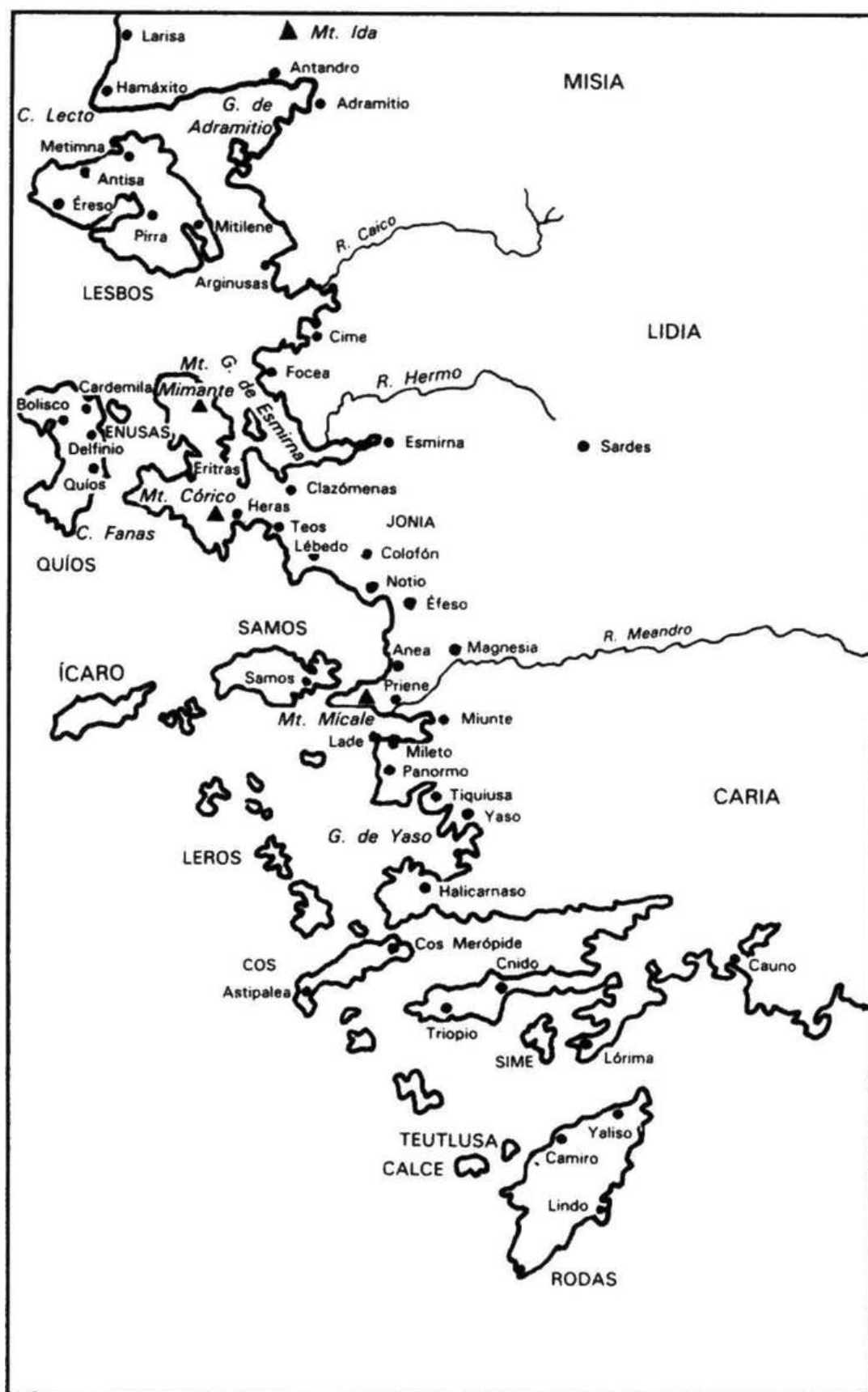
su regreso del exilio³⁹². Él, después de haber saludado afectuosamente a las masas, convocó la asamblea, donde pronunció un largo discurso en defensa de su conducta³⁹³, y fue tanta la simpatía que inspiró en la muchedumbre que todos estuvieron de acuerdo en considerar culpable a la ciudad por los decretos [2] votados contra él. En consecuencia le restituyeron las propiedades que le habían confiscado y después arrojaron al mar las estelas en las que estaban inscritas la sentencia condenatoria y las otras decisiones tomadas contra él; votaron asimismo que los Eumólpidas revocaran la maldición que habían pronunciado contra él en el tiempo en que se creía que había profanado los [3] Misterios³⁹⁴. Finalmente lo nombraron estratego con plenos poderes por tierra y por mar, pusieron en sus manos todas las fuerzas armadas y eligieron a los otros estrategos que él quiso, es decir, a Adimanto y a Trasibulo³⁹⁵.

Alcibíades, después de equipar cien naves³⁹⁶, se hizo a la mar [4] rumbo a Andros, donde ocupó el fuerte de Gaurio³⁹⁷ y lo reforzó con un muro; y cuando los andrios, juntamente con los peloponesios que vigilaban la ciudad, salieron en masa, tuvo lugar una batalla en la que vencieron los atenienses; muchos de los que salieron de la ciudad encontraron la muerte, y los que se salvaron se dispersaron por el territorio o se refugiaron detrás de las murallas³⁹⁸. Alcibíades, después de haber lanzado algunos asaltos [5] contra la ciudad, dejó una guarnición adecuada en el fuerte ocupado y designó a Trasibulo como comandante; y él mismo con sus tropas se hizo a la mar y devastó Cos y Rodas, donde reunió abundante botín para el mantenimiento de sus soldados³⁹⁹.

Esparta da el mando a Lisandro, que reúne una flota en Éfeso. Ayudas de Persia y de las ciudades jonias.

[70] Aunque los lacedemonios habían perdido completamente sus fuerzas navales y con ellas a su comandante Míndaro, no por ello desesperaron, sino que eligieron como navarco a Lisandro, un hombre que parecía superar a los otros por sus dotes de mando y que poseía una audacia capaz de afrontar cualquier circunstancia. Éste, una vez que hubo tomado el mando, reclutó en el Peloponeso un número importante de soldados y equipó asimismo [2] el mayor número de naves que le fue posible. Se hizo luego a la mar rumbo a Rodas, donde tomó consigo todas las naves que tenían las ciudades

de la isla, y desde allí hizo rumbo a Éfeso y Mileto. También se procuró trirremes en estas ciudades y envió a buscar las de Quíos, con lo que armó en Éfeso una [3] flota de cerca de setenta naves⁴⁰⁰. Habiéndose enterado de que Ciro⁴⁰¹, el hijo del rey Darío, había sido enviado por su padre para ayudar a los lacedemonios en la guerra, marchó a Sardes para entrevistarse con él y, despertando en el joven el interés por la guerra contra los atenienses, recibió inmediatamente diez mil daricos para la soldada de sus hombres⁴⁰², y para el futuro Ciro le invitó a efectuar sus peticiones sin ninguna reserva, ya que había recibido instrucciones de su padre de financiar cualquier [4] plan que propusieran los lacedemonios⁴⁰³. Después de regresar a Éfeso, Lisandro envió a buscar a los hombres más influyentes de las ciudades, con los que trató sobre la organización de sus facciones⁴⁰⁴, prometiéndoles que, una vez enderezada la situación, pondría en sus manos el gobierno de las respectivas ciudades. Ésta fue la razón por la que estos hombres, rivalizando entre ellos, prestaron más ayuda de la que se les pedía, y en un espacio de tiempo extraordinariamente breve procuraron a Lisandro todo lo que era necesario para la guerra.



5. Jonia y Caria.

Alcibiades frente a Lisandro. Indisciplina de Antioco. Derrota ateniense en Notio.

Alcibíades, informado de que Lisandro [71] estaba preparando su flota en Éfeso, se hizo a la mar con todas sus naves rumbo a aquella ciudad. Se acercó a los puertos, pero, al no salir nadie a su encuentro, fondeó la mayor parte de las naves cerca de Notio⁴⁰⁵, confiando el mando a Antíoco, el piloto de la nave almirante, con la orden de no presentar batalla en su ausencia; luego, con los transportes de tropas, navegó a toda prisa hacia Clazómenas; esta ciudad, que era aliada de los atenienses, estaba sufriendo entonces las correrías efectuadas por algunos exiliados⁴⁰⁶. Pero Antíoco, que por naturaleza era impulsivo y que [2] ansiaba realizar por su cuenta alguna acción brillante, descuidó las órdenes de Alcibíades; armó las diez naves mejores, ordenó a los trierarcos que tuvieran dispuestas las restantes para una posible batalla e hizo rumbo contra el enemigo desafiándolo a [3] presentar batalla⁴⁰⁷. Lisandro, informado por unos desertores de la partida de Alcibíades con sus mejores soldados, pensó que se le presentaba la ocasión de realizar una empresa digna de Esparta. Salió por tanto al encuentro del enemigo con todas sus naves, hundió a la más avanzada de las diez naves adversarias, en la que el mismo Antíoco se había situado para el ataque, y puso en fuga a las demás, persiguiéndolas hasta que las otras naves que habían equipado los trierarcos atenienses acudieron a [4] prestar su ayuda sin ningún orden. La batalla naval que siguió tuvo lugar con todas las naves agrupadas a escasa distancia de la costa; los atenienses, debido al desorden, llevaron la peor parte y perdieron veintidós naves; de sus tripulaciones sólo unos pocos fueron capturados, y los otros alcanzaron a nado la orilla⁴⁰⁸. Alcibíades, tan pronto como se enteró de lo sucedido, regresó rápidamente a Notio y, equipando todas las trirremes, hizo rumbo contra los puertos donde fondeaba el enemigo, pero, en vista de que Lisandro no se atrevía a salir a su encuentro, emprendió la travesía hacia Samos.

Trasibulo en Tasos y Abdera. Agis ataca Atenas y su caballería sufre una derrota.

Mientras tenían lugar estos hechos, [72] Trasibulo, el estratega de los atenienses, con quince naves navegó contra Tasos, venció en una batalla a los hombres que habían salido de la ciudad y mató a cerca de doscientos. Después de haber sometido la ciudad a un asedio, la obligó a restaurar a los exiliados, partidarios de la causa de los atenienses, a aceptar una guarnición y a ser aliada de los

atenienses⁴⁰⁹. A continuación hizo rumbo a Abdera y atrajo [2] a la causa ateniense una de las ciudades que en aquel tiempo se contaba entre las más poderosas de Tracia⁴¹⁰.

Éstas fueron pues las acciones de los estrategos atenienses después de su partida de Atenas. Entre tanto Agis, el rey de los [3] lacedemonios, que entonces se encontraba con su ejército en Decelia⁴¹¹, al enterarse de que las mejores fuerzas atenienses se encontraban en una expedición a las órdenes de Alcibíades, aprovechando una noche sin luna, condujo sus tropas contra Atenas. Disponía de veintiocho mil hombres, la mitad de los cuales eran hoplitas escogidos y la otra mitad infantería ligera; también estaban a sus órdenes cerca de mil doscientos soldados de caballería, de los cuales novecientos habían sido puestos a su disposición por los beocios, mientras que el resto había sido enviado [4] por los peloponesios⁴¹². Cuando estuvo junto a la ciudad, consiguió acercarse a los centinelas de los puestos de guardia sin ser descubierto y fácilmente los puso en fuga debido a la sorpresa del ataque; dio muerte a unos cuantos y a los otros los [5] persiguió hasta que se refugiaron detrás de las murallas. Viendo lo ocurrido, los atenienses ordenaron a todos los hombres de mayor edad y a los jóvenes más maduros que se presentaran con sus armas. Inmediatamente se dio cumplimiento a la orden y todo el recinto amurallado se llenó de gente que acudía corriendo [6] para hacer frente al peligro común. Pero cuando los estrategos atenienses pudieron contemplar a la luz del día el ejército enemigo desplegado en orden de batalla, con un frente que tenía cuatro líneas de profundidad y que se extendía a lo largo de ocho estadios⁴¹³, al principio se alarmaron, al ver que casi [7] dos tercios de la muralla estaban cercados por el enemigo; pero a continuación hicieron salir a la caballería, que era numéricamente igual a la adversaria; y cuando los dos cuerpos de caballería trabaron combate enfrente de la ciudad, tuvo lugar una violenta batalla que se prolongó durante algún tiempo. El frente de las tropas de infantería distaba unos cinco estadios del recinto amurallado, pero las fuerzas de caballería trabaron combate [8] al pie de las mismas murallas. Los beocios, que anteriormente habían vencido ellos solos a los atenienses en Delio⁴¹⁴, pensaban que era indigno mostrarse inferiores a hombres a quienes ya habían derrotado; por su parte los atenienses, al tener

como espectadores de su valor a los que se encontraban sobre los muros, que los conocían personalmente, estaban dispuestos a afrontar cualquier peligro para obtener la victoria. Finalmente [9] lograron rechazar a sus adversarios, matando a un gran número de ellos y persiguiendo a los demás hasta las líneas de la infantería; a continuación, al avanzar contra ellos las tropas de infantería, se retiraron a la ciudad.

Agis se retira al Peloponeso. Alcibiades ataca Cime. Acusaciones contra Alcibiades en la Asamblea ateniense.

Entonces Agis no juzgó oportuno emprender [73] un asedio, pero acampó en la Academia⁴¹⁵; sin embargo, el día siguiente, cuando los atenienses levantaron un trofeo, alineó su ejército en orden de batalla y desafió a las tropas atenienses encerradas en la ciudad a entablar combate por el trofeo. Los atenienses [2] hicieron salir a sus soldados y los situaron a lo largo de la muralla; los lacedemonios primero avanzaron para entablar batalla, pero, cuando cayó sobre ellos una lluvia de flechas disparadas desde los muros, apartaron sus tropas de la ciudad. A continuación, después de devastar el resto del Ática, se retiraron hacia el Peloponeso.

Alcibiades zarpó de Samos con todas sus naves rumbo a [3] Cime, donde lanzó falsas acusaciones contra los cimeos, dado que quería saquear su territorio valiéndose de un pretexto⁴¹⁶. Primero capturó un gran número de prisioneros y los hizo marchar hacia las naves. Pero los habitantes de la ciudad salieron en [4] masa en ayuda de los suyos y se precipitaron inesperadamente contra el enemigo; las tropas de Alcibiades resistieron durante un tiempo, pero después, al llegar un gran número de refuerzos de la ciudad y del territorio, se vieron obligados a abandonar a [5] los prisioneros y a refugiarse en las naves. Alcibiades, afligido por el fracaso, envió a buscar a los hoplitas de Mitilene y, después de situar a sus tropas delante de la ciudad, retó a los cimeos a presentar batalla; pero, al no salir nadie a su encuentro, [6] devastó el territorio y se hizo a la mar rumbo a Mitilene. Los cimeos enviaron una embajada a Atenas y denunciaron a Alcibiades por haber saqueado una ciudad aliada que no era culpable de nada. Se presentaron otros muchos cargos contra él; algunos soldados de las tropas de Samos que no simpatizaban con Alcibiades navegaron hasta Atenas y lo acusaron en la Asamblea de

favorecer la causa de los lacedemonios y mantener relaciones de amistad con Farnabazo, con ayuda del cual esperaba que, una vez acabada la guerra, sometería a sus conciudadanos a una tiranía⁴¹⁷.

Alcibiades, caído en desgracia y desposeído del mando, se condena al exilio

[74] La multitud pronto dio crédito a las imputaciones; la fama de Alcibiades estaba tocada por la derrota en la batalla naval⁴¹⁸ y por los errores cometidos en Cime, y el pueblo ateniense, que miraba con recelo la audacia de aquel hombre, eligió diez estrategos: Conón, Lisias, Diomedonte, Pericles y, además, Erasínides, Aristócrates, Arquéstrato, Protómaco, Trasíbulo y Aristógenes⁴¹⁹. Entre éstos otorgó la primacía a Conón⁴²⁰, al que envió inmediatamente para relevar a Alcibiades al mando de la flota⁴²¹. Alcibiades, una vez que hubo cedido el mando a Conón y [2] le hubo entregado sus tropas, renunció a regresar a Atenas y con una sola trirreme se retiró a Pactia, en Tracia, porque, aparte de la cólera de las masas, temía los procesos que se habían incoado contra él. Ya eran muchos ciertamente los que, al [3] ver que había caído en desgracia, habían promovido numerosas acusaciones contra él, la más importante de las cuales era la querella relativa a los caballos, en la que estaba en juego una suma de ocho talentos. Diomedes, en efecto, un amigo suyo, le había enviado con una cuadriga a Olimpia; y Alcibiades, en el momento de la inscripción usual, había registrado los caballos a su nombre; y después, cuando obtuvo el primer puesto con la cuadriga, se había atribuido la gloria de la victoria y no había devuelto los caballos a quien se los había confiado⁴²². Reflexionando [4] pues sobre todo eso, tuvo miedo de que los atenienses aprovecharan la ocasión para hacerle pagar todos los errores que había cometido en perjuicio suyo; y por ello se condenó a sí mismo al exilio⁴²³.

Muerte de Plistoanacte. Sinecismo de Rodas. Muerte de Hermócrates tras fracasar en su intento de regresar a Sicilia.

[75] En aquella Olimpíada se introdujo la carrera de bigas⁴²⁴; y entre los lacedemonios murió el rey Plistoanacte, después de haber reinado cincuenta años; le sucedió en el trono Pausanias, que reinó catorce años⁴²⁵. Los habitantes de la isla de Rodas transfirieron sus sedes de Yaliso, Lindo y Camiro a una única ciudad, la que actualmente se llama Rodas⁴²⁶.

El siracusano Hermócrates⁴²⁷, con los hombres que participaban [2] en la expedición, partió de Selinunte y, al llegar a Hímera, acampó en las afueras de la ciudad, que estaba en ruinas. Se informó sobre el lugar en el que los siracusanos se habían situado en orden de batalla, recogió los huesos de los caídos y, después de preparar unos carros espléndidamente adornados, los cargó en ellos y los transportó a Siracusa. Él se quedó en los [3] límites del territorio siracusano debido a que las leyes impedían a los exiliados traspasarlos; pero envió a algunos de sus hombres, que condujeron los carros a Siracusa. Hermócrates actuó [4] así a fin de que Diocles, que maniobraba en contra de su regreso, apareciera ante la opinión pública como culpable de haber dejado sin sepultura a los caídos y chocara por ello con las masas, y él, en cambio, comportándose humanamente con los muertos, llevara al pueblo a su anterior simpatía hacia su persona. Cuando llegaron los huesos, estalló un movimiento popular, ya [5] que Diocles prohibía los funerales, mientras que la mayoría de los ciudadanos era partidaria de que se celebraran. Finalmente los siracusanos dieron sepultura a los restos de los caídos y participaron en masa en las honras fúnebres. Diocles fue condenado al exilio, pero ni aun así readmitieron a Hermócrates, ya que recelaban de su audacia, no fuera que, al verse con el poder en sus manos, se proclamara tirano. Así pues, Hermócrates, dándose [6] cuenta de que no era el momento oportuno para intentar un golpe de fuerza, se retiró de nuevo a Selinunte. Algún tiempo después, al llamarle sus amigos, se puso en marcha con tres mil soldados y, después de atravesar el territorio de Gela, llegó de noche al lugar convenido. Al no poder aún acompañarle todos [7] sus soldados, Hermócrates avanzó con unos pocos hombres hasta la puerta de Acradina⁴²⁸ y, después de haber encontrado a algunos de sus amigos que habían ocupado previamente aquel lugar, se reunió allí con los soldados que se habían retrasado. [8] Pero los siracusanos, al enterarse de lo que ocurría, se presentaron con sus armas en el ágora; compareció allí una gran multitud y dieron muerte a Hermócrates y a la mayor parte de sus cómplices. A los que no cayeron en el combate los llevaron ante [9] un tribunal y los condenaron al exilio. Y a algunos hombres que quedaron mal heridos se los llevaron sus parientes como muertos, a fin de que no se vieran expuestos a la

cólera de la multitud, y entre éstos se encontraba Dionisio, el que después sería tirano de Siracusa⁴²⁹.

*407-406 a. C. Conón toma el mando de la flota ateniense y Calicrátidas de la espartana.
Ataques de Calicrátidas a Delfinio, Teos, Metimna y Mitilene.*

[76] Una vez que llegaron a su fin los hechos de aquel año, Antígenes⁴³⁰ se hizo cargo del arcontado en Atenas, y los romanos eligieron cónsules a Gayo Manio Emilio y a Gayo Valerio⁴³¹. En este período, Conón, el estratego ateniense, después de haber tomado el mando de las fuerzas estacionadas en Samos⁴³², puso en buen estado las naves que se encontraban allí y reunió en aquella base las de los aliados, afanándose por preparar una flota capaz de enfrentarse en condiciones de igualdad a las naves enemigas. Entre tanto [2] los espartanos, habiendo transcurrido el período del mando naval asignado a Lisandro, enviaron a Calicrátidas para proceder al relevo⁴³³. Éste era un hombre muy joven, sin malicia y de espíritu simple, falto de experiencia en las costumbres extranjeras y el más justo de los espartiatas. Se reconoce de modo unánime que durante su mandato no cometió ninguna injusticia ni respecto a la ciudad ni a ningún ciudadano privado, sino que, cuando algunos trataban de corromperlo con dinero, reaccionaba con energía y los castigaba severamente⁴³⁴. Calicrátidas arribó [3] a Éfeso y tomó el mando de la flota; y al haber ya enviado a buscar las naves de los aliados⁴³⁵, juntamente con las recibidas de Lisandro tomó el mando de un total de ciento cuarenta unidades⁴³⁶. Dado que los atenienses ocupaban Delfinio, en el territorio de los quiotas, se hizo a la mar contra ellos con toda su [4] flota y emprendió el asedio de la plaza. Los atenienses, que eran unos quinientos, se espantaron ante la magnitud de las fuerzas enemigas y abandonaron la plaza atravesando las líneas contrarias en virtud de un acuerdo. Calicrátidas ocupó la fortaleza y la destruyó, después de lo cual hizo rumbo a Teos, irrumpió de noche en el interior de las murallas y saqueó la ciudad⁴³⁷. [5] A continuación hizo vela rumbo a Lesbos y lanzó sus tropas contra Metimna, donde había una guarnición ateniense. Sus continuos asaltos no dieron ningún resultado al principio, pero algún tiempo después, gracias a la traición de algunos ciudadanos que le entregaron la ciudad, irrumpió en el recinto amurallado y saqueó los bienes de sus habitantes, pero respetó sus vidas y restituyó [6] la ciudad a los metimneos⁴³⁸. Después de estos hechos, se puso en

movimiento contra Mitilene⁴³⁹; confió el mando de los hoplitas al lacedemonio Tórax con la orden de avanzar a marchas forzadas, y él mismo al frente de su flota navegó a lo largo de la costa siguiendo la misma dirección.

Estratagema de Conón

Conón, el estratego ateniense, tenía [77] una flota de setenta naves perfectamente dispuestas para la batalla, con un grado de preparación que ninguno de los estrategos anteriores había conseguido. Y ocurrió que se hizo a la mar con todas ellas para acudir en ayuda de Metimna; pero, al encontrar que había sido tomada, fue a pasar [2] la noche en una isla del archipiélago de las Cien Islas⁴⁴⁰. Al despuntar el día, dándose cuenta de que las naves enemigas hacían rumbo contra él, juzgó que sería peligroso entablar batalla en aquel sitio contra un número doble de trirremes⁴⁴¹, por lo que decidió huir del enemigo saliendo de aquellas aguas y, después de atraer en su persecución a algunas de las trirremes adversarias, presentar batalla junto a Mitilene; pensaba que de este modo, en caso de victoria, pasaría a ser perseguidor, mientras [3] que, si era derrotado, podría refugiarse en el puerto. Haciendo pues embarcar a sus soldados, se puso a navegar remando a ritmo lento, para que las naves peloponesias pudieran acortar distancias. Los lacedemonios, por su parte, a medida que se acercaban, aceleraban cada vez más la velocidad de sus naves con [4] la esperanza de alcanzar la retaguardia enemiga. Mientras Conón se retiraba, los comandantes peloponesios que tenían las mejores naves lo perseguían a toda prisa, con lo que por una parte agotaron a sus remeros, debido a la incesante boga, y por otra acabaron encontrándose a una gran distancia del resto de la flota. Conón, al darse cuenta de ello, cuando ya estaba cerca de Mitilene, izó en su nave el estandarte purpúreo, que era la señal [5] convenida con los capitanes de las trirremes⁴⁴². Al ver esta señal, las naves, que ya estaban siendo alcanzadas por el enemigo, súbitamente dieron la vuelta todas a la vez, mientras las tripulaciones cantaban el peán y los trompeteros tocaban la señal de ataque. Los peloponesios, aterrados por lo que estaba ocurriendo, rápidamente trataron de alinear sus naves en orden de batalla para repeler el ataque, pero, al no tener tiempo de cambiar de posición, se

encontraron en una situación de gran confusión, dado que las naves que llegaban retrasadas habían abandonado su formación habitual.

Calicrátidas bloquea a Conón en el puerto de Mitilene

[78] Conón, aprovechando hábilmente la circunstancia favorable, se puso a acosar inmediatamente a las naves enemigas, e impidió que se situaran en orden de batalla, causando daños importantes en algunos barcos y destrozando los remos en otros. De las naves que se habían enfrentado a Conón, ninguna se dio a la fuga, sino que, cuando, trataban de resistir, en espera de las naves rezagadas; pero los atenienses que ocupaban el ala izquierda, poniendo en [2] fuga a los enemigos situados enfrente, los acosaron con gran empeño y los persiguieron durante mucho tiempo. Y cuando los peloponesios ya tuvieron reagrupadas todas sus naves, Conón, temiendo la superioridad numérica del enemigo, renunció a la persecución y con cuarenta naves se retiró al puerto de Mitilene⁴⁴³, [3] mientras que los atenienses que insistían en la persecución se encontraron rodeados por el grueso de la flota de los peloponesios y fueron presa del pánico; y al serles cortado el camino de la retirada hacia la ciudad, se vieron forzados a huir hacia la costa. Dado que los peloponesios les presionaban con todas sus naves, los atenienses, dándose cuenta de que no existía otra posibilidad de salvación, se refugiaron en tierra y, abandonando los barcos, se pusieron a salvo en Mitilene.

Calicrátidas capturó treinta naves, con lo que consideró acabado [4] el poder naval enemigo; esperaba que sólo le quedaban los combates por tierra. Por eso puso proa a la ciudad. Conón por su parte, temiendo que al desembarco le seguiría el asedio, se puso a preparar obstáculos en la entrada del puerto; en los bajíos del puerto hizo hundir pequeñas embarcaciones cargadas de piedras, y en las aguas más profundas ancló cargueros llenos de piedras para lanzar. Así pues, los atenienses y una gran multitud [5] de mitileneos, que a causa de la guerra se habían trasladado de los campos a la ciudad, se prepararon rápidamente para afrontar el asedio. Por su parte Calicrátidas, una vez que hubo desembarcado a sus soldados en la costa cercana a la ciudad, instaló el campamento y levantó un trofeo por la batalla naval. Al día siguiente, después de haber elegido las naves más fuertes y de haber ordenado que no se separaran de su propia nave, se hizo a la mar con la intención de dirigirse al puerto y

romper [6] la barrera enemiga. Conón hizo embarcar a parte de sus hombres en las trirremes, que situó con las proas dirigidas hacia el paso que quedaba abierto, dispuso a otros en los barcos grandes⁴⁴⁴, y a algunos los envió a los rompeolas del puerto, para [7] asegurar la defensa por todas partes, por tierra y por mar. Luego el mismo Conón al frente de sus trirremes presentó batalla, llenando con sus barcos el espacio intermedio entre las barreras; los soldados apostados en los barcos grandes se pusieron a lanzar piedras desde las vergas contra los navíos enemigos; y los hombres que se encontraban situados en los rompeolas del puerto obstaculizaban a los enemigos que se aventuraban a desembarcar en aquella zona⁴⁴⁵.

*Batalla encarnizada frente al puerto de Mitilene. Embajada siracusana a Cartago.
Fundación púnica de Terma.*

[79] En cuanto a pundonor, los peloponesios no fueron en absoluto inferiores a los atenienses. Se lanzaron al ataque, en efecto, con sus naves en formación compacta y con sus mejores hombres dispuestos en las cubiertas, de modo que de la batalla naval hicieron una auténtica batalla de tierra. Abordando decididamente a las naves que tenían enfrente, saltaban a sus proas con audacia, convencidos de que quienes poco antes habían sido derrotados no resistirían la violencia de un nuevo encuentro. Pero los atenienses y los mitileneos, viendo que su [2] única posibilidad de salvación dependía de la victoria, estaban resueltos a morir heroicamente antes que abandonar el puesto que se les había asignado. Así, apoderándose de los dos bandos un insuperable pundonor, se produjo una gran matanza, al exponer todos sus vidas sin preocuparse del peligro. Los hombres [3] que estaban en cubierta eran alcanzados por la multitud de proyectiles que les caían encima; algunos, heridos gravemente, caían al mar, y otros, sin sentir sus heridas aún calientes, seguían combatiendo; muchísimos caían golpeados por las piedras de las vergas, ya que los atenienses podían lanzar piedras enormes desde posiciones elevadas. No obstante, cuando la batalla duraba [4] ya mucho tiempo y eran muchos los muertos en ambos lados, Calicrátidas ordenó que la trompeta tocara a retirada, queriendo dar un poco de descanso a sus soldados. Poco tiempo [5] después dispuso de nuevo a sus hombres en las naves y reemprendió un largo combate, y con gran esfuerzo, gracias al mayor número de sus naves y a la fortaleza de sus tripulaciones,

logró rechazar a los atenienses; y al refugiarse éstos en el puerto interior de la ciudad, atravesó las barreras y fondeó junto a la ciudad de los mitileneos. La bocana por cuya posesión se había [6] combatido da acceso a un buen puerto, que, sin embargo, es exterior a la ciudad. La ciudad antigua, en efecto, es una pequeña isla, mientras que la parte añadida posteriormente se levantó enfrente, en la isla de Lesbos; y en medio de las dos hay un estrecho canal, que da mayor seguridad a la ciudad⁴⁴⁶. Entonces [7] Calicrátidas, después de desembarcar sus tropas, asedió la ciudad y se puso a lanzar asaltos contra ella desde todas las direcciones. Así estaba pues la situación en Mitilene.

[8] En Sicilia⁴⁴⁷, los siracusanos enviaron embajadores a Cartago no sólo para presentar sus quejas por la guerra, sino también para pedir que en el futuro cesaran las diferencias. Los cartagineses les dieron respuestas ambiguas, y se pusieron a preparar un importante ejército en Libia, puesto que deseaban someter a todas las ciudades de la isla. Pero antes de trasladar sus tropas a Sicilia, eligieron un grupo de voluntarios entre sus conciudadanos y otros habitantes de Libia y fundaron en Sicilia, en la zona de las fuentes calientes, una ciudad, a la que dieron el nombre de Terma⁴⁴⁸.

406-405 a. C. Cartago prepara una nueva expedición a Sicilia

[80] Cuando los acontecimientos de aquel año llegaron a su fin, Calias⁴⁴⁹ se hizo cargo del arcontado en Atenas, y en Roma los cónsules elegidos fueron Lucio Furio y Gneo Pompeyo⁴⁵⁰. En este período los cartagineses, exaltados por sus éxitos en Sicilia y empeñados en apoderarse de toda la isla, decidieron preparar un gran ejército; y eligieron como comandante en jefe de la expedición a Aníbal, el que había arrasado la ciudad de los selinuntios y la de los himereos, y le otorgaron plenos poderes para la dirección de la guerra. Y dado que él rehusaba debido a su edad avanzada, [2] nombraron como agregado a otro comandante, Himilcón, hijo de Hanón, que era de su misma familia⁴⁵¹. Una vez que los dos hubieron deliberado y se hubieron puesto de acuerdo, enviaron a algunos ciudadanos que gozaban de gran consideración entre los cartagineses con importantes sumas de dinero, unos a Iberia y otros a las Islas Baliárides⁴⁵², con la orden de reclutar al mayor número posible de mercenarios. Ellos mismos [3] recorrieron Libia,

alistando a libios y fenicios y a sus mejores conciudadanos. También enviaron a buscar soldados de los pueblos y reyes que eran aliados suyos, los maurusios, los nómadas y otras gentes que habitan en las regiones que se extienden hasta Cirene⁴⁵³. Asimismo reclutaron en Italia mercenarios [4] campanos⁴⁵⁴ y los trasladaron a Libia; sabían, en efecto, que su ayuda les sería de gran utilidad, mientras que los campanos dejados en Sicilia, al haber chocado con los cartagineses⁴⁵⁵, se alinearían al lado de los siciliotas. Finalmente, una vez que estos [5] contingentes estuvieron reunidos en Cartago, la suma total de tropas a su disposición, incluidas las fuerzas de caballería, ascendió, según Timeo, a un poco más de ciento veinte mil hombres, o a trescientos mil según Éforo.

Así pues, los cartagineses prepararon todo lo necesario para su travesía a Sicilia y no sólo pusieron a punto todas sus trirremes, sino que también reunieron más de mil barcos mercantes. [6] Antes de la partida de la expedición, enviaron a Sicilia una flota de cuarenta trirremes, pero aparecieron rápidamente los siracusanos en aguas de Érix⁴⁵⁶ con una flota que tenía aproximadamente el mismo número de naves. Tuvo lugar una batalla naval que se prolongó mucho tiempo, y en ella quince naves fenicias fueron destruidas, mientras que las otras, al caer la noche, [7] huyeron rumbo a alta mar. Cuando llegó a los cartagineses la noticia de la derrota, el general Aníbal zarpó con cincuenta naves, con la intención de impedir que los siracusanos no explotaran su ventaja y de preparar el terreno para un desembarco seguro de sus propias fuerzas.

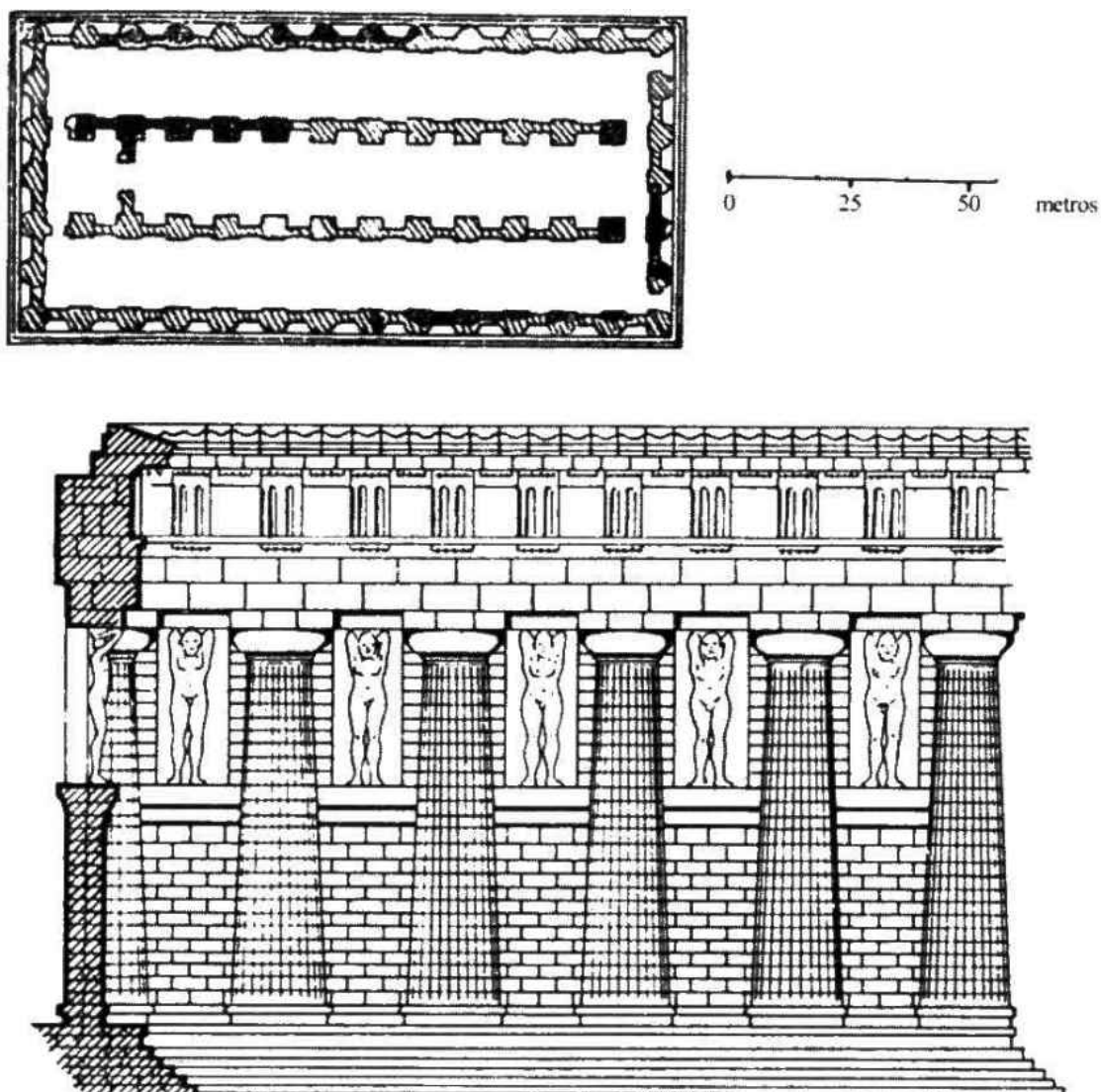
Preparativos siciliotas ante la amenaza cartaginesa. La prosperidad de Agragante.

[81] Cuando se difundió en la isla la noticia de los refuerzos de Aníbal, todos esperaban la travesía de las fuerzas invasoras de un momento a otro. Las ciudades, al enterarse de la magnitud de los preparativos y colegir que iban a jugarse el todo por el todo, [2] sentían una angustia inmensa. Los siracusanos enviaron peticiones de alianza a los griegos de Italia y a los lacedemonios, y también despacharon embajadores a las ciudades de Sicilia con la misión de exhortar a las masas a afrontar el peligro en defensa [3] de la libertad común. Por su parte los acragantinos, cuyo territorio confinaba con el imperio de los cartagineses⁴⁵⁷, se daban cuenta, y estaban en lo cierto, de que el peso de la guerra recaería primero sobre ellos, por

lo que les pareció oportuno trasladar del campo al interior de las murallas no sólo el grano y los otros productos agrícolas, sino también todos sus bienes. En aquel tiempo [4] tanto la ciudad como el territorio de los acragantinos gozaban de una gran prosperidad; y me parece que no será inadecuado decir unas palabras sobre ella. Sus viñedos se distinguían por sus dimensiones y por su belleza, y la mayor parte de sus tierras estaban cubiertas de olivos, de los que obtenían abundante fruto que vendían a Cartago; al no tener todavía Libia en aquel tiempo [5] estas plantaciones⁴⁵⁸, los habitantes del territorio acragantino, recibiendo grandes sumas de Libia a cambio de sus exportaciones, acumularon fortunas incalculables. De esta riqueza quedan aún muchos testimonios, sobre los cuales no resulta inapropiado efectuar una breve exposición.

Esplendor de Acragante. El templo de Zeus. Testimonios del lujo acragantino.

La construcción de los edificios sagrados, [82] y sobre todo el templo de Zeus, evidencian la magnificencia de los hombres de aquel tiempo. De los otros edificios sagrados, unos fueron destruidos por incendios y otros fueron completamente demolidos en el curso de las numerosas conquistas sufridas por la ciudad⁴⁵⁹, pero el templo de Zeus Olímpico estaba dispuesto para recibir su cubierta y la guerra impidió su terminación; a partir de entonces, al ser arrasada la ciudad, los acragantinos jamás recuperaron una prosperidad que les permitiera llevar a término la construcción de los edificios.



Templo de Zeus de Agrigante (según M. Guido).

[2] El templo⁴⁶⁰ tiene una longitud de trescientos cuarenta pies, una anchura de sesenta, y una altura de ciento veinte sin contar el basamento⁴⁶¹. Es el más grande de los templos de Sicilia y, por la magnitud de su estructura, puede parangonarse, no sin razón, con los de fuera de la isla; en efecto, aunque el proyecto no se [3] pudo llevar a término, el plano de la obra resulta evidente. Por otra parte, mientras que en otros sitios construyen los templos bien con muros exteriores en los lados⁴⁶² bien con hileras de columnas a lo largo del perímetro, este templo combina las dos soluciones; en efecto, en unión a los muros han sido erigidas las columnas, redondas por la parte exterior y de sección cuadrada en el interior del templo; la circunferencia de la parte exterior de estas columnas es de veinte pies, y sus canaladuras pueden contener el cuerpo de un hombre, mientras que la sección interior mide doce pies⁴⁶³. Los pórticos son

de una amplitud y una altura [4] inusitadas; en la parte oriental representaron *La Gigantomaquia*⁴⁶⁴, con esculturas que se distinguen por sus dimensiones y por su belleza, y en la occidental *La Conquista de Troya*, en la que es posible ver a cada uno de los héroes representado con una expresión apropiada a las circunstancias. En aquel tiempo había [5] asimismo, fuera de la ciudad, un lago artificial con un perímetro de siete estadios y una profundidad de veinte codos⁴⁶⁵, al que condujeron las aguas con la ingeniosa idea de cultivar allí gran cantidad de peces de todas las especies para los banquetes públicos; y con los peces convivían cisnes y todo tipo de pájaros en gran número, de modo que proporcionaban un enorme placer [6] a quienes contemplaban aquel espectáculo. Un testimonio del lujo de sus habitantes lo constituye también la suntuosidad de los monumentos sepulcrales, algunos erigidos en memoria de caballos de carrera y otros para los pajaritos que las niñas y los niños cuidaban en las casas, monumentos que Timeo [7] afirma haber visto en pie durante su vida⁴⁶⁶. Y con ocasión de la Olimpiada anterior a la que ahora nos ocupa, es decir, la nonagesimosegunda, a Exéneto de Acragante, cuando obtuvo la victoria en la carrera del estadio⁴⁶⁷, lo condujeron a la ciudad en un carro acompañado de un cortejo en el que, sin referirnos al resto, había trescientas bigas de caballos blancos, todas pertenecientes [8] a ciudadanos de Acragante. En suma, desde niños estaban educados en el lujo, llevaban vestidos excesivamente delicados y adornos de oro, y usaban estrígilas y frascos de plata y de oro.

La fama de Telias de Acragante

[83] Entre los acragantinos de aquel tiempo tal vez el más rico era Telias, el cual tenía en su mansión un gran número de habitaciones destinadas a los invitados y situaba a unos criados delante de sus puertas con la orden de invitar a todos los extranjeros a aceptar su hospitalidad. Otros muchos acragantinos siguieron su ejemplo comportándose de modo hospitalario según la antigua costumbre. Por esta razón también Empédocles⁴⁶⁸ dice de ellos:

*Para los extranjeros sagrado refugio, de maldad exentos*⁴⁶⁹.

En cierta ocasión, según cuenta Timeo en su libro decimoquinto, [2] al presentarse quinientos jinetes procedentes de Gela durante una tempestad, los acogió personalmente a todos y al instante les procuró

mantos y túnicas traídos de su propia casa. Y Policeto⁴⁷⁰ en sus *Historias* describe la bodega de la casa de [3] Telias, afirmando que todavía existía y que él mismo la vio cuando fue soldado en Acragante; había en ella trescientos recipientes excavados en la misma piedra, capaces de contener cien ánforas⁴⁷¹ cada uno, junto a los cuales se encontraba un gran depósito estucado, con una capacidad de mil ánforas, desde el cual el vino se trasvasaba a los recipientes. Se dice de Telias [4] que tenía el aspecto de un hombre vulgar, pero que poseía una personalidad admirable. En una ocasión en que fue enviado como embajador al pueblo de Centóripa⁴⁷², cuando se presentó ante la asamblea, la multitud prorrumpió en una inoportuna risa al ver que su apariencia era inferior a su fama. Ante esta reacción, él, tomando la palabra, les dijo que no se sorprendieran, dado que era costumbre de los acragantinos enviar a las ciudades más ilustres a los ciudadanos de mayor prestancia física, pero que enviaban a hombres como él a las ciudades más pobres y menos dignas de consideración.

Otros ejemplos del lujo de Acragante. El caso de Antístenes.

[84] Esta magnificencia por su riqueza no sólo es reseñable en el caso de Telias, sino que se dio en otros muchos acragantinos. Antístenes, por ejemplo, el conocido con el sobrenombre de Rodo⁴⁷³, para celebrar la boda de su hija ofreció un banquete a todos los ciudadanos en las calles donde cada uno habitaba e hizo que un cortejo de más de ochocientos carros acompañara a la esposa; además, no sólo los hombres de a caballo de su propia ciudad, sino también otros muchos de las localidades vecinas, invitados [2] a la ceremonia, se unieron al séquito de la esposa. Pero lo más extraordinario de todo, según se cuenta, fue el aparato de la iluminación; hizo apilar leña en los altares de todos los templos y en los que se encontraban a lo largo de las calles de toda la ciudad, y a la gente de las tiendas y talleres les proporcionó leños y sarmientos invitándoles a que, cuando vieran que el fuego se encendía en la acrópolis⁴⁷⁴, ellos hicieran lo mismo. Así lo hicieron, [3] y en el momento en que se conducía a la esposa, precedida de un numeroso cortejo de portadores de antorchas, la ciudad se llenó de luz; y las calles principales por donde discurría la comitiva no podían contener el gentío que seguía el cortejo, dado que todos se afanaban por estar

presentes, atraídos por la magnificencia de aquel hombre. En aquel tiempo los ciudadanos de Acragante eran más de veinte mil⁴⁷⁵, y la población ascendía al menos a doscientos mil si se incluía a los extranjeros que residían allí. Se cuenta asimismo que Antístenes, en cierta [4] ocasión en la que vio a su hijo disputando con un vecino de un campo contiguo, un hombre pobre, y presionándole para que le vendiese un pedazo de tierra, primero se limitó a reprender a su hijo; pero, al constatar que su codicia no tenía freno, le dijo que no le convenía afanarse por empobrecer a su vecino, sino, por el contrario, intentar que fuera más rico; de este modo, en efecto, aquel hombre ambicionaría poseer un campo más grande y, al no poder comprar el del vecino para aumentar el suyo, vendería el que poseía. Debido a la inmensa prosperidad de la ciudad [5] fue tan grande el lujo que rodeó a los acragantinos que poco tiempo después, cuando tuvo lugar el asedio, se votó un decreto respecto a los que debían hacer los turnos de guardia nocturnos, estableciendo que nadie podía tener más de un colchón, una cubierta, una piel de oveja y dos almohadas. Si se tenía por [6] riguroso este lecho y ropa de cama, es fácil deducir las comodidades de su vida normal. Así pues, no hemos querido pasar por alto estas curiosidades, pero tampoco es nuestro deseo extendernos demasiado sobre ello, a fin de no descuidar los hechos más importantes.

Acragante sitiada tras rechazar las proposiciones cartaginesas

[85] Los cartagineses, después de haber transportado sus fuerzas a Sicilia, marcharon contra la ciudad de los acragantinos y plantaron allí dos campamentos, uno sobre unas colinas, donde situaron a los iberos y a un contingente de libios, en torno a los cuarenta mil hombres, y el otro no lejos de la ciudad, rodeándolo con [2] un profundo foso y una empalizada. Como primera medida enviaron embajadores a los acragantinos para proponerles, preferentemente, que sellaran con ellos una alianza de guerra, o que, de no ser así, se mantuvieran neutrales y amigos de los cartagineses permaneciendo en aquella situación de paz. Pero, dado que los habitantes de la ciudad no aceptaron aquellos términos, [3] inmediatamente se activó el asedio. Así pues, los acragantinos armaron a todos los que se encontraban en edad militar y los pusieron en situación de combate, colocando a unos en las murallas y dejando a otros como reserva para relevar a las tropas cansadas. Combatía a su lado el

lacedemonio Dexipo, recién llegado de Gela con mil quinientos mercenarios; éste, según cuenta Timeo, vivía en aquel tiempo en Gela y gozaba de gran prestigio [4] debido a su patria. Por esta razón los acragantinos le pidieron que reclutara el mayor número posible de mercenarios y que acudiera con ellos a Acragante; y juntamente con éstos fueron tomados como mercenarios los campanos que antes habían servido con Aníbal, y que eran cerca de ochocientos hombres⁴⁷⁶. Éstos ocuparon la colina que domina la ciudad y recibe el nombre de Atenea, una altura de excelente situación estratégica para la defensa de la ciudad⁴⁷⁷. Himilcón⁴⁷⁸ y Aníbal, los comandantes [5] de los cartagineses, observando las murallas y viendo que la ciudad sólo era expugnable en un punto, acercaron a las murallas dos torres enormes, desde las cuales atacaron los muros durante el primer día; y después de haber infligido numerosos daños al enemigo, llamaron a toque de trompeta a sus hombres empeñados en el asalto para que se retiraran. Entonces, al caer la noche, los defensores de la ciudad efectuaron una salida e incendiaron las máquinas de asedio.

Peste en el ejército cartaginés. Muerte de Aníbal. Siracusa se decide a intervenir.

Aníbal y sus oficiales, impacientes [86] por lanzar asaltos en un mayor número de sitios, ordenaron a sus soldados que demolieran los monumentos sepulcrales y levantaran terraplenes hasta la altura de los muros⁴⁷⁹. La empresa fue rápidamente ejecutada gracias a la numerosa mano de obra, pero entonces se apoderó del ejército un profundo temor religioso. Ocurrió que la tumba de Terón⁴⁸⁰, un [2] monumento de dimensiones extraordinarias, fue sacudida por un rayo, por lo que, cuando estaba a punto de ser demolida, algunos adivinos, previendo lo que iba a ocurrir, hicieron suspender la demolición; y en seguida una peste se abatió sobre el ejército, y fueron muchos los que murieron, y no pocos los que se vieron agobiados por espantosos dolores y sufrimientos terribles. [3] También murió Aníbal, el comandante en jefe, y algunos de los soldados de los puestos de guardia refirieron que durante la noche se les habían aparecido los espectros de los muertos. Himilcón, viendo que las tropas eran presa del temor de los dioses, como primera medida interrumpió la demolición de los monumentos, y a continuación dirigió súplicas a los dioses según los ritos de su

pueblo, sacrificando un muchacho a Cronos⁴⁸¹ y lanzando al mar un gran número de víctimas sagradas en honor de Posidón. Sin embargo, no renunció a las obras de asedio, sino que, después de llenar con tierra el río⁴⁸² que discurre junto a la ciudad hasta los muros, acercó todas las máquinas de guerra y se puso a lanzar asaltos todos los días.

[4] Los siracusanos, viendo el asedio de Acragante y temiendo que los sitiados sufrieran la misma suerte que los selinuntios y los himereos⁴⁸³, estaban deseosos ya desde hacía tiempo de enviarles su ayuda y entonces, cuando llegaron tropas aliadas de Italia y de [5] Mesene, confiaron el mando a Dafneo⁴⁸⁴. Al ejército que reunieron añadieron durante el camino tropas de los camarineos y los gelenses; y después de haber enviado a buscar refuerzos de las regiones del interior, prosiguieron la marcha hacia Acragante, apoyados por una flota de treinta naves que navegaba a lo largo de la costa. Así había en total más de treinta mil hombres de infantería y no menos de cinco mil soldados de caballería⁴⁸⁵.

Victoria del socorro siracusano sobre un contingente bárbaro. Indignación contra los generales de Acragante por haber desperdiciado una ocasión.

Himilcón, tan pronto como fue informado [87] del avance de los enemigos, envió a su encuentro a los iberos, a los campanos y a otras tropas, en un número no inferior a los cuarenta mil hombres. Los siracusanos ya habían cruzado el río Hímera⁴⁸⁶ cuando se les enfrentaron los bárbaros; tuvo lugar una batalla campal que se prolongó mucho tiempo, y en ella vencieron los siracusanos, que mataron a más de seis mil enemigos. Hubieran podido destrozarse completamente [2] a todo el contingente adversario y perseguirlo hasta la ciudad, pero, al emprender los soldados la persecución sin ningún orden, su general tuvo miedo de que apareciera Himilcón con el resto del ejército y remediara la derrota. Sabía, en efecto, que los himereos habían sido completamente destruidos debido a aquella circunstancia⁴⁸⁷. Por otro lado, mientras los bárbaros huían hacia su campamento situado junto a Acragante, los soldados que estaban en la ciudad, viendo la derrota de los cartagineses, pedían a sus generales que les hicieran efectuar una salida, afirmando que aquélla era una ocasión magnífica para aniquilar el ejército enemigo. Pero los generales, o porque habían [3] sido corrompidos con dinero,

según el rumor que se difundió, o porque temían que, si la ciudad quedaba desguarnecida, Himilcón se apoderara de ella, frenaron la iniciativa de sus soldados, y de este modo los fugitivos pudieron ponerse a salvo sin ningún peligro en el campamento situado junto a la ciudad. Por su parte Dafneo con su ejército llegó al campamento [4] que habían abandonado los bárbaros⁴⁸⁸ y se estableció allí. En seguida se unieron a sus tropas los soldados que salieron de la ciudad, y con ellos también bajó Dexipo. La multitud se reunió en una tumultuosa asamblea, y todos mostraron su indignación porque se había presentado la ocasión de infligir el merecido castigo a los bárbaros, ya vencidos, y no la habían aprovechado; por el contrario, los generales de la ciudad, que hubieran podido ordenar la salida y aniquilar las fuerzas enemigas, habían dejado escapar a muchos millares de hombres. [5] Mientras la asamblea se desarrollaba entre tumultos y un enorme griterío, tomó la palabra Menes de Camarina, que tenía la responsabilidad del mando, y acusó a los generales acragantinos; sus palabras provocaron tal irritación en todos los presentes que nadie quiso escuchar a los acusados cuando trataron de defenderse, y la multitud excitada se puso a lapidar a cuatro de ellos hasta acabar con su vida, mientras que perdonó al quinto, llamado Argeo, en consideración al hecho de que era muy joven; y también fue objeto de injurias el lacedemonio Dexipo, porque, pese a tener una responsabilidad en el mando y tener fama de no ser en absoluto inexperto en asuntos militares, había actuado como un traidor.

Tras los apuros cartagineses, la fortuna cambia de bando y Acragante se encuentra en una situación desesperada

[88] Después de la asamblea, Dafneo sacó a sus tropas y trató de poner sitio al campamento de los cartagineses, pero, al ver que estaba magníficamente fortificado, desistió de la empresa. Se pusieron, sin embargo, a efectuar batidas de los caminos con la caballería y sorprendieron a los que salían para procurarse provisiones; de este modo, interceptando el transporte [2] de víveres, pusieron en un serio aprieto al enemigo. Los cartagineses, no atreviéndose a afrontar una nueva batalla campal y terriblemente abrumados por la falta de víveres, se encontraron en una situación desesperada. Muchos soldados morían de inanición, y los campanos, juntamente con otros mercenarios, prácticamente en masa, se

abalaron a la tienda de Himilcón para pedir las raciones que se habían pactado, amenazando, en caso contrario, con pasarse al enemigo⁴⁸⁹. Pero Himilcón había [3] recibido de algún informador la noticia de que los siracusanos estaban transportando un gran cargamento de grano a Acragante por vía marítima. Por eso, considerando que ésta era su única esperanza de salvación, persuadió a sus soldados para que esperaran unos días, dándoles como garantía las tazas⁴⁹⁰ de los ciudadanos de Cartago que participaban en la expedición. Después [4] hizo venir cuarenta trirremes de Panormo y de Motia y se puso a planear el ataque a los barcos que traían los suministros. Por su parte los siracusanos, considerando que hasta entonces los bárbaros habían renunciado al control del mar y que el invierno ya estaba en puertas, menospreciaban a los cartagineses, en la creencia de que no se atreverían a armar sus trirremes. Así, [5] al enviar los transportes a lo largo de la costa sin preocuparse de la escolta, Himilcón, zarpando súbitamente con sus cuarenta naves, hundió ocho navíos de guerra y persiguió a los otros hasta la costa; y al apoderarse de todos los otros barcos, trastocó hasta tal punto las expectativas de uno y otro bando que los campanos que estaban al servicio de los acragantinos, desconfiando de la causa de los griegos, se dejaron corromper por quince talentos y se pasaron a los cartagineses.

Los acragantinos primero, cuando los cartagineses lo pasaban [6] mal, habían disfrutado en abundancia no sólo de grano, sino también de las demás provisiones, esperando todo el tiempo que se levantaría el asedio; pero una vez que las esperanzas de los bárbaros se recuperaron y que tantas decenas de millares de seres humanos se concentraron en una sola ciudad, el grano se [7] agotó antes de que se dieran cuenta. Se dice asimismo que incluso el lacedemonio Dexipo se dejó corromper por quince talentos; inmediatamente, en efecto, comunicó a los generales de los italiotas que convenía hacer la guerra en otro lugar dado que les faltaban los víveres. Por eso los generales, aduciendo como pretexto que el período para el que se les había confiado el mando ya había transcurrido, condujeron a sus hombres [8] hacia el estrecho⁴⁹¹. Después de la partida de estas tropas, los generales de Acragante se reunieron con los mandos del ejército y decidieron controlar todo el grano que había en la ciudad, pero, al constatar que se trataba de una cantidad totalmente

insuficiente, consideraron que era necesario abandonar la ciudad. De este modo, pues, en seguida dieron la orden de que, al llegar la noche, todo el mundo evacuara el lugar.

Evacuación de Acragante

[89] Tan enorme fue la multitud de hombres, mujeres y niños que se dispusieron a evacuar la ciudad que de repente las casas resonaron con un sinfín de lamentos y llantos⁴⁹². Estaban aterrados ciertamente por el miedo al enemigo, y al mismo tiempo, debido a la gravedad de la situación, se veían obligados a abandonar al saqueo de los bárbaros aquellos bienes que habían sido el símbolo de su felicidad; pero, cuando la Fortuna les privaba del disfrute de la prosperidad de sus casas, pensaban que ya era mucho si conseguían salvar sus vidas. Y se pudo ver que se abandonaba [2] no sólo la felicidad de una ciudad tan próspera, sino también un gran número de vidas humanas, porque los enfermos fueron objeto de la indiferencia de sus familiares, al preocuparse cada uno sólo de su propia salvación, y los que ya eran de edad avanzada eran abandonados debido a la debilidad de su vejez. Y muchos, estimando que separarse de su patria equivalía a la muerte, se mataron con sus propias manos, a fin de expirar en las casas de sus antepasados. No obstante, aquella multitud que dejaba [3] su ciudad fue escoltada hasta Gela por soldados bien armados; el camino y todos los campos que se extendían hasta el territorio gelense se llenaron de mujeres y de niños, y juntamente iban las muchachas, que, cambiando el lujo de la vida cotidiana por las penalidades de las marchas forzadas y los padecimientos sobrehumanos, lo soportaban todo con entereza, con sus ánimos sometidos a la tensión del terror. Así pues, estas [4] gentes llegaron sanas y salvas a Gela, y después se establecieron en Leontinos, ciudad que los siracusanos les concedieron como residencia definitiva⁴⁹³.

Saqueo de Acragante. Heroísmo de Telias. El toro de Fálaris y crítica de Timeo.

[90] A la primera luz del día, Himilcón introdujo a su ejército en el interior de las murallas e hizo matar a casi todos los que habían sido abandonados a su suerte, ya que incluso a aquellos que se habían refugiado en los templos los cartagineses los sacaron a viva fuerza [2] y los asesinaron. Se cuenta que también Telias, aquel hombre que sobresalía entre sus conciudadanos por su riqueza y por

su conducta intachable, compartió el infortunio de su patria; quiso refugiarse con algunos amigos en el templo de Atenea⁴⁹⁴, creyendo que los cartagineses se abstendrían de cometer sacrilegio contra la divinidad, pero cuando se dio cuenta de su impiedad, prendió fuego al templo y murió abrasado junto a las ofrendas que allí ardían. Pensaba que esta acción era el único medio de impedir la impiedad contra la divinidad, la rapiña por parte del enemigo de las muchas riquezas que allí se encontraban y, lo [3] que más le afectaba personalmente, la tremenda violencia de la que su propio cuerpo sería víctima. Himilcón saqueó y registró con empeño los templos y las casas, y amasó un botín de enormes proporciones como era natural que contuviera una ciudad de doscientos mil habitantes, que nunca había sido devastada desde el momento de su fundación, que era posiblemente la más rica de las ciudades griegas de entonces, aquella cuyos ciudadanos manifestaban su amor por la belleza en el impresionante [4] lujo de objetos de arte de todas clases. Se encontró, en efecto, una gran abundancia de pinturas de excelente factura y un número extraordinario de esculturas de todo tipo, ejecutadas con un arte excelente. Himilcón envió a Cartago las obras más valiosas, entre las que se encontraba el toro de Fálaris⁴⁹⁵, mientras que el resto lo vendió como botín de guerra. Respecto a este toro, [5] Timeo en sus *Historias* asegura que no existió jamás, pero los acontecimientos lo han refutado; en efecto, cerca de doscientos sesenta años después de la conquista de Acragante, Escipión, al arrasar Cartago⁴⁹⁶, devolvió el toro a los acragantinos junto con otros objetos que todavía estaban en poder de los cartagineses⁴⁹⁷; y el toro se encontraba todavía en Acragante cuando estábamos escribiendo esta historia.

Me ha movido a dedicar una mayor atención a este asunto el [6] hecho de que Timeo, que criticaba con dureza a los autores que le habían precedido y no mostraba ninguna indulgencia con los historiadores, incurre él mismo en faltas de precisión, incluso en casos en los que ha declarado su voluntad de mostrarse riguroso⁴⁹⁸. Es preciso en efecto, a mi entender, ser indulgentes con los [7] autores que caen en error por ignorancia, puesto que son hombres y porque la verdad relativa a los tiempos pasados es difícil de descubrir; sin embargo, los historiadores que deliberadamente no se atienen a la exactitud es justo que sean objeto de crítica cuando, al

adular a algunas personas o al atacar duramente a otras por rencores personales, se apartan de la verdad.

Pánico en Sicilia tras la derrota de Acragante. Acusaciones contra los generales e intervención de Dionisio, apoyado por Filisto.

[91] Himilcón, después de haber asediado la ciudad durante ocho meses, la conquistó poco antes del solsticio de invierno⁴⁹⁹, pero no la destruyó inmediatamente, a fin de que sus tropas pudieran pasar el invierno en las casas. Cuando se difundió la noticia de la desgracia que había sobrevenido a Acragante, fue tal el pánico que se apoderó de la isla que una parte de los siciliotas se trasladó a Siracusa y otros transportaron a Italia a sus hijos y mujeres y todos los bienes [2] que poseían. Los acragantinos que se habían librado de la cautividad, una vez que hubieron llegado a Siracusa, denunciaron a los generales, afirmando que con su traición habían causado la ruina de su patria; y los siracusanos también fueron objeto de los reproches de los otros siciliotas, porque, al haber elegido a tales jefes, toda Sicilia corría el riesgo de perderse por su causa. [3] Pero, pese a ello, cuando se reunió la asamblea del pueblo en Siracusa, era tan grande el terror que sobrecogía a todo el mundo que nadie se atrevió a presentar una propuesta respecto a la guerra. Todos estaban sin saber qué hacer cuando Dionisio, hijo de Hermócrates⁵⁰⁰, tomando la palabra, acusó a los generales de haber traicionado su causa en favor de los cartagineses e incitó a las masas a castigarlos, exhortándolas a no esperar el fútil procedimiento⁵⁰¹ previsto por las leyes y a imponerles la pena en el acto. Y cuando los magistrados, de acuerdo con las [4] leyes vigentes, multaron a Dionisio acusándole de alterar el orden público, Filisto, el que posteriormente escribiría la *Historia*⁵⁰², que poseía una gran fortuna, pagó la multa y animó a Dionisio a decir todo lo que tenía en mente; y al declarar además que pagaría por él el importe de las multas que quisieran imponerle durante todo el día, Dionisio a partir de entonces, sintiéndose seguro, soliviantó a las masas y, provocando la confusión de la asamblea, acusó a los generales de dejarse corromper por dinero y descuidar la salvación de los acragantinos; y también acusó a otros ciudadanos insignes, presentándolos como amigos de la oligarquía⁵⁰³. Por todo ello les recomendó [5] que eligieran como generales no a los ciudadanos más poderosos, sino a aquellos de mejor disposición y de sentimientos más democráticos, dado que los primeros, ejerciendo el

poder sobre sus conciudadanos de manera despótica, despreciaban a las masas populares y consideraban que las desgracias de su patria podían ser una fuente de ganancias personales, mientras que los de condición más humilde no harían nada semejante, porque su propia debilidad les infundía temor.

Dionisio convence al pueblo de Siracusa y planea la tiranía. Llamamiento a los exiliados.

[92] Dado que todos los argumentos de su discurso tenían en cuenta los deseos de su auditorio y su propio proyecto⁵⁰⁴, Dionisio consiguió encender los ánimos de la asamblea en no pequeña medida; así pues, el pueblo, que ya desde hacía tiempo veía con malos ojos a los generales por considerar que habían conducido mal la guerra, exaltado entonces por las palabras de Dionisio, inmediatamente los desposeyó de su cargo y eligió nuevos generales⁵⁰⁵, entre los que estaba el mismo Dionisio, que, al haberse distinguido por su valor en los combates contra los cartagineses, gozaba [2] de gran predicamento entre los siracusanos. En consecuencia, al verse enardecido en sus esperanzas, comenzó a planearlo todo para convertirse en tirano de su ciudad. Así, después de asumir el cargo, no participó en las reuniones con sus colegas y evitó cualquier encuentro con ellos; y mientras actuaba de esta manera, esparció el rumor de que aquéllos mantenían relaciones con el enemigo; de este modo ciertamente esperaba despojarlos del mando y reservarse sólo para él el generalato.

[3] Ante esta conducta de Dionisio, los ciudadanos más distinguidos⁵⁰⁶ empezaron a sospechar lo que se gestaba y en todas las reuniones no dejaron de desacreditarlo; pero las masas populares, ignorantes de la maquinación, lo cubrían de elogios y decían que [4] la ciudad había encontrado por fin un líder de toda confianza. Así las cosas, en las asambleas que se reunían con frecuencia para los preparativos de guerra, al constatar que los siracusanos estaban paralizados por el miedo a los enemigos, les propuso llamar a los exiliados; porque era absurdo, les dijo, enviar a [5] buscar socorros de otros pueblos de Italia y del Peloponeso y renunciar a la contribución de los propios conciudadanos para afrontar el peligro común, ciudadanos, añadía, que, pese a haber recibido del enemigo promesas de grandes regalos si se alineaban a su lado, habían preferido la prisión y la muerte en suelo extranjero a ser culpables de

algún acto hostil respecto a su [6] patria. En efecto, quienes se encontraban en el exilio debido a las luchas civiles que en el pasado habían estallado en la ciudad ahora, decía, al obtener aquel beneficio, combatirían con todo empeño, demostrando así su gratitud a sus benefactores. Después de añadir otros muchos argumentos en relación con la situación del momento a fin de reforzar aquella propuesta, obtuvo el voto favorable de los siracusanos; ninguno de los que con él compartían el mando se atrevió a opinar en sentido contrario no sólo por la presión de las masas, sino también porque se daba cuenta de que sólo se granjearía enemistades, mientras que Dionisio obtendría el reconocimiento de los beneficiados. Dionisio actuó de esta manera con la esperanza de ganarse a los [7] exiliados, hombres que deseaban un cambio político y que estaban bien dispuestos para la instauración de una tiranía; ellos, en efecto, asistirían con complacencia al asesinato de sus adversarios, a la confiscación de sus propiedades y a la restitución de los bienes que ellos mismos habían perdido. Y cuando finalmente fue ratificada la proposición respecto a los exiliados, éstos regresaron inmediatamente a su patria.

Intervención de Dionisio en Gela

Cuando llegaron mensajes de Gela [93] pidiendo el envío de un mayor número de soldados, Dionisio encontró la ocasión oportuna para ejecutar su plan. Enviado con dos mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería, llegó en poco tiempo a la ciudad de los gelenses, de cuya defensa se cuidaba entonces el lacedemonio [2] Dexipo, puesto allí por los siracusanos. A su llegada, Dionisio, al encontrar que los más ricos estaban intrigando contra el pueblo, los acusó en la asamblea y los hizo condenar a muerte y, después de ejecutarlos, confiscó sus bienes; con su dinero pagó las soldadas que se debían a la guarnición de la ciudad que estaba bajo el mando de Dexipo; y a los hombres que habían venido con él de Siracusa les prometió que les doblaría [3] la paga que la ciudad les había fijado. De este modo se ganó la lealtad tanto de los soldados que estaban en Gela como de los que habían venido con él; y recibió los elogios del pueblo de los gelenses como artífice de su libertad, dado que, por la animosidad que sentían hacia los ciudadanos más poderosos, a la preeminencia de éstos le daban el nombre de despotismo. [4] En consecuencia enviaron embajadores para hacer el elogio de aquel

hombre en Siracusa y para comunicar los decretos en los que lo honraban con importantes regalos. Por su parte Dionisio trató de persuadir a Dexipo a que se uniera a su proyecto y, al no aceptar éste, se dispuso a regresar a Siracusa[5] con los soldados que estaban a sus órdenes. Pero los gelenses, informados de la intención de los cartagineses de dirigirse en primer lugar contra Gela con todas sus fuerzas, pidieron a Dionisio que se quedara y que no permitiera que ellos sufrieran la misma suerte que los acragantinos. Dionisio les prometió que regresaría cuanto antes con un ejército más numeroso y partió de Gela con sus hombres.

Dionisio acusa a sus colegas y se gana a la asamblea de Siracusa

En Siracusa se representaba un espectáculo [94] y Dionisio llegó a la ciudad en el momento en que la gente salía del teatro. Cuando la muchedumbre corrió hacia él para preguntarle sobre los cartagineses, Dionisio les contestó que el pueblo siracusano estaba en la inopia, porque en los hombres que estaban al frente de los intereses públicos en el interior de la ciudad tenía unos enemigos más peligrosos que los del exterior; mientras los ciudadanos celebraban las fiestas confiando en aquellos hombres, éstos, les dijo, disipaban los fondos públicos, dejaban a las tropas sin sus soldadas y no se preocupaban en absoluto de que el enemigo estuviera preparando un aparato bélico insuperable con la intención de dirigir sus fuerzas contra Siracusa⁵⁰⁷. En cuanto a la razón [2] de aquella actitud, afirmó que la intuía desde hacía tiempo, pero que entonces la había conocido de un modo más evidente. En efecto, Himilcón le había enviado un mensajero con el pretexto de tratar sobre los prisioneros de guerra, pero en realidad para exhortarlo —dado que él, Himilcón, había logrado convencer a un gran número de los colegas de Dionisio de que no se implicaran en los acontecimientos de entonces— a no oponerse al menos a sus designios, en vista de que no se determinaba a colaborar con los cartagineses. Por consiguiente, continuó [3] Dionisio, no quería continuar como general y venía a Siracusa para presentar su dimisión, puesto que no era tolerable que, mientras que los otros generales estaban vendiendo la patria, él solo afrontara el peligro con sus conciudadanos, y que por añadidura corriera el riesgo en el futuro de pasar por haber tenido parte en la traición.

Lo que reveló Dionisio irritó a la multitud y sus palabras se [4] difundieron por todo el ejército, pero por el momento todo el mundo, pese a la situación de angustia, se retiró a su casa. Sin embargo, al día siguiente, Dionisio, una vez reunida la asamblea en la que lanzó un cúmulo de acusaciones contra sus colegas en el mando, se ganó no pocas simpatías e incitó al pueblo [5] contra los generales. Finalmente algunos de los asistentes comenzaron a gritar que se le nombrara general único con plenos poderes y que no se esperara al último momento, cuando el enemigo estuviera dispuesto al asalto al pie de los muros; la magnitud de la guerra, decían, hacía necesaria la presencia de un general como aquél, con cuyo liderazgo su causa pudiera alcanzar el éxito. En cuanto a los traidores, aplazaron la decisión para otra asamblea, dado que no era el momento oportuno para aquel asunto; y recordaron que tiempo atrás trescientos mil cartagineses habían sido vencidos en Hímera cuando el mando supremo estaba únicamente en manos de Gelón⁵⁰⁸.

Pasos de Dionisio hacia la tiranía

[95] Muy pronto las masas, como es su costumbre, se inclinaron por la peor decisión⁵⁰⁹ y Dionisio fue proclamado general único con plenos poderes. Y dado que las cosas marchaban según sus planes, propuso un decreto por el que se doblaban las soldadas; con esta medida, dijo, todos afrontarían el combate con mayor empeño; y en cuanto al dinero, exhortó a que no se preocuparan, porque sería fácil conseguirlo.

[2] Una vez que se hubo disuelto la asamblea, no fueron pocos los siracusanos que criticaron lo que se había hecho, como si ellos mismos no hubieran aprobado las decisiones tomadas; pero al reconsiderar la situación, comprendieron que les amenazaba una tiranía. Ellos, en su deseo de asegurarse la libertad, sin darse [3] cuenta, habían puesto su patria en manos de un déspota; y Dionisio, queriendo prevenir el arrepentimiento de las masas, se puso a buscar la manera de fundamentar la petición de una guardia personal, creyendo que si se le concedía esto, conseguiría fácilmente la tiranía. Así pues, ordenó inmediatamente que todos los hombres en edad militar por debajo de los cuarenta años se procuraran víveres para treinta días y se presentaran con sus armas en Leontinos. Esta ciudad era entonces una plaza fuerte de los siracusanos y estaba llena de

exiliados y extranjeros⁵¹⁰. Dionisio esperaba que éstos se pondrían de su parte, deseosos como estaban de cambios, y que la mayor parte de los siracusanos no acudirían a Leontinos. De todos modos, mientras estaba acampado [4] de noche en pleno campo, simuló que era objeto de una conjuración, haciendo que sus sirvientes provocaran gritos y tumultos; hecho esto, se refugió en la acrópolis⁵¹¹, donde pasó la noche a la luz del fuego después de enviar a buscar a sus soldados más fieles. Al hacerse de día, cuando una inmensa multitud se reunió [5] en Leontinos, se las ingenió para justificar con muchos argumentos especiosos la hipótesis de la conjura y persuadió a las masas a concederle una guardia de seiscientos soldados que él mismo elegiría. Se dice que Dionisio actuó así a imitación del ateniense Pisístrato. Éste, cuentan⁵¹², se presentó en la asamblea del [6] pueblo con una herida que él mismo se había hecho, afirmando que había sido víctima de un atentado, y por esta razón obtuvo de los ciudadanos una guardia personal, de la que se sirvió para conseguir la tiranía. Y entonces Dionisio, engañando al pueblo con una treta semejante, puso en marcha la organización de su tiranía.

Dionisio instaure la tiranía. Preparativos cartagineses contra Gela.

[96] Inmediatamente eligió a más de mil hombres sin fortuna, pero de espíritu animoso, les proporcionó armas costosas y les exaltó con grandes promesas; también llamó a los mercenarios y se ganó su adhesión con palabras generosas. Efectuó cambios en los puestos de responsabilidad, confiando el mando a los hombres más fieles, y licenció al lacedemonio Dexipo enviándolo a Grecia, porque sospechaba que este hombre pudiera aprovechar una ocasión [2] oportuna para restituir la libertad a los siracusanos. Envio a buscar asimismo a los mercenarios que se encontraban en Gela y reunió de todas partes a los exiliados y a los impíos, esperando que en estos hombres la tiranía encontraría el soporte más seguro. De todas maneras se presentó en Siracusa y estableció sus cuarteles en la base naval⁵¹³, donde sin ambages se proclamó tirano. Los siracusanos no lo miraron con buenos ojos, pero se vieron obligados a mantener la calma al no estar ya en condiciones de intentar alguna reacción, no sólo porque la ciudad estaba llena de tropas mercenarias sino también porque tenían miedo de los cartagineses, que poseían aquel

ejército tan impresionante. [3] Entonces Dionisio se apresuró a casarse con la hija de Hermócrates, el que había vencido a los atenienses, y entregó a su hermana por esposa a Políxeno, el hermano de la mujer de Hermócrates; hizo esto movido por su deseo de emparentar con una familia ilustre⁵¹⁴ con miras a asegurar la tiranía. A continuación reunió una asamblea e hizo condenar a muerte a Dafneo y a Demarco, que eran los más poderosos entre sus adversarios.

Así pues, Dionisio, de escriba y de simple ciudadano que [4] era, se convirtió en tirano de la ciudad más grande del mundo griego; y mantuvo el poder absoluto hasta su muerte, después de haber gobernado como tirano durante treinta y ocho años⁵¹⁵. De cada una de sus empresas y del crecimiento de su poder efectuaremos un relato por partes, en el período cronológicamente apropiado; parece, en efecto, que este hombre, por su propia iniciativa, mantuvo la tiranía más fuerte y más duradera que nos recuerda la historia.

Los cartagineses, después de la conquista de la ciudad⁵¹⁶, [5] transportaron a Cartago las ofrendas sagradas, las estatuas y todos los demás objetos valiosos; y, tras incendiar los templos y devastar la ciudad, pasaron allí el invierno. Pero al llegar la primavera, se pusieron a preparar máquinas de guerra y proyectiles de todas clases con el propósito de poner sitio en primer lugar a la ciudad de los gelenses.

La flota ateniense rumbo a las Arginusas. Los adivinos de ambos bandos desaconsejan la batalla.

Mientras ocurrían estos hechos, los [97] atenienses⁵¹⁷, que habían sufrido una serie de contratiempos⁵¹⁸, dieron la ciudadanía a los metecos y a los demás extranjeros que querían participar en la guerra a su lado; en seguida una gran multitud fue inscrita en las listas de ciudadanos, y los estrategos enrolaron a los útiles para el ejército⁵¹⁹. Prepararon asimismo sesenta naves y, después de equiparlas magníficamente, se hicieron a la mar rumbo a Samos, donde se encontraron con los otros estrategos que habían reunido [2] ochenta trirremes de las otras islas. Después de pedir a los samios que añadieran diez trirremes, se hicieron de nuevo a la mar con todas las naves, ciento cincuenta en total⁵²⁰, y pusieron rumbo a las islas Arginusas⁵²¹ con la intención de liberar [3] a Mitilene del asedio.

Calicrátidas, el navarco de los lacedemonios, informado de la llegada de las naves, dejó a Eteónico al mando de las fuerzas de tierra para continuar el asedio, mientras que él mismo equipó ciento cuarenta naves y se hizo a la mar a toda prisa rumbo al otro lado de las Arginusas. Estas islas, que entonces estaban habitadas y tenían un pequeño asentamiento eólico, se encontraban entre Mitilene y Cime, a muy poca distancia del continente y del promontorio de Canis.

[4] Los atenienses en seguida se dieron cuenta de la llegada del enemigo, ya que estaban fondeados a no mucha distancia, pero renunciaron a combatir debido a la fuerza de los vientos que soplaban; se prepararon, sin embargo, para entablar batalla el día siguiente, e hicieron lo mismo los lacedemonios, pese a [5] que los adivinos lo desaconsejaban en ambos bandos. A los lacedemonios les ocurrió que la cabeza de la víctima sacrificada, expuesta en la playa, desapareció tragada por las olas, por lo que el adivino predijo que en la batalla naval encontraría la muerte el navarco⁵²². A esta profecía, según se cuenta, Calicrátidas respondió que el hecho de que él tuviera que morir en la batalla no sería motivo de deshonor para Esparta. En el caso de [6] los atenienses, el estratego Trasibulo⁵²³, a quien correspondía el mando aquel día, tuvo durante la noche la visión siguiente: soñó que en Atenas, en el teatro lleno de espectadores, él y los otros seis estrategos representaban una tragedia de Eurípides, *Las Fenicias*, mientras que sus adversarios recitaban *Las Suplicantes*⁵²⁴; y al final ellos obtuvieron una victoria cadmea⁵²⁵, en la que todos morían pasando por la misma situación de los que emprendieron la guerra contra Tebas. Al oír este relato, el [7] adivino reveló el significado del sueño prediciendo que morirían los siete estrategos⁵²⁶. Entonces, dado que las entrañas de las víctimas auguraban la victoria, los estrategos prohibieron que se divulgara el presagio de su propia muerte, pero anunciaron a todo el ejército la victoria presagiada por las entrañas de las víctimas.

Espartanos y atenienses ante la batalla de las Arginusas

[98] El navarco Calicrátidas reunió a sus tropas y las arengó con un oportuno discurso que finalizó con estas palabras: «De tal modo estoy resuelto a afrontar personalmente el peligro por la gloria de mi patria que, aunque el adivino afirma que las entrañas de las víctimas

presagian la victoria para vosotros y la muerte para mí, a pesar de ello estoy dispuesto a morir. Por consiguiente, siendo consciente de que después de la muerte de sus comandantes los ejércitos se precipitan en el desorden, para el caso de que me sobrevenga alguna desgracia, nombro en este momento navarco destinado a sucederme a Clearco, un hombre con experiencia [2] en el oficio de la guerra»⁵²⁷. Así pues con estas palabras Calicrátidas inspiró en muchos de sus hombres el deseo de emular su valor y de afrontar la batalla con mayor ardor. Los lacedemonios, alentándose unos a otros, subieron a las naves; y los atenienses, exhortados al combate por sus estrategos, ocuparon a toda prisa las trirremes y se situaron en sus puestos de [3] combate⁵²⁸. Trasilo mandaba el ala derecha, y con él iba Pericles, hijo de aquel Pericles que, debido a su poder, fue llamado Olímpico; y también tomó consigo en el ala derecha a Terámenes, confiándole cometidos de mando. Entonces Terámenes participaba en la expedición como un simple ciudadano⁵²⁹, pero anteriormente había desempeñado el mando en muchas ocasiones. Distribuyó a los otros estrategos a lo largo del frente, y con la línea de batalla abrazó las islas llamadas Arginusas, afanándose por desplegar sus naves en la mayor extensión posible⁵³⁰. Calicrátidas zarpó asumiendo personalmente el mando del ala [4] derecha, y confió la izquierda a los beocios, al frente de los cuales estaba el tebano Trasondas. Pero al no poder igualar la línea enemiga debido al gran espacio ocupado por las islas, dividió sus fuerzas formando dos flotas a fin de entablar batalla por separado, en uno y otro lado. Con ello provocó una gran expectación [5] entre aquellos que contemplaban las operaciones desde muchos sitios, ya que eran cuatro las flotas dispuestas a la batalla naval y el número de las naves que se reunieron en un mismo lugar no era muy inferior a trescientos. Ésta fue, en efecto, la más grande batalla naval de griegos contra griegos de la que se tiene recuerdo.

La victoria ateniense de las islas Arginusas

Tan pronto como los almirantes ordenaron [99] a los trompeteros que dieran la señal de ataque, la multitud de combatientes de uno y otro bando se puso a lanzar alternativamente el grito de guerra provocando un clamor ensordecedor; todos rivalizaban con ardor en cortar el agua con sus remos, afanándose cada hombre por ser el

primero en dar inicio a la batalla. La mayor parte [2] de aquellos soldados tenían experiencia de combate debido a la larga duración de la guerra y mostraron un empeño insuperable, ya que allí se habían reunido las mejores tropas con vistas a librar un encuentro decisivo; todos, en efecto, estaban convencidos de que los que obtuvieran la victoria en aquella [3] batalla pondrían fin a la guerra. Pero Calicrátidas en especial, que había oído de boca del adivino el vaticinio de su fin, ponía todo su afán por asegurarse una muerte muy gloriosa. Así puso proa en primer lugar contra la nave del estratego Lisias y, alcanzándola al primer asalto juntamente con las trirremes que la acompañaban, la hundió. De las otras naves, a unas, golpeándolas con los espolones, las hizo inservibles para navegar, mientras que a otras, arrancándoles los remos, las inutilizó [4] para el resto de la batalla. Finalmente acometió con el espolón la trirreme de Pericles con mayor violencia y abrió en ella una profunda brecha; pero, al engancharse la proa de su nave en la hendidura de la nave adversaria y no poder extraerla, Pericles apresó la nave de Calicrátidas con la mano de hierro⁵³¹ y, cuando fue abordada, los atenienses la rodearon por todas partes y, saltando a su interior, se abalanzaron sobre [5] toda la tripulación e hicieron una degollina. En aquellas circunstancias, dicen, Calicrátidas, después de combatir valerosamente y resistir durante mucho tiempo, fue finalmente abatido, alcanzado desde todas partes por un gran número de enemigos⁵³². Tan pronto como la desgracia del navarco fue del dominio público, los peloponesios fueron presa del miedo y [6] comenzaron a retirarse. Mientras que el ala derecha de los peloponesios se dio a la fuga⁵³³, los beocios, que ocupaban la izquierda, resistieron durante un tiempo, combatiendo con gran valor. Los beocios, igual que los eubeos, que combatían a su lado, y todos los que se habían sublevado contra los atenienses, estaban preocupados, temiendo que los atenienses, si recuperaban su supremacía, se vengaran de ellos por su defección. Pero cuando vieron que la mayor parte de sus naves estaban dañadas y que el grueso de la flota enemiga, victoriosa, se volvía contra ellos, se vieron obligados a emprender la huida. Una parte de los peloponesios encontró refugio en Quíos y otra en Cime⁵³⁴.

Una tempestad impide retirar los cadáveres. Eteónico se retira de Mitilene. Saqueos atenienses desde la base de Samos. Petición de ayuda de los aliados de Esparta.

Los atenienses persiguieron largo [100] trecho a los vencidos y cubrieron toda el área del mar cercana al sitio de la batalla de cadáveres y restos de naufragios. Pero en seguida algunos estrategos pensaron que debían recoger a los muertos, ya que los atenienses reaccionaban con dureza contra los que permitían que los muertos quedaran insepultos⁵³⁵; otros, sin embargo, sostuvieron que era preciso hacer rumbo a Mitilene y liberar la ciudad del asedio lo más pronto posible⁵³⁶. Pero entonces sobrevino [2] una violenta tempestad, que zarandeo a las trirremes e hizo que los soldados, agotados por el cansancio de la batalla y asustados por la altura de las olas, se negaran a recoger los cadáveres. Finalmente, al prolongarse el temporal, no pudieron [3] ni hacer rumbo a Mitilene ni recoger a los muertos, sino que se vieron forzados por los vientos a retirarse a las Arginusas⁵³⁷. En esta batalla naval los atenienses perdieron veinticinco naves con la mayor parte de sus tripulaciones, y los peloponesios [4] perdieron setenta y siete⁵³⁸. Por esta razón, al ser tan grande el número de naves que se perdieron con los hombres embarcados en ellas, la zona costera del territorio de los cimeos y los focios se llenó de cadáveres y de restos de naufragios.

[5] Cuando Eteónico, que estaba sitiando Mitilene, fue informado por alguien de la derrota de los peloponesios, envió sus naves a Quíos, y con sus fuerzas de tierra se retiró a la ciudad de los pirreos⁵³⁹, que era aliada; tenía miedo, en efecto, de que la flota de los atenienses hiciera rumbo contra ellos y de que al mismo tiempo los asediados efectuaran una salida, con el consiguiente [6] peligro de perder todo su ejército. Los estrategos atenienses, después de haber hecho rumbo a Mitilene y haberse unido a Conón con sus cuarenta naves, se dirigieron a Samos, desde donde se dedicaron a devastar los territorios de los enemigos. [7] A raíz de estos hechos los representantes de Eólida, de Jonia y de las islas aliadas de los lacedemonios se reunieron en Éfeso y en aquella asamblea decidieron despachar embajadores a Esparta para solicitar la intervención de Lisandro como navarco; éste, en efecto, en el período en el que había mandado la flota había obtenido importantes éxitos y era considerado superior a los otros por sus dotes de mando⁵⁴⁰. Pero los lacedemonios [8] tenían una ley que les prohibía enviar dos veces a la misma persona y, no queriendo contravenir a la costumbre de sus padres, eligieron navarco a Araco y enviaron con

él a Lisandro como ciudadano privado, dando al primero la orden de seguir en todo los consejos de Lisandro⁵⁴¹. Así pues, éstos, una vez destinados a hacerse cargo del mando, se pusieron a reunir el mayor número posible de trirremes del Peloponeso y de los otros aliados.

La Asamblea de Atenas condena a los estrategos vencedores de las Arginusas

Cuando les llegó la noticia del éxito [101] en las Arginusas, los atenienses elogiaron a sus estrategos por la victoria obtenida, pero se disgustaron por el hecho de que hubieran dejado sin sepultura a los que habían muerto en defensa de su hegemonía⁵⁴². Dado que [2] Terámenes y Trasibulo habían anticipado su llegada a Atenas, los otros estrategos, sospechando que aquéllos les acusarían ante las masas respecto a los caídos, enviaron una carta al pueblo contra ellos, manifestando claramente que eran precisamente aquellos dos los que habían recibido la orden de recoger a los muertos; y esto ciertamente fue para los estrategos la causa de [3] sus males. En efecto, pudiendo contar en el proceso con el apoyo de Terámenes y su grupo, hombres que eran hábiles oradores y tenían muchos amigos y, lo que era más importante, que habían estado presentes juntamente con ellos en las diversas fases de la batalla naval, se los iban a encontrar por el contrario como [4] adversarios e implacables acusadores⁵⁴³. En efecto, cuando la carta fue leída ante el pueblo, la reacción inmediata de las masas fue de indignación contra Terámenes y sus amigos, pero, una vez que éstos hubieron presentado su defensa, la indignación se [5] dirigió de nuevo contra los estrategos. Por eso el pueblo abrió un proceso contra ellos y, después de haber liberado a Conón de toda responsabilidad⁵⁴⁴, le ordenó que tomara el mando de las fuerzas armadas, y dictó un decreto por el que los otros debían regresar inmediatamente⁵⁴⁵. De éstos, Aristógenes y Protómaco, temiendo la irritación de la multitud, huyeron, mientras que Trasilo y Calíades⁵⁴⁶, y también Lisias, Pericles y Aristócrates volvieron a Atenas con la mayor parte de las naves, esperando que en el proceso tendrían de su parte a los numerosos soldados de [6] sus tripulaciones. Cuando las masas se reunieron en asamblea, escucharon las acusaciones y las alocuciones de los que trataban de congraciarse con ellas, pero con sus tumultos manifestaron su desaprobación de las alegaciones de los acusados⁵⁴⁷. Y no fue poco lo que perjudicó a los estrategos el hecho

de que los parientes de los muertos se presentaran en la asamblea vestidos de luto suplicando al pueblo que castigara a quienes habían dejado insepultos a hombres que habían muerto valerosamente en defensa de su patria. Finalmente los amigos de los caídos y los partidarios [7] de Terámenes, presentes en un gran número, lograron imponerse y el resultado fue que los estrategos fueron condenados a muerte y a la confiscación de sus bienes.

Intervención de Diomedonte. Ejecución de los estrategos.

Una vez que esta sentencia hubo sido [102] dictada y cuando los estrategos iban a ser conducidos a la ejecución por los funcionarios públicos, Diomedonte, uno de los estrategos, un hombre muy activo en la guerra que gozaba de una excelente reputación por su sentido de la justicia y por otras virtudes⁵⁴⁸, se adelantó para hablar en medio de la asamblea y, luego que todo el mundo guardó silencio, dijo: «Atenienses, ¡que el veredicto pronunciado sobre nosotros [2] pueda ser para bien de la ciudad! Pero, en cuanto a los votos sagrados por la victoria que nosotros hemos hecho, dado que la Fortuna nos impide cumplirlos, es justo que seáis vosotros quienes os ocupéis de ellos; cumplid, pues, nuestros votos a Zeus Salvador, a Apolo y a las Diosas Venerandas⁵⁴⁹, puesto que invocando a estas divinidades hemos obtenido la victoria naval sobre el enemigo». Una vez que hubo pronunciado estas [3] palabras, Diomedonte fue conducido con el resto de los estrategos a la ejecución decretada, suscitando las lágrimas y una gran conmiseración entre los mejores ciudadanos; en efecto, el hecho de que quien, estando a punto de sufrir una muerte injusta, no hiciera ni siquiera mención de su propia desgracia, pero solicitara a la ciudad que lo había condenado injustamente que cumpliera sus votos a los dioses, constituía a los ojos de sus conciudadanos una acción propia de un hombre piadoso y de gran [4] nobleza de espíritu, que no merecía aquella desventura. Así pues, los once magistrados designados por las leyes⁵⁵⁰ ejecutaron a estos estrategos, unos hombres que no sólo no habían cometido ningún crimen contra la ciudad, sino que habían vencido en la más grande batalla naval librada por griegos contra otros griegos y habían combatido brillantemente en otras batallas y gracias a su propio valor habían levantado trofeos como testimonio [5] de sus victorias frente al enemigo. De este modo en aquella ocasión el pueblo demostró su insensatez; incitado inicuaamente por los

demagogos descargó su indignación sobre hombres que no merecían un castigo, sino innumerables elogios y coronas⁵⁵¹.

Arrepentimiento de los atenienses, que condenan a Calixeno. El historiador Filisto. Muerte de Sófocles y de Eurípides.

[103] Muy pronto, sin embargo, tuvieron que arrepentirse tanto los inductores como los que se dejaron inducir, como si la divinidad se encolerizara contra ellos; los que fueron objeto de aquel engaño las pagaron todas juntas por su error no mucho después, cuando se vieron bajo el poder no de un déspota, sino de treinta⁵⁵²; y el mismo Calixeno, el que les había engañado y [2] había propuesto la moción contra los estrategos⁵⁵³, en seguida, cuando la masa cambió de parecer, se vio sometido a la acusación de haber engañado al pueblo. Sin que se le permitiera hablar en su defensa, fue encadenado y conducido a la prisión del Estado, pero juntamente con otros logró abrirse un paso a escondidas para evadirse de la cárcel, y fue a refugiarse junto al enemigo, en Decelia, de modo que se libró de la muerte, pero su vileza fue señalada con el dedo durante toda su vida no sólo en Atenas sino también entre los demás griegos⁵⁵⁴.

Tales fueron, pues, poco más o menos, los acontecimientos [3] que tuvieron lugar durante el año en curso. Con este año y con la conquista de Acragante, el historiador Filisto⁵⁵⁵ cerraba la primera parte de su *Historia de Sicilia*, que en siete libros abarcaba un período de más de ochocientos años; y la segunda parte tiene su inicio en el punto donde termina la primera y la escribió en cuatro libros⁵⁵⁶.

[4] En este mismo año murió Sófocles, hijo de Sófilo, poeta trágico, a la edad de noventa años⁵⁵⁷, después de haber obtenido dieciocho victorias⁵⁵⁸. Se cuenta de él que, después de haber presentado su última tragedia y haber obtenido la victoria, fue presa de [5] una alegría incontenible que le causó la muerte⁵⁵⁹. Y Apolodoro⁵⁶⁰, el autor de la *Cronología*, afirma que en este mismo año también murió Eurípides; pero otros cuentan que, hallándose en la corte de Arquelaos, rey de los macedonios, salió al campo donde se encontró con unos perros que lo despedazaron, lo que ocurriría un poco antes del período que estamos analizando⁵⁶¹.

405-404 a. C. La flota ateniense de Conón y Filocles rumbo al Helesponto. Lisandro en Éfeso. Instauración de la oligarquía en Mileto. Lisandro conquista Yaso y Lámpsaco.

Transcurrido aquel año, en Atenas fue [104] arconte Alexias⁵⁶², mientras que en Roma, en lugar de los cónsules fueron designados tres tribunos militares, Gayo Julio, Publio Cornelio y Gayo Servilio⁵⁶³. Cuando éstos ya habían asumido su cargo, los atenienses, después de la ejecución de los estrategos, dieron el mando a Filocles y, confiándole la flota, lo enviaron al encuentro de Conón con la orden de que compartieran la dirección de las fuerzas armadas⁵⁶⁴. Una vez que arribó a Samos y se encontró con Conón, [2] Filocles equipó todas las naves, que ascendían a ciento setenta y tres. De éstas se decidió dejar veinte en Samos, mientras que el resto de la flota zarpó rumbo al Helesponto bajo el mando de Conón y Filocles⁵⁶⁵.

[3] Entre tanto Lisandro, el navarco de los lacedemonios⁵⁶⁶, una vez que hubo reunido una flota de treinta y cinco naves proporcionadas por los aliados más cercanos del Peloponeso, hizo rumbo a Éfeso y, después de llamar a la flota de Quíos, la dispuso para el combate. Luego marchó tierra adentro para encontrarse con Ciro, el hijo del rey Darío⁵⁶⁷, de quien recibió una importante suma de dinero para el mantenimiento de sus soldados. [4] Llamado por su padre a Persia, Ciro confió a Lisandro la supervisión de las ciudades que estaban bajo su jurisdicción, a las que ordenó que le pagaran los tributos. Entonces Lisandro, una vez que se hubo asegurado todos los recursos necesarios para la guerra, regresó a Éfeso⁵⁶⁸.

[5] En aquel tiempo en Mileto algunos ciudadanos partidarios de la oligarquía pusieron fin al gobierno democrático con la ayuda de los lacedemonios. Primero, durante las Dionisias⁵⁶⁹, sorprendieron en sus casas a sus más acérrimos adversarios, a unos cuarenta, y les dieron muerte; después, cuando la plaza estaba llena de gente, eligieron a trescientos entre los ciudadanos [6] más pudientes y los asesinaron⁵⁷⁰. Los ciudadanos de mayor prestigio entre los partidarios de la democracia⁵⁷¹, en un número no inferior a mil, aterrados ante aquella situación, se refugiaron junto al sátrapa Farnabazo, que los acogió con humanidad y, después de haberles dado a cada uno un estáter de oro⁵⁷², los instaló en Blauda, una plaza fuerte de Lidia.

Lisandro con el grueso de su flota se hizo a la mar para atacar [7] Yaso, ciudad de Caria aliada de los atenienses y, después de

conquistarla, ejecutó a ochocientos hombres en edad militar, vendió a los niños y a las mujeres que habían capturado y arrasó la ciudad⁵⁷³. A continuación puso proa contra el Ática y contra [8] otros lugares, pero no llevó a cabo ninguna empresa digna de mención⁵⁷⁴, por lo que no nos hemos interesado por efectuar su relato. Por último tomó Lámpsaco⁵⁷⁵, de donde dejó partir a la guarnición ateniense en virtud de un acuerdo, y, después de apoderarse de sus bienes, restituyó la ciudad a los lampsacenos.

La flota ateniense llega tarde a Lámpsaco y fondea en Egospótamos. Los estrategos rechazan el ofrecimiento de Alcibíades.

[105] Los estrategos atenienses, cuando se enteraron de que los lacedemonios estaban sitiando Lámpsaco con todas sus fuerzas, reunieron trirremes de todas partes y a toda prisa se hicieron a la mar contra ellos con ciento ochenta naves. [2] Encontraron que la ciudad ya había sido tomada, y entonces fondearon sus naves en Egospótamos⁵⁷⁶; pero después cada día ponían proa contra el enemigo, desafiándoles a entablar combate. Sin embargo, al no salir los peloponesios contra ellos, los atenienses no sabían qué partido tomar, ya que en aquel lugar no podían asegurar el mantenimiento de [3] sus tropas durante mucho tiempo⁵⁷⁷. Entonces se les presentó Alcibíades⁵⁷⁸ y les comunicó que Médoco y Seutes, los reyes de los tracios, eran sus amigos y que estaban dispuestos a proporcionarle importantes refuerzos si quería llevar a término la guerra contra los lacedemonios; en consecuencia les pedía que le hicieran partícipe del mando, prometiéndoles de dos cosas una, o forzar a los enemigos a entablar una batalla naval, o combatir [4] con ellos en tierra con la ayuda de los tracios⁵⁷⁹. Alcibíades actuó así movido por el deseo de que con su intervención se llevara a cabo alguna gran empresa provechosa para su patria y de que, gracias a este beneficio, el pueblo mostrara de nuevo con él la simpatía de antes. Pero los estrategos de los atenienses, considerando que el reproche por los fracasos recaería sobre ellos y que, en caso de éxito, por el contrario, todo el mundo se lo atribuiría a Alcibíades, le ordenaron que se marchara de inmediato y no se acercara de nuevo a su campamento⁵⁸⁰.

La derrota de Egospótamos. Acciones de Lisandro. Conón se refugia en Chipre. Condena de Gilipo.

Dado que los enemigos no querían [106] presentar batalla y el ejército sufría la falta de víveres, Filocles, que aquel día tenía el mando, ordenó a todos los trierarcos que armaran sus trirremes y le siguieran, y él mismo, con las treinta naves que ya tenía dispuestas, zarpó inmediatamente. Lisandro, [2] informado de aquella decisión por algunos desertores, se hizo a la mar con toda su flota y, después de haber puesto en fuga a Filocles, lo persiguió hasta las otras naves⁵⁸¹. Al no estar todavía [3] preparadas las trirremes atenienses, la inesperada aparición del enemigo provocó que la confusión se apoderara de toda la flota. Y Lisandro, dándose cuenta del desconcierto de sus adversarios, [4] hizo efectuar un rápido desembarco a Eteónico al mando de unas tropas avezadas al combate por tierra. Eteónico, aprovechándose en seguida de la oportunidad que le brindaba aquella situación, se apoderó de parte del campamento, mientras que el mismo Lisandro, con todas sus trirremes dispuestas para el combate, atacó la flota enemiga y, lanzando las manos de hierro, consiguió llevarse a remolque las naves fondeadas en [5] la costa⁵⁸². Los atenienses, presa del pánico a causa del inesperado ataque, al no estar ya en condiciones de reaccionar con sus naves ni teniendo la posibilidad de sostener una batalla por tierra, durante un tiempo trataron de resistir, pero después cedieron y, abandonando a la carrera unos las naves y otros el campamento, se dieron a la fuga dirigiéndose al sitio donde cada [6] uno tenía la esperanza de encontrar refugio. Así pues, de las trirremes sólo se salvaron diez⁵⁸³, una de las cuales era la del estratega Conón, que desistió de volver a Atenas por temor a la cólera del pueblo y buscó refugio junto a Evágoras, el soberano de Chipre, con el que mantenía relaciones de amistad⁵⁸⁴. Los soldados, en su mayor parte, huyeron por tierra hacia Sesto, [7] donde se pusieron a salvo. Lisandro capturó las naves restantes e hizo prisionero al estratega Filocles, al que ejecutó después de llevárselo a Lámpsaco⁵⁸⁵.

Después de estos hechos, Lisandro despachó unos mensajeros a Lacedemón con el anuncio de la victoria a bordo de la mejor trirreme, adornada con las armas más espléndidas y lo más valioso del botín⁵⁸⁶. A continuación marchó contra los atenienses que [8] se habían refugiado en Sesto, tomó la ciudad y, en virtud de un

acuerdo, dejó partir a los atenienses⁵⁸⁷. En seguida zarpó con su ejército contra Samos⁵⁸⁸, a la que él mismo puso sitio, y envió a Esparta a Gilipo, el que había acudido con una flota a Sicilia en ayuda de los siracusanos⁵⁸⁹, para que llevara el botín de guerra juntamente con mil quinientos talentos de plata. El dinero iba en [9] unos saquitos, cada uno de los cuales tenía una escítala⁵⁹⁰ en la que se había anotado el montante del dinero; Gilipo, que no lo sabía, abrió los saquitos y sustrajo trescientos talentos; pero gracias a la anotación los éforos lo descubrieron, y Gilipo huyó y [10] fue condenado a muerte⁵⁹¹. De modo semejante huyó del país tiempo atrás el padre de Gilipo, Clearco, cuando, considerado culpable de haber recibido dinero de Pericles para evitar la invasión del Ática, fue condenado a muerte y pasó su vida en el exilio en Turios en Italia⁵⁹². Así pues estos hombres, pese a haber mostrado sus capacidades en otra ocasiones, por aquellos hechos deshonraron el resto de sus vidas.

Capitulación de Atenas. Fin de la Guerra del Peloponeso.

[107] Cuando los atenienses oyeron la noticia de la destrucción de su armada⁵⁹³, renunciaron a defender su imperio marítimo, y se dedicaron a asegurar sus murallas y a bloquear sus puertos, esperando que, como era natural, se verían sometidos a un asedio⁵⁹⁴. Inmediatamente, en efecto, los reyes de los lacedemonios, [2] Agis y Pausanias, invadieron el Ática con un numeroso ejército y acamparon frente a las murallas, mientras que Lisandro se presentó en el Pireo con una flota de más de doscientas trirremes⁵⁹⁵. Los atenienses, aunque abrumados por una situación tan adversa, pese a todo trataron de resistir y defendieron su ciudad sin dificultad durante un cierto tiempo⁵⁹⁶. Dado que el asedio resultaba [3] dificultoso, los peloponesios decidieron retirar sus tropas del Ática y mantenerse al acecho con la flota a una cierta distancia, [4] a fin de interceptar la llegada de víveres. El plan surtió efecto, y los atenienses se encontraron en la más terrible carencia de todo, especialmente de alimentos, debido a que siempre les llegaban por vía marítima. Y puesto que la calamidad se acrecentaba de día en día y la ciudad se llenaba de muertos, los supervivientes enviaron parlamentarios a los lacedemonios y concluyeron la paz⁵⁹⁷ aceptando las condiciones siguientes: derribar los Muros Largos y

las fortificaciones del Pireo, no mantener más de diez navíos de guerra, retirarse de todas las ciudades y reconocer la hegemonía de los lacedemonios⁵⁹⁸. Tal fue pues el fin de la Guerra del Peloponeso, la más larga de las que conocemos, puesto que duró veintisiete años⁵⁹⁹.

Destrucción de Acragante y resistencia heroica de Gela

Poco tiempo después de la paz, murió [108] Darío, el Rey de Asia, después de un reinado de diecinueve años⁶⁰⁰; le sucedió en el trono el mayor de sus hijos, Artajerjes, que reinó cuarenta y tres años. Durante este período, según afirma el ateniense Apolodoro⁶⁰¹, floreció el poeta Antímaco⁶⁰².

[2] En Sicilia, a comienzos del verano, Himilcón, el comandante de los cartagineses, arrasó la ciudad de los acragantinos⁶⁰³; en cuanto a los templos, de aquellos que no le parecían suficientemente destruidos por el fuego, mutiló las esculturas y las obras artísticas más notables. Luego partió de allí con todo su ejército e [3] invadió la comarca de Gela; y en sus correrías por todo este territorio y por el de Camarina, colmó a sus soldados de toda clase de botín. A continuación marchó contra Gela y estableció su [4] campamento junto al río del mismo nombre. Fuera de la ciudad los gelenses tenían una estatua de bronce de Apolo, de dimensiones extraordinarias, y los cartagineses se apoderaron de ella y la enviaron a Tiro⁶⁰⁴. Los gelenses la habían erigido obedeciendo al oráculo del dios, y los tirios, en ocasión del asedio que algún tiempo después sufrieron por obra de Alejandro, el macedón⁶⁰⁵, injuriaron a la divinidad, en la creencia de que combatía al lado del enemigo⁶⁰⁶; y cuando Alejandro conquistó la ciudad, según refiere Timeo, en el mismo día y la misma hora en que los cartagineses se habían apoderado del Apolo de Gela, los griegos honraron a la divinidad con sacrificios y procesiones solemnes, convencidos de que le debían la conquista de la ciudad. Y aunque estos hechos tuvieron lugar en tiempos diversos, hemos pensado que no es impropio recordarlos juntos debido a su singular relación.

Los cartagineses, pues, cortaron los árboles de la región y [5] circundaron su campamento con una empalizada, puesto que esperaban que Dionisio acudiría con un numeroso ejército en auxilio de la ciudad en peligro. Los gelenses primero, ante la [6] gravedad

del inminente peligro, decidieron poner a salvo a sus hijos y mujeres en Siracusa; pero, al refugiarse sus mujeres en los altares del ágora, implorando poder compartir la suerte de sus maridos, cedieron a sus deseos. A continuación formaron [7] numerosos destacamentos y por turnos hicieron salir a sus soldados por la región; éstos, gracias a su conocimiento de la zona, caían sobre los enemigos dispersos y cada día llevaban a muchos de ellos prisioneros, dando asimismo muerte a un buen número. Y cuando los cartagineses, en sus asaltos concentrados [8] en una parte de la ciudad, trataron de derribar los muros con los arietes, se defendieron valerosamente; de noche reconstruían la muralla en las partes que habían sido dañadas durante el día, y en esta empresa colaboraban las mujeres y los niños; los que estaban en la plenitud de sus fuerzas no dejaban sus armas y combatían sin tregua, mientras que el resto de la población se ocupaba con todo celo de las obras de defensa y de los demás preparativos; en suma, resistieron el ataque de los cartagineses [9] con tal vigor que no se espantaron ante el peligro que les amenazaba, pese a que la ciudad no contaba con defensas naturales y se encontraban solos, sin aliados, a lo que se añadía que sus muros caían ante sus ojos por muchos sitios⁶⁰⁷.

Intervención de Dionisio de Siracusa en ayuda de Gela

[109] Dionisio, el tirano de los siracusanos, envió a buscar refuerzos de los griegos de Italia y obtuvo asimismo tropas de los otros aliados; también alistó a la mayor parte de los siracusanos en [2] edad militar y enroló mercenarios en el ejército. Según algunos, tenía en total cincuenta mil hombres, pero de acuerdo con el relato de Timeo, contaba con treinta mil soldados de infantería, mil de caballería y cincuenta naves acorazadas. Con estas fuerzas tan importantes partió en ayuda de los gelenses y, [3] cuando estuvo cerca de la ciudad, acampó junto al mar. Lo hizo así porque su intención era no dividir el cuerpo expedicionario, sino, partiendo de la misma base, combatir contra el enemigo por tierra y por mar; lanzando a sus tropas armadas a la ligera no permitía que el enemigo forrajeara en la región, y con la caballería y la flota trataba de cortar el aprovisionamiento procedente de los territorios que estaban bajo el dominio [4] de los cartagineses. Transcurrieron por tanto veinte días sin que se emprendiera ninguna acción digna de mención. A continuación Dionisio distribuyó la infantería en tres partes; la

primera división la formó con siciliotas, a los que ordenó marchar contra la empalizada del campamento adversario, manteniendo la ciudad a su izquierda; a la segunda división, que compuso con tropas aliadas, le ordenó que, con la ciudad a su derecha, avanzaran a lo largo de la costa; y él mismo, al mando del contingente de mercenarios, a través de la ciudad, se dirigió contra el lugar donde se encontraban las máquinas de [5] guerra de los cartagineses. A la caballería le ordenó que, tan pronto como viera avanzar a la infantería, atravesara el río y cabalgara por la llanura, y que, en el caso de ver que las propias tropas llevaban ventaja, interviniera en la batalla, o que sostuviera a los que se encontraran en apuros en el caso de eventual retirada; y a las tropas de las naves les ordenó que, apoyando el ataque de los italiotas⁶⁰⁸, se dirigieran contra el campamento enemigo⁶⁰⁹.

La batalla de Gela. Fracasa el plan de Dionisio.

Cuando aquellas tropas ejecutaron la [110] orden en el momento oportuno, los cartagineses acudieron en apoyo del sector donde tenía lugar el desembarco de los hombres de las naves, tratando de rechazarlos, porque su campamento, por toda la parte que se extendía a lo largo de la costa, estaba sin fortificar. Al mismo tiempo los [2] italiotas, después de llevar a cabo su avance a lo largo del mar, atacaron el campamento de los cartagineses, encontrando que la mayor parte de los defensores habían marchado en apoyo del combate contra las naves; así pusieron en fuga a los que se habían quedado en defensa de aquel sector y penetraron en el campamento. Ante esta situación, los cartagineses se volvieron [3] atrás con la mayor parte de sus tropas y, después de un largo combate, lograron rechazar no sin dificultades a los enemigos que habían traspasado la línea de defensa. Entonces los italiotas, presionados por la multitud de bárbaros, en su retirada fueron a topar con la parte fortificada de la empalizada⁶¹⁰, sin que nadie acudiera en su ayuda. En efecto, los siciliotas por una parte, al [4] marchar a través de la llanura, se retrasaron respecto al tiempo previsto, y por otra los mercenarios que iban al mando de Dionisio atravesaron con dificultad las calles de la ciudad, no pudiendo avanzar al ritmo que habían planeado. Los gelenses, sin embargo, efectuando una salida a una cierta distancia, prestaron ayuda a los italiotas sólo en una zona limitada, puesto que tenían miedo de abandonar la guardia de los muros; por esta razón

[5] su ayuda resultó tardía. Los iberos y los campanos, que militaban en el ejército de los cartagineses, presionando insistentemente a los griegos de Italia, dieron muerte a más de mil, pero, al rechazar las tropas de las naves con sus dardos a los perseguidores, el resto de los italiotas logró refugiarse felizmente en la [6] ciudad. En otra parte del campo de batalla, los siciliotas, atacando a los libios que tenían enfrente, mataron a un buen número de ellos y se pusieron a perseguir a los otros hasta el campamento, pero los iberos y los campanos y también los cartagineses acudieron a socorrer a los libios, por lo que los siciliotas se retiraron a la ciudad después de haber perdido unos seiscientos hombres. [7] También las tropas de caballería, cuando vieron la derrota de los suyos, retrocedieron hacia la ciudad, hostigadas por el enemigo. Y Dionisio, después de haber atravesado la ciudad con dificultad, tan pronto como se dio cuenta de que su ejército era vencido, se refugió en el interior de las murallas.

Retirada del ejército de Dionisio. Evacuación de Gela y de Camarina.

[111] Después de estos hechos, convocó un consejo de sus amigos para deliberar sobre la guerra. Dado que todos coincidieron en afirmar que aquel lugar era inadecuado para afrontar al enemigo en un encuentro decisivo, al atardecer despachó un heraldo para pactar la recuperación de los cadáveres para el día siguiente; y hacia la primera guardia de la noche, hizo que la población abandonara la ciudad, y él mismo, a medianoche, partió a toda prisa, dejando a unos dos mil hombres armados a la ligera. A estas tropas se les había dado la orden de encender fuegos durante [2] toda la noche y provocar ruidos para hacer creer a los cartagineses que el enemigo permanecía en el interior de la ciudad. Luego estos hombres, cuando comenzó a clarear, salieron rápidamente de la ciudad para reunirse con el ejército de Dionisio, y los cartagineses, al darse cuenta de lo sucedido, trasladaron su campamento al interior de la ciudad y saquearon todo lo que había sido dejado en las casas.

Entre tanto Dionisio llegó a Camarina y obligó a sus habitantes [3] a partir hacia Siracusa con sus hijos y mujeres. Dado que el miedo no daba tregua, algunos recogieron la plata y el oro y todo lo que podía ser transportado fácilmente, mientras que otros sólo tomaron consigo a sus padres y a sus hijos de tierna edad y huyeron

sin prestar atención a sus objetos valiosos; y algunos, viejos o enfermos, al no poder contar con parientes o amigos, fueron abandonados a su suerte, puesto que se esperaba que los cartagineses ya no tardarían mucho en llegar. La desgracia sobrevenida [4] a Selinunte, a Hímera y a Acragante⁶¹¹ aterrorizaba a todo el mundo, como si cada uno tuviera a la vista la crueldad de los cartagineses. Éstos, en efecto, no tenían ninguna consideración por la gente que caía en sus manos; eran despiadados con los desventurados, a los que crucificaban o sometían a torturas insoportables. Sin embargo, al ser evacuadas las dos ciudades, los [5] campos se llenaron de mujeres y niños y gente indefensa, de modo que los soldados, ante tal espectáculo, se irritaban con Dionisio y se apiadaban de la suerte de aquellos desventurados. Veían, en [6] efecto, a jóvenes de condición libre y a muchachas núbiles marchando al azar por los caminos de un modo impropio para su edad, puesto que aquellas terribles circunstancias habían hecho desaparecer cualquier sentimiento de dignidad o de respeto al prójimo. Y de modo semejante compadecían a los ancianos, viendo que contra natura se veían obligados a apresurar el paso junto a aquellos que estaban en la plenitud de sus fuerzas.

Conjura contra Dionisio

[112] Por estas razones se iban inflamando los ánimos contra Dionisio. Se sospechaba que había actuado de aquella manera debido a un plan bien preciso: quería valerse del miedo a los cartagineses para convertirse en señor de las otras ciudades sin ningún riesgo⁶¹². [2] Se consideraban, en efecto, una serie de hechos, la lentitud de sus intervenciones, que no había caído ningún mercenario, que se había retirado sin motivo al no haberse producido ningún daño irreparable, pero sobre todo que ningún enemigo le había perseguido. La consecuencia fue que, para aquellos que en el pasado habían buscado una ocasión oportuna para sublevarse, entonces, como si fuera un regalo de la providencia divina, todo se les presentaba a favor del derrocamiento de la tiranía.

[3] Así pues los italiotas, abandonando a Dionisio, emprendieron el camino de regreso a sus ciudades por el interior de la isla, mientras que los hombres de la caballería siracusana aguardaban la primera ocasión que les diera la posibilidad de matar al tirano

durante la marcha, pero, al darse cuenta de que los mercenarios no se apartaban de su lado, de común acuerdo espolearon [4] sus caballos en dirección a Siracusa. Encontrando a los guardas de la base naval⁶¹³ sin saber todavía nada de lo ocurrido en Gela, entraron sin que nadie se lo impidiera, saquearon la residencia de Dionisio, que estaba llena de oro y plata y de otros objetos preciosos, y secuestraron a su mujer, a la que trataron con gran crueldad⁶¹⁴, de suerte que provocaran la cólera implacable del tirano, en la idea de que el maltrato infligido a su mujer constituiría la garantía más fiable del pacto que les unía en aquel golpe de mano. Pero Dionisio, imaginando durante la marcha [5] lo que había ocurrido, eligió a los hombres más fieles de su caballería y de su infantería y con ellos se lanzó hacia la ciudad sin permitirse ningún descanso, ya que calculaba que no habría otro modo de vencer a la caballería rebelde si no lo conseguía mediante la rapidez de movimientos, y esto fue lo que hizo. Si su llegada cogía por sorpresa a los rebeldes, tenía la esperanza de que fácilmente frustraría sus proyectos, y esto fue lo que ocurrió. La caballería suponía que Dionisio ni se atrevería a volver a Siracusa [6] ni se quedaría con su ejército; por ello, en la creencia de que su plan había triunfado, proclamaban que Dionisio, al abandonar Gela, había simulado que huía de los cartagineses, pero que entonces de quien huía en realidad era de los siracusanos.

Dionisio entra en Siracusa y somete a los conjurados

Dionisio, después de haber recorrido [113] una distancia de unos cuatrocientos estadios⁶¹⁵, se presentó hacia medianoche en la entrada de Acradina al frente de cien soldados de caballería y de seiscientos de infantería; al encontrarla cerrada, apiló junto a ella cañas que hizo transportar desde los pantanos⁶¹⁶ de las que suelen servirse los siracusanos para compactar el yeso⁶¹⁷; y mientras las puertas ardían, se reunieron con él las tropas que se habían retrasado. [2] Cuando el fuego hubo destruido las puertas, Dionisio y los soldados que le seguían penetraron en Acradina. Por su parte los hombres más aguerridos de la caballería siracusana, al enterarse de lo ocurrido, sin esperar el apoyo del grueso de sus tropas, opusieron en seguida su resistencia pese a ser un número totalmente insuficiente; y en la zona del ágora⁶¹⁸, rodeados por los mercenarios, todos encontraron la muerte alcanzados por los dardos. [3] Dionisio,

recorriendo toda la ciudad, no sólo dio muerte a aquellos que aquí y allá le presentaban resistencia, sino que también entró en las casas de sus adversarios, eliminando a algunos de ellos y expulsando a otros de la ciudad. El grueso de la caballería huyó de Siracusa y ocupó la ciudad llamada actualmente [4] Etna⁶¹⁹. Al amanecer el grueso de los mercenarios y el contingente de siciliotas llegaron a Siracusa, pero los gelenses y los camarineos, que tenían diferencias con Dionisio, se separaron dirigiéndose a Leontinos.

Se acuerda la paz y los cartagineses regresan a África. Fin del libro XIII.

[114] *** En consecuencia⁶²⁰, Himilcón, forzado por las circunstancias, envió un heraldo a Siracusa para invitar a los vencidos a poner fin a las hostilidades. Dionisio acogió la propuesta con satisfacción y concluyeron la paz en los términos siguientes: estarían bajo el dominio de los cartagineses, además de sus antiguos colonos, los élimos y los sicanos; los selinuntios, los acragantinos y los himereos, e igualmente los gelenses y los camarineos, podrían habitar en sus ciudades, con tal que no estuvieran fortificadas, y pagarían un tributo a los cartagineses; en cuanto a los leontinos, los mesenios y los sículos, todos serían autónomos, mientras que los siracusanos permanecerían bajo el gobierno de Dionisio; y se restituirían los prisioneros y las naves a aquellos que los hubieran perdido.

Tan pronto como se concluyó este tratado, los cartagineses [2] se hicieron a la mar rumbo a Libia, después de haber perdido más de la mitad de sus soldados a causa de la epidemia; y al extenderse la enfermedad en Libia con no menor intensidad, las víctimas fueron numerosísimas tanto entre los cartagineses como entre sus aliados.

Por nuestra parte, una vez que hemos llegado al final de las [3] dos guerras, la del Peloponeso en Grecia y la primera entre Dionisio y los cartagineses en Sicilia, al haber llevado a término el relato que nos habíamos propuesto⁶²¹, consideramos conveniente dejar la narración de los acontecimientos siguientes para el próximo libro.

¹ Cada libro de la *Biblioteca Histórica* se nos ha transmitido precedido de una sucinta relación de contenidos a modo de índice. Cf. DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca Histórica*. Libros I-III (intr., trad. y notas de F. Parreu), BCG 294, Madrid, Gredos, 2001, pág. 41.

² Las digresiones aquí aludidas se encuentran en otros prólogos o preámbulos (*prooímia*) como los de los libros IV y V, y sobre todo el proemio general (I 1-5, 3), introducciones en las que se ha reconocido la originalidad de composición y la belleza de estilo de Diodoro.

³ Los cuarenta libros de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro constituyen una historia universal a partir de los tiempos que enlazan con el mito hasta la época de César, concretamente hasta el primer año de la Olimpíada 180.^a (60-59 a. C.), cuando se iniciaron las hostilidades entre romanos y galos.

⁴ Es decir, desde el 1184-1183, fecha tradicional de la caída de Troya (fijada por Apolodoro a partir de los cálculos de Eratóstenes de Cirene), hasta el 415. El «ocho» del texto es un añadido de Wesseling.

⁵ El libro abarca el período comprendido entre el 415 y el 404, y concluye con el final de la primera guerra entre Cartago y Dionisio de Siracusa.

⁶ El nombre de este arconte aparece atestiguado en el escolio a ARISTÓFANES, *Aves* 766 = FILÓCORO, *FGrHist* 328, fr. 134: cf. *Inscriptiones Graecae* I², 302, 51 = TOD, 75; MEIGGS-LEWIS, 77; II², 4960, 21. Cf. R. DEVELIN, *Athenian Officials* 684-321 B.C., Cambridge, 1989, pág. 149.

⁷ Los tres tribunos militares *consulari potestate* a los que se hace referencia (L. Sergio Fidenas, M. Papirio Mugilano y G. Servilio Axila) desempeñaron el cargo en el 418 (cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-1952 (= Cleveland, 1968), pág. 72). Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 49, 1; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 74), en el presente año, en lugar de cónsules, fueron elegidos cuatro tribunos militares *consulari potestate*: P. Cornelio Coso, G. Valerio Potito (cóns. 410, trib. mil. *cons. pot.* 407 y 404), N. (o M.) Fabio Vibulano (cóns. 421, trib. mil. *cons. pot.* 407) y Q. Quincio Cincinato (trib. mil. 405).

⁸ «Los atenienses —dice TUCÍDIDES (VI 26)— votaron plenos poderes para los estrategos, a fin de que actuaran de la forma más conveniente para Atenas, tanto en lo relativo al número de efectivos como respecto a la expedición en general. A continuación se iniciaron los preparativos; enviaron instrucciones a los aliados y procedieron al alistamiento de tropas atenienses.» Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 18, 2.

⁹ Cf. DIODORO, *Biblioteca Histórica*, BCG, Madrid, 2006, XII 84, 3 y nota 683.

¹⁰ Eran pues *stratēgoí autocrátōres*; podían tomar decisiones sin necesidad de consultar a Atenas.

¹¹ Sobre el reclutamiento y los extraordinarios gastos que conllevó esta expedición, cf. TUCÍDIDES, VI 31, 2-6. Se preveía una campaña larga en la que la

guerra se iba a sostener por tierra y por mar; la flota fue cuidadosamente aprestada con grandes gastos de los trierarcos y de la ciudad; el Estado, además de proporcionar sesenta naves rápidas y cuarenta transportes, pagaba una dracma al día a cada marinero y los trierarcos complementaron esta paga y equiparon las naves con espíritu de emulación. El reclutamiento de la infantería también se efectuó con gran esmero y los hombres rivalizaron en el armamento y el equipo personal.

¹² Los hermes o bustos de Hermes eran estatuas del dios Hermes cuya invención se atribuía a los atenienses (que, según HERÓDOTO, II 51, 1-2, heredaron la costumbre de los pelasgos). Eran unos pilares de sección cuadrangular rematados por la cabeza del dios Hermes y con un falo erecto esculpido en la parte delantera del bloque. Estaban dedicados a Hermes, representado en su advocación de guía y protector de los caminantes, el Hermes itifálico. El elemento itifálico era símbolo de fertilidad e indicaba buen augurio, por lo que los hermes constituían una garantía de fecundidad y prosperidad para los individuos y para la ciudad. Se encontraban en los caminos y encrucijadas, en las plazas y esquinas de las calles, y en las entradas de las casas, de los lugares sagrados y de los edificios públicos, y eran objeto del culto de los ciudadanos atenienses. PAUSANIAS, IV 33, 3-4, afirmaba que los otros griegos representaron a Hermes del mismo modo, a imitación de los atenienses. Su nombre se relaciona con los términos *hérma*, *hermádion*, «piedra», «piedrecilla»; originariamente las hermas eran piedras o montones de piedras usadas para señalar un camino o el límite de una propiedad o territorio, y luego fueron sustituidas por los pilares con el dios Hermes.

¹³ Sobre este famoso y sacrílego incidente, que evidentemente causó inquietud y exacerbó los ánimos en vísperas de la expedición a Sicilia, cf. TUCÍDIDES, VI 27-29; 53; 60-61; PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 18-21; ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 38; ISÓCRATES, *Sobre el tronco de caballos* 5-6; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibiades* 1-5. Fueron mutiladas las caras de las estatuas y posiblemente *tà aidóia*, las partes pudendas (cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 1094). La fecha exacta de esta noche ha sido objeto de discusión; se han emitido hipótesis sobre diversas fechas, que dependen de si se da crédito al testimonio de que era una noche de luna llena (véase, en el pasaje de Andócides, la declaración de Dioclides, el denunciante cogido en mentira debido a que, en la hora en que afirmaba haber visto a los autores del sacrilegio, la luna ya se había puesto) o bien al de que era luna nueva (según se afirma en el presente capítulo de Diodoro y en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 20, 5). Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 27, 1, nota 76.

¹⁴ Además del aspecto religioso de la mutilación de los hermes y de la parodia de los misterios, las fuentes evidencian el carácter político de estos hechos. Por una parte, la preocupación por el sacrilegio, que podía recaer sobre toda la ciudad, ocupada entonces en los preparativos de la expedición a Sicilia, exigía el castigo de los culpables, pero, además, el extraordinario número de hermes mutilados hacía pensar en un numeroso y organizado grupo de participantes, cuya profanación de unas imágenes muy respetadas por los atenienses se veía como el preludio de un ataque contra las instituciones democráticas y del orden instituido (cf. TUCÍDIDES, III 82, 6). Excesos como los de este caso, que podían ser el resultado de una noche de juerga de jóvenes como Alcibiades (cf. TUCÍDIDES, VI 15, 4; 28, 2), eran interpretados como un indicio de enfrentamiento a las instituciones, y los usos religiosos y sociales estaban en conexión con las leyes e instituciones de la ciudad.

Para entender lo que aquel sacrilegio suponía para la sociedad ateniense, en la que intelectuales y políticos daban importancia a la adivinación y a los presagios, se han recordado hechos, comportamientos sociales y determinadas actuaciones de importantes personajes en diversas épocas; se ha comparado a la fe en la profecía entre las clases altas de Roma, al apego a la astrología y a las supersticiones de ilustres e inteligentes personajes del siglo XVII, al interés por la astrología en diversas universidades europeas de los años veinte del siglo pasado, o, en suma, a casos más modernos de políticos que han subordinado importantes decisiones a consultas astrológicas o a consejos de adivinos (cf. C. A. POWELL, «Religion and the Sicilian Expedition», *Historia* 28 [1979], 15-31).

¹⁵ Podría tratarse de Dioclides, al que en ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 37-39, lo vemos presentando una denuncia (*eisangelía*), en la que, sin embargo, no se menciona el nombre de Alcibiades. Andócides (orador aristócrata implicado en la conjuración) hace un relato detallado del testimonio de Dioclides, y en otros pasajes de la misma obra (15 y 34-35) se refiere a la denuncia del meteco Teucro (probablemente después de zarpar la flota) respecto a la parodia de los misterios y a la mutilación de los hermes, en relación con la cual presentó una lista de dieciocho personas, entre las que no figura Alcibiades. El discurso de Andócides se refiere asimismo a otras denuncias relativas únicamente al asunto de los misterios: las de Andrómaco (12-13), Agariste (16) y Lido (17); en las listas de las dos primeras aparecía el nombre de Alcibiades, y la primera denuncia, la de Andrómaco, fue anterior a la partida de la flota.

¹⁶ Cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 20.

¹⁷ O bien (con la corrección de Dindorf, que añade *tôn te politôn* detrás de *hippeîs*): «así como más de siete mil hombres de caballería entre ciudadanos y aliados». Y el texto también podría entenderse de este modo: «Había hoplitas y honderos y además tropas de caballería, más de siete mil hombres entre atenienses y aliados, sin contar las tripulaciones de los barcos».

¹⁸ El relato de Diodoro sobre los efectivos atenienses presenta algunas diferencias respecto al de Tucídides, que, en VI 43, habla de un total de ciento treinta y cuatro trirremes y de dos pentecóntoros rodios; de estas naves, cien eran atenienses, y de estas cien, sesenta eran trirremes rápidas y las otras transportes de tropas. En las trirremes rápidas o de ataque todo estaba subordinado a la velocidad y a la maniobrabilidad; eran las *triêreis tacheîai* a las que se refiere TUCÍDIDES (VI 31, 3 y 43) o *tachynautoûsai* como las califica DIODORO en XX 47, 2, naves espléndidas, «arrogantes por su velocidad» (*hypérkopoi táchei*) según ESQUILO, *Persas* 341-343. Los transportes de tropas (*stratiôtides*) no eran seguramente una trirreme normal con la tripulación habitual de una trirreme de ataque (es decir, unos 200 hombres, entre los 170 remeros y los otros 30 tripulantes), sino que seguramente operaban con menos remeros y transportaban por lo menos unos 85 hombres del ejército de tierra, que también podían empuñar los remos. Las restantes naves, según Tucídides, procedían de Quíos y de otras ciudades aliadas, y el total de los hoplitas ascendía a 5.100 hombres, de los que 1.500 procedían de la misma Atenas, del alistamiento ordinario, y 700 tetes (*thêtes*, la última de las cuatro clases de Solón) iban como soldados de marina. El resto de los participantes en la expedición lo hacían a título de aliados; había 500 argivos, 250 mantineos y otros

mercenarios, 480 arqueros, de los que 80 eran cretenses, 700 honderos de Rodas, 120 megareos exiliados armados a la ligera y 30 hombres de caballería, un número exiguo para enfrentarse a la caballería siracusana.

¹⁹ De esta reunión secreta no se hace mención en otras fuentes. Es probable que los estrategos deliberaran sobre la organización de la expedición y los planes de guerra y no sólo de las decisiones a tomar tras el sometimiento de la isla.

²⁰ Bajaron al alba, dice TUCÍDIDES (VI 30, 1-2). Iban acompañando cada cual a los suyos, unos a sus amigos, otros a sus parientes, otros a sus hijos; «iban con esperanza pero sin dejar de lamentarse, pues pensaban en las tierras que conquistarían, pero, considerando cuán lejos de su patria les llevaría la travesía que emprendían, se preguntaban si volverían a ver a aquellos a quienes despedían». «Hasta aquel momento —dice después (VI 31, 6)— era la expedición marítima que más se alejaba de la patria y la que se emprendía con las mayores esperanzas de cara al futuro en relación con la situación presente.»

²¹ En las cráteras se mezclaba el vino con agua, en proporción de dos partes de agua por una de vino o de tres de agua por dos de vino; la mezcla se sacaba con los ciatos. TUCÍDIDES (VI 32) nos describe la solemnidad de esta partida: «Una vez que las tripulaciones hubieron subido a las naves..., la trompeta tocó silencio. Entonces se dijeron las plegarias que se rezan habitualmente antes de zarpar, no cada nave por separado, sino todas juntas, siguiendo a un heraldo... Se había mezclado el vino en las cráteras y representantes de las tropas a bordo y comandantes hicieron libaciones con copas de oro y plata. Se unió a la plegaria toda la multitud que se encontraba en tierra y,... después de cantar el peán y concluir las libaciones, las naves levaron anclas y salieron del puerto en columna».

²² Era la expedición «más costosa y la más magnífica de las que hasta aquel momento se habían hecho a la mar desde una sola ciudad y con fuerzas griegas» (cf. TUCÍDIDES, VI 31, donde leemos las consideraciones del historiador ateniense sobre los efectivos y el coste de la empresa siciliana).

²³ En Corcira se hicieron los últimos preparativos y se tomaron disposiciones respecto a la organización del ejército. Dividieron las fuerzas en tres partes y asignaron por sorteo cada una de ellas a un estratega; y desde allí enviaron por delante tres naves a Italia y a Sicilia con la misión de informarse sobre qué ciudades les darían acogida (cf. TUCÍDIDES, VI 42).

²⁴ Es decir, al cabo Yapigio, el actual Capo di Santa Maria di Leuca. Cf. TUCÍDIDES, VI 30; ESTRABÓN, VI 3, 1 y 5.

²⁵ El rechazo de los tarentinos se debe naturalmente a que Tarento era una colonia laconia que siempre mantuvo relaciones amistosas con Esparta. En el siglo V a. C., Tarento mantuvo una política expansionista que le enfrentó a los mesapios yápiges y a Turios (cf. HERÓDOTO, VII 170, y DIODORO, XI 52). Diodoro ya se ha referido a la guerra entre Turios y Tarento (cf. DIODORO DE SICILIA, trad. cit., XII 23, 2 y nota 115; 36, 4). Era natural, pues, que Tarento se alinease al lado de Esparta y Siracusa, mientras que Turios y los yápiges lo hacían con los atenienses.

²⁶ De Metapontio, ciudad situada a unos treinta kilómetros al sudoeste de Tarento, en la parte central del golfo, entre los ríos Bradano y Basento; se la

consideraba colonia de los aqueos del Peloponeso (cf. ESTRABÓN, VI 1, 15; PSEUDO-ESCIMNO, 326-329). En la segunda mitad del siglo V a.C. experimentó una decadencia en contraposición al crecimiento de Tarento. Su enemistad con los tarentinos, aliados de Esparta, explica que Metapontio acogiera y ayudara en el 413 a Demóstenes y Eurimedonte que conducían una flota ateniense rumbo a Sicilia (cf. TUCÍDIDES, VII 33, 5).

²⁷ De Heraclea, fundada, según la cronología de Diodoro, en el 433-432 (cf. DIODORO, trad. cit., XII 23, 2, nota 115; 36, 4), en el sitio de la antigua Siris. Cf. ESTRABÓN, VI 1, 13-14.

²⁸ Según TUCÍDIDES (VII 33, 5-6; 35, 1), el apoyo de la colonia panhelénica de Turios a los expedicionarios atenienses tuvo lugar más tarde, con ocasión de la expedición de Demóstenes y Eurimedonte; los turios se unieron a los refuerzos atenienses con setecientos hoplitas y trescientos lanzadores de jabalina.

²⁹ Sobre Crotón o Crotona, ciudad situada al sudeste de Turios en la costa de Calabria, cf. TUCÍDIDES, VII 35, 1; DIODORO, XII 9, 3; ESTRABÓN, VI 1, 10-13. Tucídides no habla de esta acogida favorable de los crotoniatas a la que se refiere Diodoro, acogida que sorprende, ya que en la primavera del 413, con ocasión del paso de Demóstenes y Eurimedonte (VII 35, 2), Crotona no accede a que el ejército ateniense pase por su territorio.

³⁰ El templo de Hera Lacinia, construido a fines del siglo VI y principios del V, se levantaba en la punta del cabo Lacinio, el actual cabo Colonna (41,27 N 12, 37 E). Entre éste y Escileto (cf. nota siguiente) se sitúa el cabo Dioscurias, que se ha identificado con los cabos Cimiti o Rizzuto o con Le Castella. El nombre evidencia el culto a los Dioscuros (sobre su culto entre los locros, cf. ESTRABÓN, VI 1, 10), protectores de los navegantes.

³¹ Escileto estaba en la costa al sur de Crotona, en el sitio de la romana Scolacium y de la actual Squillace; según ESTRABÓN (VI 1, 10) fue fundada por los atenienses bajo el mando de Menesteo al volver de la guerra de Troya, afirmación apoyada por PLINIO, *Historia Natural* III 95, y SOLINO, II 10, aunque esta presencia ateniense resulta sorprendente y no encuentra confirmación arqueológica.

³² Sobre la ciudad de los locros epicefirios y sus buenas relaciones con Siracusa, cf. DIODORO, trad. cit., XI 68, 4 y nota 513. Su amistad con Siracusa y su hostilidad respecto a Regio, amiga de Atenas, explica su animadversión a la presencia ateniense. Sobre Locros y su enemistad hacia Atenas, cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, BCG, Madrid, 1992, VII 1, 1, nota 2 y 35, 2.

³³ Cf. TUCÍDIDES, VI 44, 3. Los atenienses, al no acogerles los regios en su ciudad, establecieron su campamento fuera de Regio, en el santuario de Ártemis, donde los regios incluso instalaron un mercado para ellos. Luego, «entraron en conversaciones con los regios, pidiéndoles que, como calcideos que eran, prestaran su ayuda a los leontinos, que también eran calcideos. Pero ellos les respondieron que serían neutrales y que harían lo que decidieran en común los demás italias».

³⁴ El estrecho de Mesina.

³⁵ Hermócrates, hijo de Hermón, ya había sido protagonista de la Asamblea de Gela del 424 a. C. (cf. TUCÍDIDES, IV 58-64), donde pronunció un importante discurso, decisivo para conseguir la paz entre los siciliotas y acabar con la primera intervención ateniense en Sicilia. Su papel fue igualmente muy importante en esta ocasión, en los hechos que precedieron al desembarco de los atenienses y a la guerra que siguió. Su adversario político fue Atenágoras. Sobre su enfrentamiento y sobre las dotes de político y militar de Hermócrates, del que el historiador ateniense nos da una visión positiva, cf. TUCÍDIDES, VI 32, 3-41; 72, 2-73. Sicano, hijo de Excesto, elegido ahora general, en otoño del 415, será depuesto en el verano siguiente, tras los reveses siracusanos (cf. TUCÍDIDES, VI 103, 4) y después se volverá a contar con él enviándole con quince naves a Acragante, en una situación de guerra civil, para tratar de ganarse a la ciudad (VII 46, 1), misión en la que fracasará (VII 50, 1); mandará el ala derecha de la flota siracusana en la decisiva batalla del Puerto Grande (VII 70, 1). A Heraclides, hijo de Lisímaco, también se refiere Tucídides (VI 73) con ocasión de su nombramiento. Según Diodoro, la elección de estos tres generales tuvo lugar antes de que comenzaran las hostilidades, pero Tucídides la sitúa después de la batalla de Olimpieo, en la que vencieron los atenienses (cf. *infra*, XIII 6, 5, y TUCÍDIDES, VI 67 ss.).

³⁶ El texto de Diodoro concuerda con la noticia de Tucídides sobre los preparativos de los siracusanos (VI 45), pero no se refiere al debate de Siracusa que tuvo lugar cuando se tuvo noticia de que la flota ateniense estaba en Corcira para dirigirse contra ellos, debate protagonizado por Hermócrates y Atenágoras (cf. TUCÍDIDES, VI 32, 3-41, 4). Hermócrates sostenía la necesidad de adoptar medidas extraordinarias considerando la gravedad de la situación, mientras que Atenágoras creía poco probable un ataque ateniense y, en todo caso, consideraba suficientes los medios ordinarios, argumentando además contra su oponente que los planteamientos de éste trataban de asustar al pueblo y derribar la democracia.

³⁷ Es decir, de permanecer neutrales.

³⁸ De Gela, los *gelóoi*, transcrito por «gelenses» en lugar del cacofónico «geloos».

³⁹ Ante la llegada de los atenienses, la mayor parte de las ciudades siciliotas tomaron partido inmediatamente. Acragante, cuyas relaciones con los siracusanos eran tensas (cf. DIODORO, trad. cit., XII 8, 3-4), había acogido favorablemente a la expedición ateniense de Féax en el 422-421, y ahora mantuvo sus distancias con Siracusa, pero adoptó una posición de neutralidad (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 32, 1 y nota 176; 33, 2 y nota 179; 50, 1; 58, 1). Al lado de Atenas se alineó Naxos, colonia calcidea, cuyas diferencias con Siracusa, colonia corintia, eran antiguas (del 476, con la intervención de Hierón contra Naxos y Catana: cf. DIODORO, trad. cit., XI 49, 1-2 y nota 380); recientemente (en el 425) había sido atacada por los mesenios, aliados de los siracusanos (cf. TUCÍDIDES, IV 25, 7-9) y ahora recibió y ayudó a los atenienses (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 50, 2 y nota 124). En el caso de Camarina, fundación siracusana, que en el conflicto del 427 había sido la única ciudad doria que se había alineado con Leontinos y Atenas contra Siracusa (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., III 86, 2 y nota 597; VI 5, 3), pesaba por una parte el miedo a la política expansionista ateniense y por otra el temor a perder su independencia e influencia en el caso de una victoria de Siracusa; por ello su primer

posicionamiento, en invierno del 415-414, fue de neutralidad, pero después, una vez iniciada la guerra, tras la toma de Plemirio por los siracusanos, se puso del lado de Siracusa (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 52 y nota 127; VII 33, 1 y nota 178; 58, 1). Mesene, pese a la tentativa de Alcibíades, que quería controlar el estrecho (cf. TUCÍDIDES, VI 48; 50, 1), se mantuvo neutral; se negó a recibir a los atenienses dentro de la ciudad, pero les instaló un mercado en las afueras. Hímera, con población predominantemente doria (cf. DIODORO, trad. cit., XI 49, 3-4 y nota 383), y Selinunte, enfrentada a Egesta, aliada de Atenas, eran decididamente partidarias de Siracusa. Gela era igualmente amiga de Siracusa (cf. TUCÍDIDES, V 4-5). Entre las ciudades calcideas, Catana era sin duda la más afectada por las agresiones de Siracusa (cf. JUSTINO, IV 3, 4-5, respecto a una expedición del ateniense Lampón hacia el 433 en apoyo de Catana contra Siracusa; TUCÍDIDES, III 86, 1-4, y DIODORO, XII 54, sobre las intervenciones atenienses en apoyo de los leontinos y sus aliados, entre los que estarían los cataneos). Sin embargo, pese a las antiguas razones de enemistad respecto a Siracusa, Catana, en vísperas de la gran expedición, debía de estar controlada por el partido favorable a los siracusanos, por lo que en un primer momento no acogió al ejército ateniense; pero después los cataneos votaron la alianza con los atenienses (cf. TUCÍDIDES, VI 50, 3; 51, 1-2). Sobre los efectivos y las alianzas de ambos bandos, cf. TUCÍDIDES, VII 57-58.

⁴⁰ Los egesteos habían prometido contribuir con grandes sumas en la guerra contra Siracusa (cf. DIODORO, trad. cit., XII 83, 3-6), por lo que fueron enviadas tres naves atenienses a Egesta para verificar su capacidad financiera; cuando las naves regresaron a Regio, se conoció la realidad del dinero egesteo, sobre el que Nicias ya había manifestado sus dudas ante la Asamblea de Atenas antes de que partiera la expedición (cf. TUCÍDIDES, VI 22).

⁴¹ Los atenienses se dirigieron a Regio con sesenta naves; el resto de la flota permaneció en Regio (cf. TUCÍDIDES, VI 50, 2).

⁴² En el relato de Diodoro anterior a la llamada de Alcibíades para responder a las acusaciones (cf. TUCÍDIDES, VI 53 ss.) se echan en falta una serie de hechos como el reconocimiento del Puerto Grande de Siracusa para observar el potencial de la flota enemiga y efectuar una proclama respecto al objetivo de su llegada, es decir, restablecer a los leontinos en su territorio (cf. TUCÍDIDES, VI 50, 4-5). Fue entonces, según PLUTARCO, *Vida de Nicias* 14, 5-6, cuando los atenienses capturaron una nave que llevaba las tablillas con los nombres de los ciudadanos siracusanos que se guardaban en el templo de Zeus Olímpico, fuera de la ciudad. Diodoro tampoco se refiere al hecho de que Camarina cerrara sus puertas a los atenienses ni al pillaje de éstos en el territorio de Siracusa y a la reacción de la caballería siracusana con el consiguiente regreso de los atenienses a Catana (cf. TUCÍDIDES, VI 52).

⁴³ Cf. *supra*, XIII 2, 3-4

⁴⁴ Según PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 19, 1, el demagogo Androcles presentó ante los magistrados a algunos esclavos y metecos que acusaban a Alcibíades de la mutilación de los hermes y la parodia de los misterios. Cf. asimismo PLUTARCO, ob. cit., 22, 3-4.

⁴⁵ Los *idióxenoi*, término con el que se alude seguramente a los amigos personales de Alcibiades en Argos (cf. TUCÍDIDES, VI 61, 3). El término *idióxenos*, «huésped privado», puede oponerse a *próxenos*, «huésped público o del Estado», una especie de cónsul.

⁴⁶ Además de este episodio de Argos, Tucídides nos habla de otro hecho por el que se sospechó de Alcibiades; se presentó en el Istmo un pequeño ejército espartano para tratar con los beocios y se creyó que se debía a instigación de Alcibiades (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 61, 2-3 y nota 154).

⁴⁷ Junto con la Páralos y la Delia, era una de las tres naves del Estado que los atenienses utilizaban para embajadas o misiones públicas.

⁴⁸ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 53, 1 y nota 128; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 15, 1; *Vida de Alcibiades* 21, 6. Las fuentes no nos dan los nombres de quienes partieron con él por estar implicados en la acusación.

⁴⁹ Sobre la desaparición de Alcibiades y sus compañeros en Turios, cf. TUCÍDIDES, VI 61, 6-7; PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 22, 1.

⁵⁰ Además de la pena de muerte, el pueblo ateniense decretó la confiscación de los bienes y la execración pública. Cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 22, 2 ss.; ISÓCRATES, *Sobre el tronco de caballos* 36-37.

⁵¹ Sobre la presencia de Alcibiades en Esparta, cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 23.

⁵² Tras la partida de Alcibiades, los atenienses decidieron dirigirse hacia la zona occidental de Sicilia, con lo que se impuso el plan de Nicias, partidario de poner rumbo a Selinunte, informarse de las diferencias entre selinuntios y egesteos, pedir a éstos el dinero prometido y, después de una demostración de fuerza, emprender el regreso. Cf. TUCÍDIDES, VI 62, 1.

⁵³ Hícara era una pequeña plaza (*pólisma*) sicana enemiga de los egesteos; se encontraba 24 km al oeste de Palermo, en la actual Carini; estaba cerca del mar, pero no en la misma costa. Cf. TUCÍDIDES, VI 62, 2-3; PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 39, 4; *Vida de Nicias* 15, 4; TIMEO, *FGrHist* 566, fr. 24; ATENEO, XIII 588-589; PAUSANIAS, II 2, 5. Los autores recuerdan Hícara como patria de Laide, la bella cortesana admirada por los corintios que, cuando era niña, fue cogida prisionera por Nicias y vendida en Corinto.

⁵⁴ Según TUCÍDIDES, VI 62, 4, fueron ciento veinte los talentos que los atenienses obtuvieron en la venta de esclavos. Era una compensación de la insuficiente financiación de los egesteos. La guerra alimentaba el comercio de esclavos, un mercado muy necesario para un sistema de producción esclavista y para el imperialismo antiguo.

⁵⁵ Antes del regreso a Catana, TUCÍDIDES (VI 62, 5) se refiere a dos hechos, al envío de embajadores atenienses a los aliados sículos pidiéndoles que enviaran tropas y al ataque infructuoso contra Hibla Geleatis (sobre Hibla, cf. DIODORO, trad. cit., XI 88, 6 y nota 663). Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Nicias* 15, 3.

⁵⁶ Se trata de un lugar situado junto al Olímpico (cf. TUCÍDIDES VI 64, 2). El Puerto Grande era la bahía situada entre la isla de Ortigia y la pequeña península de

Plemirio; en sus aguas desembocaba el río Anapo.

⁵⁷ El fracaso del ataque ateniense a Hibla Geleatis y sobre todo las cabalgadas de la caballería siracusana, con sus burlas, hasta el campamento ateniense de Catana (cf. TUCÍDIDES, VI 63, 3) decidieron a los estrategos atenienses a hacer una demostración de fuerza frente a Siracusa; para ello idearon la estratagema que aquí se relata (cf. TUCÍDIDES, VI 64, 2-3; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 16, 2).

⁵⁸ El templo de Zeus Olímpico, situado al sudoeste de Siracusa, cerca del Puerto Grande. Debió de ser construido hacia el 550-540 y era el más arcaico de los templos siracusanos después del de Apolo de Ortigia. Los atenienses ocuparon sin duda una zona estratégicamente segura entre el Olimpio, situado en una elevación, y Lisimelia, una zona pantanosa situada al norte del Anapo, cerca del mar, al oeste del Puerto Grande (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 66 y nota 164; VII 53, 2); pensaban que desde allí podrían tener la iniciativa en el combate y evitar la caballería siracusana; y a la seguridad natural de la posición añadieron una empalizada delante de las naves y una fortificación por el lado donde era más fácil el acceso. En realidad, los atenienses desembarcaron en la zona del Olimpio y tomaron allá posiciones, pero no ocuparon propiamente el templo, al que después los siracusanos envían una guarnición, temerosos de que los atenienses tocaran sus tesoros (cf. TUCÍDIDES, VI 70, 4).

⁵⁹ Sobre los detalles de este primer encuentro entre atenienses y siracusanos, la batalla de Olimpio, cf. TUCÍDIDES, VI 67-70; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 16, 3-5. Una vez que los atenienses hubieron levantado el trofeo de la victoria, sin haber perseguido al enemigo por temor a la caballería siracusana, que no había sido derrotada, los siracusanos se reorganizaron en el camino de Éloro, enviaron una guarnición al Olimpio y se retiraron a la ciudad.

⁶⁰ Cf TUCÍDIDES, VI 71, 2. El asedio se aplazó hasta la primavera siguiente.

⁶¹ Diágoras de Melos, sofista y poeta lírico de la segunda mitad del siglo V; tuvo fama de ateo y blasfemo. Cf. esolios a ARISTÓFANES, *Aves* 1071; LISIAS, *Contra Andócides* 17 ss.; CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* I 2, 63.

⁶² Labico era una ciudad del Lacio entre Túsculo y Preneste, cercana a la actual Colonna. Sobre estos hechos, cf. T. LIVIO, IV 47.

⁶³ Su nombre aparece en *Inscriptiones graecae* II², 4960, 23-24; 6217, 2.

⁶⁴ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 49, 7; cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-1952 (= Cleveland, 1968), págs. 74-75), fueron elegidos cuatro *tribuni militum consulari potestate*: Gn. Cornelio Coso (cóns. 409), L. Valerio Potito (trib. mil. c. p. 406, 403, 401), Q. Fabio Vibulano (cóns. 423, trib. mil. c. p. 416) y P. Postumio Albino Regilense. Los tribunos militares con potestad consular mencionados por Diodoro ocuparon el cargo en el 417 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 73).

⁶⁵ Los topónimos, Esparta, ya utilizado por Homero, y Lacedemón se aplicaban a la capital de Laconia. El término *Spártē*, Esparta, indicaba la ciudad propiamente dicha y tenía probablemente resonancias patrióticas, mientras que *Lakedaimōn*, Lacedemón, se refería también a la capital, pero podía abarcar asimismo el territorio circundante.

⁶⁶ La Asamblea de Siracusa, entre otras medidas (cf. TUCÍDIDES, VI 72-73), tomó la decisión de enviar embajadores a Corinto y Esparta: cf. TUCÍDIDES, VI 73.

⁶⁷ Sobre el importante papel de Alcibíades y su discurso ante la Asamblea de Esparta, cf. TUCÍDIDES, VI 88, 10-92, 5.

⁶⁸ Gilipo, hijo de Cleándridas, era un hábil general cuya intervención en Sicilia fue decisiva. Cf. TUCÍDIDES, VI 93, 2.

⁶⁹ Diodoro escribe Pites (*Pýthēs*) en vez del Pitén (*Pythēn*) que encontramos en Tucídides. Sobre este personaje y el envío de las naves corintias, cf. TUCÍDIDES, VI 104, 1; VII 1, 1 y 70, 1; DIONISIO DE HALICARNASO, *Tucídides* 26.

⁷⁰ Se llama Epípolas (*Epipolai*, «alturas»; cf. la explicación en TUCÍDIDES, VI 96, 2) a la meseta triangular situada al noroeste de Siracusa (de 3,6 km en su mayor distancia norte-sur por 7,25 km en la línea este-oeste). Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 75, 1 y nota 183. Sobre esta ocupación por sorpresa de las Epípolas, cf. TUCÍDIDES, VI 97.

⁷¹ Antes de este ataque a Siracusa al que se refiere Diodoro, las fuerzas atenienses de Sicilia, durante la primavera del 414, llevaron a cabo una serie de operaciones de las que nos informa TUCÍDIDES (VI 94); desembarcaron en el territorio de Mégara y lo devastaron; luego marcharon contra Centóripa, un poblado sículo, y arrasaron los territorios de Inesa e Hibla.

⁷² Según TUCÍDIDES, VI 98, 1, Egesta envió trescientos jinetes, mientras que unos cien fueron enviados principalmente por los sículos y los naxios, de modo que, unidos a los doscientos cincuenta que tenían los atenienses, el total era de seiscientos cincuenta hombres.

⁷³ Lugar situado en la zona norte de las Epípolas por la parte que mira a Mégara. Con esta operación aseguraban el depósito de sus equipos y sus bienes, mientras que con la construcción del muro de circunvalación trataban de aislar a los siracusanos por tierra desde el Puerto Grande hasta Trógilo (cf. TUCÍDIDES, VI 99, 1); era una obra extraordinaria teniendo en cuenta las dimensiones y la irregularidad del terreno (cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 17, 2). Los siracusanos respondieron con un muro transversal de contrabloqueo (cf. TUCÍDIDES, VI 99, 2-3), pero fueron los atenienses quienes consiguieron su objetivo, destruyendo las conducciones de agua potable siracusanas y el muro de contrabloqueo (cf. TUCÍDIDES, VI 100).

⁷⁴ Cf. TUCÍDIDES, VI 98, 4, donde un cuerpo de hoplitas y la caballería ateniense ponen en fuga a la caballería siracusana que pretendía obstaculizar las obras, causándoles sólo algunas bajas.

⁷⁵ Se trata de la elevación situada al sur de río Anapo, las alturas donde se encontraban el Olimpieo y la aldea vecina (*políchnē*; cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 4, 6 y nota 48), zona ya ocupada por los atenienses en la invasión del año precedente (cf. *supra*, XIII 6; TUCÍDIDES, VI 75, 1); estaba al oeste de la costa de la parte central del Puerto Grande. Diodoro se refiere seguramente a las obras de fortificación realizadas por los atenienses en las escarpaduras de las Epípolas que dominan la zona pantanosa y el Puerto Grande. Los siracusanos, con una empalizada y un foso, trataron de impedir que el muro de circunvalación ateniense llegara hasta el mar, y en la batalla que siguió obtuvieron la victoria los atenienses,

pero encontró la muerte el estratega Lámaco (cf. TUCÍDIDES, VI 101; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 18, 1-4).

⁷⁶ De norte a sur. El templo de Zeus es naturalmente el Olímpico.

⁷⁷ Cf. TUCÍDIDES, VI 104; VII 1.

⁷⁸ Cf. TUCÍDIDES, VII 1, 3-5. Además de a las tropas de Hímera, Tucídides se refiere a las de Selinunte, de Gela y de algunos pueblos sículos. La ayuda sícula, de unos mil hombres, pudo deberse, según Tucídides a la reciente muerte de Arcónides, un jefe sículo amigo de los atenienses; posiblemente fue la única contribución sícula a la causa siracusana.

⁷⁹ A diferencia de esta versión de Diodoro y de la de JUSTINO (IV 4, 9). Tucídides sitúa la muerte de Lámaco antes de la llegada de Gilipo (cf. *supra*, XIII 7, 1, nota 75). El encuentro al que se refiere aquí Diodoro es probablemente el que acabó con la derrota de Gilipo en un primer combate (cf. TUCÍDIDES, VII 5); esta batalla en la que vencieron los atenienses siguió a la ocupación de la altura de Temenitis y a la conquista de Lábdalo por parte de los espartanos (cf. TUCÍDIDES, VII 3, 3-4) y a la fortificación de Plemirio por los atenienses (cf. TUCÍDIDES, VII 4, 4). La derrota se debió, al parecer, a un error táctico del general espartano, ya que eligió un campo de batalla donde la caballería y los arqueros no fueron de ninguna utilidad.

⁸⁰ A la zona del Olímpico. Tucídides sitúa esta victoria de Gilipo en las Epípolas antes de la llegada de doce naves de los corintios, ampraciotas y leucadios mandadas por el corintio Erasínides (cf. TUCÍDIDES, VII 6-7). Este éxito de Gilipo pone en una situación delicada a los atenienses de Nicias, que en seguida escribe a Atenas.

⁸¹ Cf. TUCÍDIDES, VII 7, 2-3. Después de vencer a los atenienses en las Epípolas, Gilipo buscó refuerzos en Sicilia y se enviaron embajadores a Esparta y Corinto, de cuya ayuda habla Tucídides en VII 17, 3.

⁸² Se piensa que en este pasaje Diodoro ha fusionado dos hechos que en Tucídides aparecen diferenciados. Gilipo hizo un recorrido por Sicilia en busca de refuerzos y para tratar de convencer a los indecisos o neutrales, y volvió a Siracusa sin problemas en la primavera del 414 (cf. TUCÍDIDES, VII 7, 2; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 19, 7). Más adelante (VII 32, 1-2), Tucídides se refiere a una emboscada tendida por los sículos, a petición de Nicias, a los emisarios siracusanos enviados a recorrer Sicilia después de la toma de Plemirio (VII 25, 9).

⁸³ La misma referencia a estas maniobras navales la encontramos en TUCÍDIDES, VII 7, 4, pero sin la precisión de que se efectuaban en el Puerto Pequeño.

⁸⁴ Respecto al contenido de esta carta, cf. TUCÍDIDES, VII 11-15; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 19, 10. Se podía recurrir al envío de un mensaje escrito (*epistolê*), del que los emisarios eran portadores, o al procedimiento tradicional de enviar un mensajero (*ángelos*) con una comunicación oral. Tucídides se refiere a ambos procedimientos en VII 8, 2.

⁸⁵ Sobre la enfermedad de Nicias, cf. TUCÍDIDES, VII 15, 1, donde el estratega, en su carta a Atenas, pide que se le envíe un sucesor, afirmando que no está en condiciones de permanecer en su puesto a causa de una nefritis, y una nueva alusión en una alocución a sus soldados, en VII 77, 2. Cf. A. DIAMANDOPOULOS, A. SKARPELOS, «Illustrious personalities of Ancient and Byzantine Greece with renal problems», *Journal of Nephrologie* 17 (2004), 590-599.

⁸⁶ El 21 de diciembre del 414 a. C. El envío de una flota en el período del mal tiempo, demuestra que Atenas se daba cuenta de la gravedad de la situación.

⁸⁷ En TUCÍDIDES (VII 16) encontramos el mismo número de naves, pero, en un texto con divergencias en los códices, se lee «ciento veinte talentos», cantidad diferente a la que da Diodoro en el presente pasaje.

⁸⁸ Cf. DIODORO, trad. cit., XII 74 y nota 593.

⁸⁹ En realidad diez años, del 413 al 404 a. C.

⁹⁰ Su nombre aparece en PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 835 d, e = *Vidas de los diez oradores: Lisias* 1 (cf. *Inscriptiones Graecae* II² 4960, 27-28 y 34-35).

⁹¹ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 51, 1; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 75), fueron cónsules A. (o M.) Cornelio Coso y L. Furio Medulino (cóns. 409, trib. mil. c. p. 407, 405). A su lucha contra los volscos se refiere T. LIVIO, IV 51, 7-8. Los cuatro tribunos militares con potestad consular mencionados por Diodoro ocuparon el cargo en el 416 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 73).

⁹² Decelia (actualmente Tatoí) se encontraba en territorio ático junto a la frontera entre Ática y Beocia, en el camino de Atenas a Oropo y en una situación estratégica. Cf. TUCÍDIDES, VI 93, 2; VII 18, 1.

⁹³ Con la fortificación de Decelia se inicia la tercera fase de la Guerra del Peloponeso, la llamada Guerra de Decelia, que se prolonga hasta la primavera del 404, cuando Lisandro entra en Atenas y pone fin a la hegemonía de Atenas.

⁹⁴ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 20, 1 y nota 112. Tucídides se refiere asimismo a Caricles, hijo de Apolodoro, que al mando de una flota de treinta naves recibió la orden de circunnavegar el Peloponeso y embarcar en Argos un contingente de hoplitas argivos.

⁹⁵ Según TUCÍDIDES, VII 20, 2, enviaron a Sicilia, bajo el mando de Demóstenes, sesenta naves atenienses y cinco de Quíos, mil doscientos hoplitas atenienses y el mayor número de tropas de las islas que pudieron obtener de cada una de ellas.

⁹⁶ Cf. TUCÍDIDES, VII 21-23.

⁹⁷ Cf. TUCÍDIDES, VII 24, 2-3.

⁹⁸ Esta acción a la que se refiere aquí Diodoro debe de ser la toma de Plemirio, que Tucídides atribuye al talento estratégico de Gilipo (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 23, 1 y nota 120).

⁹⁹ Son los dos fuertes de Plemirio a los que se refiere Tucídides en VII 24, 1.

¹⁰⁰ Ortigia.

¹⁰¹ Tucídides nos da el mismo número de naves siracusanas hundidas y añade que los atenienses levantaron un trofeo en el islote situado frente a Plemirio (VII 23, 4).

¹⁰² Después de diversos preparativos, Demóstenes viajó alrededor del Peloponeso (mayo-junio del 413), llegó a Corcira y desde allí efectuó la travesía hacia Sicilia con Eurimedonte, que se unió a él en Acarnania (cf. TUCÍDIDES, VII 20, 2-3; 26, 1-3; 31, 1-5). Los atenienses de Sicilia, tras la pérdida de Plemirio, tuvieron una situación más comprometida en el Puerto Grande y se vieron envueltos en una serie de escaramuzas (VII 25, 4-8) mientras esperaban la llegada a Siracusa (cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 21, 1-2) de los refuerzos de Demóstenes. Diodoro no se refiere a la actividad diplomática siracusana que anunciaba la conquista de Plemirio y pedía ayuda para vencer a las fuerzas de Nicias antes de la llegada de los refuerzos (cf. TUCÍDIDES, VII 25, 9).

¹⁰³ Sobre las disposiciones tácticas de los siracusanos y en particular sobre esta modificación de las proas, con vistas a un ataque frontal y para combatir en un espacio pequeño, cf. TUCÍDIDES, VII 36, 2-6. Diodoro, a diferencia de Tucídides, no presta atención a los aspectos técnicos o tácticos, pero nos da el nombre del timonel corintio, Aristón (citado por Tucídides más adelante, en VII 39, 2). Tucídides nos dice que los siracusanos «redujeron la longitud de las proas de sus naves para darles una mayor solidez, adosaron gruesas serviolas a las proas y, partiendo de las serviolas, fijaron unos puntales que se introducían en las amuras y tenían una extensión de unos seis codos (unos 2,60 m) por dentro y por fuera». Los corintios ya habían adaptado sus proas de esta manera para combatir contra la flota de Naupacto (cf. TUCÍDIDES, VII 34, 5). Por el contrario, las triremes atenienses, dice Tucídides, «tenían la parte de proa más afilada ya que no practicaban tanto la táctica del choque frontal, proa contra proa, como la de efectuar una maniobra de rodeo para embestir lateralmente con el espolón». Por eso los siracusanos pensaban que, en un espacio reducido como el del Puerto Grande, la disposición de sus proas sería más ventajosa que la de las naves de los atenienses, cuya superioridad en las tripulaciones y en la velocidad de sus naves les daba ventaja en los espacios abiertos y en las maniobras envolventes (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 36, 2-6 y notas; J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian trireme*, Cambridge, 1986, pág. 168).

¹⁰⁴ Toda la estructura, no sólo los espolones, sino también las serviolas y refuerzos, era muy sólida, preparada para destrozar la parte delantera de los barcos enemigos al golpear contra proas menos resistentes.

¹⁰⁵ Los trierarcos eran ciudadanos que mandaban el navío, bajo las órdenes del estratega, y asumían sus gastos. La trierarquía era una institución establecida por Temístocles en el 483-482 a. C., que afectaba a los ciudadanos más ricos.

¹⁰⁶ Sobre las escaramuzas y los ataques, a los que se refiere aquí Diodoro, cf. TUCÍDIDES, VII 37-38, 1. En la batalla naval, las naves fueron setenta y cinco atenienses frente a ochenta siracusanas (VII 37, 3).

¹⁰⁷ Diodoro se refiere seguramente al encuentro del tercer día. Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 39-41 y notas; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 20, 4-5; POLIENO, I 13, 2.

¹⁰⁸ Cf. TUCÍDIDES, VII 41, 4. Después de esta victoria, los siracusanos levantaron dos trofeos y, esperanzados por haberse impuesto a la prestigiosa flota ateniense, se prepararon para atacar de nuevo por tierra y por mar.

¹⁰⁹ Ante la aparición de la flota ateniense, la euforia de los siracusanos se trocó en consternación. Vieron que la fortificación de Decelia y la guerra en Grecia no habían evitado que se dirigiera contra ellos un ejército igual o muy semejante al primero; por el contrario, entre las tropas atenienses de la primera expedición se produjo un cierto alivio, pensando que les llegaba el final de sus desgracias. Cf. TUCÍDIDES, VII 42, 1-2; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 21, 1-2.

¹¹⁰ Según TUCÍDIDES, trad. cit., VII 42, 1 (cf. nota 224), y PLUTARCO, *Vida de Nicias* 21, 1-2, las trirremes eran setenta y tres.

¹¹¹ Este ataque a las Epípolas, en el que no participaron Nicias y sus hombres, tuvo lugar, según TUCÍDIDES, VII 43, 2, en las primeras horas de la noche, a la hora del primer sueño. Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Nicias* 21, 3, que se refiere a las prisas de Demóstenes.

¹¹² Cf. TUCÍDIDES, VII 43, 3-6. Se refiere al muro transversal con el que los siracusanos habían evitado el intento ateniense de levantar un cinturón amurallado que bloqueara la ciudad.

¹¹³ La referencia de Diodoro a Hermócrates, cuya intervención parece decisiva, no se encuentra en Tucídides, que destaca en cambio la eficacia de los hoplitas beocios (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 43, 7 y nota 244). Las tropas de élite (*epilectoi*) de Hermócrates pueden identificarse con los *exakósioi*, los seiscientos siracusanos de guardia en las Epípolas (cf. TUCÍDIDES, VII 43, 4-5; POLIENO, I 43, 1).

¹¹⁴ Estas cifras de Diodoro no encuentran confirmación en otros autores, y sorprende la falta de bajas siracusanas frente a un tan alto número de caídos atenienses. Tucídides, que dedica un capítulo (VII 44) a comentar las dificultades para obtener información sobre esta batalla, dice respecto a los atenienses que «hubo no pocas bajas entre sus hombres y los de los aliados», pero no da cifras, y añade que «en relación con los muertos, fue todavía mayor el número de armas capturadas» (cf. VII 45, 2). PLUTARCO, *Vida de Nicias* 21, 9, nos da una cifra no muy lejana a la de Diodoro, ya que habla de dos mil muertos.

¹¹⁵ Según TUCÍDIDES, VII 46, fueron quince las naves que los siracusanos enviaron al mando de Sicano. Pusieron rumbo a Acragante, en situación de guerra civil, para que renunciara a su neutralidad y ayudara a Siracusa. Diodoro no hace mención de la partida de Gilipo a otras regiones de Sicilia en busca de refuerzos.

¹¹⁶ La zona pantanosa situada al sur de las Epípolas, junto a la desembocadura del Anapo y cerca del Olimpieo, conocida como Lisimelia (*Lysiméleia*, «que debilita los miembros»). En cuanto a la peste o epidemia, podemos pensar en la malaria, en infecciones intestinales y enfermedades transmitidas por los mosquitos en zonas pantanosas; y la época del año, finales de julioprincipios de agosto, contribuía. Dieciocho años más tarde una «peste» atacará en el mismo lugar a un ejército cartaginés (cf. M. GRMEK, «Les ruses de guerre biologiques dans l'Antiquité», *Revue des Études Grecques* 92 [1979], 141-163).

¹¹⁷ Cf. TUCÍDIDES, VII 47, 1-2.

¹¹⁸ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 47, 3-4 y notas; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 22, 1-2. Demóstenes ya había dicho que evacuaría Sicilia en caso de no lograr su propósito de completar el cerco de Siracusa mediante la toma de las Epípolas (cf. TUCÍDIDES, VII 42, 5). Sus argumentos eran básicamente tres: la preocupación de que se hiciera imposible la travesía de regreso, la conveniencia de hacer la guerra contra los que fortificaban Decelia en lugar de combatir a los siracusanos, a los que no sería fácil someter; el despilfarro de enormes sumas de dinero en un asedio inútil.

¹¹⁹ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 48 y notas. Nicias, pese a considerar que la situación era grave, no quería manifestarlo, ni que la decisión ateniense de un abandono de la isla llegara a conocimiento del enemigo, lo que dificultaría sus planes; abrigaba además la esperanza de que, si insistían en el asedio, la situación siracusana iría a peor, esperanza fundamentada en su superioridad tras la llegada de Demóstenes y Eurimedonte, y en la existencia de una «quinta columna» en Siracusa. Por otra parte, insistía en el riesgo de una retirada sin la aprobación de la Asamblea de Atenas; temía a los sicofantas y estaba preocupado por su honor. Argumentaba asimismo que la situación financiera de los siracusanos era peor que la suya. Por todo ello, era preciso esperar, debilitar a los siracusanos y continuar el asedio. Las posiciones de los dos estrategos siguieron enfrentadas, aunque Demóstenes modificó la suya en el sentido de que, si no se debía retirar el ejército sin un decreto de los atenienses, era preciso al menos trasladarlo a Tapso o a Catana, desde donde podrían desgastar al enemigo y combatir en mar abierto y no en el estrecho espacio del Puerto Grande (cf. TUCÍDIDES, VII 49, 2-4).

¹²⁰ Cf. TUCÍDIDES, VII 50, 1.

¹²¹ Cf. TUCÍDIDES, VII 50, 3.

¹²² Según TUCÍDIDES (VII 50, 3), Nicias ya no se opuso y se limitó a pedir que no se votara públicamente. Cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Nicias* 22, 4.

¹²³ Este eclipse de luna, famoso por su influencia en la historia de los atenienses, tuvo lugar el 27 de agosto del 413 a. C. Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 50, 4; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 22-23, 1; PLINIO, *Historia Natural* 2, 54; W. K. PRITCHETT, *The Greek State at War, part III: Religion*, Univ. of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1979, págs. 109-110; 146-148.

¹²⁴ Según TUCÍDIDES (VII 50, 4), «tres veces nueve días», es decir, veintisiete días. Se trata de una perífrasis poética del ciclo lunar prescrito por los adivinos; serían días desfavorables según PLUTARCO, *Vida de Nicias* 23. Los «tres días» de Diodoro se encuentran también en AUTOCLIDES (F. JACOBY, *FGrHist*, 353, fr. 7).

¹²⁵ El ataque por tierra tuvo lugar un día antes que la intervención de la flota. TUCÍDIDES (VII 51, 2) dice que el primer día atacaron los muros de los atenienses y que éstos perdieron setenta caballos y unos pocos hoplitas.

¹²⁶ Al frente de las dos armadas estaban comandantes de gran experiencia. Por el lado ateniense, Eurimedonte y Menandro se habían distinguido en el ataque a las Epípolas (cf. TUCÍDIDES, VII 43, 2), y tanto Eutidemo como Menandro habían sido designados como colegas de Nicias antes de la llegada a Sicilia de Demóstenes y

Eurimedonte (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 16, 1 y notas). Sobre Agatarco de Siracusa, cf. TUCÍDIDES, VII 25, 1-4, donde lo vemos al mando de una flota en una misión importante; 70, 1. Sicano también había mandado una flota rumbo a Acragante (cf. TUCÍDIDES, VII 46). Y sobre el corintio Pites o Pitén, cf. *supra*, XIII 7, 2 y nota 69; había llegado a Sicilia con Gilipo y se había ganado la confianza de éste y de los siracusanos, como lo demuestra el hecho de que aquí se le confiara el mando de la zona central. En cuanto al número de naves de ambas flotas, cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 52 y notas 286 y 287. Tucídides da el mismo número para las atenienses, pero dice que las siracusanas fueron setenta y seis.

¹²⁷ Esta precisión geográfica referente a la ensenada de Dascón (situada en el interior del Puerto Grande) no aparece en Tucídides, que dice que fue encerrado en la parte más curva y profunda del puerto (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 52, 2 y nota 288). Fue un importante error de Eurimedonte.

¹²⁸ Diodoro no se refiere a la acción de Gilipo, que trató de aniquilar a los hombres que desembarcaban. Lo impidieron los tirrenos, que acudieron en auxilio de los atenienses (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 53, 1-2).

¹²⁹ TUCÍDIDES (VII 53, 4) también relata este hecho, pero no da el nombre de Sicano como autor de la iniciativa y añade que los atenienses apagaron las llamas y evitaron que se acercara el carguero.

¹³⁰ Entendiendo el *anaphtheisón*, participio pasivo de *anáptō*, con el significado de «encender, prender». También puede interpretarse en el sentido de «desencallar una nave remolcándola» (en ese caso, la traducción sería: «Tras desencallarlas a remolque»).

¹³¹ Ambos bandos levantaron un trofeo, según dice TUCÍDIDES (VII 54), que confirma el número de dieciocho naves (VII 53, 3).

¹³² La entrada del Puerto Grande, entre Ortigia y el promontorio de Plemirio.

¹³³ A partir de aquí entramos en el relato de la última batalla naval en el Puerto Grande, a la que Diodoro dedica cuatro capítulos, describiendo con detalle los hechos. Sobre este encuentro decisivo, cf. TUCÍDIDES, VII 59, 2-71. La boca del puerto que aquí se cierra era, según Tucídides, de unos ocho estadios. La anchura es de 1,04 km si se mide desde el extremo sur de Ortigia hasta el islote de la punta de Plemirio, o de 1,24 km, hasta el saliente occidental de Plemirio (cabo Farrugia).

¹³⁴ Ante el cierre del puerto, tuvo lugar una reunión de los estrategos y los taxiarcos para deliberar sobre cómo afrontar una situación muy difícil, agravada además por la escasez de víveres: cf. TUCÍDIDES, VII 60.

¹³⁵ TUCÍDIDES (VII 60, 4) habla de unas ciento diez naves atenienses y de setenta y seis siracusanas (VII 70, 1). La presencia de muchachos siracusanos en esta batalla no encuentra confirmación en otras fuentes; sólo en relación con la batalla naval anterior, disputada también en el Puerto Grande, PLUTARCO, *Vida de Nicias* 24, 1-2, se refiere a la participación de estos jóvenes.

¹³⁶ En TUCÍDIDES (VII 61-64). Nicias pronuncia su arenga ante el ejército antes del embarque.

¹³⁷ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 69, 2 y notas 367-368.

¹³⁸ Cf. PAUSANIAS, I 36, 1.

¹³⁹ Este detalle del peán no se encuentra en otras fuentes, pero son numerosos los testimonios referentes al canto de este himno, ligado al culto de Apolo, antes de las batallas (cf. ESQUILO, *Persas* 393) o antes de la partida de una expedición (cf. TUCÍDIDES, VI 32, 2).

¹⁴⁰ Cf. TUCÍDIDES, VII 70, 2.

¹⁴¹ Eran arpones para sujetar la nave enemiga para el abordaje.

¹⁴² Diodoro, pese a no tener la intensidad dramática del relato tucidídeo, nos ofrece un notable relato de esta decisiva batalla del Puerto Grande y describe con viveza la implicación tanto de los atenienses como de los siracusanos que desde la costa contemplaban las vicisitudes de la batalla (cf. TUCÍDIDES, VII 71, 1-3; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 25).

¹⁴³ Diodoro es la única fuente que se refiere a estas dramáticas preguntas.

¹⁴⁴ Cf. TUCÍDIDES, VII 71, 5.

¹⁴⁵ Tucídides insiste en la desesperación colectiva del pueblo ateniense, que lleva a pensar en una situación similar de los espartanos al ser derrotados en Pilos (cf. DIODORO, XII 63, 3-4).

¹⁴⁶ Cf. TUCÍDIDES, VII 72, 1, quien dice que los siracusanos recogieron los pecios y los muertos, y luego se dirigieron a la ciudad y erigieron un trofeo; no se refiere a los funerales a expensas del Estado, sobre los cuales Diodoro es la única fuente. Sobre las naves que se perdieron y las que les quedaron a ambos bandos, cf. TUCÍDIDES, VII 72, 3-4.

¹⁴⁷ Esta oposición entre los dos estrategos no encuentra confirmación en Tucídides (VII 72, 3), según el cual Nicias estuvo de acuerdo con la propuesta de Demóstenes de forzar la salida del puerto, pero «los marineros no quisieron embarcar debido a que estaban consternados por la derrota y no creían en la posibilidad de vencer». Según el texto tucidídeo, por tanto, Nicias no se habría opuesto, como otras veces, a la opinión de Demóstenes, que se encontró con la desesperación extrema de los soldados que explicaría aquel grave acto de indisciplina, una negativa trágica, ya que el plan de forzar la salida tenía mayores probabilidades de éxito.

¹⁴⁸ Cf. TUCÍDIDES, VII 73, 1.

¹⁴⁹ También hay aquí un cierto desacuerdo con TUCÍDIDES (VII 73, 2), según el cual Hermócrates expuso su plan a «los que tenían el mando», que estuvieron de acuerdo con él, pese a considerar que sus hombres, por diversas circunstancias, no estarían dispuestos a tomar las armas y salir de la ciudad en aquel momento (respecto a esta actitud, se ha observado que era tan recalcitrante el ejército siracusano en la victoria como el ateniense en la derrota). Entre las causas que impidieron la realización del plan de Hermócrates, Diodoro se refiere aquí a las heridas y al agotamiento físico, Tucídides nos habla del entusiasmo por la victoria anterior, que coincidió con la celebración de una fiesta en honor de Heracles, a la que también se refiere Plutarco, por lo que los hombres se habían dado a la bebida. En vista de todo ello, Hermócrates tuvo que recurrir a la estratagema, mencionada

asimismo por TUCÍDIDES, VII 73, 3, PLUTARCO, *Vida de Nicias* 26, 1-2, y FRONTINO, II 9, 6. Y también hay desacuerdo entre Diodoro y Tucídides respecto a la estrategia, ya que, según el historiador ateniense los enviados se hicieron pasar por representantes de la facción filoateniense de Siracusa, mientras que en Diodoro pasaron por ciudadanos de Leontinos, versión que derivaría probablemente de Filisto (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 73, 3-74, 1 y notas).

¹⁵⁰ Los atenienses no sólo suspendieron la marcha aquella noche, debido a la estrategia de Hermócrates, sino que se entretuvieron al día siguiente con preparativos, de modo que la retirada se inició dos días después de la batalla naval (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 74-75, 1). En cuanto a la afirmación de Diodoro de que se dirigían a Catana, se ha visto que no hay una confirmación clara en otras fuentes. Según TUCÍDIDES (VII 78, 3), el ejército de Nicias y Demóstenes se dirigió hacia el río Anapo y lo atravesó, pero eso no excluye que trataran de ir a Catana, ciudad aliada, intento que fracasó debido al impedimento de los siracusanos que controlaban las Epípolas y el camino de Catana. Según Dover (cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A historical commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1970, págs. 455-458), se dirigían a Acras, donde pensarían encontrar el apoyo de los sículos. Pero la opinión que aquí expone DIODORO (18, 6-19, 1-2, siguiendo seguramente a Filisto) de que su destino era Catana y de que cambiaron de ruta al ser bloqueados por los siracusanos ha merecido el apoyo de algunos estudiosos modernos (cf. P. GREEN, *Armada from Athens*, Nueva York, 1970, págs. 321-327; D. KAGAN, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ithaca-Londres, 1981, págs. 339 ss.).

¹⁵¹ Por los atenienses.

¹⁵² Eloro era una fundación de Siracusa junto a la desembocadura del río Telaro; estaba a 27 km al sur de Siracusa, cerca de la actual Noto Marina.

¹⁵³ El breve relato de Diodoro sobre la partida y la retirada de los atenienses después del descalabro del Puerto Grande carece del extraordinario *páthos* del relato tucidídeo y debe completarse con los datos proporcionados por el historiador ateniense (VII 78, 2-85, 1) y por otras fuentes. Una vez cruzado el vado del río Anapo tras poner en fuga al destacamento siracusano apostado en su orilla, los atenienses tomaron al parecer la dirección de Acras, continuamente acosados por los siracusanos, que les cerraron con un muro el camino por el que debían pasar. Ante este cierre y las dificultades que iban en aumento, Nicias y Demóstenes decidieron cambiar de ruta y avanzar en dirección al mar (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 80, 2 y nota 421). Al marchar de noche, el ejército ateniense fue presa de la confusión y la división de Nicias, que marchaba en cabeza, permaneció agrupada, mientras que la de Demóstenes se separó y perdió el orden. Al alba, llegaron de todas formas al mar y tomaron el camino de Eloro con la intención de llegar al río Cacíparis (el actual Cassibile) para seguir luego río arriba por el interior del país a fin de encontrar a los sículos. Cruzaron el Cacíparis tras vencer a una guarnición siracusana, y reanudaron la marcha hacia otro río, el Eríneo (objeto de diversas identificaciones, tal vez el Cavallata o el Miranda), que fue cruzado por Nicias, mientras que Demóstenes fue cercado y obligado a capitular, y, según una versión, trató de suicidarse (cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 27, 1; FILISTO, *FGrHist*, 556, fr. 53; JUSTINO, IV 5, 10). Al cerciorarse Nicias de la rendición de Demóstenes, trató

de concluir un acuerdo con Gilipo y los siracusanos en virtud del cual Atenas pagaría todos los gastos de guerra de los siracusanos a cambio de que les dejaran partir; pero su propuesta fue rechazada (cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Nicias* 27, 2-3). Al día siguiente, el octavo día de marcha, Nicias llegó al río Asínaro (probablemente el actual Fiumara di Noto o el Falconara; cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 84, 1 y nota 436), donde sus hombres, que sedientos se precipitaron en sus aguas, fueron un fácil objetivo de los siracusanos. Tuvo lugar una terrible matanza, dramáticamente descrita por Tucídides, y Nicias se entregó a Gilipo. Sobre las escenas finales de la retirada ateniense, cf., además de Tucídides, PLUTARCO, *Vida de Nicias* 27, 3-6; PAUSANIAS, I 29, 12; JUSTINO, IV 5, 11.

¹⁵⁴ Las cifras de Diodoro no aparecen en otras fuentes.

¹⁵⁵ Es decir, no como «prisioneros del Estado», sino como botín privado. Según TUCÍDIDES (VII 85, 3), toda Sicilia se llenó de estos hombres de la división de Nicias apresados por los soldados en el Asínaro, que no habían sido capturados en virtud de un acuerdo, como era el caso de los de Demóstenes.

¹⁵⁶ Según TUCÍDIDES (VII 85, 4), algunos atenienses consiguieron escapar y refugiarse en Catana. Cf. LISIAS, XX 24-25; PAUSANIAS, VII 16, 4-5.

¹⁵⁷ Cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 27, 6, dice que las armas más bellas fueron colgadas en los árboles más hermosos y grandes.

¹⁵⁸ Se inicia aquí el debate sobre los prisioneros de guerra (caps. 19-32), en el que se evidencia la intención de atribuir al pueblo siracusano (Diocles) y a las presiones espartanas (Gilipo) la responsabilidad de las duras decisiones respecto a los prisioneros, frente a las posiciones mas moderadas de los aristócratas (Hermócrates y Nicolao). Esta interpretación de Diodoro (dependiente, entre otras fuentes, de Filisto; cf. *infra*, XIII 103) contrasta con TUCÍDIDES (VII 86, 2), que, pese a no darnos un relato de este debate, dice que los siracusanos ajusticiaron a los estrategos contra el parecer de Gilipo.

¹⁵⁹ Las famosas Latomías de Siracusa.

¹⁶⁰ TUCÍDIDES (VII 87, 2) dice que dieron a cada prisionero una *cótila* de agua y dos *cótilas* de grano al día, raciones ciertamente escasísimas. La *cótila* (*kotylē*) era la unidad común para las medidas de capacidad; en el sistema ático, una *cótila* equivalía a 0,27 litros y a entre 270 y 275 cm³ para los sólidos.

¹⁶¹ Respecto a las diversas posiciones y oradores que intervinieron, no hay acuerdo entre las fuentes. Según PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28, 1 (cuya fuente sería Timeo o Filisto), un hombre llamado Euricles (identificable con el Diocles de Diodoro) hizo propuestas similares, y sugirió conmemorar el día de la captura de Nicias con una fiesta. Lo cierto es que aquel año, en conmemoración de la victoria, comenzó la acuñación de las tetradracmas de plata llamadas de Evéneto y de Cimón, que se prolongó hasta el 360 aproximadamente.

¹⁶² Sobre la moderación de Hermócrates, Diodoro concuerda con PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28, 2-3 («mejor que la victoria es un noble uso de la victoria»), Tucídides no se refiere a ello.

¹⁶³ Sobre este personaje sólo tenemos la información de Diodoro, que probablemente deriva de Timeo.

¹⁶⁴ La tragedia personal pasa a segundo plano en beneficio de la utilidad común; lo que importa es la conveniencia de la ciudad y el buen nombre de Siracusa.

¹⁶⁵ Se refleja aquí la idea de una divinidad que castiga a los hombres que han traspasado los límites de la moderación cayendo en excesos contrarios al orden universal instaurado por los dioses. Los atenienses, piensa Nicolao, son culpables de *hýbris*, de arrogancia, de la misma culpa atribuible, según Esquilo, a Jerjes; como el rey persa, los atenienses habrían desatado una guerra contraria a la justicia divina.

¹⁶⁶ Sobre el traslado del tesoro de Delos a Atenas en el 454 a. C. a propuesta de Pericles, cf. DIODORO, trad. cit., XII 38, 2 y nota 240. La cifra de diez mil talentos del presente pasaje contrasta con la de ocho mil que el mismo Diodoro da en el libro XII.

¹⁶⁷ Nicolao se refiere aquí al total de las fuerzas atenienses de tierra y navales enviadas en diversos momentos, es decir, la expedición mandada por Nicias, Alcibiades y Lámaco en el 415, y la de Demóstenes y Eurimedonte de la primavera del 413. Fue un auténtico descalabro para Atenas: cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 87, 5, que utiliza sólo en este caso el término *panōlethría*, «destrucción total»; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 29, 3.

¹⁶⁸ La Fortuna, la *Týchē*, es para Diodoro, como para otros escritores helenísticos, la personificación de una oscura fuerza divina presente en las vidas de los hombres.

¹⁶⁹ Cf. *infra*, XIII 24, 4.

¹⁷⁰ El suplicante (*hikētēs*) era inviolable. Cf., por ejemplo, el caso de Temístocles en la corte de Admeto (cf. DIODORO, XI 56), el de los plateos que se pusieron bajo la tutela de Atenas en el altar de los Doce Dioses (cf. HERÓDOTO, VI 108, 4), etc.

¹⁷¹ El imperio de los medos fue sometiendo a sus vecinos, y fue Ciaxares (625-585) quien impulsó su expansión; después de conquistar Nínive en el 612, sometió Asiria con excepción de Babilonia (cf. HERÓDOTO, I 103, 1-3; 106, 2). Le sucedió Astiages, que acrecentó el imperio y casó a su hija Mandane con el persa Cambises (cf. HERÓDOTO, I 107).

¹⁷² Referencia al inicio del imperio de los Aqueménidas, la rebelión contra Astiages dirigida por Ciro, hijo de Cambises, que logró reunir las tribus persas y vencer a Astiages (cf. DIODORO, IX 23).

¹⁷³ Las fuentes están de acuerdo respecto a la clemencia de Ciro. Respecto a su benignidad con Astiages, cf. HERÓDOTO, I 130; JUSTINO, I 6, 16; y en relación con Creso, rey de Lidia, cf. HERÓDOTO, I 88; JUSTINO, I 7, 7; PLUTARCO, *Vida de Solón* 28. CICERÓN (*República* I 27, 43; 28, 44) destacaba asimismo su sabiduría y justicia.

¹⁷⁴ Respecto a la visión de DIODORO sobre la figura de Gelón, protagonista de la historia de Siracusa desde el año 485 hasta el 478, cf. XI 22-26. En cuanto a la magnanimidad y humanidad del tirano siracusano, las fuentes no están de acuerdo. TIMEO (*FGrHist* 566 fr. 18) hizo una valoración positiva, pero hay sombras que empañan este juicio; no se caracterizó precisamente por su humanidad una acción como la realizada con el pueblo de Mégara Hiblea, que fue vendido y expulsado de Sicilia (cf. HERÓDOTO, VII 156, 2). Parece que fue más moderado después de la victoria de Hímera frente a los cartagineses, no sólo respecto a éstos (cf. DIODORO, XI 26, 1), sino también a las ciudades siciliotas, como Zancle, Hímera y Selinunte, que habían tomado el partido de Cartago; debió de ser una moderación que probablemente tuvo que ver con su pragmatismo político. En cuanto al pensamiento de Diodoro sobre los dos modos de ejercer la hegemonía, uno basado en la equidad humanitaria y la benevolencia y otro fundamentado en la práctica del miedo, cf. J. LENS TUERO, «Sobre la problemática de la hegemonía en la *Biblioteca Histórica*», en *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, J. LENS TUERO (ed.), Granada, 1994, págs. 13-18.

¹⁷⁵ Cf. PAUSANIAS, I 17, 1, quien se refiere a un altar de Eleo (*Éleos*, «la Piedad», «la Misericordia»), «la divinidad más útil para la vida humana y las vicisitudes de la fortuna», a la que sólo los atenienses tributaban culto. Atenas se jactaba de ser refugio para perseguidos, suplicantes y desventurados como Orestes, Edipo o los Heraclidas (cf. ESTACIO, *Tebaida* XII 481-511). En este pasaje podemos ver asimismo cómo Diodoro destaca la moderación y la clemencia como virtudes del hombre prudente que, frente a la *týche*, no se deja llevar por el éxito, sabedor de los vaivenes de la fortuna (cf. J. M.^a CAMACHO ROJO, «El concepto de la *týche* en Diodoro de Sicilia», y «Actitudes del hombre frente a la *Týche* en la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia», en ob. cit., J. LENS TUERO [ed.], Granada, 1994, págs. 81-95 y 97-116).

¹⁷⁶ Sobre el dramático episodio de Esfacteria del 425 a. C., cf. DIODORO, XII 61-63, 4. Acabó con la rendición de los espartanos encerrados en la isla tras setenta y dos días de bloqueo (cf. TUCÍDIDES, IV 39). Sobre la restitución de los prisioneros, cf. TUCÍDIDES, V 24, 2.

¹⁷⁷ Cf. TUCÍDIDES, V 21, 1.

¹⁷⁸ Sentencias de la moral délfica que aconsejaban la moderación y el reconocimiento de los límites impuestos al hombre por la divinidad. Sobre estas sentencias, cf. C. GARCÍA GUAL, *Los siete sabios (y tres más)*, Madrid, 1989, págs. 199-210. Un espíritu de prudencia impregnado de pragmatismo estaba en la base de la moralidad pregonada por el clero de Delfos, y algunas de estas máximas estaban grabadas en las paredes del atrio de Apolo. Como es sabido, con el «Conócete a ti mismo» se exhortaba al hombre a tomar conciencia de sus limitaciones frente a la divinidad y a no sobrepasar su propia naturaleza; intención semejante era la que decía «Nada en exceso». Importaba la medida, la moderación, la prudencia (*sōphrosynē*) patrocinada por Apolo, frente a la *hýbris*, la soberbia desmesurada.

¹⁷⁹ El descalabro del ejército en Sicilia constituyó un duro golpe para Atenas; la derrota provocó la defección de muchas ciudades con lo que entró en crisis la talasocracia ateniense, y en el interior de Atenas dio alas a la oposición oligárquica contraria a las aventuras de la guerra. Pero, pese a todo ello, la ciudad, presa de la

discordia civil, aún estuvo en condiciones, como afirma TUCÍDIDES (II 65, 12), de resistir diez años (413-404) a los enemigos del principio y a los de Sicilia, a los aliados sublevados y a Ciro, hijo del rey de Persia Darío II, sostenedor de los peloponesios contra Atenas, que disponía de una reserva de mil talentos (cf. TUCÍDIDES, VIII 15, 1).

¹⁸⁰ Sobre estas trirremes y la expedición a Egipto, cf. DIODORO, trad. cit., XI 71-77 *passim*; TUCÍDIDES, trad. cit., I 104.

¹⁸¹ El Gran Rey de Persia (cf. DIODORO, XII 4).

¹⁸² Referencia al cultivo del grano, al regalo de Deméter, del que el mismo Diodoro ha dicho en el libro V que los atenienses fueron los primeros en recibirlo después de los siciliotas. «En correspondencia —dice Diodoro— el pueblo ateniense honró a la diosa mucho más que los otros, con los más famosos sacrificios y con los misterios de Eleusis... Muchos pueblos recibieron de los atenienses el generoso regalo del cereal, y a su vez entregaron la simiente a sus vecinos, y así llenaron de grano toda la tierra habitada.» Y en V, 69 se refiere otra vez al tema: «Respecto al descubrimiento del grano —dice— disputan muchos pueblos, que proclaman que fueron los primeros entre los que fue vista la diosa y que les enseñó a ellos las propiedades y el uso del cereal» (cf. DIODORO, trad. cit., V 4, 4; 69 y nota 371).

¹⁸³ Los tres méritos de Atenas aducidos por Diodoro (la introducción de la agricultura del grano, la promoción de las leyes y la vida civilizada, y la hospitalidad y acogida de los suplicantes) se encuentran en el *Panegírico* de ISÓCRATES (38-50).

¹⁸⁴ Nicolao evoca a Atenas como *koinòn paideutêrion*. Este pasaje de Diodoro nos recuerda el elogio que Pericles, en el discurso fúnebre, dedica a Atenas como *paideusis*, ejemplo o escuela para Grecia (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., II 41, 1 y nota 301; y el *Hellâdos Hellàs Athênai* de la *Antología Palatina* VII 45). Igualmente se percibe el eco de ISÓCRATES, *Panegírico* 50, que elogia a Atenas como maestra de cultura y elocuencia.

¹⁸⁵ Los ritos místicos, ligados al culto de Deméter y Core, tuvieron su centro en Eleusis (cf. DIODORO, I 29, 3; IV 25, 1; V 4, 3-5; 69, 2; 77, 3). Diodoro dice que el grano fue llevado al Ática desde otro país y por ello interpreta la palabra Eleusis como «sitio de llegada», relacionándolo con el verbo *eltheîn*, «llegar»; pero en realidad se trata de un topónimo pregregio; eran cultos seguramente prehoméricos y prehelénicos que tuvieron gran éxito en los siglos VII y VI, y también en los siglos V y IV gracias a la influencia y propaganda ateniense en todo el mundo griego.

¹⁸⁶ Eran ritos en los que era muy importante el mantenimiento del secreto de los iniciados (*mystai*), que buscaban una elevación espiritual y una unión con la divinidad. Parece que la iniciación se desarrollaba en tres estadios; el primero era el recitado de los *legómena*, las fórmulas de iniciación; el segundo era la contemplación de los objetos (*deiknýmena*) que provocaban la excitación del iniciado; y el tercero los *drōmena*, una serie de ritos que recordaban el luto de Deméter por el rapto de su hija Core y su búsqueda.

¹⁸⁷ Se insiste en el papel esencial de Atenas en la cultura griega, motivo sin duda fomentado por la propaganda ateniense del siglo V (cf. *supra*, 26, 3 y 27, 1).

¹⁸⁸ Sobre la actitud de Nicias contraria a la expedición, cf. TUCÍDIDES, VI 9-14; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 12; *Vida de Alcibiades* 18, 1; y el mismo DIODORO, XII 83, 5-6.

¹⁸⁹ El próxeno (*próxenos*) era el representante de los intereses de un país en otro, de modo semejante a los cónsules actuales. Eran designados, a cambio de ciertos honores y privilegios, por el Estado que en atención a sus méritos les confiaba el encargo, que solía darles el título de benefactor (*euergétēs*); pero, por lo general, no eran ciudadanos del país que les encargaba la defensa de sus intereses, sino de aquel en el que habitaban y en el que desempeñaban su misión. Cf., por ejemplo, TUCÍDIDES, II 29, 1; III 2, 3; 52, 5; 70, 1; DIODORO, XII 57, 2. Este pasaje de Diodoro es el único testimonio respecto a esta *proxenia* de Nicias en representación de Siracusa (cf. J. R. ELLIS, «Characters in the Sicilian Expedition», *Quaderni di Storia* V, 10 [1979], 39-69).

¹⁹⁰ Respecto a este juicio unánime sobre Nicias, a su altura moral, a su talento y prudencia política, cf. TUCÍDIDES, VII 86, 5; DEMÓSTENES, *Olintíaco* III 21; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 28; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 2.

¹⁹¹ Del discurso pronunciado por Gilipo, el general de las fuerzas lacedemonias enviadas a socorrer Siracusa (cf. *supra*, XIII 7), Diodoro es la única fuente que nos ha transmitido con detalle sus argumentos, aunque falta la petición del laconio de llevarse a Esparta los dos estrategos atenienses (cf. TUCÍDIDES, VII 86, 2; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28, 2-3), petición que no fue atendida.

¹⁹² La ambición de los atenienses, según Gilipo, les ha llevado a un proyecto que excedía sus posibilidades, un proyecto imperialista cuyo objetivo era la sumisión y el reparto de Sicilia, empresa que, según PLUTARCO (*Vida de Nicias* 12, 2; *Vida de Alcibiades* 17, 1-3) iba a ser el trampolín para un ataque al Imperio Cartaginés y para un ataque total contra el Peloponeso (cf. TUCÍDIDES, VI 90, 2-3).

¹⁹³ De la amistad aquí aludida entre Siracusa y Atenas no nos hablan las fuentes. Tras el intento de involucrar a Gelón en la guerra contra Persia (cf. HERÓDOTO, VII 157-162), no hay testimonios de intervenciones en Sicilia hasta mediados del siglo V a. C., cuando la política imperialista y la orientación «occidental» de Pericles llevó a sellar alianzas con Egesta, Regio y Leontinos (cf. DIODORO, trad. cit., XII 54 y nota 392). La expedición ateniense de Laques y Caréades (cf. TUCÍDIDES, III 86; DIODORO, XII 54, 4) ya era un claro enfrentamiento a la política siracusana tendente a la hegemonía en Sicilia y en el sur de Italia.

¹⁹⁴ Cf. *supra*, XIII 2, 6. Esta decisión, tomada en secreto por los estrategos y los miembros de la *boulē*, pudo ser revelada a los espartanos por Alcibiades.

¹⁹⁵ Gilipo se refiere a la defección de Mitilene del 428 y a la firme reacción de Atenas, que envió en seguida una importante expedición (cf. DIODORO, trad. cit., XII 55). Tras la rendición de la ciudad, en el verano del 427, se evitó in extremis el castigo propuesto por Cleón, pero Mitilene perdió su autonomía y se vio obligada a

derribar sus murallas y a repartir su territorio. Pero no se libró de la muerte de un millar de ciudadanos responsables de la revuelta (cf. TUCÍDIDES, III 50).

¹⁹⁶ Referencia al asedio de Melos del 416, que se rindió sin condiciones y vio a sus hombres adultos exterminados y a sus mujeres y niños reducidos a la esclavitud (cf. DIODORO, trad. cit., XII 80, 5 y nota 502).

¹⁹⁷ Los escioneos hicieron defección de Atenas en el 423 y acogieron al general espartano Brásidas como libertador. Atenas reaccionó enérgicamente, y Nicias, en el 421, les obligó a rendirse. Los adultos fueron masacrados y las mujeres y los niños reducidos a la esclavitud (cf. DIODORO, trad. cit., XII 72, 8-10; 73, 2; 76, 3).

¹⁹⁸ Cf. *supra*, XIII 27, 1 y nota 185.

¹⁹⁹ El culto de estas dos divinidades estaba muy difundido en Sicilia. Cicerón le prestó gran atención y es significativo su testimonio cuando afirma: *insulam Siciliam totam esse Cereri et Liberae consecratam* (*Contra Verres* IV 48, 106). Gelón les dedicó dos magníficos templos en Siracusa después de la victoria de Himera (cf. DIODORO, XI 26, 7). Pero, además de en Siracusa, se encuentran santuarios dedicados a ellas en otras ciudades siciliotas e incluso en centros indígenas del interior de la isla. La numismática nos ofrece asimismo numerosos testimonios de la extraordinaria veneración de la que estas diosas eran objeto.

²⁰⁰ Nicolao había responsabilizado a Alcibíades (cf. *supra*, XIII 27, 4).

²⁰¹ En el otoño del 413, Alcibíades se encontraba aún en Esparta, donde, después de haber persuadido a los espartanos para que atacaran Atenas y fortificaran Decelia, se disponía a partir rumbo a Jonia con la intención de convencer a las ciudades jonias de que se sublevaran contra Atenas.

²⁰² Cf. DIODORO, trad. cit., XII 83, 5-6 y nota 678.

²⁰³ Gilipo se refiere a la discusión de los estrategos Nicias y Demóstenes respecto a la conveniencia de una retirada: cf. *supra*, XIII 12, 2 y notas 118 y 119.

²⁰⁴ En Grecia, naturalmente. El argumento utilizado aquí era un tópico de la propaganda espartana.

²⁰⁵ Aquí acaba el discurso de Gilipo, según el cual no hay ninguna razón que justifique la clemencia con los atenienses. Esta actitud dura e intransigente contrasta con la posición del mismo Gilipo después de la batalla del río Asínaro. En el episodio del encuentro de los dos generales enemigos, tal como lo encontramos en TUCÍDIDES, VII 85, 1, y en PLUTARCO, *Vida de Nicias* 27, 4-7, se ha pensado en una fuente favorable a Gilipo (que podría ser Filisto), pero, para este discurso del espartano como lo presenta Diodoro, se ha defendido la hipótesis de una fuente contraria, tal vez Timeo, tendente al parecer a disminuir los méritos del general espartano (cf. PLUTARCO, ob. cit., 19, 5-7 y 28, 3-4). Tucídides y Plutarco nos hablan de una propuesta de Gilipo en el sentido de respetar las vidas a los estrategos porque deseaba llevárselos a Esparta como símbolo de su éxito.

²⁰⁶ Cf. *supra*, XIII 9, 4. Prevaleció pues la opinión del partido democrático-radical de Diocles frente a la posición moderada de Hermócrates.

²⁰⁷ Demóstenes y Nicias (cf. TUCÍDIDES, VII 86, 2; FILISTO, *FGrHist* 556, fr. 55). Timeo, sin embargo, niega que fueran ajusticiados; los dos estrategos, avisados de su suerte por Hermócrates, se habrían quitado la vida (cf. PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28, 4-5).

²⁰⁸ Respecto a la suerte de los aliados, cf. *supra*, XIII 19, 4, donde vemos la propuesta de Diocles de venderlos como botín de guerra, lo que está en contradicción con el presente pasaje, que afirma que tuvieron el mismo fin que los estrategos, por lo que una conjetura de Stem propuso corregir el texto en el sentido de que «los estrategos fueron ajusticiados inmediatamente y los aliados fueron vendidos». TUCÍDIDES, VII 87, 3, se refiere a los que fueron vendidos, de los que se exceptuaban los atenienses y algunos siciliotas e italiotas.

²⁰⁹ Las famosas Latomías de Siracusa eran las canteras situadas al este del teatro, al sur de las Epípolas. Respecto a ellas, Cicerón, trescientos cincuenta años después, dijo que era imposible construir, o incluso imaginar, una prisión mejor cerrada, más fuerte en todo su entorno o más segura. Actualmente han sido convertidas en un parque público. De los sufrimientos y penurias de los prisioneros en aquel lugar, Tucídides nos ha dejado un vivo y preciso relato.

²¹⁰ Cf. TUCÍDIDES, VII 87, 1-2; PLUTARCO, *Vida de Nicias* 28; 29, 3, donde encontramos confirmación de la triste suerte de los prisioneros encerrados en las Latomías y donde leemos que lograron salvarse algunos prisioneros gracias a su capacidad de recitar los versos de las tragedias de Eurípides.

²¹¹ Diodoro se refiere a las leyes de Diocles en dos ocasiones muy cercanas: aquí, en esta anécdota sobre la muerte del legislador (anécdota atribuida a Carondas por el mismo Diodoro en XII 19, 2), y a continuación, en los capítulos 34-35.

²¹² Personaje que aparece en DIONISIO DE HALICARNASO, *Lisias* 1, en PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres* 835 a-e (= *Vidas de los diez oradores: Lisias* 1), en ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 32, 1, en FILÓCORO, *FGrHist* 328, fr. 138, y en *Inscriptiones Graecae* I², 103, 5; II², 4960, 38; 7404, 1.

²¹³ Según la tradición *vulgata* (cf. T. LIVIO, IV 52, 1; T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-1952 [= Cleveland, 1968], pág. 76), en este año fueron cónsules Q. Fabio Ambusto Vibulano y G. Furio Pacilo. Los dos tribunos militares mencionados por Diodoro ocuparon el cargo en el 415, junto a otros dos que no pueden leerse en este texto corrupto y que serían G. Valerio Potito y Q. Quincio Cincinato. Cf. T. LIVIO, IV 49, donde se lee Numerio Fabio; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 74.

²¹⁴ Fue la segunda victoria del atleta acragantino, después de la obtenida en el 416 (cf. DIODORO, XII 82, 1; L. MORETTI, *Olympionikai, i vincitori negli antichi agoni olimpici*, Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, VIII. Roma, 1959, núm. 346).

²¹⁵ Véase el análisis de las consecuencias de la derrota ateniense en Sicilia que efectúa Tucídides en los dos primeros capítulos del libro VIII.

²¹⁶ A raíz del desastre de Sicilia, la gran preocupación de Atenas fueron las defecciones de sus numerosos aliados, movimientos liberadores y maniobras políticas para cambiarse de bando que encontramos narradas en el libro VIII

tucidídeo. En TUCÍDIDES, VIII 5, vemos cómo se preparan las defecciones y comienza la intervención persa; se reseña la embajada de Eubea, la primera en rebelarse, en invierno del 412, ante el rey espartano Agis, que se encontraba en Decelia, y acto seguido la de los lesbios, y a continuación las delegaciones de los quiotas y eritreos, que acudieron directamente a Esparta, y la llegada también a Esparta de un enviado de Tisafernes, sátrapa de Jonia, que igual que Farnabazo, sátrapa del Helesponto, orientaba la política persa a una alianza con los peloponesios, a los que procurarían ayuda financiera, a fin de debilitar a los atenienses y recaudar tributos de las ciudades griegas. Jonia entera era un hervidero de defecciones, en las que tuvo un importante papel Alcibiades (cf., por ejemplo, TUCÍDIDES, VIII 5, 4-6, 5; 12; 14, etc.; y los tratados de Persia con los peloponesios de VIII 18; 37 y 58, fruto de la relación entre Alcibiades y Tisafernes: cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 24). La única ciudad que no se rebeló fue Samos, donde tuvo lugar una revolución democrática, en la primavera del 412, que contó con la ayuda ateniense (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 21 y nota 120); de ahí que la isla de Samos se convirtiera en la base ateniense (cf. TUCÍDIDES, VIII 30) en la Guerra Jonia.

²¹⁷ La toma del poder del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 64-69 y notas; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses*, intr., trad. y notas de M. GARCÍA VALDÉS, BCG, núm. 70, Madrid, 1984, 29-32 y notas) en la democrática Atenas constituye el hecho más notable del período posterior al descalabro de Sicilia; pero el análisis de Diodoro es simplista y no se ajusta a la realidad, ya que aquel breve paréntesis oligárquico no se debía a una iniciativa del pueblo (*dêmos*) para salvar la *pólis*; fue más complejo el camino que llevó a la caída en el 411 del gobierno democrático y a la instauración del consejo de los Cuatrocientos, que entró en posesión de su cargo el 22 del mes de Targelión, correspondiente al 8 de junio.

²¹⁸ Según TUCÍDIDES, VIII 95, 2, era una flota de treinta y seis naves mandada por el estratega Timócares. Combatió en aguas de Eretria con la flota peloponesia de Agesándridas; los atenienses fueron derrotados y todos los que buscaron refugio en la ciudad de Eretria fueron asesinados por sus habitantes (VIII 95, 5-6). La victoria peloponesia provocó acto seguido la defección de Eubea.

²¹⁹ Esta cifra encuentra confirmación en TUCÍDIDES, VIII 95, 7. La derrota de Eubea provocó pánico en Atenas (cf. TUCÍDIDES, VIII 96).

²²⁰ Esta flota de Hermócrates no estaba constituida solamente por fuerzas siracusanas, como puede deducirse del texto de Diodoro, sino que, según Tucídides, había veinte naves siracusanas, dos de Selinunte (VIII 26, 1) y otras italias (35, 1). Hay diferencias en las cifras entre Tucídides y Diodoro, y desacuerdo en el mismo Diodoro, ya que aquí y en XIII 63, 1 se habla de treinta y cinco, mientras que en XIII 61, 1 leemos veinticinco (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 26, 1, nota 166).

²²¹ Las dos medidas principales, el sorteo de los magistrados y el nombramiento de los legisladores, apuntaban a un gobierno democrático. Según ARISTÓTELES, *Política* VII (V), 1304 a, en Siracusa, el pueblo, al ser el causante de la victoria en la guerra contra Atenas, cambió la *politeía* en democracia.

²²² Ha sido objeto de debate la identidad de este Diocles legislador y su coincidencia con el político Diocles. Este templo con el que aquí se le honra fue derribado en el 402 por Dionisio para la construcción de la muralla (cf. *infra*, XIV 18, 4 ss.).

²²³ Esto ocurrió en tiempos de Diodoro. César concedió a Sicilia los «derechos latinos», y luego Antonio anunció un proyecto de ley que extendía la ciudadanía romana a las ciudades siciliotas (cf. CICERÓN, *A Ático* XIV 12, 1).

²²⁴ Sobre el corintio Céfalos, véase lo que dice el mismo Diodoro en XVI 82, 7; su nueva legislación sería del 339, en tiempos de Timoleonte (cf. PLUTARCO, *Vida de Timoleonte* 24, 3). Era una revisión del código de Diocles, al que daba una impronta oligárquica de acuerdo con el régimen de Timoleonte, el corintio que dirigió la política siracusana entre el 345 y el 337, al que las fuentes elogian por haber evitado la tiranía de Dionisio II y por haber obtenido, en el 341, una importante victoria sobre los cartagineses junto al río Crimiso, hechos a los que se unió una efectiva política social y económica.

²²⁵ Hierón II, muy joven, entró en Siracusa a comienzos del 275, se hizo con el poder dominando a sus adversarios políticos y, según POLIBIO, I 8, 4, dispuso con prudencia y magnanimidad de los asuntos de los siracusanos. Después de su victoria sobre los mamertinos del 269 (cf. DIODORO, XXII 13, 2-6; POLIBIO, 19, 7-8) fue aclamado *basileús*. La legislación de Diocles, exigida por el sector democrático, fue revisada por el jurista corintio Polidoro.

²²⁶ Cf. *supra*, XIII 34, 2 y nota 217.

²²⁷ Los dos estrategos a los que se refiere Diodoro eran Timócares, que fue enviado a Eretria, y el colega que ya se encontraba en Eubea. Cf. TUCÍDIDES, VIII 95, 2, según el cual la flota que se reunió allí tras la llegada de Timócares estaba formada por treinta y seis naves.

²²⁸ Cf. TUCÍDIDES, VIII 95, 2-4, quien señala que las tripulaciones no estaban adiestradas y que hubo un retraso de los atenienses, que se dejaron sorprender por la flota enemiga mientras se avituallaban en las afueras de Eretria.

²²⁹ Cf. *supra*, XIII 34, 1-2.

²³⁰ Darío II, que subió al trono de Persia en el 424, sucediendo a su padre Artajerjes I (cf. DIODORO, XII 71, 1). Promovió una política de acercamiento a Esparta a fin de contrarrestar el control ateniense sobre las ciudades jonias, para lo que ofrecía a los lacedemonios apoyo financiero y naval. TUCÍDIDES, VIII 5, 4, se refiere a la presencia en Esparta, coincidiendo con los embajadores quiotas y eritreos, de un enviado de Tisafernes, gobernador militar o sátrapa de la zona occidental de Asia Menor; a su iniciativa y a su relación con Alcibíades se atribuye la intervención de Persia en la Guerra del Peloponeso. Y el mismo TUCÍDIDES (VIII 6, 1-2) recuerda otra embajada persa, la de Farnabazo, sátrapa de Dascilio, que controlaba los pueblos de la orilla asiática del Helesponto, la zona noroccidental de Asia Menor, para solicitar la intervención de la flota espartana en el Helesponto con vistas a la defección de las ciudades de la zona aliadas de Atenas. Parece que Farnabazo mostró una mejor disposición hacia los espartanos que la demostrada por

Tisafernes, el cual, también según Tucídides (VIII 46, 5; 59, 1; 78, 1), no fue fiel a su promesa de proporcionar una poderosa flota fenicia a los espartanos.

²³¹ Diodoro parece ignorar el nombre de Tisafernes, sátrapa persa de Sardes con jurisdicción sobre la costa occidental de Asia Menor, y lo confunde con Farnabazo, sátrapa de Dascilio. Esto ocurre en algunos pasajes de este texto, que se referirían a Tisafernes de acuerdo con el testimonio del libro VIII de Tucídides y de las *Helénicas* de Jenofonte.

²³² *Stratēgia* es el término utilizado por Diodoro, del mismo modo que Tucídides aplica el título *stratēgós* a Tisafernes (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 5, 4 y nota 40).

²³³ La ayuda de Alcibiades a Atenas en la época que precedió a su regreso fue importante; en su relación con Tisafernes orientó la política de Tisafernes respecto a Esparta y, después de la caída de los Cuatrocientos, sus intervenciones fueron decisivas para levantar la moral de los atenienses.

²³⁴ Cf. TUCÍDIDES, VIII 45-46, según el cual, como se ha indicado, el sátrapa en cuestión no era Farnabazo, sino Tisafernes. Tucídides explica que, cuando Alcibiades empezó a resultar sospechoso a los peloponesios, tuvo miedo y se acercó a Tisafernes, comenzando a minar las relaciones del sátrapa con los peloponesios. Se convirtió en su consejero e hizo que redujera la paga de los marineros peloponesios de una dracma a tres óbolos (45, 2); le hizo rechazar las peticiones de dinero de las ciudades que se pasaron a los espartanos (45, 3-5) y, en suma, le dio el consejo maquiavélico de que prolongara la guerra, manteniendo el equilibrio de fuerzas entre Esparta y Atenas (46).

²³⁵ Fue un éxito de Alcibiades el hecho de convencer a Tisafernes a privar a los espartanos de la ayuda de la flota fenicia (cf. PLUTARCO. *Vida de Alcibiades* 26, 6-7), lo que provocó el descontento de Esparta (cf. TUCÍDIDES, VIII 78, 1) y la acusación de que se inclinaba abiertamente por Atenas (87, 1).

²³⁶ El regreso de Alcibiades a Atenas se sitúa en junio del 408 (cf. *infra*, XIII 68, 2-6), después de una serie de éxitos (las victorias navales de Abido y Cícico y las operaciones contra Calcedón y Bizancio) que hicieron recuperar a su patria el prestigio perdido en Sicilia.

²³⁷ En el año ático 411-410 hubo dos arcontes epónimos; Mnasíloco, el que será uno de los Treinta Tiranos (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 2), fue arconte dos meses durante el régimen de los Cuatrocientos (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 33, 1). Al caer el gobierno oligárquico, el arconte fue Teopompo, que permaneció diez meses. Sobre Mnasíloco, cf. *Inscriptiones Graecae* I², 298, 2; R. MEIGGS, D. LEWIS, *A Selection of Greek historical inscriptions*, Oxford, 1969, 81. Respecto a Teopompo, cf. LISIAS, *Defensa de un anónimo* [21] 1.

²³⁸ Según la tradición *vulgata* (cf. T. LIVIO, IV 52, 4; T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 76), los cónsules de este año fueron M. Papirio Mugilano (o Atratinio?) (trib. mil. *cons. pot.* 418 y 416) y Espurio (o Gayo?) Naucio Rutilo (trib. mil. *cons. pot.* 419, 416 y 404). En este año Roma fue presa del hambre y de la peste. Los cuatro tribunos militares con potestad consular a los que se refiere Diodoro (Gn.

Cornelio Coso, L. Valerio Potito, Q. Fabio Vibulano y P. Postumio Albino) desempeñaron el cargo en el 414 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 74).

²³⁹ Según ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 33, 1, la caída del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos tuvo lugar cuatro meses, aproximadamente, después de su toma del poder (el 22 de Targelión [mayo-junio]), o sea hacia septiembre del 411. Las diversas causas de su caída las dejó escritas TUCÍDIDES (VIII 86-97) y también se deducen en parte del relato de Aristóteles. Fueron importantes las intervenciones de Alcibíades y de los moderados de la flota de Samos, unidas al descrédito y a la falta de cohesión de los Cuatrocientos.

²⁴⁰ En lugar de «de los ciudadanos» (*ek tôn politôn*), Krüger propuso la lectura «de los hoplitas» (*ek tôn hoplitôn*), a partir de TUCÍDIDES, VIII 97, 1, donde leemos: «destituyeron a los Cuatrocientos y decretaron confiar el poder a los Cinco Mil (de los que formarían parte todos aquellos que pudieran procurarse el armamento hoplítico)». Este régimen de los Cinco Mil fue un paso entre la oligarquía de los Cuatrocientos y la posterior restauración de la antigua democracia.

²⁴¹ Terámenes (hijo de Hagnón, el fundador de Anfípolis) fue una figura importante de este período. Según TUCÍDIDES, VIII 68, 4, tuvo un papel principal en la instauración de los Cuatrocientos; pero dentro del movimiento oligárquico fue más moderado que otros (Pisandro, Frínico, Aristarco y Antifonte); estuvo luego al frente de la corriente que se opuso a los excesos y errores de la oligarquía y dio paso al gobierno de los Cinco Mil (cf. TUCÍDIDES, VIII 89 *passim*). Temía sobre todo el acercamiento a Esparta de los oligarcas radicales, que se manifestaba en casos como la fortificación de Eetionea, un sitio estratégico en la entrada del puerto del Pireo que hubiera acogido a fuerzas espartanas y hubiera bloqueado el puerto para la flota de Samos (cf. TUCÍDIDES, VIII 90-92). Ante esta situación, se produjo la discordia civil y la reacción popular, el asesinato de Frínico, la rebelión de los hoplitas y la demolición de los muros del Pireo. Y después de la derrota de la flota ateniense en Eretria, el pueblo ateniense, presa del pánico ante un posible ataque espartano, se reunió en la Pnix (cf. TUCÍDIDES, VIII 97; ARISTÓTELES, ob. cit., 33, 1), puso fin a la oligarquía de los Cuatrocientos y entregó la ciudad a los Cinco Mil, dando lugar a una forma de gobierno original, ya que se creó (97, 2) un mesurado equilibrio entre oligarquía y democracia. Y al final de aquella asamblea «decretaron que volvieran Alcibíades y sus compañeros de exilio, y a él y al ejército de Samos les enviaron mensajes exhortándoles a intervenir en los asuntos públicos».

²⁴² Este juicio positivo de Diodoro sobre el problemático Terámenes está de acuerdo con el de Tucídides (cf. trad. cit., VIII 68, 4 y nota 369) y el de Aristóteles, que vieron en él el hombre capaz de conciliar la tradicional democracia con los ideales oligárquicos de un regreso a la *eunomía* de Solón. Pero también tuvo en su tiempo importantes detractores, como puede verse en LISIAS, *Contra Eratóstenes, uno de los Treinta* [12] 62 ss., en JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 16-22, y en ARISTÓFANES, *Ranas* 538-539.

²⁴³ Trasibulo, hijo de Lico, del demo de Estiria, fue uno de los principales demócratas de la reacción de Samos y tuvo un papel muy importante en la oposición a los Cuatrocientos. Más tarde destacará asimismo por su contribución al derrocamiento de los Treinta Tiranos. Hombre de gran experiencia naval, será ahora protagonista de los éxitos navales obtenidos por los atenienses antes de la derrota

de Egospótamos. Fue él quien llevó a Alcibíades a Samos (cf. TUCÍDIDES, VIII 81, 1), y con Trasilo se esforzaron por reorganizar la armada para recuperar las ciudades del Helesponto y de Eubea que se habían rebelado contra Atenas. Trasilo fue igualmente un notable defensor de la democracia; con Trasibulo fue el artífice de los éxitos posteriores a la restauración democrática del 411-410, hasta la batalla de las Arginusas, en la que fue estratego y fue condenado a muerte tras la victoria por no haber recogido a los náufragos a causa de una tempestad (cf. *infra*, XIII 101; JENOFONTE, *Helénicas* I 7).

²⁴⁴ Míndaro sustituyó a Astíoco como navarco de la flota peloponesia en el verano del 411 (cf. TUCÍDIDES, VIII 85, 1; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 27, 2). Se encontraba en el puerto de Mileto cuando supo, por medio de los espartanos Filipo e Hipócrates, que Tisafernes se burlaba de ellos y que no llegarían las naves fenicias (cf. TUCÍDIDES, VIII 99), por lo que decidió pasar al Helesponto, donde esperaba obtener la ayuda de Farnabazo, amigo de Esparta. En este pasaje, como en algunos otros de este período, hay una confusión entre Tisafernes y Farnabazo, y hay que estar atento a si se refiere realmente a Farnabazo o si utiliza este nombre cuando se refiere a Tisafernes.

²⁴⁵ Rodas se había rebelado contra Atenas en el 412 (cf. TUCÍDIDES, VIII 44). Los «ciudadanos más poderosos» habían invitado a Esparta para que les apoyara en su rebelión y Esparta envió una flota de noventa y cuatro naves para persuadir a todos los rodios a separarse de los atenienses, y recaudó una contribución de treinta y dos talentos. Al ser Rodas objeto de las apetencias de ambas potencias y ante la posibilidad de una reacción favorable a Atenas, el navarco espartano decidió enviar esta expedición al mando de Dorieo.

²⁴⁶ Según TUCÍDIDES, VIII 99, las naves que fueron con Míndaro de Mileto al Helesponto fueron setenta y tres.

²⁴⁷ En el curso de la travesía, la flota espartana fue sorprendida por una tempestad y se vio obligada a arribar a Ícaro (la actual Icaria, al oeste de Samos), donde permaneció unos días ante la imposibilidad de hacerse a la mar; luego llegó a Quíos. Cuando el ateniense Trasilo se enteró de la partida de Míndaro (cf. TUCÍDIDES, VIII 100), zarpó inmediatamente de Samos con cincuenta y cinco naves, y al saber que Míndaro estaba en Quíos, puso vigías en Lesbos para que la flota enemiga no le pasara inadvertida; desde Lesbos quería atacar Quíos y Éreso de Lesbos, que había hecho defección de Atenas.

²⁴⁸ En una acción por sorpresa descrita por TUCÍDIDES (VIII 101), Míndaro consiguió burlar a los atenienses. Zarpó de Quíos, pero no tomó la ruta de alta mar prevista, sino que dejó Lesbos a babor y se dirigió al continente; tocó en el puerto de Carteria, al parecer una islita situada enfrente de Focea y al anochecer estuvo en las Arginusas, enfrente de Mitilene, y desde allí, de noche, costeano, llegaron a Reteo, al este de la desembocadura del Escamandro, ya en el Helesponto, y a Sigeeo, al oeste del Escamandro. Míndaro era el navarco, es decir, el almirante de la flota peloponesia, cargo que adquirió importancia durante la Guerra del Peloponeso; tenía importantes poderes, además de los militares, y no estaba subordinado al rey; de su iniciativa dependían cuestiones como relaciones diplomáticas, treguas y tratados (cf. ARISTÓTELES, *Política* II 1271 a, 37 ss.).

²⁴⁹ El detalle de las tres naves aliadas que se unieron a la flota ateniense no se encuentra en Tucídides.

²⁵⁰ Cf. TUCÍDIDES, VIII 103, 3, donde las naves apresadas son sólo dos.

²⁵¹ El relato de Diodoro ha de completarse con los detalles proporcionados por Tucídides. Una escuadra ateniense de dieciocho naves que se encontraba en Sesto, ante la aparición en el Helesponto de la numerosa flota de Míndaro, se las ingenió para pasar inadvertida a la escuadra peloponesia de dieciséis naves que estaba en Abido y salir a mar abierto fuera del alcance de la flota enemiga. Cuando la flota de Míndaro las persiguió, lograron refugiarse en Imbros y Lemnos, salvo cuatro unidades que fueron apresadas, una con sus tripulantes (cf. TUCÍDIDES, VIII 102). Luego el grueso de la flota ateniense llegó a Eleunte, donde se preparó para la batalla naval (TUCÍDIDES, VIII 103, 3).

²⁵² Cf. TUCÍDIDES, VIII 104, 1-2. Frente a las ochenta y ocho naves peloponencias (ochenta y seis en Tucídides) los atenienses opusieron setenta y seis, número que no encontramos en Diodoro.

²⁵³ Igual en TUCÍDIDES, VIII 104, 3.

²⁵⁴ TUCÍDIDES, en sus últimos capítulos, VIII 104-105, describe los movimientos de la batalla de Cinosema, insistiendo también en la superioridad táctica de los atenienses, decisiva en una batalla incierta. El encuentro tuvo lugar en el otoño del 411, en aguas de Cinosema, un promontorio del Quersoneso Tracio, el actual Kilitbahir (cf. ESTRABÓN, VII fr. 55; XIII 1, 28). *Kynòs sêma*, Cinosema, es decir la «Tumba de la perra», que servía de señal a los navegantes; la leyenda cuenta que allí estaba enterrada Hécuba, la mujer de Príamo, que había sido transformada en perra (cf. EURÍPIDES, *Hécuba* 1271-1274; OVIDIO, *Metamórfosis* XIII 567-570).

²⁵⁵ En Diodoro la aparición de las veinticinco naves por detrás del promontorio es presentada como decisiva, mientras que para Tucídides lo que dio la victoria a los atenienses fue la estrategia de Trasibulo y Trasilo.

²⁵⁶ Cf. TUCÍDIDES, VIII 106, 3, el total de las pérdidas peloponencias fueron veintiuna naves: ocho de Quíos, cinco de Corinto, dos de Ampracia y otras dos de Beocia, y de Léucade, Esparta, Siracusa y Pelene, una de cada ciudad. En Diodoro faltan dos naves beocias y una espartana.

²⁵⁷ Cf. *supra*, nota 254. Hécuba, segunda esposa de Príamo, rey de Troya, y madre de diecinueve de sus cincuenta hijos, aunque estos números varían en las diversas fuentes. Según una leyenda, Hécuba fue transformada en perra cuando era perseguida por los compañeros de Poliméstor, a quien había cegado para vengar la muerte de su hijo Polidoro; pero según otra de las diferentes versiones que existen sobre esta historia, se habría transformado en perra en el barco que la llevaba cautiva a Grecia y se habría arrojado al mar.

²⁵⁸ En la costa sur de la Propóntide, el actual mar de Mármara, en el istmo de la península de Arctoneso.

²⁵⁹ Diodoro no se refiere al encuentro naval que tuvo lugar tres días después de la batalla de Cinosema (cf. TUCÍDIDES, VIII 107, 1-2). La flota ateniense puso

rumbo hacia Cícico y durante la travesía, a la altura de Harpagio y Príapo, avistó ocho naves de Bizancio y las derrotaron, después de lo cual los peloponesios enviaron a Eubea a Hipócrates y Epicles.

²⁶⁰ Diodoro es la única fuente que nos habla de este desastre.

²⁶¹ Cf. *FGrHist* 70 fr. 119.

²⁶² Estos dísticos sólo los conocemos gracias a Diodoro.

²⁶³ Alcibíades llegó a Samos después de haber persuadido a Tisafernes a acercarse a los atenienses y a privar a los espartanos de las naves fenicias prometidas, lo que le hizo ganarse las simpatías de las tropas de Samos. Según TUCÍDIDES, VIII 81, el encuentro de Alcibíades con los atenienses de Samos es anterior a la batalla de Cinosema; en Samos fue en seguida nombrado estratega.

²⁶⁴ En Diodoro es la Asamblea de Atenas la que decreta el regreso de Alcibíades en una sesión que tuvo lugar después de Cinosema y antes de la batalla de Abido. En Tucídides, sin embargo, la que llama a Alcibíades es la histórica asamblea que puso fin a la oligarquía de los Cuatrocientos y confió el gobierno a los Cinco Mil.

²⁶⁵ Cf. *supra*, XIII 38, 2 y notas 241 y 242.

²⁶⁶ Sobre estos hechos, cf. TUCÍDIDES, VIII 108, 2.

²⁶⁷ Sobre Antandro, cf. DIODORO, trad. cit., XII 72 y nota 568. Con la ayuda de hoplitas espartanos, Antandro había expulsado a una guarnición persa (cf. TUCÍDIDES, VIII 108 4-5), por lo que se inclinaba por la causa de Esparta.

²⁶⁸ Cf. DIODORO, trad. cit., XII 37, 2 y notas 233-235. El relato tucidídeo se interrumpe tras la victoria de Cinosema, en el invierno del 411, pero su proyecto inicial era llegar al 404, es decir, al final de la guerra (cf. TUCÍDIDES, V 26, 1).

²⁶⁹ Las *Helénicas* de Jenofonte, en siete libros, comienzan con el relato de los hechos del verano del 411 y concluyen con la batalla de Mantinea del 362, entre los tebanos, mandados por Epaminondas, y los espartanos.

²⁷⁰ La obra de Teopompo de Quíos, de la que quedan escasos fragmentos, llegaba hasta el 394, hasta la batalla de Cnido, en la que el ateniense Conón derrotó a la flota espartana. Fue discípulo de Isócrates y como su maestro intuyó la capacidad de Filipo de Macedonia para unificar el mundo griego.

²⁷¹ Cf. T. LIVIO, IV 49, que coloca este asedio de Bolas, la actual Lugnano, en el 415.

²⁷² Este personaje aparece en LISIAS, *Defensa de un anónimo* [21] 1, y en DIONISIO DE HALICARNASO, *Lisias* 21. Cf. asimismo *Inscriptiones Graecae* I², 108, 5-6 = TOD, 84; MEIGGS-LEWIS, 89; 109, 6-7; 110, 1 = TOD, 86; MEIGGS-LEWIS, 85.

²⁷³ Según la tradición *vulgata* (cf. T. LIVIO, IV 53, 1; T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 77), los cónsules de este año fueron M. Emilio Mamercino (trib. mil. *cons. pot.* 405, 403 y 401) y G. Valerio Potito (trib. mil. *cons. pot.* 415, 407 y 404). Los cónsules mencionados por Diodoro ocuparon el cargo en el 413 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 75).

²⁷⁴ La posición de Egesta era muy difícil, ya que era la responsable de la intervención ateniense en Sicilia.

²⁷⁵ La petición de ayuda de Egesta debió de poner en un brete a Cartago, que en ocasiones anteriores, en el 453 (cf. DIODORO, XI 54, 2) y en el 416 (cf. DIODORO, XII 82, 3-7) había renunciado a intervenir, por lo que Egesta tuvo que recurrir a Atenas. Ahora Cartago debía analizar los pros y los contras y el interés de frenar a una crecida Siracusa.

²⁷⁶ Aníbal era probablemente uno de los sufetas de Cartago, los magistrados supremos elegidos anualmente entre los miembros de la oligarquía.

²⁷⁷ Cf. DIODORO, XI 21-22.

²⁷⁸ Se ha observado que en lo que se refiere al odio respecto al mundo griego de Aníbal habría que tener en cuenta, aparte del hecho del resentimiento derivado de la derrota de Hímera, la propaganda antipúnica presente en la historiografía siciliota; las relaciones entre Cartago y Selinunte (precisamente donde estuvo exiliado Gescón) e Hímera en los años que preceden al 410 no parecen tan tensas según la investigación arqueológica.

²⁷⁹ La Siracusa de Diocles era partidaria, al parecer, de una política de no intervención.

²⁸⁰ Los calcideos de Sicilia.

²⁸¹ En aquella época, Selinunte era una de las ciudades más ricas de Sicilia como lo testimonian tanto sus magníficos templos y la extensión de su hábitat como la riqueza de su cerámica y sus emisiones monetarias. Sin duda fue un centro comercial importante, bien situado para los intercambios con el mundo púnico.

²⁸² Cf. *supra*, XIII 38, 5 y TUCÍDIDES, VIII 44.

²⁸³ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 2. Sobre Abido, cf. ESTRABÓN, *Geografía* Libros XI-XIV, intr., trad. y notas de M.^a Paz de Hoz García-Bellido, BCG 306, Madrid, 2003, XIII 1 22.

²⁸⁴ Según Jenofonte, la escuadra de Dorieo fue avistada por los vigías, que en seguida dieron aviso a los estrategos atenienses Trasibulo y Trasilo, y éstos inmediatamente salieron al encuentro del enemigo con veinte trirremes.

²⁸⁵ Ciudad de Tróade, situada al sur de Abido (cf. ESTRABÓN, trad. cit., XIII 1, 28). Según Jenofonte, Dorieo buscó refugio cerca del cabo Reteo, al sur de Dárdano.

²⁸⁶ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 3, según el cual no parece que fuera una auténtica batalla, sino que los atenienses se limitaron a perseguir y hostigar al enemigo, después de lo cual pusieron rumbo a Madito, en la orilla europea del Helesponto, en el Quersoneso tracio, a unos 7 km al sudoeste de Sesto.

²⁸⁷ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 4, Míndaro estaba ofreciendo un sacrificio a Atenea en lo alto de Ilión y bajó de allí para acudir en ayuda de Dorieo. Para JENOFONTE (I 1, 5-6), la intervención de Farnabazo tuvo lugar después de la llegada de Alcibiades.

²⁸⁸ En Jenofonte no encontramos estos datos.

²⁸⁹ Cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 27, 3.

²⁹⁰ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 6, y PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 27, 2, el número de estas naves era dieciocho. El «casualmente», *katà týchēn*, no deja de ser algo sorprendente e improbable (cf. G. GROTE, *A History of Greece*, Londres, 1888, vol. VI, pág. 341, nota 1).

²⁹¹ Según PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 27, 3-4, Alcibiades persiguió a un sector de la flota peloponesia que había conseguido imponerse y navegaba en persecución de los atenienses.

²⁹² Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 7, y PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 27, 4, las naves peloponias capturadas por los atenienses fueron treinta.

²⁹³ Desde hacía tiempo, Sesto era la base naval ateniense en el Helesponto. Tenía una excelente situación para controlar los Dardanelos, por lo que los atenienses establecieron allí una colonia cuando Milciades, hijo de Cípselo, ocupó el Quersoneso Tracio (cf. HERÓDOTO, VI 35-36); en el 478-477, después de Mícale, la liberaron del dominio persa. Sobre Sesto y las corrientes a tener en cuenta para cruzar el Helesponto, cf. ESTRABÓN, ob. cit., XIII 1, 22.

²⁹⁴ Aunque existía la posibilidad, en esta época se trata sin duda de un pretexto. Recuérdese que Diodoro confunde a Farnabazo (que participó en las operaciones en apoyo de Míndaro: cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1) con Tisafernes, responsable del asunto de las trirremes fenicias.

²⁹⁵ El primero había sido levantado después de la batalla de Cinossema (cf. *supra*, XIII 40, 6).

²⁹⁶ La noche se dividía según los turnos de guardia (*phylakai*).

²⁹⁷ El Euripo es el estrecho que separa Beocia de Eubea (cf. ESTRABÓN, *Geografía* Libros VIII-X, trad. y notas de J.J. Torres Esbarranch, BCG 289, Madrid, 2001, IX 2, 8 y nota 180).

²⁹⁸ Eubea había sido conquistada por Atenas en el 506 y su rebelión del 446 había sido sofocada por Pericles (cf. DIODORO, trad. cit., XII 7 y nota 43). Pese a ello, sus riquezas habían sido objeto de las apetencias de los beocios.

²⁹⁹ Las islas serían las Cícladas (entre las que está Paros citada expresamente a continuación), y el territorio enemigo podría ser la costa oriental del Peloponeso.

³⁰⁰ Las luchas civiles en Corcira ya eran antiguas. Al conflicto que sostuvo con Corinto por el asunto de Epidamno (cf. TUCÍDIDES, I 24-55; DIODORO, XII 30, 2-5; 31, 2-3) y a la alianza con Atenas (cf. TUCÍDIDES, I 44; DIODORO, XII 33, 2) siguió, en el 427, una guerra civil entre los demócratas, sostenidos por Atenas, y los oligarcas, que fueron derrotados (cf. TUCÍDIDES, III 69 ss.; DIODORO, XII 57).

³⁰¹ Cf. TUCÍDIDES, III 70 ss.

³⁰² Diecisiete años después de los duros reveses sufridos, la oligarquía se había reorganizado para tratar de recuperar el poder, lo que provocó la nueva intervención de los atenienses.

³⁰³ Ya había sido estratega en el 414; mandó una escuadra de dieciocho naves que combatió con la flota espartana en aguas de Naupacto (cf. TUCÍDIDES, VII 31, 4-5). Es ésta la primera aparición en Diodoro del famoso general ateniense que desempeñó un importante papel en los últimos años de la Guerra del Peloponeso y, sobre todo, en el período que siguió a su desastroso final. Fue el principal artífice de la recuperación ateniense con hechos como la victoria de Cnido (394 a. C.), la reconstrucción de los Muros Largos (393) y el restablecimiento de la Confederación Ático-delia (cf. J.J. TORRES ESBARRANCH, «Conón. Ensayo de una biografía», *Convivium* 15-16 [1963], 133-166; R. SEAGER, «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism, 396-386 B. C.», *Journal of Hellenic Studies* 87 [1967], 95-115).

³⁰⁴ Son los mesenios que habían sido desterrados por los espartanos y a los que Tólmides había establecido en Naupacto en el 456 (cf. DIODORO, XI 84, 7).

³⁰⁵ Seguramente el templo de Hera, uno de los templos dóricos del parque de Mon Repos.

³⁰⁶ Literalmente dice «a la hora del mercado lleno», es decir, entre las 9 y las 12 de la mañana.

³⁰⁷ Arquelaos subió al trono de Macedonia en el 413, sucediendo a Perdicas, y reinó hasta el 399. Fue tan famoso por sus grandes obras como por sus crímenes. Hijo de Perdicas y de una esclava, se desembarazó de la familia legítima de Perdicas para subir al trono y asegurar su reinado (cf. PLATÓN, *Gorgias* 471). No obstante, fomentó el engrandecimiento de Macedonia, como señala TUCÍDIDES (II 100, 2), que le elogia por su labor administrativa y política. Era partidario de Atenas y fue un amante de la cultura griega y un gran mecenas; se esforzó por helenizar su país, para lo que hospedó y protegió a diversos hombres ilustres de su tiempo, entre ellos a Eurípides.

³⁰⁸ Esta intervención de Terámenes en apoyo de Arquelaos es prueba de las buenas relaciones que entonces había entre Atenas y Macedonia. Terámenes llegó a Pidna después de su actuación en Paros, pero sólo permaneció allí un tiempo, ya que, con sus veinte naves, tuvo que zarpar para reunirse con Trasíbulo, que también estaba al frente de veinte naves (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 12).

³⁰⁹ El navarco espartano reorganizó la flota peloponesia y reunió sesenta naves.

³¹⁰ Debido a su inferioridad numérica, los atenienses decidieron trasladarse a una zona más segura y arribaron a Cardia, en el Quersoneso Tracio.

³¹¹ Alcibíades, después de la victoria de Abido y del mes de prisión en Sardes por orden de Tisafernes, hecho al que no se refiere Diodoro (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 9-10; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 27, 5; 28, 1), se refugió en Clazómenas, desde donde, con cinco trirremes y una nave rápida, fue a reunirse con los atenienses que estaban en Cardia. Y cuando supo que la flota peloponesia pasaba de Abido a Cícico, se dirigió a Sesto, donde se reunió con la flota de Terámenes y Trasíbulo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 11; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 28).

³¹² Cf. ESTRABÓN, trad. cit., XIII 1, 16 y nota 72. La isla de Mármara, que tenía una encomiada cantera de mármol blanco.

³¹³ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 13, la reunión de la flota ateniense tuvo lugar en Pario (cf. ESTRABÓN, trad. cit., XIII 1, 14), y la partida desde la isla de Proconeso hacia Cícico se produjo después de una asamblea en la que Alcibíades comunicó a los soldados su proyecto de luchar por tierra y por mar y en torno a las murallas (JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 14; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 28).

³¹⁴ Se inicia aquí el relato de la importante batalla de Cícico, que, en caso de derrota, hubiera acarreado graves consecuencias para Atenas, ya que el rey de Persia hubiera podido exigir el cumplimiento del tratado entre Esparta y Persia del 411, cuyo texto nos transmite TUCÍDIDES (VIII 58), según el cual las ciudades jonias hubieran quedado bajo control persa.

³¹⁵ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 16, y PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 28, 3-5, los factores meteorológicos ayudaron además a los atenienses, ya que una lluvia intensa que disminuía la visibilidad impidió que los peloponesios, fuera del puerto, se percataran del potencial y de la situación de la flota enemiga.

³¹⁶ Las fuentes suelen atribuir el planteamiento de esta batalla al talento estratégico de Alcibíades.

³¹⁷ Cícico.

³¹⁸ Fue una grave derrota para los peloponesios; su flota cayó en manos de los atenienses, que capturaron un gran número de prisioneros, y la ciudad de Cícico, abandonada por Farnabazo, acogió a los atenienses. Además, los aliados occidentales, entre los que estaban los siracusanos de Hermócrates, regresaron a sus ciudades. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 20, y PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 28, 6.

³¹⁹ La importante victoria de Cícico aseguraba para los atenienses el control del Helesponto, lo que explica el extraordinario entusiasmo que la noticia despertó en Atenas, que se apresuró a enviar refuerzos a Alcibíades a fin de que consiguiera recuperar las numerosas ciudades que habían hecho defección.

³²⁰ Era un ex éforo que mantenía una antigua relación con Alcibíades y que ya había desempeñado importantes misiones diplomáticas; fue uno de los tres embajadores espartanos que fueron a Atenas en el 420 y que fueron engañados por Alcibíades, con el que después colaboró en el 413-412 (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., V 44, 2/3-45; VIII 6, 3 y nota 102). A esta embajada de Endio podría referirse un pasaje de ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 34, 1).

³²¹ Desde Decelia, en manos de los lacedemonios, se controlaba fácilmente el Ática, con lo que se reducía la disponibilidad de los campos.

³²² El Gran Rey de Persia.

³²³ Alusión al pueblo ateniense y a sus aliados.

³²⁴ En el texto hay una laguna, que se soluciona con el *ekblēthéntes* añadido por Reiske.

³²⁵ Después de los éxitos de Cinosema, Abido y Cícico, la oligarquía moderada ateniense se encontró en una situación difícil, mientras que el partido popular, antiespartano, consiguió rehacerse. Se rechazó la propuesta de Esparta y

Atenas se encaminó a la restauración de la democracia tradicional y a la continuación de la guerra.

³²⁶ Cleofonte, un fabricante de liras (cf. ESQUINES, *Sobre la embajada* [2], 76), fue el hombre que estuvo al frente del partido democrático y de la política ateniense desde el verano del 410 hasta la toma del poder de los Treinta Tiranos. Heredero político de Hipérbolo y de Cleón restauró la democracia antigua, tomó importantes decisiones políticas y financieras y fue objeto de las chanzas de los cómicos.

³²⁷ La visión de Diodoro contraria al sistema democrático ateniense, haciéndole responsable de la decadencia política de Atenas, se ha señalado como confirmación de la tendencia oligárquica y el interés por la constitución espartana de Éforo, su fuente.

³²⁸ Personaje que aparece en LISIAS, *Defensa de un anónimo* [21], 2; *Inscriptiones Graecae* I², 115,2; 372, 5-6.

³²⁹ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 54, 1; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., págs. 77-78), fueron cónsules este año Gn. Cornelio Coso (trib. mil. c. p. 414) y L. Furio Medulino (cons. 413 y trib. mil. c. p. 407, 405 ss.). Los cónsules a los que se refiere Diodoro (Q. Fabio Ambusto Vibulano y G. Furio Pacilo) ocuparon el cargo en el 412 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 76).

³³⁰ El actual cabo Boeo, al norte de Marsala.

³³¹ Este pozo aquí mencionado era al parecer la gruta de la Sibila de Lilibeo (cf. SOLINO, V 7, 2; TÁCITO, *Anales* VI 12). La ciudad de Lilibeo, que luego se convertiría en el centro púnico más importante de la isla, fue fundada por los cartagineses en el 397, después de la destrucción de Motia por Dionisio I de Siracusa (cf. DIODORO, *infra*, XIV, 53 y XXII 10, 4). Fue conquistada por Roma en el 241, después de un asedio de diez años (cf. POLIBIO, I 41-59).

³³² Las cifras de los historiadores se consideran exageradas, pero evidencian la importancia de la expedición y los preparativos cartagineses.

³³³ Motia, situada en la actual isla de San Pantaleón, al norte de Marsala, fue el asentamiento púnico más antiguo e importante de Sicilia (cf. TUCÍDIDES, VI 2, 6).

³³⁴ Cerca de la actual Mazara del Vallo, a pocos kilómetros de Selinunte; era un emporio destinado seguramente al comercio con Cartago.

³³⁵ Cf. DIODORO, XI 21, 4-5.

³³⁶ Este pasaje confirmaría las buenas relaciones anteriores entre Cartago y Selinunte.

³³⁷ Comienza aquí la viva y dramática descripción del asedio de Selinunte.

³³⁸ Ciudades calcideas eran Naxos, Leontinos y Catana, que habían apoyado a los atenienses en la guerra contra Siracusa. Los siracusanos tuvieron que interrumpir las hostilidades contra los calcideos para intervenir en Sicilia occidental y, según Diodoro, lo hicieron sin prisas, igual que Acragante y Gela, más cercanas al peligro cartaginés.

³³⁹ Fue pues un asedio de corta duración.

³⁴⁰ Diodoro quiere evidenciar la barbarie y la crueldad de los cartagineses, lo que era habitual en las fuentes griegas. Respecto a la costumbre de mutilar y guardar como trofeo las cabezas de los vencidos, cf. DIODORO, V 29, donde la vemos entre los galos.

³⁴¹ Personaje que no aparece en otras fuentes; debía de pertenecer al partido filopúnico.

³⁴² Según esta afirmación de Diodoro, pues, habría sido fundada en el 650 a.C. (fecha que también da para Hímera: cf. *infra*, XIII 62). Pero TUCÍDIDES (VI 4, 2) nos da el 628-627 a.C. (cien años después de la fundación de Mégara Hiblea). Si esta datación es objeto de polémica, las fuentes (cf. TUCÍDIDES, VI 4, 2; PSEUDO-ESCIMNO, 291-293; ESTRABÓN, VI 2, 6) están de acuerdo respecto a los fundadores, que procedían de Mégara Hiblea y eran conducidos por Pámilo, que a su vez venía de la metrópoli, Mégara Nisea. La arqueología ha confirmado este origen megareo, pero no ha solucionado definitivamente el problema cronológico, ya que las excavaciones de la acrópolis parecen confirmar la fecha tucidídea, mientras que los datos del templo de Deméter *Malophóros* hacen pensar en un asentamiento anterior, que tal vez precedería a la colonización oficial y que apoyaría la datación de Diodoro. Aquí acaba pues el drama de Selinunte, un importante bastión del helenismo en Sicilia occidental.

³⁴³ Cf. *supra*, XIII 43, 5. Aparte del motivo de la venganza por lo ocurrido a su padre, Gescón, y a su abuelo Amílcar, la rápida conquista de Selinunte, que daba seguridad a Egesta, se coronaba con el ataque a Hímera, cuyo dominio suponía la posibilidad de completar el control de la zona occidental.

³⁴⁴ Probablemente se trataba de tropas proporcionadas por ciudades indígenas helenizadas de Sicilia occidental, que estarían bajo el control de Hímera y que pretenderían independizarse.

³⁴⁵ Sobre Timeo, cf. *infra*, XIII 90, 6.

³⁴⁶ Son las trirremes que Siracusa había enviado al mando de Hermócrates (cf. *supra*, XIII 34, 4 y nota 220) en apoyo de la flota espartana que operaba en el este del Egeo; se distinguieron en la toma de Yaso (cf. TUCÍDIDES, VIII 28, 2) y en la batalla de Cínosema (cf. *supra*, XIII 39, 4; 40, 5). La derrota de Cícico, en marzo del 410, dificultó la influencia de Hermócrates en la escena política siracusana y, según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 27, Hermócrates recibió en Antandro la noticia de que era condenado al exilio con los otros comandantes, condena que evidenciaba el triunfo en Siracusa de su rival Diocles, jefe del bando democrático. Pero aún tuvo tiempo de preparar una nueva flota con la ayuda del sátrapa Farnabazo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 29-31) y con ella regresó a Sicilia, adonde llegó cuando la situación de Hímera era muy comprometida. Cf. *infra*, XIII 63, 1.

³⁴⁷ Es problemática la veracidad de la noticia de estos preparativos para atacar Siracusa; no parece probable que fuera un proyecto inmediato de Aníbal, como lo demuestra su regreso a Cartago después de la conquista de Hímera, con cuya posesión, unida a la de Selinunte, tenía garantizado el control de la Sicilia occidental.

³⁴⁸ Es un pasaje problemático. La traducción se basa en la lectura *apóntōn* de Wurm; pero con el *apolōlōtōn* y la lectura sugerida por Vogel el sentido sería diferente. Con un punto detrás de «al asalto», la traducción sería: «El hecho de que hubieran caído las tropas mejores en aquella batalla fue el motivo por el que les pareció...».

³⁴⁹ Así pues, según Diodoro, Hímera había sido fundada en el 648 a. C. (cf. DIODORO, XI 20, 3 y nota 164). Fue arrasada en la primavera del 408 y desde entonces permaneció deshabitada.

³⁵⁰ Diodoro recuerda los méritos de Hermócrates con ocasión de la expedición ateniense del 415 (cf. *supra*, XIII 4, 1 y nota 35; 11, 4; 18, 3; 19, 6). Su partida al mando de las treinta y cinco trirremes (cf. *supra*, XIII 34, 4) abrió el camino para que el bando popular de Diocles se hiciera con el poder.

³⁵¹ O «en el Helesponto», siguiendo a Wesseling, de acuerdo con la narración de Jenofonte. Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 31, el relevo tuvo lugar en aguas de Mileto.

³⁵² Cf. *supra*, XIII 61, 1 y nota 346. Según JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 29, los enviados para tomar el mando fueron Demarco, hijo de Epícides, Miscón, hijo de Menécrates, y Pótamis, hijo de Gnosias.

³⁵³ Hermócrates, aun contando con el apoyo de los partidarios de la oligarquía, fracasó en su propósito de regresar a Siracusa. Pero entonces, de igual modo que en el congreso de Gela, en el 424, había sido el paladín de la oposición a la presencia ateniense en Sicilia, ahora, con la conquista de Selinunte y con su guerra particular contra la zona controlada por Cartago, aglutinaría las fuerzas antipúnicas de la isla.

³⁵⁴ De Motia. Cf. *supra*, XIII 54, 5.

³⁵⁵ De Panormo, la actual Palermo.

³⁵⁶ En los manuscritos de Diodoro se lee «Trasibulo», pero, según JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 6 ss., sería Trasilo. El relato es continuación del final del capítulo 53.

³⁵⁷ El ataque contra Éfeso acabó en un fracaso, en el que tuvo un importante papel la intervención de las tropas de Tisafernes, que dispuso la defensa de la ciudad y de Artemisio. Las fuerzas atenienses desembarcaron en dos puntos, los hoplitas cerca del Coreso (donde a partir del 286 estaría la ciudad helenística), y la caballería, los peltastas, la infantería de marina y el resto de las tropas cerca de la zona pantanosa (la antigua desembocadura del Caistro) que se encontraba al otro lado de la ciudad, cuyo centro, en el siglo V, estaba en la colina de Ayasolouk, bañada entonces por el mar. La reacción de los efesios puso en fuga a los atenienses, y Diodoro y Jenofonte coinciden en el número de los caídos (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 6-8).

³⁵⁸ En este caso y en el anterior puede tratarse de Trasilo.

³⁵⁹ Calcedón tenía una importantísima posición estratégica para el control del estrecho; estaba en el Bósforo enfrente de Bizancio (cf. HERÓDOTO, IV 144, que cuenta una anécdota sobre la colonización de Calcedón y Bizancio, ambas fundación de Mégara).

³⁶⁰ Crisópolis, «Ciudad de oro», está en la parte asiática del Bósforo, en el sitio de la actual Scutari o Uskudar, donde se encuentra el más grande y el más hermoso de los cementerios de Constantinopla.

³⁶¹ Sobre Bizancio, cf. DIODORO, trad. cit., XI 44, 3 y nota 339.

³⁶² El pasaje es problemático. En primer lugar, los manuscritos presentan un *apolýsas*, al que no cuadra el sentido de «habiendo dejado partir» o «habiendo despedido», ya que en seguida vemos que Alcibiades no actúa solo. La traducción de Oldfather lo soluciona entendiéndolo como «Habiendo confiado... el mando separado de treinta naves». Por ello podemos adoptar la corrección de Reiske, *apokalésas*, con lo que se entiende «habiendo llamado», que de nuevo puede referirse a Trasilo, y no a Trasibulo, que acababa de partir rumbo a Tracia.

³⁶³ Seguimos la corrección de Wesseling.

³⁶⁴ Los espartanos aprovecharon la actividad ateniense en el Helesponto para atacarlos por otro sitio y eligieron Pilos, la famosa plaza que los atenienses habían fortificado en el 425, dejando en ella una guarnición de mesenios (cf. DIODORO, trad. cit., XII 61, 1 y notas 466 ss.).

³⁶⁵ Fue elegido estratego en el 409 y será uno de los protagonistas de la restauración democrática del 403. Enemigo de los sofistas, en el 399 fue uno de los acusadores de Sócrates, junto a Meleto y a Licón (cf. PLATÓN, *Menón* 90 a-b; *Apología*, *passim*; JENOFONTE, *Apología* 29-31; *Helénicas* II 3, 42-45; LISIAS, *Contra Agorato* [13], 78 y 82; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 27, 5 y 34 3).

³⁶⁶ Cf. DIODORO, trad. cit., XII 63, 5.

³⁶⁷ Nisea, el puerto de Mégara, había sido ocupada por Nicias en el verano del 424 y desde entonces había estado bajo el control de Atenas (cf. DIODORO, trad. cit., XII 66, 3-4) y habían sido infructuosos los intentos de Mégara para recuperarla.

³⁶⁸ El nombre de estos dos estrategos no aparece atestiguado en otras fuentes.

³⁶⁹ Es probable que fueran unos soldados siciliotas que formaban parte de las tripulaciones de las cuatro naves siracusanas capturadas en Éfeso; conducidos como prisioneros a Atenas y encerrados en las canteras del Pireo, habrían logrado escapar y dirigirse a Decelia y Mégara (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 12-14).

³⁷⁰ *Kérata*, es decir los «Cuernos». Era una colina con dos cimas, lo que explica su nombre, que señalaba el límite entre la Megáride y el Ática. Cf. ESTRABÓN, *Geografía* Libros VIII-X, trad. y notas de J. J. TORRES ESBARRANCH, BCG 289, Madrid, 2001, IX 1, 11 y nota 56.

³⁷¹ Vogel sugirió sustituir este «lacedemonios» y el de la línea siguiente por «siciliotas», ya que antes no se ha citado a los lacedemonios.

³⁷² Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 32. Debió de ser elegido en el 409-408 y tomó el mando de la flota en Quíos.

³⁷³ Es ésta la única acción notable de este hombre de la que tenemos conocimiento.

³⁷⁴ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 13-18, la flota ateniense llegó a Lámpsaco, en la costa oriental del Helesponto, procedente de Sesto. Allí los hombres de Alcibiades y de Trasibulo (o Trasilo: cf. *supra*, notas 356 y 358) pasaron el invierno, dedicándose a reforzar las fortificaciones y efectuando algunas razias contra Abido y el territorio persa.

³⁷⁵ Bloquearon la ciudad por el Bósforo y la Propóntide.

³⁷⁶ Era el título que, durante la Guerra del Peloponeso y en los años posteriores, se daba al comandante lacedemonio que mandaba una guarnición instalada en una ciudad extranjera; era gobernador militar y apoyaba y controlaba el régimen oligárquico de la ciudad. También se dio este nombre al jefe de un ejército que operaba en una determinada región, y asimismo lo recibieron funcionarios nombrados por los espartiatas para vigilar los territorios ocupados por los periecos.

³⁷⁷ Diodoro sólo relata la acción de Hipócrates, pero no hace referencia a la intervención de Farnabazo, que encontramos en JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 5-7, y en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 30, 1. La batalla acabó mal tanto para los espartanos como para Farnabazo, que tuvo que emprender la retirada.

³⁷⁸ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 8.

³⁷⁹ O Selimbria, ciudad de Tracia situada en la costa septentrional de la Propóntide, de gran importancia estratégica, en el sitio de la actual Silivri. Encontramos más detalles de la conquista de esta ciudad en JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 21, y en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 30, 2.

³⁸⁰ Bizancio, que se había pasado a los espartanos en el 412-411 (cf. *supra*, 64, 2), era una ciudad a recuperar a toda costa debido a la importancia de su posición. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 14.

³⁸¹ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 15.

³⁸² Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 17-20, y PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 31, 2-3.

³⁸³ Jenofonte no se refiere a esta estratagema de Alcibiades, que también aparece en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 31, 2-3, por lo que Diodoro sigue posiblemente la misma fuente que Plutarco.

³⁸⁴ Cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 31, 5.

³⁸⁵ Esta noticia no aparece ni en Jenofonte ni en Plutarco, que se refiere, sin embargo, al proceso al que Anaxilao, uno de los traidores bizantinos, se vio sometido en Esparta (cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 31, 5-6).

³⁸⁶ Su nombre está atestiguado en JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 1. Cf. asimismo *Inscriptiones Graecae* I², 118, 5 (= TOD, 90; MEIGGS-LEWIS, 90); 119, 4; 120, 6.

³⁸⁷ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 56-57; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 78), en el presente año, en lugar de los dos cónsules, fueron elegidos tres tribunos militares *consulari potestate*: G. Julio Julio (trib. mil. *cons. pot.* 405), P. Cornelio Coso y G. Servilio Ahala (trib. mil. *cons. pot.* 407, 402). Los cónsules mencionados por Diodoro desempeñaron el cargo en el 411 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 76).

³⁸⁸ Cf. L. MORETTI, ob. cit., núm. 347. Su nombre se encuentra en diversas fuentes, que se refieren a su estatua de Olimpia (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 1; PAUSANIAS, VI 8, 3; ELIANO, *Historias curiosas* X 2).

³⁸⁹ Abido era una base muy importante en manos de Esparta. Cf. *supra*, XIII 39 ss.

³⁹⁰ Este Mantiteo podría ser el mismo que, con Alcibíades, se vio envuelto en el asunto de la mutilación de los hermes (cf. *supra*, XIII 2, 3 y notas 12 ss.); dejó Atenas en el verano del 415 y, juntamente con Alcibíades, se refugió en Clazómenas en el 411 (cf. *supra*, nota 311). Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 10; ANDÓCIDES, I 44.

³⁹¹ Todo el pueblo ateniense centró su atención en el regreso de Alcibíades, un personaje que en uno u otro sentido inspiraba reacciones apasionadas entre sus contemporáneos. A la pregunta de qué opinión tenía de él la ciudad, un personaje de la comedia contesta: «lo ama, lo odia y sin embargo quiere poseerlo» (cf. ARISTÓFANES, *Nubes* 1425). Sócrates dice que dos son los objetos de su afecto: Alcibíades, hijo de Clinias, y la filosofía (cf. PLATÓN, *Gorgias* 481 d). Alcibíades pasó su juventud en casa de su tutor, Pericles, y fue discípulo y amigo de Sócrates. Desde el 420 hasta el 406 tuvo un papel importante en la política de Atenas y en la Guerra del Peloponeso. Tras el período en que, huido de Atenas, aconsejó militarmente a Esparta y a Persia, sus exitosas intervenciones al mando de fuerzas atenienses y este regreso a Atenas despertaron el interés de todos los atenienses, que acudieron al Pireo, pero poco después, tras la batalla de Notio, en el 406, sería nuevamente exiliado. Un retrato de su personalidad puede verse en TUCÍDIDES, VI 15.

³⁹² Más detalles sobre esta llegada de Alcibíades al Pireo y sus antecedentes pueden verse en JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 12 ss.; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 34, 1; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibíades* 6, 1-3; JUSTINO, V 4, 9-14. La flota atracó el 25 del mes de Targelión (junio), cuando se celebraban las Plinterias en honor de Atenea Políade, cuya estatua se sumergía en aguas del Falero. Pese a la entusiástica acogida general, parece que Alcibíades tomó sus precauciones, temiendo a sus enemigos y mirando desde el puente, antes de desembarcar, si estaban presentes sus amigos.

³⁹³ Sobre el discurso de Alcibíades, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 20; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 33, 2.

³⁹⁴ Cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 33, 2. Los Eumólpidas eran la antigua familia sacerdotal que presidía los Misterios; descendía de Eumolpo, el mítico rey de Eleusis que según una tradición había fundado los Misterios, sobre los cuales cf. *supra*, XIII 27, 1 y nota 185. Sobre las impiedades atribuidas a Alcibíades, cf. *supra*, XIII 2, 3 y notas 12 y 13; TUCÍDIDES, VI 28, 1; 61, 1.

³⁹⁵ La elección de Alcibíades como estratego con plenos poderes (*autokrátōr*) aparece asimismo en Jenofonte y Plutarco, pero hay desacuerdo respecto al nombre de sus colegas. Para Diodoro (cf. asimismo CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibíades* 7, 1) eran Adimanto y Trasibulo; pero JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 10, habla de una elección de Alcibíades como estratego junto a Trasibulo y Conón anterior a su llegada a Atenas, y, en I 4, 20, se refiere a su nombramiento como estratego

autokrátōr en la sesión de la asamblea; Jenofonte menciona asimismo a otros estrategos del año, Adimanto y Aristócrates (4, 21) y Fanóstenes (5, 18).

³⁹⁶ Alcibiades se hizo de nuevo a la mar, según JENOFONTE (I 4, 21), cuatro meses después de su regreso, o sea, en octubre.

³⁹⁷ Conserva este nombre el puerto de Gaurio, en la costa occidental de la isla.

³⁹⁸ El ataque a Andros, la más septentrional de las Cícladas, bajo control de Esparta desde el 410, tras haber hecho defección de Atenas, no tuvo el éxito esperado. No fue una derrota, como sostenían los enemigos de Alcibiades (cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 35, 1), pero, pese a la victoria sobre las tropas enemigas, no se pudo conquistar la isla. Aun así, se levantó un trofeo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 22-23).

³⁹⁹ Cos es una isla del Dodecaneso situada a unos 5 km de la costa asiática. De lengua e instituciones dóricas en época arcaica, había pasado a formar parte de la liga ático-delia después de las Guerras Médicas, pero en la Guerra del Peloponeso, después de Cinosema, pasó a estar bajo el control de Esparta. En cuanto a Rodas, sus tres ciudades, Yaliso, Lindo y Camiro, que pertenecían a la liga ático-delia, en el 412-411 pasaron al bando de Esparta (cf. TUCÍDIDES, VIII 44, 3). Hubo intentos de Atenas para recuperar la isla, y las luchas internas entre los partidos oligárquico y democrático indujeron al espartano Míndaro a enviar a la isla a Dorieo (cf. *supra*, XIII 38, 5; 45, 1; JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 1). Luego las tres ciudades experimentarán un proceso de sinecismo, unificándose en la nueva ciudad de Rodas (cf. *infra*, XIII 75, 1; ESTRABÓN, XIV 2, 9-12).

⁴⁰⁰ Lisandro, hijo de Arsistocleto, pese a no pertenecer a ninguna de las dos familias reales de los Agíadas y los Euripóntidas, destacó por sus extraordinarias dotes de mando y fue uno de los mejores generales espartanos de todos los tiempos. Fue elegido para mandar la flota en sustitución de Cratesípidas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 1; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 3, 2), probablemente en septiembre del 408. Como señala Diodoro, reorganizó la armada espartana, muy mermada después de la derrota de Cícico, y se procuró naves de las ciudades aliadas; hizo de Éfeso su base naval (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 3, 3-4).

⁴⁰¹ Se trata de Ciro, el hijo menor de Darío II y Parisátide, que pese a su juventud recibió el mando de las fuerzas armadas persas de Asia Menor. Respecto a la importancia de la entrevista de Ciro y Lisandro en Sardes, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 2-8; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 4.

⁴⁰² El darico era la moneda persa acuñada por Darío I. La suma proporcionada por Ciro le permitía a Lisandro aumentar la paga de los soldados de tres a cuatro óbolos. Sobre la discusión respecto al montante de la ayuda y la anécdota del aumento conseguido por Lisandro aprovechando la ocasión de un brindis, cf. los textos citados de Jenofonte y Plutarco. La suma concedida por Ciro, según este pasaje de Diodoro, que coincide con Plutarco, era de diez mil daricos. Dando al darico el valor de treinta dracmas áticas, se llega a un total de trescientas mil dracmas, lo que corresponde a la cifra de cincuenta talentos que se encuentra en Jenofonte.

⁴⁰³ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 3, donde leemos las palabras de Ciro respecto a las instrucciones de su padre.

⁴⁰⁴ Las *hetairíai* o grupos políticos, que en el caso de las ciudades jónicas visitadas por Lisandro eran facciones de tendencia oligárquica que encontraban el apoyo de Esparta. Lisandro tuvo la habilidad de apoyar las facciones filoespartanas no sólo de las ciudades aliadas, sino también de aquellas que habían hecho defección o se apartaban de Atenas (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 5, 5).

⁴⁰⁵ Sobre Notio, cf. TUCÍDIDES, trad. cit., III 34 y notas 210 y 220. Notio, puerto de Colofón, estaba al nordeste de Éfeso. Fue tomada por los atenienses en el 428 y entregada por el estratega ateniense Paques a los colofonios, a excepción de los que simpatizaban con los medos; luego los atenienses enviaron allí sus colonos y dieron a la ciudad nuevas leyes. Fue una base naval de gran importancia para las operaciones atenienses en Jonia.

⁴⁰⁶ Las fuentes no están de acuerdo respecto al motivo por el que Alcibíades se alejó de Notio. En este pasaje Diodoro dice que se dirigió a Clazómenas, pero JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 11, afirma que fue a Focea para ayudar a Trasíbulo en el asedio de la ciudad, lo que encuentra confirmación en PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 5, 1. Pero el mismo PLUTARCO (en *Vida de Alcibíades* 35, 4) dice que fue a Caria en busca de dinero para las soldadas. Sin embargo, todas las fuentes están de acuerdo en cuanto a las órdenes dadas a Antíoco, al que se califica de hábil piloto, pero de hombre rudo y falto de inteligencia.

⁴⁰⁷ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* 15, 12; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 35, 6; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 5, 1.

⁴⁰⁸ Sobre esta batalla de Notio, en marzo del 407, las fuentes están de acuerdo respecto al desorden de la flota ateniense frente a una bien dirigida flota espartana, pero hay divergencia respecto al número de naves perdidas por los atenienses, ya que aquí Diodoro habla de veintidós, mientras que Jenofonte dice que fueron quince. Esta derrota de Notio tuvo importantes consecuencias para Alcibíades, ya que dio pie a la reacción de sus enemigos políticos y a que la opinión pública olvidara las aclamaciones que le había tributado a su regreso y le volviera la espalda; así, en las elecciones del 407-406, no fue elegido estratega. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 16; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 36, 1-3.

⁴⁰⁹ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 9, el ataque de Trasíbulo contra Tasos, isla del Egeo septentrional situada enfrente de la costa tracia, tuvo lugar antes del regreso de Alcibíades a Atenas. En el 411, Pisandro instauró un gobierno oligárquico en Tasos (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 64); luego los tasios laconizantes y el harmosta Eteónico fueron expulsados (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 32); pero el poder debió de pasar de nuevo a manos de los oligarcas, lo que explicaría la intervención de Trasíbulo.

⁴¹⁰ Abdera, enclave estratégico y de gran importancia comercial en la costa tracia, había pertenecido a la liga ático-delia, pero había hecho defección en el 411. Evidentemente se ponía un gran interés en su reconquista.

⁴¹¹ Agis, hijo de Arquidamo, había subido al trono en el 427 y, en el 413, por consejo de Alcibíades, había tomado la fortaleza de Decelia (cf. *supra*, XIII 9, 2 y

nota 92).

⁴¹² Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 33-34, que sitúa este ataque contra Atenas desde Decelia en el 410-409. O son dos ataques diferentes o es una trasposición cronológica (cf. A. FERRABINO, *L'Impero Ateniense*, Roma, 1972, pág. 403).

⁴¹³ Es decir, unos mil quinientos metros.

⁴¹⁴ Cf. DIODORO, XII 70, 1-3.

⁴¹⁵ Era el parque situado en la periferia de Atenas, a orillas del Cefiso, donde estaba la tumba del héroe Academo. Cimón lo embelleció con plantaciones de árboles y con obras de arte. En el 388 a. C., Platón empezó a enseñar allí, y fue la sede de la escuela platónica hasta el 529 d.C., cuando Justiniano la cerró.

⁴¹⁶ Este ataque contra la eolia Cime, situada al nordeste de Quíos y al sudeste de Lesbos, no aparece en otras fuentes, y se ha pensado que, dadas las circunstancias, Diodoro utilizó una fuente hostil a Alcibiades. Este ataque puede encontrar su explicación en el hecho de que Cime, tradicional aliada de Atenas, probablemente había hecho defección en el 411 (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 22, 1; 31, 3-4).

⁴¹⁷ La acusación de los cimeos se sumaba a otras denuncias contra Alcibiades y al descontento de los atenienses por sus últimas actuaciones. La derrota de Notio había trastocado la situación y Lisandro le ganaba la partida a Alcibiades en las relaciones con los persas, ya que conseguía con Ciro lo que no había logrado Alcibiades con Tisafernes.

⁴¹⁸ La que acababa de tener lugar en aguas de Notio.

⁴¹⁹ Son los estrategos del año 407-406, con la salvedad de que en JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 16, encontramos León en lugar de Lisias, y Trasilo por Trasibulo.

⁴²⁰ Cf. *supra*, XIII 48, 6 y nota 303.

⁴²¹ Conón, al mando de veinte naves (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 18-20), fue de Andros a la base naval de Samos, donde reinaba el desánimo debido a los recientes fracasos. Allí concentró las tripulaciones en setenta trirremes y se hizo a la mar para efectuar razias en el territorio enemigo.

⁴²² Eran bien conocidos el lujo y el derroche de Alcibiades y concretamente su pasión por los caballos; según ISÓCRATES, *Sobre el tronco de caballos* 34, «puso en carrera un número tan grande de troncos de caballos como nunca usaron en competición ni las ciudades más importantes». Igualmente TUCÍDIDES (VI 16, 2), refiriéndose a las carreras hípicas de Olimpia del 416 a. C. (Olimpiada 91.^a), en un discurso de Alcibiades, pone en su boca estas palabras: «presenté siete carros, número antes nunca alcanzado por ningún particular, y logré la victoria, el segundo y cuarto puestos [los tres primeros, según otras fuentes: Eurípides e Isócrates], y dispuse todo lo demás en consonancia con mi triunfo». La noticia que nos da aquí Diodoro sobre la apropiación de los caballos de Diomedes aparece asimismo en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 12, 3. Diomedes intentó un proceso contra Alcibiades en el 408, pero no lo consiguió; luego, tras la muerte de Alcibiades, cuando su hijo alcanzó la mayoría de edad, fue objeto de la querrela que no había progresado contra su padre, y fue en esta ocasión que, para el hijo de Alcibiades,

Isócrates escribió su discurso: cf. ISÓCRATES, *Discursos* I, intr. trad. y notas de J. M. GUZMÁN HERMIDA, BCG, 23, Madrid, 1979, *Sobre el tronco de caballos*, págs. 95-110.

⁴²³ Se inicia pues el segundo exilio de Alcibíades, que será condenado a muerte en Frigia, en el 404, por Farnabazo y por instigación de los Treinta Tiranos, en el poder en Atenas tras el final de Egospótamos, y por Lisandro (cf. *infra*, XIV 11, 1-4; PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 37, 4; 38, 4; 39).

⁴²⁴ Hasta entonces la única carrera de carros había sido la de troncos de cuatro caballos y en la Olimpiada 93ª se introdujo la carrera de dos caballos adultos llamada *synōris*; en aquella carrera obtuvo la victoria el eleo Evágoras (cf. PAUSANIAS, V 8, 10; JENOFONTE, *Helénicas* I 2, 1; L. MORETTI, ob. cit., núm. 350).

⁴²⁵ Plistoanacte era hijo de Pausanias, el héroe de Platea, pertenecía a la familia de los Agiadas y reinó desde el 458 hasta el 409. Le sucedió su hijo Pausanias, que reinó hasta el 394.

⁴²⁶ Cf. *supra*, 69, 5 y nota 399.

⁴²⁷ Se reanuda el relato interrumpido en el capítulo 63.

⁴²⁸ Acradina era el barrio de Siracusa situado junto a Ortigia, y por la puerta de Acradina entraban en la ciudad los viajeros procedentes del sudoeste, es decir, de Selinunte, Acragante y Gela.

⁴²⁹ Tenía entonces veinticuatro años, ya que había nacido hacia el 430. Dionisio siguió a Hermócrates en su intento de entrar en Siracusa. Fue tirano entre el 405 y el 367.

⁴³⁰ Este personaje aparece en JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 1, y en DIONISIO DE HALICARNASO, VII 1, 5. Cf. asimismo *Inscriptiones Graecae* I², 123; II², 1382, 17; 1401, 3.

⁴³¹ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 57, 12; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 79), en el presente año fueron elegidos cuatro tribunos militares *consularipotestate*: L. Furio Medulino (cóns. 413, 409, trib. mil. *cons. pot.* 405, etc.), G. Valerio Potito Voluso (cóns. 410, trib. mil. 415, 404), N. (o Gn.) Fabio Vibulano (cóns. 421, trib. mil. 415) y G. Servilio Ahala (trib. mil. 408, 402). Los cónsules mencionados por Diodoro (Manio Emilio Mamercino y Gayo Valerio Potito) desempeñaron el cargo en el 410 (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., pág. 77).

⁴³² Cf. *supra*, XIII 74, 1.

⁴³³ Existe un problema cronológico en el relevo de Lisandro por Calicrátidas. Según JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 1, Calicrátidas habría asumido el mando de la flota durante la primavera o el verano del 406, en un momento que se pone en relación con el eclipse de luna de abril del 406, y cuando era éforo Pitias y arconte Calias. Pero cuesta creer que atenienses y espartanos hayan permanecido inactivos todo un año, a partir de la batalla de Notio, de la primavera del 407, por lo que es probable que Calicrátidas sustituyera a Lisandro a fines del verano del 407; y habría que considerar interpolaciones en el texto de Jenofonte sus precisiones cronológicas y las noticias del eclipse y del incendio del templo de Atenea. Cf. XÉNOPHON,

Helléniques, tome I, par J. HATZFELD, París, 1954, págs. 51-52, y *Appendice*, sobre las interpolaciones, págs. 153-158.

⁴³⁴ Las fuentes están de acuerdo respecto a las cualidades de Calicrátidas, especialmente en lo relativo a su incorruptibilidad. Respecto a sus cualidades, al relevo y a las dificultades que encontró (de parte de los amigos de Lisandro, de las ciudades y de Ciro), cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 2-12; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 5, 7; 6, 1-4.

⁴³⁵ Hay una laguna en el texto, subsanada con la adición («las naves de los aliados») de Oldfather.

⁴³⁶ Este número aparece asimismo en JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 3.

⁴³⁷ JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 15 sitúa las operaciones contra Delfinio y Telos en el año precedente, cuando al frente de la flota aún estaba Lisandro. Delfinio era una fortaleza situada en la costa oriental de la isla, al fondo de una ensenada situada a unos 15 km al norte de la ciudad de Quíos; el sitio, que ya contaba con buenas defensas naturales, fue fortificado por los atenienses en el invierno del 412-411. Cf. TUCÍDIDES, VIII 38, 2. Teos, patria del poeta Anacreonte, se encontraba en la costa jonia al norte de Éfeso y al sudeste de Eritras, junto a la actual Sigacik; se asentaba sobre una península (cf. TUCÍDIDES, VIII 16, 1; ESTRABÓN, XIV 1, 30); era un importante centro comercial y una aliada fiel de Atenas y alcanzó un gran renombre por tener uno de los santuarios más famosos de Dioniso.

⁴³⁸ Metimna era una de las cinco ciudades de la isla de Lesbos y la única que le fue fiel en la defección del 428 (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., III 2, 1 y nota 7). Situada en la costa septentrional de la isla, mantuvo siempre diferencias con Mitilene. En el 412, en las defecciones que se produjeron en Lesbos por incitación quiota, Metimna se separó de Atenas, pero la situación fue pronto reconducida por los atenienses (cf. TUCÍDIDES, VIII 22-23). Cayó en manos de los espartanos probablemente en la primavera del 406, por la traición de algunos metimneos según el presente pasaje de Diodoro, o tomada por la fuerza al decir de JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 13. Pero ambas fuentes coinciden en la humanidad de Calicrátidas, que por otra parte prefería llegar a acuerdos con los atenienses que verse subordinado a los persas.

⁴³⁹ Mitilene, perteneciente a la liga ático-delia, se había sublevado en el 428, pero fue obligada a capitular sin condiciones (cf. DIODORO, trad. cit., XII 55, 12 ss. y notas). Hizo defección de nuevo en el 412, tras el desastre ateniense en Sicilia (cf. TUCÍDIDES, VIII 22, 2), pero de nuevo pasó a estar bajo el control de Atenas (cf. TUCÍDIDES, VIII 23, 6).

⁴⁴⁰ Las *Hecatónnésoi*, las Hecatonesos o las «Cien Islas», las actuales Mosjonisi o Yuntadassi, un grupo de pequeñas islas entre Lesbos y Asia Menor (cf. HERÓDOTO, I 151; ESTRABÓN, XIII 2, 5).

⁴⁴¹ Calicrátidas disponía de ciento cuarenta trirremes. Cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 16.

⁴⁴² Conón recurrió a la estrategia antigua del «divide y vencerás», la del combate entre Horacios y Curiacios. De esta acción de Conón junto al puerto de Mitilene, Diodoro es la única fuente.

⁴⁴³ Se puede pensar que en esta ocasión hubo un error táctico de Conón al dejar las treinta naves a merced del enemigo. Sobre este encuentro, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 17.

⁴⁴⁴ Los cargueros antes mencionados.

⁴⁴⁵ Diodoro no se ha referido a las dos naves atenienses que lograron huir del puerto, dirigiéndose una al Helesponto y poniendo rumbo a alta mar la otra; ésta fue apresada, pero la primera logró llegar a Atenas y comunicar la noticia del asedio. La llegada de Diomedonte con una flota de doce naves no remedió la situación de bloqueo de Conón, ya que Calicrátidas capturó diez; sólo la de Diomedonte y otra lograron huir (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 20-23).

⁴⁴⁶ Se refiere al puerto cerrado y fortificado, el *kleistós limḗn*, el puerto septentrional llamado *Malóeis*.

⁴⁴⁷ Se reanuda aquí el relato del capítulo 63.

⁴⁴⁸ Terma (*Thérma*) o Termas (*Thérmai*), fundación púnica del 408-407, estaba a 12 km al oeste de Hímera, en el sitio de la actual Termini Imerese. El mismo Diodoro ya ha hablado del origen mítico (cf. DIODORO, trad. cit., IV 23 y nota 180, y V 3, 4) de estos «baños de agua caliente para aliviar los padecimientos del viaje». Cf. asimismo POLIBIO, I 21 y 39; CICERÓN, *Verrinas* II 35, 86. Pronto se instalarán allí los supervivientes de Hímera después del tratado del 406, y en el 405 estará totalmente helenizada.

⁴⁴⁹ Personaje que aparece en JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 1; DIONISIO DE HALICARNASO, VII 1, 5; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 34, 1; ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* [1], 77.

⁴⁵⁰ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 58, 6; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., págs. 79-80), en el presente año fueron elegidos tribunos militares *consulari potestate*: P. Cornelio Rutilo Coso, Gn. Cornelio Coso (trib. mil. *cons. pot.* 404, 401), N. (o Gn.) Fabio Ambusto y L. Valerio Potito (trib. mil. *cons. pot.* 414, 403, 401). Los cónsules mencionados por Diodoro desempeñaron el cargo en el 409, aunque Gneo Pompeyo es un error por Gneo Cornelio (cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., págs. 77-78).

⁴⁵¹ La familia de los Magónidas.

⁴⁵² Las islas Baleares. Cf. DIODORO, trad. cit., V 16-18.

⁴⁵³ Los mauritanos y númidas y otros pueblos de la zona de Cirene, la colonia griega de la costa libia.

⁴⁵⁴ Sobre el uso de los mercenarios de Campania, cf. *supra*, XIII 44, 1.

⁴⁵⁵ Cf. *supra*, XIII 62, 5.

⁴⁵⁶ Érix o Erice, la actual Erice, era un importante centro de los élimos (Iruka), una población, probablemente de origen oriental, establecida en la región noroccidental de Sicilia. TUCÍDIDES (VI 2, 3 y 6) la menciona como ciudad de los élimos junto a Egesta. Fue sede de un culto a la diosa mediterránea de la fecundidad, identificada con la Afrodita griega (cf. TUCÍDIDES, VI 46, 3).

⁴⁵⁷ El territorio de Acragante limitaba al oeste con el púnico, del que estaba separado por el valle del Belice.

⁴⁵⁸ Pero el mismo DIODORO, en IV 17, 4, dice que Heracles civilizó Libia y dedicó muchas tierras a la plantación de viñas y olivos.

⁴⁵⁹ En diversos momentos posteriores a la destrucción por obra de los cartagineses en el 406. Después de la catástrofe, la decadencia de la ciudad se prolongó hasta el tercer cuarto del siglo IV a. C., cuando conoció un segundo período de prosperidad en la época de Timoleonte de Siracusa, que en el 340 la incluyó en su programa de restauración y democratización de las ciudades griegas.

⁴⁶⁰ Empieza aquí la más detallada descripción antigua del templo de Zeus Olímpico, hoy un enorme montón de piedras objeto de admiración en Agrigento. Además de estar al parecer inacabado en el saqueo del 406, y de los sucesivos daños por obra de terremotos, en el siglo XVIII se aprovecharon sus materiales para la construcción de Porto Empedocle.

⁴⁶¹ La longitud de la plataforma se acerca a los 115 metros (112,6 m) y sus fundamentos son profundos, de casi 6 metros; su anchura es de 56,30 metros, y las columnas (7 en los lados cortos y 14 en los largos) de cerca de 18 metros. Las medidas de Diodoro sólo son válidas en parte; en cuanto a la anchura, se ha propuesto (Kiddius) corregir «sesenta» pies por «ciento sesenta».

⁴⁶² El texto (*méchri toíchōn*: «hasta los muros») es problemático y ha dado lugar a diversas correcciones; seguimos el *metà peritíchōn* de Capps. Vogel propuso *synecheî toichōi*: «con un muro continuo».

⁴⁶³ Los arquitectos sustituyeron el esquema tradicional de una estructura rectangular circundada por columnatas en los cuatro lados por una solución novedosa consistente en un peristilo formado por una serie de columnas acanaladas en el exterior (que en la parte interior eran pilastras rectangulares), unidas a un muro continuo, en cuyos intercolumnios se erigían, a partir de una cierta altura, unas estatuas colosales, los telamones (de 7,65 m de altura), debajo del arquitrabe (cf. <http://perseus.mpiwg-berlin.mpg.de/cgi-bin/imbrow>).

⁴⁶⁴ *La Gigantomaquia* celebraba el triunfo de Zeus y los dioses sobre los gigantes; era uno de los mitos más conocidos y representados en todo el mundo griego; piénsese en el tesoro de Sifnos en Delfos y en el ara de Pérgamo.

⁴⁶⁵ Cf. DIODORO, XI 25, 4. Es la llamada *kolymbethra*, un gran estanque o piscina, testimonio de la prosperidad y magnificencia de Acragante a partir del 480. Su perímetro debía de estar aproximadamente entre los 1.175 y 1.385 metros (según el valor dado al estadio (1 estadio = 600 pies, variando la equivalencia del pie entre los 28 y los 33 cm); y su profundidad sería de cerca de 9 metros (equivaliendo el codo, *pêchys*, a unos 44 cm). Se encontraba al oeste del templo de Zeus, en una depresión que actualmente sigue siendo conocida como *Colimbetra*.

⁴⁶⁶ Timeo de Tauromenio murió hacia el 250 a. C.

⁴⁶⁷ Cf. *supra*, XIII 34, 1 y nota 214.

⁴⁶⁸ Empédocles nació en Acragante a comienzos del siglo V a. C.; debió de nacer no mucho después que Anaxágoras, aunque las dos cronologías presentan

algunos problemas; y parece que murió a los sesenta años (cf. ARISTÓTELES, *Metafísica* 984 a 11; DIÓGENES LAERCIO, VIII 52 y 74). Se ha dicho que fue un verdadero chamán griego, maestro religioso, taumaturgo, naturalista, filósofo y poeta (cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII 60-61), y participó activamente en la política de su ciudad.

⁴⁶⁹ Este verso pertenece al comienzo de su obra *Purificaciones*, cuando el poeta se dirigía a sus conciudadanos de la «dorada Acragante», exhortándoles a obrar bien (cf. Frag. 112 DIELS⁵).

⁴⁷⁰ Policleto o Policlito (*Polýkleitos*) de Larisa, historiador de la época de Alejandro Magno. En sus *Historias* se refirió a la geografía de los países recorridos por Alejandro, por lo que fue utilizado como fuente por Eratóstenes.

⁴⁷¹ Como unidad de medida el ánfora corresponde a unos 20 litros.

⁴⁷² Centóripa estaba en la parte oriental de Sicilia, a unos 40 km al noroeste de Catania y al sudoeste del Etna; su nombre sobrevive en la actual Centorbi. Cf. TUCÍDIDES, VI 94, 3 y VII 32, 1. Era un antiguo asentamiento sículo, helenizado en los siglos VI y V y floreciente en el IV y en la época helenística; fue famosa por su cerámica. Ya en la primera guerra púnica se alineó al lado de Roma.

⁴⁷³ No aparece en otras fuentes.

⁴⁷⁴ La meseta rocosa situada al noroeste, donde se encuentra el centro urbano actual.

⁴⁷⁵ Algunos han querido corregir esta cifra por considerarla baja, especialmente en relación a un total no inferior a doscientos mil, pero ha de pensarse en el carácter excluyente de la *polis* griega, que no concedía fácilmente la ciudadanía a los extranjeros, y no eran una excepción las ciudades florecientes como Acragante, que atraían a un gran número de inmigrantes.

⁴⁷⁶ Era el contingente de campanos que, descontentos con Aníbal, se habían pasado a los griegos (cf. *supra*, 44, 1 y 62, 5).

⁴⁷⁷ Es la actual Roca Atenea, de 350 metros de altura; allí estaba la antigua acrópolis, que dominaba la ciudad, rodeada de un recinto amurallado de unos 12 km (cf. POLIBIO, IX 27).

⁴⁷⁸ Cf. *supra*, 80, 2. El texto dice aquí Himílcara.

⁴⁷⁹ La arqueología ha confirmado la existencia de numerosas necrópolis en Acragante, algunas de las cuales se encontraban fuera del recinto amurallado.

⁴⁸⁰ Se trata de la tumba del tirano de Acragante (488-472 a. C.; cf. DIODORO, XI 53), que se levantaba al sur de la ciudad. No es naturalmente la llamada «tumba de Terón», de época helenística, situada cerca de la puerta Áurea.

⁴⁸¹ En estas ceremonias lustrales de los cartagineses se sacrificaba un muchacho a Baal Hamón, identificado por los griegos con Cronos (cf. DIODORO, XX 14, 6).

⁴⁸² El río Acragante (*Akrágas*), el actual S. Biagio, o el Hipsas (*Hýpsas*), el Sant'Anna. Cf. POLIBIO, IX 27, 5.

⁴⁸³ Cf. *supra*, XIII 57 y 62.

⁴⁸⁴ Un siracusano que después será ejecutado por Dionisio (cf. *infra*, 96, 3).

⁴⁸⁵ Los siracusanos comprendieron que el ataque púnico a Acragante constituía un inminente peligro para ellos.

⁴⁸⁶ El actual Salso, que desemboca cerca de Licata.

⁴⁸⁷ A causa de una persecución desordenada. Cf. *supra*, 60.

⁴⁸⁸ El que habían ocupado los iberos y un contingente de libios. Cf. *supra*, 85, 1.

⁴⁸⁹ Los cartagineses se encontraban en una situación crítica, que iba a agravarse con la proximidad del invierno, pero a continuación la fortuna les ayudará.

⁴⁹⁰ Seguramente las tazas en las que se distribuía la ración de grano, significando que los cartagineses sufrirían la misma penuria hasta que consiguieran apoderarse del cargamento siracusano.

⁴⁹¹ Verosíblemente el de Mesina. De este modo la escasez de víveres y la concentración de la población en el interior de la ciudad precipitaron el desastre final de Acragante, que, después de la defección de Dexipo, sólo tuvo el apoyo de los siracusanos, los camarineos y los gelenses.

⁴⁹² Este capítulo sobre la evacuación de Acragante es una de las páginas más trágicas de Diodoro. La *Týchē*, la Fortuna, provocó un rápido giro de la situación y la ciudad en poquísimo tiempo pasó de la prosperidad a la desesperación. La evacuación y rendición de Acragante, después de ocho meses de asedio (siete según JENOFONTE, *Helénicas* I 5, 25), tuvo lugar en diciembre del 406.

⁴⁹³ Sobre Leontinos y su rivalidad con Siracusa, cf. TUCÍDIDES, trad. cit., V 4, 2-4 y nota 7. Después de la victoria siracusana sobre los atenienses en el 413, cambió la situación de Leontinos, ciudad calcidea aliada de Atenas; fueron expulsados los partidarios de Atenas y tomó el poder el partido filosiracusano, que en el 406-405 acogió a los acragantinos, gelenses y camarineos. La ciudad debía de estar en parte deshabitada y pasó a depender de Siracusa (cf. *infra*, XIII 95).

⁴⁹⁴ Según POLIBIO, IX 27, este templo de Atenea, hoy desaparecido, se encontraba en lo alto de la Roca Atenea.

⁴⁹⁵ Cf. DIODORO, trad. cit., IX 18-19 y notas 58-61.

⁴⁹⁶ En el 146 a. C.

⁴⁹⁷ Hubo desacuerdo entre los autores antiguos respecto a la existencia, al origen y a la suerte del toro de Fálaris; a diferencia de Timeo, POLIBIO (XII 75) y el presente pasaje de Diodoro admiten su existencia y su traslado a Cartago procedente de Acragante. El origen acragantino del toro, que habría sido arrojado al mar después de la caída de la tiranía, encuentra asimismo confirmación en el escolio a PÍNDARO, *Píticas* I 185. Según otra tradición, que recoge el mismo DIODORO (XIX 108, 1 y 104, 3), el toro procedía de la colina de Écnomo.

⁴⁹⁸ Constituye sin duda una importante pérdida la desaparición de las *Historias* de Timeo de Tauromenio (356-h. 260), que en sus treinta y ocho libros narraban los acontecimientos de Sicilia y occidente hasta la muerte de Pirro (272) o las vísperas del ataque romano contra los cartagineses de Sicilia (264). Sufrió la dura crítica de Polibio, que ha de explicarse sobre todo en clave literaria y de una necesidad de abrirse camino, ya que la concepción polibiana de una historia pragmática tachaba a Timeo de «historiador de gabinete», autor de una obra libresca, pero falta de conocimientos directos y de experiencia política y militar.

⁴⁹⁹ El 22 de diciembre.

⁵⁰⁰ El padre de Dionisio era al parecer un cierto Hermócrates (cf. *infra*, XIV 8, 5, nota 78); el tirano sería asimismo yerno de Hermócrates, el fallecido líder siracusano (cf. *infra*, XIII 96, 3), al lado del cual aparece en XIII 75, 8-9. En el presente párrafo se inicia una larga digresión sobre Dionisio, en la que Diodoro utiliza como fuente a Timeo, hostil al siracusano. Sobre este personaje, cf. la novela *El Tirano* de V. M. MANFREDI.

⁵⁰¹ Siguiendo la lectura *lêron*. Según la lectura *klêron*, sería el «sorteo» de las magistraturas (cf. *supra*, XIII 34); y Wesseling propuso *kairón*, «momento».

⁵⁰² Cf. *infra*, XIII 103 y nota 556. Filisto, nacido hacia el 430, político e historiador siracusano, fue amigo de Dionisio y apoyó su tiranía (cf. *infra*, XIV 8), aunque después rompió con él y marchó al exilio (en el 386; cf. XV 7; PLUTARCO, *Vida de Dión* 35, 3-7). Debíó de morir en el 356-355, combatiendo al lado de Dionisio II contra Dión (cf. DIODORO, XVI 16, 1-4; PLUTARCO, *Vida de Dión* 35, 3-7) o, según otra versión recogida por Plutarco sería hecho prisionero y fue expuesto al escarnio de los siracusanos.

⁵⁰³ Con la acusación de corrupción dirigida contra los generales Dionisio apuntaba a la oligarquía en el poder.

⁵⁰⁴ Dionisio planeaba conquistar gradualmente el poder apoyándose en las masas y con la ejecución de una serie de medidas populares como doblar las soldadas y hacer regresar a los exiliados.

⁵⁰⁵ Cf. PLUTARCO, *Vida de Dión* 3, 2; PLATÓN, *Carta* VIII 353 a-b.

⁵⁰⁶ Son los llamados *chariéstatoi*, término que seguramente se refería a la alta nobleza, de ideología conservadora y reacia a toda innovación política. Cf., por ejemplo, DIODORO, trad. cit., XI 92 y nota 679. Pero véase *infra*, XIII 104, 6.

⁵⁰⁷ Dionisio se dirige contra sus colegas, que fueron acusados de incapacidad, de mala administración de los fondos públicos, de infravalorar la amenaza cartaginesa y, lo que era más grave, de connivencia con el enemigo.

⁵⁰⁸ Cf. DIODORO, XI, 22. Se invocaba el precedente de Gelón para demostrar que no constituía ningún riesgo el nombramiento de Dionisio.

⁵⁰⁹ A raíz de esta afirmación puede pensarse, más que en una opinión antidemocrática de Diodoro, en una fuente del historiador contraria a Dionisio.

⁵¹⁰ Se habían refugiado allí los exiliados de Acragante, de Gela y de Camarina, que buscaban un lugar seguro frente a la amenaza cartaginesa.

⁵¹¹ Probablemente una de las dos colinas, la de S. Marco y la de Metapiccola, al sur de la actual Leontinos.

⁵¹² Sobre la subida al poder de Pisístrato en el 561-560, cf. HERÓDOTO, I 59, 3-6; PLUTARCO, *Vida de Solón* 30, 3 y 6.

⁵¹³ En la isla de Ortigia.

⁵¹⁴ Dionisio dio gran importancia a la política matrimonial. Tras la muerte de su primera esposa y después de haber tratado de casarse con una noble de Regio, se unió a Aristómaca, hija de Hiparino (cf. DIODORO, XIV 44, 8-45, 1; PLUTARCO, *Vida de Dión* 3), y con Dóride, de la ciudad de Locros, una de las más importantes de la Magna Grecia.

⁵¹⁵ Hasta el 367. Sobre su muerte violenta, cf. PLUTARCO, *Vida de Dión* 6, 2-3; JUSTINO, XX 5, 14. Sin embargo, según DIODORO, XV 73, 5, murió de enfermedad.

⁵¹⁶ De Acragante.

⁵¹⁷ El relato enlaza con el capítulo 79.

⁵¹⁸ Entre ellos el bloqueo de la flota en Mitilene.

⁵¹⁹ Cf. DIODORO, trad. cit., XI 43, 3. La extensión de la ciudadanía a los metecos posibilitó la ampliación del ejército.

⁵²⁰ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 25, donde aparece el mismo total de ciento cincuenta naves, pero con una distribución diferente; por un decreto del pueblo se equiparon ciento diez naves con ciudadanos, esclavos y residentes en Atenas sin la ciudadanía, mientras que diez navíos eran de Samos y los treinta restantes de los otros aliados.

⁵²¹ Son tres islas pequeñas situadas entre Lesbos y la costa de Asia Menor, las actuales Adjan, no lejanas del cabo Malea, a unas 15 millas al este de Mitilene.

⁵²² Esta profecía no aparece en Jenofonte.

⁵²³ Debe de ser Trasilo.

⁵²⁴ Tanto *Las Suplicantes* como *Las Fenicias*, representadas antes del 406, exponen el mito tebano de la guerra a la que se refiere *Los Siete contra Tebas* de Esquilo, y las dos tragedias son un grito angustiado contra la guerra, que en *Las Fenicias*, la tragedia eurípidea más larga, del 410 o 409, se expresa en el cruel enfrentamiento entre los dos hermanos, donde Polinices sale mejor parado que el egoísta Eteocles, en el dolor de Edipo y en el suicidio de Yocasta. En *Las Suplicantes*, situada hacia el 423-421, la carga antibelicista se evidencia en el dolor de las madres de los héroes caídos en Tebas. En las dos obras aparece lo absurdo de la guerra y las dos tienen en común el motivo de la falta de sepultura y honras fúnebres tradicionales a los muertos en el combate, hecho que seguidamente, después de la batalla de las Arginusas, constituirá un drama para Atenas. En *Las Suplicantes* las siete madres, al pie del altar de Deméter, en Eleusis, imploran la sepultura de sus hijos, y en *Las Fenicias* es Antígona quien trata de sepultar a Polinices frente a la oposición de Creonte.

⁵²⁵ Una victoria «cadmea» (del nombre de Cadmo, el fundador de la estirpe tebana) era aquella en la que el éxito resultaba funesto para el vencedor. Cf. DIODORO, trad. cit., XI 12, 1 y nota 94; y XXII fr. 6.

⁵²⁶ Esto fue lo que ocurrió; después de la victoria de las Arginusas, los estrategos acusados de no haber recogido los cadáveres de los caídos fueron condenados a muerte.

⁵²⁷ Sobre la calidad humana de Calicrátidas, cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 6-7, 1.

⁵²⁸ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 28, intentó un ataque por sorpresa hacia medianoche, pero un temporal se lo impidió y tuvo que dejarlo para el día siguiente.

⁵²⁹ Participaba como trierarco. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 35.

⁵³⁰ Cf. JENOFONTE, *Helénicas*, trad. intr. y notas de O. GUNTIÑAS, I 6, 29-33, Madrid, BCG, 1977, donde la descripción de la formación ateniense es más precisa.

⁵³¹ Sobre este garfio de abordaje o «mano de hierro» (*kheir sidērâ*), cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VII 62, 3 y nota 352; según Tucídides, impedían el retroceso de la nave que embestía si las tropas de a bordo cumplían en seguida su cometido.

⁵³² Según JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 33, Calicrátidas, herido, cayó al mar y desapareció.

⁵³³ Las naves peloponesias fueron perseguidas por las trirremes de Protómaco, alineadas en el ala derecha (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 34).

⁵³⁴ O en Focea, según JENOFONTE, I 6, 33.

⁵³⁵ Cf. ELIANO, *Historias Curiosas* 5, 14.

⁵³⁶ Según Jenofonte, que no se refiere a esta diferencia de criterio de los estrategos ni al problema de la recuperación de los cadáveres, los atenienses regresaron a las Arginusas y encargaron a Terámenes y Trasibulo que, con cuarenta y siete trirremes, ayudaran a las naves dañadas y a las tripulaciones, y con el resto de la flota se ocuparían del apoyo a Mitilene; pero sobrevino una tempestad que desbarató los planes (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 33-35).

⁵³⁷ Según el relato de JENOFONTE (*Helénicas* I 6, 38), los atenienses se dirigieron a Mitilene y Quíos, desde donde pasaron a Samos.

⁵³⁸ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 34, los atenienses perdieron veinticinco naves y los peloponesios sesenta y nueve (nueve espartanas y sesenta de los aliados).

⁵³⁹ Pirra, situada a cerca de 25 km al oeste de Mitilene. En el 428, durante la revuelta de Lesbos, había sido sometida por el estratego ateniense Paques (cf. TUCÍDIDES, III 35, 1). Según JENOFONTE, *Helénicas* I 6, 38, Eteónico se retiró a Metimna, no a Pirra.

⁵⁴⁰ Sobre el descontento de los aliados de Esparta, cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 7, 2, y JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 6. El congreso de Éfeso se sitúa en la primavera del 405.

⁵⁴¹ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 7; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 7, 3. Los dos dicen que la ley prohibía desempeñar dos veces el cargo de almirante o navarco (*naúarchos*) y que Lisandro fue enviado como vicealmirante.

⁵⁴² Al caso de las Arginusas con el proceso a los estrategos por no haber retirado los cadáveres DIODORO le dedica los caps. 101, 1-103, 2, y JENOFONTE todo el capítulo 7 del libro I de las *Helénicas*. Según Jenofonte, los estrategos fueron acusados por haber abandonado no sólo los cadáveres, sino también a náufragos vivos, lo que evidentemente era mucho más grave. Se ha pensado que el error de Diodoro estaría inducido por la analogía con las *Suplicantes* de Eurípides (obra a la que se ha referido en el sueño de Trasilo del capítulo 97), donde se disputa sobre la sepultura de los argivos caídos en Tebas.

⁵⁴³ Con la carta que los estrategos enviaron al pueblo acusando a Terámenes y Trasibulo comienza un enfrentamiento político a muerte entre los estrategos del partido democrático y Terámenes.

⁵⁴⁴ Al estar encerrado en el asedio de Mitilene, no había participado naturalmente en la batalla de las Arginusas.

⁵⁴⁵ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 1.

⁵⁴⁶ Diodoro cita a Calíades, que no aparece en Jenofonte, el cual en cambio menciona a Diomedonte y Erasinides, a los que no se refiere Diodoro.

⁵⁴⁷ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 4 ss.

⁵⁴⁸ Sobre Diomedonte, que se opuso a los oligarcas en el 411, cf. TUCÍDIDES, VIII 19, 23-24, 54-55 y 73, 4. Fue uno de los estrategos más eficientes de su época.

⁵⁴⁹ Son las Erinias, las hijas de la Tierra, personificación de la venganza, calificadas como *Semnaí*, es decir, las Venerandas.

⁵⁵⁰ Eran un cuerpo que se encargaba de los condenados a la pena capital y de la ejecución de la sentencia. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 10; ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses* 52, 1.

⁵⁵¹ Con la condena de los estrategos y las luchas políticas relacionadas con ella el pueblo ateniense no supo aprovechar una victoria naval que le permitía recuperar el dominio del mar. Se ha dicho que ninguna victoria fue tan vana como la de las Arginusas, con la que comienza el declive definitivo de Atenas.

⁵⁵² Los Treinta Tiranos, en el 404 a. C. Cf. *infra*, XIV 3 ss.

⁵⁵³ Calíxeno sostuvo en el Consejo las acusaciones contra los estrategos y su moción se presentó luego en la Asamblea, que aprobó un escrutinio por tribus, un procedimiento ilegal al que se opuso Sócrates, que era uno de los prítanes. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 9 ss.; PLATÓN, *Apología* 32b. JENOFONTE, en las *Memorables* (I 1, 18 y IV 4, 2), seguramente para realzar la situación, pretendió que aquel día Sócrates era presidente de los prítanes.

⁵⁵⁴ Sobre el arrepentimiento de los atenienses, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 35.

⁵⁵⁵ Sobre Filisto, cf. *supra*, XIII 91, 4 y nota 502; e *infra*, XIV 8.

⁵⁵⁶ El testimonio de Diodoro respecto a la estructura de la *Historia de Sicilia* (*Sikeliká*) de Filisto de Siracusa coincide con el de CÍCERÓN (*A su hermano Quinto*, II 11, 4), que habla de *duo corpora*, coincidentes con las dos partes (*syntáxeis*) aquí mencionadas. La primera parte era una historia general hasta el 405, mientras que la segunda, en cuatro libros (*Peri Dionysiou*), se refería a la figura de Dionisio. Parece que en total debía de tener trece libros, de los que los siete primeros llegaban hasta la época de Dionisio I y los restantes se referían al dominio de aquel tirano y a los cinco primeros años de Dionisio II. Se conservan pocos fragmentos de su obra, de la que CÍCERÓN (*Orador* II 13, 57) emite un juicio positivo, afirmando que habría tomado como modelo la obra de Tucídides, juicio confirmado por QUINTILIANO (X 1, 74). Fue al parecer una figura controvertida y maquiavélica. Testigo de la derrota de los atenienses en Siracusa ante Gilipo, posteriormente fue decidido defensor de la tiranía de Dionisio I hasta que éste lo desterró, y debió de estar en el exilio hasta que le concedió el perdón Dionisio II, a quien apoyó en su enfrentamiento contra Dión.

⁵⁵⁷ Sófocles nació en efecto en el 496 a.C., en un pequeño lugar del Ática llamado Colono Hípico (cf. asimismo *Mármol de Paros*, ep. 64).

⁵⁵⁸ Dieciocho, según el *Catálogo* de vencedores de las Dionisiacas, pero veinticuatro según la *Suda* y veinte de acuerdo con la *Vida* (cf. J. A. LÓPEZ FÉREZ, *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, 1988, pág. 317).

⁵⁵⁹ Además de esta de la alegría por la consecución de un triunfo, hay numerosas anécdotas sobre su muerte, como la de que murió asfixiado por un grano de uva o por el excesivo esfuerzo realizado al leer un pasaje de la *Antígona*. Pero lo que parece seguro es que murió antes de la representación de las *Ranas* de Aristófanes en las Leneas del 405 y después de la muerte de Eurípides, en honor del cual, en las Grandes Dionisias del 406, apareció junto con los actores y los miembros del coro sin las coronas rituales y vestidos de luto por su compañero.

⁵⁶⁰ Apolodoro de Atenas (180-110 a.C., aproximadamente), discípulo de Aristarco, se formó en Alejandría y pasó luego a Pérgamo. Prueba de su vasta erudición no es solamente esta *Cronología* (*Chronikē Síntaxis*) o *Crónicas*, escrita en trímetros yámbicos en honor de Atalo II de Pérgamo, sino una extensísima producción (*Etimologías*, *Sobre el catálogo de las naves*, *Sobre los dioses*, una verdadera Historia de la religión griega). Su *Cronología* abarca el período comprendido entre la guerra de Troya, fechada en 1184, y el 119 a.C.

⁵⁶¹ Eurípides murió en los primeros meses del 406 en Pela, en la corte de Arquelao, adonde se había trasladado seguramente en el 408, entristecido al parecer por el funesto rumbo de los acontecimientos (cf. SÁTIRO, *Vida de Eurípides* 9). Su muerte devorado por perros es una de las diversas anécdotas transmitidas por la tradición.

⁵⁶² Su nombre está atestiguado en JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 10; LISIAS, *Defensa de un anónimo* [21], 3; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 34, 2. Cf. *Inscriptiones Graecae* I², 126 = TOD, 96; MEIGGS-LEWIS, 94.

⁵⁶³ Según la tradición *vulgata* (T. LIVIO, IV 61, 1; cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of Roman Republic*, Nueva York, 1951-1952 [= Cleveland, 1968], pág. 80), fueron elegidos *tribuni militum consulari potestate* T. Quintio Capitolino

Barbato (cóns. 421), T. Quintio Cincinato (trib. mil. c. p. 415), G. Julio Julio (trib. mil. c. p. 408), A. Manlio Vulsón Capitolino (trib. mil. c. p. 402 y 397), L. Furio Medulino (trib. mil. c. p. 407) y M^o Emilio Mamercino (cóns. 410). Los tres tribunos militares con potestad consular mencionados por Diodoro ocuparon el cargo en el 408 (cf. T. R. S. BROUGHTON, *ob. cit.*, pág. 78).

⁵⁶⁴ Según JENOFONTE, *Helénicas* I 7, 1, el nombramiento de Filocles como estratega tuvo lugar antes del proceso de los estrategos de las Arginusas y de su ejecución, y junto a Filocles se nombró a Adimanto, amigo de Alcibíades.

⁵⁶⁵ La flota ateniense antes de Egospótamos ascendía a ciento ochenta naves según JENOFONTE *Helénicas* II 1, 20. Cf. *infra*, XIII 105, 1.

⁵⁶⁶ Cf. *supra*, XIII 100, 8, respecto a la situación de Lisandro en el mando.

⁵⁶⁷ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 10-11. Hubo un segundo encuentro entre Lisandro y Ciro por iniciativa del persa (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 9, 1-2), en el que Ciro ordenó a Lisandro que no entablara batalla hasta que no contara con una flota más fuerte y con un mayor apoyo financiero por su parte.

⁵⁶⁸ El relato de Diodoro está de acuerdo con JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 15; pero omite algunas operaciones de Lisandro como la conquista de Cedreas, ciudad de Caria aliada de Atenas, desde donde hizo rumbo a Rodas primero y al Helesponto después (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 16-17).

⁵⁶⁹ Las fiestas de Dioniso, cuyo culto estaba muy extendido en las ciudades de Jonia.

⁵⁷⁰ Cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 8, 1-3, que subraya el apoyo de Lisandro, en Mileto y en otras ciudades, a la instauración de gobiernos oligárquicos. Cf. D. KAGAN, *The Fall of the Athenian Empire*, Ithaca - Nueva York - Londres, 1987, págs. 382 ss.

⁵⁷¹ Aquí los *chariéstatoi* son partidarios de la democracia.

⁵⁷² Un *estáter* (*statēr*) darico (*dareikós*) o, simplemente, un darico correspondía a veinte dracmas.

⁵⁷³ Yaso estaba situada al sur de Mileto, al fondo del golfo de Yaso (cf. TUCÍDIDES, VIII 26, 2; 28, 2). Este ataque contra Yaso sólo aparece en Diodoro. Era una colonia argiva y había formado parte de la liga ático-delia; los peloponesios ya la habían atacado y saqueado en el 412 por instigación de Tisafernes (cf. TUCÍDIDES, VIII 28, 2-3).

⁵⁷⁴ Según PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 9, 4, Lisandro desembarcó en el Ática no para atacar Atenas, sino para saludar al rey Agis, en Decelia; pero, al enterarse de que lo perseguía la flota ateniense, regresó a Asia por otra ruta.

⁵⁷⁵ Lámpsaco se encontraba al nordeste de Abido, en la costa asiática y cerca de la entrada de la Propóntide (el actual mar de Mármara). Cf. TUCÍDIDES, VIII 62. Sobre esta acción contra Lámpsaco, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 18-19; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 9, 5-6.

⁵⁷⁶ Egospótamos (*Aigòs potamoí*, «los arroyos de la cabra») es un torrente (el actual Karak-ow-déré) del Quersoneso tracio que desemboca en el Helesponto,

enfrente de Lámpsaco. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 21.

⁵⁷⁷ Sobre la táctica de Lisandro de desgaste psicológico de los atenienses, que tenían que aprovisionarse en Sesto, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 22-24; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 10, 1-4.

⁵⁷⁸ Alcibíades se encontraba, retirado, en Tracia, a poca distancia de donde habían fondeado los atenienses. Cf. *supra*, XIII 74, 2.

⁵⁷⁹ Sobre esta alianza con los tracios, Diodoro es la única fuente. Tampoco se encuentra en otras fuentes esta doble propuesta de Alcibíades y su petición de compartir el mando. Según JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 25, y PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 10, 5-6. Alcibíades señaló a los estrategos el error estratégico de haber fondeado en aquel sitio, aconsejándoles que se retiraran a Sesto, la base ateniense.

⁵⁸⁰ Todas las fuentes coinciden en este rechazo de Alcibíades por parte de los estrategos.

⁵⁸¹ El relato de Diodoro de esta batalla difiere del de Jenofonte y Plutarco, que resulta más verosímil respecto a la razón que movió a Lisandro a atacar a los atenienses. Lisandro esperaba a que sus enemigos desembarcaran y se dispersaran por el Quersoneso en busca de víveres.

⁵⁸² El ataque por sorpresa de Lisandro, aprovechando seguramente que las fuerzas atenienses habían desembarcado o que se encontraban sin ningún orden, fue decisivo. En realidad, en Egospótamos no hubo una verdadera batalla; según JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 28, y PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 11, 6-7, sólo hubo un inútil intento de defensa por parte de Conón. La flota ateniense fue completamente destruida; en cuanto a los hombres, muchos consiguieron salvarse, pero tres mil cayeron en manos del enemigo y fueron condenados a muerte (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 32; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 11, 10; PAUSANIAS, IX 32, 1).

⁵⁸³ Según JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 28, fueron nueve (ocho de Conón y la *Páralos*); y según LISIAS, *Defensa de un anónimo* [21], 9-11, fueron doce (confirmado por ISÓCRATES, 18, 59) las que llegaron a Atenas, por lo que habría que distinguirlas de las ocho de Conón de las que habla Jenofonte.

⁵⁸⁴ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 29; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 11, 8. Evágoras era soberano de Salamina de Chipre desde el 411; su política era filohelénica y mantenía unas relaciones amistosas con Atenas. Cuando fue asesinado en el 374, Chipre pasó a estar bajo el control de Persia, que ya había vencido a Evágoras en Cítio en el 381.

⁵⁸⁵ Sobre la suerte de los estrategos Filocles y Adimanto, del que no habla Diodoro, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 30-32, y PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 13, 1-2. Conducidos a Lámpsaco, fueron acusados de actos contrarios al derecho de gentes, como el de haber cortado la mano derecha a prisioneros o el hecho de que Filocles había ordenado arrojar al mar a las tripulaciones de dos trirremes capturadas. Finalmente se ejecutó a Filocles (estrangulado por el propio Lisandro, según Jenofonte), pero, por haberse opuesto al voto de cortar las manos, se perdonó a Adimanto, sobre el que después se difundieron rumores de traición (cf. LISIAS, 2, 58 y 14, 38; ISÓCRATES, 5, 62; PAUSANIAS, IV 17 y X 9; DEMÓSTENES, *Sobre la embajada* 191).

⁵⁸⁶ Según JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 30, fue enviado un tal Teopompo de Mileto, que llegó a Esparta en dos días.

⁵⁸⁷ JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 1, recuerda las acciones en Bizancio y Calcedón, que acogieron a Lisandro, quien también dejó partir a las guarniciones atenienses.

⁵⁸⁸ Después de Egospótamos, se desmoronó el imperio ateniense y todas las ciudades hicieron defección, pero Samos mantuvo su alianza.

⁵⁸⁹ Cf. *supra*, XIII 7; 8; 28 ss. Después del éxito de Sicilia, Gilipo no aparece con otros mandos de importancia. Este envío a Esparta es mencionado también por PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 16, 1.

⁵⁹⁰ La escítala (*skytálē*) o escítalo era un bastón cilíndrico en torno al que se arrollaba oblicuamente una tira de papiro o de cuero donde se escribía el mensaje en sentido longitudinal de forma que sólo pudiera leerse con la tira arrollada en la escítala correspondiente. Luego se mandaba el mensaje sin el bastón. Antes de partir, los generales o los embajadores con quienes los éforos querían estar en contacto, habían recibido de éstos una escítala idéntica a la que ellos se quedaban en su poder. Al recibir un mensaje, el destinatario lo arrollaba de nuevo en su bastón y así podía leer el texto. Era el ingenioso sistema que normalmente utilizaban los éforos de Esparta para estar en contacto de forma secreta con quienes habían marchado en misión oficial. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 19, 8-12, nos ha dejado una descripción muy detallada. También la describe el escoliasta de Tucídides (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., I 131). Se llama escítala tanto al bastón como a la tira que contenía el mensaje reservado, tal como vemos también en este pasaje. Cf. asimismo DIODORO, VIII 27, 2.

⁵⁹¹ Cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 17, 1.

⁵⁹² Esta noticia sobre el padre de Gilipo encuentra confirmación en otras fuentes (cf. ÉFORO, *FGrHist* 70, fr. 193; TIMEO, *FGrHist* 566, fr. 100; PLUTARCO, *Vida de Pericles* 22, 2-3; POLIENO, II 10, 1-2; 4-5), según las cuales su nombre sería Cleándridas (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 93, 2 y nota 237).

⁵⁹³ Fue la nave sagrada *Páralos* la que llevó a Atenas la noticia del desastre de Egospótamos. JENOFONTE (*Helénicas* II 2, 3), que a la sazón se encontraba en Atenas, nos ha dejado un dramático relato de la zozobra que se apoderó de Atenas. La *Páralos* llegó de noche y la noticia de la catástrofe se difundió en seguida; un gemido partió del Pireo, se extendió por los Muros Largos y llegó a la ciudad; nadie durmió aquella noche, porque el llanto ya ni era sólo por los caídos, sino por su propio destino; pensaban que iban a sufrir el mismo trato que ellos habían infligido a los melios, a los de Histiea, a los escioneos, toroneos, eginetas, y a tantos otros griegos (cf. TUCÍDIDES, V 116; I 114; V 3; 32; II 27). Era claro el alcance del desastre, que acababa con el imperio marítimo ateniense y ponía en una situación crítica a la propia Atenas. Los espartanos conmemoraron su victoria con diversas estatuas en el santuario de Delfos (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 18, 1; PAUSANIAS, X 9, 7-10; R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1969, 95 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 115).

⁵⁹⁴ Estas decisiones fueron tomadas en la asamblea del día siguiente (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 4).

⁵⁹⁵ Antes de arribar al Pireo, Lisandro había emprendido una serie de acciones; había sometido toda la isla de Lesbos, incluida Mitilene, había enviado a Eteónico a Tracia con la orden de imponer en todas las ciudades gobiernos filoespartanos, y había devuelto Melos y Egina a los exiliados. Finalmente, después de saquear Salamina, había bloqueado el Pireo (con 150 naves según Jenofonte o con 200 según Plutarco) para impedir la entrada de barcos mercantes. Entre tanto Agis desde Decelia y Pausanias desde Esparta se presentaron en Atenas y acamparon en la Academia, junto a la ciudad (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 5-9; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 14, 1).

⁵⁹⁶ Pese a haber sido abandonados por sus aliados, a excepción de Samos, y al bloqueo que impedía la entrada de víveres, los atenienses aún pudieron resistir durante un tiempo, pero a principios del 404 la situación era extremadamente crítica.

⁵⁹⁷ Según Jenofonte, en una primera negociación los atenienses enviaron embajadores a Agis con la propuesta de que aceptaban ser aliados de los lacedemonios conservando los Muros Largos y el Pireo. Agis les contestó que no tenía plenos poderes y que por lo tanto tenían que enviar negociadores a Esparta. Así lo hicieron, pero los éforos rechazaron la propuesta y les invitaron a mejorarla si realmente querían la paz. Cuando volvió esta embajada, el desánimo se apoderó de Atenas, pero nadie se atrevía a proponer una moción basada en las condiciones que imponía Esparta, es decir, destruir los Muros Largos por cada lado a lo largo de diez estadios. Arquéstrato fue encarcelado por haber defendido esta propuesta (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 11-15) y Cleofonte, representante del partido democrático, se oponía violentamente a cualquier proposición en este sentido (cf. LISIAS, [13], 8; ESQUINES, *Sobre la embajada* [2], 76). Ante aquella situación angustiosa, se agudizó la oposición entre la facción democrática, partidaria a ultranza de la guerra contra Esparta, y la facción oligárquica, dirigida por Terámenes, que propugnaba la paz y un cambio de la situación política. La propaganda democrática acusaba a los oligarcas de connivencia con los lacedemonios y les hacía responsables del desastre de Egospótamos (cf. LISIAS, *Contra Eratóstenes* [12], 36). En aquella trágica situación de impasse en las negociaciones y penuria en la ciudad, Terámenes consiguió que la Asamblea le enviara a negociar con Lisandro (al frente de la flota peloponesia en el golfo Sarónico); pasó más de tres meses con Lisandro esperando que los atenienses aceptarían cualquier condición cuando les acuciara la absoluta falta de víveres; al regresar, fue enviado él y nueve colegas, dotados de plenos poderes, a negociar con los éforos (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 16-17). La embajada de Terámenes fue acogida en la Asamblea de Esparta para tratar del destino de Atenas. Frente a la posición dura de los aliados peloponesios, capitaneados por Corinto y Tebas, que proponían la destrucción de Atenas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 19; ISÓCRATES, *Plataico* [14], 31; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 3), los espartanos, en atención a los méritos de Atenas, impusieron una solución menos drástica: destrucción de los Muros Largos y los del Pireo, entrega de todas las naves, salvo doce, retorno de los exiliados y acomodación de Atenas a la política de Esparta. Atenas finalmente, en abril del 404, aceptó las condiciones, la flota de Lisandro entró en el Pireo y se

comenzó la demolición de las murallas al son de las flautas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 20-23).

⁵⁹⁸ Respecto a las cláusulas, en líneas generales, hay acuerdo en las fuentes, pero Diodoro no se refiere al regreso de los exiliados. Sobre esta capitulación, cf. F.J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, Santiago de Compostela, 1975, II, págs. 299 ss.

⁵⁹⁹ La Guerra del Peloponeso termina pues con la ocupación espartana de Atenas y la instauración del gobierno oligárquico de los Treinta. Había comenzado en el 431 con el ataque tebano a Platea (cf. DIODORO, XII 41, 3-42, 2) y con la invasión del Ática por los peloponesios.

⁶⁰⁰ Darío II, hijo de Artajerjes I, había subido al trono en el 424 (cf. DIODORO, XII 71, 1).

⁶⁰¹ Cf. *supra*, XIII 103, 5 y nota 560.

⁶⁰² Antímaco de Colofón, nacido hacia el 445, fue autor de un poema épico, la *Tebaida*, en veinticuatro libros, y de un poema elegíaco, *Lide*, el nombre de su amada que había muerto, de contenido amoroso y luctuoso; narraba historias de amores infelices y desgracias heroicas. Se conservan escasos fragmentos de su obra, apreciada por Platón, que envió a su discípulo Heraclides Póntico a Colofón para reunir sus poemas, y por los poetas alejandrinos, aunque criticada por Calímaco.

⁶⁰³ Continúa aquí el relato del final del capítulo 96. Himilcón, después de haber conquistado Acragante en el otoño del 406, no la destruyó en seguida a fin de que sus soldados pudieran pasar allí el invierno (cf. *supra*, 91, 1); pero al llegar el buen tiempo, dio orden de arrasarla.

⁶⁰⁴ La ciudad madre fenicia de Cartago.

⁶⁰⁵ En el 332 a. C. Duró siete meses.

⁶⁰⁶ Cf. DIODORO, XVII 41, 7.

⁶⁰⁷ Es probable que el asalto se concentrara por la parte occidental de la ciudad, donde los muros eran más vulnerables por la falta de defensas naturales.

⁶⁰⁸ Es decir, de las «tropas aliadas», la segunda división.

⁶⁰⁹ DIODORO ha dicho antes (cf. *supra*, 108, 3) que el campamento cartaginés estaba «junto al río del mismo nombre», o sea, al este de la ciudad de Gela, pero a partir de la presente descripción de la batalla de Gela, se entiende que estaría situado al oeste, por lo que parece que hay una contradicción entre ambos pasajes. Para solucionarla se han dado diversas explicaciones, no muy convincentes, como la de una ramificación del río o la de un traslado del campamento (cf. D. ADAMESTEANU, «Osservazione sulla battaglia di Gela del 405 a. C.», *Kokalos* II [1956], 142-157).

⁶¹⁰ Aceptando la corrección de Reiske *apōchyrōménon* en lugar de *apōxymménon*; sin esta corrección, podríamos entender «la parte en ángulo de la empalizada», o «los palos terminados en punta de la empalizada».

⁶¹¹ Cf. *supra*, caps. 57 ss., 62 y 90.

⁶¹² Éste era uno de los argumentos recurrentes de la propaganda contra Dionisio.

⁶¹³ Donde Dionisio había establecido su cuartel general y su residencia (cf. *supra*, 96, 2).

⁶¹⁴ Según PLUTARCO, *Vida de Dión* 3, 1-2, la mujer se suicidó a consecuencia del ultraje.

⁶¹⁵ Equivalentes a unos 75 km.

⁶¹⁶ Se refiere a Lisimelia, el área pantanosa situada entre el muro occidental de Siracusa y la desembocadura del Anapo. Cf. TUCÍDIDES, VII 53, 2.

⁶¹⁷ Cf. DIODORO, II 10, donde se describe un uso semejante.

⁶¹⁸ El ágora de Siracusa, donde trataron de resistir los opositores a Dionisio, se localiza en la zona situada entre la isla de Ortigia y el barrio de Acradina.

⁶¹⁹ Cf. DIODORO, trad. cit., XI 76, 3 y nota 560; *infra*, XIV 7-8.

⁶²⁰ Se considera que hay una laguna en el comienzo de este capítulo; en el pasaje perdido Diodoro se referiría a la imposibilidad en la que se encontraron los cartagineses de culminar el ataque a Siracusa debido a una epidemia, la explicación más plausible según M. I. FINLEY (*Storia della Sicilia antica*, Roma-Bari, 1975, pág. 78) de la retirada cartaginesa.

⁶²¹ Cf. *supra*, I 3.

LIBRO XIV

SINOPSIS

Índice antiguo del libro XIV.

- 1 [Prólogo.](#)
- 2 [La posteridad hace justicia. Plan de este libro.](#)
- 3 [Capitulación de Atenas. Los oligarcas llaman a Lisandro. Instauración de los Treinta.](#)
- 4 [Tropelías de los Treinta y disensión entre Terámenes y Critias.](#)
- 5 [Muerte de Terámenes. Crímenes de los Treinta.](#)
- 6 [Decreto de Esparta contra los exiliados atenienses. Oposición de Argos y Tebas.](#)
- 7 [Medidas de Dionisio para consolidar su tiranía. Expedición contra Herbeso y rebelión de los siracusanos.](#)
- 8 [Los rebeldes asedian a Dionisio en Ortigia. Consejos de los amigos y reacción de Dionisio.](#)
- 9 [Dionisio derrota a los rebeldes, que se refugian en Etna. Los mercenarios campanos ocupan Entela.](#)
- 10 [Esparta impone oligarquías y tributos y envía a Aristo en apoyo de Dionisio. Medidas de éste para consolidar su tiranía.](#)
- 11 [Farnabazo ordena matar a Alcibíades. Muerte de Demócrito. Victoria de Lástenes. Derrota romana en Erruca.](#)
- 12 [Bizancio pide la intervención de Esparta. Despotismo de Clearco que, tras su derrota, colabora con Ciro.](#)
- 13 [Proyecto de Lisandro de abolir la monarquía hereditaria.](#)
- 14 [Dionisio en Etna, Leontinos y Ena. Su plan de expansión en la zona calcidea y sícula.](#)
- 15 [Dionisio hace la paz con Herbita y toma Catana y Naxos. Leontinos capitula.](#)

- 16 Arcónides funda Halesa. Relación con Herbita. Guerra entre romanos y veyos. Conquista de Anxor.
- 17 Tebas conquista Oropo. Conflicto entre Esparta y Élide.
- 18 Dionisio fortifica las Epípolas.
- 19 En sus planes contra Artajerjes, Ciro pide ayuda a Esparta y, tras reunir un ejército, parte de Sardes.
- 20 Ciro pasa las Puertas Cilicias y llega a Tarso, donde trata con Siénesis y convence a los soldados para que sigan.
- 21 Encuentro de Ciro y una flota de refuerzo lacedemonia en Iso. Paso de las Puertas Sirias y llegada al Éufrates, donde Ciro revela la verdad a las tropas.
- 22 Los ejércitos de Ciro y Artajerjes frente a frente.
- 23 La batalla de Cunaxa. Muerte de Ciro.
- 24 Balance de la batalla. Situación difícil de las tropas de Arideo y de Clearco tras la muerte de Ciro.
- 25 Encuentro entre los embajadores de Artajerjes y los jefes de los griegos. Se decide la retirada hacia Paflagonia.
- 26 Tregua y acuerdo con Artajerjes. El engaño de Tisafernes a los comandantes griegos.
- 27 Los griegos eligen nuevos jefes y prosiguen su marcha perseguidos por Tisafernes. Atraviesan el país de los carducos y llegan a Armenia.
- 28 Penalidades de los griegos en Armenia a causa de una tempestad.
- 29 Avance de los griegos por Armenia. Alborozo al tener el mar a la vista. Llegada a Cólquide.
- 30 Los griegos consumen una miel tóxica. En Trapezunte, Cerasunte, el país de los bárbaros mosinecos y Tibarene.
- 31 En Cotiora, Sinope y Heraclea. Tras atravesar Bitinia llegan a Crisópolis. Fin de la expedición de los Diez Mil.

- [32 Trasibulo, apoyado por Tebas, toma File y se enfrenta a los Treinta. Reacción de éstos, su fracaso en el intento de corromper a Trasibulo y su petición de ayuda a Esparta.](#)
- [33 El papel de Trasibulo, la intervención de Pausanias y la restauración democrática en Atenas.](#)
- [34 Tras la paz con los eleos, Esparta expulsa a los mesenios de Cefalonia y Naupacto, que marchan a Sicilia y Cirene. Guerra civil en Cirene. Colonos romanos en Velitras.](#)
- [35 Temor ante la llegada de Tisafernes a la costa de Asia Menor. Tamos asesinado en Egipto. Tisafernes ataca Cime.](#)
- [36 Expedición de Tibrón contra Tisafernes.](#)
- [37 Ataque a Salmideso de Jenofonte y los supervivientes de los Diez Mil. Fundación de Adrano en Sicilia. Muerte de Arquelaos de Macedonia. Muerte de Sócrates.](#)
- [38 Tibrón sustituido por Dercílidas. Expedición contra Tróade y los tracios. Herípidas a Heraclea de Traquinia y al Eta. Dercílidas expulsa a los tracios del Quersoneso.](#)
- [39 Farnabazo convence al Rey para que Conón prepare una flota contra Esparta. Farnabazo y Tisafernes pactan una tregua con Dercílidas.](#)
- [40 Expedición fallida de Regio y Mesene contra Dionisio de Siracusa.](#)
- [41 Dionisio prepara con grandes medios la guerra contra Cartago.](#)
- [42 Innovaciones bélicas de Dionisio. Construcción de una flota.](#)
- [43 Preparativos extraordinarios de Dionisio. El trágico Astidamante. Derrota romana ante los veyos.](#)
- [44 Dionisio recluta tropas y busca aliados. Sus enlaces matrimoniales.](#)
- [45 Dionisio suaviza su régimen y propone la guerra ante la asamblea de Siracusa.](#)
- [46 Saqueo de las propiedades púnicas en las ciudades griegas de Sicilia. A punto para la guerra. Ctesias. Los poetas ditirámicos.](#)

- [47](#) [Ultimátum a Cartago. Dionisio marcha hacia Motia y recibe refuerzos de las ciudades griegas.](#)
- [48](#) [Ante el despliegue del ejército siracusano, Érix se pasa a Dionisio, pero Motia resiste. Situación de Motia. Acciones de Dionisio.](#)
- [49](#) [Himilcón ordena atacar por sorpresa el puerto de Siracusa. Dionisio conduce su ejército contra Motia.](#)
- [50](#) [Himilcón desiste en un intento de sorprender a Dionisio en Motia.](#)
- [51](#) [Los ingenios bélicos en el asedio de Motia.](#)
- [52](#) [Motia, tras una resistencia heroica, cae en poder de Dionisio.](#)
- [53](#) [Después del saqueo de Motia, Dionisio regresa a Siracusa.](#)
- [54](#) [Dionisio invade la zona bajo control cartaginés. Reacción de los cartagineses.](#)
- [55](#) [Respuesta cartaginesa al desafío de Dionisio. Himilcón desembarca en Sicilia y Dionisio se retira.](#)
- [56](#) [Himilcón marcha contra Mesene. Reacciones diversas de los mesenios.](#)
- [57](#) [Himilcón conquista Mesene. Diversa suerte de los mesenios. Resistencia de las fortalezas.](#)
- [58](#) [Rebelión de los sículos. Preparativos de Dionisio. Himilcón arrasa Mesene.](#)
- [59](#) [Avance de Himilcón y de la flota de Magón, en conserva, hacia Catana. Los sículos del Tauro. Erupción del Etna. Dionisio ordena un ataque naval.](#)
- [60](#) [Derrota de la flota siracusana de Leptines.](#)
- [61](#) [Dionisio, frente al parecer de los aliados siciliotas, se retira a Siracusa. Embajada de Himilcón a los campanos de Etna.](#)
- [62](#) [Dionisio envía a Políxeno y a reclutadores en busca de refuerzos. Himilcón entra en el Puerto Grande y pone en jaque a Siracusa.](#)

- 63 Saqueos de Himilcón en territorio siracusano. Consecuencias del sacrilegio contra Deméter y Core. Regresa Políxeno con una flota aliada.
- 64 Una victoria de los siracusanos en ausencia de Dionisio les hace pensar en acabar con la tiranía.
- 65 Discurso de Teodoro. Siracusa se ha de liberar de Dionisio antes que de los cartagineses.
- 66 No se puede comparar a Dionisio con Gelón.
- 67 Los siracusanos deben demostrar su amor por la libertad liberándose del tirano.
- 68 Dionisio no teme menos la paz que la guerra y busca la ruina de los siciliotas.
- 69 Los dioses son contrarios a Dionisio, que ha de abdicar o ser depuesto.
- 70 Farácidas no secunda el intento de Teodoro. Epidemia en el campamento cartaginés.
- 71 Descripción de la epidemia.
- 72 Dionisio aprovecha la situación y derrota a los cartagineses por mar y por tierra.
- 73 Incendio en la flota cartaginesa.
- 74 Intervención de los adolescentes y los viejos siracusanos. El espectáculo de la batalla visto desde las murallas.
- 75 Los cartagineses, derrotados, pactan secretamente con Dionisio. Huida de los ciudadanos con Himilcón. Huyen los sículos y negocian los iberos. Dionisio captura a los restantes.
- 76 La variabilidad de la Fortuna. Suicidio de Himilcón.
- 77 Consecuencias de la derrota. Cartago ante la rebelión de sus aliados.
- 78 Dionisio y los mercenarios. Movimientos de población y expediciones contra el territorio sículo.

- [79 Esparta envía a Agesilao contra Persia. La ayuda de Nefereo interceptada por Conón y los rodios, que abandonan la alianza lacedemonia.](#)
- [80 Victoria de Agesilao en la batalla de Sardes. Muerte de Tisafernes.](#)
- [81 La Guerra Beocia. Batalla de Haliarto. Entrevista de Conón con Artajerjes.](#)
- [82 Alianza contra Esparta: se prepara la Guerra de Corinto. Guerra entre Feras y Larisa. Matanza de lacedemonios en Heraclea. Expedición de Ismenias a Fócide. Reunión del Consejo de Corinto.](#)
- [83 La alianza contra Esparta y la batalla de Nemea. Regreso de Agesilao a Grecia. Victoria de Conón en la batalla de Cnido.](#)
- [84 Batalla de Coronea. Consecuencias de la derrota lacedemonia de Cnido. La flota de Conón en Grecia. Muerte de Aéropo. Fin de las *Helénicas* de Teopompo.](#)
- [85 Conón arriba al Pireo. Reconstrucción de las murallas. Tiribazo, celoso, arresta a Conón.](#)
- [86 Discordia civil en Corinto. Exiliados y lacedemonios toman Lequeo. El nombre de la Guerra de Corinto.](#)
- [87 Enfrentamiento entre Regio y Dionisio. Mesene y Milas. Asedio de Tauromenio.](#)
- [88 Derrota de Dionisio ante los sículos de Tauromenio. Defección de Acragante y Mesene.](#)
- [89 Mueren Pausanias de Esparta y Pausanias de Macedonia.](#)
- [90 Se gesta una coalición contra Dionisio. Derrota de Magón en Abacene. Primera expedición de Dionisio contra Regio.](#)
- [91 La Liga italiota. Victorias de Ificrates en Corinto, Fliunte y Sición.](#)
- [92 Los argivos ocupan Corinto. Ificrates sustituido por Cabrias. El reinado de Amintas III de Macedonia.](#)
- [93 Muerte de Sátiro. Los romanos conquistan Veyo y envían una ofrenda a Delfos. El pueblo romano honra a Timasiteo.](#)

- [94 Expedición de Trasibulo: Jonia, Quersoneso tracio, Helesponto y Lesbos. Toma de Metimna. Rumbo a Rodas.](#)
- [95 Nueva intervención cartaginesa en Sicilia. Alianza entre Siracusa y Agirio contra Cartago.](#)
- [96 Dificultades de Magón. Dionisio sella la paz con Cartago.](#)
- [97 Rebelión filolacedemonia en Rodas. La flota de Esparta en Samos, Cnido y Rodas. Ataque espartano contra Argos.](#)
- [98 Chipre: el poderío de Evágoras provoca la reacción de Persia. Roma: paz con los faliscos y guerra con los ecuos. Sutrio y Verrugo.](#)
- [99 Derrota en Asia del espartano Tibrón ante el persa Estrutas. Muerte de Trasibulo en Aspendo.](#)
- [100 Expedición de Dionisio contra Regio.](#)
- [101 Turios pide ayuda a los italiotas contra los lucanos. Los turios caen en una emboscada.](#)
- [102 Debacle de los turios ante los lucanos. La paz promovida por Leptines contraría a Dionisio. Roma y los pueblos vecinos.](#)
- [103 Expedición de Dionisio contra Italia. Teáridas captura una flota de Regio. Dionisio asedia Caulonia y los italiotas confían el mando a Heloris.](#)
- [104 Victoria de Dionisio sobre los italiotas y muerte de Heloris.](#)
- [105 Indulgencia de Dionisio.](#)
- [106 Dionisio somete Regio y entrega a Locros el territorio de Caulonia. Los romanos toman Lifecua.](#)
- [107 Dionisio favorece a los locros, a quienes entrega Hiponio, y se venga de los reginos.](#)
- [108 Estratagema de Dionisio, que pone sitio a Regio.](#)
- [109 Reveses de la delegación enviada por Dionisio a los Juegos Olímpicos. Los poemas de Dionisio objeto de escarnio. Roma vence a los volscos en Gurasio.](#)

- [110 La Paz de Antálcidas. Preparativos de Artajerjes contra Evágoras de Chipre.](#)
- [111 Dionisio toma Regio tras someterla a una situación desesperada.](#)
- [112 El atroz castigo de Fitón.](#)
- [113 Los galos en Italia. Invasión de Etruria, ataque a Clusio e intervención de embajadores romanos.](#)
- [114 Los galos derrotan a los romanos en la batalla de Alia.](#)
- [115 Los galos en Roma.](#)
- [116 Victoria romana sobre los etruscos. Las ocas del Capitolio frustran el asalto de los galos. Armisticio entre romanos y galos. Reconstrucción de Roma y recompensa a sus mujeres.](#)
- [117 Importantes victorias de Camilo sobre los volscos, los ecuos, los etruscos y los galos. Comienzo de la *Historia* de Calístenes y final del libro XIV de Diodoro.](#)

EL CONTENIDO DEL LIBRO XIV DE DIODORO ES EL SIGUIENTE:

La abolición de la democracia en Atenas y la instauración de los Treinta ([3-4](#)).

La conducta ilegal de los Treinta hacia los ciudadanos ([5-6](#)).

Cómo el tirano Dionisio construyó una ciudadela y distribuyó la ciudad y su territorio entre las masas ([7](#)).

Cómo Dionisio recuperó inesperadamente la tiranía que zozobraba ([8-9](#)).

Cómo los lacedemonios se convirtieron en árbitros de la situación en Grecia ([10](#)).

La muerte de Alcibíades, y la tiranía del lacón¹ Clearco en Bizancio y su derrocamiento ([11-12](#)).

Cómo el lacedemonio Lisandro fracasó en su intento de derribar a los descendientes de Heracles ([13](#)).

Cómo Dionisio redujo a la esclavitud a Catana y a Naxos y trasladó a los leontinos a Siracusa ([14-15](#)).

La fundación de Halesa en Sicilia ([16](#)).

La guerra de los lacedemonios contra los eleos ([17](#)).

Cómo Dionisio construyó la Muralla de las Seis Puertas ([18](#)).

Cómo Ciro encontró la muerte en la expedición contra su hermano ([19-31](#)).

Cómo los lacedemonios acudieron en ayuda de los griegos de Asia ([35-36](#)).

La fundación de Adrano en Sicilia y la muerte de Sócrates, el filósofo ([37](#)).

La construcción del muro del Quersoneso ([38](#)).

Los preparativos de Dionisio con vistas a la guerra contra Cartago y la fabricación de armas, proceso en el que se inventó la catapulta ([41-44](#)).

Cómo estalló la guerra entre los cartagineses y Dionisio ([45-47](#)).

Cómo Dionisio tomó en asedio Motia, importante ciudad de los cartagineses ([48-53](#)).

Cómo los egesteos incendiaron el campamento de Dionisio ([54](#)).

Cómo los cartagineses pasaron a Sicilia con trescientos mil hombres e hicieron la guerra contra Dionisio ([55](#)).

La retirada de Dionisio a Siracusa ([55](#)).

La expedición de los cartagineses al Estrecho y la conquista de Mesene ([56-58](#)).

La gran batalla naval entre los cartagineses y Dionisio y la victoria de los cartagineses ([59-62](#)).

El saqueo de los templos de Deméter y Core por los cartagineses ([63](#)).

El castigo de los sacrílegos por obra de los dioses y la destrucción del ejército cartaginés a causa de una epidemia ([63](#); [70-71](#)).

Batalla naval entre los siracusanos y los cartagineses y victoria de los siracusanos ([64](#)).

El discurso ante el pueblo de Teodoro sobre la libertad ([65-69](#)).

Cómo Dionisio tendió una trampa a los mil mercenarios más turbulentos y los hizo exterminar ([72](#)).

Cómo Dionisio puso sitio a los fuertes y al campamento de los cartagineses ([72](#)).

Cómo Dionisio redujo mediante asedio a los cartagineses e incendió muchas naves enemigas ([73](#)).

La derrota de los cartagineses por tierra y por mar ([74](#)).

Estratagema nocturna de los cartagineses, que contaban con la ayuda de Dionisio, a escondidas de los siracusanos, a cambio de cuatrocientos talentos ([75](#))².

Las adversidades sobrevenidas a los cartagineses a causa de su impiedad para con la divinidad ([76-77](#)).

Repoblación de las ciudades destruidas en Sicilia ([78](#)).

Cómo Dionisio asedió y tomó algunas ciudades de los sículos e indujo a otras a una alianza ([78](#)).

Cómo concluyó un tratado de amistad con Agiris, señor de Agirio, y con Nicodemo³, señor de Centóripa ([78](#)).

Cómo Agesilao, rey de los espartiatas, pasó a Asia con un ejército y devastó el territorio sometido a los persas ([79](#)).

Cómo Agesilao venció en una batalla a los persas mandados por Farnabazo⁴ ([80](#)).

Sobre la Guerra Beocia y sus peripecias ([81](#)).

Cómo Conón, nombrado general por los persas, reconstruyó las murallas de Atenas ([81](#); [83-85](#)).

Cómo los lacedemonios vencieron a los beocios cerca de Corinto y esta guerra fue llamada Guerra de Corinto ([86](#)).

Cómo Dionisio, a fuerza de muchos combates, logró irrumpir en Tauromenio y luego fue rechazado ([87-88](#)).

Cómo los cartagineses fueron derrotados por Dionisio cerca de la ciudad de Abacene⁵ ([90](#)).

La expedición de los cartagineses a Sicilia y fin de la guerra ([95-96](#)).

Cómo Tibrón⁶, el general lacedemonio, fue derrotado y muerto por los persas ([99](#)).

Cómo Dionisio asedió Regio ([108](#); [111](#)).

Cómo los griegos de Italia se reunieron en una liga y se enfrentaron a Dionisio ([103-104](#)).

Cómo Dionisio, pese a haber vencido en el campo de batalla y a haber capturado diez mil prisioneros, los liberó sin rescate y concedió la autonomía a las ciudades ([105](#)).

La conquista de Caulonia y de Hiponio; su destrucción y el traslado de sus habitantes a Siracusa ([106-107](#)).

Cómo los griegos concluyeron con Artajerjes la paz de Antálcidas ([110](#)).

La conquista de Regio y las desgracias de esta ciudad ([111-112](#)).

La conquista de Roma por los galos, a excepción del Capitolio ([114-117](#)).

Prólogo

Posiblemente es natural que todos [1] los hombres escuchen con desagrado las críticas dirigidas contra ellos, porque incluso aquellos cuya maldad es tan manifiesta que resulta innegable, aun así se irritan terriblemente cuando son objeto de reproche y tratan de rebatir la acusación. Por esta razón cada hombre ha de evitar por todos los medios cometer una mala acción, especialmente aquellos que aspiran al poder o que han recibido algún señalado beneficio de la Fortuna; su vida, en efecto, al atraer la atención [2] de todo el mundo debido a su encumbramiento, no puede esconder sus propios errores; en consecuencia, ninguno de los que ocupan una posición elevada debe abrigar la esperanza, si comete faltas graves, de escapar para siempre a las críticas; porque, aun en el caso de que se libre de la censura durante su vida, debe esperar que más pronto o más tarde le alcanzará la fuerza de la verdad, que sin ambages proclamará cuanto durante largo tiempo se había callado. Constituye, por lo tanto, un duro destino [3] para los malvados el hecho de dejar a la posteridad, después de la muerte, una imagen inmortal, podríamos decir, de toda su vida; porque incluso en el caso de que nada cuente para nosotros después de la muerte, como repiten machaconamente⁷ algunos filósofos, la vida que la precede resulta mucho más miserable si deja el recuerdo de su maldad para toda la eternidad. Y de ello podrán encontrar claros ejemplos quienes lean el relato detallado contenido en este libro⁸.

La posteridad hace justicia. Plan de este libro.

[2] Entre los atenienses, por ejemplo, treinta hombres que se convirtieron en tiranos, movidos por su codicia, precipitaron a su patria en los más graves infortunios y ellos mismos perdieron rápidamente el poder dejando un recuerdo eterno de su ignominia⁹; y los lacedemonios, que habían obtenido el dominio indiscutible de Grecia, lo perdieron cuando comenzaron a cometer injusticias contra sus aliados¹⁰. La autoridad de los que mandan se mantiene gracias a su benevolencia y a su justicia, pero la minan [2] las injusticias y el odio de los súbditos. De modo semejante Dionisio, el tirano de los siracusanos, pese a ser el más afortunado de los déspotas¹¹, durante su vida fue objeto de continuas conjuraciones¹² y debido al miedo se

vio obligado a llevar una coraza de hierro encima de la túnica¹³, mientras que, después de su muerte, ha dejado su propia existencia como un perfecto modelo de vida execrable para toda la posteridad.

Pero relataremos con todo detalle cada uno de estos hechos [3] en el momento oportuno, y ahora reanudaremos el hilo de nuestra exposición después de fijar los límites cronológicos. En los [4] libros precedentes hemos relatado los acontecimientos ocurridos desde la conquista de Troya hasta el final de la Guerra del Peloponeso y de la hegemonía de los atenienses, cubriendo un período de setecientos setenta y nueve años¹⁴; en el presente libro completaremos el relato con los hechos sucesivos, comenzando por el establecimiento de los Treinta Tiranos en Atenas, y acabaremos en la conquista de Roma por los galos, abarcando así un período de dieciocho años¹⁵.

404-403 a.C. Capitulación de Atenas. Los oligarcas llaman a Lisandro. Instauración de los Treinta.

En el año en que Atenas estuvo sin [3] arconte a raíz de la pérdida de la hegemonía¹⁶, setecientos ochenta años después de la conquista de Troya, en Roma recibieron el poder consular cuatro tribunos militares, Gayo Fulvio, Gayo Servilio, Gayo Valerio y Numerio Fabio¹⁷, y se celebró la Olimpíada nonagesimocuarta¹⁸, en la que venció Corcinas de Larisa¹⁹. [2] En este período, los atenienses, completamente exhaustos, concluyeron un tratado con los lacedemonios por el que debían derribar las murallas de la ciudad y adoptar la forma de gobierno de sus antepasados²⁰. Demolieron entonces los muros²¹, pero, respecto a la forma de gobierno, no se pusieron de acuerdo entre ellos. En efecto, aquellos que aspiraban a la oligarquía [3] sostenían que debía restaurarse el antiguo régimen²², en el que un número muy pequeño de ciudadanos estaba al frente de todo; pero la mayoría, deseosa de la democracia, traía a la memoria la forma de gobierno de sus padres y afirmaba que ésta era una democracia²³.

Después de algunos días de discusión sobre este asunto, los [4] partidarios de la oligarquía enviaron una embajada al espartiatas Lisandro²⁴ (que, al finalizar la guerra, había sido enviado a las ciudades para regular la situación política, y en la mayor parte de ellas se habían instituido regímenes oligárquicos), esperando, como era natural, que apoyaría su plan. Efectuaron pues la travesía hacia

Samos, dado que allí se encontraba Lisandro, que [5] acababa de apoderarse de la ciudad²⁵. Ante esta petición, Lisandro consintió en ayudarles; nombró harmosta²⁶ de Samos al espartiata Tórax²⁷ y él partió rumbo al Pireo²⁸ con cien naves. Hizo convocar una asamblea y aconsejó a los atenienses que eligieran treinta hombres para gobernar el Estado y dirigir la [6] administración de los asuntos públicos. Terámenes²⁹ se opuso a ello y leyó las cláusulas del tratado donde Lisandro había aceptado que los atenienses se sirvieran de la constitución de sus antepasados, y añadió que se incurriría en una indignidad si, violando los juramentos, se les privaba de la libertad; pero Lisandro dijo que el tratado había sido violado por los atenienses, porque habían demolido los muros después de la fecha convenida³⁰. Lanzó además las más terribles amenazas contra Terámenes, declarando que lo mataría si no cesaba de oponerse a los lacedemonios. Por esa razón Terámenes y el pueblo, espantados, [7] se vieron obligados a votar a mano alzada la abolición de la democracia³¹. Así pues, fueron elegidos treinta hombres con el encargo de dirigir la política de la ciudad, de nombre gobernadores, pero en realidad tiranos³².

Tropelías de los Treinta y disensión entre Terámenes y Critias

[4] El pueblo, que veía la moderación de Terámenes³³, y pensaba que su hombría de bien frenaría de algún modo la avidez de quienes estaban al frente, lo eligió también entre los treinta magistrados³⁴. Los elegidos debían designar a los miembros del Consejo³⁵ y a los restantes magistrados y redactar las leyes con las que iban [2] a gobernarse³⁶. Fueron aplazando la redacción de las leyes, aduciendo siempre especiosos pretextos, e instituyeron el Consejo y las otras magistraturas recurriendo a sus propios amigos, de modo que los designados para los cargos llevaban el nombre de magistrados públicos, pero en realidad eran servidores de los Treinta. Como primera medida sometieron a juicio a los elementos más perversos³⁷ de la ciudad y los condenaron a muerte, y hasta aquí contaron con el beneplácito de los ciudadanos más moderados³⁸. [3] Pero después, decididos a actuar con más violencia e infringiendo las leyes, pidieron una guarnición a los lacedemonios³⁹, diciéndoles que instituirían un régimen que serviría a sus intereses; sabían, en efecto, que no podrían llevar a cabo los asesinatos que proyectaban si no

contaban con el apoyo de armas extranjeras, porque todo el pueblo resistiría luchando por la seguridad común. Los lacedemonios les enviaron a Calibio al [4] mando de una guarnición⁴⁰, y los Treinta se ganaron a este comandante por medio de regalos y con otras atenciones⁴¹; y después, seleccionando entre los ricos a aquellos que les convenían, los detenían bajo pretexto de que conspiraban, los condenaban a muerte y confiscaban sus bienes⁴². Al oponerse [5] Terámenes a sus colegas y amenazarlos con unirse en su resistencia a aquellos que luchaban por su salvación⁴³, los Treinta reunieron el Consejo. Critias⁴⁴, que estaba al frente de ellos, lanzó muchas acusaciones contra Terámenes, diciendo que traicionaba al gobierno del que él mismo formaba parte voluntariamente; Terámenes tomó la palabra y, defendiéndose punto por punto⁴⁵, se granjeó el favor de todo el Consejo. Entonces Critias y los suyos⁴⁶, temiendo que Terámenes acabara con la oligarquía, lo hicieron rodear por un pelotón de soldados con las espadas [7] desenvainadas con la intención de arrestarlo. Pero él se les adelantó y corrió a refugiarse junto al altar de Hestia del Consejo⁴⁷, y dijo que se refugiaba junto a los dioses no porque pensara salvarse, sino porque quería que sus asesinos quedaran manchados por un acto de impiedad contra los dioses.

Muerte de Terámenes. Crímenes de los Treinta.

[5] Cuando los agentes de los Treinta se acercaron a él para sacarlo de su refugio, Terámenes soportó noblemente su desgracia, ya que estaba profundamente imbuido de las enseñanzas filosóficas de Sócrates; por su lado la muchedumbre presente se apiadaba del infortunio de Terámenes, pero no se atrevía a ayudarlo a causa [2] del gran número de hombres armados que lo rodeaban. Sócrates, el filósofo, y dos de sus amigos acudieron para tratar de oponerse a los agentes de los Treinta, pero Terámenes les pidió que no hicieran nada; les dijo que apreciaba su amistad y su valor, pero que para él sería el colmo de la desgracia convertirse en causante de la muerte de hombres que le testimoniaban tal afecto⁴⁸. Entonces Sócrates y sus amigos, al no contar con ninguna [3] ayuda de otros, y viendo la superioridad de sus adversarios y su actitud cada vez más amenazante, renunciaron a intervenir; y los hombres que habían recibido la orden arrancaron a Terámenes de los altares y lo

condujeron a la muerte a través del ágora⁴⁹. El pueblo, espantado por las armas de la guardia, se [4] compadecía del desventurado y lloraba a la vez por la desgracia de aquel hombre y por su propia esclavitud, puesto que toda la gente sencilla, viendo que la virtud de Terámenes era ultrajada de aquel modo, comprendía que ellos, en su debilidad, serían sacrificados sin ninguna consideración.

Después de la muerte de Terámenes⁵⁰, los Treinta, seleccionando [5] a los ricos, se pusieron a lanzar contra ellos falsas acusaciones y a condenarlos a muerte para apoderarse de sus bienes⁵¹. Entre sus víctimas estuvo Nicérato, hijo de Nicias, el jefe de la expedición contra los siracusanos⁵², un hombre bueno y afable con todo el mundo, que, por su fortuna y reputación, era tal vez el primero de todos los atenienses⁵³. Así en todas las casas se lamentó [6] el fin de aquel hombre, y el recuerdo de su bondad hacía que se saltaran las lágrimas. Sin embargo, los tiranos no cesaron de actuar sin respeto a las leyes y, dado que su locura crecía más y más en todos ellos, dieron muerte a sesenta de los más ricos extranjeros⁵⁴ para apoderarse de su fortuna; y, como las muertes de los ciudadanos eran diarias, aquellos que contaban con recursos [7] huyeron casi todos de la ciudad. Mataron también a Autólico⁵⁵, un hombre franco, y, de un modo general, eligieron a los personajes más distinguidos. Arruinaron la ciudad hasta tal punto que empujaron al exilio a más de la mitad de los atenienses⁵⁶.

Decreto de Esparta contra los exiliados atenienses. Oposición de Argos y Tebas.

[6] Los lacedemonios, que fijaban la atención en la ciudad de Atenas⁵⁷ y querían que los atenienses no recuperaran nunca su poder, se alegraban y manifestaban abiertamente su disposición de ánimo; decretaron, en efecto, que los exiliados atenienses de todas las partes de Grecia fueran entregados a los Treinta y que quien se opusiera [2] fuera obligado a pagar una multa de cinco talentos⁵⁸. Aunque el decreto era inhumano, las otras ciudades, atemorizadas por la potencia de los espartiatas, obedecieron, pero los argivos, que odiaban la crueldad de los lacedemonios y se apiadaban de la suerte de aquellos desventurados, fueron los primeros en acoger a los exiliados con humanidad⁵⁹. También los tebanos decretaron [3] que se castigara con una multa a aquel que viera llevarse a un exiliado y no le prestara ayuda en la medida de lo posible⁶⁰.

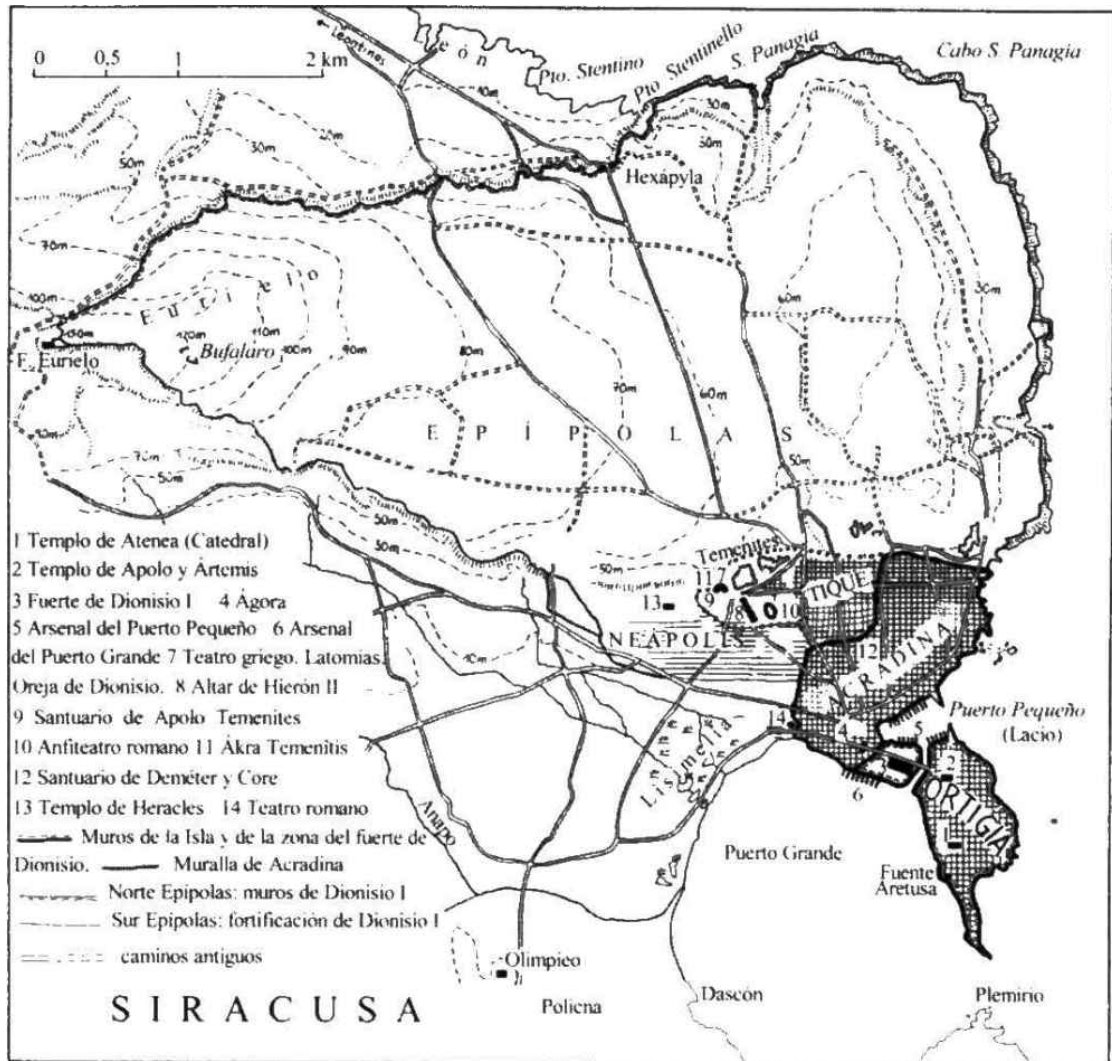
Ésta era, pues, entonces la situación en la que se hallaban los atenienses.

Medidas de Dionisio para consolidar su tiranía. Expedición contra Herbeso y rebelión de los siracusanos.

En Sicilia, Dionisio, el tirano de los [7] siglos⁶¹, después de haber concluido la paz con los cartagineses⁶², pensaba en el futuro⁶³ con el propósito de dar estabilidad a su tiranía; se daba cuenta, en efecto, de que los siracusanos, liberados de la guerra, tendrían tiempo [2] para tratar de recuperar su libertad⁶⁴. Observando que la Isla⁶⁵ era la posición más segura de la ciudad y la más fácil de defender, la separó del resto de la ciudad con un muro imponente, en el que levantó un gran número de altas torres, y delante de ella construyó mercados y pórticos capaces de acoger [3] una gran cantidad de gente. También hizo construir en la Isla, sin ahorrar gastos, una ciudadela fortificada para que sirviera de refugio ante cualquier imprevisto, y en su interior incluyó los arsenales junto al Puerto Pequeño, llamado Lacio⁶⁶; podían contener sesenta trirremes y tenían una entrada que se cerraba a través de la cual las naves sólo podían pasar de una en una. [4] Eligió las mejores tierras y las regaló a sus amigos⁶⁷ y a los oficiales puestos al frente de sus tropas, y repartió el resto, a partes iguales, entre extranjeros⁶⁸ y ciudadanos, abarcando bajo el nombre de ciudadanos a los esclavos liberados, a los que llamó [5] «nuevos ciudadanos». También distribuyó las casas al pueblo, a excepción de las de la Isla; éstas las regaló a sus amigos y a los mercenarios⁶⁹.

Cuando le pareció que había establecido unas bases sólidas para el ejercicio de su tiranía, condujo su ejército contra los siglos, deseoso de tener bajo su control a todos los pueblos independientes, y sobre todo a los siglos, por el hecho de que antes habían combatido al lado de los cartagineses. Marchó, pues, [6] contra la ciudad de los herbesinos⁷⁰ y se preparó para el asedio. Pero los siracusanos que participaban en la expedición, una vez en posesión de las armas que les habían confiado, comenzaron a reunirse en grupos y a acusarse unos a otros de no haber colaborado con los hombres de la caballería en su intento de derribar al tirano⁷¹. El hombre que había sido puesto por Dionisio al mando de los soldados, primero amenazó a uno de aquellos que hablaban tan

libremente y, al contestarle aquél con osadía, se le acercó con intención de golpearlo. Entonces los soldados, irritados [7] por aquel gesto, dieron muerte al comandante, llamado Dórico, y después, a gritos, exhortaron a los ciudadanos a defender la libertad y enviaron a buscar a los caballeros de Etna⁷²; éstos, que habían sido expulsados al principio de la tiranía, ocupaban esta fortaleza.



6. Siracusa.

Los rebeldes asedian a Dionisio en Ortigia. Consejos de los amigos y reacción de Dionisio.

Dionisio, espantado por la rebelión [8] de los siracusanos, levantó el asedio y partió a toda prisa hacia Siracusa, con la intención de ocupar la ciudad. Después de su huida, los rebeldes eligieron como jefes a los que habían dado muerte al comandante y, una vez acogidos en sus filas los caballeros procedentes de Etna, establecieron su campamento en el lugar que recibe el nombre de Epípolas⁷³, enfrente del tirano, y le bloquearon la salida hacia el

resto del territorio. Inmediatamente enviaron embajadores a los [2] mesenios⁷⁴ y a los reginos⁷⁵, pidiéndoles que les enviaran un socorro naval para ayudarles a recuperar la libertad. En aquel tiempo, en efecto, estas ciudades podían equipar habitualmente no menos de ochenta trirremes, y entonces las enviaron a los siracusanos, ya que deseaban ayudarles a recuperar la libertad⁷⁶. [3] Luego hicieron proclamas prometiendo grandes sumas de dinero a quienes dieran muerte al tirano y se comprometieron a conceder la ciudadanía a los mercenarios que se pasaran a su lado. También construyeron máquinas de guerra para golpear y derribar los muros, con las que se pusieron a lanzar asaltos diarios contra la Isla, y acogieron con complacencia a los mercenarios que se pasaban a su lado.

[4] Dionisio, con la salida hacia el territorio bloqueada y abandonado por sus mercenarios, reunió a sus amigos⁷⁷ para discutir sobre la situación; hasta tal punto había perdido la esperanza de mantener su régimen que no buscaba cómo vencer a los siracusanos, sino qué muerte afrontar para no perder su poder de una [5] manera ignominiosa. Entonces Heloris, uno de sus amigos y, al decir de algunos, su padre adoptivo⁷⁸, le dijo que la tiranía era un bello sudario⁷⁹; pero Políxeno, su cuñado⁸⁰, afirmó que debía tomar el caballo más veloz y galopar hasta la región sometida a los cartagineses, hasta los campanos⁸¹, dejados allí por Himilcón para asegurar la guardia de sus posiciones de Sicilia. Finalmente Filisto⁸², el que después compuso su *Historia*, se opuso al parecer de Políxeno y dijo que a Dionisio no le convenía huir de la tiranía a lomos de un caballo al galope, sino en último caso ser echado de ella arrastrado por una pierna⁸³. Dionisio siguió [6] el parecer de Filisto y decidió afrontar cualquier cosa antes que renunciar al poder absoluto voluntariamente. Con esta idea envió por un lado embajadores a los rebeldes pidiéndoles que le permitieran abandonar la ciudad con los suyos, mientras que por otro despachó a escondidas mensajes a los campanos prometiéndoles que les daría todo el dinero que pidieran por su ayuda en el asedio.

Dionisio derrota a los rebeldes, que se refugian en Etna. Los mercenarios campanos ocupan Entela.

[9] Después de estos hechos, los siracusanos, que dieron al tirano la posibilidad de hacerse a la mar con cinco naves, bajaron la

guardia; despidieron a la caballería, que no era útil para el asedio, y la mayor parte de los hombres de infantería se dispersaron por la [2] región, como si la tiranía ya hubiese sido derrocada. Pero los campanos, excitados por las promesas, se dirigieron primero a Agirio⁸⁴; allí confiaron su impedimenta a Agiris, el señor de la ciudad, y a continuación se precipitaron hacia Siracusa, armados a la ligera, formando un cuerpo de mil doscientos hombres de caballería. [3] Cubriendo el recorrido con rapidez, se presentaron inesperadamente en Siracusa y, dando muerte a muchos siracusanos, se abrieron paso hacia el lugar donde se encontraba Dionisio. Al mismo tiempo también llegaron por mar trescientos mercenarios [4] en ayuda del tirano, de modo que éste recobró sus esperanzas. Al ver que se reforzaba el poder absoluto, los siracusanos se pusieron a discutir entre ellos, puesto que unos opinaban que era preciso permanecer y continuar el asedio, mientras que otros eran partidarios de disolver el ejército y abandonar la ciudad.

[5] Cuando se enteró de estas disensiones, Dionisio, efectuando una salida, condujo sus tropas contra ellos y, abalanzándose sobre sus adversarios en pleno desorden, los puso en fuga fácilmente cerca de la llamada Ciudad Nueva⁸⁵. No fueron muchos los muertos, porque Dionisio, cabalgando al lado de sus hombres, les impidió que dieran muerte a los fugitivos. Los siracusanos de momento se dispersaron por la región, pero poco después se reunieron con las fuerzas de caballería en Etna⁸⁶, en un número de más de siete mil. Dionisio, después de haber [6] dado sepultura a los siracusanos caídos en el combate⁸⁷, envió embajadores a Etna, pidiendo a los exiliados que aceptaran la reconciliación y que regresaran a su patria; les daba garantías de que no tomaría represalias contra ellos. Entonces aquellos [7] que habían dejado hijos y mujeres se vieron obligados a aceptar la invitación; pero los otros, a los embajadores que elogiaban el gesto de Dionisio al dar sepultura a los caídos, les respondieron que él merecía recibir el mismo favor y que rogaban a los dioses para ver cómo lo obtenía lo más pronto posible. Así pues, éstos no quisieron de ninguna manera confiar en el [8] tirano y permanecieron en Etna, aguardando una ocasión para actuar contra él. Dionisio trató con generosidad a los exiliados que regresaron, con el propósito de inducir a los otros a regresar a su patria; y a los campanos los premió con las recompensas previstas y los hizo

marchar de la ciudad por miedo a su carácter inestable⁸⁸. Se dirigieron a Entela⁸⁹ y persuadieron a sus [9] habitantes a aceptarles entre ellos, pero luego, durante la noche, atacaron y degollaron a los hombres en edad militar, se unieron a las mujeres de aquellos a quienes habían traicionado y se apoderaron de la ciudad⁹⁰.

Esparta impone oligarquías y tributos y envía a Aristo en apoyo de Dionisio. Medidas de éste para consolidar su tiranía.

[10] En Grecia, los lacedemonios, después de haber puesto fin a la Guerra del Peloponeso, ejercieron una hegemonía indiscutible por tierra y por mar. Nombraron navarco⁹¹ a Lisandro y le ordenaron que fuera a las ciudades y que en cada una de ellas estableciera a los gobernadores que ellos llaman harmostas⁹²; los lacedemonios, en efecto, hostiles a la democracia, querían que las ciudades [2] estuvieran gobernadas por oligarquías⁹³. También impusieron tributos a los pueblos vencidos, de modo que ellos, que anteriormente no habían hecho uso de la moneda⁹⁴, reunieron entonces procedentes de aquel tributo más de mil talentos cada año⁹⁵.

Una vez que hubieron arreglado los asuntos de Grecia según sus intereses, enviaron a Siracusa a Aristo⁹⁶, un hombre ilustre, con el pretexto de derrocar el poder absoluto, pero en realidad con la intención de reforzar la tiranía; esperaban que, ayudándole a consolidar su poder, tendrían en Dionisio un aliado sumiso en agradecimiento a los servicios prestados. Aristo, después [3] de arribar a Siracusa y mantener conversaciones secretas con el tirano sobre todo ello, se puso a soliviantar a los siracusanos prometiéndoles que les ayudaría a recuperar la libertad; después hizo ejecutar al corintio Nicóteles⁹⁷, que capitaneaba a los siracusanos, y, traicionando a los que habían puesto su confianza en él, reforzó el poder del tirano, causando con esta acción su propia deshonra y también la de su patria⁹⁸. Dionisio, [4] después de enviar a los siracusanos a recoger la cosecha⁹⁹, penetró en sus casas y se apoderó de todas las armas; a continuación se puso a construir un segundo muro en torno a la acrópolis, a equipar naves, a reclutar un gran número de mercenarios y, en definitiva, a efectuar todos los restantes preparativos para la seguridad de la tiranía, puesto que los hechos le

habían hecho experimentar que los siracusanos estaban dispuestos a todo para librarse de la esclavitud.

Farnabazo ordena matar a Alcibíades. Muerte de Demócrito. Victoria de Lástenes. Derrota romana en Erruca.

[11] Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Farnabazo, el sátrapa del rey Darío¹⁰⁰, arrestó y ejecutó al ateniense Alcibíades, movido por el deseo de complacer a los lacedemonios¹⁰¹. Pero dado que Éforo ha escrito que la maquinación contra Alcibíades obedeció a otras razones, pienso que no será [2] inútil exponerla tal como la relata el historiador. En el libro diecisiete narra que Ciro y los lacedemonios se preparaban en secreto para hacer juntos la guerra contra Artajerjes, el hermano de Ciro¹⁰², y que Alcibíades, informado por algunos de las intenciones de Ciro, fue a encontrar a Farnabazo, le expuso el asunto con todo detalle y le pidió que le facilitara los medios para llegar hasta Artajerjes, puesto que quería ser el primero en revelar el complot al Rey. Dado que Farnabazo no le daba la escolta [3] para acompañarle hasta el palacio real, Alcibíades, dice Éforo, se dirigió a toda prisa a la residencia del sátrapa de Paflagonia, a fin de efectuar el viaje con su ayuda; pero Farnabazo, temiendo que el Rey se enterara de la verdad de los hechos, envió a unos hombres¹⁰³ para que dieran muerte a Alcibíades en el camino.

Éstos le dieron alcance en un poblado de Frigia¹⁰⁴ donde se [4] había detenido y de noche amontonaron una gran cantidad de leña en torno al sitio donde se encontraba; estalló un enorme incendio y Alcibíades trató de defenderse, pero pereció abatido por el fuego y por los dardos lanzados contra él¹⁰⁵.

Por la misma época murió el filósofo Demócrito a la edad [5] de noventa años¹⁰⁶. Y se cuenta que el tebano Lástenes, que había sido el vencedor en las últimas Olimpíadas, se midió a un caballo de carreras y lo venció; corrieron desde Coronea¹⁰⁷ hasta la ciudad de Tebas.

[6] En Italia los romanos que estaban de guarnición en Erruca, ciudad de los volscos, fueron atacados por los enemigos, que se apoderaron de la ciudad y mataron a la mayor parte de los hombres de la guarnición¹⁰⁸.

[12] Una vez concluidos los acontecimientos de este año, en Atenas fue arconte Euclides y en Roma recibieron el poder consular cuatro tribunos militares, Publio Cornelio, Numerio Fabio, y [2] Lucio Valerio¹⁰⁹. Cuando éstos ya habían ocupado el cargo, los bizantinos¹¹⁰, abrumados por la discordia civil y en guerra con sus vecinos tracios, se encontraban en una situación difícil. Incapaces de poner fin a sus rivalidades internas, pidieron un comandante a los lacedemonios¹¹¹. Los espartiatas les enviaron entonces a Clearco para que restableciera el orden en la ciudad¹¹². Éste, una vez que se hubo granjeado la confianza de todos y hubo reunido un gran [3] número de mercenarios, ya no se comportó como un gobernador protector, sino como un tirano. En primer lugar invitó a los gobernantes de los bizantinos a un sacrificio y los hizo ejecutar; después, dado que la ciudad había quedado sin gobierno, ordenó arrestar a treinta conocidos ciudadanos de Bizancio, les puso una cuerda en torno al cuello y los estranguló; y una vez que se hubo apropiado de los bienes de todas sus víctimas, eligió aun a los ricos entre el resto de la población y, lanzando contra ellos falsas acusaciones, los ajustició o los desterró. Y al hacerse dueño de grandes fortunas y haber reunido un importante número de mercenarios, se aseguró el poder absoluto.

Cuando se esparció la fama de la crueldad y del poder del tirano, [4] los lacedemonios como primera medida le enviaron embajadores para convencerlo de que renunciara al poder tiránico; pero, al no prestar atención a sus peticiones, enviaron contra él un ejército al mando de Pantedas. Informado de su llegada, [5] Clearco trasladó su ejército a Selimbria¹¹³, puesto que también tenía el control de esta ciudad; tomó esta decisión porque, al haber cometido muchas fechorías contra los bizantinos, pensaba que no sólo tendría como enemigos a los lacedemonios, sino también a los habitantes de la ciudad. Así, juzgando que Selimbria [6] era una base más segura para afrontar la guerra, trasladó allí su fortuna y su ejército. Y cuando supo que los lacedemonios estaban cerca, marchó a su encuentro y entabló batalla con [7] las tropas de Pantedas cerca de un lugar llamado Poro¹¹⁴. Después de una larga batalla, en la que los lacedemonios lucharon espléndidamente, las tropas del tirano fueron

aniquiladas. Clearco, con unos pocos hombres, primero se encerró en Selimbria y fue sitiado; pero luego, presa del miedo, escapó de noche y embarcó hacia Jonia. Allí se hizo amigo de Ciro, el hermano del Rey, y recibió [8] el mando de tropas¹¹⁵. Ciro, en efecto, que había sido puesto al frente de las satrapías marítimas¹¹⁶ y estaba lleno de ambición, proyectaba emprender una expedición contra su hermano [9] Artajerjes¹¹⁷. Viendo pues que Clearco poseía audacia y una temeridad natural, le dio dinero y le encargó que reclutara el mayor número posible de mercenarios, pensando que tendría en él un colaborador en consonancia con la audacia de su empresa.

Proyecto de Lisandro de abolir la monarquía hereditaria

[13] El espartiatas Lisandro, que había organizado la política de todas las ciudades sometidas a los lacedemonios según la voluntad de los éforos¹¹⁸ estableciendo decarquías en unas y oligarquías en otras¹¹⁹, era un hombre muy admirado en Esparta. Al poner fin a la Guerra del Peloponeso, había dado a su patria la hegemonía indiscutible por tierra y por mar. Así, ensoberbecido por sus [2] éxitos, proyectaba abolir la monarquía de los Heraclidas¹²⁰ y hacer que la elección de los reyes se efectuara sin limitaciones entre todos los espartiatas¹²¹; esperaba, en efecto, que el poder le llegaría inmediatamente debido a las importantísimas y espléndidas acciones que había realizado. Viendo que los lacedemonios [3] prestaban una extraordinaria atención a las respuestas de los oráculos, trató de corromper con dinero a la profetisa de Delfos; pensaba que si obtenía una respuesta favorable a sus planes, podría fácilmente llevar a término su proyecto. Pero, al [4] no lograr convencer a quienes se ocupaban del oráculo, pese a no dejar de prometerles enormes sumas de dinero, hizo proposiciones del mismo género a las sacerdotisas de Dodona¹²² por medio de un tal Ferécates, originario de Apolonia¹²³, que mantenía buenas relaciones con quienes cuidaban del santuario.

[5] No pudiendo tampoco conseguir nada, partió hacia Cirene¹²⁴, con el pretexto de cumplir los votos hechos a Amón¹²⁵, pero en realidad con la intención de corromper el oráculo; también se llevó consigo una gran suma de dinero, con la que esperaba [6] persuadir a quienes se ocupaban del santuario. Se daba el caso además de que Libis, el rey de los habitantes de aquella región, estaba ligado a su

familia por un vínculo de hospitalidad hereditario y que el hermano de Lisandro se llamaba Libis debido [7] a aquella relación de amistad¹²⁶. Por su mediación y con el dinero que llevaba, tenía la esperanza de convencerles; pero no sólo fracasó en su intento, sino que los administradores del lugar sagrado enviaron embajadores para acusar a Lisandro de haber intentado corromper el oráculo. A su regreso a Lacedemón, Lisandro fue procesado, pero presentó una convincente [8] defensa de su actuación. Entonces los lacedemonios no sabían nada del proyecto de Lisandro de abolir la monarquía de los descendientes de Heracles; pero algún tiempo después, cuando murió, al buscar documentos en su casa, encontraron el texto de un discurso muy elaborado y costoso¹²⁷ que había preparado para el pueblo con la intención de persuadirlo a que los reyes fueran elegidos entre todos los ciudadanos.

Dionisio en Etna, Leontinos y Ena. Su plan de expansión en la zona calcidea y sícula.

Dionisio, el tirano de los siracusanos, [14] una vez que hubo hecho la paz con los cartagineses y hubo acabado con las revueltas en la ciudad, estaba ansioso por unir a su imperio las ciudades calcideas vecinas; eran Naxos, Catana y Leontinos¹²⁸. Deseaba apoderarse [2] de ellas porque lindaban con el territorio de Siracusa y le ofrecían muchas posibilidades de extender su poder¹²⁹. En primer lugar marchó contra Etna y se apoderó de esta plaza, puesto que los exiliados no estaban en condiciones de combatir contra un ejército tan importante¹³⁰. A continuación partió contra [3] Leontinos y acampó cerca de la ciudad, junto al río Terias¹³¹. Comenzó por desplegar su ejército en orden de batalla y envió un heraldo a los leontinos; les daba la orden de entregar la ciudad, [4] pensando que aterrorizaría a sus habitantes. Pero los leontinos no le hicieron caso; habían hecho todos los preparativos para sostener un asedio, por lo que Dionisio, al no tener máquinas de guerra, renunció por el momento al asedio, pero saqueó todo [5] el territorio. Desde allí marchó contra los sículos, fingiendo que emprendía una guerra contra ellos para que los cataneos y los naxios fueran más negligentes en la vigilancia de [6] su ciudad. Mientras se encontraba en la zona de Ena¹³², persuadió a Aimnesto, un ciudadano de Ena, para que instaurara la tiranía, prometiéndole que le ayudaría en la ejecución del [7] plan. Pero aquél, después del éxito de la empresa,

no introdujo en la ciudad a Dionisio, y éste, irritado, cambió de bando y se puso a exhortar a las gentes de Ena a deponer al tirano. Y al acudir los habitantes en armas al ágora para reclamar la libertad, [8] los desórdenes estallaron en la ciudad. Dionisio, informado de la revuelta, tomó consigo unas tropas armadas a la ligera y, pasando a toda prisa por un lugar que no estaba guardado, irrumpió en la ciudad, donde apresó a Aimnesto y lo entregó a los eneos para que lo castigarán, mientras que él partió de la ciudad sin causar ningún daño. Actuó de este modo no tanto por un sentido de la justicia como por el deseo de inducir a las otras ciudades a confiar en él¹³³.

Dionisio hace la paz con Herbita y toma Catana y Naxos. Leontinos capitula.

Desde allí marchó contra la ciudad [15] de los herbiteos¹³⁴ y trató de saquearla; pero, al no conseguir nada, concluyó la paz con ellos y condujo su ejército contra Catana, ya que Arcesilao, el general de los cataneos, le prometía que le entregaría la ciudad. Así éste le introdujo en la ciudad hacia la medianoche y Dionisio se apoderó de Catana donde desarmó a los ciudadanos¹³⁵ y estableció una guarnición adecuada. A continuación Procles, que estaba al [2] frente de los naxios, seducido por el alcance de las promesas, entregó su patria a Dionisio. Éste, después de dar al traidor las recompensas prometidas y de hacer concesiones a sus parientes, redujo la ciudad a la esclavitud, dejó que los soldados saquearan las propiedades y arrasó las murallas y las casas. Infligió un trato semejante a los cataneos y vendió a los prisioneros como botín [3] de guerra en Siracusa¹³⁶. Donó el territorio de los naxios a los sículos que eran sus vecinos¹³⁷, y a los campanos les dio como residencia la ciudad de los cataneos¹³⁸. A continuación hizo una expedición contra Leontinos con todas sus fuerzas y puso asedio [4] a la ciudad; y envió embajadores a sus habitantes con la orden de entregar la ciudad y de pasar a formar parte de la ciudadanía de Siracusa. Los leontinos, no esperando ninguna ayuda y reflexionando sobre las desgracias de los naxios y los cataneos, eran presa del terror y tenían miedo de sufrir los mismos infortunios. Por ello capitularon, plegándose a la necesidad del momento, y, tras abandonar su ciudad, fueron a instalarse en Siracusa¹³⁹.

Arcónides funda Halesa. Relación con Herbita. Guerra entre romanos y veyos. Conquista de Anxor.

[16] Una vez que el pueblo de los herbiteos hubo concluido la paz con Dionisio, Arcónides¹⁴⁰, el caudillo de Herbita, proyectaba fundar una ciudad. Contaba, en efecto, con un gran número de mercenarios y con una multitud heterogénea que había acudido a la ciudad durante la guerra contra Dionisio; además muchos herbiteos sin recursos le habían prometido que participarían en la fundación [2] de la colonia. Así, pues, tomando consigo a la muchedumbre allí reunida, ocupó una colina situada a ocho estadios del mar y fundó en ella la ciudad de Halesa¹⁴¹; pero, dado que otras ciudades de Sicilia llevaban el mismo nombre, le añadió, derivándolo [3] del suyo, el nombre de Arconidio¹⁴². Posteriormente, al experimentar la ciudad un notable desarrollo gracias al comercio marítimo y a la exención de tributos concedida por los romanos¹⁴³, los halesinos renegaron de su parentesco con los herbiteos, ya que pensaban que constituía un deshonor pasar por colonos de una ciudad inferior. No obstante, aun en nuestros días, subsisten muchos [4] signos de parentesco en las dos ciudades y celebran los sacrificios en el templo de Apolo según los mismos ritos. Pero algunos dicen que Halesa fue fundada por los cartagineses en el tiempo en que Himilcón concluyó la paz con Dionisio¹⁴⁴.

En Italia estalló una guerra entre los romanos y los veyos¹⁴⁵ [5] por las razones siguientes [...] ¹⁴⁶ En esta época los romanos decretaron por primera vez dar una paga cada año a los soldados para su mantenimiento¹⁴⁷. También tomaron después de un asedio la ciudad de los volscos que entonces se llamaba Anxor y que actualmente recibe el nombre de Terracina¹⁴⁸.

402-401 a.C. Tebas conquista Oropo. Conflicto entre Esparta y Élide.

[17] Transcurrido el período de un año, en Atenas fue arconte Mición¹⁴⁹ y en Roma asumieron el poder consular tres tribunos militares, Tito Quintio, Gayo Julio y Aulo Mamilo¹⁵⁰. Después que éstos hubieron tomado posesión del cargo, los habitantes de Oropo¹⁵¹, en una situación de discordia civil, desterraron a algunos ciudadanos. Los [2] exiliados, durante un cierto tiempo, trataron de regresar por sus propios medios; pero, al no poder llevar a término su proyecto, persuadieron a los tebanos a enviar un ejército en su ayuda. Los [3] tebanos emprendieron una expedición contra los oropios y, una vez que se hubieron apoderado de la ciudad,

trasladaron a la población a unos siete estadios del mar¹⁵²; durante un tiempo permitieron que se autogobernaran, pero después les dieron la ciudadanía y anexionaron su territorio a Beocia¹⁵³.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, los lacedemonios, [4] entre otras muchas imputaciones que hacían a los eleos, les reprochaban sobre todo que hubieran impedido a su rey Pausanias¹⁵⁴ ofrecer sacrificios al dios¹⁵⁵ y que no hubieran permitido a los lacedemonios participar en los Juegos Olímpicos¹⁵⁶. Por esto decidieron emprender la guerra contra ellos y les enviaron [5] diez embajadores; en primer lugar les ordenaban que concedieran la autonomía a las ciudades limítrofes¹⁵⁷, y luego les reclamaban la contribución en los gastos de la guerra contra [6] los atenienses en la parte que les correspondía. Hicieron esto porque buscaban pretextos aceptables a sus propios ojos y motivos plausibles para declarar la guerra¹⁵⁸. Y puesto que los eleos no sólo no les hicieron caso, sino que les acusaron de esclavizar a los griegos, enviaron contra ellos a Pausanias¹⁵⁹, uno [7] de sus reyes, al frente de cuatro mil soldados. También le acompañaban muchos soldados enviados por casi todos los aliados, a excepción de los beocios y los corintios, los cuales, molestos por la conducta de los lacedemonios, no tomaron parte en la expedición contra Élide¹⁶⁰.

Pausanias, pues, invadió Élide pasando a través de Arcadia [8] y al primer asalto tomó la plaza fuerte de Lasión¹⁶¹; a continuación condujo su ejército a través de Acrorea y se ganó para su causa cuatro ciudades, Tresto, Halio, Epitalio y Opunte¹⁶². Partiendo [9] de allí, instaló su campamento cerca de Pilos y tomó inmediatamente este lugar fortificado, distante de Élide unos setenta estadios¹⁶³; a continuación marchó contra la misma Élide¹⁶⁴ y acampó en las colinas del otro lado del río. Un poco antes los eleos habían recibido de los etolios¹⁶⁵ la ayuda de un cuerpo de élite de mil hombres, al que asignaron la defensa de la zona del gimnasio¹⁶⁶. Pausanias, como primera medida, emprendió [10] el asedio de este lugar con gran menosprecio de sus adversarios, convencido de que los eleos nunca se atreverían a efectuar una salida; pero súbitamente los etolios y un buen número de ciudadanos, desplegándose por el exterior de la ciudad, provocaron el pánico de los lacedemonios y mataron a una [11] treintena. Entonces Pausanias levantó el

asedio¹⁶⁷, y después, viendo que la conquista de la ciudad sería laboriosa, se puso a recorrer el territorio devastándolo y saqueándolo, pese a que era [12] sagrado, y reunió un abundante botín. Y al estar ya cerca el invierno, levantó fuertes en Élide, en los que dejó un número suficiente de tropas, y él mismo con el resto del ejército pasó el invierno en Dime¹⁶⁸.

Dionisio fortifica las Epípolas

[18] En Sicilia, Dionisio, el tirano de los siglos¹⁶⁹, puesto que su poder se había consolidado según sus deseos, planeaba emprender la guerra contra los cartagineses; pero dado que aún no contaba con medios suficientes, ocultaba su proyecto mientras efectuaba los [2] preparativos convenientes para los combates futuros. Sabedor de que, durante la guerra contra Atenas, la ciudad había quedado bloqueada por un muro que iba de un mar a otro¹⁷⁰, temía que, en el caso de encontrarse en una semejante situación de desventaja, pudiera verse privado de la salida hacia el campo. Se daba cuenta de que el lugar conocido como Epípolas¹⁷¹ constituía una posición natural excelente que dominaba la ciudad de [3] los siracusanos. Por este motivo convocó a los arquitectos y, de acuerdo con su parecer, decidió que se debía fortificar las Epípolas en el lugar donde actualmente se encuentra la Muralla de las Seis Puertas¹⁷². Este lugar, en efecto, está orientado hacia el [4] norte, es escarpado por todas partes y, a causa de su aspereza, resulta de difícil acceso desde el exterior. Dado que quería acelerar la construcción de los muros, reunió a la población de los campos, entre la que escogió a hombres adecuados, de condición libre¹⁷³, unos sesenta mil en total, a los que repartió en grupos de trabajo a lo largo de la zona que se fortificaba. Situó un [5] arquitecto en cada estadio, y en cada pletro¹⁷⁴ puso un maestro de obras, y a sus órdenes simples particulares a razón de doscientos por pletro. Además de estos obreros, había otros, muy numerosos, que desbastaban la piedra, y seis mil yuntas de bueyes que la llevaban al lugar preciso. La numerosa mano de obra entregada [6] al trabajo era objeto del asombro de los espectadores, ya que todo el mundo se afanaba por llevar a término el trabajo asignado. Dionisio, en efecto, para suscitar el entusiasmo de las masas, había prometido grandes recompensas a quienes terminaran los primeros, unas para los arquitectos, otras para los maestros de

obra y otras en fin para los obreros; y él mismo, acompañado por sus amigos, todos los días inspeccionaba las obras, mostrándose por todas partes y tendiendo la mano a quienes pasaban penalidades. En suma, había renunciado a la [7] pompa del poder y se mostraba como un simple ciudadano; afrontaba los trabajos más pesados y soportaba las mismas penalidades que los otros¹⁷⁵; de este modo era grande el espíritu de emulación y algunos, a los trabajos del día, añadían una parte de sus noches; tan grande era el entusiasmo que se había apoderado [8] de las masas. Por todo ello, contra toda expectativa, el muro estuvo terminado en veinte días¹⁷⁶; la longitud de la construcción era de treinta estadios y tenía una altura adecuada, de modo que el muro, al que se sumaba la fortaleza de la posición, resultaba inexpugnable; a intervalos estaba provisto de numerosas y altas torres, y había sido construido con piedras de cuatro pies¹⁷⁷ ajustadas con cuidado.

401-400 a.C. En sus planes contra Artajerjes. Ciro pide ayuda a Esparta y, tras reunir un ejército, parte de Sardes

[19] Una vez transcurrido aquel año, en Atenas fue arconte Exéneto¹⁷⁸ y en Roma asumieron el poder consular seis tribunos militares, Publio Cornelio, Cesón Fabio, Espurio Naucio, Gayo Valerio y [2] Manio Sergio¹⁷⁹. Por esta época Ciro, que estaba al frente de las satrapías marítimas¹⁸⁰, planeaba una expedición, que ya tenía en mente desde hacía algún tiempo, contra su hermano Artajerjes. Era un joven lleno de ambición con un irrefrenable entusiasmo por las empresas bélicas¹⁸¹. Después [3] que hubo reclutado un importante número de mercenarios y estuvieron hechos los preparativos para la expedición, no reveló la verdad a las tropas, sino que les dijo que conducía el ejército a Cilicia contra los tiranos que se habían levantado contra el Rey¹⁸². Envío también embajadores a los lacedemonios [4] para recordarles los servicios prestados durante la guerra contra los atenienses e invitarles a combatir a su lado¹⁸³. Los lacedemonios, pensando que la guerra les reportaría beneficios, decidieron ayudar a Ciro e inmediatamente enviaron mensajeros a su navarco, de nombre Samo¹⁸⁴, a fin de que ejecutara las órdenes de Ciro. Samo tenía veinticinco trirremes y con ellas hizo [5] rumbo a Éfeso al encuentro del almirante de Ciro y se dispuso a ofrecerle toda su colaboración. Los lacedemonios también enviaron ochocientos soldados de infantería a las órdenes de

Quirísofo¹⁸⁵. Al mando de la flota bárbara estaba Tamos, que tenía cincuenta trirremes magníficamente equipadas¹⁸⁶; y después de la llegada de los lacedemonios, las flotas emprendieron la travesía rumbo a Cilicia.

[6] Ciro, después de haber reunido en Sardes¹⁸⁷ las tropas reclutadas en Asia y trece mil mercenarios, nombró gobernadores de Lidia y de Frigia¹⁸⁸ a persas que eran parientes suyos, y de Jonia, de Eólida y de las regiones vecinas a Tamos¹⁸⁹, su amigo fiel, originario de Menfis. Él con su ejército partió hacia Cilicia y Pisidia, esparciendo el rumor de que algunos pueblos de aquellas [7] regiones se habían sublevado. Tenía en total setenta mil soldados de Asia, de los que tres mil eran de caballería, y trece mil mercenarios procedentes del Peloponeso y del resto de Grecia¹⁹⁰. [8] El lacedemonio Clearco mandaba a los hombres del Peloponeso, a excepción de los aqueos, el tebano Próximo a los de Beocia, el aqueo Sócrates a los aqueos y Menón de Larisa a los [9] de Tesalia¹⁹¹. Por lo que respecta a los bárbaros, los comandantes de las unidades eran persas, pero el mando de todo el ejército estaba en manos del propio Ciro, que había revelado a los comandantes que la marcha se dirigía contra su hermano, pero lo había ocultado a la tropa, por miedo a que, ante la importancia de la expedición, renunciaran a participar en su empresa¹⁹². Por esta razón durante la marcha, en previsión de lo que pudiera suceder, trató de ganarse a los soldados familiarizando con ellos y procurándoles un abundante aprovisionamiento.

Ciro pasa las Puertas Cilicias y llega a Tarso, donde trata con Siénesis y convence a los soldados para que sigan

Una vez que hubo atravesado Lidia, [20] Frigia y también las regiones limítrofes de Cilicia¹⁹³, llegó a las fronteras de Cilicia y al paso de las Puertas Cilicias¹⁹⁴. Este desfiladero, que tiene una extensión de veinte estadios¹⁹⁵, es estrecho y escarpado y por los dos lados está bordeado por montes de una altura extraordinaria y de difícil acceso. Desde estos montes, por ambos lados, descienden unos muros hasta el camino, en el cual se han construido las Puertas. Hizo pasar el ejército por allí [2] y penetró en una llanura de una belleza que no tiene nada que envidiar a ninguna de las otras llanuras de Asia. La atravesó hasta Tarso¹⁹⁶, la ciudad más grande de Cilicia, de la que se apoderó rápidamente. Siénesis, el soberano de

Cilicia¹⁹⁷, cuando fue informado de la magnitud del ejército enemigo, se vio inmerso en una situación sin salida, ya que no estaba en condiciones [3] de presentar batalla. Ciro le envió a buscar y le dio garantías; entonces Siénesis acudió a entrevistarse con él y, cuando se enteró del verdadero fin de la guerra, aceptó combatir a su lado contra Artajerjes e hizo partir con Ciro a uno de sus hijos, al que confió un número considerable de soldados cilicios para que participaran en la expedición. Pero, dado que era astuto por naturaleza y quería tomar precauciones ante la incertidumbre de la Fortuna, envió a escondidas al Rey a su otro hijo para advertirle sobre las fuerzas reunidas contra él y para explicarle que se había visto forzado a aliarse con Ciro, pero que permanecía fiel a él¹⁹⁸ y que, si se le presentaba la ocasión, abandonaría a Ciro y se uniría al ejército del Rey¹⁹⁹.

[4] Ciro dio descanso a su ejército durante veinte días en Tarso; a continuación, cuando levantó el campo, las tropas sospecharon que la expedición se dirigía contra Artajerjes. Cada hombre calculaba la longitud de los caminos y el gran número de pueblos enemigos cuyo territorio era preciso atravesar, y una honda inquietud se apoderó de todos²⁰⁰; se había difundido el rumor de que un ejército necesitaba cuatro meses para llegar a Bactra²⁰¹ y de que las fuerzas reunidas por el Rey superaban los cuatrocientos mil hombres. Por esa razón los soldados, presa del miedo, estaban [5] indignados y, en su ira contra sus comandantes, se dispusieron a matarles por haberles traicionado. Pero al pedirles Ciro directamente su ayuda a todos ellos y asegurarles que no conducía la expedición contra Artajerjes, sino contra un sátrapa de Siria²⁰², se dejaron convencer y, después de recibir un aumento en su soldada, volvieron a la buena disposición del principio.

Encuentro de Ciro y una flota de refuerzo lacedemonia en Iso. Paso de las Puertas Sirias y llegada al Éufrates, donde Ciro revela la verdad a las tropas.

Una vez que hubo atravesado Cilicia, [21] Ciro llegó a la ciudad de Iso, que se encuentra junto al mar y es la última ciudad de Cilicia. Al mismo tiempo arribó allí la flota de los lacedemonios; los comandantes desembarcaron y, al encontrarse con Ciro, le manifestaron la buena disposición de los espartiatas hacia él; luego hicieron desembarcar a los ochocientos soldados de infantería

mandados por [2] Quirísofo y los pusieron bajo sus órdenes. Se alegaba que eran los amigos de Ciro quienes los enviaban como mercenarios, pero en realidad todo se realizaba de acuerdo con la decisión de los éforos; los lacedemonios todavía no habían entrado abiertamente en guerra y mantenían oculta su intención en espera de ver la evolución del conflicto.

Entonces Ciro levantó el campamento y emprendió la marcha con su ejército en dirección a Siria, y ordenó a los navarcos que le siguieran a lo largo de la costa con todas sus naves. [3] Cuando llegó a las llamadas Puertas²⁰³ y encontró el lugar sin defensores, experimentó una gran alegría ya que tenía mucho miedo de que hubieran sido ocupadas antes de su llegada. El lugar, por su configuración natural, es estrecho y escarpado, de modo que puede ser fácilmente defendido por un pequeño número [4] de hombres. Hay dos montes, el uno vecino del otro; uno es abrupto y tiene enormes precipicios, y el otro, el monte más imponente de aquellas regiones, llamado Amano²⁰⁴, comienza junto al mismo camino y se extiende hasta Fenicia; el espacio entre los montes, que es de unos tres estadios²⁰⁵, está completamente amurallado y tiene unas puertas que dejan un estrecho [5] paso. Ciro las atravesó pues sin correr ningún riesgo y luego hizo regresar a Éfeso la flota que había quedado con él, puesto que ya no le era útil cuando se disponía a marchar tierra adentro. Después de veinte días de marcha, llegó a la ciudad de Tápsaco, que se encuentra junto al río Éufrates²⁰⁶. Allí pasó cinco [6] días y, habiéndose hecho suyo al ejército gracias a la abundancia de víveres y al botín saqueado por los forrajeadores, convocó una asamblea y reveló la verdad respecto a la expedición. En vista de que los soldados acogieron mal su discurso, les rogó a todos que no lo abandonaran prometiéndoles, entre otras grandes recompensas, que, una vez llegado a Babilonia, daría cinco minas de plata a cada hombre²⁰⁷. Entonces los soldados, estimulados por las esperanzas, accedieron a seguirle. Cuando hubo hecho pasar el Éufrates a su ejército, Ciro prosiguió [7] su marcha a toda prisa y sin paradas y, una vez llegado a los confines de Babilonia, dio descanso al ejército²⁰⁸.

El rey Artajerjes había sido informado [22] hacía ya tiempo por Farnabazo de que Ciro reunía en secreto un ejército para marchar contra él y entonces, al recibir la noticia de su marcha hacia el interior, ordenó que tropas de todas partes se concentraran en Ecbatana, en Media²⁰⁹. Dado que los contingentes de los indios y de algunos [2] otros pueblos se retrasaban debido a la lejanía de aquellas regiones, con el ejército ya reunido partió al encuentro de Ciro. Disponía en total, comprendidas las fuerzas de caballería, de no menos de cuatrocientos mil hombres²¹⁰, según lo que afirma Éforo. [3] Cuando llegó a la llanura de Babilonia, asentó su campamento junto al Éufrates con la intención de dejar allí la impedimenta, ya que había sido informado de que el enemigo no estaba lejos y recelaba [4] de la irreflexión de su audacia. Hizo pues excavar un foso de sesenta pies de ancho y diez de profundidad²¹¹ y puso en círculo a modo de muro los carros que acompañaban al ejército. Dejó en el campamento los bagajes y la masa de los que no tomaban parte en el combate, dejando en su defensa una guarnición suficiente, y él mismo al frente de sus fuerzas sin impedimenta avanzó al encuentro de los enemigos, que estaban cerca.

[5] Cuando vio que el ejército del Rey avanzaba, Ciro puso inmediatamente a sus propias tropas en orden de batalla. El ala derecha se extendía a lo largo del Éufrates; la formaban la infantería de los lacedemonios y una parte de los mercenarios, todos bajo el mando del lacedemonio Clearco; combatían a su lado los soldados de caballería procedentes de Paflagonia²¹², que eran más de mil. Formaban la otra ala las tropas de Frigia y de Lidia y unos mil hombres de caballería a las órdenes de Arideo²¹³. El mismo Ciro se había situado en el centro de la formación [6] con los mejores persas y los restantes bárbaros, unos diez mil en total; delante de él marchaban en vanguardia los mil soldados de caballería mejor equipados, con corazas y espadas griegas²¹⁴. Artajerjes dispuso delante de toda su formación un número [7] considerable de carros armados con hoces²¹⁵, y situó a comandantes persas al frente de las alas, mientras que él se colocó en el centro con los soldados de élite, que no eran menos de cincuenta mil.

Cuando los dos ejércitos estuvieron [23] a aproximadamente tres estadios de distancia, los griegos entonaron el peán²¹⁶ y avanzaron primero lentamente, pero cuando estuvieron a tiro, se pusieron a correr a paso de carga²¹⁷. El lacedemonio Clearco les había ordenado que actuaran así, ya que el hecho de no ponerse a correr desde muy lejos haría que los combatientes mantuvieran sus fuerzas intactas para la batalla²¹⁸, y si se lanzaban a la carrera cuando estuvieran cerca, los proyectiles de los arcos y de las [2] otras armas volarían por encima de sus cabezas. Una vez que las tropas de Ciro estuvieron cerca del ejército del Rey, se lanzó sobre ellas una enorme cantidad de dardos, como se podía esperar de un ejército de cuatrocientos mil hombres. Sin embargo, sólo combatieron durante poco tiempo con las armas arrojadizas y en seguida entablaron el combate cuerpo a cuerpo. [3] Los lacedemonios y los otros mercenarios inmediatamente, desde el primer choque, asombraron a los bárbaros situados enfrente por el brillo de sus armas y por su destreza en manejarlas. [4] Los bárbaros, en efecto, se protegían con escudos pequeños y la mayor parte de sus unidades estaban equipadas con armas ligeras, y además eran inexpertos en los peligros de la guerra; los griegos, por el contrario, al haber pasado su vida entre batallas a causa de la larga duración de la Guerra del Peloponeso, tenían una experiencia muy superior. Por esta razón en seguida pusieron en fuga a sus adversarios y, lanzándose en su persecución, dieron muerte a un gran número de bárbaros. [5] Y el azar quiso²¹⁹ que en el centro de la línea de combate se situaran los dos hombres que contendían por el reino; al darse cuenta de ello, se lanzaron el uno contra el otro deseosos de decidir con sus propias manos la suerte de la batalla. Entonces la Fortuna, por lo que parece, quiso que la discordia entre los dos hermanos por el poder se resolviera en un combate singular, a imitación de aquel antiguo duelo entre Polinices y Eteocles cantado por la tragedia²²⁰.

Ciro fue el primero en lanzar desde lejos la jabalina; alcanzó [6] al Rey y lo hizo caer al suelo; pero rápidamente los hombres de su escolta lo recogieron y lo sacaron del campo de batalla. El persa Tisafernes²²¹, que reemplazó al Rey en el mando, se puso a exhortar a las tropas y a combatir él mismo valerosamente; tratando de reparar el contratiempo de la herida del Rey y apareciendo por todas partes con sus soldados de élite, mataba a un gran número de

adversarios, de modo que su presencia se advertía de lejos. Ciro, exaltado por el éxito de [7] sus hombres, se lanzó con ímpetu en medio de los enemigos, y primero mató a muchos haciendo gala de una audacia sin límites, pero después, al correr riesgos excesivos, fue herido mortalmente por un simple soldado persa y cayó²²². Después de su muerte, los hombres del Rey recobraron los ánimos para la batalla y al final, sea por su número sea por su audacia, arrollaron a sus adversarios.

Balance de la batalla. Situación difícil de las tropas de Arideo y de Clearco tras la muerte de Ciro.

[24] En la otra ala, Arideo, el sátrapa de Ciro a quien se había confiado el mando, primero sostuvo con decisión los ataques de los bárbaros, pero después, al estar siendo rodeado por el largo despliegue de las tropas enemigas y ser informado además de la muerte de Ciro, emprendió la huida con sus soldados hacia una de sus etapas [2] que ofrecía un refugio adecuado²²³. Clearco, viendo que el centro de la formación y los otros sectores de las tropas aliadas habían sido puestos en fuga, renunció a la persecución y, llamando a sus soldados, los dispuso en orden de batalla, ya que temía que todo el ejército enemigo, marchando contra los griegos, [3] los rodeara y los aniquilara. Las tropas del Rey, una vez que hubieron puesto en fuga a sus adversarios, primero saquearon los bagajes de Ciro y a continuación, cuando ya sobrevenía la noche, se reagruparon y se lanzaron contra los griegos; éstos recibieron a pie firme el ataque con gran valor y los bárbaros aguantaron durante un tiempo, pero muy pronto, vencidos por la audacia y la destreza en el manejo de las armas de sus enemigos, [4] se dieron a la fuga. Los hombres de Clearco, después de matar a muchos bárbaros, como ya era de noche, se retiraron y levantaron un trofeo²²⁴, y hacia la hora del segundo turno de guardia llegaron a su campamento²²⁵.

[5] Éste fue el final de la batalla, en la que perecieron más de quince mil hombres²²⁶ del ejército del Rey, muertos en su mayor parte a manos de los lacedemonios y los mercenarios mandados por Clearco. Del otro bando cayeron unos tres mil soldados [6] de Ciro; y en cuanto a los griegos, se dice que no sufrieron ninguna baja y que sólo hubo unos pocos heridos.

Una vez pasada la noche, Arideo, que se había refugiado en [7] una etapa, envió unos mensajeros a Clearco invitándole a unirse a él con sus soldados y a buscar en común la salvación regresando a las regiones de la costa; después de la muerte de Ciro y de la victoria de las fuerzas del Rey, una gran angustia se apoderó de aquellos que se habían atrevido a participar en una expedición para desposeer a Artajerjes del trono.

Encuentro entre los embajadores de Artajerjes y los jefes de los griegos. Se decide la retirada hacia Paflagonia.

Clearco convocó a los generales y a [25] los comandantes para deliberar sobre la situación. Mientras tenía lugar esta reunión, llegaron unos embajadores del Rey al frente de los cuales iba un griego llamado Falino²²⁷, originario de Zacinto. Fueron introducidos en el consejo y transmitieron la siguiente proposición del rey Artajerjes: «Puesto que he conseguido la victoria al matar a Ciro, entregadme las armas, presentaos ante mis puertas y tratad de aplacarme a fin de obtener alguna gracia». A estas [2] palabras cada uno de los generales dio una respuesta semejante a la pronunciada por Leónidas cuando, mientras guardaba el paso de las Termópilas, Jerjes le envió unos mensajeros ordenándole deponer las armas²²⁸. Entonces, en efecto, Leónidas [3] dijo que se comunicara al Rey esta respuesta: «Pensamos que, en caso de ser amigos de Jerjes, con nuestras armas seremos mejores aliados y que, si nos vemos obligados a hacer la guerra contra él, con ellas lucharemos mejor»²²⁹. Clearco respondió de [4] modo semejante a la propuesta y luego el tebano Próximo dijo: «Ahora lo hemos perdido casi todo, pero nos queda nuestro valor y nuestras armas. En estas condiciones pensamos que, si conservamos las armas, el valor también nos será útil, mientras que si las entregamos, ni siquiera el valor nos servirá de ayuda». Por ello ordenó decir al Rey lo siguiente: «Si el Rey proyecta algún mal contra nosotros, con estas armas combatiremos [5] contra él por sus posesiones»²³⁰. Se cuenta asimismo que Sófilo, uno de los comandantes, declaró que se sorprendía de las palabras del Rey. «Si se considera superior a los griegos —dijo—, que venga con su ejército y se apodere de nuestras armas; pero si quiere hacer uso de la persuasión, que diga qué favor equivalente [6] nos otorgará a cambio». Después de aquellos, el aqueo Sócrates afirmó que el Rey se comportaba respecto a ellos de un modo muy sorprendente.

«Lo que quiere obtener de nosotros —dijo—, lo reclama de inmediato, mientras que lo que nos ha de ser concedido a cambio de las armas nos ordena que consintamos en pedirlo más tarde. En suma, si por ignorancia ordena a los vencedores ejecutar sus órdenes como si fueran vencidos, que aprenda de cuál de los dos bandos es la victoria afrontándonos con su numeroso ejército; pero si, sabiendo bien que nosotros somos los vencedores, miente, ¿cómo nos fiaremos de sus promesas respecto al futuro?»²³¹.

Una vez recibidas estas respuestas, los mensajeros partieron. [7] Clearco y sus hombres se dirigieron al lugar donde se habían puesto a salvo las tropas que se habían retirado de la batalla. Cuando todo el ejército estuvo reunido en el mismo lugar, se pusieron a deliberar todos juntos sobre cómo efectuar la marcha hacia el mar y sobre el itinerario a seguir. Decidieron [8] no efectuar el regreso por el mismo camino por el que habían venido, ya que una gran parte de este recorrido atravesaba un territorio desértico en el que pensaban que no conseguirían víveres con un ejército enemigo pisándoles los talones. Así pues, una vez tomada la resolución de retirarse hacia Paflagonia, partieron en dirección a Paflagonia²³² con el ejército, avanzando lentamente a fin de poder procurarse víveres durante la marcha.

Tregua y acuerdo con Artajerjes. El engaño de Tisafernes a los comandantes griegos.

El Rey, que se estaba recuperando de [26] su herida, cuando se enteró de la retirada de sus adversarios, pensó que emprendían la huida y partió a toda prisa con su ejército. Los alcanzó debido a que aquéllos [2] marchaban lentamente y, como ya era de noche, estableció su campamento cerca de ellos; luego, cuando al amanecer los griegos situaron su ejército en orden de batalla, les envió mensajeros y estipularon por el momento una tregua de tres días. Durante esta tregua llegaron a un acuerdo por el que el Rey se [3] comprometía a asegurarles una acogida amistosa en su territorio, a darles guías para conducirles hacia el mar y a proporcionarles víveres a lo largo del recorrido; por su parte los mercenarios de Clearco y todos los hombres de Arideo marcharían a [4] través de su territorio sin causar ningún daño²³³. Después de este acuerdo emprendieron la marcha y el Rey condujo su ejército a Babilonia. Allí honró a aquellos que se habían comportado valerosamente en la

batalla, a cada uno según sus méritos²³⁴, y juzgó que el más valiente de todos había sido Tisafernes²³⁵. Por ello, además de haberlo honrado con grandes presentes, le dio en matrimonio a su propia hija y en el futuro lo siguió considerando como su amigo más fiel; y también le concedió el mando de las satrapías marítimas que antes había gobernado Ciro.

[5] Tisafernes, viendo que el Rey estaba irritado con los griegos, le prometió que los aniquilaría si le daba tropas y se reconciliaba con Arideo, ya que éste traicionaría a los griegos en el curso de la marcha²³⁶. El Rey aceptó de buen grado la propuesta y le concedió que eligiera a los mejores hombres de todo el ejército [6] en el número que quisiera. «Entonces Tisafernes envió un mensaje a Clearco²³⁷» y a los otros comandantes para que fueran a escuchar personalmente unas propuestas. Así casi todos los estrategos juntamente con Clearco y unos veinte capitanes²³⁸ acudieron a encontrarse con Tisafernes; y les acompañaron unos doscientos soldados que querían ir en busca de víveres²³⁹. Tisafernes [7] invitó a los estrategos a su tienda, mientras que los capitanes permanecían en la entrada. Poco tiempo después, al izarse una bandera escarlata en la tienda de Tisafernes, hizo arrestar a los estrategos que se encontraban en el interior, y los hombres que habían recibido la orden atacaron y mataron a los capitanes, mientras que otros daban muerte a los soldados que habían ido en busca de provisiones. De ellos uno solo logró escapar²⁴⁰ y llevó al campamento la noticia del desastre.

*Los griegos eligen nuevos jefes y prosiguen su marcha perseguidos por Tisafernes.
Atraviesan el país de los carducos y llegan a Armenia.*

Cuando los soldados se enteraron de [27] lo ocurrido, inmediatamente fueron presa del espanto y todos corrieron a tomar las armas con gran desorden, ya que estaban sin sus mandos. A continuación, puesto que nadie les hostigaba, eligieron a varios estrategos y confiaron el mando supremo a uno de ellos, al lacedemonio Quirísofo. Estos [2] jefes dispusieron al ejército en orden de marcha del modo que les pareció más conveniente y se dirigieron hacia Paflagonia²⁴¹. Por su parte Tisafernes hizo encadenar a los estrategos y los envió a Artajerjes. Éste los hizo matar a todos salvo a Menón, al que dejó libre²⁴², ya que parecía ser

el único que, por [3] sus diferencias con los aliados²⁴³, traicionaría a los griegos. Tisafernes al frente de su ejército seguía a los griegos pisándoles los talones, pero no se atrevía a situarse en orden de batalla frente a ellos, ya que temía el arrojo y la temeridad de hombres desesperados; en los lugares que se prestaban a ello, los hostigaba sin poder infligirles ningún daño importante, y siguió tras ellos causándoles inconvenientes sin importancia hasta el pueblo de los llamados carducos²⁴⁴.

[4] Allí Tisafernes, no pudiendo ya hacer nada más, partió con su ejército hacia Jonia. Los griegos marcharon durante siete días a través de las montañas de los carducos, sufriendo muchas penalidades infligidas por los nativos, que eran belicosos y conocían [5] bien el país. Eran enemigos del Rey, libres y expertos en el arte de la guerra, diestros especialmente en lanzar con sus hondas piedras muy grandes y en manejar arcos enormes con cuyas flechas, disparadas desde las alturas, asaeteaban a los griegos²⁴⁵. Mataron a muchos de ellos y a no pocos los dejaron malparados. Sus flechas, de más de dos codos²⁴⁶ de longitud, [6] penetraban en los escudos y en las corazas de modo que ninguna de las armas defensivas era bastante sólida para soportar su impacto. Se cuenta que las saetas que utilizaban eran tan grandes que los griegos, proveyendo de una correa las flechas que les disparaban, podían servirse de ellas lanzándolas como jabalinas. Atravesaron pues con grandes dificultades el citado país [7] y llegaron al río Centrites²⁴⁷, pasado el cual penetraron en Armenia. De esta región era sátrapa Tiribazo, con el que llegaron a un acuerdo y atravesaron el país como amigos²⁴⁸.

Penalidades de los griegos en Armenia a causa de una tempestad

Mientras marchaban a través de los [28] montes de Armenia, fueron sorprendidos por una copiosa nevada y todos estuvieron a punto de perecer²⁴⁹. Se produjo una fuerte perturbación atmosférica y comenzó a caer la nieve del cielo, primero en pequeñas cantidades, que no obstaculizaban el avance de la columna; pero después se levantó el viento, y la nieve cayó cada vez más espesa y cubrió el suelo hasta el punto de no poder distinguirse ni los caminos ni la configuración del terreno. Por ello el desánimo [2] y el miedo se apoderaron de los hombres, que no querían volver sobre sus pasos hacia una muerte segura y no podían avanzar a causa de la altura de

la nieve. Al aumentar la violencia de la tempestad, sobrevinieron fuertes ráfagas de viento acompañadas de una intensa granizada, de modo que todo el ejército, azotado de frente por la tormenta, se vio obligado a detenerse; cada uno, en la imposibilidad de soportar las dificultades de la marcha, se veía forzado a permanecer donde se encontraba. [3] Careciendo todos de lo necesario, resistieron al aire libre durante todo aquel día y durante la noche, abrumados por muchos sufrimientos; debido a la nieve que siguió cayendo sin interrupción, todas las armas quedaron cubiertas, y los cuerpos estaban ateridos a causa del aire gélido. El exceso de sus desventuras les hizo pasar toda la noche en vela; algunos encendían un fuego que les proporcionaba un cierto consuelo, mientras que otros, con los cuerpos envueltos por el hielo, perdían la esperanza de todo socorro, ya que casi todas sus extremidades habían [4] quedado insensibles. Así, una vez que hubo pasado la noche, la mayor parte de las bestias de carga se encontraron sin vida y muchos hombres estaban muertos, mientras que otros muchos, aunque conservaban la conciencia, tenían su cuerpo rígido a causa del hielo; y algunos perdieron la vista a causa del [5] frío y de la reverberación de la nieve. Todos finalmente habrían perecido si no hubieran avanzado un poco y no hubieran encontrado unas aldeas llenas de todo lo necesario. Allí había galerías excavadas en el terreno para hacer entrar a las bestias de carga y otras para los hombres provistas de escalas...²⁵⁰; en las casas el ganado era alimentado con heno y los hombres disponían en abundancia de todo lo necesario para la vida.

Avance de los griegos por Armenia. Alborozo al tener el mar a la vista. Llegada a Cólquide.

Permanecieron ocho días en las aldeas [29] y luego llegaron al río Fasis²⁵¹. Después de pasar allí cuatro días, atravesaron el territorio de los caos²⁵² y de los fasianos. Atacados por los habitantes del lugar, los vencieron en una batalla y dieron muerte a un gran número; luego ocuparon las propiedades de los nativos, que estaban repletas de bienes, y pasaron allí quince días. Partiendo de [2] allí, atravesaron el llamado país de los caldeos²⁵³ en siete días y llegaron al río llamado Harpago²⁵⁴, que tiene una anchura de cuatro pletros. Desde allí, marchando a través del territorio de los escitinos²⁵⁵, recorrieron un camino situado en una llanura, en la que reposaron tres días, bien provistos de todo lo necesario. A

continuación levantaron el campo y al cuarto día llegaron [3] a una gran ciudad llamada Gimnasia²⁵⁶. Al partir de allí, el jefe de aquella región trató con ellos y les dio guías para que les condujesen al mar. En quince días llegaron al monte Quenio²⁵⁷ y, cuando aquellos que marchaban a la cabeza vieron el mar, la alegría se desbordó y prorrumplieron en un griterío tal que los de la retaguardia, suponiendo que se trataba de un ataque de [4] los enemigos, corrieron a las armas. Pero cuando todos hubieron subido a un lugar desde donde se podía ver el mar, levantaron las manos hacia los dioses para darles las gracias como si ya estuvieran a salvo. Entonces reunieron en un lugar una gran cantidad de piedras, con las que construyeron grandes túmulos en los que consagraron los despojos de los bárbaros, queriendo dejar un recuerdo inmortal de su expedición. A su guía le regalaron una copa de plata y un vestido persa²⁵⁸, y él, después de indicarles el camino hacia los macrones, se despidió. Los griegos, una vez que hubieron penetrado en el país de [5] los macrones, concluyeron un acuerdo con ellos y, como garantía de su parte, recibieron una lanza bárbara, y ellos les dieron una griega; esta costumbre, les dijeron los bárbaros, les había sido transmitida por sus antepasados como la garantía más segura²⁵⁹. Cuando hubieron cruzado los límites de su territorio, llegaron al país de los colcos²⁶⁰. Allí los habitantes del lugar se [6] reunieron para atacarles, pero los griegos se impusieron en un combate y mataron a un gran número; después, una vez que hubieron ocupado una altura bien defendida, se pusieron a saquear el país y, reuniendo el botín en aquella altura, se recuperaron en medio de la abundancia.

Los griegos consumen una miel tóxica. En Trapezunte, Cerasunte, el país de los bárbaros mosinecos y Tibarene.

Se encontraba asimismo en aquellos [30] lugares una gran cantidad de colmenas de las que se obtenía una miel excelente. Pero aquellos que la probaron se vieron afectados por una alteración extraña, ya que quienes la tomaban perdían el sentido y caían a tierra como si estuvieran muertos. Dado que fueron [2] muchos los que la comieron debido al placer que les proporcionaba su dulzura, inmediatamente un gran número de caídos cubrió el suelo como ocurre en la guerra después de una derrota. Así aquel día el ejército cayó en el desánimo aterrorizado por el extraño fenómeno y por la multitud de afectados. Pero al día siguiente, poco más o menos a la

misma hora, todos volvieron en sí y, recuperando sus sentidos en poco tiempo, se levantaron y se encontraron en un estado físico semejante a los que se liberan de los efectos de una droga²⁶¹.

[3] Después de recuperarse durante tres días, se dirigieron a la ciudad griega de Trapezunte, colonia de los sinopeos²⁶², situada en el territorio de los colcos. Allí pasaron treinta días, magníficamente acogidos por sus habitantes; ofrecieron un sacrificio a Heracles y a Zeus Salvador²⁶³ y celebraron juegos gímnicos en el lugar donde, se dice, arribó la nave Argo con Jasón y sus [4] compañeros²⁶⁴. Desde allí enviaron²⁶⁵ a Bizancio a Quirísofo, su jefe, para pedir naves de transporte y trirremes, puesto que refería que era amigo de Anaxibio, el almirante de los bizantinos²⁶⁶. Le hicieron pues partir a bordo de una nave ligera, y ellos, tras recibir de los trapezuntios dos pequeñas embarcaciones equipadas con remos²⁶⁷, se pusieron a saquear a los bárbaros vecinos por tierra y por mar²⁶⁸. Durante treinta días esperaron [5] a Quirísofo; pero, dado que éste se retrasaba y los víveres de los soldados escaseaban, levantaron el campo de Trapezunte y al tercer día llegaron a la ciudad griega de Cerasunte²⁶⁹, colonia de los sinopeos. Pasaron en ella algunos días²⁷⁰ y después llegaron al pueblo de los mosinecos. Al agruparse los bárbaros [6] contra ellos, los derrotaron en una batalla y mataron a un buen número. Entonces los bárbaros se refugiaron en una fortaleza en la que habitaban, provista con torres de madera de siete pisos, y los griegos la tomaron por la fuerza después de una serie de asaltos²⁷¹. Esta fortaleza era la más importante de todas las plazas fuertes y en ella habitaba su rey, que ocupaba el lugar [7] más alto. Una costumbre ancestral impone que permanezca allí durante toda su vida y que desde allí transmita sus órdenes al pueblo²⁷². Al decir de los soldados, este pueblo era el más bárbaro de los que habían encontrado en su recorrido; los hombres se unían a las mujeres a la vista de todo el mundo; los niños de las gentes más ricas se alimentaban de nueces cocidas²⁷³, y todos, desde la infancia, se cubrían el pecho y la espalda con tatuajes variopintos²⁷⁴. Atravesaron este territorio en ocho días y en tres la región contigua, llamada Tibarene²⁷⁵.

En Cotiora, Sinope y Heraclea. Tras atravesar Bitinia llegan a Crisópolis. Fin de la expedición de los Diez Mil.

[31] Desde allí llegaron a la ciudad griega de Cotiora, colonia de los sinopeos, donde pasaron cincuenta días²⁷⁶, saqueando a los pueblos vecinos de Paflagonia y a los demás bárbaros. Los heracleotas y los sinopeos les enviaron barcos, en los que fueron [2] transportados ellos y sus bestias de carga²⁷⁷. Sinope era una colonia de los milesios; situada en Paflagonia, era la más notable de las ciudades de aquellas regiones. Es allí que, en nuestros días, Mitrídates, el que hizo la guerra contra los romanos, tenía [3] su palacio más importante²⁷⁸. También arribó allí Quirísofo, que había sido enviado a buscar trirremes, sin haber tenido éxito en su empresa. No obstante, los sinopeos, después de haberles hospedado amistosamente, los enviaron por vía marítima a Heraclea, colonia de los megareos; toda la flota fondeó junto a la península Aquerusia²⁷⁹, donde, según se dice, Heracles sacó a Cerbero del Hades. Desde allí, por tierra, avanzaron a través de [4] Bitinia, donde se encontraron en peligro, ya que los indígenas los hostigaron durante la marcha²⁸⁰. Así pues, a duras penas, lograron ponerse a salvo en Crisópolis, en Calcedonia²⁸¹, los tres mil ochocientos supervivientes²⁸² de una expedición de diez mil hombres. Desde allá, en adelante ya sin dificultad, algunos llegaron [5] sanos y salvos a su patria, mientras que los otros se reunieron en el Quersoneso y se pusieron a saquear el vecino territorio de los tracios²⁸³. Tal fue pues el fin de la expedición de Ciro contra Artajerjes.

Trasibulo, apoyado por Tebas, toma File y se enfrenta a los Treinta. Reacción de éstos, su fracaso en el intento de corromper a Trasibulo y su petición de ayuda a Esparta.

[32] En Atenas, los Treinta Tiranos en el poder no cesaban día tras día de exiliar a unos y de eliminar a otros²⁸⁴. Dado que los tebanos estaban indignados con lo que ocurría y acogían amistosamente a los exiliados²⁸⁵, Trasibulo, del demo de Estiria, como se le conocía²⁸⁶, un ateniense exiliado por los Treinta, con la ayuda secreta de los tebanos, se apoderó de una fortaleza llamada File, en el Ática. Era una plaza fuertemente defendida situada a cien estadios²⁸⁷ de Atenas, de modo que les ofrecía muchas ventajas para lanzar un ataque. Los Treinta Tiranos, al enterarse [2] de lo sucedido, condujeron primero su ejército contra ellos con la intención de poner sitio a la plaza; pero mientras estaban acampados cerca de File, sobrevino una intensa nevada. Entonces, [3] al

acometer algunos soldados el traslado de sus tiendas, la mayor parte de las tropas pensó que emprendían la fuga y que las fuerzas enemigas estaban cerca, por lo que todo el ejército acampado fue presa de la confusión que suele llamarse terror pánico²⁸⁸ y levantaron el campo para establecerse en otro lugar.

[4] Los Treinta, dándose cuenta de que los ciudadanos de Atenas que no participaban en el régimen de los Tres Mil²⁸⁹ estaban a la expectativa del derrocamiento del poder absoluto, los trasladaron al Pireo y mantuvieron el control de la ciudad con tropas mercenarias²⁹⁰; asimismo acusaron a los eleusinos y a los salaminios de ser favorables a los exiliados y los mataron a todos²⁹¹.

[5] Durante estos acontecimientos, muchos exiliados acudían a reunirse con los hombres de Trasibulo²⁹²; (entonces los Treinta enviaron embajadores a Trasibulo²⁹³) aparentemente para discutir sobre la suerte de algunos prisioneros, pero en realidad para exhortarle en secreto a disolver aquel grupo de exiliados y a compartir el poder con ellos en la ciudad en sustitución de Terámenes, dándole además la facultad de elegir a diez exiliados para devolverlos a la patria. Trasibulo les contestó [6] que prefería su exilio al poder de los Treinta y que no pondría fin a la guerra si no regresaban todos los exiliados y el pueblo no recuperaba la constitución de sus padres. Entonces los Treinta, viendo que muchos, movidos por el odio que inspiraban, se volvían contra ellos, y que los exiliados eran cada vez más numerosos, enviaron embajadores a Esparta en busca de socorros²⁹⁴, y ellos, con todos los hombres que pudieron reunir, establecieron su campamento al aire libre, cerca de una localidad llamada Acarnas²⁹⁵.

El papel de Trasibulo, la intervención de Pausanias y la restauración democrática en Atenas

Trasibulo dejó una guarnición suficiente [33] en la plaza fuerte y salió al frente de los exiliados, que eran mil doscientos; atacó el campamento de sus adversarios de noche, cuando no lo esperaban, mató a muchos de ellos y, debido a lo imprevisto del ataque, aterrorizó a los demás y les obligó a refugiarse en Atenas²⁹⁶.

[2] Después de la batalla, Trasibulo se dirigió inmediatamente al Pireo y ocupó Muniquia, una colina deshabitada y segura²⁹⁷; entonces los Tiranos bajaron al Pireo con todas sus tropas y se

lanzaron al asalto de Muniquia a las órdenes de Critias. Tuvo lugar una batalla larga y violenta, en la que los Treinta tenían la ventaja del número de sus fuerzas y los exiliados la de la seguridad de [3] su posición. Finalmente Critias cayó²⁹⁸, y los soldados de los Treinta, presa del miedo, se refugiaron en un terreno menos escarpado, adonde los exiliados no se atrevían a bajar en su persecución. Pero a continuación, dado que muchos se pasaban al bando de los exiliados, Trasibulo y sus tropas atacaron súbitamente a sus adversarios, los derrotaron en una batalla y se apoderaron [4] del Pireo. Inmediatamente muchos habitantes de la ciudad²⁹⁹, deseosos de librarse de la tiranía, corrieron hacia al Pireo, y todos los exiliados dispersos en las otras ciudades, al oír la noticia de los éxitos de Trasibulo y los suyos, acudieron también al Pireo, con lo que a partir de entonces las fuerzas de los exiliados ya fueron muy superiores, y así emprendieron el asedio de la ciudad.

[5] Los habitantes de Atenas depusieron a los Treinta, los expulsaron de la ciudad y dieron plenos poderes a un comité de diez hombres principalmente para que, en la medida de lo posible, pusieran fin a la guerra de una manera amistosa³⁰⁰. Pero éstos, una vez que asumieron el poder, no se cuidaron de su misión, sino que se manifestaron como tiranos³⁰¹ y enviaron a buscar de Lacedemón cuarenta naves y mil soldados a las órdenes de Lisandro³⁰². Sin embargo, Pausanias, el rey de los lacedemonios, [6] celoso de Lisandro³⁰³, y viendo la impopularidad de Esparta entre los griegos, partió con un numeroso ejército³⁰⁴ y, una vez llegado a Atenas, reconcilió a los de la ciudad con los exiliados³⁰⁵. Así los atenienses se reintegraron en su patria y en adelante se gobernaron con sus propias leyes; y a aquellos que temían sufrir un castigo por la ininterrumpida serie de delitos que habían cometido les concedieron que habitaran en Eleusis³⁰⁶.

Tras la paz con los eleos, Esparta expulsa a los mesenios de Cefalonia y Naupacto, que marchan a Sicilia y Cirene. Guerra civil en Cirene. Colonos romanos en Velitras.

[34] Los eleos, aterrados por la superioridad de los lacedemonios, pusieron fin a la guerra contra ellos aceptando entregar sus trirremes a los lacedemonios y conceder la autonomía a las ciudades limítrofes³⁰⁷. [2] Los lacedemonios, una vez que hubieron puesto fin a sus guerras, tuvieron la posibilidad de

emprender una expedición contra los mesenios, algunos de los cuales vivían en una plaza fuerte de Cefalania, mientras que los otros estaban instalados en Naupacto, en el país de los llamados locros occidentales, por concesión de los atenienses³⁰⁸. Los expulsaron de estos lugares y restituyeron las plazas fuertes, una a los habitantes de Cefalania y la otra a los locros. [3] Los mesenios, expulsados de todas partes a causa del antiguo odio de los espartiatas, partieron de Grecia con sus armas; una parte de ellos embarcaron rumbo a Sicilia, donde se pusieron al servicio de Dionisio como mercenarios³⁰⁹, mientras que los otros, unos tres mil, embarcaron rumbo a Cirene y se alinearon al lado [4] de los exiliados de esta ciudad³¹⁰. Los cireneos, en efecto, en aquella época estaban inmersos en una situación de disensiones internas, ya que Aristón y algunos otros se habían adueñado de la ciudad. Quinientos de los cireneos más influyentes acababan de ser asesinados y los otros ciudadanos más distinguidos habían sido exiliados. Pese a todas las dificultades, los exiliados, acogiendo [5] en sus filas a los mesenios, presentaron batalla contra aquellos que habían ocupado la ciudad; cayeron muchos cireneos de ambos bandos, y casi todos los mesenios encontraron la muerte. Después de la batalla, los cireneos, tras unas negociaciones [6] entre las dos partes, se reconciliaron; en seguida prestaron juramento de no tomar represalias y vivieron juntos en la ciudad.

En el mismo período, los romanos instalaron colonos en la [7] ciudad llamada Velitras³¹¹.

400-399 a.C. Temor ante la llegada de Tisafernes a la costa de Asia Menor. Tamos asesinado en Egipto. Tisafernes ataca Cime.

Una vez transcurrido el año, en Atenas [35] fue arconte Laques, en Roma ejercieron el poder consular los tribunos militares Manio Claudio, Marco Quintio, Lucio Julio, Marco Furio y Lucio Valerio³¹², y se celebró la Olimpiada nonagesimoquinta, en la que el ateniense Minos obtuvo la victoria en la carrera del estadio. En este período, Artajerjes, rey de Asia, [2] después de vencer a Ciro, había enviado a Tisafernes³¹³ a hacerse cargo de todas las satrapías marítimas³¹⁴. Por esta razón los sátrapas y las ciudades que habían apoyado a Ciro eran presa de una gran ansiedad, ya que temían ser castigados por haber [3] actuado contra el Rey. En estas

circunstancias, todos los sátrapas enviaron mensajeros a Tisafernes; trataban de conciliarse con él y de arreglar sus relaciones por todos los medios posibles. Pero Tamos, que era el más poderoso de ellos y estaba al frente de Jonia, se embarcó en sus trirremes con sus bienes y todos sus hijos, a excepción de uno, llamado Glos, que mandó al [4] cabo de un tiempo las tropas del Rey³¹⁵. Así pues, Tamos, por miedo a Tisafernes, zarpó con su flota rumbo a Egipto, y se refugió junto a Psamético³¹⁶, rey de los egipcios, que era descendiente del famoso Psamético³¹⁷. En razón de los servicios que en el pasado había prestado a este rey, pensaba que encontraría [5] en él un asilo frente a las amenazas del Rey de Persia. Pero Psamético, sin tener en absoluto en cuenta los servicios prestados y el sagrado respeto a los suplicantes, lo hizo ejecutar, pese a ser suplicante y amigo, juntamente con sus hijos, para adueñarse de sus bienes y de su flota.

[6] Las ciudades griegas de Asia, al enterarse de la llegada de Tisafernes, muy inquietas por su suerte, enviaron embajadores a los lacedemonios, rogándoles que no permitieran que fueran devastadas por los bárbaros. Los lacedemonios les prometieron su ayuda y enviaron embajadores a Tisafernes para pedirle que no tomara las armas contra las ciudades griegas³¹⁸. Pero Tisafernes [7] marchó en primer lugar con su ejército contra la ciudad de los cimeos³¹⁹, devastó todo el territorio y capturó muchos prisioneros. A continuación la bloqueó y emprendió el asedio, pero como se acercaba el invierno y no podía tomar la ciudad, liberó a los prisioneros por una importante suma de dinero y levantó el asedio.

Expedición de Tibrón contra Tisafernes

Los lacedemonios nombraron a Tibrón [36] comandante para la guerra contra el Rey, le encomendaron un millar de ciudadanos y le ordenaron que reclutara entre los aliados las tropas que le parecieran convenientes³²⁰. Tibrón, después de ir a Corinto, adonde [2] hizo acudir a los soldados enviados por los aliados, zarpó rumbo a Éfeso con cinco mil hombres a lo más. Allí alistó unos dos mil hombres tanto de sus ciudades como de las otras y partió con siete mil hombres en total. Después de recorrer unos ciento veinte estadios³²¹, llegó a Magnesia, que estaba bajo el gobierno de Tisafernes; la tomó al primer asalto, y en seguida marchó contra Tralles, en Jonia, y puso sitio a la ciudad; pero, al no poder conseguir nada debido a sus

buenas defensas, regresó a [3] Magnesia³²². Dado que esta ciudad no estaba fortificada, por lo que temía que Tisafernes se apoderara de ella después de su partida, la trasladó a una altura cercana llamada Tórax³²³; y él hizo una incursión en el territorio de los enemigos y colmó a sus soldados de un variado botín. Luego, cuando se presentó Tisafernes al frente de una numerosa caballería, rehuyó el encuentro y regresó a Éfeso.

Ataque a Salmideso de Jenofonte y los supervivientes de los Diez Mil. Fundación de Adrano en Sicilia. Muerte de Arquelaos de Macedonia. Muerte de Sócrates.

[37] Por la misma época, de los hombres que habían participado en la expedición de Ciro y que habían vuelto sanos y salvos a Grecia³²⁴, algunos regresaron a sus patrias respectivas, pero la mayor parte, unos cinco mil que se habían acostumbrado a la vida militar, eligieron como [2] comandante a Jenofonte³²⁵. Éste, al frente de su ejército, se lanzó al ataque de los tracios que habitaban en la región de Salmideso³²⁶. Esta región, situada en la orilla izquierda del Ponto, se extiende en una gran distancia³²⁷ y es la causa de numerosos naufragios. Por esto los tracios acostumbraban estar al acecho [3] en estos lugares y apresar a los mercantes que allí zozobraban³²⁸. Jenofonte, con los soldados que había reunido, invadió su territorio, los venció en una batalla e incendió la mayor parte de sus aldeas³²⁹. A continuación, al haberles llamado Tibrón con la promesa [4] de una soldada, se pasaron a él y se pusieron a hacer la guerra contra los persas al lado de los lacedemonios³³⁰.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Dionisio fundó [5] en Sicilia una ciudad, al pie de la cumbre del Etna, y la llamó Adrano, por el nombre de un santuario famoso³³¹. En Macedonia, [6] el rey Arquelaos, herido involuntariamente en una cacería por su amado Cratero, llegó al fin de su vida, después de siete años de reinado. Le sucedió en el trono Orestes, que todavía era un niño; Aéropo, su tutor, le dio muerte y reinó durante seis [7] años³³². En Atenas, el filósofo Sócrates, acusado por Ánito y Meleto de impiedad y de corrupción de la juventud, fue condenado a muerte y murió bebiendo cicuta. Pero, dado que la acusación había sido injusta, el pueblo se arrepintió de haber dado muerte a un tan gran hombre. Por ello se enfureció contra los acusadores y finalmente los hizo ejecutar sin juicio³³³.

399-398 a.C. Tibrón sustituido por Dercílidas. Expedición contra Tróade y los tracios. Herípidas a Heraclea de Traquinia y al Eta. Dercílidas expulsa a los tracios del Quersoneso.

[38] Una vez transcurrido el año, en Atenas fue arconte Aristócrates y en Roma recibieron el poder consular seis tribunos militares, Gayo Servilio, Lucio Verginio, Quinto Sulpicio, Aulo Mutilio y [2] Manio Sergio³³⁴. Después que estos magistrados hubieron asumido el cargo, los lacedemonios, informados de que Tibrón dirigía mal las operaciones militares³³⁵, enviaron a Asia como comandante en jefe a Dercílidas³³⁶. Éste tomó el mando del ejército y emprendió una expedición contra las ciudades de Tróade. Conquistó al primer asalto Hamáxito, Colonas y Arisba³³⁷; [3] a continuación fue el turno de Ilión, Cebrenia y todas las demás ciudades de Tróade, que tomó valiéndose de la astucia o las redujo por la fuerza. Después, una vez concluida una tregua de ocho meses con Farnabazo, emprendió una expedición contra los tracios que entonces habitaban en Bitinia y, tras haber saqueado su territorio, condujo a su ejército a los cuarteles de invierno.

Al haber estallado una revuelta en Heraclea de Traquinia³³⁸, [4] los lacedemonios enviaron a Herípidas para restablecer el orden. Éste, a su llegada a Heraclea, convocó a la asamblea del pueblo, la rodeó de tropas sobre las armas y, después de arrestar a los culpables, los hizo matar a todos, en número de unos quinientos. Dado que los habitantes del Eta se habían sublevado, [5] emprendió la guerra contra ellos y, después de infligirles muchos daños, los obligó a abandonar su territorio. La mayor parte de ellos se refugiaron en Tesalia con sus hijos y mujeres, pero al cabo de cinco años fueron devueltos a la región del Eta³³⁹.

[6] En el curso de estos acontecimientos, los tracios invadieron el Quersoneso con ingentes tropas y, después de saquear todo el territorio, obligaron a las gentes a encerrarse dentro de los muros de sus ciudades. Entonces los habitantes del Quersoneso, agobiados por la guerra, pidieron al lacedemonio Dercílidas [7] que acudiera en su ayuda desde Asia. Éste hizo la travesía con su ejército, expulsó a los tracios del territorio y protegió el Quersoneso con una fortificación que se extendía desde un mar hasta el otro³⁴⁰. Con esta medida impidió que los tracios efectuaran otras incursiones en el futuro; y

él, después de haber sido honrado con ricos presentes, hizo pasar su ejército a Asia³⁴¹.

Farnabazo convence al Rey para que Conón prepare una flota contra Esparta. Farnabazo y Tisafernes pactan una tregua con Dercíidas.

[39] Farnabazo aprovechó la tregua con los lacedemonios para marchar a la corte del Rey, a quien convenció para que equipara una flota y pusiera al frente de ella como almirante al ateniense Conón³⁴², ya que tenía una gran experiencia en el arte de la guerra y, sobre todo, conocía muy bien a sus actuales enemigos; este gran militar residía entonces en Chipre, en la corte del rey Evágoras³⁴³. Una vez persuadido el Rey, Farnabazo recibió quinientos talentos de plata y se preparó [2] para equipar la flota. Pasó pues a Chipre y ordenó a los reyes locales que equiparan cien trirremes, habló luego con Conón a propósito del mando de la flota y le nombró comandante en jefe de las fuerzas navales, haciéndole abrigar grandes esperanzas de parte del Rey. Conón, que esperaba a la vez devolver la hegemonía [3] a su patria, si los lacedemonios eran derrotados, y obtener [4] para sí mismo una gran fama, aceptó el mando naval. Y antes de que estuviera preparada toda la flota, con las cuarenta naves que ya estaban dispuestas, hizo rumbo a Cilicia, donde se ocupó de los preparativos para la guerra.

Farnabazo y Tisafernes, con los soldados que habían reclutado en sus respectivas satrapías, se pusieron en marcha en dirección [5] a Éfeso, ya que el enemigo tenía allí su ejército. Les seguían veinte mil hombres de infantería y diez mil de caballería³⁴⁴. Al enterarse de la llegada de los persas, Dercíidas, que estaba al mando de los lacedemonios, hizo avanzar a su ejército, y [6] en total no tenía más de siete mil hombres. Cuando los dos ejércitos estuvieron el uno cerca del otro, concluyeron una tregua y fijaron un plazo durante el cual Farnabazo enviaría a consultar al Rey sobre los términos de un tratado, en el caso de que quisiera poner fin a la guerra, mientras que Dercíidas daría cuenta de la situación a los espartiatas. De este modo, por tanto, los comandantes dieron licencia a sus ejércitos³⁴⁵.

Expedición fallida de Regio y Mesene contra Dionisio de Siracusa

[40] Los reginos³⁴⁶, colonos de los calcideos, no veían con buenos ojos la creciente potencia de Dionisio. Éste, en efecto, había sometido a los naxios y a los cataneos³⁴⁷, que tenían su mismo

origen; y a los reginos, al encontrarse en la misma situación que aquellos desventurados, los acontecimientos les ocasionaban una angustia poco común, ya que todos tenían miedo de sufrir las mismas desgracias. Decidieron pues emprender a toda prisa una [2] expedición contra el tirano antes de que éste no hubiera consolidado del todo su potencia. Los siracusanos exiliados por Dionisio tuvieron junto al pueblo regino una participación no pequeña en relación con esta guerra³⁴⁸; la mayor parte de ellos, en efecto, vivía entonces en Regio y no cesaba de hablar sobre los proyectos de guerra, explicando que todos los siracusanos aprovecharían la ocasión. Finalmente nombraron generales y [3] los hicieron partir con seis mil soldados de infantería, seiscientos de caballería y cincuenta trirremes. Estos generales, una vez que hubieron cruzado el estrecho, persuadieron a los generales mesenios a participar en la guerra, afirmando que era algo vergonzoso tolerar que las ciudades griegas de su entorno fueran totalmente destruidas por el tirano. Así pues, los generales [4] mesenios, convencidos por los reginos, sin solicitar el consentimiento del pueblo³⁴⁹, pusieron en marcha a sus fuerzas armadas, formadas por cuatro mil soldados de infantería, cuatrocientos de caballería y treinta trirremes. Pero cuando dichas fuerzas llegaron a los confines del territorio de Mesene, estalló una revuelta entre los soldados, influenciados por una soflama del mesenio Laomedonte. Éste les aconsejaba que no emprendieran [5] la guerra contra Dionisio, que no les había hecho ningún daño. Entonces los soldados mesenios, dado que el pueblo no había declarado la guerra por medio de un heraldo, se dejaron convencer en seguida, abandonaron a sus generales y se volvieron a su patria. Los reginos, incapaces de combatir [6] únicamente con sus fuerzas, al ver que los mesenios licenciaban su ejército, se volvieron también ellos rápidamente hacia Regio. Por su parte Dionisio condujo primero sus fuerzas hasta los límites del territorio de Siracusa en espera del ataque enemigo; pero, cuando se enteró de su retirada, hizo que su [7] ejército regresara a Siracusa. Y al enviarle embajadores los reginos y los mesenios para tratar de la paz, juzgó que era ventajoso poner fin a las hostilidades contra las ciudades y concluyó la paz.

Dionisio prepara con grandes medios la guerra contra Cartago

[41] Viendo Dionisio que algunos griegos habían pasado bajo el dominio de los cartagineses con sus ciudades y sus propiedades, pensaba que, mientras durara la paz con los cartagineses, muchos de los que estaban bajo su poder querían aceptar la autoridad de éstos³⁵⁰, mientras que, en caso de guerra, todos los que habían sido sometidos por los cartagineses harían defección para pasar a su lado. Se había enterado asimismo de que muchos cartagineses habían muerto en Libia, víctimas de una epidemia. [2] Por estas razones, pensando que se le presentaba una ocasión oportuna para emprender la guerra, decidió que debía comenzar a efectuar los preparativos para la misma; preveía, en efecto, que la guerra sería importante y de larga duración, puesto que iba a enfrentarse con el pueblo más poderoso de Europa. [3] Así pues, se puso inmediatamente a reunir artesanos, unos, convocados mediante un bando, de las ciudades que estaban bajo su dominio, otros de Italia y de Grecia, e incluso de regiones sometidas al poder cartaginés, a los que atraía con salarios importantes. Proyectaba fabricar armas en gran cantidad y proyectiles de todo tipo, y también construir cuadrirremes y quinquerremes³⁵¹; este último tipo de navío de cinco filas de remeros no había sido construido nunca en aquella época. Una [4] vez que hubo reclutado un gran número de artesanos, los distribuyó según sus especialidades y los puso a las órdenes de los ciudadanos más notables con la promesa de grandes recompensas para estimular la producción de armas. Repartió asimismo un modelo de cada tipo de arma, ya que había reunido mercenarios de muchos países. Deseaba equipar a cada uno [5] de sus soldados con las armas propias de su tierra y pensaba que su ejército por esta razón causaría una fuerte impresión y que en las batallas todos los combatientes sacarían el máximo partido del armamento al que estaban acostumbrados. Y al [6] esforzarse los siracusanos con entusiasmo en la ejecución del proyecto de Dionisio, se produjo un gran espíritu de emulación en la fabricación de las armas. No sólo en los pórticos anteriores y posteriores de los templos³⁵², sino también en los gimnasios y en los pórticos del ágora, cualquier espacio estaba ocupado por trabajadores, y también fuera de los lugares públicos, en las moradas más ilustres, se fabricaban armas en gran cantidad.

[42] La catapulta fue inventada en Siracusa en esta ocasión gracias a que los mejores artesanos venidos de todas partes se reunieron en un solo lugar³⁵³. La cuantía de los salarios y los numerosos premios propuestos para aquellos que fueran considerados los mejores estimulaban su ardor. Además, Dionisio cada día se paseaba entre los trabajadores, les dirigía palabras amistosas, recompensaba con regalos a los más voluntariosos y los invitaba a [2] su mesa. Por esta razón los artesanos desplegaban un celo insuperable imaginando numerosas armas arrojadizas y extraordinarias máquinas de guerra capaces de ofrecer grandes prestaciones. También comenzó a construir navíos de cuatro y cinco filas de remeros, siendo el primero en proyectar la construcción de tales [3] naves. Dionisio, que había oído decir que la trirreme se había construido por primera vez en Corinto³⁵⁴, quería que precisamente en la ciudad que era colonia de los corintios³⁵⁵ se aumentaran [4] las dimensiones de las construcciones navales. Una vez obtenido el permiso de exportar madera de Italia, envió a una mitad de sus leñadores al monte Etna, cubierto en aquel tiempo de abetos y pinos magníficos, y la otra mitad a Italia, donde hizo preparar carros para efectuar el transporte hasta el mar y barcos con sus tripulaciones para conducir rápidamente las almadías a Siracusa³⁵⁶. Cuando hubo reunido una cantidad de madera suficiente, [5] Dionisio comenzó a construir simultáneamente más de doscientas naves y a reparar las ciento diez ya existentes; también construyó ciento sesenta espléndidos arsenales en círculo alrededor de lo que actualmente se llama Puerto Grande³⁵⁷, en su mayor parte capaces de albergar dos naves, y puso en buen estado las ciento cincuenta preexistentes.

Preparativos extraordinarios de Dionisio. El trágico Astidamante. Derrota romana ante los veyos.

El hecho de que se construyeran tantas [43] edificaciones³⁵⁸ y naves en un solo lugar causaba una fuerte impresión a los espectadores; cuando se veía el empeño que se ponía en la construcción de las naves, podía pensarse que todos los siciliotas colaboraban en la empresa; y cuando luego se presenciaba el trabajo de los artesanos que fabricaban armas y máquinas de guerra, también podía pensarse que sólo en aquella actividad estaba reunida toda la mano de obra disponible. Además, al ponerse aquel empeño

insuperable [2] en el trabajo, se fabricaron ciento cuarenta mil escudos y un número casi igual de espadas y cascos; también fueron preparadas corazas, de diversa factura y trabajadas con un arte admirable, en un número superior a catorce mil. Dionisio pensaba [3] distribuir las entre los hombres de caballería y los que tenían puestos de mando en la infantería y también entre los mercenarios destinados a formar su guardia de corps. También se construyeron catapultas de diversos tipos y un número considerable [4] de las demás armas arrojadizas. La mitad de las naves de guerra equipadas tenía ciudadanos como timoneles y como oficiales de proa³⁵⁹, y también como remeros, mientras que para las otras Dionisio asoldó a mercenarios. Cuando hubo ultimado los trabajos concernientes a las naves y a las armas, se ocupó del reclutamiento de los soldados, ya que no estimaba conveniente alistarlos con mucha antelación a fin de evitar gastos excesivos.

[5] Astidamante³⁶⁰, el poeta trágico, hizo representar entonces su primera obra; vivió sesenta años.

Los romanos, mientras asediaban a los veyos³⁶¹, a raíz de una salida de los asediados, fueron unos masacrados por los veyos, mientras que los otros se dieron a una fuga vergonzosa.

398-397 a.C. Dionisio recluta tropas y busca aliados. Sus enlaces matrimoniales.

[44] Una vez transcurrido el año, en Atenas fue arconte Iticles y en Roma, en lugar de los cónsules, fueron designados cinco tribunos militares, Lucio Julio, Marco Furio, Marco Emilio, Gayo Cornelio y Cesón Fabio³⁶². Dionisio, el tirano de los siracusanos, después de haber completado la mayor parte de los trabajos de fabricación de armas y de construcción de las naves, se dedicó inmediatamente a la preparación de sus soldados. Entre los siracusanos [2] alistó a aquellos que eran aptos para entrar en filas, y de las ciudades sometidas a su autoridad hizo venir a los que eran útiles. Reclutó asimismo mercenarios de Grecia, especialmente entre los lacedemonios, ya que éstos, que le ayudaban a acrecentar su poder³⁶³, le dieron permiso para reclutar entre ellos cuantos mercenarios quisiera. En suma, deseando reunir un ejército de mercenarios procedentes de muchos países, y prometiendo una considerable soldada, encontró a quienes respondieron a su llamada.

Ante la perspectiva de desencadenar una gran guerra, se comportaba [3] amablemente con las ciudades de la isla, tratando de asegurarse su buena disposición. Viendo que los pueblos que vivían junto al estrecho³⁶⁴, los reginos y los mesenios, tenían un ejército poderoso dispuesto a intervenir, temía que pudieran unirse a los cartagineses cuando éstos pasaran a Sicilia; estas ciudades, en efecto, tendrían un peso no pequeño para aquel de los dos bandos con el que se aliaran en la guerra³⁶⁵. Al estar seriamente preocupado [4] por este motivo, Dionisio dio a los mesenios una buena parte del territorio limítrofe y se los atrajo a su causa con sus beneficios. A los reginos les envió embajadores, invitándoles a aliarse con él mediante un vínculo matrimonial dándole como esposa a la hija de uno de sus ciudadanos; también les prometió que conseguiría para ellos una extensa parte del territorio confinante y que, en tanto que él tuviera el poder, engrandecería su ciudad. Su [5] mujer, la hija de Hermócrates, había sido asesinada en el momento de la revuelta de la caballería³⁶⁶, y él estaba deseoso de tener descendencia, pensando que el afecto hacia sus hijos constituiría la garantía más segura para mantener la tiranía³⁶⁷. Sin embargo, cuando en Regio se reunió una asamblea para tratar sobre el asunto, después de un largo debate, los reginos rechazaron el [6] matrimonio³⁶⁸. Después de fracasar en este intento, Dionisio envió embajadores con la misma propuesta al pueblo de los locros³⁶⁹. Éstos dieron su voto favorable al matrimonio y Dionisio pidió la mano de Dóride, hija de Jéneto,³⁷⁰ que en aquel tiempo [7] era el ciudadano más ilustre. Pocos días antes de la boda, envió a Locros una quinquerreme, la primera que había sido construida, decorada con ornamentos de oro y de plata. En esta nave hizo [8] trasladar a la joven a Siracusa y la condujo a la acrópolis. También tomó por esposa a Aristómaca³⁷¹, la más distinguida entre sus conciudadanos, a la que condujo a su propia casa mandándola a buscar con un carro tirado por cuatro caballos blancos.

Dionisio suaviza su régimen y propone la guerra ante la asamblea de Siracusa

[45] Con ocasión de las dos bodas celebradas en el mismo tiempo³⁷², Dionisio ofreció una serie de banquetes a sus soldados y a la mayor parte de los ciudadanos. Renunció a partir de entonces a la dureza de la tiranía y, trocándola en moderación, gobernó a sus

súbditos con más humanidad, sin condenar a nadie a muerte o al exilio, como era su costumbre. Dejando pasar unos pocos [2] días después de sus bodas, convocó una asamblea en la que exhortó a los siracusanos a emprender la guerra contra los cartagineses, declarando que eran acérrimos enemigos de los griegos en general, pero que sobre todo no cesaban de maquinarse contra los sicilios. Les hizo ver que de momento permanecían [3] tranquilos debido a que les había atacado la epidemia que había matado a la mayor parte de los habitantes de Libia; pero que, una vez recuperadas sus fuerzas, no perdonarían a los sicilios, contra los que maquinaban desde antiguo. Por esta razón, dijo, era preferible hacerles la guerra ahora, cuando eran débiles, que luchar más tarde contra adversarios en la plenitud [4] de sus fuerzas. Al mismo tiempo mostraba que sería grave mirar con indiferencia que las ciudades griegas fueran esclavizadas por los bárbaros, unas ciudades que participarían en los peligros de la guerra con un empeño tan grande como era su deseo de obtener su libertad. En fin, después de exponer muchos argumentos en defensa de su plan, obtuvo acto seguido la aprobación de los siracusanos³⁷³. No deseaban menos que Dionisio [5] que estallase la guerra, en primer lugar por odio a los cartagineses, por culpa de los cuales se veían obligados a obedecer las órdenes del tirano; esperaban además que Dionisio les trataría con más humanidad por miedo tanto del enemigo como de aquellos a quienes había sometido. Pero la razón más importante era la esperanza de que, con las armas en sus manos, si la Fortuna les brindaba la oportunidad, recobrarían su libertad³⁷⁴.

Saqueo de las propiedades púnicas en las ciudades griegas de Sicilia. A punto para la guerra. Ctesias. Los poetas ditirámicos.

[46] Después de la asamblea, con la autorización de Dionisio, los siracusanos saquearon los bienes de los púnicos. No eran pocos, en efecto, los cartagineses que vivían en Siracusa y que tenían allí propiedades importantes, y muchos de sus comerciantes tenían en el puerto sus barcos cargados de mercancías, todas las cuales fueron entonces objeto del pillaje de [2] los siracusanos. De modo semejante, los otros sicilios expulsaron a los púnicos que vivían entre ellos y robaron sus pertenencias, ya que, a pesar de que odiaban la tiranía de Dionisio, participaban gustosamente a su lado en la guerra contra [3] los cartagineses debido a la crueldad de este

pueblo³⁷⁵. Por las mismas razones, los habitantes de las ciudades griegas sometidas a los cartagineses, tan pronto como Dionisio emprendió abiertamente la guerra, dieron rienda suelta a su odio contra los púnicos; no sólo robaron sus bienes, sino que también los apresaron y los sometieron a todo tipo de ultrajes y violencias físicas, animados por el recuerdo de los sufrimientos que ellos mismos habían padecido durante su cautividad. [4] A tal extremo llegó su venganza contra los púnicos, en aquella ocasión y en los tiempos que siguieron, que los cartagineses aprendieron la lección de no violar el derecho de gentes en el trato dado a los hombres que caían en sus manos, puesto que, instruidos por su propia experiencia, ya no ignoraron que la Fortuna es igual para aquellos que se enfrentan en una guerra y que los dos bandos, en caso de derrota, sufren necesariamente la misma suerte que ellos han infligido a los desafortunados.

Una vez que lo tuvo todo a punto para la guerra, Dionisio [5] pensó enviar mensajeros³⁷⁶ a Cartago para decir que los siracusanos declaraban la guerra a los cartagineses si no liberaban las ciudades griegas que habían sometido. Tal era, pues, la actividad de Dionisio.

El historiador Ctesias concluyó con los acontecimientos de [6] este año la *Historia de los Persas*, que había comenzado en Nino y Semíramis³⁷⁷. Y en este año florecieron los celeberrimos poetas ditirámicos Filóxeno de Citera, Timoteo de Mileto, Telestes de Selinunte y Políido, que también era experto en pintura y música³⁷⁸.

397-396 a.C. Ultimátum a Cartago. Dionisio marcha hacia Motia y recibe refuerzos de las ciudades griegas.

[47] Una vez transcurrido el año, en Atenas, Lisíades³⁷⁹ asumió el cargo de arconte, y en Roma ejercieron el poder consular seis tribunos militares, Publio Manlio, Publio Melio, Espurio Furio y Lucio Publio³⁸⁰. Dionisio, el tirano de los siracusanos, después de haber efectuado todos los preparativos para la guerra de acuerdo con sus planes, envió un heraldo a Cartago [2] con una carta para el Senado. En esta carta estaba escrito que los siracusanos habían decretado emprender la guerra contra los cartagineses si no se retiraban de las ciudades griegas. Así pues, el heraldo, tal como le había sido ordenado, hizo la travesía hasta Libia y entregó la carta al Senado. Cuando fue leída en el consejo³⁸¹ y después ante el pueblo,

se vio que los cartagineses estaban preocupados, y no poco, ante la perspectiva de una guerra, ya que la epidemia había diezariado a la población y estaban [3] completamente desorganizados. Así y todo, se pusieron a aguardar a que los siracusanos tomaran la iniciativa y enviaron, con importantes sumas de dinero, a algunos miembros del Senado para que reclutaran mercenarios en Europa³⁸².

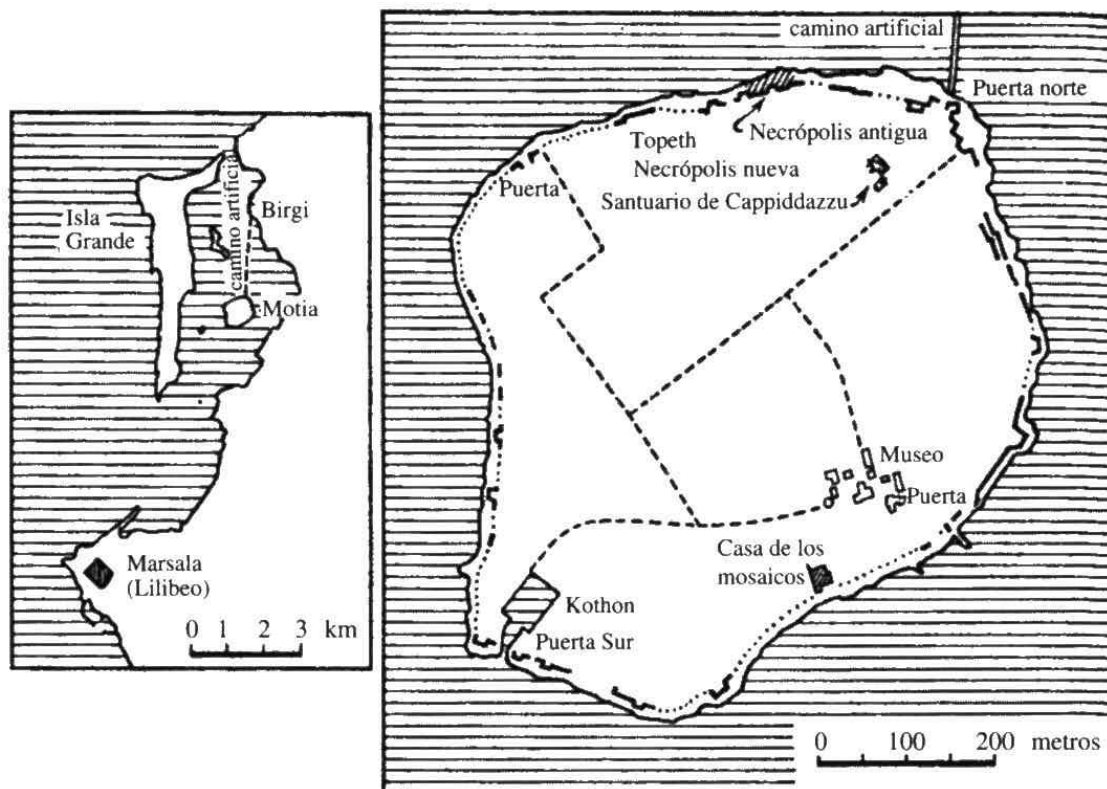
Dionisio, al frente de los siracusanos, de los mercenarios y [4] de los aliados, partió de Siracusa y se dirigió al Érix³⁸³. No lejos de esta altura estaba la ciudad de Motia³⁸⁴, colonia de los cartagineses, de la que éstos se servían sobre todo como base de operaciones contra Sicilia; esperaba que, si se apoderaba de ella, se aseguraría no pocas ventajas sobre sus enemigos. Durante la [5] marcha iba recibiendo continuamente hombres procedentes de las ciudades griegas y los armaba en masa; todos participaban en su expedición con entusiasmo, ya que odiaban el pesado dominio púnico y deseaban obtener ya la libertad. Recibió primero [6] el concurso de los camarineos, y luego de los gelenses y los acragantinos. A continuación envió a buscar a los himereos, que vivían en la otra parte de Sicilia; en el camino tomó consigo a los selinuntios y finalmente llegó a Motia con todo su ejército³⁸⁵. [7] Tenía ochenta mil soldados de infantería, bastante más de tres mil hombres de caballería y no mucho menos de doscientos navíos de guerra; también le seguían barcos de transporte, cargados de muchas máquinas de guerra y de todo el equipo restante, en un número no inferior a quinientos.

*Ante el despliegue del ejército siracusano, Érix se pasa a Dionisio, pero Motia resiste.
Situación de Motia. Acciones de Dionisio.*

[48] Ante un tal despliegue de fuerzas, los ericinos, que fueron presa del espanto al ver la magnitud del ejército y que odiaban a los cartagineses, se pasaron a Dionisio, pero los habitantes de Motia, que esperaban la ayuda de los cartagineses, no se dejaron impresionar por el ejército de Dionisio y se prepararon para el asedio; no ignoraban que los siracusanos comenzarían por devastar Motia, ya que era la ciudad más fiel a los [2] cartagineses. Esta ciudad estaba situada en una isla, a una distancia de seis estadios de Sicilia; por el número y la belleza de sus casas era una ciudad construida con un arte extraordinario³⁸⁶, gracias a la riqueza de sus

habitantes. Tenía también una estrecha vía artificial que la unía a la costa de Sicilia, y que entonces cortaron los motienos para impedir que los enemigos utilizaran aquel paso.

[3] Dionisio, después de inspeccionar los lugares con sus arquitectos, comenzó a construir terraplenes hacia Motia³⁸⁷, puso en seco las naves de guerra junto a la bocana del puerto y ordenó que los barcos de transporte fondearan a lo largo de la costa³⁸⁸. [4] A continuación dejó allí, al frente de las obras, al almirante Leptines³⁸⁹ y él, con su ejército de tierra, marchó contra las ciudades aliadas de los cartagineses. Entonces todos los sicanos³⁹⁰, por miedo al ingente ejército, se pasaron a los siracusanos; y de las otras ciudades sólo cinco permanecieron fieles a su amistad con los cartagineses; eran Halidas³⁹¹, Solunte, Egesta, Panormo [5] y Entela. Dionisio devastó el territorio de Solunte, de Panormo³⁹², y también el de Halicias, y cortó sus árboles; después puso sitio a Egesta y Entela con un numeroso ejército, y las sometió a continuos asaltos, tratando de tomarlas a viva fuerza. Tal era entonces la situación de Dionisio.



7. Motia (según Shelley y Guido).

Himilcón ordena atacar por sorpresa el puerto de Siracusa. Dionisio conduce su ejército contra Motia.

[49] Himilcón, el general de los cartagineses, que se ocupaba personalmente del reclutamiento de las tropas y de los demás preparativos, envió al comandante de la flota con diez trirremes ordenándole que, a toda prisa y en secreto, hiciera rumbo a Siracusa, y que penetrara de noche en el puerto y destruyera los barcos que [2] habían quedado allí. Decidió esta acción como maniobra diversiva, para obligar a Dionisio a enviar una parte de los barcos a Siracusa. El comandante de la flota que había sido enviado ejecutó rápidamente las órdenes y entró de noche en el puerto de Siracusa, donde nadie sabía nada de la operación. Atacó por sorpresa, embistió con los espolones a las naves allí fondeadas y, después de hundirlas prácticamente a todas, regresó a Cartago. Dionisio entre tanto, después de haber saqueado todo el territorio [3] sometido a los cartagineses y obligado a sus enemigos a encerrarse en los muros, condujo a todo su ejército contra Motia; esperaba que, una vez expugnada esta plaza, las otras ciudades se rendirían inmediatamente. Por consiguiente, dedicando en seguida a los trabajos un mayor número de obreros, fue terraplenando el paso entre la isla y la costa y, poco a poco, a medida que se extendía el malecón, hizo pasar las máquinas de guerra hacia las murallas.

Himilcón desiste en un intento de sorprender a Dionisio en Motia

Por el mismo tiempo, Himilcón, el [50] almirante de los cartagineses, enterado de que Dionisio había puesto en seco sus naves, hizo equipar inmediatamente sus cien mejores trirremes. Pensaba que, si aparecía de improviso³⁹³, se apoderaría fácilmente de los barcos que estaban en seco en el puerto, con lo que se convertiría en dueño del mar. Creía asimismo que con esta acción haría levantar el asedio de Motia y trasladaría la guerra a la zona de la ciudad de los siracusanos. Se hizo pues a la mar con cien naves [2] y arribó de noche al territorio de Selinunte, y desde allí, después de doblar el cabo Lilibeo, llegó a Motia al amanecer. Apareció inopinadamente ante los enemigos, destruyó una parte de sus barcos e incendió otra³⁹⁴, sin que pudieran acudir en su ayuda las tropas de Dionisio. A continuación entró en el puerto y dispuso [3] sus naves como para atacar a las que los enemigos habían puesto en seco. Dionisio concentró entonces su ejército en la bocana del puerto, pero, viendo que los enemigos estaban al acecho vigilando la salida del puerto, tuvo miedo de echar al agua sus barcos en el interior del

puerto, ya que no ignoraba que, la estrechez de la bocana haría que un pequeño número de naves se arriesgara a enfrentarse a adversarios mucho más numerosos³⁹⁵. [4] Por esto, al contar con un gran número de soldados, hizo tirar fácilmente de las embarcaciones por vía de tierra hasta el mar del exterior del puerto y pudo salvar sus naves³⁹⁶. Himilcón atacó las primeras trirremes, pero fue rechazado por una lluvia de proyectiles, ya que Dionisio había embarcado en las naves un importante número de arqueros y honderos, y los siracusanos, desde tierra, se servían de catapultas que lanzaban aguzados dardos³⁹⁷ con los que continuamente mataban enemigos; esta arma causaba un gran estupor, ya que se trataba de un invento de aquella época³⁹⁸. De este modo Himilcón, al no poder alcanzar su objetivo, zarpó de regreso hacia Libia, puesto que no juzgaba conveniente entablar una batalla naval debido a que las naves enemigas les doblaban en número.

Los ingenios bélicos en el asedio de Motia

[51] Una vez que hubo acabado el malecón gracias a la abundante mano de obra que tenía, Dionisio hizo avanzar todo tipo de máquinas de guerra hacia las murallas; se puso a golpear las torres con los arietes³⁹⁹ y a servirse de las catapultas para rechazar a los combatientes situados en las almenas; y también acercó a las murallas sus torres montadas sobre ruedas⁴⁰⁰, de seis pisos, que había hecho construir de la misma altura que las casas. Los habitantes de Motia, pese a estar ante aquel inminente [2] peligro, no se dejaron atemorizar por las fuerzas de Dionisio, aunque en aquel momento se encontraban sin aliados. Superando a los sitiadores en amor a la gloria, como primera medida, acoplaron perchas a unos mástiles muy altos en las que suspendieron a unos hombres en unas cofas acorazadas⁴⁰¹, y éstos, desde sus posiciones elevadas, se pusieron a lanzar antorchas encendidas y paquetes de estopa incendiaria impregnada con pez sobre las máquinas de los enemigos. Las llamas [3] prendieron inmediatamente en la madera, pero los siciliotas acudieron a toda prisa y las apagaron, y luego, con las continuas embestidas de sus arietes, consiguieron abrir una brecha en el muro. Entonces los hombres de ambos bandos corrieron en masa hacia aquel punto y se entabló un violento combate. Los siciliotas, considerándose ya dueños de la ciudad, [4] estaban

dispuestos a todo con tal de vengarse de los púnicos por las injusticias que en el pasado habían cometido contra ellos. Por su parte los de la ciudad, al tener ante sus ojos los horrores del cautiverio y no ver ninguna posibilidad de huir, ni [5] por tierra ni por mar, afrontaban la muerte con valentía. Dándose cuenta de que habían perdido la defensa de sus murallas, cerraron con barricadas las calles estrechas y utilizaron las últimas casas de la ciudad como un muro magnífico, con lo que las tropas de Dionisio se encontraron con mayores dificultades⁴⁰². [6] En efecto, una vez que hubieron hecho irrupción a través de la brecha de la muralla, cuando ya se creían dueños de la ciudad, fueron, por el contrario, cubiertos de heridas por los enemigos situados en las casas que disparaban desde posiciones [7] dominantes. No obstante, hicieron avanzar las torres de madera hasta las primeras casas y lanzaron pasarelas⁴⁰³; y al ser las máquinas de asedio de la misma altura que los edificios, a partir de entonces se libró un combate cuerpo a cuerpo, ya que los siciliotas se precipitaron a las pasarelas y por ese medio penetraron a viva fuerza en las casas.

Motia, tras una resistencia heroica, cae en poder de Dionisio

Los motienos, considerando la gravedad [52] del peligro y con sus mujeres y sus hijos delante de los ojos, estimulados por el temor que sentían por ellos, luchaban con todo su ardor. Unos, ante la presencia de sus padres, que les pedían que no los dejaran expuestos a la insolencia de los enemigos, recobraban el ánimo perdido y no tenían ningún miramiento por su vida; otros, escuchando los llantos de sus mujeres y de sus niños, deseaban morir noblemente antes que ver la cautividad de sus hijos. No era posible huir de la ciudad, ya que estaba rodeada [2] por el mar, que los enemigos tenían bajo su control. Y lo que aterrorizaba a los púnicos y les hacía perder toda esperanza era el comportamiento cruel que habían tenido con los prisioneros griegos, por lo que esperaban sufrir el mismo trato. No les quedaba pues más que combatir con valor para vencer o morir. Al apoderarse esta firme convicción del ánimo de los [3] asediados, los siciliotas se encontraron en una situación muy difícil. Dado que combatían desde planchas suspendidas en [4] el vacío, salían mal parados debido a la falta de espacio y a los riesgos que en su desesperación corrían sus adversarios, como si no esperaran sobrevivir. De este modo unos, luchando cuerpo a cuerpo, hiriendo y

siendo heridos, encontraron la muerte, mientras que otros, rechazados por los motieos, caían al suelo desde las planchas y perecían. Finalmente, como el [5] asedio en estas condiciones se prolongaba durante días, Dionisio cada día, al atardecer, hizo sonar el toque de retreta para que sus hombres suspendieran los asaltos; y cuando hubo acostumbrado a esta práctica a los motieos, un día, después que en ambos bandos se hubieron retirado los contendientes, envió a Arquilo de Turios con unos hombres de élite. Éste, [6] cuando ya era de noche, arrimó unas escalas a las casas en ruinas y, una vez que hubo subido por ellas y ocupado una posición ventajosa, hizo entrar a las tropas de Dionisio. Cuando [7] los motieos se dieron cuenta de lo sucedido, acudieron al punto a toda prisa y, pese a que ya era demasiado tarde, no dejaron de afrontar el peligro. La batalla fue violenta y, una vez que hubieron subido numerosos refuerzos, los siciliotas a duras penas, gracias a su superioridad numérica, lograron aplastar a sus adversarios.

Después del saqueo de Motia, Dionisio regresa a Siracusa

[53] En seguida, pasando por el malecón, todo el ejército de Dionisio irrumpió en la ciudad, y todos los lugares quedaron cubiertos de cadáveres. Los siciliotas, en su afán de vengar la crueldad con la crueldad, mataban a todos los enemigos, uno tras otro, sin perdonar [2] en suma ni a niños, ni a mujeres, ni a ancianos⁴⁰⁴. Dionisio, que quería reducir la ciudad a la esclavitud a fin de reunir dinero, trataba primero de impedir que sus soldados masacraran a los prisioneros; pero, como nadie le prestaba atención y veía, por el contrario, que la furia de los siciliotas era incontenible, dispuso a unos heraldos para que a voz en grito indicaran a los motieos que [3] se refugiaran en los santuarios venerados por los griegos. Así se hizo y los soldados pusieron fin a la masacre y emprendieron el saqueo de los bienes; se apoderaron así de mucha plata, de una gran cantidad de oro, de vestidos preciosos y otros muchos objetos de valor. Dionisio concedió a los soldados que saquearan la ciudad porque quería fomentar su entusiasmo con la vista puesta [4] en los combates futuros. Después de estos hechos, recompensó con cien minas a Arquilo por haber sido el primero en subir a la muralla, honró según sus méritos a cada uno de los que habían demostrado su valor y vendió como botín a los motieos supervivientes; pero crucificó a Daímenes y a otros griegos que

había cogido prisioneros porque habían combatido al lado de los cartagineses. [5] A continuación estableció una guarnición en la ciudad y puso al frente de ella al siracusano Bitón; estaba compuesta en su mayor parte por sículos. Ordenó después al almirante Leptines que con ciento veinte naves estuviera al acecho de la llegada de una flota cartaginesa, y también le encargó sitiar Egesta y Entela, según el plan de asedio que había ideado al principio⁴⁰⁵. Y él mismo, dado que el verano ya estaba por acabar, regresó con su ejército a Siracusa.

En Atenas, Sófocles, hijo de Sófocles⁴⁰⁶, hizo representar [6] por primera vez una tragedia; obtuvo doce victorias.

396-395 a.C. Dionisio invade la zona bajo control cartaginés. Reacción de los cartagineses.

Transcurrido el año, Formión asumió [54] el cargo de arconte en Atenas, y en Roma, en lugar de los cónsules, hubo seis tribunos militares, Gneo Genucio, Lucio Atilio, Marco Pomponio, Gayo Duilio, Marco Veturio y Valerio Publio⁴⁰⁷; y se celebró la Olimpiada nonagesimosexta, en la que Éupolis de Élide obtuvo la victoria⁴⁰⁸. Después que los magistrados citados hubieron tomado [2] posesión de su cargo, Dionisio, el tirano de los siracusanos, partió de Siracusa con todo su ejército e irrumpió en la zona sujeta al dominio de los cartagineses⁴⁰⁹. Ante los saqueos que efectuaba en su territorio, los halicieos, aterrorizados, le enviaron una embajada y concluyeron una alianza. Los egesteos, por el contrario, aprovecharon la noche para atacar de improviso a sus sitiadores y prendieron fuego en sus tiendas de campaña, provocando el desconcierto entre los soldados acampados; [3] las llamas se propagaron por una vasta área y no se pudo dominar el incendio; hubo unas pocas víctimas entre los hombres que acudieron a prestar su ayuda, pero la mayor parte de los caballos fueron presa del fuego juntamente con las tiendas. [4] Dionisio siguió devastando el territorio sin encontrar resistencia, mientras que Leptines, su almirante, en aguas de Motia, estaba al acecho para impedir un desembarco enemigo.

Cuando los cartagineses se enteraron de la importancia del ejército de Dionisio, decidieron superarlo ampliamente en sus [5] efectivos. Por esa razón, después de haber designado a Himilcón como soberano⁴¹⁰ de acuerdo con la ley, juntaron tropas procedentes

de todos los puntos de Libia⁴¹¹, y también de Iberia, en parte convocadas entre sus aliados y en parte reclutadas como fuerzas mercenarias. Finalmente reunieron más de trescientos mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, amén de los carros de combate, que eran cuatrocientos, de cuatrocientos navíos de guerra y, para transportar los víveres, las máquinas y el resto de la impedimenta, de más de seiscientos [6] cargueros, si nos atenemos al relato de Éforo. Timeo⁴¹², en efecto, afirma que las tropas transportadas desde Libia no eran de más de cien mil hombres, a los que se añadieron, manifiesta, otros treinta mil reclutados en Sicilia.

Respuesta cartaginesa al desafío de Dionisio. Himilcón desembarca en Sicilia y Dionisio se retira.

Himilcón entregó a todos los comandantes [55] de las naves un documento sellado con la orden de abrirlo después de zarpar y de seguir sus instrucciones. Recurrió a esta estratagema para que ningún espía pudiera avisar a Dionisio respecto al lugar del desembarco; y las instrucciones decían que se hiciera rumbo a Panormo⁴¹³. Así [2] pues, una vez que se hubo levantado un viento favorable y se hubieron soltado todas las amarras, los barcos de transporte se dirigieron a alta mar, mientras que los trirremes hicieron rumbo a Lilibeo⁴¹⁴ y luego navegaron a lo largo de la costa. Al ser el viento favorable, los barcos de transporte que navegaban en cabeza se encontraron pronto a la vista de Sicilia, y entonces Dionisio envió a Leptines con treinta trirremes ordenándole destruir a golpes de espolón todos los buques que interceptara. Leptines zarpó a [3] toda prisa, atacó a los barcos que iban en cabeza y hundió en seguida a algunos de ellos con todas sus tripulaciones; pero los restantes, con sus remeros al completo⁴¹⁵ y a velas desplegadas, huyeron fácilmente. No obstante, consiguió hundir cincuenta naves con cinco mil soldados y doscientos carros.

[4] A su llegada a Panormo⁴¹⁶, Himilcón hizo desembarcar a sus tropas y las condujo contra el enemigo; ordenó a los trirremes que lo siguieran a lo largo de la costa, y él mismo, en el camino, se apoderó de Érix gracias a una traición⁴¹⁷; luego acampó frente a Motia. Al estar entonces Dionisio con su ejército en [5] Egesta, Himilcón puso sitio a Motia y la tomó⁴¹⁸. Aunque los sicilios estaban ansiosos por combatir, Dionisio, tanto por la larga distancia que lo separaba de las

ciudades aliadas como por la falta de víveres, comprendió que le convenía continuar la [6] guerra en otro lugar. Así pues, decidido a levantar el campo, trató de convencer a los sicanos de que abandonaran por el momento sus ciudades y le siguieran en su campaña; en compensación les prometió que les daría unas tierras mejores y de una extensión semejante, y que al final de la guerra devolvería a su [7] patria a los que quisieran. Pero fueron pocos los sicanos que cedieron a las pretensiones de Dionisio, y lo hicieron por miedo al saqueo de los soldados si se oponían. Del mismo modo hicieron defección los halicieos⁴¹⁹, que enviaron embajadores al campamento de los cartagineses y concluyeron con ellos una alianza. Y Dionisio se retiró hacia Siracusa, devastando las tierras que atravesaba con sus tropas.

Himilcón marcha contra Mesene. Reacciones diversas de los mesenios.

Como todo se desarrollaba según sus [56] planes, Himilcón se preparó para conducir su ejército contra Mesene⁴²⁰; estaba ansioso por apoderarse de esta ciudad debido a su situación favorable; tenía, en efecto, un puerto excelente, capaz para todas sus naves, que eran más de seiscientas; y una vez que se hubiera adueñado de la zona del estrecho, Himilcón esperaba que podría interceptar los socorros de los italiotas y cerrar el paso a las flotas procedentes del Peloponeso. Con este plan de acción en la mente, estableció [2] relaciones de amistad con los himereos y con los habitantes del fuerte de Cefaledio⁴²¹; luego se apoderó de la ciudad de Lípara y exigió treinta talentos a los habitantes de la isla⁴²²; y finalmente avanzó con todo su ejército hacia Mesene, seguido por sus naves, que navegaban a lo largo de la costa. Recorrió [3] el camino rápidamente y acampó en Pelóride⁴²³, a cien estadios de Mesene.

Cuando los habitantes de esta ciudad se enteraron de que tenían al enemigo cerca, hubo desacuerdo entre ellos respecto a la guerra. Algunos de ellos, en efecto, informados de la importancia [4] de las fuerzas enemigas y viendo la falta de aliados, mientras que, para colmo, su propia caballería se encontraba en Siracusa, habían perdido la esperanza de salir indemnes del asedio. Les incitaba sobre todo al desánimo el hecho de que sus murallas estaban en ruinas⁴²⁴ y de que las circunstancias no les permitían preparar la defensa. Por esa razón trasladaron desde su ciudad a las ciudades vecinas a sus

hijos y mujeres junto con sus [5] bienes más valiosos. Otros mesenios, en cambio, conocedores de un antiguo oráculo dado a su pueblo, según el cual los cartagineses debían ser aguadores en su ciudad, interpretaron el augurio a su favor, en el sentido de que los cartagineses servirían como esclavos [6] en Mesene⁴²⁵. Así, con ánimo confiado, indujeron a otros muchos a afrontar los peligros con ardor en defensa de la libertad. Y en seguida eligieron a los jóvenes mejores y los enviaron a Pelóride para impedir que el enemigo entrara en su territorio.

Himilcón conquista Mesene. Diversa suerte de los mesenios. Resistencia de las fortalezas.

[57] Mientras estaban en esto, Himilcón, observando que los mesenios hacían una salida hacia su punto de desembarco, envió doscientas naves contra la ciudad; esperaba, y esto era verosímil, que mientras los soldados enemigos trataran de oponerse a su avance⁴²⁶, su infantería de marina se apoderaría fácilmente de Mesene, que estaría sin sus defensores. Como soplaban un viento del [2] norte, las naves, a velas desplegadas, entraron rápidamente en el puerto, por lo que los mesenios enviados a defender Pelóride no estuvieron de regreso, pese a que se apresuraron con todo empeño, hasta después de la llegada de las naves. Por eso los [3] cartagineses pudieron sitiar Mesene y, después de irrumpir en ella a través de las brechas de las murallas, se apoderaron de la ciudad.

Una parte de los mesenios encontraron la muerte combatiendo [4] valerosamente, otros se refugiaron en las ciudades más próximas, y el grueso de la población huyó por las montañas de los alrededores y se dispersó por los fuertes de la región. De los [5] restantes, algunos fueron apresados por los enemigos, mientras que otros, bloqueados en la zona adyacente al puerto, se lanzaron al mar, con la esperanza de atravesar a nado el estrecho⁴²⁷. Eran más de doscientos y la mayor parte, arrastrados por la corriente, perecieron; sólo cincuenta llegaron sanos y salvos a Italia. Una vez que hubo hecho entrar a todo su ejército en la ciudad, [6] Himilcón trató primero de asaltar las fortalezas de la región, pero, al estar bien fortificadas y luchar valerosamente aquellos que se habían refugiado en ellas, regresó a la ciudad sin haber podido someterlas⁴²⁸. A continuación dejó que sus tropas se repusieran y se preparó para marchar contra Siracusa.

[58] Los sículos, que desde hacía tiempo odiaban a Dionisio, entonces tuvieron una ocasión para rebelarse, y todos, a excepción de los asorinos⁴²⁹, se pasaron a los cartagineses. En Siracusa, Dionisio liberó a los esclavos, y con ellos equipó sesenta naves; también envió a pedir a los lacedemonios más de mil mercenarios⁴³⁰. Hizo el recorrido de las fortalezas de la región, reforzó sus defensas y las aprovisionó; fortificó con mucho cuidado la acrópolis de Leontinos⁴³¹ y depositó allí el grano cosechado en las [2] llanuras. Persuadió a los campanos que habitaban en Catana⁴³² a trasladarse a la ciudad actualmente llamada Etna, ya que era una fortaleza bien defendida. A continuación hizo avanzar a todo su ejército a una distancia de ciento sesenta estadios de Siracusa y estableció su campamento cerca del lugar llamado Tauro⁴³³. Tenía a la sazón treinta mil soldados de infantería, más de tres mil de caballería, y ciento ochenta naves, entre las que había pocas trirremes.

[3] Una vez que hubo hecho derribar las murallas de Mesene, Himilcón ordenó a sus soldados que arrasaran las casas desde los cimientos y que no dejaran ni una teja, ni una madera ni ninguna otra cosa, sino que lo quemaran o lo destruyeran todo. El trabajo fue rápidamente ejecutado gracias al gran número de soldados que intervino, y era increíble que aquel sitio hubiera sido antes una ciudad habitada. Viendo, en efecto, que el lugar [4] estaba muy alejado de las ciudades aliadas y que, sin embargo, su posición estratégica era la mejor de Sicilia, Himilcón había optado o por dejarla para siempre completamente deshabitada, o por hacer que la reconstrucción de la ciudad fuera una obra larga y difícil⁴³⁴.

Avance de Himilcón y de la flota de Magón, en conserva, hacia Catana. Los sículos del Tauro. Erupción del Etna. Dionisio ordena un ataque naval.

Habiendo pues manifestado su odio [59] contra los griegos en la calamidad infligida a los mesenios, envió a su almirante Magón⁴³⁵ al frente de sus fuerzas navales con la orden de navegar a lo largo de la costa hasta el monte llamado Tauro⁴³⁶. Este lugar había sido ocupado por los sículos, que eran un grupo muy numeroso, pero sin un jefe. A estos sículos Dionisio les había asignado antes el territorio de [2] los naxios⁴³⁷, pero entonces, seducidos por las promesas de

Himilcón, habían ocupado esta altura. Al ser una posición naturalmente bien defendida, los sículos la rodearon con una muralla y habitaron allí entonces y también después de la guerra, y llamaron a la ciudad Tauromenio por el hecho de *permanecer* allí los que se habían reunido en el *Tauro*⁴³⁸.

[3] Himilcón, al frente de su ejército de tierra, había avanzado a marchas forzadas y llegó al citado lugar de Naxia al mismo tiempo que arribaba Magón. Pero recientemente una erupción del Etna había llegado hasta el mar y no era posible hacer avanzar al ejército de tierra paralelamente a las naves; la zona adyacente al mar había sido arrasada por dicho torrente de lava, por lo que el ejército de tierra se vio obligado a rodear el monte [4] Etna⁴³⁹. Por este motivo ordenó a Magón que bajara rumbo a Catana, mientras que él mismo, avanzando rápidamente por el interior, se afanaba por unirse a la flota en la costa catanea; temía que, ante la dispersión de sus fuerzas, los siciliotas aprovecharan la ocasión para entablar una batalla naval con la flota de Magón, [5] como realmente ocurrió. En efecto, Dionisio, sabiendo que la travesía de Magón era corta, mientras que la marcha de las tropas de tierra era penosa y larga, se dirigió a toda prisa hacia Catana con la intención de enfrentarse por mar a Magón antes de [6] que llegaran las fuerzas de Himilcón. Esperaba que, alineando sus tropas de tierra en la costa, infundiría coraje a los suyos al mismo tiempo que amedrentaría a los enemigos; pero el fin principal era que, en caso de derrota, sus naves dañadas podrían encontrar [7] refugio junto al ejército de tierra. De acuerdo con este plan, envió a Leptines con todas sus naves, ordenándole que presentara batalla con la flota en formación cerrada y sin romper la línea, a fin de evitar el peligro que podría hacerle correr un adversario superior en número⁴⁴⁰; la flota de Magón, en efecto, tenía no menos de quinientas naves, incluyendo los cargueros y los otros barcos a remos armados con espolones de bronce.

Derrota de la flota siracusana de Leptines

[60] Cuando los cartagineses vieron la costa cubierta de tropas de infantería y la flota griega que se dirigía contra ellos, al punto fueron presa de una gran preocupación y se propusieron tocar tierra; pero luego cambiaron rápidamente de idea al considerar que corrían el riesgo de una catástrofe si combatían a la vez contra la flota y contra

el ejército de tierra. Habiendo pues decidido combatir por mar, dispusieron sus naves en orden de batalla [2] y aguardaron el ataque de los enemigos. Leptines, adelantándose mucho al resto de la flota con sus treinta mejores naves, trabó combate no sin valor, pero ciertamente con imprudencia. Lanzándose en seguida al ataque contra las primeras naves de los cartagineses, hundió primero un buen número de las trirremes alineadas enfrente; pero cuando las naves de Magón, en formación cerrada, hubieron cercado sus treinta naves⁴⁴¹, las tropas de Leptines fueron superiores en valor, pero [3] los cartagineses tuvieron la ventaja de su número. Por esta razón, siendo la batalla cada vez más violenta y arrimando los comandantes las naves para el abordaje, el encuentro se hizo semejante a una batalla de tierra. No se lanzaban las naves de lejos contra las naves enemigas para embestirlas con el espolón, sino que juntaban los barcos bordo con bordo y combatían cuerpo a cuerpo. Algunos, al saltar a las naves adversarias, caían al mar, mientras que otros tenían éxito en su intento y combatían [4] en las cubiertas de los navíos enemigos. Finalmente Leptines fue rechazado y se vio obligado a huir hacia alta mar. Las restantes naves se lanzaron al ataque sin ningún orden y fueron vencidas por los cartagineses, ya que la derrota del almirante había hecho más audaces a los púnicos y había descorazonado sobremanera a los siciliotas.

[5] Una vez que la batalla tuvo este fin. los cartagineses persiguieron con gran ardor a los enemigos que huían desordenadamente; destruyeron más de cien naves y, desde embarcaciones ligeras que dispusieron a lo largo de la costa, aniquilaron a los marineros que a nado iban a refugiarse junto al ejército de tierra. [6] Dado que muchos perecieron muy cerca de la costa, sin que los hombres de Dionisio pudieran prestarles ninguna ayuda, todo el lugar se llenó de cadáveres y de restos de naufragio. Así pues, en la batalla naval encontraron la muerte un buen número de cartagineses, y los siciliotas perdieron más de cien naves y de [7] veinte mil hombres. Después de la batalla, los púnicos fondearon sus trirremes en Catana, remolcaron las naves que habían apresado, las llevaron al puerto y las repararon, de suerte que los cartagineses⁴⁴² no sólo de oídas, sino también con la vista pudieran constatar la amplitud de aquella victoria.

Dionisio, frente al parecer de los aliados siciliotas, se retira a Siracusa. Embajada de Himilcón a los campanos de Etna.

Mientras se retiraban hacia Siracusa, [61] los siciliotas, pensando que sin duda se verían bloqueados en un penoso asedio, pidieron a Dionisio que les condujera inmediatamente al encuentro de las tropas de Himilcón, precisamente por la reciente victoria; creían que tal vez, por la sorpresa que causaría su aparición, provocarían el pánico de los bárbaros [2] y podrían reparar su anterior derrota. Dionisio en un primer momento se dejó persuadir por sus exhortaciones y se mostró dispuesto a conducir su ejército contra Himilcón; pero, al decirle algunos de sus amigos⁴⁴³ que corría el riesgo de perder la ciudad si Magón se dirigía con toda su flota contra Siracusa, cambió de opinión inmediatamente. Sabía bien, en efecto, que Mesene había caído en manos de los bárbaros de un modo semejante⁴⁴⁴. En consecuencia, juzgando que no era prudente privar a la ciudad de sus defensores, se dirigió a Siracusa. Pero la mayor parte de los [3] siciliotas, descontentos porque se había negado a ir al encuentro del enemigo, abandonaron a Dionisio y se retiraron, unos a sus patrias respectivas y otros a las fortalezas vecinas.

Himilcón, que en dos días llegó a la costa de Catana, hizo [4] poner en seco todas las naves, ya que se había levantado un fuerte viento; luego, mientras daba descanso a su ejército durante unos días, envió embajadores a los campanos que ocupaban Etna⁴⁴⁵ para exhortarles a rebelarse contra Dionisio. Les [5] prometía darles muchas tierras y hacerles partícipes del botín de guerra; les informaba de que los campanos que habitaban Entela⁴⁴⁶ eran favorables a los cartagineses y aliados suyos contra los siciliotas; y les presentaba a la raza de los griegos en general [6] como enemiga de los otros pueblos. Pero los campanos habían dado rehenes a Dionisio y habían enviado sus mejores soldados a Siracusa⁴⁴⁷, por lo que se vieron obligados a mantener su alianza con Dionisio, pese a que deseaban pasarse a los cartagineses.

Dionisio envía a Políxeno y a reclutadores en busca de refuerzos. Himilcón entra en el Puerto Grande y pone en jaque a Siracusa.

[62] Después de estos hechos, Dionisio, intimidado por los cartagineses, envió a su cuñado Políxeno⁴⁴⁸ como embajador a los

griegos de Italia, a los lacedemonios y también a los corintios para pedirles que le ayudaran y que no permitieran que las ciudades griegas de Sicilia fueran destruidas completamente. También envió al Peloponeso reclutadores de mercenarios con mucho dinero, encargándoles que reunieran el mayor número posible de soldados sin escatimar la paga.

[2] Himilcón, después de adornar sus naves con los despojos del enemigo, entró en el Puerto Grande, provocando una gran consternación en los habitantes de la ciudad. Doscientos cincuenta navíos de guerra penetraron en el puerto con una rítmica cadencia de remos y magníficamente adornados con el botín de guerra; a continuación venían los barcos de transporte, más de tres mil, con más de quinientos [...], en total casi dos mil⁴⁴⁹. En consecuencia, aunque el puerto de Siracusa era grande, quedó obstruido por los barcos y casi completamente cubierto por las velas. Apenas acababa de fondear la flota cuando, por el lado [3] opuesto, avanzó también el ejército de tierra, constituido, de acuerdo con el relato de algunos historiadores, por trescientos mil hombres de infantería y tres mil de caballería⁴⁵⁰. El comandante en jefe de estas fuerzas, Himilcón, estableció su cuartel en el templo de Zeus, mientras que el resto de la tropa acampó en la zona adyacente, a doce estadios de la ciudad⁴⁵¹. A continuación [4] Himilcón hizo salir todo el ejército y dispuso sus fuerzas en orden de batalla delante de las murallas, retando a combatir a los siracusanos. Atacó asimismo los puertos con sus cien naves mejores, a fin de atemorizar a los de la ciudad y obligarles a reconocer que también eran inferiores en el mar. Pero, al [5] no atreverse nadie a salir a su encuentro, por el momento hizo que sus fuerzas regresaran al campamento. A continuación, durante treinta días, efectuó correrías por la región, cortando árboles y destruyéndolo todo, tanto para colmar a los soldados con todo tipo de botín como para provocar el desánimo de los que estaban encerrados dentro de las murallas.

Saqueos de Himilcón en territorio siracusano. Consecuencias del sacrilegio contra Deméter y Core. Regresa Políxeno con una flota aliada.

[63] Ocupó asimismo el suburbio de Acradina y saqueó los templos de Deméter y Core⁴⁵², actos por los que poco después sufrió el castigo que merecía por su impiedad respecto a los dioses; muy

pronto, en efecto, su situación fue de día en día a peor, y siempre que Dionisio tenía el coraje de trabar algunas escaramuzas, los siracusanos [2] llevaban la mejor parte. Durante las noches, perturbaciones inesperadas sobrevenían en el campamento cartaginés, y los hombres corrían con las armas, como si el enemigo estuviera atacando la empalizada. Finalmente estalló una epidemia, que les causó toda suerte de calamidades; pero sobre ella hablaremos un poco más tarde⁴⁵³, a fin de que nuestro relato no se anticipe a los acontecimientos.

[3] Himilcón, pues, para construir un muro en torno a su campamento, destruyó casi todas las tumbas de los alrededores, y entre ellas la de Gelón y de su mujer Demárete, que eran unas construcciones magníficas⁴⁵⁴. Edificó también tres fuertes cerca del mar, uno en Plemirio⁴⁵⁵, otro en la parte central del puerto y el tercero cerca del templo de Zeus⁴⁵⁶; hizo transportar allí vino, grano y otras provisiones, pensando que el asedio sería más bien largo. Envió además cargueros a Cerdeña⁴⁵⁷ y a Libia para [4] que trajeran grano y otros víveres. Por otra parte, Políxeno, el cuñado de Dionisio, regresó del Peloponeso y de Italia con treinta navíos de guerra equipados por los aliados y con el navarco lacedemonio Farácidas⁴⁵⁸.

Una victoria de los siracusanos en ausencia de Dionisio les hace pensar en acabar con la tiranía

Después de estos hechos, Dionisio y [64] Leptines se hicieron a la mar con algunos navíos de guerra con la intención de procurarse víveres; los de Siracusa, que así quedaron al frente de su suerte, viendo casualmente un barco de transporte de cereales que se aproximaba, lo abordaron con cinco naves y, una vez que lo hubieron apresado, lo condujeron a la ciudad. Entonces los cartagineses [2] zarparon contra ellos con cuarenta naves, pero los siracusanos equiparon todas las naves disponibles, entablaron combate, capturaron la nave almirante adversaria y destruyeron otras veinticuatro, después de lo cual persiguieron a las naves en fuga hasta la base naval de los enemigos y desafiaron a los cartagineses a una batalla naval. Éstos, desconcertados por [3] aquella acción inesperada, no se movieron, y los siracusanos amarraron las naves apresadas y las remolcaron hasta la ciudad. Entonces, exaltados por

aquel éxito y considerando que Dionisio había sido derrotado muchas veces por los mismos cartagineses a los que ellos habían vencido sin él, estaban rebosantes [4] de orgullo. Se reunían en grupos a conversar y decían que toleraban ser esclavos de Dionisio, y eso en aquel momento, cuando se les presentaba la ocasión de derribarlo; antes, en efecto, se encontraban desarmados, pero entonces, gracias a [5] la guerra, eran dueños de las armas. Sin embargo, en medio de estas discusiones, arribó Dionisio, que, convocando la asamblea, elogió a los siracusanos y les exhortó a mantener su coraje, prometiéndoles que concluiría rápidamente la guerra. Ya iba a disolver la sesión cuando Teodoro⁴⁵⁹, un siracusano respetado entre los caballeros y con fama de emprendedor, se levantó y tuvo la audacia de hablar en los términos siguientes sobre la libertad.

Discurso de Teodoro. Siracusa se ha de liberar de Dionisio antes que de los cartagineses.

[65] «Aunque Dionisio ha incorporado en su discurso alguna falsedad, era verdadera al menos su última afirmación de que concluiría rápidamente la guerra. Pero esto podría conseguirlo si no fuera él mismo quien nos mandara, puesto que ya ha sido derrotado muchas veces, sino restituyendo a los ciudadanos la [2] libertad que recibieron de sus padres. Ahora ciertamente ninguno de nosotros afronta los peligros de la guerra con entusiasmo, cuando la victoria no es más ventajosa que la derrota. En caso de ser vencidos, será preciso hacer lo que nos manden los cartagineses; si somos vencedores, tendremos en Dionisio un déspota más implacable que aquéllos. Los cartagineses, en efecto, en el caso de que nos sometan en la guerra, recaudarán el tributo fijado, pero no nos impedirán que administremos la ciudad de acuerdo con las leyes de nuestros padres. Este hombre, sin embargo, que ha saqueado los templos y que ha arrebatado las riquezas privadas juntamente con la vida de sus propietarios, soborna a los siervos para esclavizar a sus amos; y él, que en tiempo de paz comete las atrocidades que se infligen a las ciudades conquistadas, promete poner fin a la guerra contra los cartagineses. Pero nuestro deber, ciudadanos, no es tanto [3] poner fin a la guerra púnica como terminar con el tirano que tenemos dentro de nuestros muros. La acrópolis, custodiada por las armas de los esclavos, se ha convertido en una fortificación contra la ciudad, y esta multitud de mercenarios ha sido reclutada para esclavizar a los

siracusanos⁴⁶⁰. Dionisio domina la ciudad no para impartir justicia con equidad, sino para actuar como un monarca absoluto que toma todas sus decisiones en función de su interés. Ahora el enemigo sólo tiene una pequeña parte de nuestro territorio, pero Dionisio lo ha devastado totalmente y lo ha regalado a los que han colaborado en el engrandecimiento de su tiranía.

»¿Hasta cuándo pues soportaremos estos ultrajes a causa de [4] los cuales los hombres valerosos prefieren aceptar la muerte antes que sufrirlos? Cuando luchamos contra los cartagineses, afrontamos con ánimo los mayores peligros, pero, frente a un tirano odioso, ni siquiera nos atrevemos a hablar libremente en defensa de la libertad y de la patria. ¡Nosotros, que en el campo de batalla nos enfrentamos a miríadas de enemigos, temblamos ante un déspota que ni siquiera tiene el valor de un buen esclavo!

No se puede comparar a Dionisio con Gelón

[66] »Nadie, por supuesto, pretendería comparar a Dionisio con el antiguo Gelón⁴⁶¹. Aquél, con su valor y con la ayuda de los siracusanos y de los otros siciliotas, liberó toda Sicilia, mientras que éste, que encontró ciudades libres, ha puesto a todas las demás en manos de los enemigos, mientras que él mismo, en beneficio [2] propio, ha reducido a la esclavitud a la ciudad de sus padres. Aquél, combatiendo en muchas ocasiones en defensa de Sicilia, consiguió que sus aliados de las ciudades ni siquiera vieran a los enemigos, pero éste que aquí veis, huyendo desde Motia a través de toda la isla, ha venido a encerrarse dentro de nuestras murallas, lleno de atrevimiento ante sus conciudadanos, pero incapaz [3] de soportar ni siquiera la vista de los enemigos. Por consiguiente, aquél, en reconocimiento a su valor y a la magnitud de sus empresas, recibió la soberanía por libre decisión no sólo de los siracusanos, sino también de los siciliotas⁴⁶². Pero éste, que ha ejercido el mando para llevar a la ruina a sus aliados y a la esclavitud a sus conciudadanos, ¿cómo no va a ser de justicia que sea odiado por todos?

»No sólo es indigno del mando, sino que merece mil veces [4] la muerte. Por su culpa Gela y Camarina han sido sometidas, por su culpa Mesene está completamente en ruinas y veinte mil aliados han perecido en una batalla naval; en suma, por su culpa nos encontramos encerrados en una sola ciudad, ya que todas las

ciudades griegas de Sicilia han sido destruidas. Y para colmo de males ha reducido a la esclavitud a Naxos y Catana; ha arruinado completamente a ciudades aliadas⁴⁶³, unas ciudades que podían sernos de gran utilidad. Dos veces [5] ha entablado batalla con los cartagineses y en las dos ocasiones ha sido derrotado; pero una sola vez le fue confiado el mando supremo por sus conciudadanos e inmediatamente nos arrebató la libertad, asesinando a los que hablaban abiertamente en defensa de las leyes y exiliando a los que se distinguían por sus riquezas, dando en matrimonio a las mujeres de los desterrados a esclavos y a gente de diversa procedencia, y poniendo en manos de bárbaros y mercenarios las armas de los ciudadanos. He aquí pues, oh Zeus y todos los demás dioses, lo que ha hecho un simple servidor público⁴⁶⁴, un hombre sin esperanzas.

Los siracusanos deben demostrar su amor por la libertad liberándose del tirano

»¿Dónde está pues el amor de los siracusanos [67] por la libertad⁴⁶⁵? ¿Dónde las hazañas de nuestros antepasados? Paso por alto los trescientos mil cartagineses exterminados en Hímera⁴⁶⁶, omito el derrocamiento de los tiranos que sucedieron a Gelón⁴⁶⁷; pero ayer mismo, cuando los atenienses vinieron contra Siracusa con fuerzas tan imponentes, nuestros padres no dejaron ni a [2] un solo superviviente que pudiera referir el desastre. Y nosotros, con tales ejemplos de valor de nuestros padres, ¿vamos a recibir órdenes de Dionisio, precisamente cuando las armas están en nuestras manos? Sin duda es la providencia de los dioses que nos ha reunido aquí sobre las armas con nuestros aliados para que reconquistemos la libertad; hoy se nos presenta la oportunidad de liberarnos de este pesado yugo si [3] somos valientes y actuamos de común acuerdo. Antes, cuando estábamos desarmados, sin aliados y vigilados por una multitud de mercenarios, cedíamos, probablemente, a la fuerza de las circunstancias; pero ahora, con las armas en nuestras manos y con la presencia de aliados como conmlitones y espectadores de nuestro valor, no retrocedamos y hagamos ver a todo el mundo que no es por cobardía, sino por las circunstancias, [4] que nos hemos visto sometidos a la esclavitud. ¿Acaso no sentimos vergüenza de tener como comandante en nuestra guerra al hombre que ha saqueado los templos de nuestra ciudad, y de poner al frente de unos asuntos tan graves a un hombre a quien nadie en su sano juicio

confiaría la gestión de sus intereses privados? Y cuando vemos que otros pueblos en tiempos de guerra, debido a la gravedad de los peligros, guardan más que nunca el respeto debido a los dioses, ¿abrigamos nosotros la esperanza de que ponga fin a la guerra un hombre famoso por su impiedad?

Dionisio no teme menos la paz que la guerra y busca la ruina de los siciliotas

[68] »Lo cierto es que si alguien quiere indagar con rigor la verdad, descubrirá que Dionisio no teme menos la paz que la guerra. En efecto, ahora piensa que, debido al miedo a los enemigos, los siracusanos no intentarán nada contra él, pero que, una vez derrotados los cartagineses, entonces, con las armas en sus manos y enardecidos por sus hazañas, tratarán de reconquistar la libertad. Por esta razón, pienso, durante la primera guerra, traicionó a [2] Gela y Camarina y las despobló⁴⁶⁸, y luego, en el tratado⁴⁶⁹, cedió la mayor parte de las ciudades griegas. A continuación, en [3] plena paz, y violando los pactos, redujo a la esclavitud a los habitantes de Naxos y Catana, y arrasó la primera de estas ciudades, mientras que dio la otra como residencia a los campanos de Italia. Y cuando los que sobrevivieron a aquellas destrucciones [4] trataron repetidamente de derribar la tiranía, declaró de nuevo la guerra a los cartagineses; tenía menos preocupación por violar la fe jurada en los tratados que temor a las asambleas constitucionales que quedaran entre los siciliotas.

»Es evidente ciertamente que en todo momento ha estado al acecho de la ruina de los siciliotas. En Panormo primero, pudiendo [5] enfrentarse a los enemigos cuando éstos desembarcaban de las naves, en mal estado físico debido a la mala travesía, se negó a hacerlo. Después, pese a su ventajosa posición estratégica y a la importancia de una ciudad como Mesene, la dejó sin ayuda y permitió que fuera arrasada, no sólo para que pereciera el mayor número de siciliotas, sino también para que los cartagineses interceptaran los socorros procedentes de Italia y las flotas del Peloponeso. Por último, atacó al enemigo en la costa de [6] Catana, desaprovechando la ventaja de entablar la batalla cerca de la ciudad para que los vencidos pudieran refugiarse en sus puertos. Y después de la batalla naval, cuando se levantaron fuertes vientos y los cartagineses se vieron obligados a llevar a tierra a su flota, tuvo la

oportunidad de obtener la más bella victoria. En efecto, el ejército de tierra enemigo todavía no había llegado [7] y la violencia de la tempestad arrojaba a la costa sus naves. Entonces, si todos nosotros les hubiéramos atacado por tierra, se habrían visto en la situación de caer fácilmente en nuestras manos, si desembarcaban, o, de llenar la costa de restos de naufragios en el caso de que se aventuraran contra las olas.

Los dioses son contrarios a Dionisio, que ha de abdicar o ser depuesto

[69] »Pero no juzgo necesario seguir acusando a Dionisio delante de los siracusanos. Porque si aquellos que, a causa de sus acciones, han sufrido daños irreparables no montan en cólera, ¿acaso podrán ser decididos por mis palabras a vengarse de este hombre, máxime cuando ven en él al ciudadano más malvado, al tirano más cruel y [2] al más innoble de todos los generales? Todas las veces que hemos combatido a sus órdenes, hemos sido derrotados. Ahora mismo, sin embargo, por nuestra cuenta y con un pequeño número de naves, hemos vencido a toda la flota enemiga. Por eso es preciso buscar otro comandante en jefe, para evitar que, estando a las órdenes de un profanador de los santuarios de los dioses, nos encontremos [3] en la guerra enfrentados a estos dioses; porque es evidente que la divinidad actúa en contra de quienes han dado la jefatura al más grande de los impíos. Ante el hecho de que bajo sus órdenes todas nuestras fuerzas hayan sido derrotadas, mientras que, sin él, una pequeña parte de ellas haya sido capaz de poner en fuga a los cartagineses, ¿cómo es posible que no vea todo el mundo la intervención [4] de los dioses? Por lo tanto, ciudadanos, si Dionisio abandona voluntariamente el poder, dejémosle salir de la ciudad con sus bienes, pero si rehúsa, se nos presenta la más bella oportunidad para reconquistar la libertad. Estamos todos reunidos, con las armas en nuestras manos, contamos con la presencia de nuestros aliados, no sólo de los griegos de Italia, sino también de los del [5] Peloponeso. Debemos dar el mando, según las leyes, bien a los ciudadanos, bien a los corintios, cuya ciudad es nuestra metrópoli⁴⁷⁰, bien a los espartiatas, que tienen la hegemonía de Grecia».

Farácidas no secunda el intento de Teodoro. Epidemia en el campamento cartaginés.

Después de escuchar estas palabras [70] pronunciadas por Teodoro, los siracusanos estaban con el alma en vilo⁴⁷¹ y dirigían su

mirada a los aliados; y cuando el lacedemonio Farácidas, el almirante de la flota de los aliados, subió a la tribuna, todos esperaban que se convirtiera en el instaurador de la libertad⁴⁷². Pero él, que mantenía [2] buenas relaciones con el tirano, dijo que había sido enviado por los lacedemonios para combatir al lado de los siracusanos y de Dionisio contra los cartagineses, y no para derrocar el régimen de Dionisio. Mientras se producía esta declaración contraria a las expectativas, los mercenarios corrieron a situarse junto a Dionisio, y los siracusanos, aterrados, no se movieron, aunque lanzaron muchas increpaciones contra los espartiatas. Ya anteriormente el lacedemonio Aretes⁴⁷³, fingiendo que [3] luchaba por su libertad, les había traicionado, y entonces Farácidas se había opuesto a las aspiraciones de los siracusanos. En aquella ocasión Dionisio tuvo verdadero miedo y disolvió la asamblea; pero después, valiéndose de bellas palabras, se granjeó el favor de la multitud, honró a algunos con presentes e invitó a otros a banquetes públicos.

Después de la ocupación del suburbio y del saqueo del santuario [4] de Deméter y Core⁴⁷⁴, una enfermedad se apoderó del ejército cartaginés. A que estallara aquella calamidad enviada por la divinidad contribuyó el hecho de que millares de hombres se encontraran apiñados en un mismo lugar y que la estación fuera especialmente favorable a las enfermedades, máxime con [5] el calor excepcional de aquel verano⁴⁷⁵. Por otra parte parece que el lugar también fue el causante de la extraordinaria gravedad del mal, puesto que ya anteriormente los atenienses, que acamparon en el mismo sitio, perecieron en gran número víctimas de [6] una epidemia, ya que el terreno era una hondonada pantanosa⁴⁷⁶. Primero, antes de la salida del sol, la frialdad del aire que venía de las aguas estancadas provocaba escalofríos en los cuerpos; luego, a mediodía, el calor era asfixiante, dado que una multitud enorme se encontraba amontonada en un espacio reducido.

Descripción de la epidemia

[71] Así, pues, la enfermedad alcanzó primero a los libios, que morían en gran número⁴⁷⁷; al principio enterraban a los muertos, pero después, debido a la gran cantidad de cadáveres y al hecho de que aquellos que cuidaban a los enfermos eran contagiados por la enfermedad, nadie se atrevía a acercarse a los afectados. Así, al

suprimirse incluso los cuidados, la calamidad se hizo irremediable. [2] Bajo el efecto del hedor de los cadáveres y de las emisiones pútridas de las marismas, la enfermedad comenzaba por un catarro, y a continuación aparecía una tumefacción en la garganta; después, gradualmente, sobrevenían fiebres, dolores nerviosos en la columna vertebral y pesadez en las piernas, todo ello seguido de disentería y aparición de pústulas en toda la superficie del cuerpo. Tal era la evolución del mal en la mayor [3] parte de los casos, pero algunos caían en accesos de locura, o perdían completamente la memoria; entonces vagaban por el campamento, delirantes, y golpeaban a los que encontraban. Generalmente la ayuda de los médicos resultó ineficaz debido a la gravedad del mal y a la rapidez con la que sobrevenía la muerte; morían en el quinto o, todo lo más, en el sexto día, entre dolores atroces, de forma que todos envidiaban a los que habían encontrado la muerte en el campo de batalla. Todos los que [4] asistían a los afectados eran atacados por la enfermedad, de suerte que el final de los que caían enfermos era atroz, ya que nadie quería socorrer a aquellos desdichados. No sólo se producían abandonos entre los que no tenían ninguna relación entre ellos, sino que también los hermanos se veían obligados a abandonar a los hermanos y los amigos a sus camaradas, debido al temor por su propia vida.

Dionisio aprovecha la situación y derrota a los cartagineses por mar y por tierra

Cuando se enteró de la desgracia que [72] abrumaba a los cartagineses, Dionisio equipó ochenta naves y ordenó a los almirantes Farácidas y Leptines que lanzaran un ataque contra las naves enemigas al amanecer, y él, aprovechando la noche sin luna, hizo efectuar un rodeo a su ejército y, pasando por el templo de Cíane⁴⁷⁸, al amanecer, llegó a las proximidades del campamento de [2] los enemigos sin que éstos se dieran cuenta. Envió por delante a la caballería y a mil infantes mercenarios hacia el sector del campamento cartaginés que se extendía tierra adentro. Estos mercenarios eran los más hostiles a Dionisio y provocaban a [3] menudo desórdenes y rebeliones. Por eso Dionisio había ordenado a los hombres de la caballería que huyeran y abandonaran a los mercenarios tan pronto como trabaran combate con el enemigo. La caballería ejecutó la orden y los mercenarios fueron exterminados. Entre tanto Dionisio se puso a sitiar a la vez el campamento y los

fuertes. Los bárbaros, sorprendidos por aquel ataque inesperado, reaccionaron desordenadamente, y Dionisio se apoderó a viva fuerza del fuerte llamado Policna, mientras que por el otro lado la caballería, apoyada por algunas [4] trirremes, tras un asedio, tomó la plaza fuerte de Dascón⁴⁷⁹. Inmediatamente todas las naves atacaron, y cuando, al tomar los fuertes, el ejército lanzó el grito de victoria, los bárbaros fueron presa del pánico. Al principio todos habían acudido a la carrera contra las tropas de infantería, para rechazar a los que asediaban el campamento; sin embargo, cuando vieron el ataque de las naves, dieron media vuelta para ir a defender la base naval; pero fueron superados por la rápida sucesión de acontecimientos [5] y su empeño fue inútil. Mientras todavía estaban subiendo a las cubiertas y las tripulaciones de las trirremes se disponían para el combate, las naves enemigas, maniobrando a remo, les golpeaban por el flanco sin dificultad⁴⁸⁰. Así, unas veces, con un solo golpe bien dirigido hundían las naves alcanzadas, mientras que otras, quebrando con repetidas embestidas de espolón las tablas claveteadas de las bordas, provocaban un espanto terrible en los adversarios. Al ser destrozados los mejores navíos [6] por todos lados, las partes despedazadas por los espolones se rompían con un ruido extraordinario, y la costa que bordeaba el escenario de la batalla estaba cubierta de cadáveres.

Incendio en la flota cartaginesa

Los siracusanos, uniendo sus esfuerzos [73] para conseguir la victoria, con gran empeño rivalizaban unos con otros por ser los primeros en saltar a las naves enemigas y, después de cercar a los bárbaros, que estaban aterrados por la gravedad de la situación, los masacraron. No fueron a la zaga en aquel empeño los soldados de infantería [2] que atacaron la base naval, entre los cuales se encontraba el mismo Dionisio, que había ido a caballo al sector de Dascón. Encontraron cuarenta pentecóntoros⁴⁸¹ puestos en seco, cerca de los cuales se encontraban barcos de carga fondeados y algunas trirremes, y les prendieron fuego. Al elevarse las llamas hacia el cielo [3] rápidamente y propagarse por una amplia zona, los barcos ardieron, sin que ninguno de los comerciantes o de los armadores pudiera hacer nada para salvarlos debido a la amplitud del incendio. Debido al fuerte viento que se levantó, el fuego, desde las embarcaciones puestas en seco, se propagó hasta los barcos de

carga fondeados. Las tripulaciones, por miedo al sofoco, se lanzaban al [4] agua para salvarse a nado, y las amarras ardieron⁴⁸², por lo que las naves, movidas por las olas, entraban en colisión; así, algunas quedaban destrozadas por los choques entre ellas, otras eran arrastradas por el viento, pero la mayor parte acababan destruidas por el fuego. En aquella situación, cuando, en los barcos mercantes, [5] las llamas subían por los mástiles⁴⁸³ y el fuego pasaba a las antenas, las gentes de la ciudad estaban como ante un espectáculo teatral, y en la ruina de los bárbaros veían el final de unos hombres fulminados por el rayo a causa de su impiedad.

Intervención de los adolescentes y los viejos siracusanos. El espectáculo de la batalla visto desde las murallas.

[74] Entonces, enardecidos por los éxitos, los muchachos de mayor edad y los hombres de edad avanzada que todavía no estaban completamente rendidos por la vejez llenaron enteramente las chalupas, y todos juntos, en desorden, se acercaron a las naves del puerto. Saquearon las que ya habían sido destruidas por el fuego, eligiendo, entre los objetos útiles, los que podían ser salvados, y remolcaron hasta la ciudad las que [2] habían quedado indemnes. Así no pudieron contenerse ni siquiera aquellos que por su edad estaban dispensados de participar en la guerra, ya que la inmensa alegría hacía que el entusiasmo prevaleciera sobre la edad. Cuando la noticia de la victoria se esparció por la ciudad, los niños y las mujeres, juntamente con los siervos, salían de las casas, y todos corrían hacia [3] las murallas, que se cubrieron de espectadores. Unos levantaban las manos hacia el cielo dando gracias a los dioses, otros decían que los bárbaros habían recibido el castigo de la divinidad [4] por haber saqueado los templos. Desde lejos, en efecto, el espectáculo parecía un combate entre los dioses, con un tan gran número de naves devoradas por el fuego, mientras las llamas ascendían por los mástiles⁴⁸⁴ hacia el cielo, con el impresionante griterío con el que los griegos celebraban cada éxito, y con el enorme tumulto y los clamores confusos de los bárbaros, aterrados ante aquel desastre. Sin embargo, al sobrevenir la noche, [5] se suspendió la batalla, y Dionisio plantó el campamento junto al templo de Zeus y tomó posiciones frente a los bárbaros.

Los cartagineses, derrotados, pactan secretamente con Dionisio. Huida de los ciudadanos con Himilcón. Huyen los sículos y negocian los iberos. Dionisio captura a los restantes.

Derrotados a la vez por tierra y por [75] mar, los cartagineses entraron en conversaciones con Dionisio a escondidas de los siracusanos. Le pidieron que dejara regresar a Libia a los supervivientes y se comprometieron a entregarle los trescientos talentos que tenían en el campamento⁴⁸⁵. Dionisio declaró que era imposible [2] dejarles escapar a todos, pero consintió en que sólo el cuerpo de ciudadanos cartagineses se hicieran a la mar de noche y en secreto; sabía, en efecto, que ni los siracusanos ni los aliados permitirían que hiciera tales concesiones a los enemigos. Dionisio [3] actuaba así porque no quería la ruina total de las fuerzas de los cartagineses, a fin de que los siracusanos, debido al miedo que aquéllos les inspiraban, no tuvieran nunca la oportunidad de reivindicar su libertad. Así pues, Dionisio, una vez que hubo acordado con los cartagineses que emprenderían la huida durante la noche del cuarto día⁴⁸⁶, condujo su ejército a la ciudad.

Himilcón, de noche, llevó los trescientos talentos a la acrópolis [4] y los entregó al destacamento del tirano en la Isla⁴⁸⁷. Después, cuando llegó el día convenido, hizo embarcar el cuerpo de ciudadanos de noche en cuarenta trirremes y se dio a la fuga dejando [5] todo el restante ejército. Ya había atravesado el puerto cuando algunos corintios se dieron cuenta de la huida y en seguida avisaron a Dionisio. Pero como éste llamaba a sus soldados a las armas y convocaba a sus oficiales sin ninguna prisa, los corintios no le esperaron; se hicieron rápidamente a la mar en persecución de los cartagineses y, rivalizando entre ellos en el manejo de los remos, alcanzaron las últimas naves púnicas y [6] las hundieron embistiéndolas con los espolones. A continuación, Dionisio hizo salir a su ejército, pero los sículos, aliados de los cartagineses, anticipándose a los siracusanos, huyeron [7] por el interior y prácticamente todos llegaron sanos y salvos a su tierra. Dionisio interceptó los caminos con puestos de guardia y luego condujo el ejército contra el campamento cuando todavía era de noche. Los bárbaros, viéndose abandonados por [8] su general y por los cartagineses, y también por los sículos, cayeron en el desánimo y, aterrados, se dieron a la fuga. Algunos, en los caminos, toparon con los cuerpos de guardia y fueron hechos prisioneros, pero la mayor parte depusieron las armas y se entregaron, pidiendo que se les perdonara la vida. Sólo los iberos se reunieron sobre las armas y

enviaron un heraldo a Dionisio [9] para negociar una alianza. Dionisio llegó a un acuerdo con los iberos y los enroló en su cuerpo de mercenarios⁴⁸⁸; pero apresó al resto de las tropas y dejó que sus soldados saquearan los bagajes del campamento.

La variabilidad de la Fortuna. Suicidio de Himilcón.

De este modo, pues, la Fortuna efectuó [76] una rápida mudanza en la suerte de los cartagineses, y demostró a todos los hombres que aquellos que se ensoberbecen más de lo debido rápidamente dan prueba de su propia insignificancia. Ellos, que eran dueños de [2] casi todas las ciudades de Sicilia a excepción de Siracusa, de la que esperaban apoderarse, súbitamente se vieron obligados a temer por su propia patria; ellos, que habían removido las tumbas de los siracusanos, tuvieron que ver amontonados y sin sepultura ciento cincuenta mil hombres, víctimas de la epidemia⁴⁸⁹; ellos, que habían arrasado con el fuego el territorio de los siracusanos, en un rápido contragolpe, vieron su propia flota pasto de las llamas; ellos, en fin, cuando entraban arrogantemente en el puerto con todas sus fuerzas, haciendo gala de sus éxitos ante los siracusanos, no sabían que un día huirían secretamente, de noche, dejando a sus aliados a merced del enemigo. El general mismo, que había hecho del templo de Zeus su alojamiento, [3] y de las riquezas robadas en el templo su propiedad personal, huyó vergonzosamente hacia Cartago con un puñado de hombres, de modo que, pagando con la muerte su deuda a la naturaleza, no quedara sin castigo por los sacrilegios cometidos, sino que llevara una vida infame, despreciado por todos. Llegó a un tal grado de infortunio que, vestido miserablemente, [4] recorría los templos de la ciudad, denunciando su impiedad y ofreciendo a la divinidad una expiación pública por sus culpas contra los dioses. Finalmente él mismo se condenó a muerte y se dejó morir de hambre, legando a sus conciudadanos un profundo temor a los dioses⁴⁹⁰. Y poco después, en efecto, la Fortuna concentró sobre ellos los males adicionales de la guerra.

Consecuencias de la derrota. Cartago ante la rebelión de sus aliados.

[77] Cuando la noticia del desastre se pregonó por Libia, los aliados, que ya desde hacía tiempo detestaban el pesado yugo del dominio cartaginés, entonces, debido a la traición sufrida por los soldados en [2] Siracusa, avivaron mucho más su odio contra ellos.

Por eso, inducidos en parte por la animadversión y en parte por el desprecio que les inspiraba el infortunio de los cartagineses, trataron de recobrar su libertad. Entablaron negociaciones entre ellos y reunieron un ejército, y luego se pusieron en marcha y acamparon a [3] campo raso. Inmediatamente se incorporaron en sus filas no sólo hombres libres sino también esclavos, y en poco tiempo reunieron doscientos mil hombres. Ocuparon Tines⁴⁹¹, una ciudad situada no lejos de Cartago, que utilizaron como base de sus operaciones, y, después de ser superiores en las batallas, obligaron a los [4] púnicos a encerrarse dentro de sus murallas. Los cartagineses, que tenían claramente a los dioses en contra, se reunían primero en pequeños grupos y, en un estado de gran turbación, suplicaban a los dioses que pusieran fin a su cólera; pero después la ciudad entera fue presa de un supersticioso temor a la divinidad, puesto que cada uno se imaginaba ya la ciudad reducida a la esclavitud. Por este motivo decretaron poner todos los medios para aplacar a [5] los dioses que habían sido impiamente ultrajados. Dado que no rendían culto ni a Core ni a Deméter, nombraron sacerdotes suyos a los ciudadanos más ilustres, levantaron estatuas a las diosas con toda solemnidad y les ofrecieron sacrificios según el ritual griego; además, entre los griegos que residían con ellos, eligieron a los más distinguidos y los asignaron al culto de las diosas. A continuación se pusieron a armar navíos y se ocuparon con todo cuidado de los preparativos para la guerra.

Entre tanto los rebeldes, que eran una masa heterogénea, no [6] tenían jefes a la altura de la empresa, y lo más importante era que ellos, dado su número elevado, se quedaban cortos de víveres, mientras que los cartagineses los importaban de Cerdeña por mar. Además, había disputas entre ellos por el mando, y algunos, corrompidos por el dinero de los cartagineses, abandonaron la causa común. Así, debido a la falta de víveres y a la traición de algunos, disolvieron el ejército y regresaron a sus patrias, con lo que liberaron a los cartagineses de su mayor temor. Tal era entonces la situación en Libia.

Dionisio y los mercenarios. Movimientos de población y expediciones contra el territorio sículo.

Dionisio, viendo que los mercenarios [78] alimentaban una gran hostilidad contra él, y temiendo ser derrocado por ellos, como primera medida arrestó a su comandante Aristóteles. Después, al [2] reunirse sobre las armas la tropa de mercenarios y reclamar la soldada con bastante acritud, dijo que enviaba a Aristóteles a Lacedemón para que fuera sometido a juicio ante sus conciudadanos, y ofreció a los cerca de diez mil mercenarios, como compensación de la paga, la ciudad y el territorio de Leontinos. Ellos aceptaron el trato gustosamente dada la excelencia [3] de aquellas tierras y, una vez que las hubieron repartido, se establecieron en Leontinos⁴⁹². Entonces Dionisio reclutó otros mercenarios, e hizo de ellos y de los esclavos liberados el sostén de su poder.

Después del desastre sufrido por los cartagineses, se reagruparon [4] los supervivientes de las ciudades de Sicilia que habían estado sometidas a la esclavitud y, una vez que se hubieron trasladado a sus patrias, restablecieron su situación. Dionisio instaló [5] en Mesene a mil locos⁴⁹³, a cuatro mil medmeos⁴⁹⁴ y a seiscientos mesenios del Peloponeso, exiliados de Zacinto y de Naupacto⁴⁹⁵. Pero, dándose cuenta de que a los lacedemonios les sentaba mal que instalara en una ciudad ilustre a los mesenios que ellos mismos habían desterrado, los hizo salir de Mesene y les dio una plaza fuerte junto al mar, a la que anexionó aquella [6] parte de tierra que había quitado al territorio de Abacene⁴⁹⁶. Los mesenios llamaron a la ciudad Tíndaris⁴⁹⁷ y, gracias a darse ellos un buen gobierno y a conceder a muchos el derecho de ciudadanía, en poco tiempo fueron más de cinco mil ciudadanos.

[7] A continuación, Dionisio efectuó diversas expediciones contra el territorio de los sículos, conquistó Meneno y Morgantino⁴⁹⁸, y concluyó sendos tratados con Agiris, el tirano de los agirineos⁴⁹⁹, con Damón, el señor de los centoripinos⁵⁰⁰, y también con los herbiteos y los asorinos⁵⁰¹. Se apoderó mediante traición de Cefaledio, de Solunte y de Ena⁵⁰², y además selló la paz con los herbesinos. Tal era la situación en Sicilia.

Esparta envía a Agesilao contra Persia. La ayuda de Nefereo interceptada por Conón y los rodios, que abandonan la alianza lacedemonia.

En Grecia, los lacedemonios, presintiendo [79] la importancia de la guerra contra los persas, confiaron la dirección de las operaciones a Agesilao, uno de los dos reyes⁵⁰³. Éste reclutó seis mil hombres y constituyó un consejo de treinta miembros, elegidos entre los mejores ciudadanos⁵⁰⁴, después de lo cual trasladó su ejército de Áulide⁵⁰⁵ a Éfeso. Allí alistó cuatro mil soldados, con lo que entró en campaña [2] con un ejército de diez mil hombres de infantería y cuatrocientos de caballería; les seguía una multitud, no inferior en número, de mercaderes, con la mente puesta en los beneficios del saqueo. Atravesó la llanura del Caistro, y devastó el territorio [3] sometido a los persas hasta que llegó a Cime. Partiendo de allí⁵⁰⁶, se pasó la mayor parte del verano saqueando Frigia y las regiones vecinas, y luego, una vez que hubo satisfecho de botín a sus tropas, hacia el otoño, regresó a Éfeso.

[4] Mientras ocurrían estos hechos, los lacedemonios enviaron embajadores a Nefereo⁵⁰⁷, rey de Egipto, con vistas a una alianza, y él, en lugar de ayudarles con tropas, regaló a los espartiatas los medios para equipar cien trirremes y quinientas mil medidas de grano. Por otra parte, Fárax⁵⁰⁸, el navarco de los lacedemonios, zarpó de Rodas con ciento veinte naves, y arribó a Sasanda de Caria, una fortaleza situada a ciento cincuenta estadios de [5] Cauno⁵⁰⁹. La utilizó como base para asediar Cauno y bloquear a Conón⁵¹⁰, que estaba al mando de la flota del Rey y se encontraba en Cauno con cuarenta naves. Pero Artafernes⁵¹¹ y Farnabazo acudieron en ayuda de los caunios con un numeroso ejército, y Fárax levantó el asedio e hizo rumbo a Rodas con toda su flota. [6] Conón reunió a continuación ochenta trirremes y zarpó hacia el Quersoneso⁵¹², y los rodios expulsaron a la flota de los peloponesios, abandonaron la alianza con los lacedemonios y acogieron [7] en su ciudad a Conón con toda su flota⁵¹³. Los lacedemonios que volvían de Egipto con el cargamento de grano recibido, sin saber nada de la defección de los rodios, se acercaron a la isla con toda confianza; entonces los rodios y Conón, el almirante de los persas, hicieron entrar las naves en los puertos y aprovisionaron a la ciudad de grano en abundancia. Y a Conón todavía le [8] llegó un refuerzo de noventa trirremes, diez de Cilicia y ochenta de Fenicia, bajo el mando del soberano de los sidonios.⁵¹⁴

Después de estos hechos, Agesilao [80] condujo su ejército a la llanura del Caistro y a la región del Sípilo⁵¹⁵, y saqueó las propiedades de la población local. Tisafernes, que había reunido diez mil hombres de caballería y cincuenta mil de infantería, seguía de cerca a los lacedemonios y mataba a los que saliendo en patrullas se alejaban del grueso del ejército. Entonces Agesilao dispuso sus tropas en formación cuadrada y prosiguió su camino junto a la ladera del Sípilo, aguardando una ocasión favorable para atacar al enemigo. Recorrió el territorio hasta Sardes y [2] destruyó los vergeles y el parque de Tisafernes, donde la vegetación y todo lo demás estaba planificado con arte y suntuosidad con vistas al disfrute del lujo y al goce de los placeres en tiempo de paz. Luego volvió atrás y, cuando estuvo a medio camino entre Sardes y Tibarnas, destacó de noche al espartiatas Jenocles con mil cuatrocientos soldados a una zona boscosa para tender una emboscada a los bárbaros. Él mismo se puso [3] en marcha con su ejército al amanecer y, una vez que hubo sobrepasado el sitio de la emboscada, y en el momento en el que los bárbaros, lanzándose al ataque desordenadamente, se echaban encima de su retaguardia, de repente, sin que lo esperaran, se volvió contra los persas. Se entabló una violenta batalla y, cuando se dio la señal convenida a los hombres que estaban emboscados, éstos, entonando el peán, se abalanzaron sobre el enemigo; y los persas, al verse cogidos en medio de dos frentes, fueron presa del miedo y se dieron en seguida a la fuga⁵¹⁶. [4] Las tropas de Agesilao les persiguieron durante un tiempo, dieron muerte a más de seis mil hombres, reunieron un gran número de prisioneros y saquearon el campamento, que estaba [5] lleno de riquezas. Después de la batalla, Tisafernes se retiró a Sardes⁵¹⁷, aterrado por la audacia de los lacedemonios. Agesilao emprendió la marcha contra las satrapías superiores, pero, al no poder obtener presagios favorables en los sacrificios⁵¹⁸, recondujo el ejército a la costa.

[6] Artajerjes, el rey de Asia, informado de las derrotas y temiendo seriamente la guerra contra los griegos, estaba irritado con Tisafernes, a quien hacía responsable de la guerra. Además, su madre, Parisátide⁵¹⁹, le pedía que castigara a Tisafernes, a quien no perdonaba que hubiera denunciado a su hijo Ciro [7] cuando éste

hizo la expedición contra su hermano⁵²⁰. Así pues, el Rey confió el mando a Titraustes con la orden de arrestar a Tisafernes, y envió cartas a las ciudades y a los sátrapas, a fin de que todos obedecieran las órdenes del nuevo comandante. Una vez llegado a Colosas⁵²¹, en Frigia, Titraustes, con la ayuda [8] de un sátrapa, Arieo⁵²², arrestó a Tisafernes mientras estaba en el baño y le cortó la cabeza, que envió al Rey. Luego persuadió a Agesilao a parlamentar y concluyó con él una tregua de seis meses⁵²³.

La Guerra Beocia. Batalla de Haliarto. Entrevista de Conón con Artajerjes.

Mientras los asuntos de Asia se desarrollaban [81] del modo descrito, los focenses, a raíz de algunas querellas, entraron en guerra con los beocios y persuadieron a los lacedemonios a aliarse con ellos contra los beocios. Primero los lacedemonios les enviaron, al frente de un pequeño número de soldados, a Lisandro, que entró en Fócide y reunió un ejército; a continuación también fue enviado el rey Pausanias con seis mil hombres⁵²⁴. Los beocios [2] por su parte persuadieron a los atenienses a emprender la guerra con ellos⁵²⁵, pero por el momento se pusieron en movimiento ellos solos y encontraron Haliarto⁵²⁶ asediada por Lisandro y los focenses. Hubo una batalla, en la que cayó Lisandro, y también perecieron muchos lacedemonios y aliados. Toda la falange de los beocios volvió rápidamente sobre sus pasos, renunciando a la persecución, pero encontraron la muerte cerca de [3] doscientos tebanos, que muy imprudentemente se habían aventurado por terrenos accidentados. Esta guerra fue llamada Guerra Beocia. Cuando recibió la noticia de la derrota, Pausanias, el rey de los lacedemonios, concluyó una tregua⁵²⁷ con los beocios y condujo su ejército al Peloponeso.

[4] Conón, el almirante de los persas, confió el mando de la flota a Jerónimo y Nicofemo⁵²⁸, que eran atenienses; él, con la intención de entrevistarse con el Rey, navegó a lo largo de la costa hasta Cilicia; de allí marchó hasta Tápsaco, en Siria, y finalmente descendió por el Éufrates hasta Babilonia. Allí tuvo [5] una entrevista con el Rey y se comprometió a derrotar por mar a los lacedemonios si le proporcionaba dinero y los otros medios que su plan requería. Artajerjes, después de colmarle de [6] elogios y de honrarlo con importantes regalos, designó un tesorero con el encargo de procurar a Conón todo el dinero que éste le exigiera, y también le

dio la facultad de elegir como colega en la dirección de la guerra al persa que prefiriera⁵²⁹. Así, Conón eligió al sátrapa Farnabazo y luego regresó a la costa después de arreglarlo todo de acuerdo con sus planes.

395-394 a.C. Alianza contra Esparta: se prepara la Guerra de Corinto. Guerra entre Feras y Larisa. Matanza de lacedemonios en Heraclea. Expedición de Ismenias a Fócide. Reunión del Consejo de Corinto.

Transcurrido el año, Diofanto asumió [82] el cargo de arconte en Atenas, y en Roma, en lugar de los cónsules, ejercieron el poder consular seis tribunos militares, Lucio Valerio, Marco Furio, Quinto Servilio y Quinto Sulpicio⁵³⁰. Después que los magistrados citados hubieron tomado posesión de su cargo, los beocios y los atenienses, y también los corintios y los argivos concluyeron una alianza entre ellos⁵³¹. Dado [2] que los lacedemonios eran odiados por sus aliados debido al pesado yugo de su dominio, pensaban que sería fácil acabar con su hegemonía si las ciudades más importantes se ponían de acuerdo. Como primera medida instituyeron un Consejo general en Corinto⁵³², adonde enviaron sus representantes con el encargo de debatir las cuestiones, y empezaron a tomar en común las disposiciones para la guerra. Enviaron a continuación embajadores a las ciudades e indujeron a muchos aliados a abandonar [3] la causa de los lacedemonios; inmediatamente se unieron a ellos Eubea entera y los leucadios, y asimismo los acarnanios, [4] los ambraciotas y los calcideos de Tracia. También trataron de persuadir a los habitantes del Peloponeso para que abandonaran a los lacedemonios, pero nadie les hizo caso, ya que Esparta, situada al lado, era como la acrópolis y la fortaleza de todo el Peloponeso.

[5] A Medio, el señor de Larisa, en Tesalia, que estaba en guerra con Licofrón, el tirano de Feras⁵³³, y había pedido ayuda, el [6] Consejo le envió un contingente de dos mil hombres. Una vez que tuvo el apoyo de estas tropas aliadas, Medio conquistó Farsalo, defendida por una guarnición lacedemonia, y vendió a sus habitantes como botín de guerra. A continuación, los beocios, en unión con los argivos, después de haberse separado de Medio, se apoderaron de Heraclea de Traquinia; tras entrar de noche en la ciudad con la ayuda de algunos de sus habitantes, degollaron a los lacedemonios que cayeron en sus manos, pero dejaron partir con sus bienes a los peloponesios. Llamaron [7] para que volvieran a su ciudad a los

traquínios que habían sido desterrados de su patria por los lacedemonios, y les dieron la ciudad como residencia, a ellos que eran los más antiguos pobladores de aquel país⁵³⁴. Después de estos hechos, tras dejar a los argivos de guarnición en la ciudad, Ismenias⁵³⁵, el comandante de los beocios, persuadió a los enianes y a los atamanes⁵³⁶ a abandonar la causa de los lacedemonios y reclutó tropas entre ellos y entre sus aliados; y con poco menos de seis mil hombres en total, marchó contra los focenses. Cuando estaba [8] acampando cerca de Nárix, en Lócride⁵³⁷ (donde se dice que nació Áyax), se presentó preparado para el combate el pueblo de los focenses, bajo el mando del lacón Alcístenes⁵³⁸. Tuvo lugar una violenta batalla que se prolongó mucho tiempo, [9] y vencieron los beocios, que, persiguiendo a los fugitivos hasta que se hizo de noche, mataron a poco menos de un millar, mientras que por su parte fueron unos quinientos los hombres que perdieron en el campo de batalla. Después de este [10] encuentro, las dos partes disolvieron su ejército y enviaron a los hombres a sus casas. Los miembros del Consejo reunidos en Corinto, constatando que las cosas marchaban de acuerdo con sus planes, concentraron en Corinto tropas procedentes de todas las ciudades, más de quince mil soldados de infantería y unos quinientos de caballería.

La alianza contra Esparta y la batalla de Nemea. Regreso de Agesilao a Grecia. Victoria de Conón en la batalla de Cnido.

[83] Cuando vieron que las ciudades más importantes de Grecia se coligaban contra ellos, los lacedemonios decretaron hacer volver de Asia a Agesilao con su ejército⁵³⁹. Ellos mientras tanto reclutaron, entre ellos y entre sus aliados, veintitrés mil soldados de infantería y quinientos de caballería, después [2] de lo cual fueron al encuentro del enemigo. Una batalla campal, que se prolongó hasta la noche, tuvo lugar junto al río Nemea⁵⁴⁰; los éxitos fueron parciales en ambos bandos y, en el lado de los lacedemonios y sus aliados, los caídos fueron mil cien, mientras que, entre los beocios y sus aliados, fueron cerca de dos mil ochocientos.

[3] Una vez que hubo hecho pasar sus fuerzas de Asia a Europa, Agesilao topó primero con un numeroso ejército de tracios⁵⁴¹ que le salían al encuentro; los venció en una batalla y dio muerte a la mayor parte de los bárbaros. Después emprendió la marcha a través

de Macedonia, recorriendo las mismas regiones por las que había pasado Jerjes con ocasión de su expedición contra los griegos⁵⁴². Así pues, Agesilao, después de marchar a través [4] de Macedonia y de Tesalia, y una vez que hubo atravesado el paso de las Termópilas, prosiguió su marcha [...] ⁵⁴³.

El ateniense Conón y Farnabazo estaban al mando de la flota del Rey⁵⁴⁴ y se encontraban en Lórima⁵⁴⁵, en el Quersoneso, con más de noventa trirremes. Informados de que la flota enemiga [5] estaba en Cnido, se prepararon para la batalla naval. Pisandro⁵⁴⁶, el navarco de los lacedemonios, zarpó de Cnido con ochenta y cinco trirremes y arribó a Fisco, en el Quersoneso; desde allí se hizo de nuevo a la mar y topó con la flota del Rey; [6] el éxito le acompañó en el encuentro con las naves que iban en cabeza, pero cuando los persas acudieron en auxilio de los suyos con las trirremes en formación cerrada, mientras que todos los aliados huyeron a tierra, él mismo giró su propia nave, juzgando que era vergonzoso e indigno de Esparta huir de aquel modo ignominioso. Combatió valerosamente, mató a muchos [7] enemigos y finalmente murió luchando de una manera digna de su patria. Los hombres de Conón persiguieron a los lacedemonios hasta la costa y se apoderaron de cincuenta trirremes; la mayor parte de los tripulantes huyeron a nado hacia tierra, pero alrededor de unos quinientos cayeron prisioneros; las restantes trirremes llegaron sin daños a Cnido⁵⁴⁷.

Batalla de Coronea. Consecuencias de la derrota lacedemonia de Cnido. La flota de Conón en Grecia. Muerte de Aéropo. Fin de las Helénicas de Teopompo.

[84] Después de haber recibido refuerzos del Peloponeso, Agesilao marchó con su ejército contra Beocia, por lo que los beocios con sus aliados se dirigieron inmediatamente a Coronea para salirle al encuentro. En la batalla campal que siguió, los tebanos pusieron en fuga a las tropas situadas enfrente y las persiguieron hasta el campamento, pero los demás, después de una corta resistencia, fueron forzados por [2] Agesilao y los otros a emprender la fuga. Por eso los lacedemonios, considerándose vencedores, levantaron un trofeo y acordaron una tregua para entregar los muertos al enemigo. De los beocios y sus aliados murieron más de seiscientos hombres, mientras que los lacedemonios y los que combatieron a su lado perdieron trescientos cincuenta; y el mismo

Agesilao, que había sufrido muchas heridas, fue llevado a Delfos, donde fue curado⁵⁴⁸.

[3] Después de la batalla naval, Farnabazo y Conón zarparon con todas sus naves y se dirigieron contra los aliados de los lacedemonios. Primero indujeron a la defección al pueblo de Cos, y después a los de Nísiros y Telos⁵⁴⁹. A continuación los habitantes de Quíos expulsaron la guarnición lacedemonia y se pasaron a Conón, y de modo semejante cambiaron de bando los mitileneos, los efesios y los eritreos⁵⁵⁰. En esta situación, una especie [4] de entusiasmo se apoderó de las ciudades: unas expulsaban las guarniciones lacedemonias y defendían su libertad, y otras se pasaban a Conón. Y desde este momento los lacedemonios perdieron el dominio del mar. Conón y los suyos zarparon con toda su flota con la intención de dirigirse al Ática; y, después de atraer hacia su causa a las islas Cícladas, efectuaron un desembarco en la isla de Citera⁵⁵¹. En seguida se apoderaron de ella al primer [5] asalto y, en virtud de un acuerdo, enviaron a los citereos a Laconia; luego, después de dejar en la ciudad una guarnición suficiente⁵⁵², se hicieron a la mar rumbo a Corinto. Después de desembarcar allí, mantuvieron conversaciones con los miembros del Consejo respecto a sus intenciones y, tras concluir una alianza con ellos, les dejaron dinero y levaron anclas rumbo a Asia⁵⁵³.

[6] Por la misma época, Aéropo, el rey de los macedones, murió de enfermedad, después de un reinado de seis años; le sucedió [7] en el trono su hijo Pausanias, que gobernó un año⁵⁵⁴. Teopompo de Quíos⁵⁵⁵ ha concluido con el relato de este año y de la batalla naval de Cnido su *Historia Griega*, escrita en doce libros. Este historiador comienza su obra en la batalla naval de Cinosema⁵⁵⁶, en el sitio donde Tucídides acabó la suya, y su narración cubre un período de diecisiete años⁵⁵⁷.

394-393 a.C. Conón arriba al Pireo. Reconstrucción de las murallas. Tiribazo, celoso, arresta a Conón.

[85] Una vez que hubo transcurrido el período anual, Ebulides fue arconte en Atenas, y en Roma ejercieron el poder consular seis tribunos militares, Lucio Sergio, Aulo Postumio, Publio Cornelio y Quinto [2] Manlio⁵⁵⁸. En este año, Conón, que tenía el mando de la flota del Rey, arribó al Pireo con ochenta trirremes y prometió a los

ciudadanos que reconstruiría el recinto amurallado de la ciudad; las murallas del Pireo y los Muros Largos habían sido destruidos de acuerdo con los términos del tratado con los lacedemonios, después de la derrota sufrida por los atenienses en la Guerra del Peloponeso. Así pues, Conón tomó a sueldo un [3] gran número de obreros cualificados y, poniendo a su disposición la tropa de sus tripulaciones, reconstruyó rápidamente la mayor parte de la fortificación. Los tebanos también enviaron quinientos obreros cualificados y canteros, y otras ciudades prestaron igualmente su ayuda⁵⁵⁹. Sin embargo, Tiribazo, comandante de [4] las fuerzas terrestres de Asia, estaba celoso de los éxitos de Conón y, con el pretexto de que ganaba ciudades para los atenienses sirviéndose de las fuerzas del Rey, lo hizo acudir a Sardes, donde lo arrestó y, encadenándole, lo puso en prisión⁵⁶⁰.

Discordia civil en Corinto. Exiliados y lacedemonios toman Lequeo. El nombre de la Guerra de Corinto.

[86] En Corinto, algunas personas movidas por su ambición⁵⁶¹, reunidas en una conjura, aprovecharon el momento en el que se celebraban los juegos en el teatro⁵⁶² para perpetrar una matanza y sembrar la discordia civil en la ciudad; ayudándoles los argivos en su golpe de mano, asesinaron a ciento [2] veinte ciudadanos y desterraron a quinientos⁵⁶³. Mientras los lacedemonios se preparaban para restablecer a los exiliados y reunían un ejército, los atenienses y los beocios acudían en ayuda de los autores de la matanza a fin de atraer la ciudad a [3] su órbita. Los exiliados, con los lacedemonios y sus aliados, en un ataque nocturno, tomaron a viva fuerza Lequeo y la base naval⁵⁶⁴; al día siguiente, los de la ciudad efectuaron una salida a las órdenes de Ifícrates⁵⁶⁵; se entabló una batalla, en la que los lacedemonios obtuvieron la victoria y mataron a un buen número de enemigos⁵⁶⁶. A continuación, los beocios y los atenienses, [4] y con ellos los argivos y los corintios, se dirigieron a Lequeo con todas sus tropas y al principio pusieron sitio a la plaza y consiguieron penetrar en la fortificación⁵⁶⁷; pero después, gracias a la valerosa resistencia de los lacedemonios y los exiliados, los beocios y todos los que estaban con ellos fueron rechazados y se retiraron a la ciudad después de haber perdido cerca de un millar de hombres⁵⁶⁸. Poco después, al aproximarse [5] los

Juegos Ístmicos⁵⁶⁹, hubo diferencias respecto a la organización de los juegos; después de muchas discusiones, impusieron su criterio los lacedemonios, que consiguieron que fueran los exiliados quienes los organizaran⁵⁷⁰. Dado que los episodios [6] principales de esta guerra tuvieron lugar casi todos en las cercanías de Corinto, se la llamó Guerra de Corinto; tuvo una duración de ocho años⁵⁷¹.

Enfrentamiento entre Regio y Dionisio. Mesene y Milas. Asedio de Tauromenio.

En Sicilia, los reginos, que acusaban [87] a Dionisio de fortificar Mesene para organizar una ofensiva contra ellos⁵⁷², acogieron ante todo a los exiliados de Dionisio y a aquellos que actuaban contra él; después instalaron en Milas⁵⁷³ a los supervivientes naxios y cataneos⁵⁷⁴, y finalmente prepararon un ejército y enviaron a su [2] comandante Heloris⁵⁷⁵ a asediar Mesene. Cuando éste lanzó un temerario ataque contra la acrópolis, los mesenios y los mercenarios de Dionisio, que ocupaban la ciudad, cerraron filas y marcharon contra él. Tuvo lugar una batalla en la que vencieron [3] los mesenios, que mataron a más de quinientos enemigos. Inmediatamente marcharon contra Milas, tomaron la ciudad y, en virtud de un pacto, dejaron partir a los naxios que se habían instalado allí. Éstos se dirigieron a tierras de los sículos y también [4] a las ciudades griegas, estableciéndose en diversos sitios. Entonces Dionisio, al contar ya con la amistad de las localidades de la zona del Estrecho, se puso a proyectar una expedición contra Regio, pero tenía el impedimento de los sículos que ocupaban [5] Tauromenio⁵⁷⁶. Por eso, juzgando conveniente atacar primero a estos sículos, condujo a su ejército contra ellos; acampó en la parte que mira a Naxos y prosiguió el asedio durante todo el invierno, convencido de que los sículos abandonarían aquella altura, ya que no habitaban allí desde antiguo.

Derrota de Dionisio ante los sículos de Tauromenio. Defección de Acragante y Mesene.

[88] Los sículos, sin embargo, habían heredado de sus antepasados una antigua tradición según la cual eran los sículos quienes ocupaban estas partes de la isla cuando los griegos, al desembarcar en ella por primera vez, habían fundado Naxos⁵⁷⁷ y habían expulsado de aquel lugar a los sículos que entonces residían allí. Precisamente por este motivo, afirmaban, habían recuperado el suelo patrio y combatían justamente para vengarse de los abusos

cometidos por los griegos contra sus antepasados, y entonces hacían una cuestión de honor de la posesión de aquella altura. En ambos bandos la porfía era [2] extraordinaria cuando llegó el solsticio de invierno; sobrevinieron los fríos y la zona de la acrópolis se cubrió de nieve. Entonces Dionisio, observando que los sículos, confiados en la seguridad de aquella posición y en la insólita altura de la muralla, descuidaban la vigilancia de la acrópolis, en una noche tempestuosa y sin luna se lanzó al asalto de los lugares más elevados. Después de [3] muchas penalidades debidas a la dificultad de las pendientes escarpadas y a la espesa capa de nieve, se apoderó de una parte de la acrópolis; tenía la cara agrietada y los ojos quemados por el frío. A continuación irrumpió por sorpresa en el otro sector e introdujo el ejército en la ciudad. Pero los sículos acudieron en masa y rechazaron a los hombres de Dionisio, mientras que él mismo, en su huida, rodó por el suelo al recibir un golpe en la coraza, y poco faltó para que fuera cogido vivo. Al atacar los sículos desde posiciones [4] más elevadas, dieron muerte a más de seiscientos hombres de Dionisio; y casi todos los demás perdieron sus armas, y el mismo Dionisio sólo salvó su coraza. Después de este fracaso, los [5] acragantinos y los mesenios desterraron a los partidarios de Dionisio, recuperaron su libertad y rompieron la alianza con el tirano.

Mueren Pausanias de Esparta y Pausanias de Macedonia

Pausanias, el rey de los lacedemonios, [89] acusado por sus conciudadanos, marchó al exilio después de un reinado de catorce años; le sucedió en el trono su hijo Agesípolis, que reinó el mismo tiempo que su padre⁵⁷⁸. Por otra parte, Pausanias, el rey de los [2] macedones, murió, asesinado traidoramente por Amintas, después de reinar un año. Amintas se apoderó del reino y gobernó durante veinticuatro años⁵⁷⁹.

393-392 a.C. Se gesta una coalición contra Dionisio. Derrota de Magón en Abacene.

Primera expedición de Dionisio contra Regio.

[90] Una vez transcurrido el año, en Atenas, Demóstrato asumió el cargo de arconte, y en Roma ejercieron el poder [2] consular seis tribunos militares, Lucio Titinio, Publio Licinio, Publio Meleo, Quinto Manlio, Gneo Genucio y Lucio Atilio⁵⁸⁰. Después que éstos hubieron tomado posesión del cargo, Magón, el general de los

cartagineses⁵⁸¹, que se encontraba en Sicilia, trataba de restablecer la [3] situación de los cartagineses después del desastre sufrido. Se comportaba con humanidad con las ciudades sometidas y acogía a aquellos a los que Dionisio hacía la guerra. Concertó asimismo alianzas con la mayor parte de los sículos y, después de haber reunido tropas, emprendió una expedición contra el territorio de Mesene. Una vez que lo hubo saqueado y se hubo apoderado de un abundante botín, levantó el campo y fue a instalarse junto a Abacene, una ciudad aliada. Al atacarle Dionisio [4] con su ejército, las tropas se situaron en orden de batalla y se entabló un violento combate, en el que vencieron los hombres de Dionisio. Los cartagineses se refugiaron en la ciudad dejando en el campo de batalla más de ochocientos muertos; Dionisio se retiró entonces a Siracusa, y algunos días más tarde, después de equipar cien trirremes, emprendió una expedición contra Regio⁵⁸². Apareció de noche ante la ciudad, de improviso, [5] prendió fuego a las puertas y arrió escalas contra los muros. Los reginos en un primer momento sólo acudieron a participar en la defensa en un número escaso y se dedicaron a apagar las llamas, pero después llegó Heloris, su comandante, y les aconsejó que hicieran lo contrario, gracias a lo cual pudieron salvar la ciudad. En efecto, si hubieran apagado el fuego, no habrían [6] podido, dado su número ciertamente exiguo, impedir entrar a Dionisio; pero, trayendo broza y leña de las casas vecinas, alimentaron las llamas hasta que todo el pueblo, reuniéndose sobre las armas, pudo acudir a prestar su ayuda. Dionisio, al haber [7] fracasado en su empresa, recorrió la región provocando incendios y cortando los árboles. Después concluyó una tregua de un año y se hizo a la mar rumbo a Siracusa.

La Liga italiota. Victorias de Ificrates en Corinto, Fliunte y Sición.

[91] Cuando los griegos residentes en Italia vieron que Dionisio proyectaba su ambición sobre su territorio, concluyeron una alianza entre ellos e instituyeron un Consejo. Esperaban que así podrían defenderse fácilmente de Dionisio y hacer frente a sus vecinos lucanos, con los que entonces estaban en guerra⁵⁸³.

[2] Los exiliados que ocupaban Lequeo, en el territorio de Corinto, se introdujeron de noche en la ciudad con la ayuda de algunos y trataron de apoderarse de las murallas; pero, ante la

reacción de las tropas de Ifícrates, tuvieron que refugiarse en la base naval después de haber perdido trescientos de los suyos⁵⁸⁴. Algunos días después, cuando un destacamento del ejército lacedemonio atravesaba el territorio de Corinto, Ifícrates y algunos aliados que se encontraban en Corinto lo interceptaron y [3] prácticamente lo aniquilaron⁵⁸⁵. Luego Ifícrates marchó con los peltastas contra el territorio de Fliunte⁵⁸⁶, entabló batalla con los hombres de la ciudad y dio muerte a más de trescientos. A continuación se dirigió contra Sición⁵⁸⁷; los sicionios, que se habían alineado en orden de batalla delante de los muros, perdieron unos quinientos hombres y se refugiaron en la ciudad.

Los argivos ocupan Corinto. Ifícrates sustituido por Cabrias. El reinado de Amintas III de Macedonia.

Después de estos hechos, los argivos [92] tomaron las armas y se dirigieron con todos sus efectivos contra Corinto; ocuparon la acrópolis, se adueñaron de la ciudad y anexionaron a Argos el territorio de Corinto⁵⁸⁸. El ateniense Ifícrates también albergaba el proyecto [2] de ocupar esta región, que tenía una situación favorable con vistas a la hegemonía de Grecia; pero, al encontrarse con la oposición del pueblo de Atenas, dimitió de su cargo y, en su lugar, los atenienses designaron a Cabrias como estratega y lo enviaron a Corinto⁵⁸⁹.

En Macedonia, Amintas, el padre de Filipo, fue expulsado de [3] Pela⁵⁹⁰ por los ilirios, que habían invadido Macedonia. Al no tener esperanzas de recuperar el poder, cedió a los olintios el territorio limítrofe⁵⁹¹; y de momento perdió el reino, pero, poco tiempo después, repatriado por los tesalios, recuperó el poder y reinó veinticuatro años⁵⁹². Según afirman algunos, después de la expulsión [4] de Amintas, Argeo reinó sobre los macedones durante dos años, después de los cuales Amintas recuperó su reino.



8. Calcídica.

Muerte de Sático. Los romanos conquistan Veyo y envían una ofrenda a Delfos. El pueblo romano honra a Timasiteo.

Por la misma época, murió también [93] Sático, hijo de Espartaco y rey del Bósforo, después de haber gobernado durante cuarenta y cuatro años. Le sucedió en el trono su hijo Leucón, que reinó cuarenta años⁵⁹³.

En Italia, los romanos, que asediaban a los veyos⁵⁹⁴ desde [2] hacía once años⁵⁹⁵, nombraron dictador a Marco Furio⁵⁹⁶ y comandante de la caballería a Publio Cornelio. Éstos, después de estimular a las tropas, tomaron Veyo al asalto gracias a la excavación de una galería subterránea; redujeron la ciudad a la [3] esclavitud y vendieron a los hombres y al resto del botín. El dictador celebró entonces un triunfo⁵⁹⁷, y el pueblo romano consagró la décima parte del botín a fabricar una crátera de oro, que [4] fue enviada como ofrenda a Delfos. Los embajadores que la transportaban toparon con unos piratas lipareos y todos fueron hechos prisioneros y conducidos a Lípara. Pero, al saber lo ocurrido, Timasiteo, el general de los lipareos, liberó a los embajadores y, devolviéndoles la crátera de oro, les hizo proseguir el camino hacia

Delfos. Los que habían transportado la crátera la depositaron como ofrenda en el Tesoro de los masalietas⁵⁹⁸ y [5] después regresaron a Roma. Por este motivo el pueblo romano, cuando se enteró del noble gesto de Timasiteo, le honró inmediatamente confiriéndole el derecho a la hospitalidad pública⁵⁹⁹ y ciento treinta y siete años después, cuando arrebató Lípara a los cartagineses⁶⁰⁰, otorgó la exención de las tasas a los descendientes de Timasiteo y les dio la libertad.

*392-391 a.C. Expedición de Trasibulo: Jonia, Quersoneso tracio, Helesponto y Lesbos.
Toma de Metimna. Rumbo a Rodas.*

Una vez que hubo transcurrido el [94] período anual, Filocles fue arconte en Atenas, y en Roma ejercieron el poder consular seis tribunos militares, Publio y Cornelio, Cesón Fabio, Lucio Furio Quinto Servilio y Marco Valerio⁶⁰¹; se celebró este año la Olimpiada nonagesimoséptima, en la que Terires obtuvo la victoria⁶⁰². En este período los atenienses eligieron [2] estratega a Trasibulo y lo enviaron al frente de una expedición con cuarenta trirremes⁶⁰³. Se hizo a la mar rumbo a Jonia, y desde allí, después de obtener dinero de los aliados⁶⁰⁴, reemprendió el viaje; luego se detuvo en el Quersoneso y concluyó alianzas con Médoco y Seutes, reyes de los tracios⁶⁰⁵. Algún [3] tiempo después, partiendo del Helesponto⁶⁰⁶, hizo rumbo a Lesbos y fondeó en la costa de Éreso. Allí se levantaron unos vientos muy fuertes y se perdieron veintitrés trirremes⁶⁰⁷; él logró ponerse a salvo y, con el resto de la flota, se dirigió contra las ciudades de Lesbos con el propósito de someterlas, ya que [4] todas habían hecho defección, a excepción de Mitilene. Se presentó en primer lugar ante Metimna y entabló batalla con las tropas de la ciudad, mandadas por el espartiatas Terímaco⁶⁰⁸. Luchando valerosamente, mató al mismo Terímaco y a un buen número de metimneos y encerró a los otros dentro de las murallas; luego devastó el territorio de Metimna y en virtud de una capitulación se apoderó de Éreso y Antisa. A continuación, tras reunir las naves proporcionadas por los aliados de Quíos y de Mitilene, se hizo a la mar rumbo a Rodas⁶⁰⁹.

Nueva intervención cartaginesa en Sicilia. Alianza entre Siracusa y Agirio contra Cartago.

Los cartagineses, que poco a poco se [95] habían recuperado del desastre sufrido en Siracusa⁶¹⁰, decidieron intervenir en los asuntos

de Sicilia. Resueltos a combatir, hicieron la travesía con pocos navíos de guerra, pero reclutaron tropas en Libia, en Cerdeña y también entre los bárbaros de Italia⁶¹¹. Después de haber equipado cuidadosamente a todos los contingentes con los pertrechos apropiados, pasaron a Sicilia, y no fueron menos de ochenta mil los que se pusieron a las órdenes de Magón. Éste avanzó a través [2] del territorio de los sículos, apartó de Dionisio a la mayor parte de las ciudades y estableció su campamento en el territorio de los agirineos, a orillas del río Crisas⁶¹², cerca del camino que lleva a Morgantina. Incapaz de convencer a los agirineos de que se aliaran con él⁶¹³, renunció a seguir avanzando, ya que se había enterado de que el enemigo ya había partido de Siracusa.

Dionisio, informado de que los cartagineses avanzaban por [3] el interior, reunió inmediatamente a todos los siracusanos y mercenarios que pudo y se puso en camino con no menos de veinte mil hombres en total. Una vez que estuvo cerca del enemigo, [4] envió una embajada a Agiris, el soberano de los agirineos, que entonces era el tirano de Sicilia que disponía del ejército más importante después del de Dionisio; era dueño de casi todos los fuertes de los alrededores y gobernaba la ciudad de Agirio, muy poblada en aquel tiempo, ya que contaba con no menos de veinte mil ciudadanos. Además, para esta multitud de [5] personas reunidas en la ciudad, había en la acrópolis un depósito con considerables sumas de dinero que Agiris había reunido [6] dando muerte a los ciudadanos más ricos⁶¹⁴. Dionisio, pues, penetró en el interior de las murallas con una pequeña escolta y persuadió a Agiris a combatir decididamente a su lado, prometiéndole que le cedería una gran parte del territorio limítrofe si [7] la guerra acababa en victoria. Agiris comenzó por suministrar rápidamente a todo el ejército de Dionisio víveres y todo lo necesario; después hizo salir a todas sus tropas en masa, marchó junto a Dionisio y combatió a su lado contra los cartagineses hasta el fin de la guerra.

Dificultades de Magón. Dionisio sella la paz con Cartago.

[96] Magón, acampado en tierra enemiga y necesitado cada vez más de lo necesario, se encontraba en una situación desventajosa, ya que las tropas de Agiris, conocedoras del terreno, llevaban ventaja en las emboscadas e interceptaban los convoyes de víveres [2] del

enemigo. Los siracusanos eran del parecer de resolver la cuestión cuanto antes mediante una batalla decisiva, pero Dionisio se opuso, afirmando que, sin necesidad de correr riesgos, el tiempo y el hambre acabarían con los bárbaros; pero esto irritó [3] a los siracusanos, que abandonaron a Dionisio. Éste, por precaución, primero proclamó la libertad para los esclavos, pero, después, cuando los cartagineses enviaron embajadores para tratar sobre la paz, aceptó las negociaciones, devolvió los esclavos [4] a sus dueños e hizo la paz con los cartagineses. Las cláusulas eran, en líneas generales, similares a las del tratado precedente⁶¹⁵, pero se añadía que los sículos pasarían a estar bajo la autoridad de Dionisio, que también recibiría Tauromenio. Una vez concluido el tratado, Magón se hizo a la mar, mientras que Dionisio, al tomar posesión de Tauromenio, expulsó a la mayor parte de los sículos que vivían allí y estableció en aquel lugar a los más seguros de sus mercenarios después de elegirlos personalmente.

Tal era la situación en Sicilia; y en Italia los romanos saquearon [5] la ciudad de Falisco⁶¹⁶, del pueblo de los faliscos.

391-390 a.C. Rebelión filolacedemonia en Rodas. La flota de Esparta en Samos, Cnido y Rodas. Ataque espartano contra Argos.

Una vez transcurrido el año, Nicóteles [97] fue arconte en Atenas, y en Roma ejercieron el poder consular tres tribunos militares, Marco Furio y Gayo Emilio⁶¹⁷. Después que éstos hubieron tomado posesión del cargo, los rodios filolacedemonios se rebelaron contra el gobierno popular y expulsaron de la ciudad a los partidarios de Atenas⁶¹⁸. Éstos acudieron [2] a las armas y trataron de hacer frente a la situación, pero se impusieron los partidarios de los lacedemonios, que asesinaron a muchos adversarios y decretaron el exilio para los huidos. Inmediatamente enviaron embajadores a Lacedemón para pedir ayuda, por temor a que algunos ciudadanos provocaran una revolución. [3] Los lacedemonios les enviaron siete trirremes⁶¹⁹ y tres hombres para controlar la situación, Eudócimo, Filódoco y Dífilas. Éstos se dirigieron primero a Samos, donde consiguieron que la ciudad se rebelara contra los atenienses, y después [4] arribaron a Rodas y se ocuparon de la situación. Los lacedemonios, al marcharles bien las cosas, decidieron intervenir por mar y, reuniendo una flota, fueron recuperando poco a poco el

control de los aliados. Desembarcaron, pues, en Samos, en Cnido y en Rodas, y en todos estos sitios reunieron naves y enrolaron a los mejores soldados de marina, y así equiparon una magnífica flota de veintisiete trirremes.

[5] Agesilao⁶²⁰, el rey de los lacedemonios, al enterarse de que los argivos se encontraban en Corinto, hizo salir a todos los lacedemonios a excepción de un batallón⁶²¹. Recorrió todo el territorio de Argos, devastando las propiedades y cortando los árboles por todos lados, y después regresó a Esparta.

Chipre: el poderío de Evágoras provoca la reacción de Persia. Roma: paz con los faliscos y guerra con los ecuos. Sutrio y Verrugo.

En Chipre, Evágoras de Salamina, de [98] muy noble familia, como descendiente de los fundadores de la ciudad⁶²², que había estado en el exilio en años anteriores a causa de unas luchas intestinas, había vuelto después en compañía de unos pocos seguidores y había expulsado a Abdemón de Tiro⁶²³, el señor de la ciudad, que era amigo del rey de los persas. Evágoras se apoderó de la ciudad y reinó primero sólo sobre Salamina, que era la más grande y la más poderosa de las ciudades de Chipre; pero, al procurarse muy pronto grandes sumas de dinero y poder movilizar un ejército, acometió la empresa de apropiarse de toda la isla⁶²⁴. A algunas ciudades las sometió a viva fuerza, mientras [2] que a otras se las ganó por medio de la persuasión, con lo que muy pronto se hizo con el control de todas, a excepción de Amatunte, Solios y Citio⁶²⁵, que resistieron con las armas y enviaron embajadores a Artajerjes, el rey de los persas, en busca de refuerzos; acusaban asimismo a Evágoras de haber matado al rey Agiris⁶²⁶, que era aliado de los persas, y se comprometían a ayudar al Rey a apoderarse de la isla. El Rey no quería que Evágoras [3] se hiciera más poderoso y al mismo tiempo tenía en cuenta que Chipre estaba muy bien situada y tenía una poderosa armada con la que se podría defender Asia, de modo que decidió aceptar la propuesta de alianza y reenvió a los embajadores. También envió cartas a las ciudades costeras y a los sátrapas que gobernaban las ciudades con la orden de construir trirremes y de preparar con rapidez todo lo necesario para la flota. Finalmente ordenó a Hecatomno, el señor de Caria⁶²⁷, que emprendiera la guerra contra [4] Evágoras. Hecatomno, después de recorrer las

ciudades de las satrapías superiores, pasó a Chipre con unas fuerzas considerables.

[5] Tal era la situación en Asia. En Italia, los romanos, hicieron la paz con los faliscos y emprendieron la cuarta guerra con los ecuos; asimismo enviaron una colonia a Sutrio, pero fueron expulsados de la ciudad de Verrugo por sus enemigos⁶²⁸.

390-389 a.C. Derrota en Asia del espartano Tibrón ante el persa Estrutas. Muerte de Trasibulo en Aspendo.

[99] Una vez transcurrido el año, Demóstrato fue arconte en Atenas, y en Roma asumieron el cargo los cónsules Lucio Lucrecio y Servilio⁶²⁹. En este período, Artajerjes envió a la costa a Estrutas⁶³⁰ al mando de un ejército para hacer la guerra a los lacedemonios. Los espartiatas, informados de su llegada, confiaron el mando a Tibrón y lo enviaron a Asia⁶³¹. Éste ocupó la plaza fuerte de Yonda y el alto monte Corniso⁶³², a cuarenta estadios de Éfeso⁶³³. Así pues, con ocho mil soldados [2] junto con las tropas reclutadas en Asia, prosiguió su avance, devastando el territorio del Rey. Estrutas entre tanto, con una numerosa caballería bárbara, cinco mil hoplitas y más de veinte mil soldados armados a la ligera, estableció su campamento no lejos de los lacedemonios. Al fin, en una ocasión en [3] la que Tibrón había salido con un destacamento y había conseguido un gran botín, Estrutas lanzó un ataque contra él y lo mató en la refriega, dando muerte a la mayor parte de sus hombres y cogiendo vivos a los otros; sólo unos pocos pudieron ponerse a salvo en la plaza fuerte de Cnidinio⁶³⁴.

Trasibulo, el estratego de los atenienses, desde Lesbos se [4] trasladó con su flota a Aspendo y fondeó las trirremes en el río Eurimedonte⁶³⁵. A pesar de que había recibido dinero de los aspendios, algunos de sus hombres saquearon el territorio. Los aspendios, cuando se hizo de noche, irritados por los daños sufridos, atacaron a los atenienses y dieron muerte a Trasibulo y a algunos otros⁶³⁶, después de lo cual los capitanes de las naves atenienses, espantados, ordenaron el embarque inmediato y se hicieron a la mar rumbo a Rodas. Pero, dado que la ciudad se [5] había sublevado y los exiliados se habían apoderado de una fortaleza, los atenienses se unieron a éstos en la guerra contra los de la ciudad.⁶³⁷ Cuando se

enteró de la muerte de su estratega Trasibulo, Atenas envió como estratega a Agirio⁶³⁸.

Tal era, pues, la situación en Asia.

Expedición de Dionisio contra Regio

[100] En Sicilia, Dionisio, el tirano de Siracusa, pese a que deseaba ardientemente anexionar los griegos de Italia al dominio que ejercía en la isla, aplazó para otra ocasión la expedición general contra ellos; juzgaba conveniente atacar en primer lugar la ciudad de Regio, ya que era el baluarte de Italia, y con este objetivo [2] partió de Siracusa con su ejército. Tenía veinte mil soldados de infantería, mil de caballería y ciento veinte naves. Después de transportar su ejército a los confines de Lócride⁶³⁹, tomó desde allí el camino del interior, arrasando e incendiando el territorio de los reginos. La flota le siguió a lo largo de la costa hasta el otro lado del mar, y él acampó con todas sus tropas cerca [3] del Estrecho. Cuando los de Italia⁶⁴⁰ supieron que Dionisio había hecho la travesía para atacar Regio, enviaron sesenta naves desde Crotón con la intención de entregarlas cuanto antes a los reginos. Pero mientras navegaban por alta mar, Dionisio las atacó con cincuenta navíos y, cuando huyeron a tierra, no cejó en absoluto en su acoso, y se puso a sujetar con amarras y a remolcar a las que habían fondeado junto a la costa. Ante el peligro [4] de que las sesenta trirremes fueran capturadas, los reginos acudieron en masa y mantuvieron a Dionisio a distancia de la costa con una lluvia de proyectiles. Sobrevino entonces un vendaval y los reginos sacaron las naves a tierra, pero Dionisio, seriamente afectado por la tempestad, perdió siete navíos y con ellos no menos de mil quinientos hombres. Al ser éstos arrojados [5] juntamente con sus navíos en la costa de Regio, los reginos hicieron prisioneros a un gran número de marineros. Dionisio, que navegaba a bordo de una quinquerre⁶⁴¹ y que más de una vez estuvo a punto de ser hundido, a duras penas, hacia medianoche, pudo refugiarse en el puerto de Mesene. Y como el invierno ya estaba en puertas, concluyó una alianza con los lucanos⁶⁴² y recondujo sus fuerzas a Siracusa⁶⁴³.

Turios pide ayuda a los italiotas contra los lucanos. Los turios caen en una emboscada.

A continuación, dado que los lucanos [101] efectuaban incursiones en el territorio de los turios⁶⁴⁴, éstos llamaron a sus aliados para que acudieran a toda prisa sobre las armas. Las ciudades griegas de Italia estaban sujetas a un tratado al efecto de que, si el territorio de una de ellas era saqueado por los lucanos, todas las otras acudirían en su ayuda; y se estipulaba asimismo que, si el ejército de una ciudad no prestaba su ayuda, los generales de esta ciudad serían condenados a muerte. Por esta razón, cuando los [2] turios enviaron mensajeros a las ciudades para comunicar la presencia de los enemigos, todas se prepararon para la partida. Pero los turios emprendieron la ofensiva antes de tiempo, sin esperar la llegada del grueso de sus aliados, y marcharon contra los lucanos con más de catorce mil hombres de infantería y cerca [3] de un millar de caballería. Los lucanos, informados de que el enemigo atacaba, se replegaron hacia su territorio. Entonces los turios irrumpieron precipitadamente en Lucania, tomaron el primer fuerte que encontraron y se apoderaron de un abundante botín, con lo que mordieron el cebo, podríamos decir, que les llevaría a su perdición. En efecto, exaltados por su éxito, prosiguieron su marcha imprudentemente por senderos estrechos y [4] abruptos para ir a poner sitio a la rica ciudad de Lao⁶⁴⁵. Una vez que hubieron llegado a una llanura cercada por todas partes por altos montes y precipicios, los lucanos con todas sus tropas los encerraron, cortándoles la retirada hacia su patria. Su aparición inesperada en las alturas espantó a los griegos, tanto por la dificultad del terreno como por la magnitud de aquel ejército, ya que los lucanos tenían en aquella ocasión treinta mil soldados de infantería y no menos de cuatro mil de caballería.

Debacle de los turios ante los lucanos. La paz promovida por Leptines contraría a Dionisio. Roma y los pueblos vecinos.

[102] Una vez que los griegos se encontraron inesperadamente encerrados en una tan peligrosa emboscada, los bárbaros descendieron a la llanura. Se entabló una batalla campal y los italiotas fueron aplastados por el impresionante número de los lucanos; cayeron más de diez mil hombres, ya que los lucanos habían dado la orden de no perdonar la vida a nadie. De los supervivientes, unos se refugiaron en una altura cercana al mar, mientras que otros, viendo unos navíos de guerra que se acercaban y

creyendo que eran de los reginos, corrieron [2] todos hacia el mar y nadaron hasta las trirremes. Pero la flota que se acercaba pertenecía al tirano Dionisio y venía, al mando de su hermano Leptines, a prestar ayuda a los lucanos. Leptines acogió con humanidad a los hombres que llegaban a nado, los hizo desembarcar en tierra y persuadió a los lucanos a que aceptaran una mina de plata por cada uno de los prisioneros, cuyo número superaba el millar. Se ofreció como garante [3] del dinero, reconcilió a los italiotas con los lucanos y les persuadió a concluir la paz, lo que le granjeó una gran consideración entre los italiotas, ya que había puesto fin a la guerra de un modo conveniente para ellos, sin tener en cuenta los intereses de Dionisio. En efecto, Dionisio esperaba que, interviniendo mientras los italiotas estuvieran en guerra con los lucanos, podría controlar fácilmente la situación en Italia; pero entonces, una vez liberados de aquella guerra, difícilmente podría tener éxito en su empresa. Por esta razón destituyó a Leptines del cargo de almirante y puso al mando de la flota a su otro hermano Teáridas⁶⁴⁶.

Después de estos hechos, los romanos dividieron en lotes el [4] territorio de los veyos⁶⁴⁷, dando cuatro pletros por persona, o veintiocho según otros⁶⁴⁸. Prosiguiendo la guerra contra los ecuos, tomaron al asalto la ciudad de Liflo, y entraron en guerra con el pueblo de Velitras⁶⁴⁹, que se había sublevado. Satrico⁶⁵⁰ también se rebeló contra los romanos, y éstos enviaron una colonia a Cercios⁶⁵¹.

389-388 a.C. Expedición de Dionisio contra Italia. Teáridas captura una flota de Regio. Dionisio asedia Caulonia y los italiotas confían el mando a Heloris.

[103] Una vez transcurrido el año, Antípatro fue arconte en Atenas, y en Roma ejercieron el poder consular Lucio Valerio y Aulo Manlio⁶⁵². En este período, Dionisio, el señor de Siracusa, después de manifestar abiertamente su proyecto de expedición contra Italia, partió de Siracusa [2] con un ejército considerable. Tenía más de veinte mil soldados de infantería, unos tres mil de caballería, cuarenta navíos de guerra y no menos de trescientos para el transporte de víveres. Arribó a Mesene después de cuatro días e hizo descansar a su ejército en la ciudad, pero envió a su hermano Teáridas a las islas de los lipareos⁶⁵³ con treinta naves, ya que se había enterado de que en aquella zona se encontraban [3] diez naves de los reginos. Teáridas se hizo a la mar, sorprendió a las diez naves

de los reginos en un lugar favorable para un ataque, se apoderó de los barcos con sus tripulaciones y regresó rápidamente a Mesene junto a Dionisio. Éste encadenó a los prisioneros y confió su custodia a los mesenios, y él hizo pasar su ejército a Caulonia⁶⁵⁴ y puso sitio a la ciudad, contra la que dispuso sus máquinas de asedio y lanzó continuos asaltos.

Cuando los griegos de Italia supieron que las tropas de Dionisio [4] atravesaban el estrecho que les separaba, reunieron a su vez un ejército. Al ser la ciudad de los crotoniatas la más populosa y también la que albergaba un mayor número de exiliados siracusanos, le confiaron la dirección de la guerra. Los crotoniatas [5] reunieron las fuerzas que les llegaban de todas partes y eligieron como comandante en jefe al siracusano Heloris. Se había considerado que éste, que había sido exiliado por Dionisio y que parecía un hombre audaz y enérgico, ofrecía todas las garantías para combatir a un tirano al que odiaba. Una vez que todos los aliados hubieron llegado a Crotón, Heloris dispuso el ejército de acuerdo con sus planes y partió con todas las tropas hacia Caulonia. Pensaba que con su sola aparición haría levantar [6] el asedio y asimismo que se enfrentaría con enemigos agotados por los asaltos cotidianos. Disponía en total de unos veinticinco mil soldados de infantería y unos dos mil de caballería.

Victoria de Dionisio sobre los italiotas y muerte de Heloris

Los italiotas ya habían recorrido la [104] mayor parte del camino y habían acampado a orillas del río Eléporo⁶⁵⁵ cuando Dionisio partió de la ciudad para ir a su encuentro. Heloris marchaba precediendo a su ejército con quinientos hombres de élite, y Dionisio, que se encontraba acampado a cuarenta estadios de sus adversarios, cuando supo por los exploradores que el enemigo estaba cerca, despertó a sus tropas en la madrugada y les ordenó que avanzaran. [2] Cuando despuntó el día, encontró al pequeño destacamento de Heloris y lo atacó por sorpresa, y, al tener su ejército dispuesto en orden de batalla, no dejó al enemigo ni un instante de [3] respiro. En esta situación desesperada, Heloris se opuso a los atacantes con los hombres que tenía y envió a algunos amigos al lugar donde se encontraban sus tropas con la orden de que apresuraran el avance del grueso del ejército. La orden fue

rápidamente ejecutada y los italiotas, cuando supieron que el general y su destacamento estaban en peligro, acudieron a la carrera en su ayuda; pero Dionisio, con su ejército en formación cerrada, ya había cercado a Heloris y a sus hombres y, a pesar [4] de su valerosa resistencia, los mató prácticamente a todos. Debido a la precipitación, los italiotas prestaron su ayuda en grupos dispersos, y los siciliotas, que permanecían en formación cerrada, se fueron imponiendo fácilmente sobre sus enemigos. Pese a ello, los griegos de Italia se enfrentaron al peligro durante un cierto tiempo, aunque veían que muchos de ellos caían. Sin embargo, cuando se enteraron de la muerte de su general, al estar además en una situación en la que el desorden de su formación provocaba que se atacaran mutuamente, su desventaja fue notoria y entonces por fin, presa del desánimo, se dieron a la fuga.

Indulgencia de Dionisio

[105] Fueron muchos los que perecieron en el curso de la huida a través de la llanura, pero el grueso pudo refugiarse en una altura, bien situada para resistir un asedio, pero falta de agua y fácilmente controlable por el enemigo. Dionisio le puso sitio y se mantuvo vigilante sobre las armas todo aquel día y la noche posterior. Al día siguiente, los refugiados empezaron a pasarlo mal a causa [2] del calor y de la falta de agua. Enviaron entonces un heraldo a Dionisio invitándole a aceptar un rescate; pero él, que no era moderado en las victorias, les ordenó que depusieran las armas y que se pusieran en manos del vencedor. Ante la dureza de aquella orden, resistieron todavía durante un tiempo, pero después, abrumados por los sufrimientos físicos, se rindieron hacia la hora octava, ya al límite de sus fuerzas. Dionisio contó los [3] prisioneros a medida que descendían golpeando el suelo con un bastón; eran más de diez mil. Todos tenían miedo de un comportamiento brutal, pero Dionisio, por el contrario, se mostró muy indulgente. Soltó a los prisioneros sin condiciones ni rescate [4] y concluyó la paz con la mayor parte de las ciudades, permitiéndoles que conservaran su autonomía. Por esta conducta se granjeó los elogios de aquellos que habían sido objeto de su benevolencia; se le honró con coronas de oro y pareció que aquélla era probablemente la más bella acción de su vida⁶⁵⁶.

Dionisio somete Regio y entrega a Locros el territorio de Caulonia. Los romanos toman Lifecua.

Partió después contra Regio con su [106] ejército y se preparó para asediarla ya que no olvidaba la afrenta de la que había sido objeto con ocasión de su petición de matrimonio⁶⁵⁷. Una angustia enorme se apoderó de los reginos; no tenían ni aliados ni un ejército en disposición de combatir, y sabían además que, si su ciudad era tomada, no habría para ellos ni piedad ni atención a sus súplicas. Por este motivo resolvieron enviar embajadores para pedir a [2] Dionisio que les tratara con moderación, exhortándole a no tomar respecto a ellos ninguna decisión inhumana. Dionisio les [3] exigió trescientos talentos, les requisó todas las naves, en número de setenta, y ordenó que le dieran cien rehenes. Una vez que todos hubieron sido entregados, partió hacia Caulonia. Trasladó sus habitantes a Siracusa, les concedió la ciudadanía y les eximió de impuestos durante cinco años. Finalmente arrasó su ciudad y donó a los locros el territorio de los cauloniatas⁶⁵⁸.

[4] Los romanos tomaron la ciudad de Lifecua⁶⁵⁹, que pertenecía al pueblo de los ecuos, y, en cumplimiento de los votos de los cónsules, celebraron grandes juegos en honor de Zeus⁶⁶⁰.

388-387 a.C. Dionisio favorece a los locros, a quienes entrega Hiponio, y se venga de los reginos

[107] Una vez transcurrido el año, Pirgión fue arconte en Atenas, y en Roma asumieron el poder consular cuatro tribunos militares, Lucio Lucrecio, Servio Sulpicio, Gayo Emilio y Gayo Rufo; se celebró la Olimpiada nonagesimoctava, en la que el ateniense [2] Sosipo obtuvo la victoria⁶⁶¹. Cuando éstos ya habían tomado posesión del cargo, Dionisio, el señor de Siracusa, marchó con su ejército a Hiponio⁶⁶², trasladó sus habitantes a Siracusa y, después de haber arrasado la ciudad, asignó su territorio a los locros. Continuamente trataba de favorecer a los locros, ya que habían [3] aceptado su propuesta de matrimonio; y deseaba, al contrario, castigar a los reginos debido al rechazo del vínculo de parentesco. En efecto, cuando les había enviado embajadores para pedir que le dieran en matrimonio una de las jóvenes de la ciudad, los reginos, se dice, habían respondido oficialmente a los embajadores que sólo le podían conceder en matrimonio a la hija del verdugo⁶⁶³. Airado por esta respuesta y juzgando que [4] había sido gravemente ofendido, estaba completamente decidido a tomar venganza de ellos. En

efecto, el año precedente había concluido la paz con ellos no por deseo de mantener relaciones de amistad, sino porque quería requisar su flota, formada por setenta trirremes, ya que pensaba que bloquearía fácilmente la ciudad una vez que hubiera cortado la llegada de ayudas por vía marítima. Por este motivo se retrasaba en Italia, buscando [5] un pretexto plausible gracias al cual pudiera dar la impresión de haber violado el tratado sin menoscabar su propia reputación.

Estratagema de Dionisio, que pone sitio a Regio

Así pues, condujo sus tropas hasta el [108] Estrecho y se preparó para efectuar la travesía. Como primera medida pidió víveres a los reginos, con la promesa de que les restituiría inmediatamente desde Siracusa todo lo que hubieran entregado. Efectuó esta petición a fin de que, si rehusaban, pareciera que tenía una justificación para tomar la ciudad; si, por el contrario, le daban lo que pedía, pensaba que agotaría sus reservas de grano y que, con un asedio, en poco tiempo se apoderaría de la ciudad por hambre. Los reginos, sin sospechar nada de todo esto, primero le proporcionaron [2] vituallas en abundancia durante algunos días; pero después, dado que permanecía allí más tiempo del necesario, bien alegando alguna enfermedad, bien con otros pretextos, acabaron por adivinar sus planes y cesaron de aprovisionar al ejército. [3] Dionisio aparentó irritarse, devolvió los rehenes a los reginos, puso sitio a la ciudad y lanzó contra ella asaltos cotidianos⁶⁶⁴. También hizo construir una gran cantidad de máquinas de guerra de dimensiones increíbles con las que golpeaba [4] los muros esforzándose en tomar la ciudad al asalto. Pero los reginos, después de haber confiado el mando a Fitón⁶⁶⁵ y haber movilizado a toda la población en edad militar, gracias a su atenta vigilancia y a sus salidas en el momento oportuno, pudieron [5] incendiar las máquinas de asedio enemigas. Repetidas veces combatieron valerosamente delante de los muros en defensa de su patria, con lo que provocaron la cólera de sus adversarios y perdieron a muchos de los suyos, pero también acabaron [6] con la vida de no pocos siciliotas. Ocurrió que el mismo Dionisio, herido en la ingle por una lanza, estuvo en trance de muerte, y a duras penas se recuperó de su herida. El asedio se prolongaba a causa del insuperable empeño desplegado por los reginos en defensa de su libertad, y Dionisio por su parte hacía

perseverar a sus tropas en los ataques cotidianos y no renunciaba a su propósito inicial.

Reveses de la delegación enviada por Dionisio a los Juegos Olímpicos. Los poemas de Dionisio objeto de escarnio. Roma vence a los volscos en Gurasio.

Al aproximarse los Juegos Olímpicos, [109] Dionisio envió a la competición varias cuadrigas, muy superiores a las demás en velocidad, y también tiendas para la fiesta, con incrustaciones de oro y adornadas con valiosos paños multicolores. Hizo partir asimismo a los mejores rapsodos para que declamaran en aquellas fiestas solemnes los versos que él había compuesto glorificando de este modo el nombre de Dionisio, que alimentaba, en efecto, una verdadera pasión por la poesía. Al frente de [2] esta delegación envió a su hermano Teáridas⁶⁶⁶. Cuando éste llegó a la fiesta, causó una gran impresión por la belleza de las tiendas y el gran número de las cuadrigas; y cuando los rapsodos se pusieron a recitar los poemas de Dionisio, al principio acudió una gran multitud, atraída por la bella dicción de los intérpretes, y todo el mundo estaba extasiado; pero después se dieron cuenta de que los poemas eran malos, por lo que Dionisio fue objeto de burlas, y lo despreciaron hasta tal punto que algunos se atrevieron a destrozar sus tiendas⁶⁶⁷. El orador Lisias, [3] que entonces se encontraba en Olimpia, exhortó a la multitud a no admitir en los juegos sagrados a los teoros⁶⁶⁸ enviados por la más impía de las tiranías, y fue entonces cuando dio lectura a su discurso titulado *Olímpico*⁶⁶⁹. El azar quiso que, mientras [4] tenían lugar estos juegos, algunas de las cuadrigas de Dionisio se salieran de la pista y que otras colisionaran entre ellas y quedaran destrozadas; y de modo semejante la nave que transportaba a los teoros, que había zarpado después de los juegos y hacía rumbo a Sicilia, fue a parar Tarento, en Italia, a causa de [5] una tempestad. Por este motivo, según se dice, los marineros que volvieron sanos y salvos a Siracusa proclamaron por la ciudad que los malos poemas de Dionisio habían sido la causa no sólo del fracaso de los rapsodos, sino también del revés sufrido por [6] las cuadrigas y la nave. Cuando Dionisio se enteró de que sus versos eran objeto de escarnio, los aduladores le dijeron que todas las obras maestras sufrían el ataque de los envidiosos antes de ser admiradas, y así él no abandonó su afición por la poesía.

[7] Los romanos sostuvieron una batalla contra los volscos en Gurasio y les infligieron muchas pérdidas⁶⁷⁰.

387-386 a.C. La Paz de Antálcidas. Preparativos de Artajerjes contra Evágoras de Chipre.

[110] Una vez que con la conclusión de estos acontecimientos llegó a su fin el período anual, Teódoto fue arconte en Atenas, y en Roma tuvieron el poder consular seis tribunos militares, Quinto Cesón⁶⁷¹ Sulpicio, Eno Cesón Fabio, Quinto Servilio y Publio Cornelio⁶⁷². [2] Cuando éstos ya habían tomado posesión del cargo, los lacedemonios, abrumados por la doble guerra que sostenían contra los griegos y contra los persas, enviaron al navarco Antálcidas a Artajerjes para negociar la paz⁶⁷³. Una vez que hubo [3] expuesto del mejor modo posible el objeto de su misión, el Rey declaró que concluiría la paz en las condiciones siguientes: las ciudades griegas de Asia estarían sometidas al Rey, mientras que todos los otros griegos serían independientes; a aquellos que rehusaran y no aceptaran las cláusulas del tratado les haría la guerra con la ayuda de aquellos que las aprobaran⁶⁷⁴. Los lacedemonios [4] aprobaron los términos sin poner objeciones, mientras que los atenienses, los tebanos y algunos otros se irritaron por el abandono de las ciudades de Asia; pero, al ser incapaces de sostener una guerra ellos solos, se vieron obligados a ceder y aceptaron la paz.

Una vez que hubo puesto fin al conflicto con los griegos, el [5] Rey se puso a preparar sus fuerzas para la guerra de Chipre. Evágoras, en efecto, se había apoderado de casi toda Chipre y había reunido numerosas fuerzas, aprovechando el hecho de que Artajerjes estaba distraído en la guerra contra los griegos⁶⁷⁵.

Dionisio toma Regio tras someterla a una situación desesperada

[111] Dado que Dionisio asediaba Regio desde hacía más de diez meses⁶⁷⁶ y había bloqueado la posibilidad de recibir ayudas de cualquier parte, los habitantes de la ciudad se encontraban en una terrible carencia de lo necesario; se cuenta, en efecto, que en este período el medimno de trigo se vendía en Regio a cinco minas⁶⁷⁷. [2] Abrumados por el hambre, comenzaron por comer los caballos y las otras bestias de carga, después se alimentaron de pieles cocidas, y finalmente salieron de la ciudad para ir a comer, como animales, la hierba que crecía al pie de las murallas. La exigencia de la

naturaleza fue tan fuerte que obligó a los hombres a modificar su régimen alimenticio recurriendo a comidas propias [3] de seres irracionales. Cuando supo lo que sucedía, Dionisio no sólo no se apiadó de aquellos que se veían sometidos a sufrimientos inhumanos, sino que, por el contrario, llevó allí animales de pasto para eliminar la hierba de aquel lugar, hasta el [4] punto de que desapareció cualquier traza de vegetación. En consecuencia, vencidos por el exceso de males, los reginos entregaron la ciudad al tirano y se rindieron a discreción. Dionisio encontró en la ciudad montones de cadáveres, los de aquellos que habían muerto por falta de alimento; y con los hombres que capturó vivos, que estaban físicamente agotados y tenían el aspecto de muertos, reunió más de seis mil prisioneros. Los envió en masa a Siracusa, con la orden de poner en libertad a quienes pagaran una mina de plata y de vender como esclavos de guerra a quienes no pudieran pagar el rescate⁶⁷⁸.

El atroz castigo de Fitón

Apresó a Fitón, el general de los reginos, [112] e hizo morir ahogado a su hijo en el mar; al padre primero lo hizo encadenar a una de las más altas máquinas de asedio, infligiéndole un castigo digno de una tragedia, y envió a un siervo a anunciarle que el día anterior Dionisio había hecho morir ahogado a su hijo en el mar; y Fitón le respondió: «Por un día ha sido más afortunado que su [2] padre». A continuación Dionisio lo paseó por la ciudad, haciéndolo azotar y sometiéndolo a todo tipo de ultrajes, acompañado por un heraldo que proclamaba que infligía a aquel hombre un castigo ejemplar por haber persuadido a su ciudad a elegir el camino de la guerra. Fitón, que durante el asedio había sido un excelente [3] general y que era alabado por su modo de vivir, soportó noblemente el suplicio que lo llevaba a la muerte; con ánimo impasible gritaba que, por no haber querido entregar su ciudad a Dionisio, sufría aquel suplicio, un castigo que la divinidad impondría muy pronto al mismo Dionisio. De este modo el valor de aquel hombre suscitó la piedad incluso de los soldados de Dionisio, algunos de los cuales empezaron a protestar. Entonces [4] Dionisio, temiendo que algunos soldados se atrevieran a arrancarle a Fitón de las manos, detuvo el suplicio e hizo morir ahogados en el mar al desventurado y a toda su familia. Así [5] pues, aquel hombre sufrió tormentos injustos e indignos de su valor, por lo que fueron muchos los griegos de su

tiempo que se entristecieron por su desgracia, y posteriormente no han faltado los poetas que han deplorado su lamentable desventura.

Los galos en Italia. Invasión de Etruria, ataque a Clusio e intervención de embajadores romanos.

[113] Por la misma época en la que Dionisio asediaba Regio⁶⁷⁹, los celtas⁶⁸⁰ transalpinos atravesaron los desfiladeros con fuerzas considerables y se apoderaron del territorio comprendido entre el Apenino y los Alpes, expulsando a los tirrenos⁶⁸¹ allí establecidos. [2] Éstos, según afirman algunos, se habían instalado allí como colonos tras emigrar de las doce ciudades de Tirrenia⁶⁸², mientras que para otros se trataba de los pelasgos procedentes de Tesalia que, antes de la guerra de Troya, se habían establecido en aquella región para huir del diluvio que sobrevino en tiempos de [3] Deucalión⁶⁸³. Al repartirse los celtas el territorio por tribus, los llamados senones recibieron la región costera más alejada de los montes⁶⁸⁴. Pero, descontentos debido al calor ardiente que allí hacía, decidieron emigrar, por lo que armaron a los jóvenes y los enviaron en busca de un territorio donde establecerse. Invadieron entonces Tirrenia y, siendo unos treinta mil hombres, saquearon el territorio de los clusinos⁶⁸⁵.

En estas circunstancias, el pueblo romano envió embajadores [4] a Tirrenia para observar el ejército de los celtas⁶⁸⁶. A su llegada a Clusio, viendo que se libraba una batalla, los embajadores, más valerosos que sensatos, fueron a combatir al lado de los clusinos contra sus sitiadores. Uno de estos embajadores⁶⁸⁷ [5] tuvo la suerte de matar a uno de los más famosos jefes enemigos. Cuando los celtas supieron lo ocurrido, enviaron una embajada a Roma para reclamar la entrega del embajador que había tomado la iniciativa de una guerra injusta. El senado trató [6] primero de persuadir a los embajadores de los celtas a aceptar una suma de dinero en reparación del daño sufrido; pero, al no estar aquéllos de acuerdo, decretó entregar al acusado⁶⁸⁸. Pero el padre del que iba a ser entregado, que era uno de los tribunos militares con potestad consular, apeló al juicio del pueblo y, al gozar de una gran autoridad entre las masas, las persuadió a invalidar la decisión del senado. Así el pueblo, que hasta entonces [7] había siempre acatado el criterio

del senado, en aquella ocasión por primera vez anuló una decisión senatorial⁶⁸⁹.

Los galos derrotan a los romanos en la batalla de Alia

[114] Una vez llegados a su campamento, los embajadores de los celtas comunicaron la respuesta de los romanos. Al oírla los celtas se indignaron sobremanera y, tras recibir refuerzos de las tribus afines, marcharon rápidamente contra Roma; eran más de setenta mil hombres. Informados del avance de los celtas, los tribunos militares de los romanos, en virtud de sus poderes, movilizaron a [2] todos los hombres en edad militar. Salieron en masa, cruzaron el Tíber⁶⁹⁰ e hicieron avanzar el ejército ochenta estadios a lo largo del río; y cuando se les anunció que los gálatas⁶⁹¹ estaban [3] cerca adoptaron la formación de combate. Dispusieron a sus hombres más valerosos, en número de veinticuatro mil entre el río y las colinas, y situaron a los más débiles en las colinas más altas. Los celtas desplegaron sus tropas en un frente amplio y, ya por azar, ya por cálculo, situaron sus mejores tropas en las [4] colinas. Las trompetas dieron al mismo tiempo la señal de batalla a los dos ejércitos, que entablaron el combate con gran griterío. Las fuerzas escogidas de los celtas, que estaban enfrentadas a las tropas más débiles de los romanos, las expulsaron [5] fácilmente de las colinas. El resultado fue que, al huir estas tropas en masa hacia las unidades romanas formadas en la llanura, las líneas de los suyos se rompieron y, bajo la presión de los celtas, fueron presa del pánico y se dieron a la fuga. Dado que la mayor parte de los romanos corrían a lo largo del río y, en su precipitación, topaban los unos con los otros, los celtas no cesaron de masacrar a los que continuamente se iban rezagando, de modo que toda la llanura se cubrió de cadáveres. Entre los [6] que habían huido hacia el río, los más valerosos trataron de cruzarlo a nado con sus armas, ya que daban igual valor a la panoplia y a la vida; pero, debido a la violencia de la corriente, unos perecieron al hundirse por el peso de las armas, mientras que otros, con un esfuerzo terrible y tras ser arrastrados a lo largo de una distancia considerable, a duras penas lograron salvarse. Y dado que los enemigos proseguían su acoso y mataban a muchos [7] romanos a orillas del río, la mayor parte de los supervivientes arrojaron sus armas y atravesaron a nado el Tíber.

Los celtas, pese a haber efectuado [115] una gran matanza a orillas del río, ni aun así desistían de su empeño, sino que se pusieron a lanzar sus jabalinas contra aquellos que cruzaban a nado. Y al arrojar una lluvia de proyectiles sobre la multitud apiñada en el río, el resultado fue que no erraron los tiros. Así unos, alcanzados por un impacto mortal, morían inmediatamente, mientras que otros, heridos y extenuados por la pérdida de sangre y la fuerza de la corriente, eran arrastrados por las aguas.

Tal fue el desastre sufrido por los romanos. La mayor parte [2] de los que lograron salvarse ocuparon la ciudad de Veyo, que habían arrasado recientemente⁶⁹², fortificaron la plaza como pudieron y acogieron a los que habían conseguido escapar en su huida. Sin embargo, unos pocos de los que habían cruzado el río a nado sin sus armas consiguieron huir hasta Roma y anunciaron que el ejército había sido aniquilado. Ante la noticia de un tal desastre, todos los que habían quedado en la ciudad se encontraron en una situación desesperada. Comprendían, en efecto, [3] que, al haber perecido todos los jóvenes, era imposible resistir, y que huir con los niños y las mujeres sería demasiado arriesgado al estar el enemigo cerca. En esta tesitura muchos particulares huyeron con toda su familia a las ciudades vecinas, pero los magistrados de la ciudad dieron ánimos a la población y ordenaron transportar a toda prisa al Capitolio el grano y todo [4] lo necesario. Una vez hecho esto, la ciudadela y el Capitolio se llenaron no sólo de víveres, sino también de plata, de oro y de los vestidos más costosos, ya que los objetos valiosos de toda la ciudad se reunieron en un solo lugar. Así pues, los romanos transportaron todas las riquezas que pudieron y fortificaron el [5] lugar citado, aprovechando para ello el ínterin de tres días. Los celtas, en efecto, emplearon el primer día cortando las cabezas de los enemigos muertos, de acuerdo con su costumbre ancestral⁶⁹³; y en los dos días siguientes permanecieron acampados enfrente de la ciudad; al ver los muros sin guarnición y oír el vocerío de aquellos que trasladaban a la ciudadela las cosas más útiles, sospechaban que los romanos les tendían una trampa. [6] Pero al cuarto día⁶⁹⁴, cuando supieron la verdad, forzaron las puertas⁶⁹⁵ y devastaron la ciudad a excepción de algunas casas situadas en el Palatino. A continuación

lanzaron asaltos cotidianos contra las posiciones fortificadas, sin causar ningún daño digno de mención a los adversarios, pero perdiendo a muchos de los suyos⁶⁹⁶. A pesar de eso no cedieron en su empeño, esperando que, si no reducían al enemigo por la fuerza, lo abatirían con el paso del tiempo y el total agotamiento de los productos de primera necesidad⁶⁹⁷.

Victoria romana sobre los etruscos. Las ocas del Capitolio frustran el asalto de los galos. Armisticio entre romanos y galos. Reconstrucción de Roma y recompensa a sus mujeres.

Mientras los romanos se encontraban [116] en esta situación tan apurada, los tirrenos, sus vecinos, irrumpieron en su territorio con un gran ejército y lo devastaron, haciéndose con un gran número de prisioneros y un considerable botín. Pero los romanos que se habían refugiado en Veyo, atacando por sorpresa a los tirrenos, los pusieron en fuga, recuperaron el botín y se apoderaron del campamento.

En posesión entonces de un gran número de armas, las distribuyeron [2] a aquellos que estaban sin armas y armaron a los hombres que habían reclutado en la región, ya que querían liberar del asedio a los suyos que se habían refugiado en el Capitolio⁶⁹⁸. [3] No sabían de qué manera podrían comunicar su plan a los sitiados, debido a que los celtas los habían cercado con numerosas fuerzas, cuando un cierto Cominio Pontio prometió que iría a comunicar las buenas noticias a aquellos que se encontraban en el Capitolio. Partió pues él solo, cruzó [4] el río a nado y llegó sin ser descubierto al pie de un peñasco del Capitolio de difícil acceso; lo escaló a duras penas e informó a los del Capitolio respecto a las tropas concentradas en Veyo que esperaban el momento oportuno para atacar a los celtas⁶⁹⁹. Después descendió por donde había subido, atravesó a nado el Tíber y regresó a Veyo. Los celtas descubrieron [5] las huellas de la reciente escalada y resolvieron subir de noche por el mismo peñasco. Hacia media noche pues, cuando los centinelas habían descuidado la vigilancia confiados en las buenas defensas naturales del lugar, algunos celtas se pusieron [6] a subir por el peñasco. Eludieron así la vigilancia de los centinelas, pero las ocas sagradas de Hera, criadas en aquel sitio, vieron a los que subían y empezaron a graznar. Acudieron entonces los centinelas, y los celtas, presa del pánico, no se atrevieron a seguir; un cierto Marco Manlio⁷⁰⁰, un hombre ilustre, que se presentó en aquel lugar para prestar su ayuda, cortó con su

espada la mano del primer enemigo que alcanzaba la cúspide y, golpeándolo en el pecho con su escudo, lo [7] hizo rodar peñas abajo. El mismo fin tuvo el segundo que subía, y los restantes trataron de huir a toda prisa; pero, al ser el peñasco escarpado, todos murieron despeñados. Por esta razón, cuando los romanos enviaron una embajada para llegar a un acuerdo, los celtas consintieron en abandonar la ciudad⁷⁰¹ y retirarse del territorio de los romanos a cambio de mil libras de oro⁷⁰².

[8] En vista de que las casas habían sido destruidas y había perecido la mayor parte de los ciudadanos, los romanos concedieron permiso para que cada uno se construyera una casa en el sitio que quisiera, y proporcionaron a expensas del Estado las tejas, que hasta nuestros días son conocidas como «tejas públicas». Así pues, al construir todo el mundo sus casas de acuerdo [9] con sus preferencias, resultó que las calles de la ciudad fueron estrechas y tortuosas⁷⁰³, por lo que ya no fue posible alinearlas cuando más tarde creció la ciudad. Se cuenta asimismo que, por haber contribuido a la salvación común con sus joyas de oro, las mujeres fueron honradas por el pueblo con el derecho de circular en carro por la ciudad⁷⁰⁴.

*Importantes victorias de Camilo sobre los volscos, los ecuos, los etruscos y los galos.
Comienzo de la «Historia» de Calístenes y final del libro XIV de Diodoro.*

Aprovechando la circunstancia de [117] que los romanos se encontraban en una situación de debilidad debido al infortunio que acabamos de relatar, los volscos emprendieron la guerra contra ellos. Entonces los tribunos militares romanos procedieron a un reclutamiento de tropas y sacaron el ejército a campo abierto, acampando en un lugar llamado Marcio⁷⁰⁵, a doscientos estadios de Roma. En vista de que los volscos estaban situados enfrente con un [2] ejército más numeroso y lanzaban ataques contra el campamento, los ciudadanos que permanecían en Roma, temiendo por la suerte del campamento, nombraron dictador a Marco Furio [...] ⁷⁰⁶. Éstos movilizaron a todos los hombres en edad [3] militar y salieron de noche; al amanecer sorprendieron a los volscos, que estaban atacando el campamento, y, al aparecerles por la espalda, los pusieron en fuga fácilmente. Y cuando salieron las tropas del campamento, los volscos se encontraron cogidos entre dos frentes y

perecieron casi todos. Así pues, el pueblo que en los años precedentes era tenido por fuerte, a causa de este desastre, se convirtió en el más débil de los pueblos vecinos⁷⁰⁷.

[4] Después de esta batalla, el dictador, informado de que la ciudad de Bola era asediada por los eculanos, actualmente llamados equícolos⁷⁰⁸, condujo el ejército a aquel lugar y mató a la mayor parte de los sitiadores. Partió de allí en dirección al territorio de Sutrio, una colonia romana que los tirrenos habían tomado a viva fuerza. Cayendo por sorpresa sobre los tirrenos, mató a muchos de ellos y devolvió la ciudad a los sutrieos⁷⁰⁹.

[5] Una vez que se hubieron retirado de Roma, los gálatas habían puesto sitio a la ciudad de Veascio, aliada de los romanos. El dictador los atacó y, después de dar muerte a la mayor parte, se apoderó de todo el bagaje, donde se encontraban el oro recibido por Roma⁷¹⁰ y casi todo el producto de los saqueos [6] efectuados durante la conquista de la ciudad. Pese a estas importantes acciones, la envidia de los tribunos de la plebe le impidió celebrar el triunfo. Lo celebró, sin embargo, según algunos, por su victoria sobre los tuscos⁷¹¹, en un carro tirado por cuatro caballos blancos, por lo que, dos años más tarde fue condenado por el pueblo a pagar una elevada multa⁷¹²; pero a esto nos referiremos en el momento oportuno⁷¹³. Los celtas que [7] habían avanzado hasta Yapigia⁷¹⁴ regresaron a través del territorio de los romanos; y poco después cayeron de noche en una emboscada tendida por los cerios⁷¹⁵ y fueron aniquilados en la llanura Trausia.

El historiador Calístenes⁷¹⁶ ha comenzado a escribir su obra [8] histórica, la *Historia de Grecia*⁷¹⁷, partiendo de la paz concluida en el presente año entre los griegos y el rey de los persas Artajerjes. Su relato abarca, en diez libros, un período de treinta años, y concluye el último libro de su obra con la toma del santuario [9] de Delfos por el focense Filomelo⁷¹⁸. Nosotros, una vez que hemos llegado a la paz entre los griegos y Artajerjes, y al peligro que corrió Roma por obra de los gálatas, terminaremos aquí este libro, tal como nos propusimos al principio.

¹ «Lacón» (o «laconio») es equivalente a lacedemonio (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 1, 9; 2, 9; II 5, 31).

² Aquí se lee «cuatrocientos», pero, en 75, 1 y 4, el texto dice «trescientos». Por otra parte, mantenemos la lectura *dólos*, «estratagema» de los manuscritos, perfectamente aceptable, aunque algunos, siguiendo a Vogel, prefieren la corrección *drásmos*, con la que la traducción sería «La huida nocturna...».

³ Cf. *infra*, 78, 7, donde se da el nombre de Damón. Es posible que en el presente pasaje Diodoro se confunda con un Nicodemo, tirano de Centóripa en el 339-338.

⁴ En el capítulo 80 vemos que al frente de los persas, en el encuentro con Agesilao, está Tisafernes y no Farnabazo, que aparece en el capítulo anterior.

⁵ Los manuscritos dan aquí «Bacena» (*Bákainan*), pero cf. *infra*, 90, 3, donde encontramos «Abacene» (*Abakainē*), como en otros pasajes de DIODORO (XIV 78, 5; XIX 65, 6; 110, 4; XXII 13, 2) y en PTOLOMEO, III 4-7.

⁶ Cf. *infra*, 36, 1-2; 37, 4; 38, 2; 99, 1 y 3, donde los manuscritos dan la forma «Tibrón» (*Thíbrōn*), pero aquí se lee «Tibro» (*Thíbro*).

⁷ El valor peyorativo del verbo *thrylou̓si* evidencia que Diodoro no simpatiza con las diversas doctrinas filosóficas que niegan una forma de vida después de la muerte; tal vez podría aludir a la doctrina de Demócrito, a cuya muerte se referirá en el cap. 11, 5.

⁸ Para Diodoro la Historia tiene un valor moralizante. Cf. DIODORO, I 1 ss. y, concretamente, I 1, 5, donde ya aparece la idea de que los hombres se comportan mejor al ser conscientes de que sus acciones serán conocidas después de su muerte.

⁹ Sobre el infortunio de Atenas bajo los Treinta, cf. *infra*, caps. 3-5, y sobre su caída, cf. *infra*, 32-33.

¹⁰ Diodoro censura a los lacedemonios por su conducta después de la victoria. Cf. *infra*, 10, 3 y 17, 6. Cf. asimismo el *Prólogo* del libro XV. Sobre la hegemonía o autoridad ejercidas con benevolencia o con injusticia, cf. *supra*, XIII 22, 4, nota 174.

¹¹ Dionisio murió de muerte natural después de haber detentado el poder durante treinta y ocho años.

¹² Como principales conspiraciones contra Dionisio, pueden señalarse la conjura de la caballería en el 405 (cf. *supra*, XIII 112, 3), la rebelión de los siracusanos en el 404 (cf. *infra*, XIV 7), la tentativa de Teodoro en el 396 (cf. *infra*, XIV 64, 1) y la defección de sus soldados ante los cartagineses en el 391 (cf. *infra*, XIV 96, 2); y a estos complots han de añadirse las disputas de Dionisio con sus allegados (el exilio de Heloris, su padre adoptivo, de su hermano Leptines, de su cuñado Políxeno y del historiador Filisto).

¹³ Traducción del *epì tò̃n chitō̃na* del texto. Diodoro indicaría que Dionisio llevaba la coraza encima de la túnica sin atreverse a renunciar a aquella protección.

Pero muchos editores han aceptado la corrección de Wesseling (*hypó* en lugar de *epí*), con lo que se entendería «debajo de la túnica».

¹⁴ Según la tradición, la guerra de Troya había comenzado en el 1192 y había terminado con su conquista en el 1183.

¹⁵ Es decir, del 404 al 387.

¹⁶ La pérdida de la hegemonía y la derrota ante Esparta, sin ser la causa directa de la ausencia de arconte en Atenas, provocó la instauración de un régimen oligárquico cuya legitimidad no fue reconocida por los atenienses. Algunos entienden *dià tèn katálysin tēs hēgemonías* como «a raíz de la caída del gobierno». En realidad, en el año 404-403 hubo un arconte epónimo, Pitodoro (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 35, 1), pero los atenienses, que calificaron a este período como «el año de la anarquía», «el año sin arconte», prefirieron ignorarlo por haber sido elegido ilegalmente bajo el régimen oligárquico (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 1).

¹⁷ Estos tribunos militares con potestad consular ocuparon el cargo en el 407 (T. LIVIO, IV 57, 12; cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 79). Fueron Lucio Furio Medulino (que aparece en Livio y en los *Fasti Capitolini* en lugar del Gayo Fulvio citado por Diodoro), Gayo Valerio Potito, Numerio (o Gneo, según Livio) Fabio Vibulano y Gayo Servilio Ahala.

¹⁸ El inicio de los Juegos Olímpicos, a cuyos orígenes míticos se ha referido DIODORO (cf. IV 14, 1-2 y 53, 4-6), se sitúa históricamente en el 776 con el registro de los nombres de los vencedores. Se celebraban en verano en el santuario de Zeus, en Olimpia, en la confluencia del Cladeo y el Alfeo, y originariamente duraban un día, en el que tenía lugar la carrera del estadio (192 m); pero posteriormente pasaron a durar cinco días y se añadieron otras pruebas, aunque la carrera del estadio siguió siendo la más importante y su vencedor fue el atleta recordado en las referencias a las Olimpiadas, como suele hacer Diodoro.

¹⁹ En Diodoro leemos *Korkínas*, Corcinas, pero en los manuscritos de JENOFONTE (*Helénicas*, II 3, 1) el nombre aparece como *Krokínas* o *Krōkínas*. Cf. L. MORETTI, ob. cit., núm. 351.

²⁰ Cf. *supra*, XIII 107, 4 y nota 597. Aquí hay menos detalles sobre las exigencias de Esparta y los términos del tratado, que en esencia eran los siguientes: 1) la demolición de los Muros Largos y las fortificaciones del Pireo; 2) no mantener más de diez navíos de guerra; 3) la evacuación de todas las ciudades y posesiones extranjeras y de los aliados; 4) el reconocimiento de la hegemonía de los lacedemonios y la adhesión a la liga del Peloponeso. Pero Diodoro no se refiere al regreso de los exiliados, a diferencia de otras fuentes (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 14, 8; JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 20; ANDÓCIDES, *Sobre la Paz* 11-12: 31). En el presente pasaje Diodoro menciona la cláusula de la *pátrios politeía*, «la forma de gobierno ancestral», que debió de discutirse después de la aceptación del tratado. Sobre el uso del término *politeía* en Diodoro, cf. M. CASEVITZ, «Le vocabulaire politique de Diodore de Sicile: *politeía*, *políteuma* et leur famille», *Ktema* 15 (1990), 27-33.

²¹ La demolición se efectuó al son de la flauta: cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 23; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 5.

²² Aceptando la corrección de Madvig *deîn ananeoûsthai* en lugar del *dianeímasthai* del texto. Ciñéndonos al texto (cf. DIODORE DE SICILE, *Bibliothèque Historique*, por M. Bonnet y E. R. Bennett, París, 2002) el sentido sería: «que debían repartirse entre ellos los cargos del antiguo régimen».

²³ La fórmula *pátrios politeía* admitía interpretaciones y podía ser diversamente utilizada por los partidos. Diodoro se refiere aquí a dos únicas corrientes políticas opuestas, mientras que ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 34, 3) señalaba el partido intermedio de Terámenes, partidario de una oligarquía moderada, que tuvo un papel importante en la revolución del 411.

²⁴ Diodoro se refiere en diversas ocasiones al papel desempeñado por Lisandro en la instauración de regímenes oligárquicos (cf. *infra*, XIV 10, 1; 13, 1). Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 7; III 4, 2; 5, 13; VI 3, 8; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 13, 5-9.

²⁵ En el 411 Samos, apoyando a los demócratas atenienses, había contribuido a acabar con la oligarquía de los Cuatrocientos, y había permanecido fiel a Atenas hasta el final. Diodoro sitúa el comienzo del asedio de Samos inmediatamente después de Egospótamos, en agosto del 405 (cf. *supra*, XIII 106, 8). Aquí acaba de ser tomada.

²⁶ Los harmostas eran los comandantes de las guarniciones que Esparta dejaba en las ciudades que querían tener bajo su control. El cargo está atestiguado a partir de la Guerra del Peloponeso, y aumentó su importancia después de la victoria de Egospótamos, cuando Lisandro impuso gobiernos oligárquicos en las ciudades aliadas.

²⁷ Tórax pertenecía al círculo de Lisandro, con el que había participado en la toma de Lámpsaco y en la batalla de Egospótamos. Posteriormente Farnabazo le acusó ante Lisandro y fue condenado a muerte por haber acumulado dinero a título privado (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 19, 7).

²⁸ La península del Pireo tenía tres puertos, el de Cántaro, el más grande, situado al oeste, y los de Zea y Muniquia, al este. Adquirió importancia a partir de comienzos del siglo V gracias a la política naval de Temístocles y a la construcción de las fortificaciones; anteriormente se había usado la amplia bahía del Falero. Lisandro ya se había presentado en el Pireo para la capitulación de Atenas (cf. *supra*, XIII 107, 4; JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 23; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 14, 5); acude, pues, ahora por segunda vez (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 34, 3; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 7).

²⁹ Terámenes, un rico terrateniente, apareció en la escena política de Atenas en el 411, con ocasión de la instauración del régimen oligárquico de los Cuatrocientos, en el que encabezó la tendencia moderada. Luego colaboró en su caída y en la implantación del gobierno de los Cinco Mil. En el 406 salió indemne del proceso contra los estrategos de la batalla de las Arginusas, en la que había sido trierarco (cf. *supra*, XIII 97-103). En el 404 participó activamente en las negociaciones de paz con Esparta, y sus ambigüedades le valieron el sobrenombre de «coturno», el

calzado de los actores trágicos que se adaptaba a los dos pies (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 30-31). La versión de Diodoro, como la de ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 34, 3) es favorable a Terámenes, al que presenta enfrentado a Lisandro, obligado a plegarse a las circunstancias; trata de apartar de él cualquier responsabilidad en la implantación de los Treinta, responsabilidad que le atribuyen LISIAS (XII, *Contra Eratóstenes* 68-78) y JENOFONTE (*Helénicas*, II 2, 16).

³⁰ Respecto a la existencia de un plazo para la demolición de las murallas, cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 2, y LISIAS, XII, *Contra Eratóstenes* 74.

³¹ Diodoro no menciona el nombre del autor del decreto, Dracontides de Afidna, que conocemos por ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 34, 3, y LISIAS, XII, *Contra Eratóstenes* 73.

³² Después de la aprobación del decreto, se nombró una comisión de treinta miembros con el encargo de instaurar un nuevo orden, que en realidad fue un duro régimen oligárquico. Por JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 2, conocemos sus nombres. Pasaron a la historia como los Treinta Tiranos, ya que impusieron un régimen de terror y ordenaron numerosas condenas a muerte con el fin de liberarse de sus adversarios políticos o de confiscar los bienes de los más ricos; según ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 35, 4, habrían dado muerte a más de cinco mil personas.

³³ Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 28, 5 y 32, 2.

³⁴ JENOFONTE cita a Terámenes sin hacer ningún comentario cuando da la lista de los treinta elegidos (*Helénicas* II 3, 2); pero LISIAS (XII 76) da detalles sobre el procedimiento de la elección y dice que diez miembros fueron elegidos por el propio Terámenes.

³⁵ La *boulé*.

³⁶ El relato de los hechos de este período, que Diodoro nos ofrece de forma sucinta en los caps. 4-6, se corresponden con el de JENOFONTE. *Helénicas* II 3, 11-4, 1. Cf., asimismo ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 35-37, el único que se refiere a una serie de modificaciones legislativas efectuadas por los Treinta. Cf. la comparación de las fuentes (Jenofonte, Aristóteles, Diodoro y Justino) y la cronología de los acontecimientos en P. KRENTZ, *The Thirty at Athens*, Ithaca-Londres, 1982, págs. 131-152.

³⁷ Alude probablemente a los sicofantas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 12; LISIAS. XII, 5; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 35, 3).

³⁸ Los oligarcas moderados.

³⁹ Los Treinta encargaron a dos de ellos. Esquines y Aristóteles (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 13), la misión de obtener ayuda militar.

⁴⁰ Según los textos de Diodoro y de Jenofonte, la llegada de Calibio se sitúa inmediatamente después de la subida al poder de los Treinta, mientras que Aristóteles la sitúa más tarde, después de la muerte de Terámenes. La divergencia podría explicarse (cf. G. MATHIEU, *Aristote, Constitution d'Athènes*, París, 1915, pág. 93) por la confusión de Aristóteles de esta primera petición de ayuda militar

con la que hicieron los Treinta después de los acontecimientos de File (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 37, 2; *infra*, XIV 32, 6).

⁴¹ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 14.

⁴² En el presente texto de Diodoro, la codicia de los Treinta es el motivo principal, mientras que en JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 14, es razón preferente su deseo de desembarazarse de los adversarios políticos.

⁴³ En este pasaje Diodoro no se refiere inexplicablemente (tal vez hay una laguna) a la lista de los tres mil ciudadanos que podían intervenir en los asuntos públicos, hecho que indignó a Terámenes (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 18-19; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 36, 1-2). Después sí se referirá a los Tres Mil en XIV 32, 4.

⁴⁴ Critias se convirtió en adversario acérrimo de Terámenes (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 15-16). Pertenecía a la aristocracia ateniense y fue discípulo de Gorgias y de Sócrates. En el 415 se vio envuelto, con Alcibiades, en el proceso por la mutilación de los hermes (cf. *infra*, XIII 2, 3-4), pero fue absuelto. Participó en la revolución oligárquica de los Cuatrocientos y, tras la restauración democrática, se exilió a Tesalia. En el 404 dirigió la facción más extremista de los Treinta y murió combatiendo contra los demócratas de Trasibulo (cf. *infra*, 33, 2-3). Era tío de Platón, que lo sitúa entre los socráticos. Habría escrito obras en prosa y en verso, cuya atribución en algunos casos es puesta en duda, de las que nos quedan escasos fragmentos.

⁴⁵ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 24-29, donde leemos los dos discursos.

⁴⁶ JENOFONTE (II 3, 18) dice «Critias y los otros Treinta», destacando el papel personal de Critias, pero ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 37, 30) no destaca a Critias y se refiere en general a «los Treinta».

⁴⁷ Junto a la sala donde se celebraban las reuniones del Consejo había un santuario donde se encontraban las estatuas de Zeus y de Atenea, protectores de la *boulê*, y un altar dedicado a Hestia *Boulaía*, junto al que se hacían los juramentos solemnes y buscaban refugio los que se encontraban en peligro durante las sesiones del Consejo.

⁴⁸ Éste es el único testimonio de la intervención de Sócrates.

⁴⁹ Sobre la muerte de Terámenes, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 50-56. CICERÓN (*Tusculanas*, 40 y 42) comparaba su actitud ante la muerte con la de Sócrates. Según JENOFONTE (II 3, 55), murió bebiendo cicuta.

⁵⁰ ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 371, 1, sitúa la ejecución de Terámenes más tarde, después de la ocupación de File por los demócratas.

⁵¹ Cf. *supra*, XIV 4, 4.

⁵² Cf. DIODORO, trad. cit., XII 84, 3 y nota 683; *supra*, XIII *passim*.

⁵³ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 39-40, que sitúa la muerte de Nicérato y de los metecos antes de la de Terámenes, que en su alegato contra Nicias le echa en cara aquellas muertes.

⁵⁴ Diodoro dobla el número de metecos víctimas de los Treinta que nos da Jenofonte.

⁵⁵ Se trata del mismo personaje en honor del cual, en el *Banquete* de Platón, el rico Calias organiza un banquete para celebrar su victoria en el pancracio (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15).

⁵⁶ Jenofonte no nos da el número de los que huyeron, pero, según ISÓCRATES (*Areopagítico* VII 67), fueron más de cinco mil los atenienses que huyeron al Pireo, y unos quinientos los ejecutados por los Treinta, el mismo número que se encuentra en ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 35, 4.

⁵⁷ Nos ceñimos a la lectura *pólin* de los manuscritos. Algunos editores la han encontrado insatisfactoria y se han propuesto diversas correcciones como la adición de un *tapeínēn* (Wurm), con lo que la traducción sería «que veían la ciudad de Atenas humillada».

⁵⁸ Cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 27, 5.

⁵⁹ Argos era enemiga tradicional de Esparta y se había opuesto a marchar contra Atenas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2-7).

⁶⁰ PLUTARCO (*Vida de Lisandro* 27) se refiere al duro decreto de Esparta contra los exiliados atenienses y a la toma de posición de Tebas, que, por temor a Esparta, cambiaba de actitud, ya que en el momento de la rendición de Atenas había mostrado un tremendo encono contra los atenienses (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 8; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15, 3-4); y luego, al caer los Treinta, se negará, igual que Corinto, a marchar contra el Pireo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 5).

⁶¹ Sobre Dionisio I, cf. *supra*, XIII 75 y nota 429; 91, 3 y nota 500; 92, 1; 96, 4 y nota 515; y *passim*. Sorprende aquí la expresión «el tirano de los sículos» (cf. asimismo *infra*, XIV 18, 1), título inusual para designar a Dionisio, al que normalmente Diodoro llama «el tirano de los siracusanos» (cf., por ejemplo, *supra*, XIII 109, 1; XIV 1, 2; *infra*, XIV 14, 1; 441, 1). Se ha pensado que puede obedecer al deseo de señalar la aspiración de Dionisio de extender su poder sobre toda la parte no cartaginesa de Sicilia.

⁶² En el 405, Dionisio, cuyo poder era aún inestable, prefirió sellar la paz con Himilcón, pese a que no era ventajosa, puesto que reconocía el dominio cartaginés sobre gran parte de la isla. Selinunte, Hímera, Acragante, Gela y Camarina pasaban a ser tributarias de Cartago y eran privadas de sus fortificaciones, mientras que Leontinos, Mesene y los sículos conservaban su autonomía (cf. *supra*, XIII 114, 1).

⁶³ Sin aceptar la corrección de Reiske (*mállon* por *méllon*), en cuyo caso la traducción sería «pensaba en dedicarse con mayor empeño a dar estabilidad a su tiranía».

⁶⁴ Diodoro recalca el deseo de los siracusanos de liberarse de la tiranía. Cf. *supra*, XIII 112; *infra*, XIV 45, 5; 75, 3.

⁶⁵ La isla de Ortigia, el núcleo originario de la ciudad de Siracusa.

⁶⁶ El Puerto Pequeño estaba situado al noreste de Ortigia, entre la costa de Acradina y la Isla; estaba destinado a las naves de guerra. El Puerto Grande acogía

a los barcos mercantes y era la bahía situada al sur de Ortigia. Cf. TUCÍDIDES, VII 22, 1.

⁶⁷ Cf. *infra*, 61, 2.

⁶⁸ El término *xénos*, «extranjero», puede referirse a los metecos o a los mercenarios que recibían un lote (*klêros*) de Dionisio. Se emplea frecuentemente como equivalente de mercenario (*misthophóros*), como en XIV 8, 3.

⁶⁹ Dionisio toma pues una serie de medidas consustanciales con la tiranía como son las distribuciones entre sus partidarios y el otorgamiento del título de ciudadano a los esclavos liberados, ligándolos así a su suerte (cf. *infra*, 78, 3; PLATÓN, *República* VIII 566 a; ARISTÓTELES, *Política* V 1313 b).

⁷⁰ Herbeso era una ciudad sícula situada al norte de Siracusa y cerca de Leontinos. Con este ataque Dionisio violaba el tratado del 405 con Cartago; después, en el 396, hizo la paz con este pueblo (cf. *infra*, 78, 7). Existía otra ciudad homónima situada cerca de Acragante (cf. DIODORO, XXIII 8, 1 y 9, 5).

⁷¹ Se refiere a la revuelta de la caballería del 405, rebelión ligada a sectores aristocráticos; de los sublevados, unos fueron eliminados y otros huyeron a Etna (cf. *supra*, XIII 112; 113, 3).

⁷² Cf. DIODORO, trad. cit., XI 49, 1 y 76, 3 y nota 560.

⁷³ Las Epípolas son la meseta triangular que se extiende al norte y al oeste de la ciudad. (cf. su descripción en TUCÍDIDES, VI 96, 1-2). Era un lugar de gran interés estratégico; durante la expedición a Sicilia, los atenienses lo ocuparon (cf. TUCÍDIDES, VI 97) igual que en el presente pasaje hacen los siracusanos frente a Dionisio, que luego fortificará la meseta (cf. *infra*, 18, 2-8) y la incluirá en el área urbana, convirtiéndola en uno de los cinco distritos de Siracusa. En cuanto a los otros distritos, el más antiguo era el de Ortigia (la Isla), al que se añadió el suburbio de Acradina (situado en la zona inmediata al otro lado del estrecho canal que lo separaba de la Isla), que se fue ampliando, luego Tica o Tique (en la parte noreste de las Epípolas, según Lafonde-Letronne-Göller, Cavallari-Holm y otros, pero situado al sur por H. P. Drögemüller; cf. DIODORO, trad. cit., XI 68, 1 y nota 509), y finalmente Neápolis, al oeste de Acradina.

⁷⁴ De Mesene, la actual Mesina, colonia griega fundada hacia el 725, originariamente con elementos calcideos, predominantemente procedentes de Eubea, con el nombre de Zancle (cf. TUCÍDIDES, VI 4, 5-6). En el 490-489, Anaxilas, tirano de Regio, la conquistó y expulsó a los samios que se habían establecido allí, instalando a un grupo de mesenios y fundando de nuevo la ciudad con el nombre de Mesene. Debido a su situación en el estrecho fue un notable centro comercial de gran importancia estratégica. Fue destruida por los cartagineses en el 396 (cf. *infra*, 56, 58) y reconstruida luego por Dionisio I (cf. *infra*, 78, 5; 87, 1).

⁷⁵ Tanto Mesene como Regio, cuya posición estratégica, a uno y otro lado del estrecho de Mesina, era muy importante, tenían razones para ayudar a los siracusanos frente a la tiranía, régimen que odiaban por haberlo conocido hasta la caída del hijo de Anaxilas en el 461 (cf. DIODORO, XI 76); y sobre todo les inquietaba el creciente poder de Dionisio (cf. *infra*, 40, 1); contaban con

considerables fuerzas navales (cf. *infra*, 44, 3). Dionisio procurará conseguir su alianza, y logrará la de Mesene, antes de emprender la guerra contra Cartago (44, 3-5).

⁷⁶ En un cierto descuido estilístico, Diodoro repite en un corto espacio la expresión *synepilabésthai tês eleutherías*.

⁷⁷ Las personas de confianza de un monarca o de un tirano a las que se recurría en situaciones particulares, con lo que se daba una apariencia de legitimidad a las decisiones. En este caso de Dionisio eran un grupo ligado desde antiguo al tirano (cf. *supra*, XIII 111, 1; XIV 7, 4-5; *infra*, 61, 2).

⁷⁸ El padre natural de Dionisio se llamaba Hermócrates (cf. *supra*, XIII 91, 3, y nota 500), y la madre de Dionisio se habría casado en segundas nupcias con Heloris, que luego aparecerá enfrentado a Dionisio (cf. *infra*, 87, 1-2; 90, 5-7; 103-104).

⁷⁹ Frase célebre citada por diversos autores. PLUTARCO registra una máxima semejante atribuyéndola al propio Dionisio (cf. *Obras morales y de costumbres*, intr. trad. y notas M. LÓPEZ SALVÁ y M. A. MEDEL, BCG, Madrid, 1987, 175 d y 783 c-d) y también la cita sin precisar el autor (*Vida de Catón el Viejo* 24, 11). También aparece en ISÓCRATES, que en *Arquidamo* VI, 44-45, la pone en boca de un pariente de Dionisio en el 396, con ocasión del sitio de Siracusa, mientras que luego (46) la misma frase habría devuelto el coraje a Amintas, rey de Macedonia, en el 393. Aparece también en ELIANO (*Historias curiosas* IV, 8) y en FILÓSTRATO (*Vidas de los sofistas* I 16, 4), que la atribuye a Critias, uno de los Treinta; y Procopio la cita en boca de Teodora, emperatriz de Bizancio (cf. *Historia de las Guerras. Guerra Persa*, ed. F. A. GARCÍA ROMERO, Madrid, Gredos, 2000, I 24, 37).

⁸⁰ Políxeno se casó con Teste, hermana de Dionisio, en el 406 (cf. *supra*, XIII 96, 3; y PLUTARCO, *Vida de Dión* 21, 7). También era cuñado de Hermócrates, el padre de la primera mujer de Dionisio. El tirano le desterró en el 387 (cf. *infra*, 62, 1).

⁸¹ Para sus empresas en Sicilia, Cartago recurrió con frecuencia a los mercenarios campanos (cf. *supra*, XIII 44, 1-2 y 4; 62, 5; 80, 4; 85, 4; 110, 5-6), que no siempre fueron fieles (cf. *supra*, XIII 88, 5).

⁸² Sobre Filisto, cf. *supra*, XIII 91, 4 y nota 502; y 103, 3.

⁸³ Es decir, no abandonar más que en caso de muerte. En otro pasaje (XX 78, 1-3) el mismo Diodoro atribuye la expresión a Megacles, cuñado de Dionisio. También la recuerda PLUTARCO (*Vida de Dión* 35, 5-7) citando a Timeo.

⁸⁴ Agirio era la ciudad natal de Diodoro (cf. DIODORO, I 1, 4). Era una ciudad del interior, la actual Agira, situada en la ladera de una colina junto al río Salso, afluente del Simeto; se encontraba a 25 km al nordeste de Ena, y pasaba por allí el camino que unía el interior de Sicilia con Catana. Agiris era el señor más poderoso del interior y el tirano más importante después de Dionisio (cf. *infra*, 95, 4), del que era aliado fiel (cf. *infra*, 78, 7; 95, 6-7). Su sucesor, Apoloniades, fue expulsado por Timoleonte en el 399 (cf. DIODORO, XVI 82-83).

⁸⁵ La Neápolis, situada al noroeste de la ciudad, se corresponde y amplía el antiguo barrio de Temenites.

⁸⁶ Cf. *supra*, XIV 7, 6-7.

⁸⁷ La conducta humanitaria de Dionisio, aunque tiene la intención política manifestada a continuación (9, 8), no deja de estar de acuerdo con los usos de respeto del vencedor a los muertos de los vencidos.

⁸⁸ No era infrecuente el recelo que inspiraban los mercenarios. Cf. *infra*, 78, 1. Con frecuencia se ganaba su adhesión concediéndoles territorios (cf. *infra*, 15, 3; 58, 2; 78, 2-3).

⁸⁹ Entela era una ciudad de los élimos situada en el interior de Sicilia, cerca del río Crimiso; se localiza en la actual Rocca d'Entella, unos 20 km al sudeste de Segesta. Según la tradición, su epónima era la mujer del troyano Egestes. Cf. *infra*, 61, 5. Sobre la presencia de campanos en Entela, cf. ÉFORO, citado por ESTEBAN DE BIZANCIO (*FGrHist* 70, fr. 68) y DIODORO, XVI 67.

⁹⁰ Diodoro narra con los mismos términos un hecho similar que tiene como protagonistas a los mercenarios de Siracusa acogidos en Mesene (cf. DIODORO, XXI 18, 2-3).

⁹¹ Almirante de la flota espartana o navarco (*naúarchos*), Según el mismo DIODORO (cf. *supra*, XIII 100, 8), Lisandro, nombrado navarco en el 408-407, no podía desempeñar este cargo por segunda vez, por lo que, aun siendo el verdadero comandante de la flota, tuvo que llevar el título de *epistoleús* (vicealmirante). Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 1, y PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 7, 3.

⁹² Cf. *supra*, XIII 66, 2, y nota 376.

⁹³ Cf. *supra*, XIV 3, 4.

⁹⁴ Según la tradición, el uso de la moneda de oro y plata había sido prohibido en Esparta por Licurgo, aunque el Estado podía utilizar las emisiones de otros pueblos (cf. JENOFONTE, *Constitución de los lacedemonios* 7, 6; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 17, 3-6).

⁹⁵ Sobre el tributo pagado a Esparta en esta época, cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 39, 2; ISÓCRATES, *Panegírico* 13, 3; POLIBIO, V 49, 10.

⁹⁶ El mismo personaje recibe el nombre de Aretes en XIV 70, 3.

⁹⁷ Este personaje tenía fama de bebedor. Cf. HERMIAS DE METIMNA, *FGrHist* 558, fr. 1; ELIANO, *Historias curiosas* II 41. Corinto era la metrópoli de Siracusa, con la que mantenía buenas relaciones (cf. *infra*, 69, 5); era normal por lo tanto que un corintio desempeñara un papel importante en Siracusa.

⁹⁸ Cf. *supra*, XIV 2, 1 y nota 10.

⁹⁹ En lugar de *therismòn*, «cosecha», Wurm sugiere *théatron*, con lo que se entendería que los envió al teatro. Sobre la medida de quitar las armas al pueblo, cf. *infra*, 15, 1 y 64, 4.

¹⁰⁰ Darío II, hijo de Artajerjes I, que subió al trono de Persia en el 423 (cf. DIODORO, XII 71, 1) y reinó hasta el 404. Apoyó a los espartanos (cf. *supra*, XIII 36, 5).

¹⁰¹ Farnabazo era sátrapa de la Frigia Helespónica, en Asia Menor noroccidental, cuya capital era Dascilio, identificada con Hisartepe. Alcibiades acudió a él después de la derrota de Egospótamos por temor a los lacedemonios (cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 37, 3-4). El hecho de que el asesinato de Alcibiades obedeciera al deseo del sátrapa de congraciarse con los lacedemonios aparece asimismo en otras fuentes (cf. ISÓCRATES, *Sobre el tronco de caballos* 40; LISIAS, XIV 27; ATENEO, XIII 574). También se esgrime como motivo el miedo que Alcibiades inspiraba a los Treinta, lo que hizo que éstos pidieran su muerte a Lisandro (cf. PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 38, 2-4; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibiades* 10, 2-6). Y en PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 39, 5, leemos otro motivo, refutado por el historiador, según el cual Alcibiades habría sido víctima de una venganza de los padres de una joven seducida.

¹⁰² Ciro el Joven era el segundo hijo de Darío II, que en el 408 lo envió a Sardes y lo nombró *cáranos*, es decir comandante de las tropas de Asia Menor, y sátrapa de Lidia, la gran Frigia y Capadocia (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 3; *Anábasis* I 9, 7); en esta época ayudó a Lisandro en las últimas fases de la Guerra del Peloponeso (cf. *supra*, XIII 70, 3). Cuando murió su padre, en el 404, fue convocado a la corte, donde subió al trono su hermano primogénito, Arsaces, que tomó el nombre de Artajerjes II; con la ayuda de su madre Parisátide, se libró de las acusaciones de traición que lanzó contra él Tisafernes (cf. *infra*, 80, 6) y, según nos cuenta JENOFONTE, *Anábasis* I 1, 3, a su regreso a Asia Menor se puso a organizar un ejército de mercenarios para marchar contra su hermano. Entre éstos se encontraba Jenofonte, que nos ha dejado un magnífico relato de la expedición (*Anábasis*) y del penoso retorno de los Diez Mil después de la derrota y muerte de Ciro (cf. *infra*, 37, 1-3).

¹⁰³ Según CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibiades* 10, 3, y PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 39, 1, estos hombres eran Bageo y Susamitres, hermano y tío de Farnabazo respectivamente.

¹⁰⁴ Melisa, el nombre de la aldea sólo aparece en ATENEO, XIII 574 e.

¹⁰⁵ Diodoro no precisa quién se encontraba con Alcibiades. Según CORNELIO NEPOTE, *Vida de Alcibiades* 10, 5-6, estaban con él un hombre y una mujer. ATENEO, XIII 574 e, da los nombres de Damasandra (o Timandra, según XII 535 e) y Teódoto; y PLUTARCO, *Vida de Alcibiades* 39, 1 y 4, habla de la cortesana Timandra, que honró a Alcibiades con unos magníficos funerales.

¹⁰⁶ Este testimonio de Diodoro sobre la edad y la fecha de la muerte de Demócrito en el 404 se considera erróneo. Parece que su muerte fue más tardía y, de todas formas, la tradición insiste en que falleció a una edad muy avanzada.

¹⁰⁷ Coronea era una ciudad beocia situada al oeste del lago Copais, en el camino entre Queronea y Tebas (cf. *infra*, 84, 1). La distancia entre Coronea y Tebas era de unos 35 km.

¹⁰⁸ Cf. la *Verrugo* de T. LIVIO, IV 58, 3; *infra*, 98, 5.

¹⁰⁹ Euclides fue arconte en el 403-402, año que se corresponde con el 406 varroniano. Los nombres de los tres tribunos citados están de acuerdo con los de T. LIVIO, 58, 6 y 59, 1, pero falta un nombre en la lista de Diodoro, que ha dicho que eran cuatro; el nombre omitido sería el de Gneo Cornelio Coso, mientras que los otros tribunos del 406 serían Publio Cornelio Rutilo, Numerio (o Gneo) Fabio Ambusto y Lucio Valerio Potito.

¹¹⁰ Sobre Bizancio, cf. DIODORO, XI 44, 3; *supra*, XIII 64, 2-3; 66, 4; 67, 1.

¹¹¹ Cf. *infra*, 97, 2-3, respecto a una petición de intervención semejante efectuada por los partidarios de los lacedemonios de Rodas.

¹¹² Clearco ya había intervenido en defensa de Bizancio frente a Alcibíades y los atenienses (cf. *supra*, XIII 66, 5-6).

¹¹³ Selimbria era colonia de Mégara como Bizancio; estaba situada en la costa al oeste de Bizancio y al este de Perinto. En el 409 fue ocupada por Alcibíades (cf. *supra*, XIII 66, 4; JENOFONTE, *Helénicas* I 3, 10; PLUTARCO, *Vida de Alcibíades* 30, 2-5); concluyó un tratado con Atenas (*Inscriptiones Graecae* I², 116 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 112). Jenofonte y los supervivientes de la expedición de los Diez Mil pasaron por allí (JENOFONTE, *Anábasis* VII 2, 28 y 5, 15).

¹¹⁴ Póros, «el Paso», cuyo nombre procede de su situación, en un espacio estrecho entre un lago y la costa. El lugar no aparece mencionado en otras fuentes.

¹¹⁵ Cf. *infra*, 19, 8, y JENOFONTE, *Anábasis* I 1, 9.

¹¹⁶ Cf. *supra*, XIV 11 y nota 102.

¹¹⁷ Cf. *infra*, 19, 2.

¹¹⁸ Los éforos de Esparta constituían un colegio de cinco magistrados, elegidos anualmente por la asamblea (*apéllos*); el más viejo de ellos daba nombre al año. Tenían el poder ejecutivo y judicial, cuidaban de los asuntos extranjeros, decidían la movilización del ejército y dos de ellos acompañaban a los reyes en las expediciones militares. Su nombre, *éphoroi*, significaba «inspectores», función originaria que se fue reforzando hasta convertirse en el órgano más poderoso del Estado.

¹¹⁹ Cf. *supra*, XIV 3, 4 y nota 24.

¹²⁰ Las dos dinastías reales de Esparta, los Agíadas y los Euripóntidas, se vanagloriaban de ser «descendientes de Heracles», dado que Agis y Euriponte eran hijos respectivamente de Eurístenes y Procles, a su vez hijos del Heraclida Aristodemo.

¹²¹ Los espartiatas u *hómoioi* («los iguales») eran los únicos ciudadanos de pleno derecho. En cuanto a las ambiciones de Lisandro, cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 24, 5-6; 30, 4; *Vida de Agesilao* 8, 3; CORNELIO NEPOTE, *Vida de Lisandro* 3, 5; ARISTÓTELES, *Política* V 1, 1301 b.

¹²² En Dodona, en el Epiro, junto al santuario de Zeus, había un importante oráculo, que tenía fama de ser el centro profético más antiguo de toda Grecia. En él las funciones mánticas, en la época clásica, correspondían a tres sacerdotisas, que

pronunciaban sus oráculos basándose en el murmullo del follaje de una encina sagrada (cf. HERÓDOTO, II 52, 2; 54-55). Según HOMERO (*Iliada* XVI 235), los intérpretes del oráculo habían sido originariamente hombres, luego sustituidos por mujeres debido posiblemente a la influencia delfica. Sobre su gran antigüedad, cf. ESQUILO, *Suplicantes* 249 ss.; PLATÓN, *Fedro* 275 b; ARISTÓTELES, *Meteorología* I 14 352 a; ESTRABÓN, VII 7, 10; IX 2, 4; DIONISIO DE HALICARNASO, I 18.

¹²³ Este Ferécrates (que en PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 25, 3, aparece como Ferecles) debía de ser originario de Apolonia de Iliria, ciudad cercana al Epiro.

¹²⁴ Cirene era una colonia de Tera, fundada hacia 630, en la costa septentrional de África, en la zona que luego por ella fue llamada Cirenaica. Fue un importante centro comercial, famoso por el comercio del silfio, una planta muy empleada en la medicina y en la gastronomía antiguas. Desde ella se difundió en Grecia el culto al dios egipcio Amón, asimilado a Zeus, muy venerado en Libia, donde había un importante oráculo en el oasis de Siwah. Lisandro se dirigió pues a tres centros oraculares muy importantes: el de Apolo en Delfos, el de Zeus en Dodona y el de Zeus-Amón en Siwah.

¹²⁵ Lisandro habría hecho esta promesa después de ver en sueños a Amón durante el asedio de Afitis, en Calcídica. Cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 20, 7-8, que tampoco cree en el motivo piadoso que alegaba Lisandro; PAUSANIAS, III 18, 3.

¹²⁶ Se trataba de un vínculo de hospitalidad privado y hereditario. El caso del nombre dado al hermano de Lisandro era frecuente cuando se establecían los lazos de hospitalidad. Se conoce otro Libis, padre del Lisandro que fue partidario de Agis y de sus reformas en el siglo III (cf. PLUTARCO, *Vida de Agis* 6, 3) y que era un descendiente del Lisandro de este pasaje según PAUSANIAS, III 6, 7.

¹²⁷ Cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 30, 3-4. Este discurso habría sido redactado por Cleón de Halicarnaso (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 25, 1, y CORNELIO NEPOTE, *Vida de Lisandro* 3, 5), que lo habría cobrado a buen precio (*polytelôs*), como hacían los sofistas cotizados.

¹²⁸ Naxos fue fundada por los calcideos de Eubea en la segunda mitad del siglo VIII a.C. (735-734); según la tradición era la colonia griega más antigua de la isla (cf. TUCÍDIDES, VI 3-5). Se encontraba en una pequeña península, al pie del Etna, y las escasas posibilidades de expansión de su emplazamiento llevaron a sus habitantes a fundar a su vez, después de cinco años, Leontinos (729-728), la actual Lentini, al sur de la llanura del Simeto, y, en el otro extremo de la llanura, Catana (728-727), la actual Catania.

¹²⁹ Esta empresa de Dionisio contravenía los términos del tratado con los cartagineses (cf. *infra*, XIII 114, 1).

¹³⁰ Cf. *supra*, XIV 7, 7 y 9, 8. Luego Dionisio dará esta plaza fuerte a los campanos de Catana (cf. *infra*, 58, 2).

¹³¹ El actual San Leonardo.

¹³² Ena era una ciudad sícula situada en el centro de la isla; muy influenciada por el mundo griego, tenía una gran importancia estratégica y comercial, por lo que era objeto de las apetencias de los tiranos de Siracusa. En sus intentos de conquistar

estas ciudades y ante las limitaciones de la poliorcética de la época, Dionisio, igual que en otras ocasiones, recurre a la astucia (cf. *infra*, 15, 1-2; 78, 7).

¹³³ Dionisio se apoderará de Ena en el 396-395 (cf. *infra*, 78, 7).

¹³⁴ Herbita estaba en el interior de Sicilia, en la zona de la actual Nicosia, al norte de Agirio y a 60 km al sudeste de Hímera, a medio camino entre ésta y Catana. El tratado de paz con los herbiteos se renovó en el 396-395.

¹³⁵ Como en Siracusa (cf. *supra*, XIV 10, 4).

¹³⁶ Se ha señalado que Dionisio trata a las ciudades griegas tomadas gracias a una traición con una severidad no inferior a la reservada a las conquistadas tras un largo asedio. No son escasos los ejemplos de rigor entre los griegos; respecto a la dureza de Dionisio con otras ciudades griegas, cf. *infra*, 66, 4; 68, 3. Las razones políticas le llevan, sin embargo, a una actitud diferente en otras ocasiones. y así se celebra su indulgencia frente a los italiotas (cf. *infra*, 105, 3-4).

¹³⁷ Los sículos no se lo agradecieron, ya que después (en el 396-395) se pasaron a los cartagineses.

¹³⁸ Los campanos eran mercenarios (cf. *Supra*, XIV 8, 5). Después, en el 396, les persuadió para que se trasladaran a Etna (cf. *infra*, 58, 2).

¹³⁹ De estos traslados de población tampoco faltan ejemplos. Piénsese, por ejemplo, en la conducta de los atenienses respecto a Potidea (cf. TUCÍDIDES, II 70, 3-4 = DIODORO, XII 46, 6-7), y en el caso de los espartiatas respecto a los mesenios (cf. *infra*, 34, 2).

¹⁴⁰ Este Arcónides sucedió a otro jefe del mismo nombre que había participado en la fundación de Caleacte en el 446 (cf. DIODORO, *trad. cit.*, XII 8, 2 y nota 49), al que se refiere TUCÍDIDES en VII 1, 4.

¹⁴¹ Se localiza en la costa septentrional de Sicilia, entre Cefalú y Milazzo, y sus restos pueden verse cerca de la iglesia de Santa María de Palati, próxima a Castel di Tusa. 50 km al oeste de Cefalú. Adoptamos la forma *Hálaisa*, «Halesa», coincidente con la latina *Halesa*, aunque algunos editores se inclinan por la forma sin aspiración *Álaisa*, «Alesa», sin aspiración, restituida por Wesseling de acuerdo con ESTRABÓN, VI 2, 1 y 5, y PTOLOMEO, 3, 4.

¹⁴² Arconidio era un calificativo que se añadía al nombre de la ciudad para diferenciarla como *Alaisa Archonidios*. Pero, pese a lo que aquí se dice, no se conoce otra Alesa en Sicilia.

¹⁴³ Esta exención tributaria concedida a Alesa por el senado y el pueblo romano se relaciona con la ayuda que prestó a Roma en el curso de la primera guerra púnica (cf. DIODORO, XXIII 4; CICERÓN, *Verrinas* II 122; III 6, 13; 170).

¹⁴⁴ Cf. *supra*, XIV 7, 1 y nota 62.

¹⁴⁵ Los manuscritos dicen *Boíous*, es decir «boyos», un pueblo galo del valle del Po. Se trata sin duda de un error, corregido por Wesseling, por *Bēíous*, los habitantes de Veyes o Veyo, los veyos o veyentes. Cf. *infra*, 43, 5. Era la más meridional de las ciudades etruscas, situada a 16 km al norte de Roma.

¹⁴⁶ Hay aquí una laguna evidente señalada por Rhodoman, ya que no sigue la exposición de motivos que se anuncia.

¹⁴⁷ Cf. TITO LIVIO, IV 59, 11.

¹⁴⁸ Cf. TITO LIVIO, IV 59, 3-10; HORACIO, *Sátiras* I 5; MARCIAL, *Epigramas* V, 1; VI 42; X 51, 57. La forma latina de Anxor es Anxur. Terracina está situada en la costa del Tirreno, al sur del promontorio Circeo.

¹⁴⁹ Su nombre era Micón. Cf. M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions*, II, Oxford, 1946-1948 (= *Greek Historical Inscriptions*, Chicago, 1985), pág. 316.

¹⁵⁰ El 402-401 de Diodoro se corresponde con el 405 varroniano, para el que T. LIVIO, IV 61, 1, da el nombre de seis tribunos: Tito Quintio Capitolino, Quinto Quintio Cincinato, Gayo Julio Julo, Aulo Manlio Vulsón, Lucio Furio Medulino y Manio Emilio Mamercino. Diodoro omite el segundo y los dos últimos, y su Aulo Mamilo es Aulo Manlio en Tito Livio (Cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 80).

¹⁵¹ El puerto de Oropo, situado en el límite entre el Ática y Beocia, enfrente de Eretria, perteneció durante gran parte del siglo V a los atenienses, que por allí hacían llegar el aprovisionamiento de víveres de Eubea (cf. TUCÍDIDES, VII 28, 1; VIII 60, 1). Los tebanos la tomaron por primera vez en el 412-411, y después hubo alternativas respecto a su control.

¹⁵² El estadio era una medida de longitud variable según los diversos sitios donde se usaba, pero como media equivalía a unos 180 m. En este caso la distancia indicada equivaldría a unos 1.300 m. La medida tendía a que Atenas no se beneficiara del puerto.

¹⁵³ Este relato de Diodoro sobre la anexión de Oropo por parte de Tebas encuentra confirmación en las *Helénicas de Oxirrínco*, que nos da la lista de los once distritos de la Confederación Beocia sin mencionar Oropo (cf. F. JACOBY, *FGrHist* 66, XI). Pese a la falta de esta mención, el territorio de Oropo (formado básicamente por una llanura costera de unos 25 km este-oeste y de unos 7 norte-sur, con el canal del Euripo al norte y una línea de montes que marcaban la frontera con el Ática al sureste y sur), desde el 401, debía de estar controlado por la Confederación Beocia. Antes del 401 la antigua Oropo estaba sobre la costa, en la bahía de Oropo (en el actual pueblo de Skala Oropou). Del presente testimonio de Diodoro se desprende que en el 401, o algún tiempo después, los beocios trasladaron a los oropios al nuevo emplazamiento del interior; pero este asentamiento no se ha encontrado, y es probable que fuera ocupado poco tiempo, dado que, antes del 366, Oropo pasó a pertenecer de nuevo a Atenas, con lo que la ciudad estaría nuevamente en la costa.

¹⁵⁴ Algunos editores (Reiske, Vogel, Oldfather) corrigen «Pausanias» substituyéndolo por «Agis», de acuerdo con JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 22, pero esta corrección se ha considerado innecesaria (Bonnet-Bennett); no debe de tratarse de un descuido de Diodoro, ya que la campaña contra Élide, que en JENOFONTE (III 2, 22-29) se realiza bajo el mando de Agis, está dirigida por Pausanias en DIODORO (*infra*, 17, 4-11), que debe de basarse en otra fuente. Pausanias y Agis eran los dos reyes de esta época.

¹⁵⁵ A Zeus Olímpico.

¹⁵⁶ Los eleos, que habían sido aliados tradicionales de Esparta, a cuyo lado habían combatido en la primera fase de la Guerra del Peloponeso, en el 420 se distanciaron de los lacedemonios porque éstos habían apoyado la independencia de Lepreo, en Trifilia (cf. TUCÍDIDES, V 31). El choque con Élide, del 426 al 399, se explica pues por la ruptura con los lacedemonios, a los que los eleos demostraron abiertamente su enemistad con la prohibición de participar en los juegos panhelénicos y de ofrecer sacrificios al dios de Olimpia (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 21-22, y TUCÍDIDES, V 49-50). Diodoro no se ha referido a la primera parte de este enfrentamiento en el momento oportuno del libro XII. Sobre la neutralidad elea en la Guerra de Decelia y las tensas relaciones entre Élide y Esparta, cf. V. ALONSO TRONCOSO, *Neutralidad y Neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)*, Madrid, 1987, págs. 488 ss.; R. A. BAUSLAUGH, *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, Berkeley-Los Ángeles, 1991, págs. 168 ss.

¹⁵⁷ Estas ciudades periecas (*períoikoi*) o limítrofes, sometidas desde la conquista de su territorio, son las de Pisátide, Acrorea y Trifilia, a las que se refiere con detalle JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 30.

¹⁵⁸ JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 21, señala como motivo el enfado de Esparta por la alianza de Élide con Atenas, Argos y Mantinea (cf. TUCÍDIDES, V 47).

¹⁵⁹ Son notables las diferencias de los relatos de JENOFONTE (*Helénicas* III 2, 21-31) y Diodoro respecto al enfrentamiento de lacedemonios y eleos. Jenofonte, según el cual quien estuvo al frente fue Agis, nos habla de tres años de guerra (400, 399 y 398). La primera expedición partió de Acaya y atacó Élide por el norte; duró poco a consecuencia de un terremoto que Agis interpretó como un aviso de los dioses. En la segunda, del 399, los lacedemonios partieron de Mesenia, ocuparon Trifilia y devastaron Élide hasta que en el 398 los eleos se vieron obligados a concluir la paz con Esparta aceptando importantes concesiones territoriales. Diodoro, en cambio, se refiere a una única expedición en el 402-401 mandada por Pausanias y de características diferentes, ya que arrancó de Arcadia (valle alto del Ladón, al norte de Olimpia), al este de Élide (Acrorea), conquistó Pilos junto al Peneo, ocupó y devastó Élide, y finalmente Pausanias se dirigió a Dime, en Acaya, para pasar el invierno. Y al año siguiente (401-400) los eleos llegaron a un acuerdo (cf. *infra*, 34, 1). Es probable, por tanto, que las dos versiones procedan de fuentes diferentes. Pausanias reinó primero del 445 al 426, aunque sólo nominalmente debido a su edad, en el período en el que su padre Plistoanacte estuvo exiliado por haber concluido con Atenas la paz de los treinta años; y después fue de nuevo rey en el 408, a la muerte de su padre (cf. *supra*, XIII 75, 1). Pudo pues participar en estas campañas lo mismo que Agis.

¹⁶⁰ De acuerdo con JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 25.

¹⁶¹ La fortaleza estaba situada en la frontera con Arcadia.

¹⁶² JENOFONTE (III 2, 25) coincide con Diodoro sólo en el caso de Epitalio, pero cita otras ciudades.

¹⁶³ Pilos estaba situada en la confluencia del Peneo y del Ladón, a unos 12 km al este de Élide (ochenta estadios según PAUSANIAS, VI 22, 5).

¹⁶⁴ La ciudad de Élide, fundada por sinecismo (cf. DIODORO, trad. cit., XI 54, 1 y nota 412) en el 471, junto al río Peneo, se había convertido en el centro político más importante del país.

¹⁶⁵ De Etolia, en la Grecia central.

¹⁶⁶ JENOFONTE (III 2, 27) habla de varios gimnasios y PAUSANIAS (VI 23, 1) precisa que eran tres; estaban situados a lo largo del río Peneo, en la orilla izquierda.

¹⁶⁷ Según JENOFONTE (III 2, 27), los lacedemonios no tomaron la ciudad, que no tenía murallas, porque no quisieron.

¹⁶⁸ Dime era un puerto situado en la Acaya occidental, al norte de Élide.

¹⁶⁹ Cf. *supra*, XIV 7, 1 y nota 61.

¹⁷⁰ En la segunda parte de la Guerra del Peloponeso, cuando Siracusa fue asediada por los atenienses conducidos por Nicias (cf. *supra*, XIII 7; TUCÍDIDES, 97-104).

¹⁷¹ Cf. *supra*, XIV 8, 1, y nota 73.

¹⁷² Esta Muralla de las Seis Puertas (*Hexápyla*, *Hexápylon*) se sitúa en la actual Scala Greca, en el lado septentrional de las Epípolas.

¹⁷³ El *eleuthérous*, «de condición libre», es suprimido por bastantes editores. Si se acepta, se referiría a que Dionisio, dada la magnitud y la urgencia de la empresa, recurrió a la participación de toda la población, sin limitarse a la mano de obra esclava.

¹⁷⁴ Un pletro era la sexta parte de un estadio y equivalía a unos treinta metros.

¹⁷⁵ Frente a las críticas al tirano, que manifiesta claramente en otras muchas ocasiones, Diodoro, junto a sus defectos, reconoce también sus aspectos positivos, como hace en este caso al señalar la forma en que afrontó la fortificación de las Epípolas; ya antes se ha referido a su espíritu práctico en la fortificación de Ortigia y en la organización de la ciudad (cf. *supra*, XIV 7, 1-5).

¹⁷⁶ Se ha señalado que a esta rapidez en la construcción, sin duda exagerada, pudo contribuir la calidad de la piedra calcárea siracusana, fácil de trabajar (cf. H. P. DRÖGEMÜLLER, *Syrakus: Zur Topographie und Geschichte einer griechischen Stadt*, Heidelberg, 1969, pág. 98).

¹⁷⁷ Es decir, 1,20 m.

¹⁷⁸ El arconte del 401-400 se llamaba Jenéneto o Xenéneto (*Xenáinetos*). Cf. M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions*, II, Oxford, 1946-1948 (= *Greek Historical Inscriptions*, Chicago, 1985), pág. 316.

¹⁷⁹ El 401-400 de Diodoro se corresponde con el 404 varroniano. Los seis tribunos militares con potestad consular fueron Gayo Valerio Potito, Manio Sergio Fidenas, Publio Cornelio Maluginense, Gneo Cornelio Coso, Cesón Fabio Ambusto y Espurio Naucio Rutilo. Falta un nombre en la lista de Diodoro (cf. T. LIVIO, IV 61, 4; T. R. S. BROUGHTON, ob. cit. I, pág. 81).

¹⁸⁰ Cf. *supra*, XIV 11, 2 y nota 102.

¹⁸¹ Cf. *supra*, XIV 12, 8; JENOFONTE, *Anábasis* I 1, 1-4, que elogia a Ciro, cuyo talento militar también es recordado por PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 6, 1.

¹⁸² Según JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 1, Ciro puso el pretexto de marchar contra los Písidas (cf. *infra*, 19, 6).

¹⁸³ Se recuerda lo mismo en JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 1 y *Anábasis* III 1, 5. Ciro prestó su ayuda a Esparta en el 407-406 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 4, 3-5; 5, 2-7, y *supra*, XIII 70, 3).

¹⁸⁴ Sobre el cargo de navarco, cf. *supra*, XIII 39, 1 y nota 248; XIV 10, 1 y nota 91. El nombre del navarco, Samo, aparece como Samio en JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 1.

¹⁸⁵ Los lacedemonios tenían treinta y cinco trirremes y setecientos hombres de infantería, según JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 2-3.

¹⁸⁶ El egipcio Tamos (cf. *infra*, 6), según JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 2, sólo tenía veinticinco trirremes. Así, mientras que en Diodoro el conjunto de la flota es de setenta y cinco unidades, Jenofonte sólo habla de sesenta.

¹⁸⁷ Sardes, la ciudad más importante de Lidia, estaba situada junto a la confluencia del Pactolo (Sat Çay) y del Hermo (Sarisu) y al nudo de rutas hacia Éfeso, Esmirna, Pérgamo y el interior de Asia; llegaba allí la vía real que provenía de Susa. Fue la capital del reino de Lidia conquistado por Ciro el Grande en el 546 y después se convirtió en la sede del sátrapa de las zonas costeras de Asia Menor.

¹⁸⁸ La Gran Frigia estaba situada al este de Lidia y de Caria; al sur limitaba con Licia, Pisidia y Cilicia, al este con Capadocia y al norte la Frigia Helespóntica. Jonia y Eólida, las zonas central y septentrional respectivamente de la costa occidental de Asia Menor, estaban separadas por la desembocadura del Hermo y, junto con la Dóride, al sur, constituían las tres regiones griegas, diferenciadas étnica y lingüísticamente.

¹⁸⁹ Cf. *infra*, 35, 3; TUCÍDIDES, VIII 31, 2 y 87, 1-3.

¹⁹⁰ Según JENOFONTE, *Anábasis* I 7, 10, los bárbaros que acompañaban a Ciro eran cien mil. En cuanto a los tres mil hombres de caballería, cf. *infra*, 22, 5-6, donde se detalla su distribución.

¹⁹¹ Respecto a la enumeración de los jefes de los mercenarios griegos con sus fuerzas respectivas, cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 3. En Diodoro faltan tres nombres: Jenias de Arcadia, Soféneto de Estinfalia y Pasió de Mégara. Y Menón de Tesalia, según Jenofonte, no se unió a Ciro en Sardes, sino en Colosas, en Frigia.

¹⁹² Sobre el miedo de los soldados, cf. *infra*, 20, 4-5 y 21, 6. Según JENOFONTE, *Anábasis* II 1, 19, los comandantes griegos, a excepción de Clearco, desconocían asimismo el verdadero fin de la expedición.

¹⁹³ O «de Capadocia» según la corrección de Wurm, aceptada por Oldfather.

¹⁹⁴ Las Puertas Cilicias eran el paso del Tauro, el actual *Gölek Boğazi*, a unos 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar. El desfiladero desembocaba en la

llanura Cilicia, una de las zonas más fértiles de Asia Menor, descrita magníficamente por JENOFONTE (*Anábasis* I 2, 21-23), que en cambio es menos preciso que Diodoro en la descripción del paso y las fortificaciones. Era la vía accesible que cruzaba el Tauro y unía Asia Menor con Siria (cf. ESTRABÓN, *Geografía* Libros XI-XIV, intr., trad. y notas de M.^a PAZ DE HOZ GARCÍA-BELLIDO, BCG 306, Madrid, 2003, XII 2, 7 y 9).

¹⁹⁵ Unos tres kilómetros y medio.

¹⁹⁶ Tarso estaba situada en el extremo occidental de la llanura, junto al río Cidno. Era la sede del monarca, al que se conocía como Siénesis (*Syénnesis*), que en realidad era un título y no el nombre propio. Cometieron el error de tomarlo por nombre propio tanto Diodoro como HERÓDOTO (I 74; VII 98) y JENOFONTE (*Anábasis* I 2, 12; 21; 26 etc.).

¹⁹⁷ Esta pequeña monarquía de Cilicia habría surgido hacia el siglo VII y subsistió tras haber perdido su independencia y haber sido incorporada al imperio persa; en el siglo IV, tal vez a consecuencia de los hechos que siguen, pasó a ser una satrapía más.

¹⁹⁸ Seguimos el texto corregido por Wurm.

¹⁹⁹ El papel de Siénesis es diferente en JENOFONTE, *Anábasis* I 2, 12-27, según el cual es Epiaxa, la mujer de Siénesis, quien primero se presenta a Ciro y le da dinero en abundancia, no hombres, y se dice que Ciro mantuvo relaciones íntimas con la cilicia, mientras que Siénesis comenzó por huir y sólo posteriormente aceptó tratar con Ciro convencido por su mujer; pero Jenofonte no habla ni de sus hijos ni de la astucia a la que se refiere Diodoro.

²⁰⁰ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 3. En realidad los soldados se negaron a seguir adelante al sospechar que iban contra el Rey, pero finalmente decidieron continuar gracias a la intervención de Clearco, no mencionada por Diodoro, y a los nuevos argumentos y complemento de sueldo acordado por Ciro.

²⁰¹ Bactra, llamada también Zariaspa, era una ciudad de Bactria, región oriental del imperio persa en el valle medio del río Oxo (el actual Amu-Darya) que actualmente ocupa parte de Afganistán y Turkmenistán, «país grande y productivo en todo excepto en aceite» (cf. ESTRABÓN, *Geografía*, trad. cit., XI 11, 1-2).

²⁰² Este sátrapa enemigo de Ciro es Abrócomas en JENOFONTE, *Anábasis* I 3, 20.

²⁰³ Las Puertas o Puertas Sirias eran un importante paso que marcaba la frontera entre Cilicia y Siria; se describe a continuación un desfiladero que se corresponde con el actual paso del Beilán, que atraviesa la cordillera compuesta por el Elma Dagħ al norte y el Giaur Dagħ al sur. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 4; ESTRABÓN, *Geografía*, trad. cit., XIV 5, 3 y 19.

²⁰⁴ *Ámanos*, corrección necesaria de Wesseling por el erróneo *Libanos* de los manuscritos (cf. DIODORO, XIX 58, 2-3).

²⁰⁵ Algo más de unos quinientos metros.

²⁰⁶ Para la descripción de su recorrido así como del curso del Tigris, cf. ESTRABÓN, *Geografía*, trad. cit., XI 12, 3-4.

²⁰⁷ Una mina equivalía a cien dracmas; eran por tanto quinientas dracmas, una suma elevada, equivalente, se calcula, a un mes y medio de soldada.

²⁰⁸ Cf. JENOFONTE, *Anábasis*, de I 4, 3 a I 6. Diodoro da aquí pocos detalles.

²⁰⁹ Ecbatana, la actual Hamadán, en Irán, era la antigua capital de Media, y después de ser conquistada por Ciro el Grande en el 550 se había convertido en la residencia estival de los monarcas persas. Cf. HERÓDOTO, I 98; ESTRABÓN, *Geografía*, trad. cit., XI 13, 1, 5-7; 14, 14; XVI 1, 16.

²¹⁰ Pese a ser una cifra considerable, aún es mayor en JENOFONTE, *Anábasis* I 7, 11, donde se habla de un millón doscientos mil hombres sin contar seis mil soldados de caballería. PLUTARCO da primero la cifra de novecientos mil hombres (en *Vida de Artajerjes* 7, 3), pero un poco después (13, 3) la reduce a cuatrocientos mil basándose en Ctesias.

²¹¹ O sea 17,75 m de ancho por una profundidad de 2,96 m si se toma como base el pie ático. JENOFONTE (I 7, 14-15) da otras medidas, una anchura mucho menor (el equivalente a unos 9 m) y un fondo mayor (5,5 m aproximadamente). PLUTARCO (*Vida de Artajerjes* 7, 1) nos da una gran longitud para esta obra de defensa o canal, 400 estadios, es decir, 74 km; y JENOFONTE (I 7, 15) habla de doce parasangas, o sea, unos 70 km.

²¹² Región montañosa en la costa del Ponto Euxino (Mar Negro); su caballería tenía fama de ser la mejor del ejército persa.

²¹³ *Arídaïos*, o Arrideo (*Arridaïos*). Llamado Arieo (*Ariaïos*), lugarteniente de Ciro, en JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 5; 9, 31; II 2, 1. Cf. *infra*, 80, 8.

²¹⁴ Sables rectos, no curvos como la cimitarra (*akinákēs*) persa.

²¹⁵ Los carros falcados. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 10; PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 7, 4. Parece que eran más espectaculares que eficaces (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 20).

²¹⁶ El peán era un canto que invocaba a Apolo para alejar los males; los soldados lo entonaban antes de la batalla para propiciar la victoria; se cantaba igualmente cuando partían los ejércitos o las flotas o cuando se conseguía la victoria, y al término de libaciones o sacrificios; contribuía a unir y a reforzar los ánimos y a atemorizar al enemigo que esperaba el ataque, aunque en el momento del ataque se lanzaba el grito de guerra. También fue cantado fuera del ámbito militar, en fiestas religiosas o banquetes; y se utilizó asimismo para honrar a otras divinidades además de Apolo.

²¹⁷ Se trata de una maniobra clásica; véase, por ejemplo, la descripción de la carga de los griegos contra los persas en Maratón en HERÓDOTO, VI 112.

²¹⁸ Estamos aquí ante la batalla que se libró cerca de Cunaxa, un pueblo situado al norte de Babilonia. El nombre se encuentra en PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 8, 2.

²¹⁹ La situación, más que al azar, se debe a la costumbre de todos los jefes bárbaros según JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 22.

²²⁰ Alusión a la mítica expedición de los Siete contra Tebas y a la muerte de Polinices y Eteocles, hijos de Edipo y de Yocasta. Cf. DIODORO DE SICILIA, trad. cit., IV 64-65.

²²¹ Tisafernes fue desde el 413 sátrapa de Lidia, Frigia y Capadocia, con sede en Sardes. Inició la política de intervención persa en la Guerra del Peloponeso negociando en el 412 una alianza con Esparta (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 18; 37; 58). Para debilitar a ambos bandos, también trató de llegar a pactos con los atenienses, intento fallido (cf. TUCÍDIDES, VIII 53-54, 2; 56, 2). En el 408 cayó en desgracia en la corte y fue sustituido por el joven Ciro y enviado a Caria, hecho que determinará la rivalidad con Ciro, que le llevó a denunciarlo ante su hermano Artajerjes II después de la muerte de Darío II (cf. *supra*, XIV 11 y nota 102). Tuvo un papel importante combatiendo al lado de Artajerjes en Cunaxa y, después de la muerte de Ciro y la victoria del Rey, fue reintegrado como sátrapa de las zonas costeras y tuvo que hacer frente a la ofensiva lacedemonia (cf. *infra*, 35-36; 39). Después de la derrota sufrida en Sardes frente a Agesilao, fue depuesto y asesinado por orden de Artajerjes (cf. *infra*, 80).

²²² Sobre este duelo y muerte de Ciro, cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 26-27; PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 10-11.

²²³ Cf. *infra*, 24, 7, y JENOFONTE, *Anábasis* I 9, 31 y II 1, 3.

²²⁴ Sobre el levantamiento de un trofeo, cf. *infra*, 29, nota 258.

²²⁵ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 10, 5-9; PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 8, 2, que nos da el nombre del sitio que se ha utilizado para designar la batalla.

²²⁶ Cf. PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 13, 3, donde se cita a Ctesias, que vacila entre los nueve mil y los veinte mil hombres.

²²⁷ Este Falino, *Phálynos* (*Phállynos* en PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 13, 3-4; *Phalínos*, según JENOFONTE, *Anábasis* II 1, 7, y un manuscrito de Diodoro) estaba al servicio de Tisafernes como *hoplomáchos*, un maestro de armas que adiestraba a los soldados.

²²⁸ Cf. DIODORO, XI 4, 2-7 y 5, 4-5.

²²⁹ Cf. DIODORO, XI 5, 5. Heródoto no se refiere a esta respuesta.

²³⁰ Siguiendo la corrección de Bezzel (*ekeinou* por *koinôn*) aceptada por Oldfather. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* II 1, 12.

²³¹ Han llamado la atención las diferencias entre los relatos de Diodoro y de Jenofonte respecto al encuentro de los mensajeros de Artajerjes con los jefes de los mercenarios griegos; Diodoro atribuye a Próximo la respuesta que Jenofonte pone en boca de Teopompo, y a Sófilo la de Próximo, y añade la intervención de Sócrates de Acaya (cf. JENOFONTE, *Anábasis* II 1, 7-23).

²³² Para evitar atravesar el desierto de Siria, los griegos se dirigieron hacia el norte. Remontaron una gran parte del curso del Tigris y atravesaron Armenia antes de poder llegar a Trapezunte, en el Ponto Euxino.

²³³ La tregua de tres días parece una simplificación de Diodoro de unas negociaciones que, según JENOFONTE (*Anábasis* II 3, 1-16 y 17-29), tuvieron lugar en dos tiempos.

²³⁴ Sobre la distribución de recompensas, y también sobre el castigo a los traidores, cf. PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 14.

²³⁵ Plutarco no menciona a Tisafernes con ocasión de la batalla de Cunaxa y sus consecuencias inmediatas. En Jenofonte es el propio Tisafernes quien recuerda sus méritos en el curso de las negociaciones con Clearco (*Anábasis* II 3, 17-19), y no se habla del matrimonio de Tisafernes con la hija del Rey, ya que, según JENOFONTE (II 4, 8 y III 4, 13), es Orontas, gobernador de Armenia, quien se convierte en yerno del Rey. Posteriormente Tisafernes fue ejecutado por orden de Artajerjes (cf. *infra.* 80, 8 y JENOFONTE, *Anábasis* III 4, 25).

²³⁶ Después de este pasaje, Diodoro no vuelve a referirse a Arideo, que efectivamente traicionó a los griegos según vemos en JENOFONTE, *Anábasis* II 6, 35-40.

²³⁷ Hay una importante laguna en el texto, que tiene un sentido aceptable con la adición de estas palabras.

²³⁸ Estos capitanes eran los *lochagoí*, cada uno al mando de un *lóchos*, una unidad de cien hombres (cf. JENOFONTE, *Anábasis* III 4, 21). Los generales eran cinco, según JENOFONTE (II 5, 3), que nos da sus nombres. Diodoro coincide con Jenofonte en el número de capitanes y soldados.

²³⁹ Diodoro simplifica aquí el desarrollo de este encuentro, más extenso en JENOFONTE, *Anábasis* II 5, 2-27.

²⁴⁰ El arcadio Nicarco según JENOFONTE, *Anábasis* II 5, 33.

²⁴¹ Aquí se reanuda la retirada de los griegos interrumpida, en XIV 25, 8, por las negociaciones y el engaño de Tisafernes. Diodoro no dice nada respecto al papel desempeñado por Jenofonte.

²⁴² Menón aparece como un traidor en el *Anábasis*; en II 1, 5 y 2, 1, es presentado como amigo y huésped de Arieo, y en II 5, 28, es objeto de las sospechas de Clearco. En II 6, 29, JENOFONTE nos da de él una visión muy negativa y se refiere a su fin miserable un año después de los otros generales (cf. ATENEO, XI 506 a-b, y CTESIAS, *Historia de Persia* 62). Se trata del mismo Menón del diálogo de PLATÓN, en el que se hace referencia a sus lazos de hospitalidad con el Rey de Persia (cf. *Menón* 78 d). Respecto al trato dado a Clearco, cf. PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 18, 1-5, que cita a Ctesias.

²⁴³ Con la lectura *symmáchous*. Vogel sugiere *synárchontas*, «con sus compañeros de mando».

²⁴⁴ Los carducos eran un pueblo de montaña para llegar al cual los griegos tuvieron que remontar la orilla izquierda del Tigris y atravesar el Zapatas, afluente del Tigris (cf. JENOFONTE, *Anábasis* II 4, 28; 5, 1; III 3, 6). Correspondientes a los actuales kurdos, se trata de un pueblo belicoso, independiente del Rey, que a lo largo de la historia han destacado por su resistencia a cualquier dominación. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* III 5, 16.

²⁴⁵ Sobre el armamento de los carducos, cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 2, 27-28.

²⁴⁶ El codo equivalía a unos 44 cm.

²⁴⁷ Afluente del Tigris que sirve de límite entre el país de los carducos y el de los armenios. Es el actual Botan-su.

²⁴⁸ Tiribazo era sátrapa de Armenia Occidental. Pese al acuerdo concluido, trató de traicionar a los griegos (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 4, 6-22).

²⁴⁹ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 5.

²⁵⁰ En el texto hay una laguna; el sentido queda claro confrontándolo con JENOFONTE, *Anábasis* IV 5, 25. Estas viviendas subterráneas todavía se encuentran en la Armenia actual.

²⁵¹ El Fasis, el actual Rioni, es un conocido río que atraviesa la Cólquide y desemboca en el Ponto Euxino; pero el río de Armenia citado aquí, que también JENOFONTE (*Anábasis* IV 6, 4) llama Fasis, se identifica con el curso superior del Araxes.

²⁵² Cf. asimismo JENOFONTE, *Anábasis* IV 6, 4, donde se habla de los taocos y los fasianos. Estos caos (*Cháoi*) citados por Diodoro podrían ser los taocos (*Táochoi*) de Jenofonte o los taos (*Táoi*) mencionados por Soféneto (cf. ESTEBAN DE BIZANCIO, s. v. *Táoi*).

²⁵³ Pueblo de Armenia distinto de los caldeos de Babilonia. En el pasaje correspondiente (IV 6, 4) JENOFONTE, junto a los taocos y a los fasianos, cita a los cálibes; pero en otros pasajes habla de los caldeos como uno de los pueblos que resistieron a los griegos en Armenia. Como los cálibes (*Anábasis* IV 7, 14-17), los caldeos tenían fama de pueblo aguerrido (*Anábasis* IV 3, 4), perteneciente al grupo de pueblos que rechazaban la autoridad real (*Anábasis* IV 5, 17). Su nombre figura también en la lista de países atravesados por los griegos en la última parte del *Anábasis* (VII 8, 25). En cuanto a los caldeos de Babilonia, cf. DIODORO, XV 50, 3.

²⁵⁴ Harpaso en JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 18. Sería el Acampsis, el actual Tschoruk, que desemboca en el mar Negro, cerca de Batum. La anchura de cuatro pletros equivale a unos 120 metros. Los griegos siguieron su curso sin atravesarlo hasta Gimnasia.

²⁵⁵ Escitenos en JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 18 y 8, 1.

²⁵⁶ Gimnias en JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 19.

²⁵⁷ Monte llamado Teques por JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 21, una altura no identificada. En Jenofonte llegan a él en cinco días solamente. La escena es famosa; los soldados de vanguardia se pusieron a gritar «¡el Mar, el Mar!», un grito emocionado que significaba para ellos la salvación, un clamor que inspiró el grito esperanzado «América, América» del emigrante armenio de la conocida película de Elia Kazan. En el relato de Jenofonte los griegos se abrazaban los unos a los otros llorando, mientras que en Diodoro levantaron las manos hacia los dioses para darles las gracias. Puede observarse además en el presente relato que Diodoro no menciona al jefe de la retaguardia, es decir, a Jenofonte (cf. *Anábasis* IV 7, 21-27).

²⁵⁸ En JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 27, el presente es mayor, ya que se añade un caballo y diez daricos, además de los anillos regalados por los soldados. En cuanto al trofeo, la descripción que aquí se hace corresponde a un tipo de trofeo usado en el mundo griego; era un túmulo de piedras con los despojos arrebatados al enemigo colocados encima (cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 7, 25-26). Había otros tipos como el de suspender armas del enemigo vencido en una columna de madera o tronco de árbol en el mismo campo de batalla; y también se conmemoraron las victorias por medio de monumentos o templos erigidos en las ciudades o mediante exvotos depositados en los santuarios.

²⁵⁹ Era un uso que también se encuentra entre los griegos, como vemos en el cambio de armas entre Glaucos y Diomedes que aparece en *Ilíada* VI 230-233.

²⁶⁰ Cf. *infra*, 30, 3, nota 264. En realidad la Cólquide era la región de la costa sudoriental del Ponto Euxino, al sur del Cáucaso. Era muy conocida por su papel en los mitos griegos como patria de Medea y meta de la expedición de los Argonautas guiados por Jasón en busca del vellocino de oro. Pero los colcos aquí citados ocupaban un territorio al sur de Trapezunte.

²⁶¹ Los extraños efectos de esta miel se debían a la toxicidad de algunas flores libadas por las abejas, como la azalea, el acónito, el rododendro pónico y algunas otras. DIOSCÓRIDES (II 103) la llamaba *méli mainómenon*, «miel enloquecedora». Cf. asimismo PLINIO, *Historia Natural* XXI 17; ESTRABÓN, XII 3, 18; ELIANO, *Historia de los animales* V 42; PROCOPIO, *Guerra Gótica* IV 2. En épocas más recientes se han verificado fenómenos análogos al aquí descrito por Diodoro, que también relata JENOFONTE (*Anábasis* IV 8, 20-21) en una descripción muy parecida que detalla algo más los signos clínicos del envenenamiento.

²⁶² Trapezunte (la actual Trabzon) era colonia de Sinope, a la que pagaba un tributo anual, y ésta a su vez era una colonia de Mileto (cf. *infra*, 31, 2). Sinope estaba en el centro de la costa meridional del Ponto Euxino y era un importante centro comercial que mantenía relaciones con el interior y con las otras ciudades de la costa pónica. Fundó otras colonias para tener bases hacia oriente, tales como Cotiora (31, 1), Cerasunte (30, 5), Trapezunte y Amiso.

²⁶³ Sobre estos sacrificios y juegos, cf. JENOFONTE, *Anábasis* IV 8, 25-28. Los griegos cumplieron así la promesa realizada después de Cunaxa y del asesinato de sus generales (*Anábasis* III 8, 9).

²⁶⁴ Diodoro confunde aquí, igual que en XIV 29, 5 y 30, 3, la Cólquide situada al este del Ponto Euxino, el sitio donde realmente desembarcaron Jasón y los Argonautas, en la desembocadura del Fasis (cf. APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 400-404, 1260-1261, 1277-1278; PÍNDARO, *Píticas* IV 375-377; DIODORO, IV 45-47) con el territorio habitado por los colcos (*Kólchoi*), al sur de Trapezunte.

²⁶⁵ En *Anábasis* 1, 4, vemos que el mismo Quirísofo se propone para la misión.

²⁶⁶ A fines del 400 fue depuesto de su cargo (cf. JENOFONTE, *Anábasis* VII 2, 7), pero en el 389-388 lo encontramos como harmosta en Abido, donde murió combatiendo con Ifícrates (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 32-39).

²⁶⁷ Según JENOFONTE (*Anábasis* V 1, 15; VI 6, 5), una de estas embarcaciones fue confiada al lacedemonio Dexipo, que traicionó a los griegos utilizándola para abandonar Trapezunte.

²⁶⁸ Los de Trapezunte se sirvieron de los griegos para atacar a sus vecinos más belicosos (cf. *Anábasis* V 2, 2).

²⁶⁹ Cerasunte, o más concretamente la isla de Ares, cercana a la ciudad, fue la última escala de los Argonautas en su viaje a la Cólquide (cf. APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 1030-1032).

²⁷⁰ Diez días según JENOFONTE, *Anábasis* V 3.

²⁷¹ El relato de Diodoro simplifica mucho los hechos. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 1-26. Los mosíneos se llamaban así por las torres o construcciones de madera (*mossýnes*) donde habitaban (cf. APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 1016-1017; JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 26; y asimismo HECATEO, *FGrHist* 1, fr. 205, y HERÓDOTO, III 94 y 78). Había dos grupos rivales, uno de los cuales se alineó al lado de los griegos contra el otro.

²⁷² En JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 26, leemos que incluso prefiere morir quemado antes que abandonar la torre.

²⁷³ Estas nueces en realidad eran castañas, que los griegos no conocían. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 29, que las define como «nueces lisas sin ninguna hendidura».

²⁷⁴ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 4, 32-34, que relata más ampliamente algunos detalles de esta barbarie. Para los griegos los tatuajes eran algo infamante.

²⁷⁵ Cf. JENOFONTE, *Anábasis* V 5, 2.

²⁷⁶ Cuarenta y cinco según JENOFONTE, *Anábasis* V 5, 5.

²⁷⁷ A Sinope. Cf. JENOFONTE, *Anábasis* VI 1, 14-15.

²⁷⁸ Sinope era la capital del reino del Ponto donde reinaba Mitrídates VI Eupátor (120-63). Mantuvo dos guerras contra Roma antes de ser definitivamente vencido por Lúculo y Pompeyo en el 66. Las guerras, iniciadas en el 88, se desarrollaron cuando Diodoro ya había nacido; de ahí la expresión «en nuestros días». Respecto a ellas, véase DIODORO, libro XXXVII. Mitrídates se suicidó en el 63 y el Ponto, junto con Bitinia, se convirtió en provincia romana.

²⁷⁹ Se trata del Quersoneso Aquerusio o del Aqueronte, pequeño río de la zona. En aquel promontorio (el actual cabo Babá), situado cerca de Heraclea, había una gruta profunda, llamada gruta de Hades, por la cual según la tradición mitológica, Heracles descendió al Hades para sacar al can monstruoso que guardaba las puertas, cumpliendo así uno de los doce trabajos encargados por Euristeo (cf. JENOFONTE, *Anábasis* VI 2, 2; APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 734-736).

²⁸⁰ Diodoro simplifica esta acción, ya que el ejército se dividió en tres cuerpos y sólo el mandado por Quirisofo hizo todo el camino a pie. Los otros dos hicieron una parte del recorrido por mar (*Anábasis* VI 2, 16-19), hasta el puerto de Calpe, a medio camino entre Heraclea y Crisópolis, donde se reunieron de nuevo los tres cuerpos (*Anábasis* VI 4, 2-4). Antes de reunirse, los arcadios, los primeros en llegar

por mar, sufrieron importantes pérdidas (*Anábasis* VI 3, 2-9); y continuaron los enfrentamientos cuando ya estuvieron juntos (*Anábasis* VI 4, 23-32).

²⁸¹ Crisópolis (la actual Üsküdar) se encontraba en el territorio de Calcedón (la actual Kadiköy), colonia de Mégara. Cf. ESTRABÓN, XII 4, 2.

²⁸² Este número de los manuscritos, sin duda muy bajo, está en contradicción con XIV 37, 1, donde DIODORO habla de cinco mil hombres sin contar un número indeterminado que había regresado a Grecia. Por ello Dindorf lo corrigió por «ocho mil trescientos», corrección aceptada por Oldfather, un número más acorde con los datos que encontramos en JENOFONTE, que, en *Anábasis* VI 2, 16, cuenta las tropas en el momento de separarse en tres cuerpos: en el primero más de 4.000 hoplitas, en el segundo unos 1.400 hoplitas y unos 700 peltastas, y en el tercero unos 1.700 hoplitas, unos 300 peltastas y unos 40 jinetes, o sea, un total de cerca de ocho mil trescientos hombres. Pero después, en *Anábasis* VI 3, 2-9, el contingente de arcadios sufrió bajas; y en VI 4, 24, leemos que en una operación de aprovisionamiento, fueron atacados por la caballería de Farnabazo y cayeron no menos de quinientos hombres. Por todo ello el número de soldados llegados a Crisópolis podría ser menor. JENOFONTE indica luego (VII 2, 3) que un número de hombres regresaron a sus patrias, y que los que quedaron fueron seis mil (VII 7, 23), frente a los cinco mil de DIODORO en 37, 1.

²⁸³ El Quersoneso tracio, la actual Gallípoli, península estrecha en la costa europea del Helesponto (cf. *infra*, 38, 7). Diodoro resume aquí en una frase la expedición de los griegos a Tracia, a la que JENOFONTE dedica el libro VII del *Anábasis*. DIODORO prosigue este relato en el capítulo 37.

²⁸⁴ Diodoro reanuda aquí la historia de Atenas dejada en XIV 6 y sitúa con dos años de retraso, en 410-400, la reacción democrática y la caída de los Treinta. Ya había señalado correctamente la falta de arconte en el 404-403, año de la tiranía de los Treinta, y después ha dado el nombre de los arcontes epónimos del 403 al 401, con lo que sobrentendía que se había producido una restauración democrática, de la que no habla hasta aquí. Sin duda primaba el deseo de presentar algunos acontecimientos de manera agrupada, lo que le llevó asimismo a algunas anticipaciones; así concentró en un solo año el relato de la guerra de Ciro contra Artajerjes y el regreso de los mercenarios griegos, situando en el 401-400, sucesos cuyo punto de partida se sitúa en marzo del 401 (concentración de las tropas en Sardes) y cuyo fin (la llegada de los griegos a Crisópolis) pertenece a octubre del 400 (cf. JENOFONTE, *Anábasis* VII 8, 26). Diodoro ha querido ciertamente preservar la unidad del episodio que ocupa los capítulos 19-31; pero luego sitúa correctamente, en el 400-399, las operaciones de los mercenarios contra los tracios (cap. 37).

²⁸⁵ Según JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 1, la mayor parte de los exiliados se refugiaron en Tebas y en Mégara, ciudades que, pese a ser aliadas de Esparta, desafiaron las sanciones previstas contra quien se negara a extraditar a los exiliados (cf. *supra*, XIV 6, 2). Tebas, probablemente por divergencias en el interior de la liga peloponesia respecto a la nueva situación y a la política de Lisandro, había cambiado radicalmente de posición, ya que anteriormente, en la asamblea de la liga (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 19), había sido partidaria de la completa destrucción de Atenas.

²⁸⁶ Trasibulo aparece igualmente citado con el nombre de su demo en JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 25. Fue un personaje importante de la vida política ateniense de esta época, hasta el 389, año de su muerte (cf. *infra*, 99, 4-5). Sobre su actividad anterior, cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VIII 73, 4 y nota 383; DIODORO, XIII *passim*. Sobre su condena al exilio y su refugio en Tebas, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 42 y 44.

²⁸⁷ File dominaba el camino de Atenas a Tebas que pasaba por el monte Parnes; estaba en la ladera sur de este monte, a unos 20 km al noroeste de Atenas (100 estadios equivalen a unos 18 km), cerca de la frontera con Beocia. Como se ha dicho, la ocupación de File y la restauración de la democracia se sitúa en el 404-403. Esta inexacta colocación cronológica de Diodoro también puede atribuirse a Éforo, que no ordenaba su relato cronológicamente, sino según la naturaleza de los hechos (*katà génos*).

²⁸⁸ Los ruidos y los fenómenos que ocurrían en los montes y valles eran atribuidos al dios Pan. Diodoro da una gran importancia a este episodio si lo comparamos con JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 3, que menciona simplemente la nevada que pone fin al sitio sin hablar de pánico.

²⁸⁹ Es decir, que no gozaban de derechos políticos. Cf. *supra*, XIV 4, 5, nota 43.

²⁹⁰ El traslado al Pireo de los atenienses excluidos de la lista de los Tres Mil ocurrió, según JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 1, antes de la ocupación de File, versión que se confirmaría en LISIAS (XII, *Contra Eratóstenes* 95; XXV, *Apología* 22) y en ISÓCRATES (VII, *Areopagítico* 67).

²⁹¹ La ocupación de Eleusis por los Treinta tenía como objeto asegurarse un refugio fortificado frente a los exiliados (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 8) que les facilitaba además la comunicación con el Peloponeso; objetivos similares les llevaron asimismo a ocupar Salamina (cf. LISIAS, XII, *Contra Eratóstenes* 52 y XIII, *Contra Agórato* 44). Jenofonte no menciona Salamina y sólo se refiere a los eleusinos sin hablar de ejecuciones.

²⁹² Se ha discutido sobre el número de estos exiliados. Diodoro dice (cf. *infra*, 33, 1) que eran mil doscientos cuando atacaron el campamento de sus adversarios. Según JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 2, eran setenta cuando ocuparon File, luego setecientos cuando atacaron las tropas de los Treinta (*Helénicas* II 4, 5-7), y pasaron al millar cuando marcharon contra el Pireo (*Helénicas* II 4, 10).

²⁹³ Hay aquí en el texto una laguna evidente, pero por lo que sigue el sentido es claro, lo que facilita la interpretación. Los Treinta enviaron una embajada a Trasibulo para atraerle a su lado; pero este intento de corrupción no aparece en Jenofonte; sólo lo encontramos en Diodoro y en JUSTINO (V 9, 13).

²⁹⁴ Ésta es la segunda petición de intervención. Cf. *supra*, 4, 4.

²⁹⁵ Al norte de Atenas, a quince estadios (unos 3 km) de la ciudad (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4).

²⁹⁶ Hay algunas diferencias respecto a la versión de JENOFONTE (*Helénicas* II 4, 4-10); además del número de setecientos de los exiliados, las tropas de los treinta

se encuentran a quince estadios de File (diferencia salvable si se tiene en cuenta que el demo de Acarnas llegaba hasta el monte Parnes) y el ataque de los exiliados es anterior a la ocupación de Eleusis.

²⁹⁷ Colina de unos ochenta y cinco metros de altura, con buenas defensas naturales, situada en la parte oriental de la península del Pireo. La ocupación de Muniquia tuvo lugar cinco días después del encuentro de Acarnas según JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 13.

²⁹⁸ Jenofonte no destaca la importancia de la presencia de Critias, cuya muerte aparece mencionada con la de los otros jefes (*Helénicas* II 4, 19).

²⁹⁹ De Atenas.

³⁰⁰ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 23; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 38, 1; LISIAS, *Contra Eratóstenes* 54.

³⁰¹ Sobre el comportamiento escandaloso de los Diez, cf. LISIAS, *Contra Eratóstenes* 55-57; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 38, 1-2. Provocó su destitución y la elección de otro número igual de magistrados (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 38, 3). La deposición de los Treinta, que se refugiaron en Eleusis, y el establecimiento de los Diez fueron una decisión de los Tres Mil.

³⁰² La flota espartana estaba al mando de Libis, un hermano de Lisandro, según cuenta JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 28 ss. Cf. asimismo LISIAS, *Contra Eratóstenes* 59 e ISÓCRATES, VII, *Areopagítico* 68; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 21, 4. Las fuentes señalan asimismo una concesión de cien talentos por parte de Esparta, salvo ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 38, 1, que no precisa la cantidad. La flota bloqueó el Pireo, mientras Lisandro acampaba en las cercanías de Eleusis.

³⁰³ Sobre los celos de Pausanias, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 29; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 21, 4. Según JUSTINO, V 10, 7, y PAUSANIAS, III 5, 1, la conducta de Pausanias obedecía a razones de orden moral, para evitar la injusticia de la tiranía; y según JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 30, y LISIAS, XVIII 10-12, trataba de apaciguar la inquietud de los otros griegos.

³⁰⁴ Pausanias mandaba el ejército regular, mientras que Lisandro estaba al frente de tropas mercenarias (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 30).

³⁰⁵ La intervención de Pausanias no se desarrolló del modo tan simple sugerido por el presente pasaje de Diodoro y por ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 38, 4. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 29-39. A la muerte de Lisandro, se reprochó a Pausanias el restablecimiento de la democracia en Atenas (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 25).

³⁰⁶ Respecto a las condiciones del acuerdo, cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 38, ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 39. Sobre este período, cf. el libro de P. CLOCHÉ, *La Restauration démocratique à Athènes en 403 av. J.-C.*, París, 1915.

³⁰⁷ Respecto a esta guerra, cf. *supra*, XIV 17, 4-12. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 30-31, nos da un relato detallado de los términos de la paz, entre los que figura el mantenimiento por parte de los eleos de su autoridad sobre el santuario de Olimpia;

nos ofrece además la lista de las ciudades limítrofes (cf. *supra*, XIV nota 157) que obtuvieron la autonomía. Cf. asimismo PAUSANIAS, III 8, 5.

[308](#) Sobre la instalación en Naupacto de los mesenios vencidos en su guerra con Esparta, cf. TUCÍDIDES, I 103, 3; PAUSANIAS, IV 24; 26, 2; X 38, 10.

[309](#) Dionisio los instaló primero en Mesene, pero después, en atención a Esparta, los trasladó a Tíndaris. Cf. *infra*, 78, 5-6.

[310](#) Sobre la marcha de un grupo de mesenios a Libia, cf. PAUSANIAS, IV 26, 2. Respecto a estos exiliados de Cirene, cf. A. LARONDE, *Cyrène et la Libye hellénistique*, París, 1987, págs. 27 y 250.

[311](#) La actual Velletri; era una ciudad de los volskos.

[312](#) Laques fue arconte en el 400-399. Los tribunos militares aquí citados ejercieron su cargo en el año varroniano 403. Se ha observado que Diodoro, contra su costumbre, indica aquí los nombres de cinco tribunos sin precisar previamente su número (cf. asimismo XII 81, 1 y XV 22, 1; 771, 1). TITO LIVIO (V 1, 2) da ocho nombres, subrayando la importancia del aumento del número. Cf. T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., I, págs. 81 ss.

[313](#) Aquí todos los manuscritos dan el nombre de Farnabazo, pero la confusión es evidente (cf. *supra*, XIV 26, 4, e *infra* 35, 3 y 6; JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 3).

[314](#) Añadió así a la suya las que habían sido confiadas a Ciro (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 3).

[315](#) Este Glos, primero en el bando de Ciro (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 4, 16; 5, 7; II 1, 3), se pasó a las tropas del Rey después de Cunaxa (cf. *Anábasis* II 4, 24). Sobre sus actuaciones posteriores, cf. DIODORO, XV 3, 2-6; 9, 3-5; 18, 1.

[316](#) En esta época era Amirteo (404-399) quien reinaba en Egipto. Se trata pues de un error de Diodoro, aunque se ha pensado en la existencia de una dinastía independiente en el Delta, opositora o vasalla del faraón Amirteo.

[317](#) Psamético I (664-610), fundador de la dinastía 26.^a (cf. HERÓDOTO, II 151-154).

[318](#) Esta gestión de los lacedemonios no aparece en Jenofonte.

[319](#) Cime, la más importante ciudad eólica de la costa de Asia Menor, a medio camino entre las desembocaduras del Caico y del Hermo, al sudeste de la isla de Lesbos y al norte de Focea.

[320](#) Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 4, quien se refiere a Tibrón como harmosta (cf. *supra*, XIV nota 26) y a los mil ciudadanos como *neodamódeis*, es decir, hilotas liberados, «nuevos ciudadanos», pero no ciudadanos de pleno derecho; habla además de cuatro mil hombres del resto del Peloponeso.

[321](#) Unos 22 km.

[322](#) Magnesia era una ciudad de Caria situada junto al río Leteo, afluente del Meandro. Tralles, la actual Aydin, era una ciudad próspera en el valle del Meandro, situada a unos 25 km de Magnesia; se la califica unas veces como de Jonia y otras como perteneciente a Caria. Según JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 5, Tibrón no

emprendió ninguna acción de importancia antes de reunirse con las tropas que quedaban de los Diez Mil en Pérgamo (cf. *Anábasis* VII 8, 24). Así, según JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 6-7, las ciudades de las que entonces se apoderó estaban al sur de Pérgamo y no en la zona de Magnesia del Meandro.

³²³ Cf. JENOFONTE. *Helénicas* III 2, 19, que no habla de este traslado.

³²⁴ En realidad los griegos volvieron a Bizancio y desde allí un grupo volvió a sus patrias (cf. *Anábasis* VII 2, 3). Diodoro no relata las dificultades de los lacedemonios en Bizancio.

³²⁵ Ésta es la primera ocasión en la que Diodoro menciona a Jenofonte, cuyo papel durante el regreso de los Diez Mil ha ignorado. Diodoro simplifica mucho lo sucedido. En realidad el ejército de los Diez Mil se había empezado a dismantelar (cf. *Anábasis* VII 2, 3). pero el almirante Anaxibio llamó a Jenofonte para que concentrara al ejército (cf. *Anábasis* VII 2, 8-9 ss.).

³²⁶ Salmideso, actualmente *Midye*, era una ciudad situada en la costa sudoriental de Tracia, en el Ponto Euxino, al NO de Bizancio y al sur del promontorio *Thynias* (cf. ESTRABÓN, XII 3, 3).

³²⁷ La expresión de Diodoro es poco precisa. JENOFONTE (*Anábasis* VII 5, 12) explica claramente que las naves encallaban en los bajíos que había a lo largo de la costa en una gran extensión.

³²⁸ JENOFONTE (*Anábasis* VII 5, 13) dice que los tracios de aquellos lugares delimitaban la costa por medio de mojones y que cada uno saqueaba las naves que encallaban en su sector.

³²⁹ Esta intervención contra los tracios de Salmideso supone el final de la expedición realizada en beneficio de Seutes (cf. *Anábasis* VII 5, 12-14). A continuación se unen a Tibrón.

³³⁰ Tibrón los convocó en Pérgamo en el 399 dando un darico de paga mensual a cada soldado, el doble a los capitanes y el cuádruple a los generales (cf. JENOFONTE, *Anábasis* VII 6, 1; 8, 23-24; *Helénicas* III 1, 6). Luego pasaron a estar a las órdenes de Dercilidas (cf. *Helénicas* III 2, 7) y después a las de Agesilao, que los condujo a Grecia para participar en la Guerra Corintia (cf. *infra*, XIV 83, 1), y el mando pasó a Erípidas (cf. *Helénicas* III 2, 40). Después de su intervención en la batalla de Coronea, en el 395, ya no se les vuelve a mencionar (cf. *Helénicas* IV 3, 15-17, e *infra*, 84, 1-2).

³³¹ El santuario estaba dedicado al dios sículo Adrano (asimilado a Hefesto), considerado padre de los dioses gemelos Palicos, hijos de la ninfa Etna (cf. DIODORO, trad. cit., XI 88, 6 y nota 665).

³³² Arquelao fue rey de Macedonia del 413 al 399; durante la Guerra del Peloponeso fue aliado de Atenas e invitó a su corte a hombres famosos como Eurípides (cf. *supra*, XIII 103, 5). Su muerte se debió, al parecer, a una conjura. Orestes debía de ser hijo de Arquelao y reinó hasta el 396, y Aeropos lo hizo hasta el 393.

³³³ Los acusadores de Sócrates fueron tres: Meleto, Ánito y Licón (cf. PLATÓN, *Apología* 23 e). La noticia transmitida por Diodoro del final de los acusadores es

probablemente falsa. De los tres, sólo Meleto podría haber sido ejecutado (cf. DIÓGENES LAERCIO, II 43; VI 9). Es dudosa también una tradición según la cual Ánito habría sido desterrado y muerto más tarde a manos de los habitantes de Heraclea del Ponto. Al ser arconte en el 384, no parece cierto que fuera castigado por la muerte de Sócrates.

³³⁴ Aristócrates fue arconte en el 399-398, que corresponde al 402 varroniano. Aquí Diodoro anuncia seis tribunos, pero sólo da el nombre de cinco. Estos tribunos del 402 fueron Gayo Servilio Ahala, Quinto Servilio Fidenas, Lucio Verginio Tricosto, Quinto Sulpicio Camerino, Aulo Manlio Vulsón y Manio Sergio Fidenas (cf. T. LIVIO, V 8, 1; T. R. S. BROUGHTON, ob. cit., págs. 82-83). En el texto de Diodoro pudo tal vez omitirse el segundo por la repetición del nombre Servilio.

³³⁵ En JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 8, el motivo aducido era que había consentido que sus tropas saquearan a los aliados.

³³⁶ Sobre Dercílicas, cf. TUCÍDIDES, VIII 61-62; JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 9.

³³⁷ Hamáxito era una plaza de Tróade, situada al norte del promontorio de Lecto, cercana a Larisa y Colonas (cf. TUCÍDIDES, VIII 101, 3; ESTRABÓN, X 3, 21; XIII 1, 47-48). Arisba probablemente es una confusión por Larisa. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 13 y 16.

³³⁸ Ciudad fundada por los lacedemonios al sur de los ríos Esperqueo y Melas y a cuarenta estadios (algo más de 7 km) de las Termópilas (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., III 92 y nota 667; DIODORO, XII 59, 3).

³³⁹ El texto de los manuscritos dice *eis Boiōtían*, «a Beocia»; Vogel lo corrigió por *eis Oitaían*, «a la región del Eta». Dindorf defendió la corrección *hypò Boiōtôn*, con lo que la traducción sería «volvieron con la ayuda de los beocios».

³⁴⁰ El Quersoneso, la estrecha península tracia de la parte europea del Helesponto, la actual Gallípoli, tenía un istmo de unos treinta y siete estadios, es decir, de algo menos de siete kilómetros (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 10).

³⁴¹ Véase el relato más detallado de JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 8-10.

³⁴² Perteneciente a una noble familia ateniense (ca. 444-392). fue un famoso general que desempeñó un importante papel en los últimos años de la Guerra del Peloponeso y, sobre todo, en los años que siguieron a su final, período en el que fue el principal artífice de la recuperación ateniense con la victoria de Cnido sobre la flota espartana (394, cf. *infra*, 83, 5-7), la reconstrucción de los Muros Largos (393, cf. *infra*, 85, 2-3) y el restablecimiento de la Confederación Ático-delia. Sobre su muerte, cf. *infra*, 85, 4. En el 414-413 lo vemos citado por primera vez en TUCÍDIDES, VII 31, 4 desempeñando el mando en la base naval de Naupacto; fue nuevamente mandado allí en el 411, y de nuevo fue elegido estratega después de la caída de los Cuatrocientos. Del 407 al 405 estuvo al mando de escuadras que operaron en el Egeo y en el Helesponto y trató de evitar el desastre de Egospótamos, después del cual se refugió en Chipre junto a Evágoras. Sobre Conón, cf. *supra*, libro XIII *passim*; y sobre la huida a Chipre después de Egospótamos, cf. *supra*, XIII 106; JENOFONTE, *Helénicas* II 1, 29.

³⁴³ Las ciudades de Chipre, nueve según DIODORO, XVI 42, 4, estaban gobernadas por monarquías locales sometidas al Rey de Persia, aunque dotadas de una cierta autonomía. Sobre una de estas ciudades, Salamina, reinaba Evágoras I (ca. 435/374-373), de una dinastía que se consideraba descendiente de Teucro, fundador de Salamina (cf. PAUSANIAS, I 3, 2; VIII 15, 7); había subido al trono en el 411 tras deponer al rey fenicio Abdemón (cf. *infra*, 98, 1); favoreció la helenización de la isla y acogió a muchos desterrados griegos, entre los cuales estuvo Conón, quien consiguió estrechar las relaciones entre Persia y Atenas e inducir a los persas a la construcción de una gran flota para combatir a Esparta. Desde un principio Evágoras colaboró con Atenas, que le concedió la ciudadanía honoraria, y después de la victoria de Cnido, en la que acompañó a Conón, Atenas lo honró especialmente y le erigió una estatua en el ágora junto a la de Conón (cf. TOD, 109; ISÓCRATES, IX, *Evágoras* 57; PAUSANIAS, I 3, 2). Sus ambiciones de independencia y de apoderarse de toda la isla le llevaron a enfrentarse con el Gran Rey y, después de una guerra de diez años, se vio obligado a capitular (cf. DIODORO, XV 8, 1-9, 2; 10, 2).

³⁴⁴ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 15, que destaca también el número considerable de la caballería persa. Normalmente la proporción de la caballería respecto a la infantería sólo era de una décima parte en los ejércitos griegos (cf. *infra*, 40, 3-4).

³⁴⁵ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 19-20.

³⁴⁶ Habitantes de Regio. Los calcideos, que habían fundado Zancle en Sicilia (cf. *supra*, XIV 8, 2 y nota 74), hacia el 720 fundaron Regio, con el fin de tener una cabeza de puente en la parte italiana del estrecho de Mesina.

³⁴⁷ Respecto a la conquista de Naxos y Catana, cf. *supra*, XIV 15, 1-4.

³⁴⁸ El texto de los manuscritos es oscuro.

³⁴⁹ Normalmente era la asamblea del pueblo quien decidía la guerra y la declaraba oficialmente al enemigo por medio de un heraldo.

³⁵⁰ Aceptando el *epistáseōs* del texto en el sentido de «autoridad», «control». Se han propuesto correcciones innecesarias a nuestro juicio.

³⁵¹ La innovación técnica en el armamento, en las técnicas de asedio y en la construcción naval debieron de caracterizar los preparativos de guerra efectuados por Dionisio, tendentes a contrarrestar la superioridad de medios de los cartagineses (cf. *supra*, XIII 57, 4; 55, 6 ss.; 85, 5; 86, 1-3; 108-111, 2). Respecto a la construcción de las naves, cf. *infra*, 42, 2-3. Sobre la construcción de estas cuadrirremes y quinquirremes, cf. LIONEL CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, 1971, págs. 97 ss.

³⁵² El templo griego, delante del espacio principal o *cella*, en la que se custodiaba la imagen del dios, tenía un atrio o pórtico delantero (*prónaos*) y un pórtico posterior (*opisthódomos*).

³⁵³ Las máquinas de guerra fueron usadas mucho antes por los asirios, y en general Oriente estaba más adelantada que el mundo griego en fortificaciones y armamento. Los cartagineses debieron de trasladar aquellos conocimientos a

Occidente y de ellos pasarían a los griegos. Dionisio, según nos dice Diodoro, recurre incluso a técnicos y operarios procedentes de territorios sometidos a Cartago (cf. *supra*, XIV 41, 3), lo que le da la posibilidad de imitar e innovar los ingenios bélicos. En cuanto a la catapulta, su invento se atribuye a Arquitas de Tarento, que al parecer estuvo en relación con Dionisio.

³⁵⁴ Sobre la construcción de la primera trirreme en Corinto, cf. TUCÍDIDES, I 13, 2. Sobre el entusiasmo de Dionisio por avanzar en la construcción naval, cf. J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian Trireme*, Cambridge, 1986, pág. 46.

³⁵⁵ Cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 3, 2 y nota 10.

³⁵⁶ Sobre el transporte de madera en carros, cf. DIODORO, XIX 58, 2. En cuanto al transporte por vía marítima podía hacerse con almadías, a las que podía añadirse una vela.

³⁵⁷ Con la adición *megálou* de Wesseling.

³⁵⁸ Aceptando la lectura de los manuscritos *oíkōn*, referida al *neōsoikous*, los arsenales o hangares para naves citados unas líneas antes. Algunos editores, siguiendo a Wesseling, proponen sustituir el *oíkōn* por *hoplōn*, armas.

³⁵⁹ El timonel (*kybernētēs*) era el comandante de la nave, mientras que el oficial de proa (*prōreús*) era su segundo.

³⁶⁰ Astidamante fue un tragediógrafo ateniense del que quedan muy pocos fragmentos; se ha supuesto la existencia de una tragedia suya en la que ponía en escena una nueva versión del mito de Antígona, en la que ésta era salvada de morir por Hemón y concebían un hijo. Parece que era descendiente de un sobrino de Esquilo, y la tradición menciona después de él otros dos poetas trágicos del mismo nombre (cf. *Suda*, s. v.).

³⁶¹ Cf. *Supra*, XIV 16, 5 y nota 145.

³⁶² En Atenas, en el 398-397, fue arconte Euticles. Este año se corresponde con el 401 varroniano. Los tribunos del 401 fueron seis según T. Livio: Lucio Valerio Potito, Marco Furio Camilo, Manio Emilio Mamercino, Gneo Cornelio Coso, Cesón Fabio Ambusto y Lucio Julio Julo (cf. T. LIVIO, V 10, 1; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 83).

³⁶³ Cf. *supra*, XIV 10, 2.

³⁶⁴ El estrecho de Mesina.

³⁶⁵ La reciente iniciativa de los reginos (cf. *supra*, XIV 40) justificaba este temor.

³⁶⁶ Cf. *supra*, XIII 112, 4.

³⁶⁷ Dionisio pretendía que surgiera entre los siracusanos un sentimiento de fidelidad dinástica, pensando probablemente en los Dinoménidas.

³⁶⁸ No sólo rechazaron la proposición, sino que respondieron a Dionisio de un modo insultante, del que se acordará luego el tirano (cf. *infra*, 106, 1 y 107, 3).

³⁶⁹ La ciudad de Locros, de los locros epicefirios, en la costa meridional de la actual Calabria, era enemiga de Regio (cf. TUCÍDIDES, IV 1, 2 y 24, 2-3).

³⁷⁰ No lo conocemos por otras fuentes.

³⁷¹ Aristómaca era hija de Hiparino (cf. DIODORO, XVI 6), ilustre siracusano, y hermana del famoso Dión (cf. PLUTARCO, *Vida de Dión* 3, 3 y 4, 1).

³⁷² El mismo día según PLUTARCO, *Vida de Dión* 3, 4, y ELIANO, *Historias curiosas* 13, 10.

³⁷³ Dionisio respeta formalmente la legalidad democrática convocando la asamblea para que apruebe su plan de guerra contra Cartago.

³⁷⁴ Cf. *infra*, 65-69, donde encontramos los mismos motivos en el discurso de Teodoro para incitar a los siracusanos a la revuelta.

³⁷⁵ Era bien conocida la crueldad de los cartagineses; cf., por ejemplo, *supra*, XIII 57, con ocasión de la toma de Selinunte; o la matanza de Himera en XIII 62.

³⁷⁶ Dionisio envió efectivamente un heraldo a Cartago con un ultimátum un poco más tarde (cf. *infra*, 47, 1).

³⁷⁷ Ctesias de Cnido fue médico en la corte de Artajerjes II, para el que también desempeñó misiones diplomáticas. Su obra más famosa fue la *Historia de Persia*, en veintitrés libros, fuente de autores posteriores, entre los que se cuenta a Diodoro. Semíramis era la legendaria fundadora de Babilonia; era hija de Derceto, una diosa con cara de mujer y cuerpo de pez, y de un joven amante (tal vez de Caistro, hijo al parecer de Aquiles y Pentésilaea); después de su nacimiento, Derceto asesinó a su amante y se refugió en un lago, abandonando a su hija, que fue criada por unas palomas que le consiguieron el alimento en los campos de la región (en sirio Semíramis deriva de «paloma», el animal de Astarté y Afrodita); se casó con el rey asirio Nino a cuya muerte subió al trono (cf. HERÓDOTO, *Historia*, tomo I, intr. de F. R. ADRAPOS, trad y notas de C. SCHRADER, I 184 ss. y nota 470, Madrid, BCG, 1984; DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca Histórica*, tomo I, intr. trad y notas de F. PARREU ALASÀ, II 4 y B 38 *Historia de Semíramis en Heródoto y Diodoro* II 4-20, págs. 94-96, Madrid, BCG, 2001). El personaje mítico se relaciona con la reina Sammuramat, mujer del rey asirio Shamshi-Adad V y regente de Asiria durante la minoría de edad de su hijo Adad-Nirari III, del 810 al 805.

³⁷⁸ Filóxeno de Citera (435-434/380-379) vivió en la corte de Dionisio I, que castigó su franqueza sobre el talento poético del tirano encerrándolo un tiempo en las Latomías (cf. DIODORO, XV 6, 2-5); según la *Suda*, escribió veinticuatro ditirambos; su obra más famosa era *El Cíclope*, de la que quedan sólo fragmentos. Timoteo de Mileto, nacido a mediados del siglo V y muerto en el 360, estuvo ligado a Eurípides, que escribió el prólogo de *Los Persas* de Timoteo, de la que se ha conservado un importante fragmento en un papiro. De Telestes de Selinunte, del que quedan cuatro fragmentos, se sabe que obtuvo una victoria en Atenas en el 402-401; había emigrado a Sición después de la caída de Selinunte en el 409. De Políido de Selimbria, del que no nos queda ningún texto, sabemos por Aristóteles (*Poética* 1155 a 6 y b 8) que era autor de una *Ifigenia*.

³⁷⁹ El nombre sería Suniades, arconte en el 397-396.

³⁸⁰ El año 397-396 corresponde al 400 varroniano. Aquí Diodoro anuncia seis nombres (como T. LIVIO, V 12, 9-10, y los *Fastos Capitolinos*), pero sólo da cuatro. Estos tribunos con potestad consular del 400 fueron Publio Licinio Calvo, Publio Manlio Vulsón, Lucio Titinio Pansa, Publio Melio Capitolino, Espurio Furio Medulino y Lucio Publilio Filón, (cf. T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 79).

³⁸¹ En el mismo senado cartaginés, para referirse al cual Diodoro utiliza en este pasaje dos palabras: *gerousía* y *synklētos*.

³⁸² Probablemente en Iberia, como vemos que hace Aníbal en XIII 44.

³⁸³ Al monte Érix. Sobre Érix (o Erice) y su fundación, cf. DIODORO, trad. cit., IV 83. En el monte Érix (San Giuliano), situado en el extremo noroeste de Sicilia, estaba el centro élimo de Érix y el famoso templo de Afrodita. (cf. DIODORO, IV 78, 4; ESTRABÓN, VI 2, 5). Cf. asimismo *infra*, 48, 1.

³⁸⁴ Motia estaba en la actual isla de San Pantaleón; era uno de los tres asentamientos púnicos (junto con Solunte y Panormo) en Sicilia que se mantuvieron a la llegada de los griegos (cf. TUCÍDIDES, VI 2, 6).

³⁸⁵ Las colonias griegas de Camarina, Gela, Acragante y Selinunte, en la costa meridional de Sicilia, y la de Hímera, en la septentrional, se habían convertido en tributarias de Cartago después de la paz del 405 (cf. *supra*, XIV 7, 1 y nota 62).

³⁸⁶ Hecho confirmado por las excavaciones efectuadas en Motia. Cf. B. S. ISSERLIN y J. DU PLAT-TAYLORS, *Motya, a Phoenician and Carthaginian City in Sicily*, Leiden, 1974.

³⁸⁷ Se ha discutido sobre si este dique construido por Dionisio era un malecón nuevo, tal como se deduce del presente pasaje, o si se trataba de la reconstrucción del camino destruido por los propios habitantes de Motia.

³⁸⁸ Cf. *infra*, 50, 2, donde los barcos de Dionisio están al sur de la isla, cerca de la entrada de la bahía.

³⁸⁹ Hermano del tirano.

³⁹⁰ Sobre los sicanos, cf. DIODORO, V 6.

³⁹¹ La mayor parte de los editores corrigen el *Ankýrai* (Anciras) del texto por *Halikyai*, Halicias, ya que Anciras no aparece en ninguna otra fuente, mientras que Halicias aparece en XIV 54, 2 como aliada de Cartago. Cf. *infra* 54, 2 y 55, 7.

³⁹² Cf. *supra*, XIV nota 384. Panormo, la actual Palermo, era el principal punto de arribada que tenían los cartagineses en la costa tirrénica de Sicilia, mientras que Solunte, a unos 20 km al este de Panormo, era una plaza importante frente a la parte oriental de la isla. Halicias, en la parte occidental de Sicilia, se encontraba unos 30 kilómetros al este del cabo Lilíbeo. Egesta o Segesta era la ciudad más importante de los élimos, situada en la parte noroeste de Sicilia, cerca de la actual Calatafimi. Para Entela, cf. *supra*, XIV 9, 9 y nota 89.

³⁹³ Se ha observado que los cartagineses cuentan frecuentemente con el efecto sorpresa. Cf., por ejemplo, *supra*, XIV 49, 1-2; *infra*, 50, 2.

³⁹⁴ Se refiere seguramente a los barcos de transporte fondeados a lo largo de la costa (cf. *supra*, XIV 48, 3).

³⁹⁵ Es decir, en la estrecha entrada del puerto, Dionisio no podría sacar partido de su gran ventaja numérica

³⁹⁶ Según POLIENO, V 2, 6, se tiró de ochenta trirremes en un día a lo largo de veinte estadios.

³⁹⁷ Era pues una máquina *oxybelēs*, «lanzadora de dardos», no *lithobólos*, «lanzadora de piedras».

³⁹⁸ Cf. *supra*, XIV 42, 1.

³⁹⁹ Cf. DIODORO, trad. cit., XII 28, 3 y nota 155, donde se habla del uso de arietes por obra de Pericles en el asedio de Samos del 440-439. Este tipo de ingenios bélicos ya eran conocidas en Asia desde hacía tiempo, y es objeto de discusión su modo de llegada a Grecia, si fue de forma directa o a través de los cartagineses.

⁴⁰⁰ Estas máquinas móviles tendrían sus orígenes en el mundo de los babilonios y asirios, desde donde habrían pasado al mundo púnico y griego. El desarrollo de las técnicas bélicas en época de Dionisio habría dado modelos a los grandes señores de la guerra, y entre ellos a Alejandro Magno (cf. DIODORO, XVII 40-46, donde el macedonio construye un espigón semejante al de Motia, de grandes dimensiones, cuando en el 332 a.C. pone sitio a Tiro).

⁴⁰¹ Eran una especie de cestos blindados que por su forma y características se llamaban *thōrákia*, «pequeñas corazas». Sobre la estopa usada como material incendiario, cf. HERÓDOTO, VII 52, 1; JENOFONTE, *Ciropedia* VII 5, 23; ENEAS EL TÁCTICO, *Poliorkética*, trad. y notas de J. VELA TEJADA, Madrid, 1991, XXXIII y XXXV.

⁴⁰² Recuérdese una situación semejante en la toma de Selinunte por los cartagineses (cf. *supra*, XIII 56, 6-8).

⁴⁰³ Sobre estas pasarelas (*epibáthrai*) o pequeños puentes de asalto que los técnicos de Dionisio acoplaron a las torres de asedio, véase su uso en el asedio de Tiro por Alejandro (DIODORO, XVII 40-46). Respecto a la *epibáthra* o *apobáthra* usada en las naves, cf. DIODORO, XII 62, 3.

⁴⁰⁴ Para una expresión semejante, cf. *supra*, XIII 57, 2.

⁴⁰⁵ El texto presenta algunas dudas.

⁴⁰⁶ No era hijo, sino nieto del gran trágico, del que hizo representar su última obra, el *Edipo en Colono*, en el 401, cuando ya había muerto su abuelo. Su padre era Aristón. No hay acuerdo respecto al número de sus tragedias, ni tampoco del de sus victorias, que serían siete según la *Suda*.

⁴⁰⁷ Formión fue arconte en el 396-395, que se corresponde con el año varroniano 399, en el que fueron tribunos militares con potestad consular Gneo Genucio Augurino, Lucio Atilio Prisco, Marco Pomponio Rufo, Gayo Duilio Longo, Marco Veturio Craso y Volero Publilio Filón (cf. T. LIVIO, V 13, 3; cf. T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 85).

⁴⁰⁸ Según *P. Oxyr 2381* y PAUSANIAS, VI 3, 7 y VIII 45, 4, el nombre del vencedor fue Eupólemo (cf. L. MORETTI, ob. cit., núm. 367).

⁴⁰⁹ Según lo acordado en el tratado del 405 (cf. *supra*, XIII 114, 1). Con anterioridad Dionisio ya había reabierto las hostilidades con el saqueo, en el 398, de los bienes de los cartagineses residentes en Siracusa, y con el asedio y conquista de Motia en el 397.

⁴¹⁰ El significado de este pasaje ha sido objeto de discusión; el término *basileús* usado por Diodoro puede referirse a la institución de los sufetas, los dos magistrados supremos de Cartago elegidos anualmente, o entenderse realmente como «rey constitucional», referido a una realeza electiva que durante un tiempo determinado reunía poderes religiosos, militares y civiles. Himilcón había vuelto a Cartago el año anterior (cf. *supra*, XIV 50, 4), y ahora, ante la gravedad de la situación, era investido con plenos poderes.

⁴¹¹ Con este nombre los griegos se referían genéricamente a África.

⁴¹² Cf. ÉFORO, en *FGrHist* 70, fr. 204, y TIMEO, *FGrHist* 566, fr. 108. A continuación DIODORO (56, 1 y 59, 7) se basa en los datos de Timeo, por lo que se cita a Éforo como variante.

⁴¹³ Como Amílcar en el 480 (cf. DIODORO, XI 20, 2).

⁴¹⁴ Aceptando la corrección *tò Lilybaion* de Dobree en lugar del *tèn Libýēn* de los códices. Se ha de entender que luego se refiere a «la costa siciliana», que remontarían hacia el noroeste; las trirremes doblarían Motia mientras Leptines en alta mar atacaría a los cargueros. Cf. *supra*, XIV 50, 2, donde Himilcón efectúa una travesía parecida, y también XIII 54, 2. Esta explicación encaja perfectamente con lo que sigue; pero algunos editores han propuesto otras lecturas.

⁴¹⁵ El término *plērēs* tiene el significado de «que tiene todos los bancos de remeros completos» (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 24), por oposición a *kenós*, con el sentido contrario (cf. *Helénicas* II 1, 28).

⁴¹⁶ Este desembarco es el inicio de la respuesta cartaginesa al desafío de Dionisio. Cartago, desde el 406-405, controlaba el sur de Sicilia, y ahora Himilcón tratará de asegurar el control de las otras partes de la isla.

⁴¹⁷ Érix estaba bajo el dominio cartaginés según el tratado del 405 (cf. *supra*, XIII 114, 1), pero en el 397 se había pasado a Dionisio (cf. *supra*, XIV 48, 1).

⁴¹⁸ Según Diodoro, en lugar de Motia, fue fundada la nueva ciudad de Lilibeo (cf. *supra* XIII 54, 4-5 y nota 331, y DIODORO, XV 73, 2 y XXII 10, 4). Pero la arqueología ha demostrado que Motia sobrevivió, aunque en condiciones más modestas.

⁴¹⁹ Cf. *supra*, XIV 48, 4, donde Halicias figura como una aliada tradicional de Cartago.

⁴²⁰ Mesene (Mesina), declarada autónoma en el 405, se había convertido en aliada de Dionisio por la paz del 399 (cf. *supra*, XIV 40, 7), reforzada en el 398 (cf. *supra*, XIV 44, 3-4).

⁴²¹ Hímera, que desde la paz del 405 pagaba tributo a Cartago, había pasado a Dionisio en el 397, antes del asedio de Motia (cf. *supra*, XIV 47, 6). Cefaledio, la actual Cefalú, estaba en la costa, al este de Hímera; después del 405 había recibido un gobernador y colonos cartagineses, y se han encontrado allí monedas púnicas; pero su población originaria no era ni púnica ni griega; pese a su nombre griego, no figura en la lista de colonias fundadas por los griegos y esta mención de Diodoro es la cita más antigua sobre esta fortaleza.

⁴²² Lípara era el nombre de la isla y de la ciudad de una de las islas Eolias, la actual Lípari. Respecto a su colonización, cf., DIODORO, IV 67, 6 y V 7, 1-12, 1.

⁴²³ La región del cabo Peloro, en el extremo nordeste de Sicilia.

⁴²⁴ No se ha explicado la razón del mal estado de las murallas de Mesene; tal vez se debería a las represalias de Dionisio en el 404, cuando Mesene ayudó a los rebeldes siracusanos (cf. *supra*, XIV 8, 2-3). El hecho de que fuera más vulnerable la hacía más dependiente de Siracusa; también es significativa en este sentido la ausencia de la caballería mesenia.

⁴²⁵ Una interpretación del oráculo desfavorable para los mesenios sería, por ejemplo, que se entendiera en el sentido de que los cartagineses en su condición de vencedores transportaran el agua como *hydrophóroi* en las procesiones de la ciudad, lo que suponía un gran honor como el de las canéforas al que se refiere Tucídides (cf. TUCÍDIDES, *trad. cit.*, VI 56, 1 y nota 140).

⁴²⁶ Con la lectura *epíbasin*, propuesta por M. BONNET-E.R. BENNET (cf. DIODORE DE SICILE, *Bibliothèque Historique*, t. IX, libro XIV. París, 2.^a ed., 2002, págs. 79 y 190) en lugar del *apóbasin* de los manuscritos, en cuyo caso la traducción sería «trataran de oponerse a su desembarco». Las tropas de Himilcón ya estaban en el cabo Peloro (56, 3) y la flota ya podía haber desembarcado.

⁴²⁷ A la altura de Mesene, el estrecho tenía una anchura de unos 6 km.

⁴²⁸ Una de estas plazas fuertes podría ser Milas, la actual Milazzo, en la costa norte, a unos 40 km al oeste de Mesene (cf. *infra*, 87, 1-3; TUCÍDIDES, III 90; DIODORO, XII 54, 4-5).

⁴²⁹ De Asoro, antiguo centro sículo situado cerca de Ena.

⁴³⁰ Dionisio ya había recurrido a los mercenarios de Esparta en el 398 (cf. *supra*, XIV 44, 2).

⁴³¹ Para una descripción de Leontinos, cf. POLIBIO, VII 6.

⁴³² Cf. *supra*, XIV 15, 3. Dionisio había instalado a estos campanos en Catana en el 403. Etna, situada a 18 km al noroeste de Catana, había sido fundada con este nombre en el 461 por colonos expulsados de Catana.

⁴³³ A unos 28 km al norte de Siracusa, cerca de la actual Augusta. El lugar es homónimo de la altura en la que se fundó Tauromenio (cf. *infra*, 59, 1).

⁴³⁴ En esta destrucción total hay una contradicción con las intenciones de Himilcón expuestas en XIV 56, 1. En lugar de establecer una guarnición en la ciudad para aprovechar las ventajas estratégicas de aquella plaza, se decide por arrasarla; y el abandono de aquella posición fue seguramente un error estratégico.

⁴³⁵ Se discute sobre si este Magón será el mismo personaje que aparece como general en el 393 y el que vemos luego en el 383 (cf. *infra*, 90, 2, 4, y DIODORO, XV 15, 2).

⁴³⁶ Aquí se refiere al sitio en el que se fundó Tauromenio, la actual Taormina.

⁴³⁷ Cf. *supra*, XIV 15, 3.

⁴³⁸ Explicación etimológica a partir de *Taûros* y de *ménein*, «permanecer». En cuanto a la denominación del lugar como «Tauromenio», el mismo DIODORO (XVI 7, 1) nos da otra versión, atribuyéndola a Andrómaco, padre del historiador Timeo, en el 358-357. Se ha discutido sobre la posible contradicción entre el presente pasaje y el del libro XVI en el sentido de que, si Andrómaco bautizó así la ciudad, es que todavía no se llamaría Tauromenio; pero también puede pensarse que efectivamente aún no se conocía con este nombre el lugar ahora, en el 396, y que lo que se dice aquí, a partir de «entonces y también después de la guerra», es una anticipación del futuro; el nombre lo recibiría años después por iniciativa de Andrómaco (cf. E. BENNETT, «La fondation du Tauroménion: Diodore, XIV 59, 1-2 et XVI, 7, 1», *Revue des Études Grecques* 90 [1977] 83-87).

⁴³⁹ Sobre las erupciones del Etna, cf. ESTRABÓN, VI 2, 3; TUCÍDIDES, trad. cit., III 116 y notas 832-835.

⁴⁴⁰ Dionisio tenía 180 unidades (cf. *supra*, XIV 58, 2). La cifra de 500 de la flota de Magón y el relato de la batalla proceden al parecer de Timeo (cf. *supra*, XIV 54, 5-6; 56, 1).

⁴⁴¹ Desoyendo el consejo de Dionisio (59, 7), Leptines cometió un error táctico importante atacando con treinta naves en *diekplóús* a la primera línea cartaginesa y exponiéndose desde el primer momento a la *periplóús* o maniobra de rodeo enemiga. De todas formas, dado su pequeño número de trirremes (cf. *supra*, XIV 58, 2), la diferencia entre las dos flotas era notable.

⁴⁴² Del ejército de Himilcón, que estaba por llegar.

⁴⁴³ Su grupo de consejeros. Cf. *supra*, XIII 111, 1; XIV 7, 4-5; 8, 4-6.

⁴⁴⁴ Cf. *supra*, XIV 57.

⁴⁴⁵ Cf. *supra*, XIV 58, 2.

⁴⁴⁶ Cf. *supra*, XIV 9, 8-9.

⁴⁴⁷ Era una constante de la política de Dionisio con las ciudades aliadas (cf. *supra*, XIV 56, 4, a propósito de Mesene.).

⁴⁴⁸ Sobre su matrimonio, en el 406, con Teste, hermana de Dionisio, cf. *supra*, XIII 96, 3, y PLUTARCO, *Vida de Dión* 21, 7-9. Cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 26, donde Políxeno está al mando de veinte naves siracusanas enviadas a Antálcidas, y el decreto ateniense del 393 en honor del tirano, donde aparece Políxeno como cuñado de Dionisio (M. N. TOD, ob. cit., 108).

⁴⁴⁹ Respecto a este pasaje, desde «a continuación» hasta «dos mil», Oldfather dice que nunca sabremos lo que escribió en él Diodoro. Es un pasaje absolutamente

corrompido, sobre el que se han intentado algunas conjeturas, ninguna satisfactoria. No hay coherencia en las cifras.

⁴⁵⁰ Cf. *supra*, XIV 54, 5. Son las cifras de Éforo.

⁴⁵¹ El templo de Zeus, el Olímpico, estaba en Policna, unos 500 m al sur del río Anapo, frente a la parte central del Puerto Grande. Cf. *infra*, 72, 1, 12 estadios son algo más de 2 km.

⁴⁵² El suburbio de Acradina (cf. *supra*, XIV notas 66 y 73) era la prolongación por el noroeste de la ciudad antigua; alcanzaba la zona alta de Temenites (cf. TUCÍDIDES, trad. cit., VI 75, 1 y nota 182; 100, 2), núcleo de lo que iba a ser el distrito de Neápolis. Al apoderarse de Temenites. Himilcón controlaba el camino hacia el sur que conducía a la llanura del Anapo y Policna, donde instaló su cuartel general. Los templos de Deméter y Core (en la actual plaza de la Victoria) estaban en Temenites/Acradina, al pie de la *ákra Temenîtis* y no lejos del santuario de Apolo. Habían sido construidos por Gelón después de la victoria de Hímera. El culto de Deméter y Core era uno de los más extendidos en Sicilia (cf. DIODORO, trad. cit., IV 3, 5; V 2-5, etc.).

⁴⁵³ Cf. *infra*, 70, 4-71.

⁴⁵⁴ Cf. DIODORO, XI 38, 2, 4 ss.; PLUTARCO, *Sobre las respuestas del oráculo pítico* 19.

⁴⁵⁵ Cf. TUCÍDIDES, VII 4, 4. Era un promontorio situado enfrente de la ciudad al norte de la actual península de la Magdalena, en la parte sur del Puerto Grande y frente a la isla de Ortigia.

⁴⁵⁶ Cf. *infra*, 72, 3. El fuerte de Plemirio controlaba la entrada en el Puerto Grande, y los otros dos, situados respectivamente en Dascón (la actual Punta Calderini) y en Policna, protegían la parte posterior del campamento.

⁴⁵⁷ Cerdeña fue una importante isla púnica hasta la conquista romana en 238 a.C.

⁴⁵⁸ Este Farácidas es el Fárax de *infra* 79, 4-6 y JENOFONTE, *Helénicas* III 2, 12 y 14.

⁴⁵⁹ Desconocido en otras fuentes.

⁴⁶⁰ Cf. *supra*, XIV 7, 3-5.

⁴⁶¹ Sobre Gelón, cf. DIODORO, XI 21-26. Estatuas de Gelón estaban todavía en pie en Siracusa en el siglo IV (cf. PLUTARCO, *Vida de Timoleón* 23; PS. DIÓN CRISÓSTOMO, 37, 21-22). Es probable que en este momento Teodoro señalara con un gesto a una de estas estatuas.

⁴⁶² Es muy favorable, igual que en el libro XI, la imagen que Diodoro nos da de Gelón; es una visión, bastante extendida en la historiografía antigua, que arranca seguramente de Timeo, juntamente con Heródoto.

⁴⁶³ Las dos ciudades calcideas no eran ciudades aliadas cuando Dionisio las destruyó en el 403-402 (cf. *supra*, XIV 15, 1-3); sólo contaba en ellas con un pequeño grupo de partidarios.

⁴⁶⁴ Antes de su elección, Dionisio había sido secretario (*grammateús*) del colegio de estrategos de Siracusa (cf. *supra*, XIII 96, 4; DEMÓSTENES, XX [*Contra Leptines*] 161; POLIENO, V 2, 2).

⁴⁶⁵ Cf. PLATÓN, *Cartas* VIII, 354 d, donde se habla del «deseo insaciable de libertad» y del «amor exagerado por la libertad» de los griegos de Sicilia.

⁴⁶⁶ Cf. DIODORO, XI 22.

⁴⁶⁷ Cf. DIODORO, XI 67-68.

⁴⁶⁸ Cf. *supra*, XIII 111.

⁴⁶⁹ Concluido con Cartago en el 405. Cf. *supra*, XIII 114, 1.

⁴⁷⁰ Cf. TUCÍDIDES, VI 3, 2.

⁴⁷¹ O «con el ánimo enardecido» según otra interpretación. Su actitud puede ser exaltada o expectante, y a las dos puede referirse el término griego *metéōros*.

⁴⁷² No es muy verosímil que los demócratas siracusanos confiaran en la simpatía de los espartiatas, a quienes había ido a buscar el cuñado del propio Dionisio (cf. *supra*, XIV 63, 4). Recuérdese la intervención traicionera del espartano Aristo (cf. *supra*, XIV 10, 2).

⁴⁷³ El mismo personaje a quien en un pasaje anterior DIODORO (XIV 10, 2-3) ha llamado Aristo.

⁴⁷⁴ Cf. *supra*, XIV 63, 1.

⁴⁷⁵ Cf. T. LIVIO, V 13, 4, que se refiere al verano extraordinariamente caluroso del año siguiente, el 395.

⁴⁷⁶ Cf. *supra*, XIII 12, 1-4; TUCÍDIDES, VII 47-50.

⁴⁷⁷ Diodoro ya se ha referido a una epidemia que tuvo lugar en Libia tres años antes (cf. *supra*, XIV 41, 1; 45, 3). Se cree que en África, en zonas de gran densidad de población, debían de darse una serie de enfermedades endémicas como la viruela, el cólera, la malaria, etc. Ya Tucídides, al referirse a la epidemia de Atenas, nos habla de su primera aparición en Etiopía. Egipto y Libia (II 48, 1). Se piensa que la epidemia aquí descrita por Diodoro era una forma aguda de viruela.

⁴⁷⁸ Situado al sudoeste del templo de Zeus Olímpico, probablemente cerca de la fuente Cíane, sobre la cual cf. DIODORO, V 4, 1-2.

⁴⁷⁹ Cf. *supra*, XIV 62, 3 y nota 451; 63, 3 y nota 456. Policna era un suburbio donde se encontraba el templo de Zeus Olímpico, y Dascón estaba en el centro del Puerto Grande.

⁴⁸⁰ Aceptando la corrección <ou> *mógis* de M. BONNET, E. R. BENNETT, ob. cit., pág. 98. Con otra lectura (*pollákis*) el sentido sería «repetidamente».

⁴⁸¹ Naves de cincuenta remos sólo con dos niveles de bancos de remeros; eran anteriores a la trirreme.

⁴⁸² Las amarras eran de papiro, de lino, de cáñamo o de esparto.

⁴⁸³ Conservando la lectura *histôn*, en lugar de la corrección de Wurm *histiôn*, en cuyo caso la traducción sería «las velas». El fuego se propagaba de los mástiles a las vergas, ambos de maderas inflamables.

⁴⁸⁴ Aceptando aquí la corrección *histôn* (Bonnet-Bennet), en lugar del *histiôn* («por las velas») de los manuscritos.

⁴⁸⁵ Se plantean dudas sobre estas negociaciones; Dionisio podía pensar en una destrucción total del enemigo y, por el momento, Himilcón no necesitaba al tirano para emprender la retirada, ya que aún tenía Plemirio, con lo que la entrada del Puerto Grande no podía ser bloqueada por los siracusanos.

⁴⁸⁶ Con cálculo inclusivo. Era al cabo de tres días.

⁴⁸⁷ La isla de Ortigia, fortificada por Dionisio, que se convirtió en la acrópolis o ciudadela donde el tirano se instaló con sus amigos y mercenarios en el 404-403 (cf. *supra*, XIV 7, 1-5).

⁴⁸⁸ Estos iberos estuvieron entre las tropas enviadas a los lacedemonios en el 369 (cf. DIODORO, XV 70, 1, JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 20-22). También hubo iberos en el ejército cartaginés en el 342 (cf. DIODORO, XVI 73, 3).

⁴⁸⁹ La cifra se considera excesiva.

⁴⁹⁰ Véase el relato de JUSTINO, XIX 2, 7-11; 3, 1-12.

⁴⁹¹ En griego *Týnēs*, *-ētos*, la actual Túnez. Ésta es la más antigua mención de esta ciudad indígena, estratégicamente situada en el golfo de Cartago.

⁴⁹² Cf. *supra*, XIV 58, 1. Luego, en el 392, Dionisio también establecerá mercenarios en Tauromenio (cf. *infra*, 96, 4).

⁴⁹³ El hecho de que Dionisio estableciera locros en Mesene constituía un acto hostil a Regio (cf. *infra*, 87, 1), ya que Locros era enemiga de Regio desde el siglo V (cf. TUCÍDIDES, III 99 y 103; IV 1, 24).

⁴⁹⁴ Habitantes de Medma, situada en la actual Rosarno, en la costa occidental de Calabria; era una colonia de los locros epicefirios. Cf. ESTRABÓN, VI 1, 5.

⁴⁹⁵ Cf. *supra*, XIV 34, 2 ss.

⁴⁹⁶ Plaza sícula situada al sudeste de Tíndaris.

⁴⁹⁷ Tíndaris, la actual Santa María de Tíndaro, estaba en la costa septentrional de Sicilia en un promontorio situado al oeste de Milas (Milazzo); era una antigua población sícula.

⁴⁹⁸ Meneno, la actual Mineo, se encontraba en una altura situada en la vertiente occidental de los montes Hibleos. Morgantina, llamada aquí Morgantino, estaba al sudeste de Ena, a unos 5 km al este de la actual Aidone, en la actual Serra Orlando.

⁴⁹⁹ De Agirio, la ciudad natal de Diodoro. Cf. *supra*, XIV 9, 2 y nota 84.

⁵⁰⁰ De Centóripa (cf. *supra*, XIII 83, 4 y nota 472). Se encontraba en una altura entre los valles de los actuales Dittaino, Salso y Simeto. Cf. TUCÍDIDES, VI 94, 3.

⁵⁰¹ Dionisio ya había concluido una paz con Herbita en el 403-402 (cf. *supra*, XIV 15, 1 y nota 134; 16, 1). Asoro fue la única ciudad sícula que permaneció fiel a Dionisio en el 396-395 (cf. *supra*, XIV 58, 1).

⁵⁰² Sobre Cefaledio, cf. *supra*, XIV 56, 2 y nota 421. Solunte se encontraba en la actual Cozzo Cannita, a 10 km de Palermo y a 1,5 km de Portella di Mare. Sobre Ena, cf. *supra*, XIV 14, 6-8 y nota 131; cf. asimismo DIODORO, V 3, 2 y 4, 1.

⁵⁰³ Aquí se reanuda el relato dejado en el capítulo 39. Agesilao (444-360) se convirtió en rey de Esparta con el apoyo de Lisandro cuando murió su hermano Agis II, en el 399; le favoreció la duda sobre la legitimidad de Leotíquidas, hijo de Agis, del que se decía que era fruto de la relación de la mujer del rey con Alcibiades.

⁵⁰⁴ Sobre este consejo y su renovación, cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 2 y 20.

⁵⁰⁵ La partida de Agesilao de Áulide, puerto de Beocia situado prácticamente enfrente de Calcis de Eubea, y los sacrificios que quería realizar allí (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 3-4) son una clara referencia a la partida de Agamenón contra Troya. A partir precisamente del citado texto de Jenofonte, Vogel sugirió *Aulidos*, lectura adoptada por Odfather y otros editores. Con la corrección *Euboías* (D. Knoepfler), basada en un pasaje también de Jenofonte (*Helénicas* III 1, 4), el punto de partida sería Eubea.

⁵⁰⁶ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 27, donde se confirma que Agesilao utilizaba Cime como base de sus operaciones contra Frigia.

⁵⁰⁷ Neferites, de la XXIX dinastía, que reinó entre el 400-399 y el 395-394. Cf. JUSTINO, VI 2, 1.

⁵⁰⁸ Cf. *supra*, XIV 63, 4 y nota 458.

⁵⁰⁹ Situada cerca del mar en la costa de Caria que mira a Rodas, tenía una excelente posición estratégica.

⁵¹⁰ Cf. *supra*, XIV 39, 1-4 y nota 342.

⁵¹¹ Puede tratarse de un error de Diodoro por Tisafernes, a cuya satrapía pertenecía Caria.

⁵¹² El Quersoneso de Cnido o rodio, península de Caria que se extiende entre Cos y Rodas (cf. *infra*, 83, 4).

⁵¹³ La rebelión de Rodas, a la que no se refiere Jenofonte, debió de tener lugar en la primavera del 396. Según PAUSANIAS, VI 7, 6, los rodios habrían sido persuadidos por Conón, que se encontraba en el Quersoneso; contando con su apoyo, los demócratas de Rodas habrían acabado con la familia de los Diagoreos y su régimen oligárquico (cf. *Helénicas de Oxirrínco* X 2).

⁵¹⁴ De Sidón, entonces la primera de las ciudades fenicias, cuyas escuadras eran la base de la flota persa.

⁵¹⁵ Monte de Lidia, el actual Manisa Dagh, al sur del curso inferior del Hermo. Cf. ESTRABÓN, XII 8, 2.

⁵¹⁶ Esta descripción de la batalla de Sardes es básicamente igual a la de las *Helénicas de Oxirrinco* (VI 1-6). Una versión diferente, sin la emboscada, la encontramos en JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 21-24; *Agésilao* I 30-32.

⁵¹⁷ Lo mismo en las *Helénicas de Oxirrinco* (VI 1), mientras que, según JENOFONTE (*Helénicas* III 4, 25), Tisafernes no tomó parte en la batalla y ya se encontraba en Sardes.

⁵¹⁸ Este respecto a los presagios que aquí vemos en Agésilao lleva a pensar en el de Pausanias antes de la batalla de Platea (cf. HERÓDOTO, IX 33-61).

⁵¹⁹ Esposa de Darío II Oco, muerto en el 404.

⁵²⁰ Cf. *supra*, XIV 19 ss.

⁵²¹ Ciudad de Frigia sudoccidental, situada en la orilla izquierda del Lico, afluente del Meandro: a 5 km al norte de la actual Honaz. Cf. ESTRABÓN, XII 8, 13.

⁵²² Probablemente era sátrapa de Frigia. Parece que es el mismo personaje al que Diodoro, en capítulos anteriores, llama Arideo (cf. *supra*, XIV 22, 5 y nota 213).

⁵²³ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 25. Esta tregua permitía a Agésilao consultar a los éforos sobre las propuestas de Títraustes, es decir, el cese de las hostilidades y la autonomía de las ciudades griegas de Asia a cambio del pago de un tributo. Según ISÓCRATES, *Panegírico* 153, fue de ocho meses.

⁵²⁴ Se inicia aquí la Guerra Beocia (cf. *infra*, 81, 3), que se atribuye al 395, el año de Diofanto, guerra que a su vez desencadenó la Guerra Corintia (sobre esta denominación, cf. *infra*, 86, 5). La presente invasión de Fócide se sitúa a fines de mayo (cf. PAUSANIAS, III 9, 9). Diodoro nos ofrece un relato excesivamente breve, en el que parece que los espartiatas son los agresores, mientras que otras fuentes (*Helénicas de Oxirrinco* XIII y JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 1-5) hacen responsables del conflicto a los tebanos, y en especial al partido antilaconio de Ismenias. De todas formas no se excluye una cierta responsabilidad por parte de Lisandro (cf. PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 27-28, 1), y en JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 5, puede verse que a Esparta no le iba mal encontrar un pretexto para una expedición contra Tebas.

⁵²⁵ Beocios y atenienses estipularon una alianza defensiva, cuyo texto se ha conservado (cf. *Inscriptiones Graecae* II², 14 = TOD, 101). Sobre el discurso de los delegados tebanos, cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 8-15. Cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 16; ANDÓCIDES, *Sobre la Paz* 25; LISIAS, XVI 13; PAUSANIAS, III 9, 6.

⁵²⁶ Ciudad de Beocia central, situada en la orilla meridional del lago Copais.

⁵²⁷ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 23; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 29; PAUSANIAS, III 5, 5. A cambio del permiso para retirar el cuerpo de Lisandro y de los otros caídos espartiatas, Pausanias se comprometió a salir de Beocia.

⁵²⁸ En los manuscritos se lee «Nicodemo», que debe corregirse por «Nicofermo», de acuerdo con JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 8; *Helénicas de Oxirrinco* X 1, y LISIAS, XIX, 7 ss. Aquí ha de situarse el motín que estalló en la

flota de Conón, por la falta de cobro de las soldadas, al que se refieren otras fuentes (*Helénicas de Oxirrinco* XIV-XV; ISÓCRATES, *Panegírico* 142 y JUSTINO, VI 2, 11). Por esta razón Conón iría a visitar al Rey.

⁵²⁹ La importancia que Diodoro da a la figura de Conón contrasta con lo que se desprende de otra tradición recogida por CORNELIO NEPOTE (*Vida de Conón* III 2-4) y JUSTINO (VI 2, 12-15), según la cual Conón no se habría entrevistado directamente con el Rey, sino que trató con él por medio de Titraustes. Se considera exagerado el papel que aquí se da a Conón en el nombramiento de Farnabazo.

⁵³⁰ Diofanto fue arconte en el 395-394, que se corresponde con el año varroniano 398, en el que fueron tribunos militares con potestad consular Lucio Valerio Potito, Marco Valerio Latucino, Marco Furio Camilo, Lucio Furio Medulino y Quinto Servilio Fidenacts (cf. T. LIVIO, V 14, 5; cf. T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 87). En este pasaje Diodoro da sólo cuatro nombres, mientras que T. Livio y los *Fasti Capitolini* añaden M. Valerio y L. Furio.

⁵³¹ La alianza por la que se constituye la coalición contra Esparta, y que supone el inicio de la Guerra de Corinto, estará formada, desde el principio o posteriormente, por Atenas, Argos, Beocia, Eubea (Calcis), los locros opuntios y ozolos, los melieos, los acarnanios (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 2, 17), Corinto, los enianes (cf. *Helénicas* IV 3, 15) y Mégara (cf. PLATÓN, *Teeteto* 142 c). Sobre un pacto de la misma época entre Atenas y Lócride, cf. *Inscriptiones Graecae* II², 15 = TOD, 102.

⁵³² Esta primera medida de instituir el Consejo en Corinto puede ponerse en duda, ya que los corintios aún no se habían adherido a la alianza (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 17).

⁵³³ La guerra entre Feras y Larisa se remonta al 404 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 4).

⁵³⁴ Respecto a los hechos anteriores relativos a Heraclea de Traquinia, cf. *supra*, XIV 38, 4-5.

⁵³⁵ Ismenias era partidario de la política de acercamiento a Atenas y de hostilidad a Esparta que condujo a la Guerra Corintia. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 1, lo cita entre los que se dejaron corromper por el oro de Timócrates de Rodas, emisario de Titraustes. Diodoro no se refiere a esta misión de Timócrates para atraer a las ciudades a la causa antiespartana (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 1-2, y PAUSANIAS, III 9, 7).

⁵³⁶ Pueblos situados al sur y al oeste de Tesalia respectivamente.

⁵³⁷ Una de las ciudades más importantes de Lócride Opuntia (la actual Rengini), que controlaba las comunicaciones entre la Grecia central y la septentrional. Diodoro es el único autor que menciona esta tentativa de Ismenias de penetrar en Fócide por el paso de Hiámpolis, cercano a Nárix.

⁵³⁸ Personaje no conocido por otras fuentes.

⁵³⁹ Diodoro no se ha referido a las campañas de Agesilao en Asia durante el otoño del 395 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 1; *Helénicas de Oxirrinco* XVI-XVII).

⁵⁴⁰ Pequeño río que fluye al oeste de Corinto, en la frontera con el territorio de Sición. Respecto a esta batalla, cf. el relato detallado de JENOFONTE, *Helénicas* IV 2, 9-23.

⁵⁴¹ Cf. PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 16, 1-3; JENOFONTE, *Agesilao* 2, 1.

⁵⁴² Alusión a la expedición de Jerjes I en la segunda guerra médica. Cf. DIODORO, XI 1-19.

⁵⁴³ Hay una laguna en el texto. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 3, 1-9; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 16-17.

⁵⁴⁴ Cf. *supra*, XIV 81, 4.

⁵⁴⁵ Lórima (en Caria, la actual Bozuk) se encontraba en la península perpendicular a la de Cnido, enfrente de Rodas. Cf. ESTRABÓN, XIV, 2, 4 y 14.

⁵⁴⁶ Cuñado de Pausanias; Jenofonte señala su escasa experiencia (cf. *Helénicas* III 4, 29).

⁵⁴⁷ Esta batalla de Cnido, o por lo menos el momento en el que Agesilao se enteró del resultado, puede fecharse exactamente gracias a la mención que hace JENOFONTE (IV 3, 10-14) del eclipse del 14 de agosto del 394. Agesilao ocultó la derrota para mantener alta la moral de las tropas.

⁵⁴⁸ Para un relato más detallado de la batalla de Coronea, en la que debió de participar Jenofonte, cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 3, 15-21; PLUTARCO, *Vida de Agesilao* 18; JENOFONTE, *Agesilao* 2, 9 ss. La batalla tuvo lugar al norte de Coronea y al sur de Hercina. Cada bando contaba con unos 20.000 hombres, y Diodoro es la única fuente que nos da el número de bajas. La victoria de Agesilao sólo fue formal, debido al hecho de que se había mantenido en el campo de batalla; pero de hecho los tebanos se quejaron justamente, ya que no había razón por la que tuvieran que considerarse vencidos (cf. PLUTARCO, *Agesilao* 18, 4). dado que habían cortado el avance de Agesilao, que por ello no había podido invadir Beocia y había tenido que retirarse a Delfos. Cf. comentarios y mapas de los campos de batalla en J. F. LAZENBY, *The Spartan Army*, Chicago, 1985, págs. 135 ss.

⁵⁴⁹ Corrigiendo el texto de los manuscritos y aceptando «Telos» en lugar de «Teos» (cf. L. ROBERT, «Diodore, XIV, 84, 3», *Revue de Philologie* 8 [1934] 43-48). Cos, Nísiros y Telos, en una enumeración que sigue un orden cronológico y geográfico, eran islas de las Espóradas meridionales, situadas enfrente de Cnido, las tres cercanas entre sí, mientras que Teos estaba lejos, en la parte norte de Jonia, por lo que no parece que este pasaje se refiera realmente a ella.

⁵⁵⁰ Conservamos un decreto en el que los eritreos honran a Conón y le erigen una estatua de bronce (cf. V. DITTEMBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig, 1915-1924, 126 = TOD, 106). Conón, en su papel de libertador, recibió homenajes semejantes en diversos sitios (cf. PAUSANIAS, VI 3, 16, que se refiere a estatuas suyas en Éfeso y en Samos). Sobre los eritreos, Eritras y el territorio de Eritrea, cf. ESTRABÓN, XIV 1, 31-34.

⁵⁵¹ Al sur del Peloponeso. Según JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 7, antes del desembarco en Citera, Conón efectuó desembarcos en Mesenia y en las costas de la zona.

⁵⁵² Al mando de Nicofemo (cf. *supra*, XIV 81, 4; JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 8).

⁵⁵³ Según Jenofonte, se trataba de una alianza impuesta por el sátrapa Farnabazo, que fue quien dirigió las negociaciones, en nombre del Gran Rey. También según JENOFONTE (*Helénicas* IV 8, 8-9), Conón permaneció en Grecia una vez que Farnabazo le concedió quedarse con el grueso de la flota, con la que luego desembarcó en el Pireo (cf. *infra*, 85, 2).

⁵⁵⁴ Aéropo muere en realidad en el 394-393, no en el 395-394. Antes de Pausanias, subió al trono otro pretendiente de origen incierto, Amintas II, al que no menciona Diodoro; murió en seguida asesinado y fue entonces cuando reinó Pausanias; el reinado de ambos se sitúa en el 393-392. Luego Pausanias fue asesinado por Amintas III (cf. *infra*, 89, 2).

⁵⁵⁵ Teopompo nació en Quíos hacia el 378; fue desterrado debido a su filolacnismo y vivió en el exilio hasta el 333-332, cuando fue llamado por Alejandro; a la muerte de éste vivió en la corte de Ptolomeo de Egipto. De su obra sólo quedan fragmentos de sus *Helénicas*, que, en doce libros, continuaban la obra de Tucídides, interrumpida después de la victoria ateniense en el Helesponto (en el 411) cerca del promontorio de Cinosema, y también de sus *Historias Filípicas*, una obra en cincuenta y ocho libros sobre el reinado de Filipo II de Macedonia, en cuya corte vivió, y sobre hechos del pasado (cf. DIODORO, XVI 3, 8 y 71, 3).

⁵⁵⁶ Cf. *supra*, XIII 39, 1-40, 6.

⁵⁵⁷ Del 410 al 394 a.C. En estos pasajes (cf. 84, 6-7 y 83, 5-7) se constata un desplazamiento de hechos del 394-393 (batalla de Cnido, muerte de Aéropo, fin de las *Helénicas* de Teopompo) al 395-394.

⁵⁵⁸ Eubulides fue arconte en el 394-393, que se corresponde con el año varroniano 397, en el que fueron tribunos militares con potestad consular Lucio Julio Julio, Lucio Furio Medulino. Lucio Sergio Fidenas, Aulo Postumio Albino, Publio Cornelio Maluginense y Aulo Manlio Vulsón (cf. T. LIVIO, V 16, 1; cf. T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, págs. 86 ss.). En este pasaje Diodoro da sólo cuatro nombres, mientras que T. Livio y los *Fasti Capitolini* añaden L. Julio y L. Furio y, en lugar de Q. Manlio, dan A. Manlio.

⁵⁵⁹ Después de sus éxitos en el Egeo, el regreso de Conón a Atenas fue triunfal (cf. DEMÓSTENES, XX 68-70; XXII 72); se sitúa en verano del 393, bajo el arcontado siguiente, el de Demóstrato. Los Muros Largos habían sido destruidos en el 404 (cf. *supra*, XIII 107, 4; JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 23; 3, 11; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 15). Su reconstrucción se inició ya antes de la batalla de Cnido y de la llegada de Conón, desde junio-julio del 394, bajo el arcontado de Diofanto (cf. *Inscriptiones Graecae* II², 1656 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge* 125 = TOD, 107 A). En primavera del 393, Conón dio un mayor impulso a los trabajos (cf. *Inscriptiones Graecae* II², 1657 = V. DITTEMBERGER, *Sylloge* 125 = TOD, 107 B), que no acabaron antes del 391 (cf. *Inscriptiones Graecae* II², 1658-1664), por lo que la construcción no fue tan rápida como afirma Diodoro. Sobre la financiación persa, cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 9-10.

⁵⁶⁰ Tiribazo era sátrapa de Lidia, y el arresto de Conón se debería al rechazo ateniense de las pretensiones persas sobre las ciudades griegas y a la voluntad de Atenas de mantener sus conquistas en el Egeo, con la consiguiente alarma con la que Persia veía la recuperación ateniense. Diodoro no menciona la primera misión del espartano Antálcidas a Asia para reunirse con Tiribazo a fines del 392 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 12-17) y la oposición de los embajadores de los aliados contra Esparta, entre los que se encontraba Conón.

⁵⁶¹ Traducción de acuerdo con el texto de los códices. Según la corrección de Wurm (*epithymountōn dēmokratías*), bastante aceptada, el sentido sería: «algunas personas que aspiraban a la democracia».

⁵⁶² En la fiesta de Ártemis Euclea («la Gloriosa»). Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 2. Ártemis Euclea era venerada en Beocia. en Lócride y en Corinto (cf. PAUSANIAS, IX 17, 1).

⁵⁶³ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 2-5. Esta lucha civil en Corinto parece derivar de la alianza del 394; los partidarios de la guerra asesinaron o exiliaron a los partidarios de una paz con Esparta. A estos hechos DIODORO se vuelve a referir en 92, 1.

⁵⁶⁴ Lequeo era el puerto de Corinto en el golfo de Corinto, a unos tres kilómetros y medio de la ciudad y unido a ella, como en el caso de Atenas, por unos Muros Largos. La ciudad tenía otro puerto en Cencreas, en el golfo Sarónico.

⁵⁶⁵ Es ésta la primera aparición en Diodoro de Ificrates (ca. 415-353), un ateniense de origen humilde, del demo de Ramnunte, que adquirió una gran fama en la Guerra de Corinto.

⁵⁶⁶ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 7-12.

⁵⁶⁷ Este éxito inicial de los aliados no aparece en Jenofonte.

⁵⁶⁸ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 19.

⁵⁶⁹ Juegos panhelénicos en honor de Posidón que se celebraban en Corinto cada dos años, probablemente en mayo-junio.

⁵⁷⁰ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 1-2. Diodoro no menciona aquí la toma del Pireo por Agesilao (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 3-6).

⁵⁷¹ Del 394 al 386 a.C.

⁵⁷² Cf. *supra*, XIV 78, 5 y nota 493.

⁵⁷³ La actual Milazzo, fundada por Zancle (Mesene) en el siglo VIII como plaza fuerte en la costa septentrional de Sicilia; estaba situada en el istmo de una estrecha península.

⁵⁷⁴ Después de la destrucción de sus ciudades por Dionisio en el 403-402 (cf. *supra*, XIV 15, 1-3; 40, 1). Naxos y Catana, igual que Regio, eran fundaciones calcideas.

⁵⁷⁵ Cf. *supra*, XIV 8, 5 y nota 78.

⁵⁷⁶ Cf. *supra*, XIV 59, 1-3.

⁵⁷⁷ Sobre la fundación de Naxos, cf. *supra*, XIV 14, 1 y nota 128.

⁵⁷⁸ Pausanias fue condenado a muerte por haber llegado a Haliarto, en el 395, después de la batalla; se refugió en Tegea, donde murió de enfermedad, después del 385 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 6-7; 17-25; PAUSANIAS, III 6-7; PLUTARCO, *Vida de Lisandro* 28-29; TOD, 120). Agesípolis I, hijo de Pausanias y hermano de Cleombroto, subió al trono después de la marcha al destierro de su padre (cf. PAUSANIAS, III 5, 7); al ser menor de edad, tuvo como tutor a Aristodemo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 2, 9).

⁵⁷⁹ Amintas III, el padre de Filipo II.

⁵⁸⁰ Demóstrato fue arconte en el 393-392. En el año varroniano 396 fueron tribunos militares con potestad consular Lucio Titinio Pansa, Publio Licinio Calvo, Publio Melio Capitolino, Quinto Manlio Vulsón, Gneo Genucio Augurino y Lucio Atilio Prisco (cf. T. LIVIO, V 18, 2; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 87). La lista de Diodoro coincide con la de Tito Livio y la de los *Fasti Capitolini*. La lectura Meleo es un error por Melio. Existe duda respecto a si el mencionado P. Licinio Calvo era el padre o el hijo.

⁵⁸¹ Cf. *supra*, XIV 59, 1. Magón se marcó los mismos objetivos que Himilcón en el 396; se proponía atacar la zona occidental de la isla a fin de unir sus fuerzas con Regio, la ciudad de Italia que se enfrentaba a Dionisio. Se iba formando una importante coalición contra el tirano de Siracusa, en la que se unían a Cartago los sículos, una parte de los siciliotas, los reginos, y luego los italiotas, lo que provocó un serio conflicto en el Mediterráneo central, que se intensificó en los años siguientes.

⁵⁸² Esta primera expedición contra Regio es el prólogo de la acción decisiva emprendida en el 390 (cf. *infra*, 100, 1).

⁵⁸³ Sobre esta Liga italiota, unión de las ciudades griegas del sur de Italia contra las tribus locales, especialmente contra los lucanos, y ahora frente a la amenaza de Dionisio I, cf. *infra* 100, 3; 101, 1. ESTRABÓN (IV 1, 10) también se refiere a una *koinōnía tōn Hellēnōn*. Diodoro habla aquí de su institución en este período, pero su existencia se remonta al último cuarto del siglo V, cuando se constituyó a iniciativa de Crotón, Síbaris de Traente (sobre su fundación, cf. DIODORO, XII 22, 1) y Caulón (cf. POLIBIO, II 39, 6 ss). Se fueron adhiriendo otras ciudades como Regio (cf. *infra*, 100, 3), Turios, Hiponio, Elea, Metapontio y Tarento. La Liga no debió de sobrevivir a la toma de Crotón por Dionisio en el 379.

⁵⁸⁴ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 19.

⁵⁸⁵ Respecto a este episodio del batallón de Amicleas, cf. el relato detallado de JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, 11-18.

⁵⁸⁶ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 15; 5, 7; 11-17; POLIENO, III 9, 49 y 54.

⁵⁸⁷ En Sición estaba el cuartel general de las fuerzas lacedemonias.

⁵⁸⁸ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 1-6; 8, 34; V 1, 34.

⁵⁸⁹ En Jenofonte, Cabrias no aparece hasta unos años después, en los acontecimientos de Egina (cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 10).

⁵⁹⁰ De acuerdo con la corrección *Péllēs* de M. Bonnet y E. R. Bennett, frente al *póleōs* de los códices o a otras correcciones. Pela era realmente la residencia de los reyes macedonios desde Arquelao, es decir, desde fines del siglo precedente. Con la lectura *póleōs* o la corrección *chōras* de Dindorf la traducción sería «de la ciudad» o «del territorio».

⁵⁹¹ Olinto era la capital de la Confederación Calcídica.

⁵⁹² Amintas III reinó desde el año 393 hasta el 370. Para hacer frente a una invasión de los ilirios tuvo que aliarse con Olinto (cf. V. DITTEMBERGER, *Sylloge*³ 135 = TOD, 111), a la que concedió derechos comerciales y permiso para ocupar y proteger una parte del territorio; pero la ayuda de Olinto no fue efectiva y tuvo que refugiarse en Tesalia, y para colmo Olinto se negó después a devolverle las tierras ocupadas (cf. DIODORO, XV 19, 2; JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 12-13; 38); sólo con la ayuda de los tesalios pudo defenderse de los ilirios y concluir una paz a cambio del pago de un tributo anual (cf. DIODORO, XVI 2, 2). Cf. F. GEYER, *Makedonien bis zur Thronbesteigung Philips II*, Munich, 1930, págs. 113 ss., donde se analiza este pasaje y el de XV 19, diferenciando los dos momentos, este del 393, en el que el trono de Amintas estuvo en peligro por el ataque de los ilirios de Bardilis, y el posterior (hacia el 385), cuando los olintios se negaron a restituir el terreno cedido en el 393. Según ISÓCRATES, VI 46, Amintas se habría retirado y habría recuperado el poder al cabo de tres meses. Este ínterin de Argeo no ocurriría ahora, sino hacia el 385-382, en un momento que sería sostenido contra Amintas por los olintios.

⁵⁹³ Sátiro I reinó desde el 433 hasta el 389, es decir, cuarenta y cuatro años, por lo que esta noticia debería encontrarse dentro del año 389. Sátiro murió en el sitio de Teodosia, tomada luego por su hijo Leucón I, bajo cuyo reinado el reino del Bósforo experimentó una etapa de esplendor (cf. ELIANO, *Historias curiosas* VI 13).

⁵⁹⁴ Cf. *supra*, XIV 16, 5 y nota 145.

⁵⁹⁵ Diodoro coincide con TITO LIVIO (V 19-22) en el año (393) en que finalizó el asedio de Veyo. Livio le da una duración de diez años (V 22, 8), mientras que Diodoro habla aquí de once, que, pensando en un cálculo inclusivo, podrían entenderse como diez.

⁵⁹⁶ Marco Furio Camilo había sido tribuno militar con potestad consular en el 398-397 (cf. *supra*, XIV 44, 1) y en el 395-394 (cf. *supra*, XIV 82, 1). Cf. asimismo *infra*, 117, 2.

⁵⁹⁷ Respecto a este triunfo (una celebración en honor al comandante después de una gran victoria), cf. T. LIVIO, V 23, 4-6; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 8, 1; DIÓN CASIO, LII 13, 3. Camilo lo celebró en un carro tirado por caballos blancos, lo que le acarrearía la *invidia* de los romanos y, cinco años más tarde, el destierro.

⁵⁹⁸ En los lados de la *Via Sacra* de Delfos se levantaban los tesoros, pequeñas construcciones erigidas por las ciudades como depósito de sus ofrendas. Los masalietas o masaliotas eran los habitantes de Masalía, la actual Marsella, una colonia fundada por Focea hacia el 600.

⁵⁹⁹ Cf. T. LIVIO, V 28, 1-5; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 8, 8. Se considera este episodio como uno de los raros ejemplos de hospitalidad pública concedida a un

particular.

⁶⁰⁰ Lípara fue ocupada por los romanos en el 252 (cf. DIODORO, XXIII 20, 1).

⁶⁰¹ Filocles fue arconte en el 392-391, correspondiente al 395 varroniano, año en que fueron tribunos militares con potestad consular Publio Cornelio Coso, Publio Cornelio Escipión, Cesón Fabio Ambusto, Lucio Furio Medulino, Quinto Servilio Fidenas y Marco Valerio Lactucino (cf. T. LIVIO, V 24, 1; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I. pág. 89). La lista de Diodoro coincide con la de Livio y la de los *Fasti Capitolini* en los cuatro últimos nombres. Respecto a los dos primeros, Publio Cornelio Coso y Publio Cornelio Escipión, Diodoro da uno de los dos; en el texto, que dice «Publio y Cornelio», se debe de haber introducido un *kai* para llegar al número anunciado de seis (cf. DIODORO, XV 2, 1).

⁶⁰² Se piensa que Terires puede ser una deformación del étnico *Terinaíos*, Terineo, de Terina, ciudad del Bruttium.

⁶⁰³ Parece que a Trasibulo no se le había confiado un mando importante desde el 394, a raíz de su mala actuación en Nemea (cf. LISIAS, XVI 15; ARISTÓFANES, *Asambleístas* 202-203). Aquí hay un error en el dato cronológico de Diodoro; Trasibulo fue elegido estratega en el 390-389 y fue enviado en la primavera del 389 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 25-31).

⁶⁰⁴ Cf. DEMÓSTENES, XX 59; JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 6-7. Trasibulo pasó por Tasos, Samotracia y Ténedos, donde fue recibido como libertador.

⁶⁰⁵ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 26; LISIAS, XXVIII 5 ss. Al parecer, Trasibulo desempeñó una acción pacificadora entre Médoco, rey de los ódrisas, y Seutes II, vasallo suyo en la zona costera de Tracia, cuyas relaciones eran muy tensas. Después de reconciliarlos, selló alianzas en las que se tenían en cuenta los intereses de Atenas en la zona (cf. *Inscriptiones Graecae* II², 21-22).

⁶⁰⁶ Trasibulo sustituyó el régimen oligárquico de Bizancio por una democracia e impuso un diezmo sobre el tráfico por el Bósforo (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 27; DEMÓSTENES, XX 60-61), y en la otra orilla selló la amistad con Calcedón (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 28; 31).

⁶⁰⁷ Jenofonte no se refiere a esta tempestad, a la que podría aludir LISIAS, XXVIII 2.

⁶⁰⁸ Terímaco era harmosta de Esparta en Metimna.

⁶⁰⁹ Murió luego a manos de los aspendios (cf. *infra*, 99, 4). Sobre Trasibulo, cf. *supra*, XIII 38, 3, nota 243. Su figura se asocia a la reacción democrática contra el gobierno de los Treinta impuesto por Esparta después de la rendición de Atenas del 404, y al posterior renacimiento del imperialismo ateniense a principios del siglo IV. Éreso y Antisa, de las que aquí se apodera, figuran entre los aliados de Atenas cuando se funda la segunda Confederación ateniense, en el 377 (cf. TOD, 123).

⁶¹⁰ Cf. *supra*, XIV 75.

⁶¹¹ Entre otros, puede tratarse de los etruscos.

⁶¹² El actual Dittaino.

⁶¹³ Agirio acababa de concluir una alianza con Dionisio; sobre este tratado, cf. *supra*, XIV 78, 7 y nota 499.

⁶¹⁴ Cf. actuaciones similares en ARISTÓTELES, *Política* 1305 a; JUSTINO, XXI 2, 10; XXII 2, 12.

⁶¹⁵ El tratado de paz precedente era del 405 (cf. *supra*, XIII 114, 1; XIV 7, 1). Además de las ciudades sículas dos ciudades del oeste. Solunte e Hímera, pasaban a estar bajo el control de Dionisio, y lo mismo ocurriría con Selinunte y Acragante, como se desprende de la referencia a estas ciudades en el tratado siguiente (cf. DIODORO, XV 17, 5). El presente tratado confirma la división de Sicilia en dos bloques, con un retroceso de Cartago y un avance del poderío siracusano. La paz durará diez años, ya que el siguiente conflicto estallará en el 383 (cf. *infra*, XV 15, 1).

⁶¹⁶ Los faliscos eran un pueblo de Etruria meridional. Falisco se trata en realidad de Falerii, la actual Civita Castellana. Los falerios habían apoyado a Veyes (cf. T. LIVIO, V 8, 4-6), lo que les atrajo las represalias de Roma.

⁶¹⁷ Nicóteles fue arconte en el 391-390, correspondiente al 394 varroniano, año en que hubo seis tribunos militares con potestad consular, Marco Furio Camilo, Lucio Furio Medulino. Gayo Emilio Mamercino, Lucio Valerio Públicola, Espurio Postumio Albino y Publio Cornelio. En el presente pasaje Diodoro habla de tres y sólo da dos nombres, pero en Livio y en los *Fasti Capitolini* encontramos los otros cuatro (cf. T. LIVIO, V 26, 1-2; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, págs. 89 ss.)

⁶¹⁸ Cf. *supra*, XIV 79, 6. Rodas tenía un gobierno democrático desde la primavera del 395.

⁶¹⁹ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 20-24. Jenofonte da la cifra de ocho trirremes para este socorro enviado a Rodas; por otra parte, Eudócimo aparece en Jenofonte como Écdico.

⁶²⁰ Algunos editores piensan que el mando debería atribuirse a Agesípolis en lugar de Agesilao, relacionando el pasaje con la campaña de Agesípolis en el 388 (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 7, 2-7), pero creen que ha de conectarse con la campaña del 390 dirigida por Agesilao (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 4, 19).

⁶²¹ Una *móra*. La mora era una división del ejército espartano que tenía entre 400 y 1.000 hombres; a partir del final de la Guerra del Peloponeso, la infantería espartiana estaba dividida en seis moras, cada una de ellas mandada por un polemenco. A las moras de infantería se agregaba un escuadrón de caballería.

⁶²² Cf. *supra*, XIV 39, 1 y nota 343, e *infra*, 110, 5 y XV 2-4, 8-9 y 47.

⁶²³ El derrocamiento de Abdemón por Evágoras tendría lugar lo más tarde en el 411 (cf. LISIAS, *Contra Andócides* 28; ISÓCRATES *Evágoras* 19-28). Abdemón no sería el primer tirio que tuvo el poder en Chipre, donde la presencia fenicia es importante en toda la segunda mitad del siglo V.

⁶²⁴ Estas primeras operaciones de expansión se sitúan en el 392.

⁶²⁵ Sobre estas ciudades, cf. ESTRABÓN, XIV 6, 3. Amatunte estaba al NE de Lemesos, y Citio, «con un puerto que puede cerrarse», era la actual Larnaka.

⁶²⁶ Personaje no identificado que sólo aparece en este pasaje.

⁶²⁷ Hecatomno era primero señor de la ciudad caria de Milasa y el gobierno de Caria le fue confiado por el Rey probablemente en el 395, después de la muerte de Tisafernes (cf. TEOPOMPO, *FGrHist* 115, fr. 103, 4). En la expedición contra Chipre, Hecatomno era almirante, mientras que la dirección de la guerra fue confiada a Autofradates.

⁶²⁸ Sobre la paz con los faliscos, cf. T. LIVIO, V 27, 15. Sutrio era una ciudad de Etruria situada en una colina entre los lagos Ciminio y Sabatino: tenía una importante posición estratégica y fue colonia latina en el 383 (cf. T. LIVIO, VI 3 ss.). Respecto al abandono de Verrugo, cf. T. LIVIO, V 28, 6-13.

⁶²⁹ Demóstrato fue arconte en el 390-389, correspondiente al 393 varroniano, en el que Lucio Lucrecio Tricipitino y Servio Sulpicio Camerino fueron cónsules *suffecti* (nombrados en sustitución de los ordinarios). Los dos cónsules asumen de nuevo el cargo en el 385 (cf. DIODORO, XV 8, 1). El Servilio de este pasaje es un error por Servio (Sulpicio Camerino). Cf. T. LIVIO, V 29, 2-3; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 91.

⁶³⁰ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 17; TOD, 113.

⁶³¹ Tibrón, que había dirigido operaciones contra Tisafernes en el 400 (cf. *supra*, XIV 36, 1), había sido relevado de su mando en Asia por Dercílicas en el 399 (cf. *supra*, XIV 38, 2) y había tenido que exiliarse (cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 1, 8).

⁶³² Habría que leer aquí Isinda y Solmiso, según B.D. MERITT, H.T. WADE-GERY, M. F. MCGREGOR, *The Athenian Tribute Lists* I, Cambridge, Mass., 1939, pág. 493.

⁶³³ Es decir, a unos 7 km.

⁶³⁴ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 17-19.

⁶³⁵ En la costa meridional de Asia Menor, en Panfilia.

⁶³⁶ Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 30.

⁶³⁷ Jenofonte no se refiere a esta intervención ateniense; una similar había sido aplazada por Trasibulo el año anterior (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 25).

⁶³⁸ Agirrio, según JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 31 y otros autores.

⁶³⁹ Locros no pertenecía a la Liga italiota y mantenía buenas relaciones con Dionisio (cf. *supra*, XIV 44, 6-7; *infra*, 107, 3).

⁶⁴⁰ Aquí Diodoro utiliza el término *Italoí*, «ítalos», referido a los italiotas (*italiôtai*).

⁶⁴¹ Una *penitérēs*, un navío de cinco filas de remeros. Cf. *supra*, XIV 42, 2.

⁶⁴² Alianza que no durará mucho (cf. *infra*, 102, 3).

⁶⁴³ Se ha pensado que este episodio del ataque a Regio puede ser un duplicado de los hechos expuestos en XIV 90, 4-91, 1.

⁶⁴⁴ Cf. DIODORO, XII 9-11 y 22.

⁶⁴⁵ Colonia fundada por Síbaris en la costa tirrénica. Sobre el presente episodio. cf. ESTRABÓN, VI 1, 1. Cf. asimismo HERÓDOTO, VI 21, 1.

⁶⁴⁶ Encontramos luego, hacia el 386, a Leptines exiliado en Turios (cf. DIODORO, XV 7, 3-4); posteriormente recupera el favor del tirano y muere luchando con los cartagineses en el 383 (cf. DIODORO, XV 17, 1).

⁶⁴⁷ Cf. *supra*, XIV 16, 5 y nota 145; 93, 2. Lo incorporaron al territorio romano. Esta distribución de tierras estaba destinada a la plebe.

⁶⁴⁸ Un pletro es una superficie cuadrada de 100 pies de lado (unos 30 m). Cf. T. LIVIO, V 30, 8, que da la cifra de siete pletros, no limitada al cabeza de familia, sino para cada miembro libre de la casa.

⁶⁴⁹ Velitras pasó a ser colonia romana hacia el 491-489 según T. LIVIO, II 31, 4 y 34, 6, en el 401 según DIODORO (cf. *supra*, XIV 34, 7). Tito Livio no menciona ni la toma de Liflo ni la defección de Velitras y Satrico.

⁶⁵⁰ Satrico, la actual Conca, era una pequeña ciudad de los volscos situada en la llanura costera del Lacio.

⁶⁵¹ Se trata de Circeos (la actual S. Felice Circeo), situada en el promontorio homónimo del Lacio; fue colonia romana en el 507 según T. LIVIO (I 56, 3). en el 390 según el presente pasaje de Diodoro. Las fechas dadas por Diodoro para las colonizaciones son las más plausibles.

⁶⁵² Antípatro fue arconte en el 389-388, correspondiente al 392 varroniano, en el que fueron cónsules Lucio Valerio Potito y Marco Manlio Capitolino. Cf. T. LIVIO, V 31, 2; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 92. En lugar de Aulo, el prenombre de Manlio es Marco en Tito Livio y en los *Fasti Capitolini*. y Tito en DIONISIO DE HALICARNASO, I 74, 5.

⁶⁵³ Cf. *supra*, XIV 56, 2 y nota 422.

⁶⁵⁴ Colonia fundada por Crotón en el siglo VII en la costa jonia de Calabria, situada entre la actual Punta Stilo y Monasterace Marina. El asedio tendrá su fin en otoño (cf. *infra*, 106, 3).

⁶⁵⁵ Este río debe de ser el actual Galliparo, al norte de Caulonia.

⁶⁵⁶ Esta victoria tuvo una gran importancia para la expansión siracusana en Italia y en el Adriático. Con estos pactos se produjo la disolución de la liga italiota (cf. POLIBIO, II 39, 7; DIONISIO DE HALICARNASO, XX 7, 2-3). Se piensa que la visión favorable a Dionisio procede de Filisto.

⁶⁵⁷ Cf. *supra*, XIV 44, 4-5; *infra*, 107, 3.

⁶⁵⁸ Y también el de Esciletio (cf. ESTRABÓN, VI 1, 10; DIONISIO DE HALICARNASO, XX 7, 2).

⁶⁵⁹ Parece la misma ciudad, no identificada, que ha sido llamada Liflo en XIV 102, 4.

⁶⁶⁰ Según T. LIVIO, V 19, 6; 31, 2, la promesa había sido hecha por el dictador Camilo antes de la toma de Veyes.

⁶⁶¹ Pirgión fue arconte en el 388-387, correspondiente al 391 varroniano, en el que hubo en realidad seis tribunos militares con potestad consular: Lucio Lucrecio Tricipitino, Servio Sulpicio Camerino, Lucio (Marco) Emilio Mamercino, Lucio Furio Medulino, Agripa Furio Fuso y Gayo Emilio Mamercino, Cf. T. LIVIO, V 32, 1; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, pág. 93. Las otras fuentes omiten Gayo Rufo, que es probablemente un error. Es posible que Sosipo fuera originario de Delfos (cf. L. MORETTI, ob. cit., núm. 382).

⁶⁶² Hiponio era una colonia fundada por los locros epicefirios en la costa tirrénica, en el sitio de la actual Vibo Valentia.

⁶⁶³ Esto ocurrió en el 398 (cf. *supra*, XIV 44, 4-5; ARISTÓTELES, *Política* V 1307 a 38; ESTRABÓN, VI 1, 6).

⁶⁶⁴ El asedio comenzó seguramente a principios del verano del 387. Sobre la estratagema de agotar las reservas del enemigo para reducirlo, cf. FRONTINO, *Estratagemas* III 4, 3. Además Dionisio había preparado el ataque a Regio con una campaña psicológica tendente a desprestigiar a los reginos ante la opinión pública siracusana; en este sentido hizo componer a Jenarco (en el 394 o 393) un mimo sobre la cobardía de los reginos (cf. ATENEO, I 19 F; X 452 F).

⁶⁶⁵ Según otra tradición, Fitón, que había emigrado a Siracusa, reveló a sus conciudadanos el plan de Dionisio, por lo que fue castigado (cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana*, trad. intro. y notas de A. BERNABÉ PAJARES, BCG, Madrid, 1979, VII 2, 2, pág. 400).

⁶⁶⁶ Esto ocurrió en septiembre del 388. Cf. asimismo DIODORO, XV 7, 2-3; 74, 1.

⁶⁶⁷ Uno de los escasos ejemplos de violencia en el deporte antiguo. Cf. F. GARCÍA ROMERO, «Violencia de los espectadores en el deporte antiguo», *Cuadernos de Filología Clásica* 16 (2006) 139 ss.

⁶⁶⁸ Los representantes oficiales de un Estado enviados a una fiesta o reunión panhelénica o a consultar los oráculos.

⁶⁶⁹ El discurso *Olímpico* (XXXIII) aleccionaba frente a los peligros de las discordias civiles y ponía en guardia a los griegos contra dos grandes enemigos, el Gran Rey y Dionisio. Se ha discutido sobre si debe de ser situado en el 388 o en el 384. Véase asimismo DIONISIO DE HALICARNASO, *Lisias* 29.

⁶⁷⁰ Cf. T. LIVIO, 31, 5-6; 32, 3-5. Diodoro es el único que se refiere a Gurasio.

⁶⁷¹ *Kaisōn*, omitido por A. Vogel. Se refiere a Q. Sulpicio Longo.

⁶⁷² Teódoto fue arconte en el 387-386, correspondiente al 390 varroniano, en el que hubo seis tribunos militares con potestad consular: Quinto Fabio Ambusto, Cesón Fabio Ambusto, Numerio Fabio Ambusto, Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio Fidenas y Publio Cornelio Maluginense. Cf. T. LIVIO, V 36, 11; T.R.S. BROUGHTON, ob. cit., I, págs. 94 ss. A partir de Tito Livio y de los *Fasti Capitolini* se completan o enmiendan los nombres dados por Diodoro (que olvida los otros dos

hijos de M. Fabio Ambusto). Tito Livio tiene Q. Sulpicio Longo en lugar de Q. Cesón Sulpicio, y P. Servilio en lugar de P. Cornelio.

⁶⁷³ Jenofonte también subraya la dificultosa situación de Esparta (cf. *Helénicas* V 1, 29).

⁶⁷⁴ Sobre esta Paz del Rey o Paz de Antálcidas, cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 1, 30-31; PLUTARCO, *Vida de Artajerjes* 21, 2; *Vida de Agesilao* 23 1-3; DEMÓSTENES, XXIII 140; XV 29; ARRIANO, *Anábasis* II 1, 4; TEOPOMPO, *FGrHist* 115, fr. 103, 5. La proclama de las condiciones de paz tuvo lugar en Sardes en la primavera del 386.

⁶⁷⁵ Cf. *supra*, XIV 98, 1-4. Evágoras recibió refuerzos y dinero de Atenas con la que concluyó una alianza (cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 8, 24; LISIAS, XIX 21-23; 43).

⁶⁷⁶ Estamos pues a finales de la primavera del 386.

⁶⁷⁷ 5 minas, es decir, 500 dracmas eran una suma muy importante. Vemos en este mismo capítulo (cf. *infra*, 4) que una mina de plata era el rescate de un prisionero.

⁶⁷⁸ Una versión más contraria a Dionisio se encuentra en PSEUDO-ARISTÓTELES, *Económico* II, 2, 20 g (1349 d 17 ss.), donde Dionisio exige un rescate de tres minas por persona y después vende como esclavos incluso a los que las han entregado.

⁶⁷⁹ El sincronismo entre la Paz del Rey, la conquista de Regio y la toma de Roma (cf. DIODORO, XV 1, 6) es señalado por POLIBIO, I 6, 1ss. Cf. asimismo JUSTINO, VI 6, 5. Procede, al parecer, de Timeo, y tal vez del mismo Filisto. contemporáneo de estos acontecimientos.

⁶⁸⁰ Con este término o con el de gálatas (cf. *infra*, 114, 2) las fuentes griegas designan a los pueblos que en la tradición romana son conocidos como galos, situados en Europa occidental y al norte de Grecia. Sobre esta invasión de los galos, cf. T. LIVIO, V 34-49 y PLUTARCO, *Vida de Camilo* 16-29.

⁶⁸¹ Los etruscos.

⁶⁸² Los etruscos formaban una confederación de doce ciudades.

⁶⁸³ Según la tradición antigua, los pelasgos eran la población de Grecia y de otras regiones (Creta, Caria, Italia meridional) en el período anterior a la llegada de las stirpes helénicas. Cf. HERÓDOTO, I 57; TIMEO, en *FGrHist* 566, fr. 50; HELÁNICO, en DIONISIO DE HALICARNASO, I 18 ss.; 26.

⁶⁸⁴ En la costa del Adriático.

⁶⁸⁵ De Clusio, *Clusium*, la actual Chiusi, una de las principales ciudades etruscas situada al sudoeste del lago Trasimeno, entre Arezzo y Bolsena. Todo el relato de la invasión de los galos senones que ahora sigue (caps. 113-117) presenta notables diferencias con las versiones de T. LIVIO (V 35-55) y de PLUTARCO (*Vida de Camilo* 15-32).

⁶⁸⁶ Según T. LIVIO, V 35, 4-5, el envío como embajadores de los tres hijos de M. Fabio Ambusto fue debido a una petición de ayuda de Clusium (cf. asimismo PLUTARCO, *Vida de Camilo* 17-18; DIONISIO DE HALICARNASO, XIII 12).

⁶⁸⁷ Quinto Fabio Ambusto.

⁶⁸⁸ Según T. LIVIO, V 36, 8, los galos piden la entrega de los tres embajadores.

⁶⁸⁹ Según T. LIVIO, V 36, 10, y PLUTARCO, *Vida de Camilo* 17-18, el propio senado, indeciso, apeló al juicio del pueblo.

⁶⁹⁰ Diodoro es el único historiador antiguo que sitúa la batalla de Alia (afluente de la orilla izquierda del Tíber, tal vez el actual Fosso Maestro) en la orilla derecha del Tíber, mientras que TITO LIVIO (V 37-38) lo hace en la izquierda. La batalla que acabó en desastre tuvo lugar a 16 km al norte de Roma, y su fecha tradicional es el 18 de julio del 390.

⁶⁹¹ Cf. *supra*, XIV 113, 1 y nota 680.

⁶⁹² Cf. *supra*, XIV 93, 2.

⁶⁹³ Cf. DIODORO, V 29, 4-5; ESTRABÓN, IV 4, 5; T. LIVIO, X 26; XXIII 24.

⁶⁹⁴ El mismo intervalo se encuentra en PLUTARCO, *Vida de Camilo* 22, y en POLIBIO, II 18, 2; pero, según T. LIVIO, V 39, 8; 41, 4, y TÁCITO, *Anales* XV 41, la toma de la ciudad tuvo lugar al día siguiente de la batalla de Alia.

⁶⁹⁵ Según T. LIVIO, V 41, 4; 44, 5, los romanos dejaron la ciudad abierta.

⁶⁹⁶ Cf. T. LIVIO, V 43, 2-3.

⁶⁹⁷ Cf. T. LIVIO, V 48, 1; 4-5.

⁶⁹⁸ Cf. T. LIVIO, V 45, 4-8; 46, 11; VALERIO MÁXIMO, IV 1, 2; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 24, 2-3. Según otra tradición, fue Ardea, donde se encontraría exiliado Camilo, la base de operaciones, juntamente con Veyes, de los liberadores de Roma (cf. T. LIVIO, V 43; 44; 48, 5; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 23, 3-5).

⁶⁹⁹ Según T. LIVIO, V 46, 7-11, Cominio Pontio (personaje únicamente conocido por esta misión) debía obtener del senado su conformidad para que Camilo volviera de su exilio de Ardea y fuera nombrado dictador.

⁷⁰⁰ Fue cónsul en el 389 (cf. T. LIVIO, V 47, 4).

⁷⁰¹ Diodoro y T. Livio no precisan la duración de la ocupación de Roma. Habría sido de siete meses según POLIBIO, II 22, 5, y PLUTARCO, *Vida de Camilo* 28, 2; 30, 1, o de nueve según VARRÓN, *La lengua latina* VI 18. Según POLIBIO, II 18, 3, los galos abandonaron el asedio para ir a rechazar una incursión de los vénetos.

⁷⁰² Cf. T. LIVIO, V 48, 8-9. Mientras que en este pasaje de Livio y en Diodoro se trata al parecer de una victoria romana, POLIBIO (I 6) y el mismo T. LIVIO en otro pasaje (X 17) señalan que son los galos quienes imponen sus condiciones y que los romanos se salvaron contra toda esperanza.

⁷⁰³ Cf. T. LIVIO, V 55, 2-5.

⁷⁰⁴ Cf. T. LIVIO, V 50, 7, según el cual la recompensa recibida por las matronas romanas fue el derecho al elogio fúnebre. En cuanto al derecho a circular en carro por Roma, TITO LIVIO (V 25, 8-9) lo relaciona con su participación en la ofrenda romana a Delfos después de su victoria sobre Veyes.

⁷⁰⁵ Cf. PLUTARCO, *Vida de Camilo* 34 (*tò Márkion óros*: el monte Marcio), y la *Suda*, s. v., que dan la misma forma que Diodoro. El lugar se sitúa en los montes Albanos. 200 estadios equivalen a 36 km aproximadamente.

⁷⁰⁶ Se trata de Marco Furio Camilo. El nombre que falta aquí es el del maestro de caballería (*magister equitum*), Gayo Servilio Ahala (cf. T. LIVIO, VI 2, 5-6).

⁷⁰⁷ Estos hechos se sitúan en realidad un año después, en el 386 (cf. T. LIVIO, VI 2, 5-3, 10; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 34, 1; 36, 1). Pese a esta derrota, Roma no acabará con los volscos hasta el 355, anexionándose su territorio.

⁷⁰⁸ Denominaciones ambas de los ecuos. Bola era una ciudad del Lacio.

⁷⁰⁹ Sobre Sutrio, cf. *supra*, XIV 98, 5 y nota 628.

⁷¹⁰ Algunos editores han considerado dudosa o han eliminado esta referencia al oro de Roma.

⁷¹¹ Los etruscos.

⁷¹² Cf. *supra*, XIV 93, 3 y nota 597; T. LIVIO, V 23, 5; 32, 8-9; PLUTARCO, *Vida de Camilo* 7, 1; DIÓN CASIO, LII 13, 3. El hecho mencionado aquí por Diodoro tuvo lugar, según otras fuentes, después de la toma de Veyes.

⁷¹³ No encontramos después la referencia a este episodio.

⁷¹⁴ La llegada de los celtas a la zona de Tarento apoya la hipótesis de una alianza entre los galos y Dionisio de Siracusa, entonces enfrentado a las ciudades griegas del sur de Italia (cf. JUSTINO, XX 5, 4).

⁷¹⁵ Los habitantes de Cere, la actual Cerveteri, una ciudad de Etruria meridional situada unos 8 km de la costa tirrénica. Sobre Cere y sus orígenes legendarios, cf. ESTRABÓN, V 2, 3.

⁷¹⁶ Calístenes de Olinto, nacido en la primera mitad del siglo IV a.C. (cf. DIODORO, trad. cit., IV 1, 3 y nota 6), era sobrino de Aristóteles y al parecer fue con él a Pela cuando el filósofo fue llamado por Filippo II para ser preceptor de Alejandro (343-342). Calístenes acompañó después a Alejandro, como historiador, en la expedición a Asia. Parece que escribió siguiendo las indicaciones de Alejandro, al que presentó en clave heroica, presentándolo como paladín del panhelenismo y atribuyéndole una filiación divina (cf. DIODORO, XVII 51); pero finalmente se le enfrentó por la cuestión de la *proskýnēsis*, la genuflexión persa, que, según los griegos, sólo podía tributarse a una divinidad, y fue ajusticiado acusado de complicidad en la conspiración de los pajes (327). Según otra tradición, sin embargo, murió en la cárcel de enfermedad (cf. ARRIANO, *Historia de Alejandro* IV 14, 3).

⁷¹⁷ Algunos editores suprimen el *tèn tòn Hellénōn syntaxin*, inconvenientemente situado después de *historiographos*; pero puede entenderse

como una precisión o aposición de *tēn historían*, en una construcción semejante a la que vemos en el propio DIODORO en XV 95, 4.

[718](#) En junio del 356. Así la *Historia de Grecia* de CALÍSTENES cubría el período comprendido entre el 387-386 y el 357-356.

ÍNDICE GENERAL

[LIBRO XIII](#)

[LIBRO XIV](#)

Este volumen de *Biblioteca histórica* de DIODORO DE SICILIA, traducido por JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH, se ha compuesto en Times, con 10,25 puntos sobre 12,75 de interlineado, en los talleres de Víctor Igual.